



Sienkiewicz



QUO VADIS...?

NOVELA EN CINCO TOMOS



Edición Gilli



PG7158
.S4
Q68
C.1



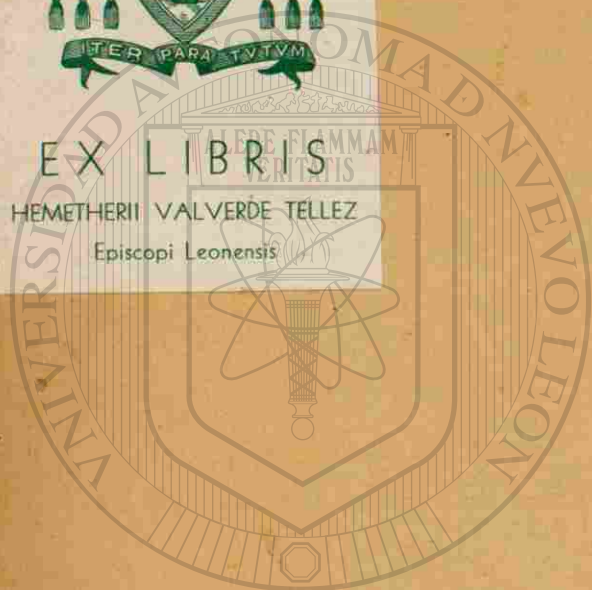


1080022166

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

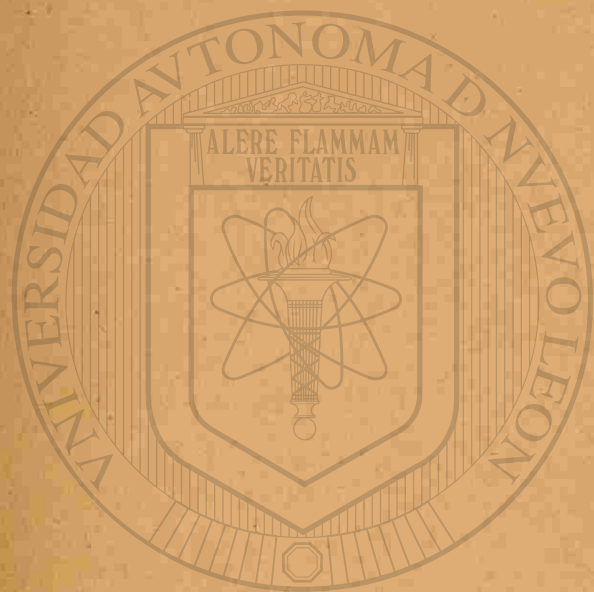


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U A N L
QUO VADIS...?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ENRIQUE SIENKIEWICZ

QUO VADIS...?

EDICIÓN EXPURGADA

TRADUCIDA

POR

D. Bartolomé Amengual

Y

PRECEDIDA DE UNA CARTA-PRÓLOGO

DEL

Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de Sevilla

CON LICENCIA DEL ORDINARIO



UNIVERSIDAD de la y León
DIRECCIÓN GENERAL de Bibliotecas y Estudios Universitarios

BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

223, Cortes, 223

47022



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Establecimiento Tipo-Litográfico de José Cunill Sala, Cortes, 212 y Viladecols, 3, Barcelona

PG 7158

54

Por lo que á Nos toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse la novela titulada *QUO VADIS...?* de Enrique Sienkiewicz, edición expurgada, traducida al castellano por D. Bartolomé Amengual, mediante que de Nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final de la novela y entreguense dos ejemplares de la misma rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato.

Barcelona 20 de Junio de 1901.

El Vicario Capitular,

Ricardo Cortés

Por mandado de Su Señoría,

Lic. Manuel Fernández,
SECRETARIO INT.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

†
CARTA-PRÓLOGO

Sr. D. Juan Gili

Muy Sr. mío y de mi consideración más distinguida: Confieso humildemente mi pecado. Con sobrada ligereza, casi sin pensar en lo que hacia, contraje con V. el compromiso de escribir cuatro renglones para que figurasen al frente de la traducción, que se dispone á publicar, de la novela *QUO VADIS...?*, de que tanto han hablado en estos últimos tiempos los hombres de letras.

¡Desdichado de mí! No reflexioné que un prólogo es trabajo arduo, y que requiere en el que lo formula, talento, saber y hasta cierto nombre en la república literaria, so pena de que los sabios se burlen de su autor, y condenen con los pronunciamientos más desfavorables su insólita audacia.

No la modestia, sino el conocimiento de mí mismo, me obligan á declarar que de todo lo dicho carezco, y que el libro ganaría y V. como editor también, si la labor, encomendada á mi humilde ingenio, se encargase á pluma más ejercitada que la de un pobre Obispo, solo habituado á redactar documentos pastorales, en los que habla el que los dicta con la íntima familiaridad y en el tono de un padre, que departe con sus hijos.

Por eso después de meditarlo, me he decidido á expresar lo que pienso y siento acerca de *QUO VADIS...?* en una carta, que podrá V. insertar en el libro, si lo juzga oportuno, y será su humildísimo proemio, ó hacerla añicos, aventando sus trozos, si como es probable ó más bien seguro, no la encuentra merecedora de honor tan sañalado.

No puede haber olvidado el público, por que los hechos son recientes, lo que acaeció cuando vió la luz la obra que nos ocupa. Saludáronla unos con fervido entusiasmo, no vacilando en afirmar que su autor de un golpe había llegado á la meta, y que se podía grabar en la primera y la última hoja de su escrito la leyenda, que diz puso Hércules en las columnas alzadas por su mano en Calpe: *Non plus ultra*: No hay más allá.

010799

Otros en cambio la censuraron acerbamente, la calificaron de inmoral, y aun corrió por periódicos, que merecieron siempre el nombre de sensatos, la nueva de que había sido incluida, después del minucioso examen de uso, en el Índice de los libros prohibidos.

No había tal. La Sagrada Congregación de Cardenales, a quien está confiado el delicado asunto del estudio y censura de los escritos que se dan a la estampa, procede con exquisita prudencia, guardando a los autores toda clase de miramientos y resistiéndose cuanto le es posible a condenar sus obras, sobre todo cuando se trata de escritores católicos.

Oportuno sin embargo me parece explicar esta notable diversidad de pareceres, que no puede menos de extrañar a quien algo versado se halle en materias literarias.

Vivimos en una edad, en un periodo histórico de verdadera confusión, en el que examinado todo, todo discutido, y todo tratado por gentes de criterios varios y hasta opuestos, han venido a ser asunto de cuestión las ideas más claras y universalmente admitidas, siendo tema de las más ardorosas disputas las nociones estéticas. De ahí el realismo, puesto hoy en moda, y llevado hasta la última exageración, pues aun lo más asqueroso y repugnante ha de pintarse en toda su desnudez, con vivísimo colorido y con lujo de detalles. ¡Y a esta ausencia de pudor se le llama arte, y a tan repulsivo espectáculo belleza!

Cuando una teoría se extiende, se propaga, corre el mundo del uno al otro confín, llega a abrirse paso aun en las inteligencias más elevadas, las cuales experimentan el contagio, al modo que sienten más ó menos la influencia de la peste los habitadores de las comarcas, donde ésta reina.

Creemos que esto le ha acontecido al Sr. Sienkiewicz; ha pagado tributo a su época; ha rendido homenaje a las teorías recibidas, y olvidándose ¡oh dolor! de lo que exigían la índole de su libro, esencialmente cristiano, y el decoro debido a sus lectores, ha ido en sus descripciones y pinturas demasiado lejos. No conocemos el original de *Quo vadis...*? ni sus traducciones literales; pero sabemos que el defecto achacado a la novela es la libertad y crudeza de muchos de sus cuadros, sobre los cuales, al decir de los que han fijado en ellos la atención, es menester cerrar los ojos.

Como quiera que sea, este yerro se enmendó en una versión italiana publicada en Roma el año pasado de 1900, y ha desaparecido por completo, sin que de él quede vestigio, en la que V. edita, la cual puede leerse con perfecta tranquilidad, lo mismo por el

hombre de mundo, que de nada se escandaliza, que por la tímida y pudorosa doncella.

Purgada del defecto referido, cuya importancia no disimulamos, nos parece la novela de un mérito relevante.

El campo, el sitio y hasta la hora en que la acción se desarrolla, han sido habilísimamente escogidos por el autor.

Interesante es sin duda la historia del pueblo, que Virgilio apellidó Rey, coloso cuyos brazos abarcaron el orbe conocido, y cuyas hazañas sorprenden por lo gigantescas; pero aquel mundo es otro mundo completamente distinto del en que vivimos hoy, y aunque los relatos de su vida y de sus hechos a veces nos asombran y a veces nos encantan, parecennos como narraciones mitológicas ó cuentos de lo que pasa ó puede pasar en otros astros, suponiéndolos habitados, y que poco nos importan, porque no existe lazo ó vínculo de unión entre los heroes de esas leyendas y nosotros los que hoy peregrinamos por los caminos de la vida.

Huyendo de este escollo, y para aumentar el interés de su novela, ha elegido el autor el momento en que en aquel mundo decrepito se introduce y penetra la savia cristiana, apareciendo juntas la Roma de los dioses, de los placeres, de las conquistas, de los gladiadores y de los Césares, en una palabra, la Roma de lo pasado, y la Roma de lo porvenir, con sus Pontífices y sus mártires, con sus matronas y sus vírgenes, y con todas las magníficas creaciones de la piedad y caridad católicas, que esmaltarán su corona de Reina del orbe cristiano.

Todavía ha tenido el novelista el buen acuerdo de fijarse en el imperio de Nerón, hora del más rudo encuentro de las dos Romas de que hemos hablado, y en que se ven a un lado el Emperador, verdadero misterio de la naturaleza, por muchos títulos digno del estudio del psicólogo y del historiador, sus augustales, cortejo de aduladores sin pudor que viven sólo para halagar sus caprichos, sus pretorianos, ciegos ejecutores de sus órdenes, y la turba de senadores, patricios y plebe que rivalizan en vicios y disoluciones; y a otro lado Pedro, el pescador de Galilea, Pablo y la cohorte de santos que les sigue y que les ayuda en su empresa, más ardua que la que llevó a cabo la Roma gentilica, haciéndose señora del universo, de conquistar el mundo, el mundo de la inteligencia y el corazón para ponerlo a los pies de Jesucristo.

El paralelo entre ambas sociedades, la que se vá y muere entre las convulsiones de horrible agonía, y la que viene llena de luz y viriles alientos, está perfectísimamente hecho.

Nerón aparece, retratado por el pincel de Sienkiewicz, como personificación de la naturaleza abandonada á sus instintos é impulsos y á las influencias de todo linaje que pueden inclinarla en uno ú otro sentido, sin freno y dueña completamente de sus movimientos; débil en instantes dados y esclava hasta de lo más pequeño y pueril, de una alabanza, de un aplauso, altiva á veces, irguiéndose por encima de cuanto la rodea, y exigiendo homenajes divinos; tímida un día hasta el punto de ver en todas partes negros fantasmas que la asustan, violenta otro y llegando á los más monstruosos excesos de crueldad; ayer encantada con las suaves melodías de la música ó los delicados cantos de la poesía, hoy gozándose en el incendio de Roma, sin conmoverse ante la ruina de la soberbia Metrópoli, ni al escuchar los gemidos de las víctimas, ni al ver hacinados tantos cadáveres negros como el carbón los unos, espantosamente mutilados los otros, y no pocos dando todavía claras señales de las angustias horribles de la última hora; y en suma al contemplar la desolación de las desolaciones.

Junto á este carácter, tan magistralmente y por tan nueva manera pintado, hallamos otros que no vacilamos en calificar de acabadísimos.

Petronio, el epicúreo egoísta que no piensa sino en sí mismo, porque todo á su propia persona lo refiere, y que sin embargo de no ser extraño á los nobles sentimientos del decoro y de la dignidad humanos y hasta á las inspiraciones del buen sentido, ni ajeno tampoco á los afectos generosos de la amistad y del amor á los propios, todo lo inmolaba frecuentemente al César, monstruo de quien en secreto se burla, y á quien altamente menosprecia, es una figura de primer orden.

El escultor que la ha esculpido merece la calificación de insigne artista.

Vinicio, tipo más común y menos original, es asimismo figura muy bien hecha, como lo es en otra esfera Quilón, el sofista, cobarde, mentiroso, pérfido, traidor, y la turba de palaciegos y no palaciegos, de gente alta y de gente baja que completan el cuadro.

Dan á éste vida y lo realzan las descripciones de cosas y lugares, que forman lo que pudiéramos llamar el fondo, descripciones que revelan en el autor dos cualidades muy dignas de nota, á saber: una rica y fecunda imaginación, llena de frescura y lozania, y un conocimiento muy minucioso de los usos y costumbres de la Metrópoli del paganismo. En punto á descripciones poco hemos leído, que se asemeje á la del incendio de Roma.

La sociedad que aspira á sustituir á la que sucumbe caduca, la que hemos apellidado Roma de lo porvenir, está aun en los albores de la vida; pero ha hallado el novelista en su paleta tintas bastante expresivas para revelar al lector lo que encierra en su seno el germen, el grano de mostaza sembrado por Pedro y Pablo, y que crece y se desarrolla con fuerza verdaderamente prodigiosa.

La visita de Vinicio á las catacumbas en la memorable noche en que Pedro comparece en ellas, el discurso del Pescador de Galilea á los fieles allí congregados, los diálogos entre Vinicio y Petronio, cuando aquél explica á su deudo lo que ha oído á Pablo de Tarso, como él le llama, son hermosas apologías del cristianismo, tan oportunas entonces como en la hora presente, en que el gentilismo resucita con sus ídolos, con sus disoluciones y con su escepticismo insensato.

El grupo de cristianos, que aparece en la novela, no es muy numeroso; pero está dibujado de mano maestra.

Ligia, la verdadera heroína de la leyenda, cautiva y encanta al lector. Su candor, su firme virtud, que la hace huir animosa todo lo que puede ponerla en peligro, su fidelidad jamás desmentida á Dios, su gratitud á la familia de Aulo, á quien procura evitar aun á costa de sí propia el más leve mal, su nobleza de ánimo, su amor tan puro y á la vez tan constante, tan ardiente y tan vivo á Vinicio, gananle desde luego nuestras simpatías. No es figura tan ideal como la Inés del Cardenal Wiseman, la cual parece más angel que mujer, viviendo antes en el cielo que en la tierra y casi en un perpetuo éxtasis. Ligia es más terrena, más humana, más accesible á los afectos propios de los hijos de la tierra; pero no es menos bella, y su carácter está tan bien descrito que con este solo mérito la novela Quo vadis...? sería digna de la atención y de los encomios de los hombres de letras.

Envueltos en sombras y como retratados de una pincelada, distingúense otros personajes, que si bien colocados en segundo término, descubren por su situación y por su efecto el talento del pintor; á ese número pertenecen Pomponia Grecina, la segunda madre de Ligia, los habitantes de la casa de Lino, y muy en particular el gigante Oso, tan forzudo como un ciclope y á la vez tan leal como lo es el perro para con el amo que lo crió, tan bravo como el león y tan manso como el cordero, reuniéndose en su persona la rudeza del hijo del Norte y la franca simplicidad del hijo de la Iglesia, que todavía no ha pasado de la infancia.

Todos los personajes indicados y los demás que en escena se

presentan en la novela *Quo vadis...*? se mueven, y esta es otra condición que la avalora, con naturalidad suma, desarrollándose la acción sin violencia, y sucediéndose los acaecimientos hasta llegar al desenlace como por sí mismos, y sin que se vea la mano del que los conduce, y artificiosamente los vá eslabonando.

Y todos se enderezan á un fin, que cede en honra de nuestra católica fe. El coloso del paganismo con su inmenso poder material, con sus añejas tradiciones, con las glorias de sus armas, de sus ciencias, de sus letras y de sus artes, con sus hombres, gigantes del pensamiento y con toda su grandeza, cayendo vencido y derrotado por la fuerza superior del Cristianismo, convertido en dueño y señor del campo de lo porvenir, he aquí la conclusión del libro.

Con lo que está hecho su panegirico.

Y con lo que á la vez, señor mio, pongo yo punto final á esta epístola, pues aparte de ser sobrado larga para lo que vale, mi salud, todavía no fuerte después de la grave enfermedad que he padecido, y que V. no ignora, no me consiente extenderme más.

Repito á V. que haga del presente papel lo que quiera, en la seguridad de que su resolución será aprobada por este su humilde servidor y capellán

Q. B. S. M.

† MARCELO, Arzobispo de Sevilla.

4 de Julio de 1901.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

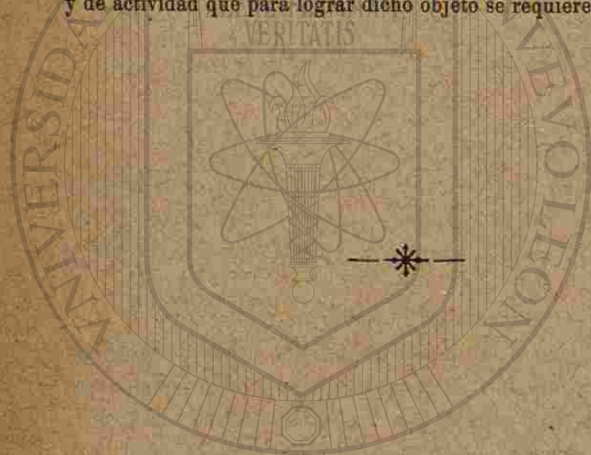
Para el expurgo de *Quo vadis...*? se ha tomado como base, en esta traducción, otra traducción italiana, hecha, según parece, por tres sacerdotes, y autorizada *a priori* por el autor, según carta que la precede.

El expurgo por razones poderosísimas de carácter moral, sobre contribuir, y no poco, á la difusión de la obra, debería considerarse perfectamente lícito, aun cuando no viniera autorizado por el mismo Sienkiewicz, porque en nada altera el espíritu, la tendencia, ni siquiera la acción de tan popular novela, antes, por el contrario, acaso favorezca el primero y la segunda, como el mismo autor declara implícitamente en la mencionada carta; aparte de que, la mayoría de los traductores, así nacionales como extranjeros, se han tomado con este libro mayores, y aún á veces increíbles libertades, por motivos y con fines mucho menos elevados.

Por lo demás, salvo la supresión de los pasajes no indispensables en que el autor pinta con colores demasiado vivos la sensualidad pagana, y que, en junto, no sumarán más de ocho ó diez páginas, y de ligerísimas modificaciones impuestas por exigencias de la misma versión y del estilo, se ha conservado fiel é íntegramente el texto de Sienkiewicz, lo que no ocurre sino en contadas traducciones.

Por otra parte, para no incurrir en errores de interpretación ni ortográficos han sido estudiados los hechos históricos que en la novela

se relatan, se han comprobado escrupulosamente los nombres (1) y se han hecho no pocos esfuerzos para que el lenguaje resultase correcto, puro y fluido, practicando una ímproba labor de lima y corrigiendo varias veces las pruebas. Con todo, se habrán escapado de seguro algunos descuidos y aún locuciones poco castizas, pues, en verdad, hacer una buena traducción es bastante más difícil de lo que á primera vista parece. Únicamente quien haya acometido empresas tan ingratas puede tener idea de las enormes cantidades de trabajo, de tiempo y de actividad que para lograr dicho objeto se requieren.



(1) A propósito de nombres hay que hacer aquí una observación, que no pudo insertarse en el lugar oportuno por estar ya compaginado y á punto de entrar en máquina el texto, al advertirse su necesidad.

En una traducción española hemos visto que, siguiendo á las italianas, se denomina *licios* á los *ligios*, y, en su consecuencia, *Licia* en vez de *Ligia*, á la heroína cristiana. Además, en un periódico de esta ciudad se publicó un artículo con el propósito de probar que debía decirse *licios* y *Licia* y no *ligios* y *Ligia*.

Para evidenciar de un modo práctico que esto es un error, basta, en nuestro concepto, dar una ojeada á un mapa del mundo conocido por los antiguos, pues en seguida se echará de ver que *Licia* se hallaba situada en el Sudoeste del Asia Menor, mientras que los *ligios* habitaban en el centro de Europa, y á un pueblo del centro de Europa, y no del Asia, se refiere siempre *Sienkiewicz* al hablar de los *ligios*, y en el centro de Europa habitaban los *suevos*, vecinos de los *ligios*, como también los *hermanduros* y los *yacigios* ó *yacigos*, que intervinieron en guerras de aquellos dos pueblos, según se refiere en la novela.

PARTE PRIMERA

I

Petronio, que la noche anterior había asistido en el Palatino á un banquete en el cual se había fastidiado oyendo las simplezas de Vatinio y disputando con Nerón, Séneca y Lucano acerca de si la mujer tiene alma, se levantó después de mediodía y como de costumbre enervado. Desde algún tiempo tenía la salud quebrantada; pero el baño matinal le activaba la circulación de la sangre, le restauraba las fuerzas, le reanimaba, y al salir del *eleoterio* (último departamento de los baños) quedaba rejuvenecido, vigoroso, con los ojos brillantes y tan esbelto y gentil que al mismo Otón superaba en belleza. Con justicia le llamaban el *Árbitro de las Elegancias*.

Solo concurría á las *termas* (1) en el caso de aparecer algún retórico notable del cual se hicieran grandes elogios en la

(1) Eran las *termas*, como es sabido, los baños públicos de Roma, á los que acudían los ociosos romanos, no ya sólo para la limpieza del cuerpo, sino también para deleitarse con ejercicios y con espectáculos no siempre morales. Estaban las *termas* divididas en varios departamentos, siendo los principales el *esbeo* ó sala en que se realizaban las luchas cuerpo á cuerpo á que tan aficionados eran así los griegos como los romanos; el *apoditerio* ó cuarto para desnudarse; el *frigidario* ó baño frío; el *tepidario* ó baño tibio; el *caldario* ó baño caliente; el *lacónico* ó baño de vapor, y el *eleoterio* ó aposento en donde se ungía con aceites y se frotaba el cuerpo de los bañistas. Había, además, en las *termas*, bibliotecas, pórticos, escuelas, pequeños teatros, etc.

Esta nota, como muchas otras que se hallarán en el libro, tiene por exclusivo objeto facilitar á los lectores menos versados en la historia, el arte y las costumbres romanas, la comprensión de ciertos nombres, sin que el traductor pretenda, ni con mucho, darles la precisión que exigirían en otro caso.

Ciudad ó cuando se podían presenciar en los *efebéos* luchas excepcionalmente interesantes. En su *ínsula* (1) poseía un baño tan vasto y lujoso que el mismo Nerón lo reputaba superior al cesariano, dechado de elegancia y magnificencia.

Se levantó tarde, pues, y tomó el baño. Luego, tendido en una mesa de ciprés cubierta de blanco lienzo egipcio esperó, con los ojos entornados, que le reaccionase el vaho tibio del *lacónico*.

Por fin abrió los ojos y se decidió á hablar. Preguntó por el estado del tiempo y por las piedras preciosas que había prometido traerle aquella mañana el joyero Idomeneo. Se le contestó que el tiempo era espléndido, que del lado de los Montes Albanos soplabá un viento suave y apacible y que Idomeneo no se había presentado aún.

Petronio cerró de nuevo los ojos y ordenó que se le llevase al *tepidario*. En el mismo instante levantó la cortina el *nomenclator* (2) y anunció al joven Marco Vinicio, que era un hijo de la hermana mayor de Petronio, casada con otro Marco Vinicio, cónsul en la época de Tiberio. Acababa de tomar parte en la campaña contra los partos al mando de Corbulón y, habiendo regresado á Roma, hacía su primera visita á Petronio. Este quería mucho á su sobrino porque era un apuesto joven de formas atléticas y sabía siempre conservar, aún en sus arranques de cólera, aquel comedimiento estético que tan grato le era.

—¡Salud, Petronio!— dijo el mozo entrando con paso marcial en el *tepidario*. —¡Que los dioses te protejan y te colmen de felicidades, en especial Aesclepio (3) y Ciprea (4)!

—Bien venido, caro Vinicio, y que te sea saludable el descanso después de tus campañas— contestó Petronio alargán-

(1) Lo que hoy llamamos manzana, ó sea conjunto aislado de casas contiguas. Las casas de algunas familias opulentas ocupaban una manzana entera y á veces hasta varias manzanas. Era muy común, sin embargo, alquilar las tiendas de las moradas señoriales á familias poco acomodadas, y andando el tiempo se dió el nombre de *insulas* á los edificios divididos en muchas habitaciones para alquilar, en oposición á *domus* ó sea casa habitada por una sola familia, generalmente la del propietario.

(2) Esclavo encargado de anunciar las visitas.

(3) Nombre griego de Esculapio, semi-dios ó héroe que se dedicó al cultivo de la ciencia médica.

(4) Venus de Chipre.

dole la mano. —¿Qué nuevas traes de Armenia? ¿No llegaste á Betania en tus correrías por el Asia?

Petronio siendo gobernador de aquella provincia había ejercido su autoridad con rectitud, y ahora, entregado al lujo y á la molicie, recordaba con fruición aquellos buenos tiempos.

—En Heráclea estuve á llevar refuerzos á Corbulón— replicó Vinicio.

—¡Ah, Heráclea! Conservo de aquella región muy gratos recuerdos. Pero esto son historias del tiempo viejo... ¿Qué me cuentas de los partos? En verdad, te digo que ya estoy cansado de oír nombrar á Vologeso, á Tiridates, á Tigranes y á todas las hordas de bárbaros que, según Arulano, andan á gatas en su país y solamente enderezan el cuerpo cuando están en presencia nuestra. En Roma se habla mucho de ellos... tal vez porque resulta peligroso hablar de otras cosas.

—La guerra va de mal en peor, y á Corbulón se deberá que no termine con un desastre.

—¡Corbulón! Juro por Baco que le tengo por un gran capitán, por un verdadero dios de la guerra, por un Marte de carne y hueso. Es un hombre intrépido, leal, generoso y estúpido. Pero le aprecio porque Nerón le teme.

—No le tengo por un estúpido á Corbulón.

—Quizás estés en lo cierto... Por otra parte, la estolidez, como enseña Pyrron, no es inferior á la sabiduría.

Vinicio iba á reanudar la conversación sobre la guerra, cuando notó que Petronio cerraba de nuevo los párpados. Se fijó entonces en su rostro pálido y demacrado y se apresuró á preguntarle por la salud.

—No estoy mal— contestó Petronio;—pero tampoco me siento bien. No he llegado al extremo del joven Sisena cuya sensibilidad se halla tan embotada que á veces pregunta si está de pie ó sentado. Ha poco pedías para mí la protección de Aesclepio y Ciprea. Pues te juro que no tengo ninguna fe en el tal Aesclepio. Años atrás envié tres docenas de mirlos y una copa de oro, ya adivinarás con qué objeto, al templo de Epidauró (1). Esto, al fin y al cabo, si no produce ningún bien, tampoco causa ningún mal. No creo que razonen de distinto modo los que hacen sacrificios á los dioses... como no sean los arrieros

(1) Ciudad del Peloponeso, célebre por su templo consagrado á Esculapio.

de la Puerta Capuana. Y no sólo he acudido á Asclepio sino á los mismos *asclepiades* (1) que son unos charlatanes. Tampoco se puede perder gran cosa en consultarles. El mundo está fundado sobre la farsa. La misma vida, ¿no es un engaño; no es otra ilusión el alma? Lo que conviene es saber distinguir las ilusiones agradables de las ilusiones dolorosas. En mi chimenea, por ejemplo, arde leña de cedro impregnada de ámbar porque prefiero los buenos á los malos olores. En cuanto á Ciprea, á la cual también me has encomendado, he sido ya objeto de su protección, pues á ella atribuyo los calambres que con frecuencia atormentan mi pierna derecha. Por lo demás, es una buena diosa, y no dudo que tú mismo, á no tardar, le ofrecerás sacrificios de blancas palomas...

—Has acertado— respondió Vinicio.—Las flechas de los partos nada han podido contra mí y, en cambio, á pocos estadios de las puertas de la ciudad he sido herido por las del Amor.

—¿Por las Gracias!... Vas á contarme en seguida este lance.

—Precisamente venía á consultarte acerca del mismo.

—No te pregunto si eres correspondido—dijo Petronio mirando con ojos de artista á Vinicio.—Si Lissipo hubiese llegado á verte estarías ya convertido en estatua de Hércules adolescente, adornando las puertas del Palatino.

El mozo se sonrió.

Entró en aquel instante el lector con varios papiros en un cofrecito de bronce.

—¿Quieres oírle?—preguntó Petronio.

—Con mucho gusto si se trata de una obra tuya. En otro caso prefiero continuar la conversación. En estos tiempos los poetas te detienen á la vuelta de cada esquina para hacerte oír sus composiciones.

—Es muy cierto. No puedes pasar por delante de una basilica, de unas termas, de una biblioteca, sin encontrarte con poetas que gesticulan cual si fueran monos. Agripa, á su regreso de Oriente, los tomó por locos furiosos. Son achagues de la época. El César versifica y todos siguen su ejemplo. Únicamente está prohibido componer versos mejores que los suyos... lo que me hace temer por Lucano. En cuanto á mí, sólo escribo prosa y á nadie la leo. Lo que trae el lector es el libro de apuntes del infeliz Fabricio Vegento.

(1) Médicos.

—¿Por qué le llamas infeliz?...

—Porque se le ha ordenado que abandone sus penates y no vuelva hasta nueva orden. Verdad que su odisea será más soportable que la de Ulises, porque ninguna Penélope le espera en casa. No he de añadirte que se ha obrado con el torpemente. Aquí sólo se atiende á la superficie de las cosas. El libro es muy malo y nadie lo leyó hasta que el autor fué desterrado. Ahora todos gritan: «¡Qué escándalo!» mientras buscan con recelo en sus páginas el propio retrato y con avidez los de los amigos. En la librería de Avirano centenares de escribientes lo copian. Su éxito está asegurado.

—¿Contiene también tu retrato?

—Sí... pero el autor no ha estado feliz al trazarlo. Me ha pintado menos perverso y más necio de lo que realmente soy. Poseo, por fortuna, la rara facultad de discernir lo hermoso de lo feo, lo justo de lo injusto, facultad preciosa que no tiene, pongo por caso, nuestro *Barbarroja* (1), no obstante ser poeta, auriga, cantor, danzante é histrión, todo en una pieza.

—Lo siento por Fabricio, que es un buen camarada.

—Le ha perdido la vanidad. Al principio todo el mundo lo sospechaba; mas nadie tenía noticias precisas de la obra. No supo refrenar la lengua, explicó el caso á todos sus amigos, en secreto... ¿Conoces la historia de Rufino?

—No.

—Pasemos pues al *frigidario* y te la contaré.

En el centro de éste un surtidor esparcía perfumes de violeta. Los dos amigos se recostaron sobre almohadones de seda y, tras algunos minutos de silencio, Petronio dijo:

—Cada cual tiene sus gustos. A ti te seduce la guerra y á mí me enoja porque, de estar siempre acurrucado debajo de la tienda, las uñas pierden el color rosáceo. A *Barbarroja* le seduce el canto, especialmente el propio, mientras que al viejo Escauro le vuelve loco un vaso corintio, que besa con frenesi cuando no puede conciliar el sueño... Dime: ¿escribes versos?

—Jamás he compuesto un exámetro.

(1) En latín *Aeneobarbus*, apodo que llevó Nerón, como todos los varones de su familia, á causa de tener roja la barba. En la mayor parte de las traducciones se lee *Barba-de-Cobre* y en alguna *Barbas-de-Bronce*. Nosotros hemos preferido traducir *Barbarroja*, ateniéndonos á los diccionarios latinos y á otras consideraciones que suprimimos en obsequio á la brevedad.

—¿Tampoco tocas la lira; ni siquiera cantas?...

—No.

—¿Te dedicarás á la equitación?...

—Tomé parte, hace tiempo, en las carreras de Antioquia; pero no llegaron á interesarme.

—¡Bien, muy bien! Esto me tranquiliza. Y ¿á qué partido te afiliaste?

—Al de los verdes.

—Está bien; respiro. Porque, además, aunque tu fortuna sea respetable, es muy inferior á la de Palas y á la de Séneca. Ten por seguro que es muy laudable y provechoso componer versos, cantar, pulsar la lira, declamar, guiar un carro en las luchas del Circo; pero es mil veces más laudable ó, para hablar con precisión, menos expuesto, no hacer ninguna de estas cosas. Es preferible aplaudir cuando las hace *Barbarroja*. A lo sumo, si te entra el tedio, compón epigramas; mas no se los leas á nadie; que el pobre Rufino...

—A propósito: ¿no querías referirme su historia?

—Te la contaré luego; en el *eleoterio*.

En este departamento les esperaban varias esclavas. Dos de ellas, negras, les perfumaron, mientras algunas, naturales de Frigia, expertas en las artes del tocado, sostenían espejos de acero y peines, y otras, de la isla de Cos, esperaban la orden de dar pliegues estatuarios á las togas de los dos patricios.

—¡Por Júpiter! — exclamó Marco Vinicio — Es el tuyo un magnífico palacio. Puede envidiarte el mismo *Barbarroja*.

—He de confesar que no tengo la austeridad de Aulo Plaucio. Vinicio levantó rápidamente la cabeza.

—¿Cómo ha acudido á tu memoria este nombre? — preguntó. — Pasé diez días en su casa, al dislocarme el brazo no lejos de la ciudad. En el momento de ocurrirme el percance acertó á pasar Plaucio, y al advertir que yo sufría cruelmente se empeñó en llevarme á su morada, en donde su esclavo, el médico Merión, me curó. De Aulo precisamente quería hablarte; más bien, de una muchacha que hay en su casa.

—¿De la cuál te has prendado?...

—Ciertamente. Y lo más grave es que ni siquiera sé quién es. Hasta su nombre ignoro. Se llama Ligia ó Calina... En la casa le dan el primero porque descende de la raza de los ligios (1).

(1) Véase la advertencia preliminar.

Mas parece que su nombre bárbaro es Calina. ¡Extraña casa la de Plaucio! Es un hormiguero de gente y, sin embargo, reina en ella el silencio de los bosques de Subiaco. Estuve muchos días sin saber que Ligia morase bajo el mismo techo. Una mañana acerté á verla cerca de la fuente del jardín... La ví otra vez... y después otra... y he perdido el sosiego... No tengo ninguna ambición; nada quiero de lo que Roma puede darme; no deseo ni oro, ni bronce de Corinto, ni ámbar, ni perlas, ni vino, ni banquetes... Únicamente quiero á Ligia, y nada más que á Ligia. Te juro, Petronio, que deliro por ella.

—Si es una esclava, cómprala.

—No es una esclava.

—¿Será entonces una liberta de Plaucio?...

—No habiendo sido esclava, menos puede ser liberta.

—¿Qué es entonces?

—No lo sé... hija de rey ó algo por el estilo.

—Me mueves á curiosidad, Vinicio.

—Oye, pues, que no es larga la historia. Tú has de haber conocido á un rey de los suevos llamado Vannio que, por haber sido arrojado de su patria, vivió largo tiempo en Roma donde adquirió celebridad por su mucha suerte en el juego de los dados y por su destreza en guiar carros. César Druso le restauró en el trono, y Vannio, que era hombre discreto, al principio reinó con acierto é hizo la guerra con fortuna. Más luego le dió por desollar, no solo á los pueblos fronterizos, sino también á sus propios súbditos. Entonces sus sobrinos Vangio y Sido, hijos de Vibilio, rey de los hermanduros, prevaleándose del general descontento, acordaron remitirlo á Roma á probar de nuevo fortuna en el juego.

—En efecto, lo recuerdo; fué en tiempo de Claudio.

—Exactamente. Pues como te decía, estalló la guerra. Vannio llamó en su auxilio á los yazigios y sus sobrinos apelaron al concurso de los ligios. Conocedores éstos de la riqueza de Vannio, se arrojaron, ávidos de botín, en hordas tan numerosas sobre el territorio ocupado por los suevos, que Claudio empezó á temer por la seguridad de la frontera y ordenó á Atelio Cistero, jefe de las legiones del Danubio, que estuviera atento á las peripecias de la lucha y no consintiese en modo alguno incursiones por los confines del imperio. Cistero no sólo obtuvo de los ligios la promesa de no traspasar las fronteras sino que consiguió que le entregaran en rehenes á la

mujer y á la hija de su caudillo, y esta última es Calina, la joven que tienen los Aulo.

— Y ¿cómo has sabido todo esto?

— Me lo ha relatado el mismo Aulo Plaucio... Los ligios, claro está, no violaron la frontera. Pero bien sabes que los bárbaros aparecen como una tormenta y como una tormenta se deshacen. Esto ocurrió con los ligios. Derrotaron á los suevos de Vannio y á los yazigios; pero habiendo muerto su caudillo, desaparecieron con el botín, dejando en poder de Cistero los rehenes. Poco después falleció la madre, y Cistero entregó la hija á Pomponio, gobernador de Germania, quien, terminada la campaña contra los celtas, volvió á Roma y, como sabes, obtuvo por decreto de Claudio los honores del triunfo. La niña siguió el carro del triunfador; pero terminadas las fiestas, Pomponio, no sabiendo qué hacer de ella, pues por su calidad de rehén no podía ser considerada como esclava, decidió confiarla á su hermana Pomponia Grecina, esposa de Aulo. Y en casa de ésta, donde todo respira moralidad, creció la niña tan virtuosa como la misma Pomponia y tan bella que Popea, á su lado, es como un higo paso comparado con una manzana de las Hespérides.

— Bien, ¿y qué?

— Te repito que la quiero con delirio. Al volver del Asia pasé una noche en el templo de Mopso, y este dios se me apareció en sueños y me predijo que el amor produciría en mi vida una revolución profunda.

— He oído decir que Plinio no creía en los dioses, pero si en los sueños. Es posible que no anduviese descaminado Plinio. Además se trata de Venus, una diosa que ha hecho surgir el mundo del caos. Es discutible si ha hecho bien; pero su poder es patente. Se puede, pues, no adorarla; pero hay que reconocerla.

— ¡Ah, Petronio! Veo que es más fácil filosofar que dar un consejo.

— Dime, pues, qué quieres; habla.

— Quiero unirme á ella; hacerla mi esposa, si es preciso. Quiero tenerla en mi casa hasta que mi cabeza blanquee como la cumbre del Soracta en invierno.

— Aunque no sea una esclava pertenece á la familia (1) de

(1) Constituyan la familia romana todas las personas sujetas á la autoridad del jefe de la misma.

Plaucio y, puesto que es huérfana, ha de ser considerada como pupila de éste, y podría concedértela.

— No conoces á Pomponia Grecina. Además, marido y mujer la quieren como si fuese su propia hija.

— Sí; la conozco. Desde la muerte de Julia no se ha quitado el luto, y por su aire se diría que camina ya por prados cubiertos de asfódelos. Es, entre nuestras damas, una verdadera ave fénix... Y á propósito, se me ha asegurado que en el alto Egipto ha aparecido una de estas aves, cosa que no ocurre sino una vez cada quinientos años.

— ¡Petronio!... ya hablaremos otro día del ave fénix.

— ¡Qué quieres, Marco! Conozco á Aulo Plaucio y, aunque no apruebe mi manera de vivir, me tiene especial simpatía y hasta creo que me quiere porque sabe que no he sido nunca un delator de la calaña de Domicio Afro, Tigelino y demás bribones que rodean y adulan á Barbarroja. Sin echármelas de estoico, á veces he condenado actos de Nerón á los cuales habían dado indulgente asenso Séneca y Burro. Si crees que puedo servirte en algo, estoy dispuesto á hablar á Plaucio.

— Acepto tu ofrecimiento. Aparte el ascendiente que sobre él tienes, estás dotado de un caudal inagotable de ingenio. Creo, pues, que sería bueno que después de haber reunido todos los antecedentes del caso hablaras á Plaucio.

— Exageras mi influencia y mi talento; pero, sea como quiera, te prometo ver á Aulo y hablarle cuando estén de vuelta en la Ciudad.

— Han regresado hace dos días.

— Pasemos, pues, al triclinio (1) donde nos espera el almuerzo, y después nos haremos llevar á su casa.

— Siempre te he querido — exclamó Vinicio; — mas ahora pondré tu estatua entre mis lares... una estatua hermosa como aquella... y le ofreceré sacrificios todos los días.

Y señaló, al decir esto, un Hermes que empuñaba el caduceo y en el cual habían sido reproducidas las formas de Petronio.

Después éste, cogiendo á Vinicio por el brazo, se lo llevó al triclinio.

(1) Comedor

II

Terminado el almuerzo á una hora en que los simples mortales habian ya hecho la refacción de la tarde, Petronio pidió la venia á su sobrino para dormir la siesta.

— Es todavía temprano — dijo — para visitas. Verdad que existen aún algunos seres originales que comienzan el visiteo al salir el sol porque creen que ésta es una antigua costumbre romana. Opino, sin embargo, que procede de los bárbaros. ¿No te parece que la hora más adecuada para las visitas es aquella en que el sol desciende hacia el templo de Júpiter Capitolino mirando de soslayo al Foro? Aunque estamos en otoño, todavía el aire es tibio y convida al reposo después de la comida... Es muy agradable oír el murmullo de la fuente en el atrio y, después de haber dado los mil pasos de rigor, adormecerse á la luz rojiza que desciende del purpúreo *velario* (1).

Accedió Vinicio, y después de haber paseado un rato charlando acerca de los acontecimientos palatinos y urbanos, sazónándolos con reflexiones filosóficas, Petronio entró en el *cubiculo* (2). Media hora después se levantó sin haber pegado los ojos y se frotó las manos y las sienes con verbena.

— No puedes imaginarte — exclamó — cuánto refresca y reanima el aroma de esta planta.

La litera estaba ya preparada. Colocados en ella, se hicieron llevar al *Vicus Patricius*, (3) donde Aulo tenia su casa.

La *insula* de Petronio estaba situada en la vertiente meridional del Palatino y, por tanto, el camino más recto para nuestros dos patricios era el que pasaba por el lado acá del Foro; pero como Petronio queria ver á Idomeneo, el joyero, ordenó á

(1) Lienzo con que se cubrían los circo y teatros para resguardar del sol y de la lluvia á los espectadores. Aquí se da al vocablo una aplicación extensiva muy justificada.

(2) Dormitorio.

(3) *Vicus*, barrio. Para mayor precisión añadiremos que el *vicus* solía constar de una calle principal, que le daba el nombre, y de algunas otras, por regla general verdaderos callejones, que desembocaban en aquélla. Por esta razón, el vocablo se toma á veces en la acepción de barrio y otras expresa exclusivamente la calle principal.

los esclavos que atravesaran el *Vicus Apollinis* y el Foro para salir al *Vicus Sceleratus*.

La litera era llevada por gallardos negros y la precedían los esclavos llamados, por la razón misma de precederla, *pedissequi*. Petronio aspiraba en silencio la fragancia de la verbena de que estaban impregnadas sus manos y parecia reflexionar. De pronto dijo:

— Ahora se me ocurre que si tu ligia no es esclava puede, si quiere, abandonar sin riesgo alguno la casa de Plaucio. ¿No le has declarado tu amor?

— La vi por primera vez cerca de la fuente, como te dije, y otras dos me crucé con ella en el jardín. Yo estaba alojado en el cuerpo de edificio destinado á los huéspedes, y la enfermedad no me consentia sentarme á la mesa común. Únicamente la vispera de mi partida logré estar al lado de Ligia á la hora de la *cena* (1), pero no hablarle, porque tuve que escuchar el relato que de sus victorias en la Bretaña hacia Aulo Plaucio y después algunas consideraciones sobre la decadencia de la pequeña propiedad en Italia y sobre los esfuerzos de Licinio Estolón para restaurarla. No creo que Plaucio sea capaz de hablar de otra cosa, como no te endilgue un sermón sobre la inmoralidad presente. Cría faisanes, mas no se atreve á comerlos convencido de que si lo hiciera precipitaria el fin del poderío romano... Otra vez vi á Ligia en el jardín, cerca de la cisterna. Sumergía en el agua una rama de laurel y la agitaba luego rociando las plantas. ¡Por el escudo de Hércules te juro que mis piernas, que jamás temblaron cuando nos embestian, aullando, los partos, dobláronse como las de un niño sorprendido en flagrante travestura y, de pronto, no pude articular palabra.

Petronio le lanzó una mirada de envidia.

— ¡Dichoso tú! — exclamó. — El mundo y la vida son ciertamente poco apetecibles; pero contienen una eterna felicidad: la juventud, que pasa ¡ay! como una flecha... ¿No le hablaste, pues?...

— ¡Si! Repuesto de mi emoción le expliqué el motivo de encontrarme en aquella casa; le dije que á pesar de haber padecido cruelmente preferia los sufrimientos dentro de aquellos muros á cualquier goce fuera; la enfermedad más terrible á

(1) Era la comida principal de los romanos que, según César Cantú, se hacia á las tres de la tarde en verano y á las cuatro en invierno.

la salud. Ella me escuchaba conmovida, inclinada la cabeza y trazando figuras sobre la arena del sendero con la rama de laurel. Levantó luego los ojos, miró otra vez las figuras dibujadas, me miró á mí, como si quisiera interrogarme, y se alejó apresuradamente. Poco después vino corriendo el niño de Plaucio y me preguntó algo que no logré entender.

— Pero ¿qué figura trazó sobre la arena; sería un corazón traspasado por un dardo?... ¿Escribiría tal vez la palabra amor?... ¿Cómo no se te ocurrió mirar aquel dibujo?

— Vestí la toga antes de lo que tú crees — contestó Vini-
cio. — Cuando apareció el pequeñuelo ya había fijado la aten-
ción en el dibujo. No ignoro que en Grecia y en Roma las mu-
chachas suelen trazar sobre la arena las confidencias que los
labios rechazan... Adivina qué había dibujado.

— Es difícil, no siendo un emblema amoroso.

— Un pez.

— ¿Has dicho?...

— He dicho un pez... ¿Qué quería significar; qué es helada la sangre que corre por sus venas?... No acierto. Tú comprenderás mejor que yo este enigma.

— Perdona, querido sobrino. Sobre este asunto consulta á Plinio que es docto en la materia... Si no hubiese muerto el viejo Apicio podrías consultarle también, porque engulló más peces que hay en el golfo de Nápoles.

El ruido ensordecedor de la calle interrumpió la conversa-
ción. Habían atravesado el *Vicus Apollinis*, dado la vuelta por el *Boarium* (1), y acababan de entrar en el *Forum Romanum*. El tiempo era espléndido y la ociosa muchedumbre paseaba por los intercolumnios, departiendo sobre los sucesos del día, contemplando á los patricios que se hacían llevar en literas y parándose frente á los escaparates de las tiendas de los joyeros, libreros, cambistas, fundidores y escultores que circuían la sección del mercado inmediata al Capitolio.

La parte del Foro situada al pie de la montaña estaba ya sumergida en la sombra; pero las columnas de la parte superior de los templos, inundadas de luz, se destacaban vigorosamente sobre el azul del firmamento, mientras que las situadas más abajo proyectaban sombras prolongadas sobre los marmóreos edificios, tan estrechamente agrupados, que produ-

(1) Mercado de bueyes.

cian á quien los contemplaba como una sensación de sofocante angustia. Amontonados en desorden, trepaban por la colina, se extendían á derecha é izquierda, se apretaban contra los muros de los palacios, formando una inextricable selva de columnatas altas y bajas, esbeltas y macizas, blancas y doradas, con capiteles adornados de flores de acanto unas, rematadas otras por volutas jónicas ó por el severo ábaco dórico. Sobre este tupido bosque de columnas se destacaban flores de trébol; por los tímpanos asomaban las estatuas de los dioses y aladas cuadrigas parecían lanzarse desde la sublimidad de las cimas al espacio azul combado majestuosamente sobre la soberbia Ciudad.

Por el centro del mercado se deslizaba la muchedumbre, como las aguas de caudaloso río. Muchos paseaban bajo los arcos de la basilica de Julio César; otros estaban sentados en las gradas del templo de Cástor y Póllux ó daban vueltas al rededor del pequeño santuario de Vesta, destacándose sobre aquella decoración de mármoles como mariposas y avispones. Desde lo alto de la amplia escalinata del templo consagrado á Júpiter Optimo Máximo bajaban siempre nuevas oleadas de gente. Cerca de los Rostros declamaban improvisados retóricos, mientras los vendedores de frutas, vino y agua con zumo de higos pregonaban á voz en grito sus mercancías, los charlatanes ponderaban las virtudes curativas de sus drogas y los adivinos, zahories é intérpretes de sueños daban con voz nasal y cadenciosa sus sibiliticas respuestas, mezclándose al vocerío los sonidos de la sambuca egipcia, del sistro y de la flauta griega.

Aparecían de cuando en cuando grupos de enfermos y devotos que llevaban ofrendas á los dioses. Sobre las amplias losas picoteaban las palomas, levantando á lo mejor el vuelo, á grandes bandadas, con rumoroso aleteo, para caer otra vez sobre los claros que dejaba la muchedumbre. A veces ésta se abría para dejar el paso libre á una litera en la cual se percibía una hermosa cabeza de mujer ó el rostro decrepito y adusto de un senador ó de un guerrero. La plebe pronunciaba en voz alta sus nombres. Pelotones de pretorianos y de guardias encargados de conservar el orden público desfilaban con paso marcial por entre los grupos. Se oía hablar no menos la lengua griega que la latina.

Vini-
cio, que había estado mucho tiempo ausente, contem-
plaba con curiosidad aquel hormiguero de gente, aquel *Forum*

Romanum señor del mundo y poblado, sin embargo, de una muchedumbre cosmopolita.

— Nido de *quirites* sin *quirites* (1) — dijo lacónicamente Petronio, adivinando el pensamiento de su compañero.

En efecto, la invasión creciente de todas las razas conocidas ahogaba, en Roma, al elemento romano. Pululaban por do quiera grupos de etíopes, negros como el azabache; gigantes de rubios cabellos traídos de las regiones brumosas del Norte; galos, bretones y germanos; hijos de la Sérica Indica, de ojos oblicuos; naturales de las riberas del Eufrates y del Indo; sirios de las orillas del Oronte, de ojos negros y mirada apacible; árabes del desierto, fuertes y enjutos de carnes; judíos de pecho hundido; egipcios de sonrisa imperturbable; núbidas; africanos; griegos de la Hélada, que compartían con los romanos el gobierno de la ciudad, si bien por medio de la ciencia, el arte y la astucia; griegos del Asia Menor, del Egipto, de la Italia meridional y de la Galia Narbonense. Con los esclavos de orejas horadadas se confundían en los pocos mercados y aventureros atraídos á la gigantesca ciudad por el cebo del lucro. Abundaban también los sacerdotes: los de Serapis que empuñaban palmas; los de Isis, diosa egipcia en cuyos altares se hacían más sacrificios que en los del mismo Júpiter Capitolino; los de Cibele que llevaban en las manos doradas mazoreas de maíz, y los de muchas divinidades exóticas. Había también bailarinas orientales, con la cabeza cubierta por vistosas *mitras*, vendedores de amuletos, domadores de serpientes y magos caldeos. Formaba como el sedimento de esta abigarrada muchedumbre la plebe libre y ociosa que el Emperador mantenía, vestía y divertía; bandadas de canalla desarrapada que se presentaban todos los días en demanda de su ración de trigo en los depósitos de las orillas del Tiber, que se disputaban los billetes de lotería en los circos, que dormían en las casucas ruinosas del *Transtevere* y pasaban el día en los criptopórticos, en las hediondas madrigueras de la Suburra, sobre el puente Milvio ó en frente de los palacios opulentos, de donde, á veces, les arrojaban las sobras de la mesa de los esclavos.

Petronio era muy conocido de aquella multitud. De vez en cuando llegaba á los oídos de Vinicio esta exclamación:

— ¡Védle! ¡Védle!

(1) Ciudadanos romanos.

Se le quería por su generosa esplendidez; pero su popularidad había subido de punto al saberse que, gracias á su intercesión, el César revocó la sentencia en que se condenaba á muerte á todos los esclavos, sin distinción de sexo ni edad, del prefecto Pedanio Segundo, execrable déspota asesinado por uno de ellos en un arrebatado de exasperación. No obstante, á Petronio le importaba un comino el aura popular y, en realidad, intervino en el negocio menos por conmiseración de aquellos desgraciados que por respeto á su alto sentido estético, que le había valido el sobrenombre de *Árbitro de las Elegancias* y al que, naturalmente, repugnaba una carnicería «propia quizás de los bárbaros escitas, pero indigna de los cultos romanos.» Y no solamente despreciaba el favor de la plebe, sino que lo miraba con recelo, recordando que las principales víctimas de Nerón habían sido por ella idolatradas: Británico, que murió envenenado; Agripina, á quien el César mandó asesinar; Octavia, ahogada en el baño, después de haberle abierto las venas; Rubelio Plancio á quien desterró *Barbarroja*, y Traseas que aguardaba inquieto todos los días su sentencia de muerte... La popularidad, pues, se había de considerar como presagio funesto y aquel escéptico, como buen romano, no dejaba de ser supersticioso... Petronio despreciaba á la muchedumbre por dos razones: como aristócrata y como esteta. En su concepto, no podían ser considerados como hombres séres que oían á habas tostadas y que jugaban á la morra, sudorosos y jadeantes, en los cuadrivios y peristilos.

Sin dignarse contestar siquiera con una sonrisa á los aplausos, continuaba la conversación con su sobrino á quien decía:

— ¡Cómo se reiría Pedanio de la veleidad de esa canalla!... ¡Figúrate que al día siguiente de haberse amotinado aplaudió con entusiasmo delirante á Nerón, mientras se encaminaba al templo de Júpiter Stator!

Frente á la librería de Avirano hizo detener la litera. Descendió, compró un primoroso manuscrito y entregándoselo á Vinicio díjole:

— Toma; te lo regalo.

— Gracias; — respondió Vinicio, dando una mirada al título — *¿Satiricón?*... Es una obra nueva. ¿De quién es?

— Mia. Pero como no quiero que me ocurra lo que á Rufino, cuya historia he prometido contarte, ni lo que te referí de Fa-

bricio Vegento, me he guardado de dar el nombre y te recomiendo el secreto.

— Me has dicho que no escribes versos — prosiguió Vinicio, hojeando el libro — y aquí veo poesías intercaladas en la prosa.

— Cuando lo leas fijate en la *Cena de Trimalción*. Por lo que toca á los versos, me dan náuseas desde que *Barbarroja* se puso á escribir una epopeya. Vitelio, como sabes, para vomitar se mete una paleta de marfil en el gáznate; otros emplean con el mismo objeto plumas de faisán impregnadas de aceite ó de una decocción de sérpul. Yo leo las poesías de Nerón y obtengo exactamente el mismo resultado. Puedo entonces alabar sus versos, si no con la conciencia tranquila, al menos con el estómago limpio.

É hizo detener la litera frente á la tienda del joyero Idomeo. Escogidas las gemas que deseaba, dió orden á los esclavos de que les transportaran directamente á casa de Aulo.

— Mientras tanto te contaré la historia de Rufino, la cual podría titularse: «A donde conduce la vanidad de un autor».

Mas como en aquel momento acababan de entrar en el *Vicus Patricius*, antes de empezar el relato se encontraron frente á la casa de Aulo. Un portero joven y robusto les abrió la puerta, mientras una urraca enjaulada les saludaba con un estridente ¡*Salvé!*

Pasando al segundo vestibulo dijo Vinicio:

— ¿Te has fijado en que el portero no está encadenado? (1).

— Es una casa muy extraña ésta — contestó á media voz Petronio. — Habrás oído decir que Pomponia Grecina ha sido acusada de profesar cierta superstición oriental que se basa en la adoración de un tal Cristo.

— Tienes razón; es una casa misteriosa. Ya te explicaré cuanto he visto y oído aquí.

Pasaron al atrio. El esclavo encargado de su guarda, llamado por esta causa *atriense*, envió al *nomenclator* á anunciar la visita, mientras otros esclavos les ofrecían asientos y les colocaban escabeles bajo los pies.

A Petronio se le había antojado que siempre reinaba una enojosa tristeza en la vivienda de Aulo y Pomponia y jamás había puesto el pie en ella. Por esta razón miraba con asom-

(1) El esclavo que servía de portero estaba, en las casas romanas, sujeto por el pie con una cadena.

bro en torno suyo, convencién dose de su error, pues el atrio producía impresión placentera. Por la rectangular abertura del techo bajaba un torrente de luz que se rompía en mil haces sobre la superficie de las aguas del *impluvio* (1), el cual estaba rodeado de lirios y de anémonas. Era evidente que en aquella casa se tenía predilección por los lirios, pues los había en todo el atrio y de varios colores: blancos, rojos, azulados, en cuyos pétalos brillaban como perlas las gotas de agua. Sobre el húmedo musgo y sobre el verdor de las frondosas plantas se destacaban estatuillas de bronce en las cuales se reproducían pájaros acuáticos y niños. En uno de los ángulos veíase una corza, enmohecida y verdosa á causa de la humedad, con la cabeza inclinada sobre el agua en actitud de beber. El pavimento del atrio era de riquísimo mosaico y los muros, en parte incrustados de mármoles rojos, en parte adornados con pinturas de árboles, peces, pájaros y grifos, ofrecían bello y armónico aspecto. Los marcos de las puertas laterales estaban taraceados de nácar y marfil, y en los espacios intermedios, adosadas á los muros, se erguían las estatuas de los ascendientes de Plaucio.

Petronio no acertaba á salir de su sorpresa. En aquella morada á un tiempo modesta y magnífica, no fastuosa, pero sí señorial, se gozaba de un apacible bienestar. Su casa era incomparablemente más espléndida y rica, pero su depurado gusto no encontraba nada que censurar en la de Aulo. Se disponía á explicar á Vinicio esta impresión, cuando un esclavo levantó la cortina que separaba el atrio del *tablino* (2) y apareció Aulo Plaucio. Era éste hombre ya entrado en años, pero de constitución robusta, de facciones severas y algo aguileñas. En aquel momento se hallaba perturbado por la inquietud que, naturalmente, le había de producir la inesperada visita del amigo y confidente del César.

No podía escapar esta impresión á la perspicacia de un hombre de mundo como Petronio, quien, después de los saludos de rúbrica, se apresuró á explicar, con su habitual elocuencia y gracejo, el motivo de la visita, manifestando «que no era

(1) Estante rectangular en el centro del atrio, que correspondía á la abertura del techo, *compluvium*, y en el que se recogían las aguas.

(2) Sala donde los patricios solían tener el archivo y los retratos de familia y donde recibían á los *clientes*. Les servía también, generalmente, de escritorio.

otro sino el deseo de darle las gracias por los cuidados prodigados á su sobrino mientras estuvo en aquella casa curándose el brazo dislocado, visita por otra parte de sobras justificada por la antigua amistad que á Plaucio le unía».

Este contestó á tan corteses frases que le era sumamente agradable la presencia de Petronio, añadiendo:

— En cuanto á gratitud me considero deudor, aunque de pronto no atines con el motivo.

— En verdad — dijo Petronio, — no acierto...

— Aprecio mucho — replicó Aulo — á Vespasiano, á quien salvaste la vida el día en que tuvo la desgracia de dormirse mientras Nerón recitaba unos versos.

— Más bien dirías la *fortuna* porque, al fin, no los oyó. No niego, sin embargo, que la cosa habría podido acabar mal. *Barbarroja* tenía el propósito de enviarle un centurión con la afectuosa súplica de que se abriese las venas.

— Y tú, Petronio, ¿le ridiculizaste por esta decisión?...

— ¡Ah, no! Le di á entender que si Orfeo con su canto lograba amansar á las fieras, no era menor triunfo el de hacer dormir á Vespasiano. Se puede criticar sin peligro á Nerón con tal de mezclar á la crítica una buena dosis de lisonja. Nuestra graciosa Augusta Popea conoce á fondo este arte.

— ¡Qué tiempos éstos! — exclamó Aulo — Mira: me faltan dos dientes que un bretón me arrancó de una pedrada; desde entonces tengo el habla sibilante, y, sin embargo, son los mejores días de mi vida los que pasé en Bretaña.

— Porque resplandecieron con tus victorias — interrumpió Vinicio.

Temiendo Petronio que el viejo militar se engolfase en el relato de sus campañas se apresuró á cambiar de conversación. Refirió que en los alrededores de Prenesta unos campesinos habían encontrado el cadáver de un lobezno con dos cabezas; que durante la última tempestad una centella había arrancado una piedra de uno de los ángulos del templo de Diana, cosa realmente extraordinaria á fines de Otoño, y que un tal Cotta, al relatarle el hecho, había añadido que los sacerdotes lo consideraban como presagio de desventuras, como, por ejemplo, la destrucción de la Ciudad ó la ruina de alguna casa poderosa, y que sólo con pingües ofrendas á los dioses podrían conjurarse.

Aulo observó que no era prudente desdeñar los avisos de las divinidades y que nada tendría de extraño que éstas estu-

vieran irritadas por la maldad de los hombres, cuyos crímenes excedían á toda medida, añadiendo que tal vez con sacrificios propiciatorios sería posible conjurar su venganza.

Á lo que contestó Petronio:

— Tu casa, Plaucio, no es grande, aunque un grande hombre more en ella; la mía está en relación con su mediocre propietario, y, tratándose de una gran casa, como si dijéramos de la *Domus Transitoria* (1), ¿vale la pena de que ofrezcamos sacrificios á los dioses para salvarla?

Plaucio calló por prudencia, lo que no dejó de ofender algún tanto á Petronio, pues aunque confidente del César y hombre de conciencia elástica, jamás había sido delator.

El *Arbitro* cambió de nuevo de conversación y se puso á elogiar la casa de Plaucio.

— Es un antiguo edificio — contestó éste con indiferencia — que está como lo heredé, pues ni una sola reparación le he hecho.

Recogido el elegante cortinaje que separaba el atrio del *tablino*, la casa quedaba visible de un extremo á otro, pudiendo alcanzar la mirada, á través del *tablino*, del último peristilo y de la amplia sala posterior, hasta el jardín que se destacaba en el fondo como un cuadro luminoso encerrado en oscuro marco. En el jardín se oían las alegres risotadas de un niño.

— Permitenos, Plaucio — exclamó Petronio — oír de cerca esta ingénua risa, tan rara en nuestros días.

— Con mucho gusto — respondió Plaucio, levantándose — Es mi pequeñuelo que juega á la pelota con Ligia. Pero yo imaginaba, Petronio, que pasabas los días en una risa inextinguible...

— La vida es ridícula y por esto me río con frecuencia — dijo Petronio. — Pero aquí la risa tiene otro sonido.

— Por lo demás — observó Vinicio — Petronio no suele reírse de día, sino de noche.

Y departiendo de esta suerte, atravesaron la casa y entraron en el jardín, donde Ligia y el niño de Aulo estaban, efectivamente, jugando.

(1) Nerón, una de cuyas manías era poseer un vasto y magnífico palacio, hizo unir el que poseía en el Palatino con otro del Esquilino por medio de soberbia construcción á la que se dió el nombre de *Domus Transitoria*, ó sea edificio de paso. — (Suet. Ner., XXXI).

Petronio echó una mirada rápida á Ligia. El pequeñuelo corrió á saludar á Vinicio quien, adelantándose, hizo una inclinación de cabeza á la hermosa doncella, que estaba inmóvil, con la pelota en la mano, los cabellos en desorden y las mejillas vivamente coloreadas por efecto del cansancio.

En el *triclinio* del jardín (1), á la sombra de una parra entrelazada con yedra y madreSelva, estaba sentada Pomponia Grecina á quien se apresuraron á saludar los visitantes. Aunque no frecuentase la casa, Petronio conocía á Grecina por haberla encontrado algunas veces en la de Antistia, hija de Rubelio Plaucio, y en las de Séneca y Polión. La verdad es que no acertaba á sustraerse á la extraña impresión de respeto que le producían la sonrisa melancólica, pero serena, de Pomponia y la nobleza de su continente, de sus gestos y de sus palabras. De tal manera contrastaba la esposa de Aulo con la idea que tenía de la mujer este hombre corrompido hasta la médula, que ante ella perdía su habitual aplomo; en aquel momento, al expresar su gratitud por los cuidados que prodigara á Vinicio, no supo sustraerse á darle el tratamiento de *domina* que jamás le vino á la memoria cuando, por ejemplo, departía con Calvia Crispinilla, Escribonia, Valeria, Salina y otras damas de alto copete. Tras las obligadas frases de cortesía, manifestóle cuanto sentía que viviese tan retirada; que no se la encontrara nunca ni en el circo ni en el teatro.

La dama contestó plácidamente y con la mano apoyada en la de su marido:

— Nos volvemos viejos y cada día nos atrae con mayor fuerza el hogar.

Empeñóse Petronio en insistir por galantería; pero Aulo Plaucio le atajó diciendo con su voz sibilante:

— Cada día nos sentimos más extraños entre gentes que dan nombres griegos á nuestros dioses romanos.

— Los dioses, de algún tiempo á esta parte, han degenerado en figuras retóricas — contestó con desenfado Petronio — y la Retórica nos la han enseñado los griegos. Por lo que á mí toca, más fácil me resulta decir Hera que Juno.

Después quiso protestar contra lo que Pomponia había dicho de la vejez.

(1) Cenador.

— No hay duda que la vejez nos sorprende á lo mejor — exclamó; — pero su llegada depende en gran parte del género de vida que uno lleva y, en verdad, hay personas que parecen olvidadas de Saturno.

Había bastante sinceridad en las palabras de Petronio, pues aunque Pomponia hubiese entrado en la edad madura conservaba la frescura de la tez, y como tenía la cabeza pequeña y las facciones delicadas, á pesar de su vestido negro, de su austero continente y de su melancolia, presentaba un aspecto en cierto modo juvenil.

El niño, que había adquirido cierta familiaridad con Vinicio durante la estancia de éste en la casa, le invitó á jugar á la pelota. Detrás del pequeñuelo había entrado Ligia en el *triclinio*. Bajo el dosel de yedra, con hacecillos de luz jugueteándole en el rostro, á Petronio le pareció mucho más hermosa la muchacha que al verla por primera vez, poco antes. Y como aún no le había dirigido la palabra, levantóse, inclinó la cabeza y pronunció las palabras con que Ulises saludó á Nausicáa (1):

Seas diosa ó mortal, á suplicarte
Vengo, oh reina. Si diosa eres acaso
De las que en el inmenso cielo habitan,
A Diana, hija de Júpiter, en talle
Majestad y belleza te comparo.
Si mortal, habitante de la tierra,
Feliz tres veces el ilustre padre
Que te dió el ser, feliz tu madre augusta,
Felices tus hermanos...

A la misma Pomponia le agradó la gentil galantería de aquel hombre de mundo. Ligia, por su parte, la escuchó confusa, ruborizada y sin atreverse á levantar los ojos del suelo; pero bien pronto apareció sobre sus labios graciosa sonrisa; en sus facciones se pintó encantadora vacilación, y de un aliento,

(1) En las traducciones francesas é italianas que hemos tenido á la vista, las palabras de Ulises y de Nausicáa aparecen en prosa. Nosotros hemos preferido copiar los versos de la traducción de la *Odissea* hecha por D. Federico Baraibar y Zumárraga, la primera que nos ha venido á la mano.

como quien recita una lección de memoria, contestó con las mismas palabras de Nausicáa:

...Extranjero, no pareces
De raza vil, ni necio...

Y huyó, rápida, como pájaro espantado.

Esta vez fué Petronio quien se asombró; no esperaba oír versos de Homero en labios de una muchacha de origen bárbaro. Volvió la cabeza hacia Pomponia con mirada interrogativa; pero ésta se contentó con sonreír á su marido, que tenía la satisfacción pintada en el semblante.

A pesar de sus prejuicios de antiguo romano que le llevaban á protestar contra el empleo y la difusión de la lengua griega, no dejó de halagarle que Ligia, por la cual sentía cariño de padre, hubiese contestado en aquel idioma, y precisamente con versos de Homero, pues consideraba su conocimiento como el pináculo de la cultura.

—Tenemos profesor de griego para nuestro hijo—observó Aulo, volviéndose á Petronio—y Ligia asiste á las lecciones. Es todavía muy niña... La queremos mucho...

Petronio contempló un instante, á través de la celosía que formaban las ramas de yedra y los pámpanos, á Vinicio, á Ligia y al niño de Aulo que jugaban en el jardín. El primero, despojado de la toga y cubierto simplemente con la túnica, lanzaba en alto la pelota, y Ligia, que estaba en frente, levantando las manos procuraba cogerla. Como se ha indicado, la doncella, de primera impresión, no gustó á Petronio; parecióle á éste extremadamente delgada; pero después de haberla contemplado á su sabor en el *triclinio* no pudo menos de compararla á la Aurora. Sus mejillas rosadas y diáfanas, la blancura de su frente alabastrina, sus ojos azules y serenos, sus cabellos con reflejos de ámbar y de bronce, su cuerpo esbelto y flexible, su frescura juvenil, dieron la idea de una misteriosa armonía al escéptico elegante, quien tuvo que confesarse que en el continente de Ligia había algo de extraordinario.

Y dirigiéndose á Pomponia, dijo:

—Comprendo, *domina*, que teniendo aquella pareja á vuestro lado preferais el hogar al Circo y á los banquetes del Palatino.

—Sí—respondió Pomponia, mirando á su pequeñuelo y á Ligia.

El viejo soldado empezó á contar la historia de la muchacha y cuanto sabía por Atelio Cistero acerca del pueblo ligio, perdido en las brumas del Septentrión.

Los jóvenes, cansados del juego, dieron algunas vueltas por el jardín, destacándose sus figuras como blancas estatuas sobre el fondo obscuro de los mirtos y de los cipreses. Después fueron á sentarse en un banco de piedra cercano á la piscina. El niño, que era muy inquieto, se acercó al agua y se entretuvo arrojando piedrezuelas á los peces.

Vinicio, continuando la conversación comenzada durante el paseo, decía con voz baja y temblorosa:

—Sí, Ligia; apenas hube dejado la toga *pretexta* (1), me enviaron á las legiones de Asia. No he tenido tiempo de conocer la Ciudad ni la vida. Cuando niño asistía á la escuela de Musonio, quien nos enseñaba que la felicidad consiste en querer lo que quieren los dioses y, por consiguiente, que depende de nuestra voluntad. Sin embargo, creo que existe otra felicidad que no depende de nosotros; una felicidad más excelsa... y yo, Ligia, ando en busca de quien quiera otorgármela.

Calló, y por un momento oyóse solamente el ligero chapoteo que producían al tocar el agua las piedrezuelas arrojadas por el niño. Con voz más tierna y queda, Vinicio prosiguió:

—¿Conoces á Tito, hijo de Vespasiano? Se enamoró de Berenice con tan intensa pasión que estuvo á punto de morir. De esta manera sabría amarte yo, hermosa Ligia... Riquezas, gloria, poder, no son más que sueños, humo... El rico halla siempre á otro más rico que él; la gloria de uno es siempre eclipsada por la gloria de otro; el poderoso es abatido con frecuencia por otro que tiene un poder más alto; únicamente el amor, Ligia, nos iguala á los dioses.

La joven le escuchaba emocionada, como si le acariciaran el oído con los sonidos de una flauta griega; música extraña que filtraba en sus venas, le removía la sangre, le comprimía el corazón, inundándola á la vez de un placer inefable. Parecía oír palabras ya pensadas, pero que no habían encontrado hasta entonces forma de expresión.

(1) La guarnecida con una franja de púrpura que llevaban en Roma los jóvenes nobles de ambos sexos hasta la edad de 17 años. También la usaban los sacerdotes, magistrados y senadores en las funciones públicas.

El disco del sol tocaba la cima del Janiculo, arrojando sobre los cipreses inmóviles resplandores de fuego y difundiendo por toda la atmósfera tenue luz rojiza. Ligia levantó los ojos como si despertara de un ensueño y Vinicio, con los suyos embellecidos como por la expresión de una plegaria, inclinado hacia ella y cogiéndola suavemente de la mano, le preguntó:

— ¿Es posible, Ligia, que no me entiendas?...

— No — respondió ella con voz tan débil que apenas la oyó Vinicio.

Por el rostro de éste pasó una casi imperceptible sonrisa de incredulidad. En aquel momento apareció el viejo Aulo, quien, acercándose, dijo:

— El sol se pone; hay que guardarse del relente y no gastar bromas con Libitina.

— He dejado allí la toga — respondió Vinicio — y, sin embargo, no siento frío.

— No se distingue ya — continuó Plaucio — más que la mitad del sol por encima del monte... ¡Qué encanto tiene esta hora en Sicilia, en aquel ambiente tibio y diáfano, entre los grupos que se forman en las plazas para entonar á coro cantos á Febo que se acuesta entre nubes de ópalo y grana!...

Y olvidando que un momento antes había aconsejado á los dos jóvenes que se guardaran de Libitina, diosa de los funerales, empezó á hablar de Sicilia, en donde tenía una importante explotación agrícola.

— Más de una vez — dijo — he tenido intención de abandonar á Roma y establecerme en aquella isla para pasar tranquilamente los últimos años de mi vida. No caen todavía las hojas de los árboles y envuelve la ciudad una atmósfera elemente; pero cuando los pámpanos amarilleen, cuando la nieve cubra las cimas de los Montes Albanos y envíen los dioses sobre la campiña vientos helados é impetuosos, es muy posible que me traslade con toda la familia á aquellas posesiones, porque al blanquear la cabeza se sienten en demasía los rigores del invierno.

— ¿Piensas marcharte de Roma? — preguntó Vinicio con viva inquietud.

— Hace tiempo que lo deseo — respondió Plaucio. — Allí se está más tranquilo y se corren menos riesgos.

Y continuó hablando con fruición de sus huertas y jardines, de sus rebaños, de la casa escondida en la espesura, de las coli-

nas cubiertas de tomillo, lentiscos y retama, de los innumerables enjambres de zumbadoras abejas...

Pero Vinicio no atendía á esta idílica descripción, fijo su pensamiento en el inminente peligro de perder á Ligia, y de vez en cuando, como para pedir auxilio, dirigía la vista hacia donde estaba Petronio, quien, sentado cerca de Pomponia, se deleitaba contemplando el espectáculo del sol poniente que envolvía con sus postreros rayos los árboles del jardín y las figuras humanas de pie junto á la piscina. Las blancas túnicas, besadas por la débil luz solar, tenían reflejos dorados; la atmósfera iba perdiendo lentamente sus resplandores rojizos y tomando un tono purpúreo violáceo, para adquirir definitivamente la transparencia del ópalo. La bóveda celeste se había teñido de un color violeta pálido. Los oscuros cipreses se destacaban más vigorosamente sobre este bellissimo fondo. Un aura de paz, la paz misteriosa del crepúsculo vespertino, se extendía sobre todas las cosas...

Petronio se sentía como asombrado de esta quietud. En los semblantes de Pomponia, del viejo Aulo, de su hijo, de Ligia, advertía cierta expresión inefable que jamás había observado en los rostros de las personas que solían rodearle: una sencillez serena y luminosa, efecto, sin duda, de la vida que se llevaba en aquella casa; y por primera vez columbró la existencia de una belleza, de una felicidad hasta entonces para él desconocida. Y no pudiendo ocultar esta impresión, dirigiéndose á Pomponia, dijo:

— ¡Cuán diferente es vuestro mundo del que gobierna Nerón!

Levantó ella el delicado rostro hacia la luz crepuscular y respondió con sencillez:

— No es Nerón quien gobierna el mundo, sino Dios.

Hubo un momento de silencio. Después se oyeron las pisadas del viejo Aulo, de Vinicio, de Ligia y del pequeñuelo; pero antes que el grupo llegara, preguntó Petronio:

— ¿Crees, pues, en los dioses, Pomponia?

— ¡Creo en un Dios único, omnipotente, justo y misericordioso! — respondió ella.

III

—Creo en un Dios único, omnipotente, justo y misericordioso... — repetía Petronio al encontrarse de nuevo en la litera, frente a Vinicio. — Si es omnipotente este Dios dispone de la vida de los humanos, y si es justo con justicia manda la muerte. ¿Por qué, pues, Pomponia se aflige y viste luto por la de su hermana Julia? Con su tristeza ofende al Dios a quien adora... Repetiré este razonamiento a nuestro mico imperial... Si no me engaño, en punto a dialéctica puedo rivalizar con Sócrates. Por lo que respecta a las mujeres, concedo buenamente que cada una tiene tres ó cuatro almas; pero ninguna posee un alma racional. Discuta si quiere Pomponia con Séneca y Cornuto sobre la naturaleza de su Verbo, evocando las sombras de Jenófanes, Parménides, Zenón y Platón que se aburren en los Campos Cimerianos (1) como pinzones enjaulados. De cosa muy distinta les quería yo hablar. Si les hubiese explicado en aquel momento el objeto de nuestra visita nos hubieran dado una respuesta negativa. ¡Me ha faltado el valor, Vinicio!... ¿Lo creerás?... ¡Me ha faltado el valor!... Por lo demás, te felicito por la elección. Es una verdadera «Aurora de los dedos rosados»... ¿Sabes qué otra cosa me ha hecho recordar? ¡La primavera! Pero no nuestra primavera italiana con los olivos perpetuamente grises y algunos manzanos acá y acullá cubiertos de flores, sino la primavera que he tenido ocasión de ver en Helvecia, todo verdor y frescura...

Vinicio, con la cabeza baja, callaba; pero de pronto exclamó:

(1) Dióse el nombre de *cimerios* a los habitantes de un valle situado entre Babia y Cumas, en el cual, á causa de la elevación de los montes que lo circundan, apenas da el sol. Por extensión se llamó *cimerios* los a habitantes de todas las regiones sombrías. Ovidio dijo que el país de los *cimerios* era la morada del eterno sueño y otros poetas tomaron las palabras *campos*, *región* y aún *lagos cimerianos* en el sentido de lugar donde moraban las *sombras* ó almas de los difuntos. También llevaron el nombre de *cimerios* los habitantes de la región que hoy se denomina Crimea.

—Antes únicamente la deseaba; ahora la quiero... y será mía. No dormiré esta noche. Mandaré azotar á un esclavo y me solazaré oyendo sus quejidos.

—Sosíégate— exclamó Petronio. Tienes los instintos propios de un carpintero de la Suburra.

—Poco me importa. Te he pedido consejo y no has acertado á dármelo... Es preciso que sea mía... Aulo la trata como hija; ¿por qué me he de empeñar yo en considerarla como esclava? Que traspase los umbrales de mi casa, que unte de grasa de lobo las puertas y que se siente en mi hogar como esposa.

—¡Repito que tengas calma, iracundo vástago de los cónsules! Si traemos aquí bárbaros de las fronteras con una soga al cuello, detrás de nuestros carros de guerra, no es, ciertamente, para desposarnos con sus hijas. Ten en cuenta, además, que si te ama y quiere dejar la casa de Plaucio nadie tiene derecho de retenerla... y he notado que te profesa afecto... puedes creerlo. Ten paciencia, que todo se andará... Hoy he cavilado ya con exceso y me siento fatigado. Mañana reflexionaré sobre este asunto y, ó dejo de ser Petronio, ó hallaré alguna artimaña para dar satisfacción á tus deseos.

—Gracias— contestó Vinicio después de breve pausa. —¡Qué la Fortuna te recompense con largueza!

Poco después Petronio, poniendo la mano encima del hombro de Vinicio, dijo:

—¡Aguarda! me parece que ya he dado con el medio.

—¡Que los dioses te colmen de dones si resulta eficaz!

—Si; me parece excelente.

—¡Habla! que soy todo oídos, Palas-Atenea.

—Dentro de pocos días la divina Ligia saboreará en tu casa el fruto de Demetrio (1).

—¡Eres más grande que el César!— exclamó Vinicio con entusiasmo.

IV

Petronio cumplió su palabra. Al día siguiente durmió hasta la puesta de sol; mas por la noche se hizo llevar al Palatino en donde tuvo una conversación íntima con el César. El efecto de

(1) El pan.

esta entrevista fué que tres días después se presentó delante de la casa de Plaucio un centurión á la cabeza de diez pretorianos. En aquellos tiempos azarosos los enviados de esta indole solian ser mensajeros de muerte, por lo que apenas el centurión hubo llamado y el *atriense* anunciado que estaban allí los soldados, cundió por la casa el terror. Toda la familia rodeó al viejo militar en la convicción de que le amenazaba algún peligro. Pomponia le echó los brazos al cuello y estrechándole contra su corazón deslizaba en sus oídos, con los labios trémulos, palabras entrecortadas por los sollozos; Ligia, pálida de emoción, le besaba las manos; el pequeñuelo, llorando, se asia á su toga; de los corredores, de las habitaciones del primer piso, destinadas á la servidumbre, del baño, de las bodegas, de todos los lados de la casa, salían grupos de esclavos y de esclavas gritando: «¡Desdichados, desdichados de nosotros!» Las mujeres sollozaban; algunas se arañaban el rostro y se cubrían la cabeza con los vestidos.

Unicamente Aulo Plaucio, acostumbrado á mirar cara á cara la muerte, se mantuvo impassible. Hubiérase dicho que su rostro aguileño y lleno de cicatrices estaba esculpido en piedra. Después de acallar el clamoreo y de haber dado orden á la servidumbre de que se dispersara, dijo:

— Pomponia, déjame; que si ha llegado mi última hora tiempo tendremos de despedirnos.

Y la apartó suavemente.

— Dios quiera que tu suerte sea también la mía — contestó Pomponia. Después dobló las rodillas y se puso á orar fervorosamente.

Aulo se dirigió al atrio, en donde le esperaba el centurión. Era éste el viejo Cayo Hasta, subordinado y camarada de Plaucio durante la campaña contra los bretones.

— Salud, capitán — exclamó. — Te traigo un saludo y una orden del César. He aquí las tablillas y el sello que me acreditan.

— Agradezco el saludo del César y cumpliré su orden — contestó Aulo. — Seas bien venido, Hasta. ¿Cuál es el mandato?

— El César ha sabido ¡oh, Aulo Plaucio! que mora en tu casa la hija del rey de los ligios, dada en rehenes á los romanos en tiempo del divino Claudio. El divino Nerón te agradece la hospitalidad que por tantos años has dado á esta niña; pero no quiere que por más tiempo pese sobre tí esta carga, y teniendo

en cuenta además que, como rehén, la ligia debe ser colocada bajo la protección del César y del Senado, te ordena que me la entregues.

Acostumbrado el viejo soldado á la más severa disciplina no habría sabido hallar una palabra de recriminación; pero la ira trazó una arruga sobre su frente, una arruga ante la cual temblaban en otro tiempo las legiones británicas y que aún dió miedo á Cayo Hasta. No obstante, Aulo Plaucio, convencido de su impotencia ante la orden del César, examinó las tablillas y el sello y, con los ojos clavados en el centurión, dijo tranquilamente:

— Espera aquí, Hasta. En seguida te será entregada la muchacha.

Y dirigiéndose al otro extremo de la sala donde Pomponia, Ligia y el niño le esperaban temblando, dijo:

— No amenazan á nadie ni la muerte ni el destierro; pero los mensajes del César son siempre nuncios de desventuras. Se trata de tí, Ligia.

— ¿De ella? ... — exclamó Pomponia.

— Si, de Ligia — respondió Aulo.

Y volviéndose á la muchacha, agregó:

— Ligia: te has criado en nuestra casa y Pomponia y yo te queremos como si fueras hija nuestra; pero perteneces á otros. Tu pueblo te dió en rehenes á Roma; por consiguiente al César corresponde tu tutela y ahora el César te reclama.

Hablaba calmamente, pero en su voz habia algo de insólito. Ligia le escuchaba sin entenderle; Pomponia estaba muy pálida, y de los corredores surgian de nuevo los esclavos, con el espanto pintado en sus rostros.

— La voluntad del César es ley — dijo Plaucio.

— ¡Aulo! — exclamó Pomponia abrazando á la muchacha, como si quisiera defenderla. — ¡Mas le valiera morir!

Ligia, con el rostro oculto en el seno de la matrona y estrechándola con toda su fuerza, no cesaba de gritar:

— ¡Madre mia! ¡Madre mia!

En la frente de Aulo se dibujó de nuevo la ira y la angustia.

— Si estuviese solo en el mundo — dijo con voz dolorida — no saldría viva de aquí y hoy mismo mis parientes podrían llevar ofrendas á Júpiter Liberator; pero no tengo el derecho de labrar tu infortunio y el de nuestro hijo, quien tal vez alcanzará tiempos mejores... Hoy mismo visitaré al César para

suplicarle que revoque la orden. Mientras tanto, Ligia, obedeció y ten confianza en mis gestiones. Bien sabes que Pomponia y yo bendecimos el día en que traspasaste los umbrales de nuestra casa...

Diciendo esto puso la mano sobre la cabeza de la joven, y si bien se esforzaba en aparecer tranquilo, cuando ésta le miró con los ojos inundados de lágrimas y cogiéndole la mano se la cubrió de besos, no pudo reprimir una exclamación de paterno dolor.

— ¡Adiós, alegría de esta casa! ¡Adiós, luz de nuestros ojos! — dijo, y se fué apresuradamente al atrio, para no dejarse vencer por una emoción que consideraba indigna de un romano y de un soldado.

Pomponia acompañó a Ligia á su aposento y trató de consolarla y de infundirle valor con palabras que resonaban de un modo extraño en una casa en que se conservaban el larario y el ara en donde Aulo Plaucio, fiel á la tradición romana, ofrecía sacrificios á los dioses domésticos.

— Ha llegado el momento de la prueba — le decía. — Virgilio traspasó el pecho de su propia hija para arrancarla á las manos de Apio Claudio y Lucrecia no quiso sobrevivir al deshonor... El palacio del César es un antro de corrupción y de perversidad. Y nosotras, Ligia, aunque no tenemos el derecho de atentar contra nuestra vida por prohibirnoslo la Ley Santa que profesamos, debemos sustraernos al oprobio aun á costa del martirio. Salir puro del antro de la corrupción es mérito que premia Dios. Antro de corrupción es la tierra y, por fortuna, esta vida no es más que un instante y la muerte es la resurrección á la vida eterna en donde no impera el César sino la Misericordia Divina...

Habló después de sus propios pesares.

«Aulo no había abierto todavía los ojos á la Luz y esta persistencia en el error la atormentaba. Ni á su adorado hijo podía educar en la Verdad. Su corazón se oprimía ante el temor de que pudiera tan terrible situación prolongarse hasta el momento de tener que darle el último adiós, dejando al hijo de sus entrañas sumido en las tinieblas del error... No concebía la felicidad sin tenerle al lado. ¡Cuántas noches había pasado orando, con los ojos inundados de lágrimas, para implorar la Misericordia Divina! Confiaba en sus plegarias, sin embargo, y esperaba resignada... Ni este nuevo dolor, ni la desgracia de

ver arrancada de sus brazos á Ligia amenguaba su esperanza. Tenía fe en un poder superior al de Nerón, en la Misericordia Divina, más fuerte que todas las perversidades del monstruo...»

Y estrechó con más fuerza contra su seno la cabeza de la muchacha, la cual se dejó caer de rodillas y ocultó, muda, inmóvil, el rostro en los pliegues del vestido de Pomponia. Después se levantó sin sombra de terror en las facciones, hermosa por una serenidad inefable.

— Sufro por tener que dejaros, á ti, madre mía, á mi padre y á mi hermano; pero comprendo que la resistencia á las órdenes de Nerón sólo serviría para perderos á los tres. Mas te prometo, madre mía, no olvidar en el palacio del César tus palabras.

Otra vez se abrazaron estrechamente. Después Ligia se despidió del niño, del anciano profesor de griego, de su aya y de todos los esclavos.

Uno de éstos, un ligio colosal de miembros hercúleos, llamado Oso, que había ido á Roma entre los servidores de la madre de Ligia, se prosternó ante Pomponia diciendo:

— ¡Oh, *domina!* Te ruego que me otorgues la merced de seguir á mi ama para servirla y defenderla, si es preciso, en la casa del César.

— No eres nuestro esclavo — contestó Pomponia, — sino servidor de Ligia; pero, ¿cómo entrarás en el palacio del César; de qué medios te valdrás para velar por ella?

— No lo sé, *domina!*; pero si que entre mis manos el hierro se quiebra como madera.

Aulo Plaucio, que entró en aquel momento, lejos de oponerse al deseo de Oso, manifestó que, en su opinión, podía seguir á Ligia toda su servidumbre y en voz baja aconsejó á Pomponia que la hiciera acompañar por varias esclavas, en la seguridad de que el centurión no osaría oponerse.

Para Ligia fué esto un gran consuelo. Pomponia Grecina escogió cinco esclavas de su confianza: la vieja aya, dos cipriotas y dos germanas, todas instruidas en la nueva doctrina, de la cual era también adepto Oso. Pomponia escribió en seguida algunas palabras á Actea, liberta de Nerón, de quien se aseguraba que protegía secretamente á los cristianos, recomendándole á la muchacha. Cayo Hasta se encargó de entregarle el escrito y no opuso la menor resistencia á que Oso y las esclavas acompañaran á Ligia; admirándose, por el contrario, de que una hija de rey tuviera tan modesto séquito.

Llegó el momento solemne de la separación. De nuevo los ojos de Pomponia y de Ligia se llenaron de lágrimas y Aulo volvió á poner su mano sobre la cabeza de la muchacha. Después, los pretorianos, seguidos de los gritos del pequeñuelo, que les amenazaba con los puños cerrados, se llevaron á Ligia. El viejo militar dió orden de preparar la litera y encerrándose con Pomponia en la pinacoteca, le dijo:

— Oye, Pomponia: aunque considere inútil este paso voy á ver al César... Después me dirigiré á casa de Séneca, por más que no tiene ya ninguna influencia sobre Nerón. Los validos son ahora Sofonio, Tigelino, Petronio, Vatinio... En cuanto al Emperador, lo más probable es que en su vida haya oído nombrar á los ligios. La idea de arrebatárnosla le ha sido sugerida por alguien... Es fácil adivinar quien sea...

— ¿Petronio?...

— Precisamente.

Después de breve pausa prosiguió:

— Hé aquí las consecuencias de abrir las puertas de nuestra casa á personas sin honor y sin conciencia. ¡Maldita sea la hora en que Vinicio pasó estos umbrales! A él debemos la visita de Petronio. ¡Pobre Ligia!

Y en su voz, más sibilante que de costumbre, se advertía que le dominaba la ira.

— Hasta ahora — exclamó — he adorado á los dioses; pero ya no creo en ellos. Para mí no existe más que un dios malvado, cruel, monstruoso, que se llama Nerón.

— ¡Aulo! — contestó Pomponia, — Nerón no es más que un puñado de tierra comparado con Dios.

Plaucio media á grandes pasos el pavimento de mosaico de la pinacoteca. La historia de su vida llena estaba de grandes proezas; pero las desventuras eran nuevas para él. El viejo soldado tenía á Ligia más cariño de lo que había imaginado y no podía resignarse á la idea de perderla.

Por fin logró dominar la cólera.

— No creo que Petronio — exclamó — nos la haya arrebatado para entregarla al César; más bien hay que creer que la quiere para Vinicio. Hoy todo lo sabré.

Un momento después la litera llevaba á Aulo Plaucio al Palatino mientras Pomponia procuraba consolar á su hijo que, llorando siempre, amenazaba al déspota que le había robado á su hermana.

V

Como había presentado Aulo, Nerón no le recibió. Se le dijo en el Palatino que el César estaba ensayando con el citarista Terpos y que no solía recibir sino á aquellos á quienes previamente concedía audiencia.

Séneca, aunque estaba con fiebre, le recibió; pero en cuanto supo de que se trataba, le dijo con amarga sonrisa:

— El mejor servicio que te puedo prestar, amigo Plaucio, es no dar jamás á entender á Nerón que tengo interés en este asunto.

Le disuadió además del propósito de dirigirse á Tigelino, á Vatinio ó á Vitelio para conseguir que le fuese devuelta Ligia.

— Tal vez con dinero conseguirías convencerles, tanto más tratándose de un negocio que les prestaría ocasión de mortificar á Petronio, á quien odian por ser el amigo predilecto de Nerón... Pero lo más probable es que se apresuren á referir al César que tienes á la muchacha profundo afecto, lo cual, sin duda, será el mayor obstáculo para recobrarla.

Tras una breve pausa continuó el viejo filósofo con amarga ironía:

— Tú, Aulo, eres hombre de carácter reservado; durante muchos años has permanecido silencioso y el César tiene poco cariño á los que callan. ¿Por qué, Aulo, no te has quedado extático ante la belleza, la virtud, el canto, la declamación, la mimica, el arte de guiar un carro y los versos de nuestro egregio poeta? ¿Cómo has podido sustraerte á la tentación de felicitarle por la muerte de Británico, de pronunciar un discurso en loor del matricida, de cantar las alabanzas del matador de Octavia? Está visto, Aulo, que te falta aquella sublime previsión tras la cual los cortesanos nos escudamos.

Dicho esto, tomó un vaso, lo llenó de agua en la fuente del *impluvio* y, humedecidos los calenturientos labios, prosiguió:

— ¡Ah! Nerón es muy agradecido. Te ama porque al servicio de Roma llevaste la gloria de su nombre á los puntos más lejanos del mundo, y me ama también á mi porque fui su preceptor en los primeros años de su vida. Por esta razón, como

ves, bebo de esta agua tranquilamente, en la seguridad de que no está envenenada. Respecto del vino, la confianza, en verdad, es menor; pero, si tienes sed bebe con avidez de esta agua. Viene de los Montes Albanos, por el acueducto, y no será emponzoñada sin emponzoñar al mismo tiempo todas las fuentes de Roma. Se puede, pues, aún vivir con cierta seguridad en el mundo y arrastrar una vejez tranquila. Estoy enfermo; pero mi alma está todavía más enferma que mi cuerpo.

Tenia razón Séneca. Le faltaba la energía de carácter que poseían, por ejemplo, Cornuto y Traseas. Su vida era un tejido de transacciones y complacencias con la perversidad imperante. Demasiado sabía que no era esta la conducta que un discípulo de Zenón Cítico debía seguir y, en verdad, sufría más por esta persuasión que por el mismo temor de la muerte.

Aulo interrumpió sus amargas reflexiones.

— Noble Anneo — le dijo; — ignoro como ha recompensado el César la solicitud con que le educaste; pero quien nos ha hecho arrebatarse a la muchacha es Petronio. Te ruego, pues, que me indiques los medios de persuadirle, las personas que podrían influir sobre su ánimo, y que emplees en convencerle toda la elocuencia que te inspirará nuestra antigua amistad.

— Petronio y yo — respondió Séneca — nos hallamos en dos campos opuestos. Medios para convencerle no sé ninguno. Nadie ejerce influencia sobre él. Es posible que sea menos corrompido que los demás malvados de que Nerón se rodea y, sin embargo, considero tiempo perdido el empleado en persuadirle de que ha realizado una mala acción, porque no tiene conciencia del bien y del mal. Si le afeas su proceder, asegurándole que es antiestético, se ruborizará. Cuando le encuentre le diré: « Tu conducta es digna de un liberto. » Si no le conmueven estas palabras, puedes dar el pleito por perdido.

— De todas maneras, muchas gracias — dijo Aulo.

Inmediatamente se hizo llevar a casa de Vinicio a quien encontró con su *lanista* (1) ejercitándose en el manejo de las armas. En cuanto estuvieron solos, no pudiendo Aulo reprimir la ira, prorrumió en invectivas y reproches; pero Vinicio palió de tal modo al oír que Ligia había sido llevada al palacio imperial, que de la mente de Aulo desapareció toda sospecha de complicidad. El rostro se le cubrió de gotas de

(1) Maestro de esgrima.

sudor; fulguraban sus ojos, sus labios proferían palabras incoherentes; los celos y la rabia levantaron una tempestad en su alma. Imaginó que, llevada Ligia a la casa de Nerón, la había perdido para siempre, y al oír el nombre de Petronio sospechó que éste había hecho realizar el rapto para congraciarse más con el César. La ira le trastornó de tal manera que parecía un caballo sin freno.

— ¡Aulo! — le dijo con voz entrecortada. — Vuelve a tu casa y espérame. Te juro que si Petronio fuese mi padre, en él vengaría el ultraje hecho a Ligia. Vete y espérame.

Y se fué inmediatamente a casa de Petronio.

Marchó Aulo fortalecido por un átomo de esperanza, pensando que si Petronio había hecho robar a la muchacha para entregársela a Vinicio, éste tal vez la restituiría, y que, en caso contrario, la muerte la sustraería a la deshonra.

No ignoraba cuán violentas eran las pasiones en la estirpe de Vinicio y hasta que punto podía uno fiarse de sus juramentos. En verdad, le consolaba la idea de una venganza que evitase la deshonra de Ligia, y tal vez por sus propias manos le hubiese quitado la vida a no temer por su inocente vástago, con cuya muerte se hubiera extinguido su linaje. Aulo era simplemente un soldado, no un estoico; pero en los principios no difería mucho de éstos y el orgullo le hacía creer preferible la muerte a la deshonra.

Ya en su casa, consoló a Pomponia haciéndola participe de sus esperanzas. Durante dos horas estuvieron aguardando con ansiedad. Por fin llamaron a la puerta. Poco después entró un esclavo y entregó a Aulo una carta.

La carta decía de esta manera:

« Marco Vinicio a Aulo Plaucio: Salud. Cuanto ha ocurrido es obra del César y todos debemos acatar su voluntad. »

VI

Petronio se hallaba en la biblioteca escribiendo, cuando, como un torbellino, entró Vinicio, a quien el portero había dejado pasar sin dificultad. El joven tribuno arrebató de manos de Petronio el estilo, lo rompió y lo arrojó al suelo con furia.

En seguida, poniéndole las manos en los hombros y hundiéndole los dedos en la carne, gritó, con voz estentórea, mirándole cara á cara:

— ¿Qué has hecho de Ligia; dónde está?

El afeminado y elegante Petronio, sin inmutarse, cogió las manos del joven atleta y estrechándose las con una sola de las suyas, como si fuera una tenaza, le dijo:

— Solamente por la mañana me siento desfallecido. Por la tarde recobro las fuerzas. Trata de desasirte. Cualquiera diría que te ha enseñado gimnasia un tejedor y modales un herrero.

Habló naturalmente, sin sombra de ira, con sólo un chispazo de energía y de valor brillándole en los ojos. Abrió poco después la mano, dejando libres las de Vinicio, quien quedó humillado, confuso y frenético.

— Tienes las manos de acero — dijo después de un momento de silencio el joven. — Mas te juro por todos los dioses infernales que si me has hecho traición te hundiré un puñal en la garganta, si es preciso en las mismas habitaciones del César.

— Hablemos tranquilamente — respondió Petronio. — El acero, como ves, es más fuerte que el hierro, y no te temo; si bien, en honor de la verdad, mis dos manos no tienen el volumen de una de las tuyas. Lo que me disgusta es tu grosería, y si la ingratitud humana pudiese asombrarme, me asombraría de la que me demuestras.

— ¿Dónde está Ligia?

— En el palacio de Nerón.

— ¡Petronio!

— Toma asiento y sosiégate. Dos cosas he pedido al César y me las ha concedido: la primera, permiso para sacar á Ligia de la casa de Aulo; la segunda, que me la cediese... ¡Qué! ¿No llevas un cuchillo entre los pliegues de la toga; no quieres inmediatamente inmolarme? Te aconsejo, sin embargo, que aplaces el sacrificio algunos días porque te pondrían á buen recaudo, y mientras tanto Ligia se fastidiaría, sola, en tu casa.

Hubo un momento de silencio. Vinicio clavó los ojos en el rostro de Petronio:

— ¡Perdóname! — le dijo — La amo y el amor me perturba la razón...

— Debes estarme muy agradecido, Marco. Anteayer, hablando con *Barbarroja*, le dije: « Mi sobrino Vinicio, está tan

enamorado de una niña delgaducha que tienen los Aulo, que su casa, á consecuencia de las lágrimas, está convertida en un baño. Tú, César, que como yo amas la verdadera belleza, no darías por ella mil sextercios; pero ese muchacho, que ha sido siempre tonto, se ha convertido ahora en un imbécil... »

— ¡Petronio!

— Si no aciertas á comprender que hablaba de esta manera para preservar á Ligia de todo peligro, creeré que dije la verdad. Decía, pues, que no me fué difícil convencer á *Barbarroja* de que un artista como él no podía en modo alguno considerar como una belleza á la muchacha. Bien sabes tú que Nerón no se atreve á mirar sino por mis propios ojos. No tienes nada que temer ya de aquél mico. En cambio Popea procurará echar de palacio lo más pronto posible á Ligia... Induje después al Emperador á apoderarse de la muchacha para cedértela y consintió gustosamente en ello, porque de esta manera tenía pretexto para mortificar á gentes honradas. Es posible que te nombren tutor legal de Ligia y que, por consiguiente, puedas custodiar el estimado tesoro. *Barbarroja*, para no llamar la atención, la tendrá algunos días en su palacio y la enviará luego á tu *insula*...

— ¿Es cierto cuanto me dices; y no corre ningún riesgo en el palacio del César?

— Si hubiese de permanecer allí mucho tiempo no te diría que no, porque, de seguro, Popea haría sigilosamente algún encargo á Locusta, la hábil confeccionadora de bebidas salu-tíferas... Pero tratándose de pocos días, nada has de temer. Hay diez mil personas en el palacio imperial y puede que el César ni siquiera la vea. Además, un centurión ha venido á decirme que ha sido entregada ya á Actea, de conformidad con mis instrucciones. ¡Qué bondadosa mujer es Actea! *Pomponia Grecina* debe de ser de la misma opinión porque le ha escrito una carta recomendándole á la muchacha. Mañana hay banquete en el palacio de Nerón y te he hecho guardar un puesto cerca del de Ligia.

— ¡Perdóname, Cayo; perdona mi exaltación! — dijo Vinicio. — Pensaba que la habías robado para el César.

— Te perdono la iracundia; pero en modo alguno puedo dispensarte esos ademanes vulgares, esos gritos salvajes, esa voz ronca propia de un jugador de morra.

Y diciendo esto, fijaba en los ojos de Vinicio sus pupilas de color avellanado con una expresión fría é insolente que turbó todavía más al joven militar.

— Soy culpable; lo confieso — dijo Vinicio. — En cambio tú eres noble y generoso y te agradezco profundamente cuanto has hecho por mí. Permíteme, sin embargo, otra pregunta: ¿Por qué no mandaste á Ligia directamente á mi casa?

— Porque el César quiere cubrir las apariencias... El hecho dará qué hablar en Roma, y puesto que hemos exigido la entrega de Ligia so pretexto de haber sido dada en rehenes, conviene que permanezca en el Palatino hasta que nadie se acuerde del suceso. *Barbarroja* es un cobarde. Sabe que su poder es ilimitado y no obstante busca siempre excusas á sus actos. ¿Te has repuesto ya lo suficiente para poder filosofar un poco? Me he preguntado muchas veces por qué siendo omnipotente, como el César, y estando seguro de la impunidad, el crimen se esfuerza en cubrirse con la máscara del derecho, de la justicia y de la virtud... Para mí el asesinato de una madre y el de una esposa son actos dignos de un rey-zuelo del Asia, no de un emperador romano; pero si yo, por acaso, llegara á cometerlos, no escribiría cartas al Senado para justificarme... y Nerón lo ha hecho. Nerón se disculpa porque es pusilánime. Sin embargo, Tiberio, que no lo era, trataba también de justificar sus crímenes. ¿Cómo se explica este enigma?... ¿Por qué este homenaje del crimen á la virtud? En mi concepto porque el crimen es feo y la virtud bella. Por esta razón el verdadero artista es un ser virtuoso. Luego, yo soy un hombre virtuoso. Siento deseos de hacer una ligera libación en honor de Protágoras, Pródigo y Gorgias. Está visto que hasta los sofistas sirven de algo... Prosigo: he arrebatado la ligia á los Aulo para entregártela. Lissipo haría de los dos un grupo admirable. Entrambos sois hermosos; mi resolución también lo es, y siendo hermosa, claro es que no puede ser vituperable. Observa, Marco: la personificación de la virtud está en tu presencia: es Petronio. Si Aristides estuviese aun en el mundo de los vivos, me ofrecería cien minas como recompensa por el curso abreviado de filosofía de la virtud que acabo de darte.

Vinicio, á quien, ciertamente, interesaba más lo práctico y real que las teorías filosóficas, se limitó á contestar:

— Mañana veré á Ligia, y después la tendré en mi casa hasta la muerte.

— Tú tendrás á Ligia y yo tendré al viejo Aulo sobre las espaldas, enviándome continuamente á todos los dioses infernales. ¡Si al menos tomara una lección previa de buena crianza!... Pero es seguro que chillará y gritará como hacia con mis clientes un antiguo portero, á quien, por esta causa, mandé á uno de los ergástulos del campo.

— Ha estado en mi casa y le he prometido darle noticias de Ligia.

— Escríbele que la divina voluntad del César es suprema ley y que á tu primer hijo le pondrás el nombre de Aulo; conviene dar al pobre viejo algún consuelo. Estoy por hacerle invitar al banquete de mañana. Tendría al menos la satisfacción de verte en el *triclinio* al lado de Ligia.

— No lo hagas — dijo Vinicio. — Me dan lástima; especialmente Pomponia.

Y se sentó, y escribió la carta que había de desvanecer toda esperanza en el corazón de Aulo y en el de su esposa.

VII

Los hombres más ilustres de Roma habían prestado acatamiento al poder de la liberta Actea mientras fué dueña del corazón del César; pero lo cierto es que jamás se inmiscuyó en los negocios de Estado é hizo siempre el bien posible, congraciándose así con todos sin captarse la enemistad de nadie. Caída en desgracia, pasaba casi inadvertida á los ojos de los cortesanos. Sabían que continuaba amando á Nerón sin esperanza de correspondencia y sin más consuelo que el recuerdo de que también la amó cuando era más joven y menos perverso. Ni á la misma Popea infundía celos ni temores.

De vez en cuando era convidada á los banquetes, en los cuales tomaba asiento en sitio preferente, lo cual no ofrecía ninguna novedad, pues que en tiempo de Claudio eran muchos los libertos que se sentaban á la mesa imperial al lado de los patricios más encumbrados.

Nerón, por otra parte, no era muy escrupuloso en la elección de sus comensales y daba la preferencia á los senadores que le divertían con sus payasadas, á los patricios estragados por

Y diciendo esto, fijaba en los ojos de Vinicio sus pupilas de color avellanado con una expresión fría é insolente que turbó todavía más al joven militar.

— Soy culpable; lo confieso — dijo Vinicio. — En cambio tú eres noble y generoso y te agradezco profundamente cuanto has hecho por mí. Permíteme, sin embargo, otra pregunta: ¿Por qué no mandaste á Ligia directamente á mi casa?

— Porque el César quiere cubrir las apariencias... El hecho dará qué hablar en Roma, y puesto que hemos exigido la entrega de Ligia so pretexto de haber sido dada en rehenes, conviene que permanezca en el Palatino hasta que nadie se acuerde del suceso. *Barbarroja* es un cobarde. Sabe que su poder es ilimitado y no obstante busca siempre excusas á sus actos. ¿Te has repuesto ya lo suficiente para poder filosofar un poco? Me he preguntado muchas veces por qué siendo omnipotente, como el César, y estando seguro de la impunidad, el crimen se esfuerza en cubrirse con la máscara del derecho, de la justicia y de la virtud... Para mí el asesinato de una madre y el de una esposa son actos dignos de un rey-zuelo del Asia, no de un emperador romano; pero si yo, por acaso, llegara á cometerlos, no escribiría cartas al Senado para justificarme... y Nerón lo ha hecho. Nerón se disculpa porque es pusilánime. Sin embargo, Tiberio, que no lo era, trataba también de justificar sus crímenes. ¿Cómo se explica este enigma?... ¿Por qué este homenaje del crimen á la virtud? En mi concepto porque el crimen es feo y la virtud bella. Por esta razón el verdadero artista es un ser virtuoso. Luego, yo soy un hombre virtuoso. Siento deseos de hacer una ligera libación en honor de Protágoras, Pródigo y Gorgias. Está visto que hasta los sofistas sirven de algo... Prosigo: he arrebatado la ligia á los Aulo para entregártela. Lissipo haría de los dos un grupo admirable. Entrambos sois hermosos; mi resolución también lo es, y siendo hermosa, claro es que no puede ser vituperable. Observa, Marco: la personificación de la virtud está en tu presencia: es Petronio. Si Aristides estuviese aun en el mundo de los vivos, me ofrecería cien minas como recompensa por el curso abreviado de filosofía de la virtud que acabo de darte.

Vinicio, á quien, ciertamente, interesaba más lo práctico y real que las teorías filosóficas, se limitó á contestar:

— Mañana veré á Ligia, y después la tendré en mi casa hasta la muerte.

— Tú tendrás á Ligia y yo tendré al viejo Aulo sobre las espaldas, enviándome continuamente á todos los dioses infernales. ¡Si al menos tomara una lección previa de buena crianza!... Pero es seguro que chillará y gritará como hacia con mis clientes un antiguo portero, á quien, por esta causa, mandé á uno de los ergástulos del campo.

— Ha estado en mi casa y le he prometido darle noticias de Ligia.

— Escríbele que la divina voluntad del César es suprema ley y que á tu primer hijo le pondrás el nombre de Aulo; conviene dar al pobre viejo algún consuelo. Estoy por hacerle invitar al banquete de mañana. Tendría al menos la satisfacción de verte en el *triclinio* al lado de Ligia.

— No lo hagas — dijo Vinicio. — Me dan lástima; especialmente Pomponia.

Y se sentó, y escribió la carta que había de desvanecer toda esperanza en el corazón de Aulo y en el de su esposa.

VII

Los hombres más ilustres de Roma habían prestado acatamiento al poder de la liberta Actea mientras fué dueña del corazón del César; pero lo cierto es que jamás se inmiscuyó en los negocios de Estado é hizo siempre el bien posible, congraciándose así con todos sin captarse la enemistad de nadie. Caída en desgracia, pasaba casi inadvertida á los ojos de los cortesanos. Sabían que continuaba amando á Nerón sin esperanza de correspondencia y sin más consuelo que el recuerdo de que también la amó cuando era más joven y menos perverso. Ni á la misma Popea infundía celos ni temores.

De vez en cuando era convidada á los banquetes, en los cuales tomaba asiento en sitio preferente, lo cual no ofrecía ninguna novedad, pues que en tiempo de Claudio eran muchos los libertos que se sentaban á la mesa imperial al lado de los patricios más encumbrados.

Nerón, por otra parte, no era muy escrupuloso en la elección de sus comensales y daba la preferencia á los senadores que le divertían con sus payasadas, á los patricios estragados por

los placeres, á las damas linajudas desprovistas de todo recato, á los magistrados y á los sacerdotes que al levantar las copas rebosantes de vino se mofaban de los dioses.

Al lado de estos personajes de alta alcurnia, aunque á distancia de la mesa y en sitio más bajo, se sentaban formando compactos grupos cantores, histriones, músicos, danzantes, poetas que mientras recitaban sus versos se solazaban pensando en los sextercios que les valdrían sus alabanzas al estro poético de Nerón, filósofos que devoraban con la vista los manjares y aspiraban con avidez los vapores del vino, aurigas famosos, prestidigitadores, saltimbanquis, narradores de cuentos, farsantes; en suma, toda la turbamulta de holgazanes y bellacos á quienes la moda había rodeado de una celebridad más ó menos efímera, no faltando entre ellos algunos que se cubrían con los bucles de sus cabellos las orejas horadadas, signo de la esclavitud.

Esa morralla, cuyo destino era divertir á los señores y que se alimentaba con las sobras de la mesa imperial, era buscada con solicitud por Tigelino, Vitelio y Vatínio, los cuales se encargaban con frecuencia de proporcionar vestidos á muchos para que pudiesen presentarse con el decoro debido delante del César y sus cortesanos. Nerón, por otra parte, tenía predilección por tal gentuza, porque entre ella se hallaba á sus anchas. Por lo demás, la magnificencia del palacio cubría la miseria y la podredumbre de la sociedad que lo frecuentaba...

Aquella noche Ligia había de asistir al banquete imperial. Mucho antes de que empezara estaba sobrecogida de espanto. Se lo infundían el César, la turba de los convidados, el mismo palacio con sus confusos rumores... Había oído hablar de los Aulo de las fiestas orgiásticas de Nerón, síntesis de todas las ignominias de la corrupta Roma, y sentía la inminencia del peligro y también la reacción de la virtud que le daba alientos para resistir. Su alma juvenil é incontaminada, fortalecida por la fe en la sublime doctrina en que Pomponia la había iniciado, se sentía con bríos para defenderse contra toda asechanza, y juraba la casta doncella que saldría victoriosa de aquella terrible prueba; lo juraba á su madre adoptiva, se lo juraba á sí misma y lo juraba con firmeza al Divino Maestro, en quien creía y á quien amaba por la dulzura de sus enseñanzas, por los dolores de su Pasión y Muerte y por la gloria de su Resurrección.

Convencida de que ya no se haría responsable de sus actos á Pomponia y Aulo, pasó por sus mientes la idea de resistir á la voluntad del César no asistiendo al festin. Luchaban en su alma los encontrados sentimientos del temor y del deseo de provocar por medio de la rebelión los tormentos y la muerte. ¿No se había sacrificado por los hombres el Divino Maestro; no afirmaba Pomponia que sus más fervientes adeptos anhelaban el martirio y lo impetraban, con sus plegarias, de la Divina Misericordia? A menudo, en casa de los Aulo, experimentaba este anhelo ardiente, y llevada en alas de la imaginación se veía con frecuencia martirizada, con las manos y los pies ensangrentados, blanca como la nieve, revestida de una belleza inmortal, transportada por los ángeles al cielo. En estos arrobamientos entraban por mucho los antojos de la fantasía infantil, por lo que Pomponia á veces la reprendía. Mas ahora la desobediencia á la voluntad del César podía provocar tremendo castigo y convertir en realidades las hermosas visiones de sus ensueños. Y una terrible curiosidad hacia aún más profundo su deseo y aumentaba su espanto: la curiosidad de saber qué castigo se le impondría, qué suplicio se inventaría para hacerle pagar la desobediencia.

Combatida por tan opuestos sentimientos, el alma de la doncella permanecía irresoluta; pero Actea, á quien confió sus cuitas, la miró con estupor. «¿Oponerse á la voluntad del César? ¿Atraerse el primer día su odio y su furor? Era preciso para hablar de aquella suerte no tener noción de la realidad, ser una verdadera niña. De las revelaciones de Ligia se deducía que, más que un rehén, era una muchacha abandonada por los suyos y que no estaba, por lo tanto, bajo la salvaguardia del derecho de gentes; y aunque lo estuviera, Nerón, señor del mundo, tenía poder para despreciar, en un momento dado, todas las leyes. Al César se le había antojado arrebatarla á los Aulo llevándola á su propio palacio, y allí debía permanecer hasta que al César le pluguiera.»

— Si — proseguía; — he leído las epístolas de Pablo de Tarso y por ellas sé que más allá de este mundo hay un Dios y el Hijo de Dios que resucitó de entre los muertos; pero en la tierra no hay más soberano que el César. No lo olvides, Ligia. Ya sé que vuestra doctrina os prohíbe ser lo que yo un tiempo fui y que, como los estoicos, de quienes me habló Epicteto, cuando se os da á elegir entre la deshonra y la muerte debéis siempre esco-

ger la muerte. Pero, ¿quién sabe cuál es la suerte que te espera? ¡Ligia, Ligia!.. ¡No irrites á Nerón!.. Cuando llegue la hora suprema, cuando te veas obligada á optar entre la muerte y la vergüenza, obra conforme te dicte tu doctrina... Entre tanto no provoques espontáneamente tu pérdida, no irrites en vano á un dios terrestre y sanguinario.

Hablaba Actea con calor, movida de afectuosa piedad, y, como era miope, acercaba su rostro al rostro de Ligia para observar mejor el efecto que producian sus palabras. La muchacha acabó por echarle los brazos al cuello, con infantil abandono, exclamando:

— Eres muy buena, Actea.

— Han pasado ya para mí los días felices — respondió ésta, desprendiéndose de los brazos de Ligia; — pero no soy mala.

Luego, andando por la estancia con paso corto y rápido, prosiguió con acento de desesperación:

— Tampoco era malo él, entonces... Se consideraba bueno y quería serlo... ¡Lo sé mejor que nadie, Ligia! El cambio de su carácter se ha operado después que dejó de amar... Le han llevado por caminos extraviados... otros... y Popea.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Ligia, que la miraba fijamente, le preguntó:

— ¿Le compadeces, pues, Actea?

— Sí, le compadezco — respondió la joven griega con voz sorda, y continuó paseando por la estancia con las manos crispadas y el dolor pintado en el rostro.

— ¿Le amas todavía?

— Le amo... y nadie más le ama.

Cuando sus facciones hubieron recobrado la expresión habitual de honda melancolía, dijo:

— Hablemos de ti, Ligia. Sería una locura contrariar la voluntad del César. Por otra parte, tus temores son infundados. Conozco muy bien esta casa y estoy segura de que por parte de Nerón ningún peligro te amenaza. Si te quisiera para sí no te habría traído al Palatino. Aquí manda Popea y el César se halla subyugado completamente por esta mujer desde que le dió una hija... No; aunque Nerón haya ordenado que asistas al festín, ni te ha visto aún, ni ha preguntado por tí, señal evidente de que no le interesas lo más mínimo... Es posible que te haya sustraído al cariño de Pomponia y de Aulo sólo para mortificarles... Petronio te ha puesto bajo mi protección y

como Pomponia me ha escrito también en este sentido, lo más probable es que se hayan puesto de acuerdo. Quizás Nerón, aconsejado por el *Árbitro de las Elegancias*, te devolverá á los Aulo. No creo que tenga por Petronio un afecto sin límites; mas pocas veces se atreve á contrariarle.

— ¡Ay de mí, Actea! — exclamó Ligia. — Petronio estuvo en casa antes de que se me llevaran, y mi madre está convencida de que por instigación suya me ha reclamado el César.

— Tal vez Petronio ha referido á Nerón en algún banquete íntimo que había visto en casa de los Aulo á la joven que dieron en rehenes los ligios, y el César, celoso de sus prerrogativas, te habrá reclamado, porque los rehenes pertenecen al Emperador. No, no creo que Petronio, queriendo sacarte de allí, haya apelado á semejante recurso. Sé que no es menos disoluto que los demás augustales (1), pero no tiene tan malas entrañas. En caso contrario podrías hallar otra persona que intercediera por tí. En casa de los Aulo, ¿no has trabado conocimiento con alguno de los cortesanos?

— He visto allí á Vespasiano y á Tito...

— El César los odia.

— Y á Séneca.

— Basta que Séneca quiera alguna cosa para que Nerón haga precisamente la contraria.

— Y á Vinicio — agregó Ligia, con voz tímida y ruborizándose.

— No le conozco.

— Es un pariente de Petronio. Ha regresado de Armenia recientemente...

— ¿Crees que Nerón le tiene simpatía?

— A Vinicio le aman todos...

— Y ¿consentirá en hablar en tu favor?

— Sí.

Actea, con cariñosa sonrisa, replicó:

— Es probable, pues, que le encuentres en el festín. No dejes de asistir. Quizás Petronio y Vinicio conseguirán hoy mismo que seas devuelta á los Aulo. Entrambos, si estuviesen

(1) Nerón, para asegurarse el aplauso cuando cantaba en público, creó un cuerpo de cinco mil caballeros, según César Cantú, la flor de la juventud, llamados *augustani*, con maestros que les enseñaban á aplaudir y á imitar el susurro de las abejas, la lluvia y las castañuelas.

aquí, te aconsejarían lo mismo. Sólo una niña como tú puede pensar de otro modo. La resistencia sería locura. Puede que el César no advirtiese siquiera tu ausencia; pero si llegara á cruzarle por la mente la idea de que te oponías á su voluntad, estabas perdida. Ven, Ligia. ¿Oyes ese rumor de voces? Es que el sol se halla ya en el ocaso y pronto empezarán á llegar los convidados.

—Tienes razón, Actea — respondió Ligia; — seguiré tu consejo.

Le hubiera sido difícil determinar con exactitud en que proporciones le habían movido á tomar esta resolución el deseo de hablar á Petronio y á Vinicio, y la curiosidad femenil de ver al César y su corte, á la famosa Popea y todo el esplendor y el fausto de aquellas orgias, de las cuales con tanta admiración se hablaba en Roma. Sin embargo, lo que en definitiva la decidió fué la lógica de las consideraciones de Actea.

Esta la condujo á su tocador para vestirla y perfumarla. Aunque en el palacio imperial no escasearan las esclavas y tuviera la liberta de Nerón un buen contingente de ellas á su servicio, quiso vestirla por sus propias manos, movida á piedad por su inocencia. Actea que, á pesar de haber leído con asiduidad las epístolas de Pablo de Tarso, conservaba en el fondo del alma una de las cualidades características de la raza helénica, el amor á la belleza corpórea, no cesaba de admirar la insólita hermosura de Ligia.

—¡Eres cien veces más bella que Popea! — exclamó en un raptó de entusiasmo.

Le puso una túnica dorada, de tela finísima; dos esclavas la calzaron sandalias blancas recamadas de púrpura con cordones de seda y oro, mientras otras dos le hacían el tocado. Terminado éste, Actea la revistió con niveo peplo, dándole pliegues estatuarios, la adornó con un collar de perlas y derramó sobre sus cabellos una lluvia de polvo de oro.

Al presentarse ante las puertas del palacio las primeras literas, las dos mujeres se hallaban en el *criptopórtico* lateral, desde el que la vista podía abarcar el vestibulo del centro, las galerías interiores y la gran sala de recepciones con su bosque de columnas de mármol numidico. Nuevos grupos de convidados pasaban de continuo bajo el esbelto arco de ingreso, desde lo alto del cual parecía lanzarse á los aires la hermosa cuadriga de Lissipo, trasportando á Diana y Apolo. Ligia estaba asom-

brada de la magnificencia de aquel espectáculo, del cual ni la más vaga idea había podido adquirir en la modesta casa de Aulo. El sol poniente hería con sus moribundos rayos las columnas de mármol amarillo, produciendo reflejos sanguinolentos. Por los intercolumnios, rozando las blancas estatuas de los dioses y los héroes, desfilaban hombres y mujeres que, con sus togas y sus peplos de elegantes pliegues, parecían también estatuas. Un Hércules gigantesco, con la cabeza todavía anegada en la luz, contemplaba impasible el caudaloso río humano. Actea señalaba á Ligia á los senadores con sus togas de amplias franjas, sus túnicas purpúreas y sus sandalias adornadas de medias lunas de brillantes; á los héroes y los artistas famosos; á las damas vestidas á la moda romana, á la moda griega ó con caprichosos trajes orientales y con el cabello en forma acastillada, en forma de pirámide ó simplemente enroscado sobre la nuca á la manera de las estatuas de las diosas, y todas adornadas de flores; pronunciaba á veces los nombres de algunos concurrentes y relataba, con voz queda y breves palabras, su historia, que llenaba de espanto y de admiración á la inocente muchacha, mientras su alma virginal protestaba, como por instinto, contra aquella espléndida belleza impregnada de corrupción.

Entre los órdenes de macizas columnas, en los compactos grupos de personas de aspecto escultórico, bañados por la suave luz crepuscular, reinaba una calma solemne. Se hubiera dicho que entre aquellos mármoles de líneas simples y grandiosas moraban deidades felices en medio de una serenidad olímpica... Y, sin embargo, Actea continuaba revelando á Ligia nuevos horribles secretos del palacio imperial y de las gentes que lo frecuentaban.

—Mira allá, en aquel lado del *criptopórtico*... En las columnas y en el pavimento se ven aún las manchas de sangre que dejó sobre el blanco mármol el cuerpo de Caligula al caer asesinado por Casio; más allá fué degollada su mujer y estrellada su hija contra el muro... Bajo aquella ala del edificio hay un subterráneo en donde el más joven de los Drusos se royó los dedos, hostigado por el hambre; su hermano mayor fué envenenado allí; en aquel lado se atormentó á Gemelo; más acá Claudio se agitó en las convulsiones de la agonía; allí expiró Germánico... Estos muros oyen aun los gritos y los gemidos de los moribundos, y estos hombres que asisten al banquete

con sus ricas togas, sus túnicas multicolores, la frente ceñida con coronas de rosas, tal vez mañana serán condenados á muerte. Más de uno esconde bajo la plácida sonrisa la inquietud, el miedo, la incertidumbre del porvenir. La envidia y las concupiscencias atormentan el corazón de estos semidioses adornados con piedras preciosas y flores.

Ligia apenas escuchaba las palabras de Actea, abstraída por el pensamiento de huir de aquel mundo que fascinaba con una fuerza casi irresistible y por el deseo imperioso de refugiarse en la tranquila y modesta casa de los Aulo en donde reinaba el amor...

En tanto iban llegando del *Vicus Apollinis* nuevas oleadas de convidados, oyéndose el vocerío confuso de los clientes que acompañaban á sus patronos hasta las puertas del palacio. El patio se llenó de esclavos, de esclavas y de pretorianos. Entre los rostros blancos y bronceados se destacaban allá y acullá las facciones de ébano de algún nómada, cubierta la cabeza con yelmo empenachado y adornadas las orejas con grandes aretes de oro. La servidumbre entraba liras, cítaras, ramos de flores primaverales cuya floración se había provocado artificialmente en pleno Otoño, candelabros de oro, plata y bronce. Los rumores de la muchedumbre, que crecían por momentos, se mezclaban al murmullo de las fuentes, cuyos surtidores, al caer sobre las tazas de mármol, producían un ruido parecido á un lamento.

Actea permanecía en silencio y Ligia miraba á la muchedumbre como buscando á alguien. De pronto se ruborizó; de la columnata acababan de surgir Petronio y Vinicio, los cuales se dirigieron al *triclinio* con paso rítmico y sosegado, apuestos y acicalados, envueltos en sus togas de pliegues estatuarios. Mitigósele á Ligia el profundo pesar que le producían el desamparo, muy semejante á la soledad, y la añoranza de la casa de Aulo, en cuanto vió aparecer á aquellos dos amigos en medio de una turba tan numerosa de gentes desconocidas. El placer de encontrar á Vinicio y de poderle hablar ahogó todos sus demás deseos. Recordaba ya apenas las concisas y horripilantes narraciones de Actea, las advertencias de Pomponia, y observó entonces que, no solamente estaba persuadida de que había de asistir al banquete, sino que lo deseaba. La esperanza de oír pronto la voz amada de Vinicio le henchía el corazón de júbilo.

Súbitamente la alegría convirtiéndose en espanto, pues creyó que en aquel momento hacía traición á la pureza de su fe, á Pomponia, á sí misma. Se sintió culpable, y en un acceso de arrepentimiento, si hubiese estado sola, habría caído postrada de hinojos, golpeándose el pecho y confesando su falta.

Actea la cogió de la mano y la condujo al *triclinio*. Ligia avanzaba con los párpados casi cerrados por los reflejos de los millares de luces y zumbándole los oídos. Como en sueños, vió á Nerón y oyó las aclamaciones entusiásticas y ensordecedoras con que le saludaban los cortesanos. El penetrante olor de los perfumes le oprimía el pecho. Apenas se dió cuenta de que Actea la instalaba en su puesto sentándose á la derecha. Al otro lado susurró una voz que le era bien conocida:

— ¡Salud, la más hermosa de las doncellas de la tierra y la más hermosa de las estrellas del cielo! ¡Salud, divina Ligia!

Vinicio se había despojado de la toga, conforme al uso corriente, y llevaba solo una túnica purpúrea recamada de palmas de plata, de la cual salían los brazos desnudos y musculosos, verdaderos brazos de guerrero, hechos para sostener el escudo y la espada y adornados por encima del codo con brazaletes de oro. Ceñía sus sienes una corona de rosas. Con sus pobladas cejas, sus ojos hermosísimos, su tez bronceada, era la encarnación de la juventud y de la fuerza.

Ligia apenas pudo balbucear:

— ¡Salud, Marco!

Este continuó:

— ¡Dichosos los ojos que te contemplan, dichosos los oídos que escuchan tu voz más dulce que la flauta y que la cítara! Ya sabía yo que te encontraría aquí y, no obstante, cuando te he visto he sentido palpitar en mi alma un placer desconocido.

Comprendió Ligia al instante que la única persona de quien podía fiarse entre aquella muchedumbre era Vinicio, y empezó á preguntarle sobre muchas cosas para ella incomprensibles y amedrentadoras. «¿Por qué se encontraba ella en el Palatino? ¿Cómo lo había sabido Vinicio? ¿Por qué Nerón la había arrebatado á los Aulo? ¿Quería volver al lado de su madre! El palacio imperial le daba miedo; hubiera muerto de terror y ansiedad sin la esperanza de que él y Petronio intercederían para que el César la restituyese á su casa.»

Vinicio le explicó que había sabido el rapto por el mismo Aulo.

— En cuanto á la causa de encontrarte aquí — agregó — la ignoro, porque el César no da cuenta á nadie de sus acciones. Pero no temas; estoy á tu lado y no te abandonaré. Quien osara ultrajarte pagaría con la vida el ultraje. Te adoro, Ligia, de tal manera que dispuesto estoy á levantarte en mi casa un altar, como á una diosa, y á quemar en él constantemente aloes y mirra y á adornarlo de flores en la primavera. Y puesto que te infunde pavor esta casa, te prometo que no estarás mucho tiempo en ella.

A pesar de la falsía de Vinicio, en su voz vibraba el acento de la sinceridad, porque sincera era la pasión que le animaba. Las ingenuas palabras de la muchacha le conmovían hondamente, inundando su corazón de piedad y de ternura. Cuando Ligia le dió las gracias por sus bondades y le aseguró que Pomponia le estaría reconocida mientras viviese si lograba devolverla á sus solícitos cuidados, no pudo dominar la emoción.

Ella le hablaba quedo, con familiaridad, más confiada á cada instante en aquel ser, único entre los que la rodeaban á quien podía confiarse. Vinicio la consolaba, prometiéndole que la haría sacar del palacio de Nerón, que no la abandonaría jamás. En casa de Aulo le había hablado vagamente de amor y de felicidad; mas ahora concretaba su pensamiento diciéndole que la amaba sobre todas las demás criaturas, que no podría vivir sin ella...

El murmullo confuso de las voces, la música, el perfume de las flores y del incienso árabe aturdían á Ligia, quien escuchaba las palabras de Vinicio con arrobamiento, como música armoniosa y dulce que agitaba su pecho con los latidos de una felicidad ya saboreada en el jardín de los Aulo... La que sentía ahora, sin embargo, era más intensa; y por una reacción natural en su alma cándida y pura trató de ahogarla, convencida de que era un sentimiento vituperable el que le producía, aquella mezcla de espanto y placer, de turbación é indolencia, sumiéndola en una especie de sopor voluptuoso.

De pronto Vinicio exclamó con voz temblorosa:

— Ligia, te amo...

— ¡Marco!...

En aquel instante se oyó la voz de Actea que estaba al otro lado de Ligia:

— El César os mira — dijo.

Vinicio tuvo un súbito acceso de cólera contra Nerón y contra Actea. Las palabras de ésta le hirieron como la afilada punta de una espada. No habría tolerado en aquel momento que le interrumpiese una voz querida; con menos razón había de sufrir una interrupción hecha, á su entender, con el propósito de cortar su amorosa plática.

Irguió, pues, la cabeza, y mirando á la liberta por encima de los hombros de Ligia, exclamó con despecho:

— ¡Han pasado ya, Actea, los tiempos en que te sentabas, al lado de Nerón, en los festines! Dicen que vas perdiendo la vista. ¿Cómo has podido, pues, ver al César?

— Y no obstante le veo siempre — respondió Actea con melancolía. — También él es miope y os contempla ahora á través de su esmeralda.

Ligia, que al principiar el banquete había visto á Nerón como envuelto en una niebla y que absorta en escuchar á Vinicio no se había acordado más de él, levantó el rostro con los ojos llenos de curiosidad y de espanto.

Actea había dicho la verdad. El César, inclinado sobre la mesa, tenía un ojo medio cerrado y con el otro les observaba. De pronto se encontraron la mirada de Nerón y la de Ligia, y el corazón de ésta quedó helado de espanto. Siendo niña y encontrándose en Sicilia, en la quinta de Aulo, una vieja esclava egipcia le contaba terribles historias de dragones que tenían sus guaridas en las cavernas. En aquel momento le pareció á Ligia que uno de estos monstruosos dragones la miraba fijamente con su verdosa pupila. Instintivamente se aproximó á Vinicio y como una niña medrosa le cogió la mano, mientras cruzaban rápidos por su mente confusos pensamientos. «¿Es éste, pues?... ¿Éste el soberbio, el temible, el omnipotente?... Nunca le había visto y se lo imaginaba muy otro: con facciones horrendas, en las cuales estuviera como cincelada su protervia. Y, no obstante, en la realidad se le presentaba con una cabeza enorme y grotesca, es verdad; pero de lejos muy parecida á la de un niño. La túnica de color de amatista, que no podían vestir los simples mortales, envolvía su cara, corta y ancha, en un suave reflejo violáceo. Sus cabellos oscuros estaban rizados, conforme á la moda introducida por Otón, en cuatro hileras de bucles superpuestos. No llevaba barba. Pocos días antes la había consagrado á Júpiter, habiéndole manifestado Roma su gratitud por ello, si bien se murmuraba que la razón de tal

sacrificio, no era la piedad, sino el deseo de desprenderse de un apéndice que no favorecía en nada su belleza, pues estaba reducido á unos cuantos pelos rojos, como en todos los individuos de su estirpe. Sin embargo, en su frente, notablemente abultada, había algo de olimpico y en sus fruncidas cejas se adivinaba la conciencia del poder. Pero aquella frente de semidios no era sino el remate de un rostro simiesco, gordinflón, á pesar de su aspecto juvenil, embrutecido por el vino y por el desenfreno de las pasiones, muelle y enfermizo. A Ligia le produjo la impresión de una fealdad siniestra, pero sobre todo repulsiva.

Depuso la esmeralda Nerón y entonces Ligia pudo ver dos ojos azules, reventones, parpadeando por el exceso de luz, sin expresión, vídriosos, parecidos á los ojos de un cadáver.

Nerón, dirigiéndose á Petronio, preguntó:

—¿Es aquella la muchacha dada en rehenes, de la que está enamorado Vinicio?

—Sí.

—¿A qué nación pertenece?

—Es ligia.

—¿Y le parece hermosa á Vinicio?

—Viste con el peplo un tronco de olivo carcomido y á mi sobrino le parecerá seductor. Pero en tu rostro ¡oh severo juez! leo ya el inapelable fallo. No te molestes en pronunciarlo... «Demasiado delgada, seca, una adormidera sobre su frágil tallo.» Y estoy pronto á apostar con Tulio Seneción....

El aludido, que se hallaba empeñado en una disputa con Vestinio, burlándose de los sueños, en los cuales el último creía, se volvió á Petronio y sin saber de qué se trataba gritó:

—¡Te equivocas! Soy de la opinión del César...

—¡Muy bien!—replicó Petronio.— Precisamente tenía el capricho de sostener que los dioses te concedieron una chispa de ingenio, mientras que el César afirmaba que eres un pollino.

—¡Habet!—dijo Nerón, sonriendo irónicamente y dirigiendo el pulgar al suelo, como se hacía en el Circo cuando se quería que se rematara al gladiador vencido.

Vestinio, bien seguro de que se continuaba hablando de sueños, exclamó:

—Pues yo creo en ellos, y Séneca me ha dicho que á él le acontece lo mismo. Comprendo que haya quien no tenga fe en los dioses; pero no creer en los sueños...

—¿Y en las predicciones?...—interrumpió Nerón.— Una vez se me predijo que desaparecería Roma y que yo reinaria sobre todo el Oriente.

—Entre las predicciones y los sueños existe estrecha relación—respondió Vestinio.—Cierta procónsul muy escéptico envió al santuario de Mopso, por un esclavo, una carta sellada con orden terminante de no abrirla, para ver si el dios contestaría á la pregunta escrita en ella. El esclavo pasó toda la noche en el templo. Al día siguiente volvió y dijo: «He visto un joven refulgente como el sol que me ha dicho una sola palabra: Negro.» Al oír esto el procónsul palideció, y dirigiéndose á sus comensales, no menos escépticos que él, les dijo: «¿Sabéis que pregunta contenía la carta?»

Vestinio hizo una pausa y llevó la copa á los labios.

—¿Qué pregunta era?—interrogó Seneción.

—La siguiente: «¿Qué toro he de sacrificar; blanco ó negro?»

El interés que despertara esta anécdota desapareció por haber atraído la atención general Vitelio que, habiendo entrado en el festín ya beodo, empezó á soltar estrepitosas carcajadas sin motivo justificado.

—¿De qué se ríe ese tonel de sebo?—preguntó Nerón.

—La risa—contestó Petronio—es una de las cualidades que distinguen al hombre de los brutos, y Vitelio no ha encontrado otra manera de probarnos que no es un cerdo.

Vitelio reprimió la risa y haciendo chasquear sus labios relucientes de grasa y de salsas miró estúpidamente á los demás comensales como si les viese por primera vez en su vida.

Luego, levantando la mano, que parecía una almohadilla, gritó con voz ronca:

—He perdido el anillo de caballero; el anillo que heredé de mi padre.

—El cual era zapatero—añadió Nerón.

Vitelio volvió á prorrumpir en risotadas y se puso á buscar la sortija.

El festín se iba animando por momentos. Grupos de esclavos servían de continuo nuevos manjares y escanciaban vinos contenidos en preciosas ánforas que sacaban de recipientes llenos de nieve y cubiertos de yedra. Del techo caía sobre la mesa y los comensales una lluvia de rosas.

Petronio suplicó á Nerón que se dignase honrar el banquete con su canto exquisito antes de que los convidados estuvieran

ébrios. Centenares de voces repitieron á coro la súplica. Nerón se excusó.

«No se sentía bien... La noche anterior le habían aplicado al pecho una lámina de plomo, sin encontrar alivio, y empezaba á acariciar la idea de trasladarse á Ancio para fortalecer su garganta respirando las auras marinas... Consideraba como uno de sus más sagrados deberes cultivar amorosamente el arte, puesto que los dioses le habían concedido á manos llenas las dotes para ello necesarias... Reconocía también que estaba obligado á sacrificarse en honor de sus fieles súbditos, ávidos de oírle... Pero aquella noche, ¡no estaba en voz!... No le impulsaba á la negativa una excesiva modestia... No podía... realmente, no podía, no debía cantar aquella noche...»

Lucano le conjuró, «en nombre del arte y de la humanidad, á que no les privara del placer de oírle... «Todos sabían que el divino poeta y cantor había compuesto un nuevo himno á Venus, en comparación del cual, el de Lucrecio no era más que un aullido de lobezno.»

—No te niegues ¡oh, César! á poner á este banquete el sello de una verdadera fiesta—terminó diciendo el poeta—Un soberano paternal como tú no debe atormentarnos con su silencio. ¡César, no seas cruel!

—¡No seas cruel!—repitieron á coro los que estaban más cerca.

Nerón abrió los brazos como para indicar que se veía forzado á ceder. En todos los rostros se dibujó la expresión de la gratitud y todas las miradas se fijaron en el Emperador.

Este ordenó que se avisara á Popea. No había asistido al banquete porque estaba indispuesta; pero su estado de salud no se oponía á que pudiera oír el canto de Nerón. Privarla de este placer hubiera sido un delito.

Apareció Popea al instante. Aunque gobernaba á Nerón á su antojo no se hubiera atrevido á contrariarle, porque bien sabía que ofenderle en su amor propio de poeta, de cantor ó de auriga, era la mayor de las temeridades. Avanzó con majestad de diosa, sonriendo, vestida, como el César, de color de amatista, adornada con un collar de perlas robado en otro tiempo á Masinisa, con los cabellos cubiertos de polvo de oro y con rostro y mirada infantiles.

Fué acogida con grandes aclamaciones, de entre las que se destacaba el grito de «¡divina Augusta!»

En seguida todos los circunstantes callaron. Nerón se había puesto de pie.

El cantor Diodoro entrególe un laud delta y el flautista Terpnos cogió, para acompañarle, un salterio.

Nerón levantó los ojos, y en la vasta sala reinó un silencio sepulcral sólo turbado por el ligerísimo rumor de las rosas que caían del techo.

Y el César empezó á cantar, más bien dicho á declamar acompasada y cadenciosamente el himno en honor de Venus. Su voz, aunque algo velada, tenía tal variedad de matices y los versos del himno eran tan bellos, que Ligia sintió de nuevo que le remordia la conciencia por escuchar con cierto deleite cantos en honor de la pagana diosa. El mismo Nerón, coronado de laurel y con los ojos en éxtasis, cantando la belleza, le parecía menos espantable y repulsivo...

La última nota del himno fué seguida de un huracán de aplausos.

—¡Qué celestial voz! ¡Oh voz divina!—se oía por todos lados.

Algunas matronas que en los trasportes del entusiasmo habían levantado los brazos, permanecían así, inmóviles, como en éxtasis; otras enjugaban sus lágrimas; la sala entera retronaba. Popea, inclinada la dorada cabeza, apretaba la mano de Nerón contra sus labios; Pitágoras, un joven griego hermosísimo, se prosternó á sus pies.

Pero el César tenía los ojos clavados en Petronio, porque estimaba las alabanzas de éste sobre todas las demás. El *Árbitro de las Elegancias* exclamó:

—En lo que atañe á la música, Orfeo palidecería de envidia, como ha palidecido ahora Lucano; en cuanto á los versos, deploro que no sean peores porque en este caso habría sabido encontrar un elogio que fuese digno de ellos.

Lucano no se ofendió, antes, por el contrario, dirigió una mirada de gratitud á Petronio. Después, con simulado despecho, dijo:

—Maldito sea el Destino que me ha hecho coetáneo de semejante poeta. Podría haber dejado un nombre famoso y he aquí que me veo eclipsado, como una débil lucecilla por los esplendrosos rayos del sol.

Petronio, que tenía buena memoria, repetía los versos mejores del himno, sus frases más felices, comentando, ana-

hizando, elogiando sus mayores bellezas. Lucano unió su admiración á la de Petronio lanzando exclamaciones de entusiasmo. Nerón se esponjaba en una oleada incommensurable de vanidad. Señaló las estrofas que le parecían más inspiradas y se dignó consolar á Lucano, aconsejándole que no se desanimase.

— Es preciso conformarse con la suerte que á cada uno le concede el Hado— dijo con cierta expresión de piedad.— El culto que los hombres prestan á Júpiter no excluye el culto á los demás dioses.

Se levantó para acompañar á sus habitaciones á Popea, que realmente se sentía algo enferma, indicando á los convidados que no se movieran. Un instante después estaba de regreso para presenciar las diversiones que había organizado con Petronio y Tigelino. Se recitaron otros versos, se sostuvieron diálogos en los cuales la extravagancia no era bastante á disimular la necedad, y el célebre mimo Paris representó las aventuras de Io, hija de Inaco. Ligia, que no había visto nunca espectáculos semejantes, llegó á imaginarse que se trataba de artes de encantamiento. El mimo con gestos y actitudes expresaba sentimientos é ideas que parecía imposible que pudieran expresarse sin la palabra. Entraron después coribantes y danzarinas, y al compás de cítaras, flautas, címbalos y tamboriles, ejecutaron una danza báquica, mientras de la red de oro, pendiente del techo, continuaba cayendo una lluvia de rosas...

La vista de aquel deslumbrante cuadro orgiaco y la sensación de las palabras que Vinicio destilaba en sus oídos como una ponzoña, renovaron en el alma de Ligia los terrores que la habían conturbado al principiar el banquete. Las sienas le latían con violencia y su imaginación exaltada abría á sus pies un abismo, al fondo del cual la atraía el mismo Vinicio que, momentos antes, había tomado por un amigo dispuesto á salvarla. Una voz interior, semejante á la voz de Pomponia, le gritaba: «Ligia, huye;» pero al mismo tiempo otra voz extraña le decía que no era ya tiempo, que después de haber asistido á tan abominable banquete, de haber escuchado con cierta complacencia las palabras de Vinicio, estaba irremisiblemente perdida. No ignoraba que nadie podía abandonar el festín antes que el César sin provocar su cólera; pero más que este peligro la espantaba el temor de que le faltaran las fuerzas para levantarse y huir.

Y el término del banquete estaba aun muy lejano. Los esclavos servían siempre nuevos manjares y llenaban de vino los vasos.

Ante la mesa, que afectaba la forma de un semicírculo, aparecieron dos atletas que inmediatamente entablaron la lucha. Sus torsos, relucientes de aceite, formaban una sola masa; los huesos crugían bajo el esfuerzo hercúleo de los brazos de acero, y las mandíbulas contraídas hacían rechinar los dientes. A veces se oía la percusión sorda de los pies sobre el pavimento alfombrado de azafrán; otras, los dos luchadores fuertemente abrazados quedaban inmóviles, como un grupo escultórico. Las miradas de los romanos seguían con deleite inefable las peripecias de la lucha, fijándose en la tensión de los brazos, de los torsos y de las piernas. La pelea, sin embargo, no podía durar. Crotón, el maestro y jefe de los gladiadores, era tenido, con justicia, por el hombre más fuerte del Imperio. Muy pronto su adversario se puso lívido, se hizo más anhelante su respiración, de la boca le salió un hilillo de sangre y se desplomó. Una estruendosa salva de aplausos fué el premio del vencedor, quien, con el pie sobre la espalda del vencido y cruzados los brazos, paseó triunfalmente la mirada sobre los espectadores.

Entraron en seguida saltimbanquis, bufones, individuos adiestrados en remedar gritos de animales; pero despertaron escaso interés porque el vino se había subido ya á la cabeza de los convidados. Por momentos el banquete degeneraba en desenfadada orgia. La música se había convertido en una batahola caótica de confusos sonidos de cítaras, címbalos armenios, sistros egipcios, trompas, cuernos... El ambiente, saturado del perfume de las flores, del olor de los aceites aromáticos, del azafrán y de los efluvios de los cuerpos humanos era sofocante. Las luces de los candelabros, en aquella atmósfera cargada, apenas alumbraban, y las coronas de flores, ya marchitas, se desprendían de las pesadas frentes, y los rostros lívidos se cubrían de gotas de sudor.

Vitelio había desaparecido debajo de la mesa; Vestinio repetía por décima vez la respuesta de Mopso á la carta sellada del procónsul, y Tulio, poniendo en solfa á los dioses, decía con habla farfallosa, entrecortada por el hipo:

— Porque si se admite que el *Sphæros* de Jenófanes es una bola... no hay duda que es un dios redondo... al que se le puede hacer dar vueltas á puntapiés... como á una cuba.

Domicio Afro, concusionario y delator, al oír estas sacrilegas palabras se indignó en términos que derramó el Falerno sobre su túnica. «Nunca había dejado de creer en los dioses... Si llegara á desaparecer Roma, como profetizaban algunos, á la juventud falta de fe se debería el desastre. Sin fe no hay virtud... Se abandonan las severas costumbres de la venerable antigüedad... Los epicúreos ¿son capaces de contener la irupción de los bárbaros? ¡Ah, no! La ruina es inevitable. ¡Terrible sino el suyo! Los dioses habían querido probar su fortaleza alargándole la vida hasta tan ominosos tiempos...»

El cónsul Memnio Rufo interrumpió las hipócritas quejas del viejo ladrón con una sonora carcajada, á la que siguieron estas palabras, pronunciadas á voz en cuello:

—¿Quién es osado á sostener que Roma desaparecerá?... ¡Qué estupidez!... Yo, que soy cónsul, no sé una palabra de todo esto... ¡Treinta legiones nos garantizan la conservación de la paz romana!

Y llevándose los puños á las sienes, gritó desaforadamente con voz chillona:

—¡Treinta legiones!... ¡Desde la Bretaña á la frontera de los partos!

Hizo una pausa, abrió desmesuradamente los ojos, se llevó el índice á la frente y, tambaleándose todo su cuerpo, añadió con voz baja y gutural:

—No obstante, me parece que son treinta y dos...

Y se desplomó, rodando debajo de la mesa y vomitando las lenguas de faisán, los hongos asados, las setas heladas, los saltamontes en miel, los pescados, la carne; en suma, cuanto había comido y bebido.

Domicio Afro no se dió por vencido con el argumento de las legiones que aseguraban la paz romana.

—¡No, no! —exclamaba— ¡Roma debe perecer porque se ha perdido la fe en los dioses y se han relajado las costumbres! Roma debe perecer... ¡sí!... ¡Qué infortunio!... ¡Es tan bella la vida... y el César tan generoso... y tan exquisito el vino! ¡Ah, qué infortunio!

Petronio no estaba ébrio. En cuanto á Nerón, se había abstenido de beber al principio por el temor de perjudicar su voz *celestial*; pero acabó por vaciar cuantas copas le llenaron los esclavos y por embriagarse también. Quiso cantar de nuevo sus versos griegos; mas no le acudieron á la memoria y

entonó por error una canción de Anacreonte. Trataron de acompañarle Pitágoras, Diodoro y Terpnos; pero con tan poco acierto que acabaron por tomar el partido de callarse. Nerón apoyó la húmeda frente en la palma de la mano. Después cogió las de Pitágoras y se puso á examinarlas. De pronto le asaltaron horribles pensamientos. «¿En dónde había visto otras manos tan hermosas? ¡Ah, sí... las de su madre... las de Agripina!»

—Cuentan —dijo— que en las noches de luna discurre por las playas de Bahía... vagando siempre... como si buscara algo. Si se acerca alguna embarcación fija en ella la mirada y se aleja, y los pescadores á quienes ha mirado amanecen muertos.

—El asunto no es vulgar—observó Petronio.

Vestinio, estirando su cuello de grulla, cuchicheó con aire misterioso:

—En los dioses, no creo; pero sí en la aparición de los muertos... Los espectros...

Nerón sin hacer caso de sus palabras, prosiguió:

—No obstante, yo celebré las lemurias. ¡No quiero verla más! Hace ya cuatro años... Ciertamente no podía dejar de imponerle un castigo. Tuve que condenarla por deber... había enviado un sicario para asesinarme. Si no me hubiese defendido, hoy no habríais oído mi canto.

—Y por ello te damos las gracias ¡oh, César! en nombre de la Ciudad y del mundo entero—exclamó Domicio Afro.

—¡Más vino! ¡y qué suenen los timpanos!—ordenó Nerón.

Nuevamente la gritería y los desacordes musicales atronaron la sala. Lucano, envuelto todo el cuerpo en ramas de yedra, quiso dominar el tumulto y vociferó:

—¡Eh! ¡eh! Yo no soy un hombre; soy un fauno y habitó en las selvas. ¡Ohé! ¡Ohé!

Al César le llegó el turno de quedar completamente beodo. Los demás comensales lo estaban ya, incluso Vinicio que, estimulado además por la pasión, fué presa de la violencia hereditaria. Su rostro bronceado se había vuelto lívido, se le trababa la lengua y hablaba en tono altanero y de mando.

—El César te ha sacado de la casa de Aulo para entregarte á mí... ¿oyes? Mañana, en cuanto anochezca, mandaré por ti... ¿oyes? El César me ha prometido dárteme... me lo había prometido antes de traerte aquí... has de ser mía...

Ligia quedó aterrorizada.

No, no era aquel el Vinicio de antes; el Vinicio bondadoso á quien casi amaba. Era un sátiro ébrio, protervo, que le causaba espanto y repugnancia.

Vinicio se levantó y la cogió por los brazos con sus manos trémulas. A la doncella se le acababan las fuerzas... estaba á punto de desmayarse... Pero súbitamente, una fuerza formidable separó de los brazos de la doncella las nervudas manos del patricio y rechazó á éste cual si fuese una arista.

¿Qué había acontecido?... Vinicio se restregó los ojos, estupefacto, y al abrirlos después, desmesuradamente, se encontró con la gigantesca figura de Oso, el ligio que había visto en la casa de Aulo.

Oso permanecía inmóvil y tranquilo; pero sus ojos, clavados en los de Vinicio, tenían una expresión tan singular que el mancebo sintió que la sangre se le helaba en las venas. Después, el gigante, llevando en brazos á su señora, salió del *triclinio* con paso mesurado. Actea le siguió.

Vinicio, de pronto, quedó como petrificado; mas luego saltó cual fiera herida y se precipitó hacia la puerta, gritando:

— ¡Ligia! ¡Ligia!

Pero la pasión, el estupor, la cólera y la embriaguez le hicieron doblar las piernas. Intentó por dos veces levantarse, tragóse otra copa de vino que le ofrecieron y cayó como cuerpo muerto.

La mayor parte de los comensales yacían bajo las mesas; algunos daban vueltas tambaleándose; otros, echados sobre los divanes, roncaban y devolvían, durmiendo, el sobrante de sus ingurgitaciones. Y sobre aquella turba beoda de cónsules y senadores, de guerreros, de poetas, de danzarinas y patricias, sobre aquel mundo que rodaba hacia el abismo en medio de orgías deslumbradoras y desenfrenadas, caía siempre, con rumor apagado, una lluvia de rosas...

Alboreaba.

VIII

Oso pudo llevarse á Ligia sin la menor dificultad. A los comensales que no yacían bajo las mesas, la embriaguez le impedía darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor. En cuanto á la servidumbre, ¿qué mucho que una dama ébria se

hiciera llevar fuera del *triclinio* por un esclavo? Además, Actea seguía al gigante, y esto alejaba toda sospecha.

Pasaron, pues, del *triclinio* á la estancia contigua y por una galería al pórtico lateral que daba á los jardines cesáreos, para ganar las habitaciones de Actea. Ligia se hallaba tan extenuada que pesaba como un cadáver sobre los brazos de Oso; pero cuando la acarició el aire fresco de la mañana abrió los ojos. Las ramas más altas de los cipreses y de los pinos se doraban ya, besadas por los rayos del sol. El palacio, por aquel lado, estaba desierto, y á los oídos de los fugitivos llegaban muy apagados los gritos y la música del festín. A Ligia le pareció que había sido trasportada del infierno al cielo... ¡Ah, sí! ¡Qué dicha haber logrado escapar de aquel abyecto *triclinio* y tras tan inmunda pesadilla ver el cielo, la aurora, el sol y sentir el inefable consuelo de aquel silencio matinal!... De pronto la casta doncella prorrumpió en sollozos y, estrechando fuertemente al gigante, repetía con voz dolorida:

— ¡Vámonos á casa, Oso! Vámonos á casa de Aulo!

— ¡Vámonos! — respondió el ligio.

Habían llegado al atrio de las habitaciones de Actea. Oso colocó á Ligia sobre un banco de mármol inmediato á la fuente. Actea trató de tranquilizarla y de inducirla á descansar, asegurándole que por el momento nada tenía que temer, porque los íntimos de Nerón, por efecto de la embriaguez, dormirían hasta la tarde. Ligia, sin embargo, no se aquietaba. Apretándose las sienes con las manos no cesaba de repetir como una niña:

— ¡Quiero irme á casa!

Oso se disponía á obedecer. Las puertas estaban guardadas por pretorianos; pero no tenían orden de impedir el paso á los que salieran. Delante del arco de ingreso aún había una larga fila de literas. En breve los que tomaron parte en el banquete saldrían en tropel, y no era difícil pasar inadvertido entre aquellas turbas de crapulosos... Además, se trataba de una orden de su señora y no había para qué discutirla.

Ligia insistía:

— ¡Vámonos, Oso, vámonos!

Actea les disuadió de su propósito.

— Saldréis del palacio — dijo; — no me cabe duda... Pero tened en cuenta que huir sin la aquiescencia del César es una ofensa á la majestad imperial. Llegaréis á casa de Aulo; pero esta misma tarde un centurión llevará la sentencia de muerte á

No, no era aquel el Vinicio de antes; el Vinicio bondadoso á quien casi amaba. Era un sátiro ébrio, protervo, que le causaba espanto y repugnancia.

Vinicio se levantó y la cogió por los brazos con sus manos trémulas. A la doncella se le acababan las fuerzas... estaba á punto de desmayarse... Pero súbitamente, una fuerza formidable separó de los brazos de la doncella las nervudas manos del patricio y rechazó á éste cual si fuese una arista.

¿Qué había acontecido?... Vinicio se restregó los ojos, estupefacto, y al abrirlos después, desmesuradamente, se encontró con la gigantesca figura de Oso, el ligio que había visto en la casa de Aulo.

Oso permanecía inmóvil y tranquilo; pero sus ojos, clavados en los de Vinicio, tenían una expresión tan singular que el mancebo sintió que la sangre se le helaba en las venas. Después, el gigante, llevando en brazos á su señora, salió del *triclinio* con paso mesurado. Actea le siguió.

Vinicio, de pronto, quedó como petrificado; mas luego saltó cual fiera herida y se precipitó hacia la puerta, gritando:

— ¡Ligia! ¡Ligia!

Pero la pasión, el estupor, la cólera y la embriaguez le hicieron doblar las piernas. Intentó por dos veces levantarse, tragóse otra copa de vino que le ofrecieron y cayó como cuerpo muerto.

La mayor parte de los comensales yacían bajo las mesas; algunos daban vueltas tambaleándose; otros, echados sobre los divanes, roncaban y devolvían, durmiendo, el sobrante de sus ingurgitaciones. Y sobre aquella turba beoda de cónsules y senadores, de guerreros, de poetas, de danzarinas y patricias, sobre aquel mundo que rodaba hacia el abismo en medio de orgías deslumbradoras y desenfrenadas, caía siempre, con rumor apagado, una lluvia de rosas...

Alboreaba.

VIII

Oso pudo llevarse á Ligia sin la menor dificultad. A los comensales que no yacían bajo las mesas, la embriaguez le impedía darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor. En cuanto á la servidumbre, ¿qué mucho que una dama ébria se

hiciera llevar fuera del *triclinio* por un esclavo? Además, Actea seguía al gigante, y esto alejaba toda sospecha.

Pasaron, pues, del *triclinio* á la estancia contigua y por una galería al pórtico lateral que daba á los jardines cesáreos, para ganar las habitaciones de Actea. Ligia se hallaba tan extenuada que pesaba como un cadáver sobre los brazos de Oso; pero cuando la acarició el aire fresco de la mañana abrió los ojos. Las ramas más altas de los cipreses y de los pinos se doraban ya, besadas por los rayos del sol. El palacio, por aquel lado, estaba desierto, y á los oídos de los fugitivos llegaban muy apagados los gritos y la música del festín. A Ligia le pareció que había sido trasportada del infierno al cielo... ¡Ah, sí! ¡Qué dicha haber logrado escapar de aquel abyecto *triclinio* y tras tan inmunda pesadilla ver el cielo, la aurora, el sol y sentir el inefable consuelo de aquel silencio matinal!... De pronto la casta doncella prorrumpió en sollozos y, estrechando fuertemente al gigante, repetía con voz dolorida:

— ¡Vámonos á casa, Oso! Vámonos á casa de Aulo!

— ¡Vámonos! — respondió el ligio.

Habían llegado al atrio de las habitaciones de Actea. Oso colocó á Ligia sobre un banco de mármol inmediato á la fuente. Actea trató de tranquilizarla y de inducirla á descansar, asegurándole que por el momento nada tenía que temer, porque los íntimos de Nerón, por efecto de la embriaguez, dormirían hasta la tarde. Ligia, sin embargo, no se aquietaba. Apretándose las sienes con las manos no cesaba de repetir como una niña:

— ¡Quiero irme á casa!

Oso se disponía á obedecer. Las puertas estaban guardadas por pretorianos; pero no tenían orden de impedir el paso á los que salieran. Delante del arco de ingreso aún había una larga fila de literas. En breve los que tomaron parte en el banquete saldrían en tropel, y no era difícil pasar inadvertido entre aquellas turbas de crapulosos... Además, se trataba de una orden de su señora y no había para qué discutirla.

Ligia insistía:

— ¡Vámonos, Oso, vámonos!

Actea les disuadió de su propósito.

— Saldréis del palacio — dijo; — no me cabe duda... Pero tened en cuenta que huir sin la aquiescencia del César es una ofensa á la majestad imperial. Llegaréis á casa de Aulo; pero esta misma tarde un centurión llevará la sentencia de muerte á

Plaucio y á Pomponia; te traerán de nuevo aquí ¡oh, Ligia! y ya no habrá para ti salvación posible.

La doncella hizo un gesto de desesperación. El dilema era terrible: ó la muerte de las personas más queridas ó su propia perdición. Antes de empezar el banquete acariciaba una esperanza: la de que Petronio y Vinicio intercederian en su favor. Ahora ya sabía que á estos dos *amigos* era debida su desgracia... Sólo un milagro de la Divina Providencia podía salvarla.

— Actea — exclamó Ligia: — ¿has oído de labios de Vinicio que el César me arrebató á los Aulo para entregarme á él y que esta tarde mandaría por mí á sus esclavos?

— Sí — contestó Actea, dejando caer los brazos.

Vivo carmín tiñó las mejillas de la doncella.

— ¡Pues, jamás! — gritó con entereza. — ¡Ni permaneceré aquí, ni seré de Vinicio!

Actea quedó como asombrada de aquel arranque de noble cólera.

— ¿Es posible — preguntó — que odies al tribuno?

Pero Ligia no estaba ya en situación de responder, pues la ahogaban los sollozos. Actea la estrechó contra su pecho y procuró tranquilizarla. Oso, casi rugiendo, apretaba los descomunales puños. Amaba á su señora con la fidelidad de un perro y sus lágrimas le encendían en ira. En el corazón del bárbaro germinaba un deseo terrible: volver al *triclinio* y estrangular á Vinicio y, si era preciso, al mismo César. Pero no se atrevió á proponer este acto de venganza. ¿No sería contrario á la ley de amor predicada por Cristo? Esta duda le contuvo.

Actea reanimó á Ligia y le preguntó de nuevo:

— Pero ¿es posible que le odies?

— No — contestó Ligia; — no puedo odiarle porque soy cristiana.

— Lo sé, Ligia; y por las epistolas de Pablo de Tarso sé también que la deshonra es uno de los más graves pecados y que al pecado se debe preferir la muerte... Pero dime: ¿consiente la doctrina cristiana atraer la muerte sobre el prójimo?

— No.

— ¿Cómo, pues, quieres provocar la venganza del César contra la casa de Aulo? Sé por triste experiencia lo que es la cólera de Nerón. ¡Ay de ti! ¡Ay de Pomponia, y de Aulo, y de

su pequeñuelo si llevas á cabo tus propósitos! ¡No!... Un solo camino te queda: implorar de Vinicio que te restituya á Pomponia.

No obstante, Ligia dobló las rodillas é imploró otro auxilio. Oso siguió su ejemplo. Y aquella mañana, en el palacio de Nerón se oró por primera vez al verdadero Dios...

También por primera vez presenciaba Actea una plegaria semejante. Por curiosidad observó á Ligia, quien tenía las manos levantadas y los ojos puestos en el cielo con tal expresión de beatitud que no podía dudarse, no, que de allá arriba esperaba su salvación. La aurora le inundaba de luz los cabellos de oro y el cándido peplo, reflejándose en sus claras pupilas. Ella misma era luz, luz esplendorosa que se irradiaba á todo el atrio. Su pálido y diáfano semblante, sus labios entreabiertos, su mirada estática, revelaban una exaltación sobrenatural...

Actea acertó á comprender en aquel instante por qué Ligia se resistía á ser llevada á casa de Vinicio. Acababa de descubrirse el velo que ocultaba á sus ojos un mundo bien distinto de aquel en que vivía. La plegaria cristiana en el soberbio palacio de la infamia y del crimen le produjo honda impresión. Había tenido por irremisiblemente perdida á la joven ligia; mas ahora sentía impulsos de creer que se obraría un prodigio; que una fuerza ignota y sobrehumana, abatiendo la omnipotencia puramente terrena del César, salvaría á la doncella, restituyéndola á sus padres adoptivos; que de improviso descenderían legiones de seres alados para llevársela por los aires ó que la absorbería el mismo sol. A la vista de aquella virgen prosternada empezaba á creer en los milagros que se atribuían á los cristianos.

Levantóse Ligia con el rostro radiante de esperanza. Oso se sentó en el suelo, junto al banco de mármol, esperando las órdenes de su señora. Al cabo de un rato surcaron las mejillas de ésta dos gruesas lágrimas.

— ¡Bendiga el Señor — exclamó — á Aulo y á Pomponia! No debo causar su perdición; pero no me volverán á ver jamás... ¡jamás!...

Y dirigiéndose á Oso le dijo que era el único amparo que le quedaba; que en adelante le serviría de padre y de protector; que no volvería á casa de los Aulo, para no convertirlos en blanco de las iras de Nerón; pero que no pudiendo permanecer

en el Palatino, ni dejarse llevar á casa de Vinicio, Oso debía conducirla fuera de la Ciudad y ocultarla.

A todo estaba dispuesto el gigante: á llevársela á través de montes y mares á los países bárbaros; adonde el nombre de Roma fuese desconocido. Para expresar su inquebrantable fidelidad á su señora, se inclinó y le besó los pies.

En el semblante de Actea se dibujó la expresión del desengaño. « Esperaba un milagro y no una determinación tan insensata... Huir del palacio imperial constituía un ultraje á la majestad cesárea, que Nerón vengaría en cabeza de los Aulo, en el caso de que Ligia lograra ocultarse. Si tanto empeño tenía en escapar, más le convenía hacerlo cuando estuviera en la casa de Vinicio: pues entonces Nerón no podría darse por ofendido. »

Ligia sonrió apaciblemente. « No discrepaban en mucho de éstos sus propósitos. Vinicio, perdida con la embriaguez toda prudencia, había revelado la intención de mandar por ella al anochecer. Pero Oso la arrebatara á los esclavos en la calle, como la había arrancado de los brazos de Vinicio en el *tridinio*. El ligio era invencible. Ni el mismo Crotón, el forzudo atleta vencedor en la lucha habida en el festín, podría abatirle. Mas por si acaso Vinicio la hiciera escoltar por muchos esclavos, Oso iría inmediatamente á pedir consejo y ayuda al obispo Lino. Salvada por los cristianos, el ligio la llevaría lejos para sustraerla á la fuerza romana. »

Y diciendo esto, recobraban sus mejillas el color de la rosa, animándola de tal manera la esperanza que la imaginación le transformaba en realidad lo que no pasaba entonces de simple deseo. Echando los brazos al cuello de la liberta, la besó y preguntóle en voz queda:

— ¿No nos harás traición, verdad, Actea?

— ¡ Lo juro por la sombra de mi madre! Ruega á tu Dios que Oso obtenga buen éxito en su empresa.

Este, mirando con sus hermosos ojos azules, vagamente, en el espacio, meditaba sobre las últimas palabras de su señora. « Si; volaría en busca de Lino para oír su consejo porque, siendo obispo, debía de saberlo todo; pero rehusaría el auxilio de los cristianos, porque se bastaba para habérselas con los esclavos de Vinicio. Además, ¡ tenía tantos conocidos entre los esclavos y los gladiadores y los ciudadanos libres de la Suburra!... Que le dejasen en libertad para obrar y la salvación de su ama

era segura. » La imaginación le presentaba también como realidad lo que todavía no pasaba de proyecto, y ya veía á su señora salvada y transportada más allá de los confines romanos, á su propia patria. Concretando sus propósitos, dijo:

— Con cien hombres seguiré la litera aunque la escolten pretorianos. No respetaré á nadie y si mi puño tiene que habérselas con cascos de hierro, cascos y cráneos saltarán hechos pedazos.

Ligia, con solemne pero infantil gravedad y levantando el índice á la altura de los ojos, dijo:

— ¡ Oso, no matarás!

El ligio se rascó la cabeza con su enorme mano, balbuceando:

— Si; haré lo posible... pero á veces... sin quererlo... ocurre una desgracia... Si no hay más remedio... No ofenderé á Dios; ¡ pero yo he de salvarte, y no es mía la culpa si tengo la mano tan pesada!

En su semblante se dibujó suave expresión de ternura; pero se esforzó en ocultarla é inclinándose dijo:

— Voy corriendo á ver al santo Obispo.

Actea, con los ojos inundados de lágrimas, abrazó á Ligia. Nuevamente columbraba la existencia de un mundo en donde hasta el dolor era más fecundo en felicidad que toda la fastuosa opulencia del palacio imperial; nuevamente se le habian entreabierto las puertas de la eterna luz; pero al mismo tiempo se sentía indigna de traspasar sus umbrales...

IX

Ligia echaba de menos á los Aulo y sentía el anhelo de volver á su casa. Pero á la vez experimentaba cierto deleite pensando que iba á hacer el sacrificio de su bienestar en aras de la Verdad Eterna; á sufrir las penalidades de una vida errabunda é incierta. Sin duda era parte en las causas de su satisfacción un átomo de curiosidad infantil por conocer los países remotos poblados por los bárbaros y las fieras; mas la incitaba principalmente la fe ingénuo y profunda en que el Divino Maestro la protegería contra todo peligro si no violaba y desobedecía sus santas doctrinas. « Y, en último término, si la fuga le ocasionaba la muerte, ¿ no era ésta mil veces preferible

al oprobio; no era la muerte el principio de la vida; no subiría inmediatamente, muriendo por la fe de Cristo, á los Cielos, adonde se le reuniría Pomponia para morar juntas eternamente? ¡Ah! Si tal había de ser la recompensa ¿qué le importaban la miseria y los sufrimientos de todo género?...

Actea no atinaba á comprender la razón de esta renuncia voluntaria á los placeres terrenales, y mucho menos la de que trocara éstos por una vida obscura de luchas y sacrificios.

Estaba ya muy adelantada la mañana y el sol inundaba el *triclinio*. Actea persuadió á Ligia de que debía reparar las fuerzas, agotadas por una noche de insomnio, durmiendo algunas horas. No se opuso la doncella y entrambas se dirigieron al dormitorio y se acostaron; pero Actea no logró pegar los ojos porque tenía agitada el alma por tumultuosas emociones. Extraña inquietud, una turbación jamás experimentada se sobreponía á su tristeza habitual. La vida, que habia reputado siempre por carga pesada y sin objeto, se ofrecía ahora á sus ojos como cosa innoble. En su mente sobreexcitada se acumulaban las ideas aumentando la confusión. Se levantaba y volvía á caer alternativamente una punta del tupido velo que le ocultaba la Verdad; y las súbitas claridades le herían el alma y la cegaban hasta el punto de hacerle perder el discernimiento. Presentía que detrás de aquel velo se hallaba un bien infinito en comparación del cual todo lo demás era insignificante, incluso aquel César á quien adoraba y á quien, mal de su grado, tenia por un semidios, y que en realidad no era menos digno de compasión que un esclavo cualquiera, é incluso aquel palacio con sus columnatas de mármol numídico, no menos despreciable que un montón de gujarros. Estas ideas convirtiéronse en obsesión y la obsesión en tormento insoportable que no le permitía conciliar el sueño.

Pensando que Ligia estaría no menos inquieta se volvió hacia ella para hablarle del proyecto de fuga; pero la inocente muchacha dormía apaciblemente, caidos los brazos, entreabiertos los labios, respirando con suavidad.

— ¡Duerme!... — se dijo Actea. — ¡Puede dormir!... Es todavía una niña...

Pero al instante le asaltó la idea de que aquella niña prefería la fuga, la vida nómada á la espléndida casa de las Carinas, á los ricos atavíos, á las piedras preciosas, á los banquetes, á las regaladas músicas.

— ¿Por qué esta abnegación; por qué?... — se preguntaba, clavando los ojos brillantados por la interna agitación en el rostro de Ligia, como si esperara una respuesta.

— ¡Cuán poco se me parece! — añadió.

Y en efecto, aquella heroica niña se ofrecía á su imaginación calenturienta como un prodigio, como una visión celeste, como una hija de los dioses, más hermosa que todas las flores de los jardines del César, que todas las esculturas de su magnífico palacio. Paulatinamente se fué apoderando de su alma como un sentimiento maternal, y largo tiempo contempló á Ligia con cierta serenidad sólo turbada por el temor de los peligros á que se exponía huyendo á remotas regiones.

La muchacha dormía con la misma tranquilidad que si hubiese estado bajo la salvaguardia de Pomponia y al despertar, después de medio día, quedó, en efecto, asombrada de no hallarse en casa de los Aulo.

— ¿Eres tú, Actea? — preguntó al topar con la mirada de la griega, después de haber paseado la suya por toda la estancia.

— Yo, Ligia.

— ¿Es muy tarde?...

— No; pero es más de medio día.

— ¿No ha vuelto Oso?

— Oso no volverá; ha dicho que seguiría la litera.

— Es verdad.

Abandonaron el dormitorio, y después de reparar las fuerzas con un sobrio almuerzo enderezaron sus pasos á los jardines, en donde Ligia no podía correr riesgo alguno porque Nerón y los cortesanos aún dormían en el *triclinio*.

Ligia quedó encantada del espectáculo. Entre los cipreses, las encinas, los olivos y los mirtos blanqueaban largas hileras de estatuas y brillaban las tersas superficies de los lagos y estanques, surcados por blancos cisnes; en recodos deliciosos se hallaban frescas grutas, casi ocultas entre el follaje de las yedras y por todos lados aparecían gacelas domesticadas y pájaros multicolores traídos de todas las regiones del mundo entonces conocido. La quietud y la soledad del lugar eran sólo interrumpidas por algunos esclavos que cavaban fatigosamente ó por el cuchicheo de otros á quienes se habia concedido un momento de descanso y estaban sentados al lado de los estanques ó á la sombra de las encinas.

Actea y Ligia pasaron largo tiempo, admirando ésta los jardines, agena á las preocupaciones que embargaban el alma de su compañera.

Después se sentaron en un banco de mármol escondido entre un grupo de cipreses y la griega explicó á Ligia los temores que le torturaban el alma.

— ¿No sería mejor, Ligia — le preguntó después de haberle confiado todos sus funestos presentimientos, — que te dejaras llevar á casa de Vinicio y una vez allí procurases ganar el afecto de tu dueño y señor y moverle á compasión para lograr que te devolviera á los brazos de Pomponia?

Ligia movió la cabeza, dibujándosele en el rostro una expresión de dolorosa desconfianza.

— No — dijo. — En casa de Aulo, Vinicio tenía todas las apariencias de un hombre bondadoso y noble; después de lo acaecido en el banquete me da miedo, y prefiero volver á mi país.

— Pero en casa de Pomponia su presencia no te era desagradable, ¿verdad?...

— No — respondió Ligia, bajando la cabeza. Actea quedó meditando.

— En verdad — dijo al cabo de un rato, — no eres esclava, como lo fui yo. Hija de un rey de los ligios, dada en rehenes, puedes ser la esposa de Vinicio, y no dudo que los Aulo, amándote como te aman, te adoptarán para que puedas serlo.

Ligia contestó con voz segura, pero triste:

— Prefiero la fuga.

— Ligia ¿quieres que vaya en seguida á encontrar á Vinicio? Si duermes le despertaré y le explicaré cuanto acabo de decirte. ¿Quieres?... Le diré: «Vinicio: la mujer á quien amas es hija de un rey y los Aulo la quieren entrañablemente. Si en realidad la adoras, retórnala á la casa de éstos y pídelas después por esposa.»

La recatada joven contestó con voz tan débil que apenas pudo oírla Actea:

— Prefiero la fuga.

Y se le arrasaron de lágrimas los ojos.

La conversación de las dos mujeres fué interrumpida por rumor de pasos, y antes que pudieran enterarse de quien lo producía apareció Sabina Popea rodeada de esclavas, dos de las cuales movían rítmicamente sobre su cabeza abanicos de plu-

ma de avestruz. La precedía una etiope llevando en brazos á una niña envuelta en pañales de púrpura recamados de oro.

Popea se detuvo.

— Actea — dijo; — las campanillas que pusiste á la muñeca estaban mal cosidas; la niña ha arrancado una y se la ha metido en la boca. Afortunadamente Lilita lo advirtió á tiempo.

— Perdóname, Augusta — respondió Actea cruzando los brazos sobre el pecho é inclinando la cabeza.

Popea fijó la mirada en Ligia.

— ¿Quién es esa esclava? — preguntó.

— No es esclava, divina Augusta; es una muchacha educada por Pomponia Grecina é hija de un rey de Ligia; fué dada en rehenes á Roma.

— ¿Ha venido á visitarte?

— No, Augusta; desde ayer está en el Palatino.

— Y ¿asistió al banquete?

— Sí, Augusta.

— ¿Por orden de quién?

— Por orden del César.

Popea se puso á examinar atentamente á la muchacha y sus pupilas relampaguearon con fría é intensa mirada bajo las cejas doradas. Después le preguntó con fingida calma:

— ¿Hablaste con el César?

— No, Augusta.

— ¿Por qué prefieres este palacio á la casa de Aulo?

— No lo prefiero, Augusta. Petronio indujo al César á sacarme de aquella casa. No estoy aquí por voluntad mía, Augusta.

— ¿Y deseas volver al lado de Pomponia?

Popea hizo esta pregunta con voz más dulce y suave. El corazón de Ligia se abrió súbitamente á la esperanza.

— ¡Augusta! — exclamó tendiéndole las manos. — El César ha prometido entregarme á Vinicio como esclava. ¡Sálvame tú; devuélveme á Pomponia!

— ¿De manera que Petronio indujo al César á traerte aquí para entregarte á Vinicio?

— Sí; esta noche Vinicio mandará por mí. Tu eres buena, Augusta; ¡ten piedad de mi desgracia!

Y en diciendo esto, dobló las rodillas, cogiendo el borde de la túnica de Popea y esperó con ansia una palabra de consuelo. La Augusta la miró un instante con pérfida sonrisa y después contestó:

— Te prometo que hoy mismo... serás la esclava de Vinicio. Y se alejó satisfecha.

A los oídos de Ligia y de Actea llegaron un momento después los gritos de la niña que lloraba.

Los ojos de Ligia se llenaron de lágrimas. Luego, cogiendo á Actea de la mano, dijo:

— Vámonos. No hay que esperar la salvación sino de donde únicamente puede venir.

Regresaron al atrio. Al anoecer, los esclavos entraron candelabros. Las dos mujeres estaban muy pálidas. Interrumpían á cada momento la conversación para escuchar, en silencio, si alguien llegaba. Ya cerrada la noche, se levantó sin rumor la cortina que separaba el vestibulo del atrio y apareció en éste, como una sombra, un hombre alto, muy moreno y picado de viruelas. Era Atacino, liberto de Vinicio, á quien Ligia había visto alguna vez en casa de Aulo. Actea dió un grito mientras el recién venido, inclinándose, dijo con voz queda:

— ¡Salud á la divina Ligia de parte de Marco Vinicio, quien la espera en su casa adornada de follaje!

La desdichada se puso blanca como la nieve.

— ¡Estoy dispuesta! — exclamó, echando los brazos al cuello de Actea para darle el último adiós.

X

La casa de Vinicio estaba efectivamente engalanada. En las paredes y las puertas veíanse guirnaldas de mirto y de yedra. El atrio, cuya abertura superior se había tapado con un lienzo purpúreo para impedir el paso del frío nocturno, estaba profusamente iluminado con candelabros de ocho y de doce brazos, de mármol, alabastro ó bronce corintio, que afectaban formas humanas, de animales y de árboles. Todos eran obra de célebres artífices y algunos ostentaban globos de vidrio alejandrino ó tamizaban la luz á través de finísimas telas rojas, azules, amarillas y violáceas. El ambiente estaba saturado de perfume de nardo, al que se había aficionado Vinicio en Oriente.

En todo había seguido el mancebo los consejos de Petronio, enviando al liberto Atacino al palacio imperial con la orden del César, y quedándose en casa para evitar que apareciesen asomos de violencia en sus actos.

Sentado con indolencia, el *Árbitro de las Elegancias* continuaba aconsejando á Vinicio.

— Anoche — le decía — estabas ebrio. Tu comportamiento fué el de un cantero de los Montes Albanos. Conviene no precipitarse; que el buen vino ha de beberse á pequeños sorbos. Ten en cuenta, además, que si es sabroso el desear, no lo es menos el ser deseado. Procura captarte su confianza, desvanecer la impresión que le produjo tu violencia y principalmente tranquilizarla mostrándote maguánimo con ella. No quisiera verme obligado á ser testigo de una comida tétrica. Júrale que la devolverás á Pomponia, y ten por seguro que si obras de esta suerte mañana preferirá permanecer aquí.

Vinicio no le atendía. Latíale el corazón con tal violencia que podían contarse sus palpitaciones sobre el magnífico vestido de sacerdote siriaco que se había puesto para recibir á Ligia.

— A estas horas deben ya de haber salido del palacio — dijo como si hablara consigo mismo.

— Es indudable — contestó Petronio. — Entre tanto, si te parece, hablaremos de las profecias de Apolonio de Tiana ó te contaré la historia de Rufino, tantas veces interrumpida.

Pero á Vinicio le importaban tres cominos Rufino y Apolonio. Con el pensamiento puesto en Ligia y alcanzándosele cuán inconveniente hubiera sido ir en persona á buscarla, se dolía, no obstante, de no haberlo hecho para poder gozar más pronto de su vista.

Entraron esclavos con braseros y después de haberlos colocado en los trébedes que había en el centro del aposento echaron sobre los carbones encendidos pedacitos de mirra y de nardo.

— Ahora estarán dando la vuelta á las Carinas — murmuró Vinicio, suspirando.

Petronio se encogió de hombros y dijo:

— No tienes ni un sextercio de filósofo. ¿Es posible que no pueda conseguir hacer un hombre de este hijo de Marte?...

Con efecto, en aquel momento doblaban la esquina de las Carinas. Precedían los *lampadarios* (1) y escoltaban la litera

(1) Esclavos que alumbraban con linternas el camino.

los *pedissequi*, cerrando el cortejo Atacino; pero marchaban lentamente porque la Ciudad estaba á oscuras y las linternas apenas alumbraban el camino. Además, si bien al principio, en las cercanías del palacio, las calles estaban solitarias, á medida que fueron avanzando encontraron el obstáculo de una desusada animación. De cada bocacalle salían grupos de tres ó cuatro hombres sin luces y embozados en mantos oscuros, uniéndose unos al cortejo y siguiendo otros en sentido inverso. Muchos se tambaleaban como beodos. En ciertos momentos los grupos eran tan compactos que los *lampadarios* se veían obligados á gritar:

— ¡Paso al noble tribuno Marco Vinicio!

Ligia, por el espacio que dejaban las cortinillas entreabiertas, percibía estos oscuros grupos de hombres y experimentaba alternativamente el sentimiento de la esperanza y la sensación del terror.

— ¡Es él!... ¡Es Oso con los cristianos! ¡Ha llegado el momento!... — balbuceaba. — ¡Jesús!... ¡Dios mío!... ¡Auxílianos!... ¡Cristo Redentor, sálvanos!...

Atacino, que al principio no había hecho el menor caso de aquella insólita animación, comenzó á alarmarse. Los *lampadarios* repetían con mayor frecuencia su grito de:

— ¡Paso á la litera del noble tribuno Marco Vinicio!

Los grupos fueron estrechando el cerco en términos que el liberto se vió obligado á ordenar á los esclavos que apartaran á los impertinentes á palos. En aquel momento se oyó un grito y en un cerrar y abrir de ojos quedaron apagadas todas las linternas, siendo acometidos los esclavos y trabándose una lucha en que éstos llevaban la peor parte. Atacino comprendió entonces que las idas y venidas de antes, la extraña animación nocturna, eran los preparativos de una agresión, y la sangre se le heló en las venas porque no ignoraba cuán frecuente era que el César y los augustales, para divertirse, realizaran actos semejantes en la Suburra y en otros barrios de la Ciudad, y tampoco desconocía que los agresores solían volver al palacio con chichones y cardenales; pero que pagaba con la vida, aunque se tratase de un senador, quien osaba defenderse. No estaba muy lejos la guardia encargada de mantener el orden público; pero en tales trances era sorda y ciega.

La pelea continuaba en medio de la oscuridad y del silencio de la noche. Los combatientes se abrazaban, forcejeaban, se

estrujaban, oyéndose de cuando en cuando el ruido de un soberbio puñetazo ó la caída de un cuerpo. Atacino, algo repuesto de la sorpresa y del terror, juzgó que lo más prudente era apoderarse de Ligia y huir, abandonando á los esclavos á su suerte. Y poniendo por obra su pensamiento, sacó á la joven de la litera y trató de escapar protegido por la oscuridad. Pero Ligia gritó:

— ¡Oso! ¡Oso!

Como iba vestida de blanco no era difícil columbrarla, por lo que Atacino procuraba envolverla con su propio manto. De pronto sintió que una enorme tenaza le oprimía el cuello, mientras un golpe tremendo, como de mazo, le quebraba el cráneo. Atacino se desplomó, cual tóro herido en el testuz.

Un instante después Oso corría con Ligia en los brazos hacia la Suburra seguido de sus compañeros.

La mayor parte de los esclavos yacían junto á la destrozada litera, y los pocos que quedaban en pie huían despavoridos entre las tinieblas, chocando contra los muros. Al cabo de un rato se reunieron frente á la casa de Vinicio; mas no osaron entrar. Puestos de acuerdo, volvieron al lugar de la refriega en donde hallaron á algunos de sus compañeros ya cadáveres. Atacino tenía aún el estertor de la agonía; pero en aquel mismo instante se movió, agitado por terrible convulsión, y cayó de nuevo, inmóvil, para siempre.

Se llevaron el cadáver en hombros y al encontrarse otra vez frente á la casa de Vinicio se miraron amedrentados.

— ¡Que Gulón cuente el caso! — cuchichearon algunas voces.

— Corre todavía la sangre por su cara y el señor le quiere.

En efecto; Vinicio sentía por Gulón cierto cariño porque lo había heredado de su madre, la hermana de Petronio, y porque le sirvió de ayo en la infancia.

El anciano consintió á condición de que los demás entraran con él, pues no quería exponerse á que descargaran sobre su cabeza todas las iras del amo.

A Vinicio se le había agotado ya la paciencia. Petronio, en vez de calmarle, le irritaba todavía más con sus chanzas. Paseaba con cierta precipitación por la estancia repitiendo de continuo:

— ¡Cuánto tardan! ¡Deberían ya estar aquí!

Quiso salirles al encuentro, mas se lo impidió Petronio.

Por fin se oyeron pasos en el vestibulo y entraron en tropel los esclavos, los cuales, colocándose en fila, pegados á la pared,

levantaron los brazos y exclamaron con acento de terror y súplica.

— ¡Aah!... ¡Aaaaah!...

Vinicio, de un brinco, se colocó junto á ellos.

— ¿Dónde está Ligia? — gritó con voz de trueno.

Gulón se adelantó con la faz ensangrentada y, timidamente, exclamó:

— ¡Mira esta sangre, señor! ¡La hemos defendido! ¡Mira esta sangre!...

No pudo terminar. Vinicio cogió un candelabro de bronce y de un golpe le destrozó el cráneo. Después se llevó las manos á la cabeza y mesándose los cabellos clamó con voz ronca:

— ¡Desdichado de mí! ¡Desdichado!...

Se puso lívido; los ojos le saltaban de las órbitas; tenía los labios espumeantes.

— ¡Que les apaleen, pronto; que les den de palos! — gritó al fin con voz terrible.

— ¡Señor! ¡Aaaaah, ¡perdón!... — gemían los esclavos.

Petronio salió del atrio con la expresión del asco en el semblante.

Un momento después, en todos los ámbitos de la casa adornada de follaje resonó el silbido de las varas y el gemido angustioso de los esclavos. El suplicio duró hasta apuntar el alba.

SEGUNDA PARTE

I

Aquella noche Vinicio no se acostó. Los gemidos de los esclavos azotados no eran bastantes á mitigar ni su angustia, ni su ira. Impaciente y anonadado, salió de su casa con algunos hombres de la servidumbre y recorrió, en busca de Ligia, el distrito del Esquilino, la Suburra, el *Vicus Sceleratus* y todas las calles contiguas; subió al Capitolio, y por el puente Fabricio se trasladó á la isla y discurrió después por todo el *Transtevere*; interminable caminata sin plan y casi sin objeto, puesto que Vinicio no esperaba dar con su amada y sólo se proponía ocupar las horas de aquella espantosa noche en algo que no fuera el reposo. Regresó á su mansión al amanecer, cuando empezaban á transitar por las calles, con sus mulos, bueyes y carretas, los hortelanos y abrían los panaderos sus tiendas. Hizo retirar el cadáver de Gulón, que nadie se había atrevido á tocar, y ordenó que los esclavos azotados durante la noche fuesen enviados á los ergástulos del campo, castigo tan terrible como la muerte. Después se echó sobre un diván del atrio y se puso á reflexionar respecto á los medios de dar con el paradero de Ligia. No le parecía cosa puesta en razón renunciar á ella ni verosímil el perderla para siempre. Sólo el pensamiento de que esto pudiera suceder le sacaba de quicio. Por primera vez en la vida hallaba un obstáculo que no cedía ante su imperiosa voluntad, y precisamente al sentir el más impetuoso y encendido de sus deseos. Persuadido de que no podría vivir sin ella, de que la fuga de la virgen constituía un burla y un ultraje á su pasión, se sintió presa de rabia impotente, con súbitos relampagueos de odio contra su misma amada, á quien, en aquel ins-

levantaron los brazos y exclamaron con acento de terror y súplica.

— ¡Aah!... ¡Aaaaah!...

Vinicio, de un brinco, se colocó junto á ellos.

— ¿Dónde está Ligia? — gritó con voz de trueno.

Gulón se adelantó con la faz ensangrentada y, timidamente, exclamó:

— ¡Mira esta sangre, señor! ¡La hemos defendido! ¡Mira esta sangre!...

No pudo terminar. Vinicio cogió un candelabro de bronce y de un golpe le destrozó el cráneo. Después se llevó las manos á la cabeza y mesándose los cabellos clamó con voz ronca:

— ¡Desdichado de mí! ¡Desdichado!...

Se puso lívido; los ojos le saltaban de las órbitas; tenía los labios espumeantes.

— ¡Que les apaleen, pronto; que les den de palos! — gritó al fin con voz terrible.

— ¡Señor! ¡Aaaaah, ¡perdón!... — gemían los esclavos.

Petronio salió del atrio con la expresión del asco en el semblante.

Un momento después, en todos los ámbitos de la casa adornada de follaje resonó el silbido de las varas y el gemido angustioso de los esclavos. El suplicio duró hasta apuntar el alba.

SEGUNDA PARTE

I

Aquella noche Vinicio no se acostó. Los gemidos de los esclavos azotados no eran bastantes á mitigar ni su angustia, ni su ira. Impaciente y anonadado, salió de su casa con algunos hombres de la servidumbre y recorrió, en busca de Ligia, el distrito del Esquilino, la Suburra, el *Vicus Sceleratus* y todas las calles contiguas; subió al Capitolio, y por el puente Fabricio se trasladó á la isla y discurrió después por todo el *Transtevere*; interminable caminata sin plan y casi sin objeto, puesto que Vinicio no esperaba dar con su amada y sólo se proponía ocupar las horas de aquella espantosa noche en algo que no fuera el reposo. Regresó á su mansión al amanecer, cuando empezaban á transitar por las calles, con sus mulos, bueyes y carretas, los hortelanos y abrían los panaderos sus tiendas. Hizo retirar el cadáver de Gulón, que nadie se había atrevido á tocar, y ordenó que los esclavos azotados durante la noche fuesen enviados á los ergástulos del campo, castigo tan terrible como la muerte. Después se echó sobre un diván del atrio y se puso á reflexionar respecto á los medios de dar con el paradero de Ligia. No le parecía cosa puesta en razón renunciar á ella ni verosímil el perderla para siempre. Sólo el pensamiento de que esto pudiera suceder le sacaba de quicio. Por primera vez en la vida hallaba un obstáculo que no cedía ante su imperiosa voluntad, y precisamente al sentir el más impetuoso y encendido de sus deseos. Persuadido de que no podría vivir sin ella, de que la fuga de la virgen constituía un burla y un ultraje á su pasión, se sintió presa de rabia impotente, con súbitos relampagueos de odio contra su misma amada, á quien, en aquel ins-

tante, hubiera deseado tener al lado para torturarla. Mas, de improviso, le asaltaba profunda melancolía, á la que se mezclaba el ansia de oír su voz, de contemplar con arrobamiento sus dulces ojos azules. Entonces la llamaba cariñosamente, apoyaba con indolencia la cabeza en las manos y trataba de reflexionar con calma sobre los medios de volverla á ver. Este propósito le resultaba siempre fallido. ¡Cuántos planes, cuántos recursos, todos absurdos, le sugirió la desbocada imaginación!

Por fin, una idea se sobrepuso á las demás; una sospecha terrible le invadió el alma: Aulo había realizado el raptó, y, ó bien tenía á Ligia en su casa, ó bien conocía el lugar donde se ocultaba.

Saltó del diván y se dispuso á marchar á casa de Aulo con el propósito bien decidido de acusarle de desobediencia á las órdenes del César y de hacerle condenar á muerte si no le revelaba el paradero de la joven. Y era tan desatentado su furor que concibió la idea de vengarse de los Aulo aun cuando le revelarían el lugar donde estaba oculta Ligia, gozándose de antemano en el espectáculo de la desesperación de Pomponia al presentarse el centurión con la sentencia de muerte para su marido.

—El César me concederá esta merced—se dijo—porque nunca nos niega á los augustales aquello que puede dañar á las personas que le son enojosas.

Pero al llegar á este punto de sus cavilaciones, otra sospecha, todavía más terrible, le hizo estremecer. Y ¿si el raptor fuese Nerón?... ¿Acaso no solía realizar con sus augustales, para distraer los ocios, agresiones nocturnas? El mismo Petronio, una que otra vez, había tomado parte en ellas, por pasatiempo. No era aventurado suponer que Ligia había sido víctima de una de las calaveradas del César. Ciertó que, estando ya en el Palatino, no necesitaba recurrir á tales expedientes para retenerla. Pero, como afirmaba Petronio, Nerón no tenía el valor de sus actos.

Después de estas consideraciones, Vinicio desechó la sospecha de que Aulo se hubiese apoderado de la joven. Y ¿quién más hubiera podido realizar tan atrevida empresa; tal vez aquel gigantesco ligio que, en medio del *triclinio*, se la había arrebatado de las manos? ¡Ah, no! no era posible tanta osadía en un esclavo. Restaba una sola hipótesis con fundamento: la de que el raptor era el César.

Y siendo así, no podía abrigar esperanza alguna de recobrarla. De cualesquiera otras manos era posible sustraerla; de las del César, no. Entonces, con suma claridad, echó de ver cuánto amaba á Ligia. De la misma suerte que un náfrago se acuerda, en un instante de intensa lucidez, de todo su pasado, así se acordó Vinicio de su amada. Y su imaginación se la representaba, ora al lado de la rumorosa fuente, en casa de los Aulo, ora en el *triclinio* del palacio imperial, hermosa, esbelta, tímida, envolviéndole con las suavísimas miradas de sus ojos azules, regalándole los oídos con la dulce miel de sus palabras ingenuas; elegida entre todas las elegidas, única entre todas las mujeres y entre todas las diosas. Y el pensamiento de que Nerón se la hubiese arrebatado le hacía renacer en el corazón, siempre inclinado á las terribles violencias, un odio tan inmenso que se sentía tentado de estrellarse la cabeza contra los muros del atrio. La idea de la venganza era lo único que le prestaba algún consuelo.

—¡Seré tu Casio, Nerón!—repetía, acordándose del asesinato de Caligula.

Y, cogiendo un puñado de tierra de una de las macetas que estaban cerca del *impluvio*, juró por Hécate, por Erebo (1) y por todos sus dioses familiares que no dejaría el ultraje sin castigo.

Ordenó que se le llevase al palacio imperial. En la litera, su impotente rabia le sugirió nuevos proyectos de venganza. Había oído explicar que los sacerdotes de cierta diosa egipcia sabían provocar por la sola influencia de su deseo enfermedades terribles, é hizo el propósito de consultarles. Le habían dicho, estando en Oriente, que los hebreos, por medio de conjuros, lograban llenar de úlceras el cuerpo de sus enemigos. Tenía una docena de esclavos judíos y concibió el proyecto de hacerles azotar hasta arrancarles el secreto.

La litera se detuvo frente al soberbio arco del peristilo. Descendió Vinicio, pensando que si los pretorianos de la guardia

(1) *Artemisa* ó sea la diosa de la caza y de la noche, de la Mitología griega, era presentada bajo dos aspectos: el de *Diana* y el de *Hécate*. Bajo el segundo era una divinidad de los infiernos, protectora de la hechicería y los encantamientos.

Erebo, según dicha mitología, era hijo del *Caos* y de la *Noche* y fué precipitado á los infiernos por Júpiter, en castigo de haberle atacado con los Titanes.

habían recibido la consigna de no dejarle pasar ó le registraban para saber si llevaba armas, podía dar por cierto que el César era el autor del rapto. Pero se le acercó el centurión y con amistosa sonrisa le dijo:

— ¡Salud, noble tribuno! Si has venido para cumplimentar al César, mala hora has escogido.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Vinicio.

— La divina Augusta, la hija de Nerón, se puso ayer tarde repentinamente enferma. El César y Popea se hallan con varios médicos á su lado.

Era éste un acontecimiento de excepcional gravedad. Nerón había celebrado con delirante júbilo el natalicio de su hija. En Ancio, donde vino al mundo, se levantó un templo en honor de las dos Fortunas y se verificaron espléndidas fiestas. El César, incapaz de tener mesura en nada, amaba desmesuradamente á esta niña, y la quería también Popea porque afianzaba su dominio sobre el corazón de su esposo.

Los destinos del Imperio Romano podían depender de la salud y de la vida de aquella niña. Pero Vinicio se curaba exclusivamente de su pasión y no hizo el menor caso de la respuesta del soldado.

— Sólo quiero ver á Actea — dijo.

Y entró.

Como también la liberta se hallaba al lado de la niña, tuvo que esperarse hasta después de medio día. Actea estaba pálida y palideció todavía más al ver á Vinicio.

— ¡Actea! — gritó éste cogiéndola por el brazo y llevándola al centro del atrio; — ¿dónde está Ligia?

— Esto mismo te quería yo preguntar — contestó ella con un gesto de reproche.

Aunque el tribuno había hecho propósito de hablar á Actea con calma, no supo contenerse y gritó en tono entre angustiado y colérico:

— ¡Me la han robado! ¡Me la robaron al conducirla á casa! Y acercando su rostro al rostro de la liberta, añadió:

— ¡Actea! si estimas en algo la vida, si no quieres ser causante de desgracias cuyas proporciones no puedes imaginar, dime la verdad: ¿me la quitó el César?

— El César no salió anoche del Palatino.

— ¡Júrame por la sombra de tu madre, por todos los dioses, que Ligia no está aquí!

— Te lo juro, Marco. No está aquí, ni el César te la ha robado. Su hija está enferma desde ayer y Nerón no se mueve del lado de la cuna.

Vinicio suspiró profundamente.

— Entonces — dijo sentándose en un banco y apretando los puños, — el rapto es obra de los Aulo... y ¡ay de ellos!

— Aulo Plaucio ha estado aquí esta mañana y no ha logrado verme porque me hallaba junto á la enferma; pero ha pedido noticias de Ligia á Epafroditos y á otros esclavos y ha anunciado que volvería para hablar conmigo.

— ¡Quiere despistarme! Si hubiese ignorado lo que á Ligia le ha acontecido, á mi casa habría ido á buscarla.

— Déjome escritas en una tablilla algunas palabras de las cuales se desprende que, sabedor de que la muchacha le había sido arrebatada por instigación tuya y de Petronio, ha ido esta mañana á tu casa para averiguar si ya se hallaba en tu poder y allí le han enterado de lo ocurrido.

Y, en diciendo esto, Actea entró en el dormitorio y volvió á salir en seguida con la tablilla escrita por Aulo.

Vinicio leyó la carta y permaneció un rato silencioso. La liberta le sorprendió el pensamiento en el rostro desencajado.

— No, Marco — le dijo después de breve pausa. — Lo acontecido, ha acontecido por la sola voluntad de Ligia.

— ¿Sabias, pues, que ella quería huir?

— Conocía su firme resolución de no dejarse llevar á tu casa — contestó Actea mirándole severamente con sus negros ojos.

Vinicio no se calmó con estas razones, antes, por el contrario, tomó mayores vuelos su furor. «El César le había hecho donación de Ligia; le pertenecía, pues, y estaba dispuesto á encontrarla aunque para ello fuese preciso penetrar en las entrañas de la tierra. Huyendo, Ligia había desobedecido los mandatos del César, y éste, ofendido en su amor propio, le prestaría sin duda cuantos auxilios le fuesen necesarios para buscarla, poniendo á sus órdenes, si el caso lo exigía, todas las legiones del Imperio, autorizándole para arrasar cabañas y palacios...»

A estas amenazas contestó Actea, en tono misterioso:

— ¡Cuida de no perderla para siempre el día que la encuentre el César!..

Vinicio frunció el entrecejo.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó.

—Oye, Marco. Ayer, estando en los jardines, nos encontramos con Popea y su hija, que era llevada en brazos por la negra Lilita. Por la tarde la niña se puso enferma, y asegura Lilita que la enfermedad es debida á un sortilegio de la extranjera que hallaron en el jardín. Si recobra la salud nadie pensará más en este incidente; mas si muere, Popea será la primera en acusar á Ligia de hechicería y entonces ten por seguro que no habrá salvación para ella si su paradero se descubre.

Los dos interlocutores quedaron un rato silenciosos. Después Vinicio balbuceó estas palabras:

—Quizás ha hechizado á la niña... y también á mi.

—Lilita dice que la niña se echó á llorar apenas nos hubieron dejado, y esto es cierto. Sin duda estaba ya enferma cuando la llevaron al jardín... ¡Marco! Busca si quieres á Ligia; pero no hables de ella una palabra al César mientras no haya sanado su hija. Ya la infeliz ha derramado por tí bastantes lágrimas.

—¿La amas, Actea?—preguntó Vinicio con voz apagada.

—Si; me ha inspirado cariño.

—Porque no te ha pagado con odio el amor, como á mi.

Actea le dirigió una mirada de reconvención, y luego, como hablando consigo misma, dijo:

—¡Hombre iracundo y ciego! Ligia te amaba...

Vinicio dió un brinco al oír estas palabras. «¿Sería cierto? .. Pero ¿cómo podía saberlo Actea? ¿Era lógico suponer que al segundo día de conocerla le hiciera tales confianzas? Y ¿qué amor era ese que prefería la indignencia, la vida errante, el porvenir incierto y tal vez una muerte miserable al sosiego y esplendor de una casa en donde habría sido acogida con transportes de alegría y de afecto? ¡No, no! No era cierto que le amara; le odiaba y moriría con este odio en el corazón.»

Actea, no obstante su natural dócil y apacible, se indignó oyendo á Vinicio.

—¿Qué has hecho para ganarte la voluntad de Ligia?—dijole.—En vez de colmar de atenciones á Plaucio y á Pomponia les has hecho robar á una niña que consideraban como hija, y á ésta la has llevado al palacio en donde toda corrupción tiene su asiento, ultrajando sus inocentes ojos con el espectáculo de una orgía ignominiosa. ¿No te has dado cuenta del ambiente que se respira en la casa de Aulo; de que Pomponia Grecina no es una mujer como las que asisten á los banquetes cesáreos; de que Ligia ha sido enseñada á adorar á un Dios que está por

encima de todos los nuestros y que repele toda sombra de abyección?... ¡No! Ligia ninguna confianza me ha hecho; pero me ha confesado que de tí esperaba la salvación, que confiaba en que Vinicio y Petronio intercederían para que el César la devolviese á Pomponia... Y cuando me decía esto, vivo carmin teñía sus mejillas y le latía el corazón con violencia... Pero tú, Vinicio, en vez de conquistar su afecto por medios nobles y generosos, le inspiraste horror y repugnancia con tus actos violentos... Puedes ahora buscarla con el auxilio de los pretorianos; pero ya te lo he dicho: si el César da con ella antes de que haya sanado su hija, la perderás para siempre.

En el corazón de Vinicio la ira cedió el puesto á otro sentimiento menos vituperable; las palabras de Actea le conturbaban profundamente. Se acordó otra vez de las entrevistas con Ligia en casa de Aulo, y entonces comprendió que había errado el camino para atraerse el amor de la doncella.

—Ligia—decía para sus adentros—habría consentido, de seguro, en ser mi esposa, si en vez de acudir á la violencia la hubiese pedido á Aulo Plaucio y á Pomponia.

Y recordando que quien le había aconsejado esta conducta era Petronio, montó en cólera nuevamente, culpándole de todo lo ocurrido. «A no haber entrometido á Nerón en este negocio, pensaba, ahora no estaría Ligia amenazada de ningún peligro ni se vería obligada á ocultarse.»

Y en voz alta añadió:

—Para reparar el daño que hemos hecho, es ya tarde.

—¡Tarde!—repitió Actea como un eco, que resonó en los oídos de Vinicio cual sentencia de muerte.

El tribuno estaba anonadado. No sabía cómo proceder, á quién acudir, qué partido tomar. Una sola idea se destacaba en la confusión de su mente: debía encontrar á Ligia á todo trance.

Maquinalmente se envolvió en la toga y dió algunos pasos para salir sin despedirse de la liberta, cuando, en la puerta que separaba el vestíbulo del atrio, apareció la noble y melancólica figura de Pomponia Grecina. Sabedora de lo acontecido y juzgando que le sería más fácil que á Aulo entrar en las habitaciones de Actea, venía á pedirle noticias.

Miró á Vinicio sin asomos de cólera y le dijo:

—¡Qué Dios te perdone el mal que nos has hecho á nosotros y á Ligia!

El tribuno quedó como clavado en el suelo, con la cabeza inclinada y sintiendo el peso de la responsabilidad por el daño causado; pero no atinando en qué Dios pudiera ser aquél que podía perdonarle, ni por qué Pomponia tenía en sus labios la palabra perdón cuando lo natural era que hablase de venganza.

Por fin marchó, desencajado, aturdido por la nube de tristes pensamientos que le oscurecía la inteligencia.

En las puertas y en los vestíbulos del palacio se aglomeraba enorme muchedumbre de personas de calidad ansiosas de conocer el estado de la enferma ó de dar testimonio de interés y solicitud, aunque fuese ante los esclavos imperiales. La noticia se había extendido velozmente por la Ciudad y á cada momento llegaban nuevos grupos de visitantes, entre los que se distinguían no pocos senadores y militares, los cuales se apresuraban á pedir al tribuno noticias, que éste, abstraído en sus pensamientos, no se dignaba dar.

Ya en el arco de ingreso, vió surgir de entre un grupo de augustales la figura de Petronio. Si la conversación con Actea y las palabras de Pomponia no le hubiesen moderado su natural violento, sin duda se habria encendido de nuevo en cólera al topar con su tío; no obstante, se contentó con levantar la mano, haciendo ademán de apartarle para seguir su camino. Mas Petronio le cogió por el brazo y le preguntó:

—¿Cómo está la infantil Augusta?

Esta contrariedad exasperó á Vinicio.

—¡Qué los infiernos se la traguen, y con ella este palacio y cuanto contiene!— exclamó rechinando los dientes.

—¡Calla, desdichado!— dijo Petronio mirando en torno suyo recelosamente. ¿Quieres saber noticias de Ligia?... Vente. ¡No, aquí no te diré nada! Hablaremos en la litera.

Y, poniéndole una mano sobre el hombro, se lo llevó.

En verdad, nada sabía de Ligia; pero sintiendo el peso de la responsabilidad por los acontecimientos que afligian á Vinicio había hecho algunas pesquisas para dar con su paradero.

—He mandado esclavos á todas las puertas de Roma— dijo —dándoles las señas de la muchacha y de Oso que, indudablemente, es el raptor. Si los Aulo quieren ocultarla en una de sus quintas sabremos por qué camino se la han llevado. Si los esclavos no la ven salir será prueba de que permanece en Roma y entonces nuestras investigaciones serán más fáciles.

—Los Aulo no saben donde se halla— respondió Vinicio.

—¿Estás seguro de ello?...

—He visto á Pomponia. La buscan también.

—No creo que haya salido de la Ciudad, porque de noche todas las puertas están cerradas y desde la madrugada tengo dos esclavos en cada una con orden de que, si la ven salir, uno la siga mientras el otro viene á darnos la noticia. Si continúa en la Ciudad pronto la encontraremos porque no es difícil reconocer á Oso por su estatura y sus anchas espaldas. De todas maneras debes dar gracias á los dioses de que no sea *Barbarroja* quien te la ha robado... Tenlo por seguro, pues en el Palatino no hay secretos para mí.

Vinicio, con voz que la emoción ahogaba, refirió á Petronio cuanto le había dicho Actea respecto de los riesgos que amenazaban á Ligia. Luego prorrumpió en recriminaciones. Sin los consejos de Petronio, Ligia estaría en casa de los Aulo, y pudiéndola ver todos los días sería más afortunado que el mismo César. Conmoviase á medida que hablaba y acabó por sentir escaldadas las mejillas por dos lágrimas de pena y de impotente cólera.

II

En cuanto llegaron á casa de Petronio, el *atriense* les manifestó que ninguno de los esclavos enviados á las puertas de Roma había regresado.

—¿Ves?— dijo Petronio.—Indudablemente se hallan todavía en la Ciudad y daremos con ellos; pero no estaría de más que mandarás también á las puertas á tus esclavos, en particular á los que anoche fueron por Ligia, pues la reconocerian más fácilmente.

—Ordené que los llevaran á los ergástulos del campo— dijo Vinicio; —pero voy á dar contraorden.

Escribió algunas palabras sobre una tablilla que Petronio envió á casa de Vinicio y entraron luego en el peristilo, sentándose en un banco de mármol para continuar la conversación. Dos esclavas les pusieron bajo los pies escabeles de bronce y les acercaron una pequeña mesa, escanciándoles vino contenido en preciosas ánforas de cuello estrecho procedentes de Volterra y de Cecina.

—¿No hay entre tus esclavos uno que conozca bien al gigante ligio?—preguntó Petronio.

—Le conocían Gulón y Atacino; pero éste murió en la refriega y á Gulón lo maté yo.

—Lamento el fin de Gulón—exclamó Petronio.—A ambos nos llevó en brazos cuando éramos niños.

—Es cierto... pensaba manumitirlo... ¡Ea! no hablemos más de ello. Volvamos á Ligia. Roma es inmensa como el mar...

—Pero en el mar se pescan perlas... No hay que confiar en hallarla hoy ni mañana; pero no dudes que la encontraremos. Me has reconvenido por haberte dado un mal consejo, sin tener en cuenta que Aulo te había manifestado la intención de trasladarse á Sicilia con todos los suyos y que, por consiguiente, habrían alejado de ti á la muchacha.

—Me hubiera ido tras ellos—contestó Vinicio.—Y, por otro lado, Ligia no correría ningún peligro, mientras que ahora, si la hija del César fallece, Popea creará y hará creer á Nerón que mi amada es la causante de la muerte.

—Es verdad y lo siento. Pero no hay por qué desesperarse: aquella muñeca puede curar. En caso contrario no dejaremos de hallar algún expediente para salirnos del atolladero.

Reflexionó un instante y luego continuó:

—Popea, á lo que parece, profesa la religión judaica y cree en la existencia de los espíritus maléficos. Nerón es supersticioso y no fuera imposible hacerle entender que estos espíritus se llevaron á Ligia. Todos darian fe á esta superchería, tanto más cuanto que no habiendo sido robada por el César ni por Aulo, su desaparición presenta carácter misterioso. No es creíble que un solo esclavo, por más gigante que sea, haya verificado el rapto, ni tampoco que en un día reuniese la gente necesaria para dar tan atrevido golpe.

—Ya sabes que en Roma los esclavos se prestan mútua ayuda.

—Es innegable; pero no en daño de otros esclavos, y en nuestro caso todos debían de tener la convicción de que los tuyos serían severamente castigados por haberse dejado arrebatar la joya cuya guarda les habías confiado. Vaya... si á éstos les insinuás la sospecha de que los espíritus maléficos verificaron el rapto, afirmarán sin vacilar que han visto con sus propios ojos como se llevaban á Ligia por los aires.

Vinicio, como buen romano, era también supersticioso.

—Si el ligio no tuvo cómplices ni ha podido realizar el rapto por sí solo, entonces, ¿quién se la ha llevado?—exclamó, mirando á Petronio con la inquietud pintada en el semblante. Petronio soltó la risa.

—Ya ves—le dijo.—Tú mismo pareces dispuesto á tragar el anzuelo; ¡imagina lo que harán los demás! Todos creerán la patraña; nadie pensará más en Ligia y nosotros podremos ocultarla en alguna quinta lejana, de las tuyas ó de las mias.

—¿Quién crees, pues, que ha protegido la fuga?

—Sus correligionarios.

—Y ¿quiénes son sus correligionarios; qué dioses adora?...

—Es muy cierto que debería saberlo yo mejor que tú.... pero cada mujer, en Roma, rinde culto á distinta divinidad... Es lógico suponer que Pomponia le haya enseñado á adorar la que ella misma adora; pero no atino en cuál pueda ser. Lo que no ignoro es que jamás se la ha visto en nuestros templos ofreciendo sacrificios á los dioses. Fué acusada de ser cristiana; pero el tribunal de familia la absolvió inmediatamente de tan absurda como ridícula acusación. Por otra parte, los cristianos, á lo que se cuenta, adoran una cabeza de asno, son enemigos declarados del género humano y cometen horribles crímenes. Ya comprendes, pues, que es un dislate suponer cristiana á Pomponia: es patente su virtud; además ¿trataría á los esclavos como les trata si fuese enemiga del género humano?

—En ninguna otra casa se les tiene tanta consideración.

—¡Ya ves!... Pomponia me habló de un Dios único, omnipotente y misericordioso. Donde me haya dejado á los demás, es cuenta suya... Pero indudablemente cree en uno que no sería omnipotente si no tuviese más adoradores que á Pomponia y Ligia, con el aditamento de Oso. Sus secuaces deben de ser en mayor número, y ellos son, á buen seguro, los que han realizado el rapto.

—Su doctrina les obliga á perdonar las ofensas—dijo Vinicio.—Al encontrarme con Pomponia en el aposento de Actea, me dijo: «¡Qué Dios te perdone el daño que nos has causado á nosotros y á Ligia!»

—Esto significa que su Dios será un *curator* (1) de muy buena

(1) Administrador, mayordomo ó procurador, persona que tiene algún cuidado ó manejo público ó particular.

pasta... ¡ja, ja, ja!... Que te perdone, pues, y que en testimonio del perdón te devuelva á la chica.

—Si así lo hiciera, con mucho gusto le ofrecería una hecatombe. No tengo ganas de comer, ni de dormir, ni de tomar el baño. Voy á ponerme un manto oscuro y á pasear por la Ciudad.... Tal vez la encuentre... Estoy enfermo.

Petronio le miró compasivamente porque, en efecto, sus ojos, circundados de profundas ojeras, tenían un brillo febril, hallábanse en desorden sus cabellos y en todo su cuerpo se advertía el decaimiento interno y el trastorno pasional.

—Tienes fiebre —le dijo.

—Sí.

El *Arbitro*, que sentía por Vinicio sincero afecto, trató de consolarle con algunos consejos.

—Oye —le dijo:— no sé lo que te prescribirá el médico; pero yo que no soy inexperto en achaques de amor, te recomiendo la distracción y el olvido. Si tanto empeño tienes en casarte, busca otra mujer, que en Roma, ciertamente, no escasean...

Vinicio que apenas le prestaba atención y se estrechaba la frente con las manos, le interrumpió, diciéndole con palabra rápida:

—¡No, no! ¡Déjame en paz! Mil gracias. Vagaré por las calles de la Ciudad, buscándola. Ordena que me den un manto galo con capuchón. Voy al *Transtevere*..... ¡Si al menos hallara á Oso!

Y salió.

Petronio no trató de retenerle; entró en la biblioteca, se sentó á una mesa de mármol rojo y púsose á limar su *Cena de Trimalción*. Mas, preocupado por los sucesos del día, dejó pronto el trabajo y se engolfó en graves reflexiones.

La enfermedad de la hija de Nerón le daba mucho que pensar. «Si el César se obstina en creer que la enfermedad proviene de un sortilegio de Ligia, decía para sus adentros, buena parte de la responsabilidad recaerá sobre mí, por ser causa de que la llevarán al Palatino.»

Sin embargo, no tardó en tranquilizarse, pensando que no le sería difícil destruir la sospecha, aunque no se le ocultaba cuanto tenía que temer de la disimulada inquina de Popea. Desvanecida ya toda sombra de peligro en su mente, entró en el *triclínio* para comer, y después se hizo llevar al Palatino y al Campo de Marte.

Ya muy entrada la noche y estando en su casa, hizo llamar á Tiresias, el esclavo *atriense*.

—¿Hay novedad?— le preguntó.

—Sí, señor: toda la *familia* habla de la fuga de una joven destinada á la casa del noble Vinicio. Después que saliste, la esclava Eunice se me acercó y me dijo que conoce á un sujeto que tal vez podría encontrar á la fugitiva.

—¡Ah!— exclamó Petronio —¿y quién es ese sujeto?

—No lo sé, señor...

—¡Está bien! Que se llame á ese hombre y que espere aquí, y tú ve á rogar de mi parte al tribuno que mañana venga temprano.

El *atriense* hizo una profunda inclinación de cabeza y salió.

III

Petronio estaba acabándose de vestir en el *eleoterio* cuando entró precipitadamente Vinicio. Había enviado éste esclavos á todas las puertas de la Ciudad y á todos los caminos con las señas de Oso y de Ligia y con orden de detenerles en calidad de esclavos fugitivos dondequiera que los hubiesen; había enviado estas mismas señas á los magistrados de las ciudades inmediatas con la súplica de que los prendieran si acaso daban con ellos; había prometido una respetable cantidad como recompensa de su detención; vestido de esclavo había recorrido todas las calles de Roma; mas por ningún lado encontró huellas de los fugitivos y deseaba de que los magistrados se atreviesen á realizar la captura sin orden expresa del Pretor y de que los esclavos, no obstante el premio ofrecido, husmearan el paradero de su amada.

Extingúasele en el corazón toda esperanza, cuando el esclavo Tiresias le dió el recado de Petronio y le notició que se había encontrado á un hombre que probablemente hallaría á los fugitivos.

Voló á casa de su tío y lo mareó á preguntas. Este esperó á que el joven tribuno se calmara, y luego, sonriendo, le dijo:

—En seguida veremos á ese sujeto. Es un antiguo conocido de una de mis esclavas que ahora vendrá á ponerme la toga y nos informará más ampliamente.

pasta... ¡ja, ja, ja!... Que te perdone, pues, y que en testimonio del perdón te devuelva á la chica.

—Si así lo hiciera, con mucho gusto le ofrecería una hecatombe. No tengo ganas de comer, ni de dormir, ni de tomar el baño. Voy á ponerme un manto oscuro y á pasear por la Ciudad.... Tal vez la encuentre... Estoy enfermo.

Petronio le miró compasivamente porque, en efecto, sus ojos, circundados de profundas ojeras, tenían un brillo febril, hallábanse en desorden sus cabellos y en todo su cuerpo se advertía el decaimiento interno y el trastorno pasional.

—Tienes fiebre —le dijo.

—Sí.

El *Arbitro*, que sentía por Vinicio sincero afecto, trató de consolarle con algunos consejos.

—Oye —le dijo:— no sé lo que te prescribirá el médico; pero yo que no soy inexperto en achaques de amor, te recomiendo la distracción y el olvido. Si tanto empeño tienes en casarte, busca otra mujer, que en Roma, ciertamente, no escasean...

Vinicio que apenas le prestaba atención y se estrechaba la frente con las manos, le interrumpió, diciéndole con palabra rápida:

—¡No, no! ¡Déjame en paz! Mil gracias. Vagaré por las calles de la Ciudad, buscándola. Ordena que me den un manto galo con capuchón. Voy al *Transtevere*..... ¡Si al menos hallara á Oso!

Y salió.

Petronio no trató de retenerle; entró en la biblioteca, se sentó á una mesa de mármol rojo y púsose á limar su *Cena de Trimalción*. Mas, preocupado por los sucesos del día, dejó pronto el trabajo y se engolfó en graves reflexiones.

La enfermedad de la hija de Nerón le daba mucho que pensar. «Si el César se obstina en creer que la enfermedad proviene de un sortilegio de Ligia, decía para sus adentros, buena parte de la responsabilidad recaerá sobre mí, por ser causa de que la llevarán al Palatino.»

Sin embargo, no tardó en tranquilizarse, pensando que no le sería difícil destruir la sospecha, aunque no se le ocultaba cuanto tenía que temer de la disimulada inquina de Popea. Desvanecida ya toda sombra de peligro en su mente, entró en el *triclínio* para comer, y después se hizo llevar al Palatino y al Campo de Marte.

Ya muy entrada la noche y estando en su casa, hizo llamar á Tiresias, el esclavo *atriense*.

—¿Hay novedad?— le preguntó.

—Sí, señor: toda la *familia* habla de la fuga de una joven destinada á la casa del noble Vinicio. Después que saliste, la esclava Eunice se me acercó y me dijo que conoce á un sujeto que tal vez podría encontrar á la fugitiva.

—¡Ah!— exclamó Petronio —¿y quién es ese sujeto?

—No lo sé, señor...

—¡Está bien! Que se llame á ese hombre y que espere aquí, y tú ve á rogar de mi parte al tribuno que mañana venga temprano.

El *atriense* hizo una profunda inclinación de cabeza y salió.

III

Petronio estaba acabándose de vestir en el *eleoterio* cuando entró precipitadamente Vinicio. Había enviado éste esclavos á todas las puertas de la Ciudad y á todos los caminos con las señas de Oso y de Ligia y con orden de detenerles en calidad de esclavos fugitivos dondequiera que los hubiesen; había enviado estas mismas señas á los magistrados de las ciudades inmediatas con la súplica de que los prendieran si acaso daban con ellos; había prometido una respetable cantidad como recompensa de su detención; vestido de esclavo había recorrido todas las calles de Roma; mas por ningún lado encontró huellas de los fugitivos y deseaba de que los magistrados se atreviesen á realizar la captura sin orden expresa del Pretor y de que los esclavos, no obstante el premio ofrecido, husmearan el paradero de su amada.

Extingúasele en el corazón toda esperanza, cuando el esclavo Tiresias le dió el recado de Petronio y le notició que se había encontrado á un hombre que probablemente hallaría á los fugitivos.

Voló á casa de su tío y lo mareó á preguntas. Este esperó á que el joven tribuno se calmara, y luego, sonriendo, le dijo:

—En seguida veremos á ese sujeto. Es un antiguo conocido de una de mis esclavas que ahora vendrá á ponerme la toga y nos informará más ampliamente.

En acabando de decir esto entró Eunice, y cogiendo la toga de encima de una silla con adornos de marfil, se la puso á Petronio, inclinándose para dar forma estatuaría á los pliegues.

—Eunice—dijo Petronio;—¿está aquí aquel sujeto de quien hablaste ayer tarde á Tiresias?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Quilón Quilónides, señor.

—¿Y en qué se ocupa?

—Es sabio, médico y adivino. Conoce el destino de todas las personas y predice los acontecimientos.

—Y ¿te ha predicho á ti alguna cosa?

—Sí, señor.

—Bueno; ya sabremos lo que te predijo; ¡vamos ahora con ese sabio!

Petronio y Vinicio pasaron al atrio donde les esperaba Quilón Quilónides, el cual, apenas les vió, inclinóse de manera que le formaba el cuerpo un arco perfecto.

Petronio no pudo menos de sonreirse. Quilón Quilónides tenía una figura estrambótica, repugnante y ridícula á la vez. No era viejo, y, sin embargo, en la barba y en la cabeza sólo le apuntaban, acá y acullá, algunos pelos blancos. Tenía el vientre hundido y encorvadas las espaldas, por lo que aparentaba ser jorobado. Destacábase sobre esta giba una enorme testa con facciones á un tiempo simiescas y zorrunas. La tez amarillenta estaba manchada de pústulas y la nariz, sembrada de pústulas también, ofrecía tonos violáceos, signo evidente de la inclinación de su dueño al vino. Su vestido oscuro, consistente en una túnica de piel de cabra y en un manto astroso, revelaba una gran miseria, real ó fingida.

A Petronio en cuanto le vió, se le vino á las mientes el Tersites de Homero y contestando á la profunda inclinación con un gesto, le dijo:

—Bien venido seas, divino Tersites. ¿Qué tal la giba que te hizo Ulises bajo los muros de Troya? ¿Cómo lo pasa éste en los Campos Eliseos?

—Noble señor—contestó Quilón Quilónides;—Ulises, el más sabio de entre los muertos, envía por mi conducto un saludo á Petronio, el más sabio de entre los vivos, con el ruego de que cubra mi giba con un vestido nuevo.

—¡Por Hécate triforme!—exclamó Petronio.—La respuesta, en verdad, vale un manto.

Impaciente Vinicio, interrumpió el diálogo preguntando á Quilón:

—¿Sabes ya qué comisión se te quiere confiar?

—Cuando las *familias* de dos casas patricias hablan solo de una cosa y medio Roma les hace coro, no es difícil averiguarlo. Anteanoche fué robada una doncella educada en casa de Aulo Plaucio y que tiene por nombre Ligia ó, más propiamente, Calina. Tus esclavos, señor, la llevaban del palacio del César á tu *insula*. Yo me comprometo, señor, á encontrarla si se halla en la Ciudad ó, en el caso improbable de que haya salido de ella, á indicarte, noble tribuno, hacia dónde ha huido y en dónde se esconde.

—¡Bien!—exclamó Vinicio á quien le plugo la precisión de la respuesta.—¿De qué medios dispones?

Quilón sonrió con expresión de malicia:

—Los medios están en tu mano, señor. Yo únicamente poseo el buen sentido.

Petronio sonrió á su vez, satisfecho de haber dado con tan buena alhaja. «Este hombre, pensó, es muy capaz de encontrarla».

Vinicio frunciendo el entrecejo, gritó:

—¡Desgraciado! Si llegas á engañarme para sacarme dinero, te mando azotar hasta que no te quede pellejo.

—Soy filósofo, señor, y un filósofo no puede ser indiferente al lucro, especialmente si está representado por lo que me acaba de ofrecer tu magnanimidad.

—¡Ah! ¿Eres filósofo—preguntó Petronio—Eunice te supone médico y adivino. ¿A qué escuela estás afiliado, sabio excelso?

—Señor, soy cínico porque llevo el manto andrajoso; estoico porque soporto con paciencia la pobreza; peripatético porque, falto de litera, voy á pie de una á otra taberna, enseñando filosofía por el camino á los que se ofrecen á pagarme un vaso de lo tinto.

—Y el vino te transforma en retórico, ¿no es cierto?

—Dice Heráclito: «todo es fluido» y no me negarás, señor, que fluido es el vino.

—Y añade que el fuego es una divinidad, y en tu nariz, sin duda, arde el fuego.

—El divino Diógenes de Apolonia enseñaba que el aire es la misma esencia de las cosas y que cuanto más caliente es el aire más perfectos nacen los seres, y que del más cálido están hechas las almas de los sabios. En Otoño empiezan los frios, y el verdadero sabio debe enardecerse el alma con el vino, porque no me negarás, señor, que un ánfora del vinillo capuano ó telesino da el indispensable calor á todas las fibras del miserable cuerpo humano.

—¿Cuál es tu patria, Quilón Quilónides?

—El Ponto Euxino. Nací en Mesambria.

—¡Eres inmenso, Quilón!

Vinicio, irritado por la calma de Petronio, interrumpió con aspereza el diálogo. La impaciencia le sacaba de tino y daba por perdido todo el tiempo empleado en otra cosa que no fuese el buscar á Ligia.

—¿Cuándo comenzarás tus pesquisas?

—Las he comenzado ya —respondió Quilón.— En este mismo momento, contestando á tus benévolas preguntas, estoy trabajando en ello. Ten confianza en mí, noble tribuno, y no dudes que si perdieses el cordón de tu calzado lograría encontrarlo, como también al hombre que lo hubiese recogido del suelo.

—¿Has realizado otros encargos semejantes? —preguntóle Petronio.

El griego levantó los ojos:

—Hoy —contestó— son tan poco apreciadas la virtud y la sabiduría que hasta el filósofo se ve obligado á apelar á ciertos expedientes para no morir de hambre.

—¿Y cuáles son esos expedientes?

—Saber todo lo que ocurre y ofrecer informes á quien los necesita.

—Y ¿llevas mucho por ellos?

—Mira: me faltan dos dedos en la mano derecha y es preciso que compre un esclavo para escribir mis pensamientos, so pena de que mi sabiduría se pierda en meras palabras que lleva el viento.

—Poco deben de valer tus servicios si hasta hoy no has logrado reunir los fondos necesarios para comprar un amanuense.

—La modestia, señor, no me permite la propia alabanza; pero no olvides que es hoy más rara la virtud que en otros felices días en que las acciones meritorias se pagaban á peso

de oro con el mismo deleite con que uno se engulle una ostra de Puteoli. Son escasos mis merecimientos, es muy cierto; pero no menos escasa es la gratitud humana. Cuando huye un esclavo ¿quién lo encuentra sino el hijo de mi padre? Cuando aparecen en los muros de la Ciudad pasquines injuriosos para Popea ¿quién delata á sus autores? ¿Quién descubre en los estantes de las librerías los versos en que se ultraja al César? ¿Quién proporciona los informes acerca de lo que se habla en las casas de los senadores y de los jefes militares? ¿Quién se encarga de llevar las cartas que no se pueden confiar á los esclavos? ¿Quién husmea lo que se dice y se hace en las barberías? ¿A quién confían sus secretos los taberneros y tahoneros? ¿En quién tienen fe ciega los esclavos? ¿Quién sabe ver á través de las paredes de los edificios y de las cercas de los jardines? ¿Quién conoce al dedillo todas las calles, callejas, callejones y escondrijos de la Ciudad? ¿Quién sabe con precisión cuanto se dice en las Termas, en el Circo, en el Foro, en las escuelas de los *lanistas*, en los mercados de esclavos, en los *arenarios*?...

—¡Basta, basta, oh profundísimo pozo de ciencia! —exclamó Petronio.— ¡Basta, por todos los dioses, ó sino nos ahogaremos en el piélago de tus virtudes, de tus merecimientos, de tu sabiduría y de tu elocuencia! Queríamos saber quién eres y ¡demasiado que lo sabemos!

Vinicio estaba satisfecho, pues no dudaba que un sabueso semejante, una vez puesto en la pista, no la abandonaría hasta dar con la madriguera.

—¡Bien! —le dijo— ¿Necesitas alguna indicación?

—Armas necesito.

—¿Cómo, armas? —preguntó Vinicio asombrado.

El griego extendió la mano izquierda é hizo con la otra ademán de contar moneda.

—¡Achaques de nuestros tiempos!... —balbuceó.

Arrojóle Vinicio una bolsa, y Quilón la cogió diestramente á pesar de faltarle dos dedos. Luego, irguiendo la cabeza, dijo el griego:

—Sé algo más de lo que te figuras, señor. Sé que la muchacha no te fué robada por Aulo Plaucio... He hablado ya con sus esclavos. Sé también que no se halla en el Palatino... Allí todos tienen la atención fija en la enfermedad de la niña. Y no se me oculta la causa de que me encomendéis á mí tan de-

licada misión en vez de confiarla á guardias y á soldados (1). No ignoro que la fuga fué protegida por un esclavo del mismo país á que pertenece la muchacha; que no pudieron prestarle ayuda otros esclavos porque esto hubiera resultado en daño de los tuyos. No cabe, pues, otra hipótesis racional que la de que haya recibido auxilio de sus correligionarios.

— Ya lo oyes, Vinicio. Palabra por palabra lo mismo que te dije yo.

— Es para mí un gran honor... — balbuceó Quilón; y volviéndose á Vinicio prosiguió:

— Sé, además, que la doncella, como la virtuosa Pomponia, adora á una divinidad extranjera; pero no he logrado averiguar cuál sea, ni qué nombre toman sus secuaces. Si consiguiera saberlo, fingiríame ardiente neófito para ganar su confianza. Señor, tú que pasaste algunos días en la casa de Aulo, ¿no podrías instruirme en este punto?

— No — contestó Vinicio.

(1) Además de las legiones que tenía Roma esparcidas por las provincias del Imperio para mantenerlas sumisas, y especialmente en las fronteras con el objeto de contener á los bárbaros, y además de los pretorianos, milicia creada en los últimos tiempos de la República y que Augusto convirtió en guardia del Emperador, con residencia permanente en Italia, contaba con fuerzas especiales para conservar el orden público en la Ciudad. Tales eran las cohortes urbanas, dependientes del prefecto de Roma y encargadas de la vigilancia, verdadero cuerpo intermedio entre las legiones y las cohortes pretorianas, pues servía como de puente para pasar de aquéllas á éstas; los *frumentarii*, á quienes estaba confiada la vigilancia de los otros cuerpos armados; y los *vigiles* que creó Augusto al dividir la Ciudad en catorce distritos para la extinción de incendios, entonces muy frecuentes, y que con el tiempo se convirtieron en guardia nocturna para seguridad de las personas y de las propiedades. Nerón se rodeó de una guardia especial, compuesta de soldados bátavos, que fué sustituida después por los llamados *equites singulares*.

En las traducciones extranjeras que tenemos á la vista, no siempre se determina con exactitud la clase de fuerzas que realizaban tal ó cual acto. Así por ejemplo, al describirse el incendio de Roma, se nombra constantemente á los pretorianos, cuando lo más lógico es que se encargase principalmente á los *vigiles* la tarea de aislar el fuego y que la conservación del orden público fuese confiada asimismo á las cohortes urbanas. Nosotros, para evitar errores, hemos procurado generalizar, usando con frecuencia la palabra *soldados* para designar á los pretorianos y á las cohortes urbanas, y el vocablo *guardias* para expresar las otras fuerzas, en especial los *vigiles*; pues entendemos que, tratándose de una novela y no de una obra científica, es preferible la sencillez á la exactitud meticulosa.

— Pues que tantas preguntas me habéis dirigido, ¡oh excelsos patricios! ¿no consentiríais á vuestro humilde criado que os dirigiera algunas? ¿No observaste, noble tribuno, si Pomponia y Ligia verificaban alguna ceremonia especial de su culto, si tenían alguna imagen, si llevaban algún amuleto ó se entendían con algún signo para los demás indescifrable?

— ¿Signo, dices?... Aguarda... sí... Ligia una vez trazó sobre la arena del jardín un pez.

— ¿Un pez? ¡Ah! ya, ya. Y ¿cuántas veces?

— Una sola.

— ¿Estás bien seguro de que era un pez?

— Sí. ¿Conoces su significado?

— Lo adivino — contestó el griego con aire de satisfacción.

En seguida, saludando con una profunda inclinación de cabeza, añadió:

— ¡Qué la Fortuna os colme de dones, nobles patricios!

— ¡Di que te den un manto! — exclamó Petronio.

— Por tu generosidad, Ulises te da las gracias por boca de Tersites — contestó el griego saludando nuevamente.

— ¿Qué te parece el sabio? — preguntó Petronio en cuanto hubo salido Quilón.

— Creo que hallará á Ligia y que si en algún punto existe un pueblo de pícaros ese es digno de ser su rey

Quilón Quilónides hacia sonar, bajo los pliegues de su manto nuevo, las monedas que la bolsa contenía, caminando pausadamente y volviendo la cabeza de cuando en cuando para asegurarse de que nadie le seguía. Pasó por el Pórtico de Livia y al llegar á la esquina del *Clivus Vibrius* tomó el camino de la Suburra.

— Ante todo hay que remojar el gaznate — decía para sus adentros — y hacer una libación en honor de la Fortuna. Vamos, pues, á la taberna de Esporo... ¡Por fin he dado con lo que hace tanto tiempo buscaba! Es joven, impetuoso, tan liberal como las minas de Chipre, y por esa rapaza es muy capaz de dar la mitad de sus bienes. No obstante, precisa andar con pies de plomo, porque cuando frunce el entrecejo... ¡Ah! esos lobeznos son los que hoy en día gobiernan el universo. Petronio no me da tanto que temer... ¡Oh, dioses inmortales! ¡Qué tiempos estos en que se pagan á más buen precio las bribonadas que la virtud!... ¿Dibujó un pez sobre la arena?... Si sé lo que esto significa que me ahorquen. ¡Pero lo sabré! Los

peces viven en el agua y para mí es mucho más difícil rastrear en el agua que en tierra firme, por lo cual... tendré que pedir un suplemento. Otro bolsón como éste repleto de monedas de oro contantes y sonantes, y me desprendo de las alforjas de la miseria y compro un esclavo... ¡Bravísimo, Quilón, hijo de Quilón!... Eres huérfano de padre y madre; mas en breve tendrás compañía y compañía á la cual podrás sacar el jugo. El noble Vinicio pagará la comida y el vestido... ¡Ay, cuán pesada es esta existencia! ¿Qué se hicieron aquellos tiempos en que por un óbolo se podía uno hartar de habas con grosura de cerdo ú obtener un pedazo de salchicha de cabra no menos largo que el brazo de un muchacho de doce años?... Pero héteme aquí, ya, en la casa de ese ladrón de Esporo. Ningún sitio mejor que una taberna para averiguar algo.

Discurriendo de esta manera entró y pidió un jarro de lo tinto, y advirtiendo una mirada de desconfianza en el tabernero, sacó una moneda de oro y la arrojó encima del mostrador.

— Esporo — le dijo — he trabajado desde la aurora hasta el medio día con mi amigo Séneca y he aquí lo que me ha dado como estrena.

Los ojos redondos de Esporo se redondearon todavía más á la vista de la moneda, y como por encanto apareció el jarro delante de Quilón. Este, con el dedo mojado en vino, trazó sobre la mesa un pez y preguntó:

— ¿Sabes tú lo que esto significa?

— ¿Un pez?... ¡pues significa un pez!

— Tú eres un memo, aunque pongas tanta agua al vino que podría criarse muy bien un pez dentro. Esto es un símbolo que, en el lenguaje filosófico, significa la *sonrisa de la Fortuna*. Si lo hubieses adivinado, ten por cierto que acabarías en gran señor. Honra de otra suerte á la filosofía, pues de lo contrario cambiaré de taberna, conforme me lo aconseja desde hace mucho tiempo mi íntimo amigo Petronio.

IV

En muchos días Quilón no se dejó ver de Vinicio, el cual, desde que le revelara Actea que Ligia le amaba, sentía más ardorosamente el deseo de encontrarla y no se daba punto de

reposo haciendo averiguaciones con los recursos de que disponía, pues en manera alguna quiso impetrar el auxilio del César.

Murió, en tanto, la infantil Augusta. De nada sirvieron los sacrificios á los dioses, las plegarias, los votos, el arte de los médicos, los conjuros de la hechicería, á la que se acudió como recurso extremo. Nerón, que llegó al paroxismo de la alegría cuando aquella vino al mundo, se afligió hasta lo indecible al verla expirar. Estuvo dos días sin probar bocado y, aunque su palacio se hallaba á todas horas invadido por muchedumbre de senadores y augustales que acudían á darle el pésame, no quiso recibir á nadie. El Senado se reunió en sesión extraordinaria y acordó deificar á la difunta y levantarle un templo, consagrandole á su culto una comunidad especial de sacerdotes. En los otros templos se hicieron sacrificios en honor de la *nueva diosa*, se fundió su *vera efigies* en estatuas de metales preciosos y se le consagraron funerales tan espléndidos que constituyeron como un *triunfo*, durante el cual representó el César por modo admirable su papel de padre desconsolado, haciendo tales demostraciones de dolor que la plebe lloró con él, tendiéndole al propio tiempo las manos en espera de liberalidades, y admirando, especialmente, la singularidad del espectáculo.

A Petronio esta muerte le conturbó. Nadie en Roma ignoraba que Popea la atribuía á un sortilegio y lo mismo repetían los médicos para justificar la impotencia de sus esfuerzos, los sacerdotes, cuyos sacrificios habían sido inútiles, los hechiceros, que temían por su vida, y todo el pueblo. Petronio se alegraba de que Ligia hubiese desaparecido. Pero como no quería mal á los Aulo y deseaba su propio bien y el de Vinicio, en cuanto se hubo quitado el ciprés puesto delante del Palatino en señal de luto, asistió á la recepción de los senadores y de los augustales, para tantear el terreno y saber hasta qué punto daba crédito Nerón á las acusaciones contra Ligia y al propio tiempo prevenir, en caso necesario, las posibles consecuencias. Como le conocía á fondo, no dudaba que aparentaría creer en el sortilegio aún cuando ninguna se diese á la acusación; en primer término, para consolarse de la irreparable pérdida; en segundo lugar, para vengarla en la persona de alguien, y, finalmente, para evitar que se pudiese decir que los dioses habían castigado en la hija los crímenes del padre. Y bien sabía que, de todas maneras, exageraría su aficción.

peces viven en el agua y para mí es mucho más difícil rastrear en el agua que en tierra firme, por lo cual... tendré que pedir un suplemento. Otro bolsón como éste repleto de monedas de oro contantes y sonantes, y me desprendo de las alforjas de la miseria y compro un esclavo... ¡Bravísimo, Quilón, hijo de Quilón!... Eres huérfano de padre y madre; mas en breve tendrás compañía y compañía á la cual podrás sacar el jugo. El noble Vinicio pagará la comida y el vestido... ¡Ay, cuán pesada es esta existencia! ¿Qué se hicieron aquellos tiempos en que por un óbolo se podía uno hartar de habas con grosura de cerdo ú obtener un pedazo de salchicha de cabra no menos largo que el brazo de un muchacho de doce años?... Pero héteme aquí, ya, en la casa de ese ladrón de Esporo. Ningún sitio mejor que una taberna para averiguar algo.

Discurriendo de esta manera entró y pidió un jarro de lo tinto, y advirtiendo una mirada de desconfianza en el tabernero, sacó una moneda de oro y la arrojó encima del mostrador.

— Esporo — le dijo — he trabajado desde la aurora hasta el medio día con mi amigo Séneca y he aquí lo que me ha dado como estrena.

Los ojos redondos de Esporo se redondearon todavía más á la vista de la moneda, y como por encanto apareció el jarro delante de Quilón. Este, con el dedo mojado en vino, trazó sobre la mesa un pez y preguntó:

— ¿Sabes tú lo que esto significa?

— ¿Un pez?... ¡pues significa un pez!

— Tú eres un memo, aunque pongas tanta agua al vino que podría criarse muy bien un pez dentro. Esto es un símbolo que, en el lenguaje filosófico, significa la *sonrisa de la Fortuna*. Si lo hubieses adivinado, ten por cierto que acabarías en gran señor. Honra de otra suerte á la filosofía, pues de lo contrario cambiaré de taberna, conforme me lo aconseja desde hace mucho tiempo mi íntimo amigo Petronio.

IV

En muchos días Quilón no se dejó ver de Vinicio, el cual, desde que le revelara Actea que Ligia le amaba, sentía más ardorosamente el deseo de encontrarla y no se daba punto de

reposo haciendo averiguaciones con los recursos de que disponía, pues en manera alguna quiso impetrar el auxilio del César.

Murió, en tanto, la infantil Augusta. De nada sirvieron los sacrificios á los dioses, las plegarias, los votos, el arte de los médicos, los conjuros de la hechicería, á la que se acudió como recurso extremo. Nerón, que llegó al paroxismo de la alegría cuando aquella vino al mundo, se afligió hasta lo indecible al verla expirar. Estuvo dos días sin probar bocado y, aunque su palacio se hallaba á todas horas invadido por muchedumbre de senadores y augustales que acudían á darle el pésame, no quiso recibir á nadie. El Senado se reunió en sesión extraordinaria y acordó deificar á la difunta y levantarle un templo, consagrando á su culto una comunidad especial de sacerdotes. En los otros templos se hicieron sacrificios en honor de la *nueva diosa*, se fundió su *vera efigies* en estatuas de metales preciosos y se le consagraron funerales tan espléndidos que constituyeron como un *triunfo*, durante el cual representó el César por modo admirable su papel de padre desconsolado, haciendo tales demostraciones de dolor que la plebe lloró con él, tendiéndole al propio tiempo las manos en espera de liberalidades, y admirando, especialmente, la singularidad del espectáculo.

A Petronio esta muerte le conturbó. Nadie en Roma ignoraba que Popea la atribuía á un sortilegio y lo mismo repetían los médicos para justificar la impotencia de sus esfuerzos, los sacerdotes, cuyos sacrificios habían sido inútiles, los hechiceros, que temían por su vida, y todo el pueblo. Petronio se alegraba de que Ligia hubiese desaparecido. Pero como no quería mal á los Aulo y deseaba su propio bien y el de Vinicio, en cuanto se hubo quitado el ciprés puesto delante del Palatino en señal de luto, asistió á la recepción de los senadores y de los augustales, para tantear el terreno y saber hasta qué punto daba crédito Nerón á las acusaciones contra Ligia y al propio tiempo prevenir, en caso necesario, las posibles consecuencias. Como le conocía á fondo, no dudaba que aparentaría creer en el sortilegio aún cuando ninguna se diese á la acusación; en primer término, para consolarse de la irreparable pérdida; en segundo lugar, para vengarla en la persona de alguien, y, finalmente, para evitar que se pudiese decir que los dioses habían castigado en la hija los crímenes del padre. Y bien sabía que, de todas maneras, exageraría su aficción.

No se engañó Petronio. Con los ojos fijos en un punto del espacio, escuchaba el César las palabras de consuelo que le dirigían los augustales y los senadores. Era evidente que, si por acaso sufría, se preocupaba más de la impresión causada sobre los espectadores que de su propio dolor. Estatua viviente de Niobe, interpretaba el desconsuelo paternal como un histrión en la escena. No supo mantenerse por mucho tiempo en esta inmovilidad taciturna y de pronto se puso á gesticular, haciendo ademán de arrojarse puñados de ceniza sobre la cabeza y gimiendo sordamente. En cuanto vió á Petronio, dió un salto y gritó con voz trágica:

— ¡Eheu!... tú también eres causante de su muerte. Gracias á tus consejos penetró en esta casa el espíritu maléfico que segó en flor la vida de mi idolatrada hija... ¡Desgraciado de mí! Más valiera que mis ojos no hubiesen visto jamás la luz de Helios (1). ¡Desdichado de mí!... ¡Eheu! ¡Eheu!...

Levantando por grados la voz, acabó por dar estridentes gritos. Petronio, comprendiendo el peligro inminente que corría, determinó en un instante jugarse el todo por el todo y, alargando la mano, arrancó del cuello de Nerón el pañuelo de seda que siempre llevaba y le tapó con él la boca.

— ¡Señor! — exclamó — ¡Arda Roma, el universo entero, con tu dolor; pero consérvese tu voz!

Los circunstantes quedaron aterrados y el mismo Nerón no pudo disimular el asombro que le causó la audacia de Petronio. Pero éste sabía bien lo que se hacía, pues no ignoraba la ordenada á Terpnos y á Diodoro de tapar la boca al César en cuanto, por elevar demasiado la voz, pusiera en peligro la garganta.

— ¡César! — añadió en tono melancólico — ya que tan terrible pérdida nos ha herido en medio del corazón, ¡quédenos al menos como consuelo esta fuente de purísimos goces!...

Ligero temblor agitó el semblante de Nerón, cuyos ojos se convirtieron en abundantes fuentes de lágrimas. Luego apoyó las manos en los brazos de Petronio, dejó descansar la cabeza sobre su pecho y exclamó, gimoteando:

— ¡Sólo tú, sólo tú has pensado en esto!... ¡sólo tú, Petronio! ¡sólo tú!

La envidia puso livido el rostro de Tigelino. Petronio, ya dueño de la situación, continuó:

(1) El Sol.

— ¡Parte para Ancio! Allí vino al mundo, y allí, donde tu corazón rebosó de alegría, debes buscar consuelo á tus pesares. El aire del mar vigorizará tu garganta divina y las salobres brisas ensancharán tus pulmones. Nosotros, tus fieles servidores, te seguiremos, esforzándonos en mitigar tu aflicción con los desvelos de la amistad, y aliviarás tú la nuestra con tus cantos.

— ¡Si! — dijo Nerón, con voz plañidera — ¡y allí escribiré un himno en su honor y compondré yo mismo la música!

— Y en seguida irás á Bahía, cuyo sol te confortará..., y luego á buscar el olvido en Grecia.

La tristeza se fué disipando, como se disipan las nubes que por un momento velan la luz del sol. Se habló, sin dejar el tono melancólico, de viajes, de bellas artes y de las fiestas que habrían de celebrarse con motivo de la anunciada visita de Tiridates, rey de Armenia. Tigelino intentó renovar en el ánimo de Nerón la sospecha del sortilegio; mas Petronio, teniendo por segura la victoria, aceptó la batalla sin titubear.

— Tigelino — dijo — ¿crees tú que los dioses son accesibles á los efectos de la hechicería?

— El mismo César lo afirma — contestó el interpelado.

— Por boca del César hablaba el dolor... Pero ¿qué opinas tú?

— Entiendo que los dioses, por su inmenso poder, están inmunes á la influencia de los hechizos.

— Entonces ¿niegas la divinidad del César y de su familia?

— ¡*Peractum est!* — murmuró Eprío Marcelo, que estaba de pie al lado de Petronio, repitiendo la exclamación de que se valía el pueblo para denotar que un gladiador vencido en las luchas del Circo no necesitaba ser rematado.

Tigelino se mordió los labios. De antiguo, existía ostensible rivalidad entre él y Petronio, y, con respecto al favor del César, le llevaba una ventaja y era que su presencia no imponía á éste circunspección alguna. Mas Petronio, cuando se encontraban frente á frente, solía derrotarle con las certeras estocadas de su ingenio y la sutileza de sus razonamientos. Callóse también esta vez, como otras muchas, Tigelino; mas no dejó de observar, procurando retener sus nombres, qué senadores y augustales rodeaban á Petronio cuando éste se retiró á uno de los ángulos de la estancia.

Al abandonar el Palatino, Petronio se dirigió á casa de Vinicio y, después de haberle relatado lo acontecido, agregó:

—De esta manera, no solamente he salvado de un peligro inminente á Aulo Plaucio y á Pomponia, sino que he conseguido nuestra propia salvación y la de la misma Ligia. He persuadido, como te digo, á *Barbarroja* de que debe partir para Ancio y de allí trasladarse á Nápoles y á Bahía. Escuso decirte que, después de esto, ya no se acordará más de nuestra fugitiva... Estoy bien seguro de que emprenderá este viaje, porque arde en deseos de exhibirse en el teatro de Nápoles, cosa á que no se ha atrevido en Roma. Sueña, además, en un viaje á Grecia, en cuyas principales ciudades quiere cantar, para volver luego á Roma triunfalmente, agobiado bajo el peso de las coronas. Durante este tiempo podremos buscar á Ligia con entera libertad y, si damos con ella, ponerla en lugar seguro... Y de nuestro egregio filósofo ¿qué sabes?

—Tu egregio filósofo es un granuja. No se le ha vuelto á ver el pelo, ni creo que se lo volvamos á ver.

—Tengo más favorable opinión, si no de su probidad, al menos de su astucia. Ha logrado sangrar tu bolsa una vez y no dudes que intentará sangrarla otras.

—¿Pues que cuida de que no le sangre yo á él!

—No lo hagas. Ten calma hasta que te convenzas de su falsedad. No le des más dinero y prométele una extraordinaria recompensa para cuando te traiga noticias ciertas. Por tu parte, ¿no has hecho indagaciones?

—Mis dos libertos Ninfidio y Demas, con sesenta hombres, la buscan. He prometido la libertad al esclavo que logre hallarla. Además, he enviado correos á todos los caminos para que pregunten á los mesoneros si han visto pasar á Ligia y Osó. Yo mismo exploro noche y día las calles de la Ciudad.

—Si averiguas algo, participámelo en seguida. Entre tanto voy á hacer mis preparativos para el viaje á Ancio.

Vinicio media la estancia á grandes pasos. Petronio, después de contemplarle un rato, exclamó:

—Dime con franqueza, sin montar en cólera, como un hombre razonable que contesta escuetamente á la pregunta de un amigo: ¿Amas á Ligia tanto como al principio?

Vinicio se paró en seco, miró á su interlocutor como si no le hubiese visto en su vida, y luego reanudó el paseo por el aposento. Era evidente que se esforzaba en reprimirse. Por fin, el sentimiento de la propia impotencia, los remordimientos, la ira y una invencible tristeza le hicieron asomar á los ojos dos

lágrimas, que impresionaron á Petronio más que un elocuente discurso.

En el momento en que se despedían, anunció un esclavo á Quilón Quilónides.

—¿Qué te dije yo?... Mas ¡por Hércules! conserva la sangre fría, pues de lo contrario este hombre te gobernará á su antojo.

—¡Salud y toda suerte de bienandanzas al noble tribuno militar, y á ti también, señor!—dijo Quilón entrando.—¡Que vuestra dicha iguale á vuestra gloria, y que ésta se extienda por todo el haz de la tierra, desde las columnas de Hércules á las fronteras de los Arsácidas!

—¡Bien venido sea el faro de la virtud y de la sabiduría!—contestó Petronio.

Vinicio, con fingida calma, preguntó:

—¿Qué nos traes?

—La primera vez te traje sólo la esperanza, hoy te traigo la certidumbre de que encontraremos á la muchacha.

—¿De manera que no la has encontrado todavía?

—No, honorable señor; pero he descubierto el significado de la figura trazada por Ligia sobre la arena. Sé quien la ha robado y sé entre qué gentes hay que buscarla.

Vinicio estuvo á punto de saltar del asiento; pero Petronio le retuvo poniéndole la mano sobre el hombro y dijo á Quilón:

—Prosigue.

—¿Estás bien seguro, señor, de que la muchacha dibujó un pez?

—Seguro,—contestó Vinicio.

—Pues bien; es cristiana y los cristianos la robaron.

Siguió á estas palabras profundo silencio.

—Oye, Quilón—dijo al fin Petronio:—mi sobrino te promete una cuantiosa suma si llegas á indicarle el punto en donde se halla oculta la doncella; pero te destina una no menos cuantiosa suma de azotes si le engañas. En el primer caso podrás comprarte, no uno, sino tres amanuenses. En el segundo, toda la filosofía de los siete sabios unida á la tuya no te bastará para cataplasmas.

—La muchacha—repitió el griego—es cristiana.

—Piénsalo bien, Quilón. Tú no eres imbécil. No ignoramos que Julia Silviana y Calvia Crispinilla acusaron á Pompo-

nia Grecina de profesar las supersticiones cristianas; mas también sabemos que el tribunal de familia la absolvió por falta de pruebas. ¿Pretendes tú, ahora, renovar la acusación? ¿Quieres persuadirnos de que Pomponia y Ligia pertenecen á la secta de los enemigos del género humano; de los que envenenan fuentes y pozos, de los que adoran una cabeza de asno, de los que inmolan criaturas, de los que se entregan al más desenfrenado libertinaje? Piénsalo bien, Quilón... porque es muy posible que esta tesis, que con tanto aplomó nos enuncia, se te convierta en *antítesis* sobre las espaldas.

Quilón abrió los brazos é inclinó la cabeza, como para expresar el sentimiento de no ser creído.

— Señor — replicó; — pronuncia en griego estas palabras: *Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Salvador.*

— ¡Perfectamente!... Están pronunciadas... ¿y qué?

— Pues forma con sus iniciales un nuevo vocablo (1).

— ¡Pez! — exclamó Petronio con asombro.

— Este es el emblema de los cristianos — concluyó el griego muy poseído de su penetración.

El argumento era tan decisivo que Petronio y Vinicio no supieron que contestar.

— Y de esto infiero — añadió — que la doncella es cristiana.

— ¿Con qué Pomponia y Ligia envenenan fuentes y pozos, degüellan niños y se entregan al libertinaje? ¡Ea, basta! Tú, Vinicio, has permanecido algunos días en su casa; yo, en realidad, sólo he pasado por ella; pero conozco demasiado á Aulo y á Pomponia y aún á la misma Ligia para poder asegurar que cuanto dice este hombre es absurdo y vil calumnia... Y si por acaso el pez fuese emblema cristiano, y, por consiguiente, profesarán esta religión Ligia y Pomponia, entonces... ¡por Proserpina! los cristianos son gente muy distinta de lo que suponemos.

— Hablas como Sócrates, señor — observó Quilón. — ¿Quién ha hecho indagaciones para saber qué son los cristianos; quién ha estudiado su doctrina? Cuando me vine de Nápoles á Roma, hace tres años, topé en el camino con un médico llamado Glauco, que era cristiano, y, no obstante (tengo de ello la plena convicción), era hombre honrado y virtuoso.

— Y ¿es Glauco quien te ha explicado el simbolo?

(1) *Ιησους Χριστος Θεου υιος Σωτηρ* cuyas iniciales forman: ΙΧΘΥΣ.

— Desgraciadamente, señor, aconteció que, estando en una hosteria, acuchillaron al venerable anciano, y unos mercaderes se llevaron á su mujer y á su hijo en calidad de esclavos. Por lo que á mi respecta, perdi estos dos dedos defendiendo á aquellos infelices. Pero si es cierto que los cristianos hacen milagros, como se asegura, espero que me serán repuestos.

— ¡Cómo! ¿Eres tú también cristiano?...

— ¡Desde ayer, señor, desde ayer!... El signo ha obrado la conversión... ¡asómbrate de su poder! Dentro de pocos días me habré convertido en celoso neófito, y, naturalmente, los correigionarios me iniciarán en todos sus secretos y me dirán donde se oculta la doncella. Confío en que el fervor cristiano me será mejor recompensado que la filosofía. He prometido sacrificar á Mercurio, si me auxilia en mis indagaciones, dos terneras con los cuernos dorados.

— Pero, tu flamante cristianismo y tu filosofía, ¿no te impiden creer en Mercurio?...

— Yo creo siempre en lo que me conviene creer, y ésta es la base de mi sistema filosófico que, en su consecuencia, debe de ser muy del agrado de Mercurio. Pero bien sabéis, nobles señores, cuán desconfiado es este dios. No tiene fe en las promesas, siquier sean las de un integérrimo filósofo, y preferirá, sin duda, recibir las dos terneras por adelantado, lo cual, como comprenderéis, representa un gasto enorme. Y como yo no soy un Séneca, ni mucho menos, en modo alguno podría hacer esta liberalidad si tú, noble Vinicio, no te dignases darme un piquillo á cuenta.

— ¡Ni un óbolo, Quilón! — dijo Petronio —; ni un óbolo! La generosidad de Vinicio excederá á tus esperanzas en cuanto nos descubras el refugio de la doncella. Entre tanto, procura que Mercurio te abra crédito por las dos becerras; si bien, dada su perspicacia, no me sorprenderá que no te fie.

— Atendedme, nobles señores. No me negaréis que mi descubrimiento es de excepcional importancia. Es cierto que no he encontrado á la muchacha; pero no lo es menos que he dado con la pista. Habéis enviado libertos y esclavos á explorar la Ciudad y á recorrer los caminos. ¿Os ha proporcionado alguno de ellos el menor indicio? No. Únicamente el hijo de mi padre os ha suministrado noticias de algún valor. Más os diré: es posible que haya cristianos entre vuestros esclavos, porque esta superstición se ha extendido más de lo que podéis imaginaros. Y

estos esclavos, lejos de servirlos de auxiliares, os harán traición. Hasta conviene, para asegurar el golpe, que no me vean con frecuencia en esta casa y que hagáis correr la voz de que el objeto de mis visitas es venderte, á ti, Vinicio, un unguento gracias al cual tus caballos alcanzarán la victoria en las luchas del Circo. Me he comprometido á buscar, yo solo, á los fugitivos, y sin ayuda de nadie los encontraré; confiad en mí y tened por seguro que todo anticipo me servirá de estímulo. ¡Ah, si! Como filósofo desprecio el dinero, por más que no lo desprecien Séneca, Musonio ni Cornuto, los cuales, ciertamente, no han perdido ningún dedo en defensa del prójimo, y pueden, por tanto, escribir sus pensamientos y legar un nombre á la posteridad. Pero además del esclavo que deseo comprar y de las dos terneras que he prometido á Mercurio (y bien sabéis, señores, cómo ha encaecido el ganado), las indagaciones exigen gastos considerables... ¡Os ruego que me atendáis un instante más!... De tanto andar, durante estos días, me he llagado los pies. Para hablar con toda clase de gente he tenido que meterme en las tabernas, en las tahonas, en las carnicerías, en los tenduchos de los vendedores de frutas y de pescado; he recorrido todas las calles y callejones; me he aventurado en las madrigueras de los esclavos fugitivos; he jugado á la morra y he perdido más de cien ases; he departido con hosteleros, lavanderas, trajineros, escultores, dentistas, confeccionadores de pomadas y vendedores de higos pasos. Y, finalmente, he pasado muchas horas en los cementerios. Y ¿sabéis por qué tanto trajín? Para trazar un pez delante de mis interlocutores y ver si comprendían su significado. Pero todos se quedaban tan frescos y nada pude advertir en mucho tiempo. Por último, encontré á un viejo esclavo que, sacando agua de una fuente, lloraba. Me acerqué al afligido y le pregunté cuál era la causa de su llanto. Nos sentamos en las gradas de la fuente, y me dijo que, sextercio á sextercio, había ahorrado la suma necesaria para comprar la libertad de un hijo único, en quien adoraba, y que su amo, un tal Pansa, habiéndole hallado el dinero, se quedó con él y conservó á su hijo como esclavo. Esta es la causa, añadió el anciano, de mi llanto, pues aunque no me cansé de repetir: «hágase la voluntad de Dios» no puedo, misero pecador, contener las lágrimas. Tuve entonces como un presentimiento; con el dedo humedecido en el agua del cubo tracé un pez sobre el peldaño en que estábamos sentados; apenas hube terminado el diseño,

me dijo el buen hombre: «Si, en Cristo he puesto toda mi esperanza.» Le pregunté: «¿Me has reconocido por este signo?», á lo que contestó: «Si; la paz sea contigo.» No me fué ya difícil sonsacar al pobre hombre. Su amo, Pansa, es un liberto del otro Pansa, el patricio ilustre, y se ocupa en transportar piedras á Roma, por el Tiber. Sus esclavos y multitud de plebeyos que trabajan á jornal descargan las piedras de las barcazas y de noche las llevan á los edificios en construcción. Entre ellos hay muchos cristianos y lo es también el hijo de aquel viejo, el cual, en acabando su relato, se echó de nuevo á llorar y yo mezclé con las suyas mis lágrimas, lo que no me costó gran trabajo porque tengo buen corazón y, además, me dolían las llagas de los pies. Dijele en seguida que, habiendo llegado de Nápoles pocos días antes, no conocía á ningún correligionario, y hasta ignoraba el punto en que se reunían para orar. Quedóse mi hombre asombrado de que los cristianos de aquella Ciudad no me hubiesen dado cartas de presentación para sus hermanos de Roma y me citó, para la noche, en las orillas del río, asegurándome que me haría conocer á algunos correligionarios; que me acompañaría á las casas donde rezan y que me presentaría á los ancianos que dirigen la comunidad. Fué tanto mi alborozo al oír estas palabras que le entregué la suma necesaria para comprar á su hijo, confiado en que la generosidad de Vinicio me la reembolsaría por partida doble...

Petronio le interrumpió diciendo:

— Quilón: en tu relato la mentira, como el aceite en el agua, flota sobre la verdad. Tengo por indudable que hemos dado un gran paso para el hallazgo de la fugitiva. Pero son escusadas tus marrullerías. ¿Cómo se llama el viejo por medio del cual has descubierto el significado del símbolo cristiano?

— Euricio, señor. ¡Pobre viejo! Me hizo acordar del infeliz Glauco á quien defendi contra los bandoleros, y esto, especialmente, me predispuso en su favor.

— No dudo que has trabado amistad con ese hombre y que de ella sabrás sacar provecho; mas tengo por seguro que no le diste un as. ¿Oyes? ¡Ni un as!

— Le ayudé, empero, á sacar el agua y le hablé de su hijo con la más grande conmiseración. Es muy cierto, señor (no lo he de negar, ya que nada escapa á tu perspicacia) que no le he dado dinero; mejor dicho, se lo di; pero mentalmente, en intención... lo que le bastara si fuese un verdadero filósofo...

y se lo di por estimar tal largueza como indispensable y útil. Observa, señor, cuántas simpatías me captará entre sus correligionarios este acto de liberalidad, y cuánta confianza pondrán todos en mí después de haberlo realizado.

—Es cierto— replicó Petronio;— debiste obrar de tal suerte,

—A eso vengo precisamente; á que me proporcionéis los medios.

Petronio se volvió á Vinicio y le dijo:

— Hazle entregar cinco mil sextercios, pero sólo en intención... mentalmente.

Vinicio contestó, dirigiéndose al griego:

— Te haré acompañar por uno de mis servidores que llevará consigo la suma necesaria; dirás á Euricio que es tu esclavo y le entregarás en su presencia el dinero. No obstante, como me has traído una noticia importante, te será dada una suma igual. Vuelve esta tarde por el esclavo y por el dinero.

— ¡Eres un verdadero César! — exclamó Quilón. — Te ruego, señor, que me permitas dedicarte el libro que estoy preparando... y que me consentas también venir esta tarde á retirar el dinero que me ofreces, porque en cuanto á Euricio no podré verle hoy, pues me ha dicho que se habían descargado ya todas las barcazas y que hasta dentro de algunos días no saldrían otras de Ostia. *¡Pax vobiscum!* Este es el saludo de los cristianos... ¡Compraré un esclavo!... Los peces se cogen con anzuelos y los cristianos con peces. *¡Pax vobiscum, pax, pax, pax!*

V

De Petronio á Vinicio:

«Te envío esta carta por un esclavo de confianza y espero que, cuanto antes, me llegará tu respuesta por el mismo mensajero, aunque tu mano esté más avezada al manejo de la lanza y de la espada que al del estilo. Te dejé en camino de lograr tu objeto y supongo que habrás ya satisfecho tus deseos.

«Por si acaso tuvieses curiosidad de saber lo que ocurre en la corte del César, te escribiré á menudo. Ahora nos hallamos en Ancio, cuidando nuestra voz divina. Continúa hostigándonos el implacable odio á Roma y pasaremos el invierno en Bahía

con ánimo de exhibirnos en el teatro de Nápoles, pues los napolitanos, por ser griegos, pueden apreciar mejor el mérito de nuestro canto que los lobeznos de las riberas del Tiber. La gente acudirá en tropel á oírnos desde Bahía, Pompeya, Puteoli, Cumas y Estabia, y las tempestades de aplausos y los montones de coronas nos animarán á emprender el proyectado viaje á Acaya.

«¿Si nos acordamos de la niña Augusta? Si; la lloramos todavía y cantamos en su honor himnos compuestos por nuestra propia mano, tan bellos, que las sirenas, pálidas de envidia, se han ocultado en lo más profundo de los abismos de Anfitrite. Pero, á buen seguro, nos escucharían con gusto los delfines si los mugidos del mar les consintieran tanta dicha. Nuestra aficción subsiste aún y la exhibimos en todas las actitudes no reñidas con las exigencias del arte estatuario. ¡Ah, querido amigo mío! Necesariamente hemos de parar en histriones.

«Están aquí todos los augustales y también todas las augustanas, con el aditamento de quinientas burras cuya leche sirve para bañarse Popea. Tenemos, además, diez mil servidores. El infeliz Torcuato Silano es ya más una sombra que un ser vivo. Está decretada su muerte por el nefando delito de ser biznieto del divino Augusto.

«Esperábamos, como sabes, á Tiridates; pero hete aquí que Vologeso nos ha escrito una carta injuriosa, puesto que en ella nos dice que, habiendo conquistado la Armenia con sus propias fuerzas, cree justo que se la cedamos, para regalarla al susodicho Tiridates; á lo cual añade que si no se la cedemos de buen grado se la quedará por la fuerza. ¡Háse visto insolencia! ¡Nada que hemos decidido declararle la guerra! A Corbulón se le concederán los mismos poderes discrecionales de que se invistió á Pompeyo el Grande durante las luchas contra los piratas. *Barbarroja* ha vacilado un momento antes de tomar esta resolución, porque teme la popularidad que el triunfo puede dar á aquel caudillo. Poco ha faltado para que confiáramos el mando de las legiones á Anlo. Popea no lo ha consentido... A esta mujer se le ha atragantado la virtud de Pomponia.

«Vatinio nos prepara combates extraordinarios de gladiadores en Benevento. Observa en lo que vienen á parar los zapateros en nuestros días, no obstante lo que dice el proverbio: *Sutor ne supra crepidam*. Vitelio es vástago de zapateros y de

un zapatero hijo Vatinio, y aun es muy posible que éste, en sus mocedades, haya empuñado también la lezna.

«Pistrión representó ayer admirablemente el *Edipo*. Como es hebreo, le pregunté si cristianos y judíos son una misma cosa, á lo que me contestó que la religión judaica ha existido siempre, mientras que los cristianos constituyen una nueva secta que ha tenido su origen en Judea. Imperando Tiberio, crucificóse allí á un hombre cuyos sectarios, que aumentan de día en día, creen á pie juntillas que el crucificado es un dios. Parece que no quieren admitir la existencia de otros dioses, en especial la de los nuestros. No se me alcanza en qué podría esto perjudicarles.

«Tigelino no me disimula su enemiga. No es hombre para medir sus fuerzas conmigo; pero, sin disputa, me lleva la ventaja de tener más apego á la vida y de ser mas canalla, cualidad esta última que le hace persona grata á los ojos de *Barbarroja*. Más pronto ó más tarde entrambos se pondrán de acuerdo, y entonces mi caída será inevitable. Es preciso, pues, gozar de la vida, la cual, en verdad, no sería carga muy pesada si no gobernara el mundo este mico que llega á despertar el odio á la propia existencia. A veces me imagino que soy un Quilón, adulador y bufonesco. A propósito de Quilón: cuando no lo necesites envíamelo, pues me ha caído en gracia su agudeza. Saluda á tu divina cristiana y dame noticias de tu salud—Vale».

De Vinicio á Petronio:

«¡No he encontrado á Ligia todavía! Si no me fortaleciese la esperanza, no recibirías esta respuesta, porque faltan los deseos de escribir cuando causa enojos la vida.

«Quise cerciorarme de que Quilón no me engañaba y la noche en que vino por el dinero que había de entregar á Euricio le seguí, envuelto en un manto. Llegados á la ribera del río el filósofo y el muchacho por quien le hice acompañar con la bolsa, observé oculto detrás de una columna. El griego se acercó á un viejo que, junto con otros hombres, descargaba piedras de una barcaza, y un instante después el anciano caía de hinojos y los demás hombres se agrupaban á su alrededor dando gritos de júbilo. El muchacho entregó á Euricio la bolsa. Este la tomó, y, levantando los ojos al cielo, se puso á orar; otro esclavo, sin duda su hijo, se arrodilló también á su lado,

mirando al cielo y moviendo los labios. Quilón dijo algo que no me fué posible entender é hizo en el aire la señal de la cruz, que debe de ser sagrada para ellos, puesto que todos se arrodillaron. Yo sentía tentaciones de salir de mi escondite y plantarme en medio del grupo para ofrecer tres bolsas llenas de oro á quien me revelara el sitio en que Ligia se oculta; me hizo desistir, sin embargo, el temor de echar á perder, con una imprudencia, lo ganado.

«Ocurrió esto unos doce días después de haber emprendido tú el viaje á Ancio. De entonces acá Quilón ha venido á verme muchas veces. Asegura que ha adquirido entre los cristianos gran predicamento y que el no haber encontrado todavía á Ligia se debe á que son muy numerosos en Roma, por lo cual muchos ni se conocen siquiera y menos pueden saber lo que acontece en la comunidad; lo que se explica todavía más si se tiene en cuenta que, por punto general, son muy prudentes y poco expansivos. Pero al mismo tiempo afirma que en cuanto haya trabado amistad con los ancianos, á quienes llaman presbíteros, sabrá cuanto se le antoje. Conoce ya á algunos; mas el temor de infundirles sospechas le ha movido á mantenerse á la expectativa y á no dirigirles ciertas preguntas. Por más que la espera es angustiosa y no me sobra la paciencia, me hago cargo de sus razones y espero.

«Ha descubierto, además, que para orar en común los cristianos se reúnen en sitios determinados, extramuros, en casas abandonadas y aún en los *arenarios*. En tales lugares, que son muy numerosos, adoran á Cristo y cantan himnos. Supone Quilón que Ligia asiste únicamente á los sitios á que no va Pompeia, con el objeto de que ésta pueda jurar sin falsedad, en caso de interrogarla, que ignora su refugio. Es posible que los mismos presbíteros hayan aconsejado á Ligia esta conducta. Cuando Quilón conozca todos los lugares en que los cristianos se reúnen yo le acompañaré, y te juro que si los dioses me otorgan el don de encontrarla no se escapará de mis manos.

«La impaciencia me atormenta. Quilón no permite que le siga, temiendo que le comprometa. Los cristianos se reúnen de noche; pero te aseguro que conoceré á mi Ligia aun cuando vaya disfrazada, cubra su rostro con un velo y esté á oscuras el lugar donde se halle, pues su voz ó sus ademanes la delatarán.

«Mañana volverá Quilón y tal vez saldremos juntos. Iremos armados. Han regresado algunos de los esclavos que envié á

recorrer los caminos; no han hallado rastro de los fugitivos. Tengo la convicción de que se halla en la Ciudad y no lejos de mí. He explorado muchas casas so pretexto de alquilarlas ¡Qué miseria hay en algunas! Sin duda estará mejor conmigo que en esas casucas. Cuando haya recorrido todas las de la Ciudad exploraré las de extramuros. Cada mañana me levanto con la esperanza de encontrarla. Si ésta me llegase á faltar, moriría... por más que ya me voy muriendo de pena y que es para mí suplicio insoportable esperar á Quilón, inactivo, en casa. —Vale».

VI

El griego no se dejó ver de Vinicio en mucho tiempo. En vano trataba éste de convencerse de que, para asegurar el golpe, era preciso proceder con lentitud. Su naturaleza impetuosa se rebelaba contra la voz de la razón. Estarse quieto, esperar con los brazos cruzados, eran cosas contrarias á su carácter. Recorrer las calles cubierto con un manto de esclavo á nada conducía ya. Sus libertos, todos hombres astutos, á quienes había ordenado que hicieran indagaciones, se mostraban en este asunto cien veces menos perspicaces que Quilón. Y á medida que, á causa de las contrariedades, su amor á Ligia iba creciendo, se consolidaba también en su alma la obstinación del jugador que quiere ganar á todo trance. No era esta testarudez nueva en él; espoleados todos sus deseos por la pasión, apenas comprendía que una empresa pudiera fracasar ó que fuese preciso desistir alguna vez de llevarla á cabo. La disciplina militar había refrenado algo su natural violento; pero al mismo tiempo le acostumbró á ser obedecido ciegamente por sus inferiores y á considerar su voluntad como omnimoda. Por esta razón, la huida de Ligia le sacó de quicio, y, si unas veces se sobreponía en su corazón el amor á la ira y deseaba poseer á la doncella para contemplarse en sus ojos, otras vencía la cólera al amor, imaginando suplicios tremendos para vengarse de lo que consideraba punible acto de desobediencia. Estos pensamientos le torturaban, y las conjeturas acerca de la conducta de Quilón agravábanle el malestar en términos que no comía ni dormía, enflaqueciendo rápidamente y perdiendo hasta la belle-

za física. Por cualquier falta imponía crueles castigos á los esclavos; los mismos libertos se le acercaban temblando, y como todos acabaron por odiarle, se encontró aislado, y el aislamiento le enfureció aún más y le llevó á extremar los suplicios. Solamente Quilón escapaba á los efectos de su cólera. El muy taimado supo aprovecharse de la situación y gobernaba al patricio á su antojo. Al principio aseguraba que el hallazgo de la muchacha era cosa fácil; mas en cuanto se convenció de su predominio, se volvió exigente, expuso por modo llano y escueto las dificultades de la empresa é inventó otras para ponderar el propio valer.

Tras larga ausencia pareció al fin, mas con el rostro tan desencajado, que Vinicio, al verle, se puso blanco como la cera y corriendo á su encuentro le dijo:

—¿No está entre los cristianos?...

—Si, está — contestó Quilón; — pero también he hallado entre ellos á Glauco.

— Y ¿quién es Glauco?

— Se ve, señor, que no te acuerdas ya de aquel desgraciado anciano con quien vine de Nápoles á Roma y en defensa del cual perdí los dedos que en esta mano me faltan. Los facinerosos le robaron á su mujer y á su hijo, después de haberle acuchillado, dejándole moribundo en una hostería. Le he llorado mucho tiempo; pero héte aquí que, de improviso, descubro que está vivo y que pertenece á la comunidad cristiana de Roma.

Vinicio no alcanzaba á comprender la trascendencia de las palabras del griego; pero presintió que el tal Glauco constituiría un nuevo obstáculo para el hallazgo de Ligia. Dominando, no obstante, la ira que le ardía en el pecho, dijo:

— Pues si le defendiste, en pago de tu generosidad te ayudará en la empresa de buscar á Ligia.

— ¡Ay de mí, noble tribuno! Si los dioses pocas veces son agradecidos, ¿qué ha de ocurrir con los hombres?... Por desgracia, el viejo, sea por sus muchos años, sea por sus desdichas, tiene flaca la memoria y no solo no agradece mi heroica acción, sino que he sabido por uno de sus correligionarios que me acusa de complicidad con los bandoleros y que sostiene que soy yo el causante de sus desventuras. Esta es la recompensa que me da por la pérdida de los dedos.

— Tengo la certeza, bribón, de que el hecho ocurrió tal como lo relata — repuso Vinicio.

recorrer los caminos; no han hallado rastro de los fugitivos. Tengo la convicción de que se halla en la Ciudad y no lejos de mí. He explorado muchas casas so pretexto de alquilarlas ¡Qué miseria hay en algunas! Sin duda estará mejor conmigo que en esas casucas. Cuando haya recorrido todas las de la Ciudad exploraré las de extramuros. Cada mañana me levanto con la esperanza de encontrarla. Si ésta me llegase á faltar, moriría... por más que ya me voy muriendo de pena y que es para mí suplicio insoportable esperar á Quilón, inactivo, en casa. —Vale».

VI

El griego no se dejó ver de Vinicio en mucho tiempo. En vano trataba éste de convencerse de que, para asegurar el golpe, era preciso proceder con lentitud. Su naturaleza impetuosa se rebelaba contra la voz de la razón. Estarse quieto, esperar con los brazos cruzados, eran cosas contrarias á su carácter. Recorrer las calles cubierto con un manto de esclavo á nada conducía ya. Sus libertos, todos hombres astutos, á quienes había ordenado que hicieran indagaciones, se mostraban en este asunto cien veces menos perspicaces que Quilón. Y á medida que, á causa de las contrariedades, su amor á Ligia iba creciendo, se consolidaba también en su alma la obstinación del jugador que quiere ganar á todo trance. No era esta testarudez nueva en él; espoleados todos sus deseos por la pasión, apenas comprendía que una empresa pudiera fracasar ó que fuese preciso desistir alguna vez de llevarla á cabo. La disciplina militar había refrenado algo su natural violento; pero al mismo tiempo le acostumbró á ser obedecido ciegamente por sus inferiores y á considerar su voluntad como omnimoda. Por esta razón, la huida de Ligia le sacó de quicio, y, si unas veces se sobreponía en su corazón el amor á la ira y deseaba poseer á la doncella para contemplarse en sus ojos, otras vencía la cólera al amor, imaginando suplicios tremendos para vengarse de lo que consideraba punible acto de desobediencia. Estos pensamientos le torturaban, y las conjeturas acerca de la conducta de Quilón agravábanle el malestar en términos que no comía ni dormía, enflaqueciendo rápidamente y perdiendo hasta la belle-

za física. Por cualquier falta imponía crueles castigos á los esclavos; los mismos libertos se le acercaban temblando, y como todos acabaron por odiarle, se encontró aislado, y el aislamiento le enfureció aún más y le llevó á extremar los suplicios. Solamente Quilón escapaba á los efectos de su cólera. El muy taimado supo aprovecharse de la situación y gobernaba al patricio á su antojo. Al principio aseguraba que el hallazgo de la muchacha era cosa fácil; mas en cuanto se convenció de su predominio, se volvió exigente, expuso por modo llano y escueto las dificultades de la empresa é inventó otras para ponderar el propio valer.

Tras larga ausencia pareció al fin, mas con el rostro tan desencajado, que Vinicio, al verle, se puso blanco como la cera y corriendo á su encuentro le dijo:

—¿No está entre los cristianos?...

—Si, está —contestó Quilón;— pero también he hallado entre ellos á Glauco.

—Y ¿quién es Glauco?

—Se ve, señor, que no te acuerdas ya de aquel desgraciado anciano con quien vine de Nápoles á Roma y en defensa del cual perdí los dedos que en esta mano me faltan. Los facinerosos le robaron á su mujer y á su hijo, después de haberle acuchillado, dejándole moribundo en una hostería. Le he llorado mucho tiempo; pero héte aquí que, de improviso, descubro que está vivo y que pertenece á la comunidad cristiana de Roma.

Vinicio no alcanzaba á comprender la trascendencia de las palabras del griego; pero presintió que el tal Glauco constituiría un nuevo obstáculo para el hallazgo de Ligia. Dominando, no obstante, la ira que le ardía en el pecho, dijo:

—Pues si le defendiste, en pago de tu generosidad te ayudará en la empresa de buscar á Ligia.

—¡Ay de mí, noble tribuno! Si los dioses pocas veces son agradecidos, ¿qué ha de ocurrir con los hombres?... Por desgracia, el viejo, sea por sus muchos años, sea por sus desdichas, tiene flaca la memoria y no solo no agradece mi heroica acción, sino que he sabido por uno de sus correligionarios que me acusa de complicidad con los bandoleros y que sostiene que soy yo el causante de sus desventuras. Esta es la recompensa que me da por la pérdida de los dedos.

—Tengo la certeza, bribón, de que el hecho ocurrió tal como lo relata —repuso Vinicio.

— En este caso, noble tribuno, estás mejor enterado que él— replicó con audacia Quilón — porque resulta en ti certidumbre lo que en él no pasa de sospecha. Esto no impediría, sin embargo, que tomara cruel venganza, azuzando contra mí á todos los cristianos, y de seguro lo habría hecho ya, si, por fortuna, no ignorase mi nombre, ó si en la casa de oración donde acerté á verle hubiese advertido mi presencia. Yo le reconocí en seguida y estuve á punto de abrazarle; pero me contuvo la prudente costumbre de pesar todos mis actos. Al salir de aquella casa me apresuré á pedir informes á una persona que le trata, la cual me refirió que aquel buen hombre, viniendo de Nápoles, fué herido y robado por un compañero de viaje. De esta manera pude saber lo que de mí piensa Glauco.

— ¡Nada de todo esto me importa! Di, ¿qué viste en la casa de oración?

— A ti no te importa... pero á mí tanto como el propio pellejo... No puedo allanarme á que perezca mi ciencia, y prefero cien veces renunciar generosamente tu prometida recompensa á exponerme á perder la vida por codicia del vil metal... sin el que, ciertamente, á fuer de filósofo, puedo pasar, dedicándome á la enseñanza de la verdad divina.

Vinicio se acercó al griego con semblante hoscó y le dijo con acento terrible:

— Y ¿quién te asegura que la mano de Glauco te dará la muerte antes que la mía?... ¿Piensas que ahora mismo no te puedo hacer enterrar, como un perro, en el jardín?...

Quilón, sobrecogido de terror, atinó, sin embargo, á comprender que una sola palabra imprudente podía costarle la vida.

— ¡Continuaré buscándola, noble patricio, y te juro que la encontraré! — dijo con voz trémula.

Seguió á estas frases profundo silencio, turbado únicamente por el respirar jadeante de Vinicio y por el lejano canto de los esclavos que trabajaban en el jardín. Al advertir el griego que el patricio había recobrado algún tanto la calma repuso:

— Ya has observado, señor, que sé mirar la muerte cara á cara, sereno, como Sócrates. ¡Pero no, excelso tribuno; no me niego á buscar á la muchacha! Sólo he querido advertirte que en mis pesquisas estaré amenazado de un grave riesgo. Dudabas de la existencia de Euricio y por tus propios ojos te cercioraste de que no había mentido. Sin embargo, ahora estás á punto

de suponerme capaz de haber inventado al tal Glauco. ¡Ah, si realmente fuese un fantasma! Para poder frecuentar las casas de oración de los cristianos con la misma seguridad que al principio, daría gustosamente al viejo esclavo que he comprado hace tres días. Pero Glauco es un ser real, señor, y te juro que si llega á dar conmigo, me enviará á hacer compañía á las sombras. Y ¿quién buscará entonces á la doncella?

Hizo una pausa, y después de enjugarse las lágrimas que le asomaban á los ojos, prosiguió:

— Mientras viva Glauco no podré tener punto de sosiego, ni continuar con libertad las pesquisas, pues el riesgo de topar con él será siempre inminente...

— ¿Qué significa esto; qué me quieres decir; qué piensas hacer? — preguntó Vinicio.

— Aristóteles nos enseña que es preciso sacrificar los menudos á los grandes fines, y el rey Priamo solía repetir que la vejez es carga pesada. Hace tiempo que esta carga pesa sobre las espaldas del pobre Glauco; su vida está tan llena de amarguras que el quitársela constituiría su mayor beneficio. La muerte, en opinión de Séneca, es una liberación...

— Guarda las bufonadas para Petronio. Conmigo habla formalmente. Di ¿qué quieres?

— Si la virtud es una bufonada, quieran los dioses conservarme siempre bufón. Deseo, señor, mandar á Glauco al otro mundo porque mientras viva estarán en continuo peligro mi vida y la obra que me has encomendado.

— Toma la gente necesaria y que lo maten á palos; la pagaré yo.

— ¡En manera alguna, señor! Te desollarían exigiéndote luego más dinero para guardar el secreto. En Roma los bribones son tan innumerables como los granos de arena en el Circo; pero no puedes imaginarte cómo saben aprovechar los apuros de los hombres honrados que á ellos acuden para utilizar sus servicios. ¡No, egregio tribuno!... Además, son muy capaces de dejarse sorprender en flagrante y de revelar en seguida quien les pagó, lo que te proporcionaría muchos disgustos. En cambio mi nombre no podrá salir nunca de sus labios por la sencilla razón de que no me daré á conocer. Haces mal, señor, en desconfiar de mí... sin tener en cuenta mi demostrada probidad... Acuérdate, señor, de que dos cosas me estimulan: el miedo de perder el pellejo y la recompensa que me has prometido.

— ¿Cuánto te hace falta?

— Mil sextercios, señor; porque tendré que valerme de facinerosos honrados... vamos al decir, si no quiero correr el albur de que, en cuanto hayan embolsado parte del dinero á cuenta, desaparezcan sin cumplir la comisión. Para estar bien servido es preciso pagar bien. Deseo, además, deducir una corta cantidad para consolarme de la pérdida de Glauco. ¡Los dioses son testigos del afecto que le profeso! Si hoy me das los mil sextercios, dentro de dos días su alma habrá bajado al *Hadés* (1), y entonces (si las *sombras* conservan la memoria) comprenderá cuanto le amo. Hoy mismo contrataré á los hombres, advirtiéndoles que, á contar desde mañana, les deduciré cien sextercios de la suma convenida por cada día que viva Glauco. Tengo un plan excelente.

Después de prohibirle Vinicio hablar más del médico cristiano, le preguntó qué había hecho durante el largo tiempo en que no se dejaba ver. Quilón poco tenía que contar.

«Había estado en dos casas de oración inspeccionando minuciosamente á todos los concurrentes, en especial á las mujeres, para ver si en alguna acertaba á descubrir las señas que tenía de Ligia. Los cristianos le consideraban como correligionario, y desde que había entregado á Euricio el dinero para comprar la libertad de su hijo le veneraban. Por ellos sabía que un gran legislador cristiano, un tal Pablo de Tarso, encontraba en Roma, pero encarcelado á consecuencia de cierta acusación de los judíos. Otra noticia todavía más importante había adquirido. Era esperado en la Ciudad, de un momento á otro, el gran sacerdote de la secta, un discípulo de Cristo á quien el mismo Cristo había encargado el gobierno de los cristianos de todo el mundo. Los de Roma ardían en deseos de conocerle y de oír su palabra. Con este motivo se celebrarían, de seguro, reuniones solemnes á las cuales Quilón asistiría, y, pudiendo pasar inadvertido entre la muchedumbre, no había peligro en que le acompañara Vinicio, con lo que el hallazgo de Ligia sería cosa más fácil. Además, muerto Glauco, nada habría que temer ya, pues si bien suponía á los cristianos capaces de vengarse, también estaba convencido de que no lo harían, porque, por regla general, eran gente extremadamente pacífica.»

(1) Sitio donde, según la Mitología griega, moraban las *sombras* ó almas de los muertos.

Al llegar á este punto de su discurso, Quilón creyó del caso exponer el concepto que de los cristianos había formado y dijo que, con harto asombro de su parte, no les había visto jamás ni entregarse al libertinaje, ni envenenar pozos y fuentes, ni adorar una cabeza de asno, ni alimentarse con carne de niño. Por el contrario, su doctrina condenaba el homicidio y hasta exigía el perdón de las ofensas.

Vinicio se acordó entonces de las palabras de Pomponia Grechina y escuchó con alborozo las de Quilón, pues aunque su amor á Ligia en ciertos momentos apareciese ligeramente empañado por una sombra de odio, experimentaba intenso deleite al oír que la religión que profesaban ella y Pomponia no era abyecta ni inmoral. Pero al mismo tiempo asomó en su conciencia la sospecha de que esta religión alejaba á Ligia de su lado... Entonces sintió miedo de la nueva doctrina y empezó á odiarla.

VII

Quilón sentía imperiosa necesidad de deshacerse de Glauco, pues éste, á pesar de sus muchos años, no dejaba de ser hombre forzudo y valeroso, y el griego, realmente, le había hecho traición, vendiéndolo á unos bandoleros, y despojándole de la mujer y de los bienes. El recuerdo de esta felonía no le había turbado, sin embargo, hasta entonces el sueño, porque habiendo dejado moribundo al infeliz médico, en campo raso, cerca de Minturno, jamás llegó á creer pudiera curarse. No es de extrañar, pues, que al verle sano y salvo en la asamblea de los cristianos se sobresaltara hasta el extremo de negarse á proseguir la busca de Ligia. Pero su espanto subió de punto al ver la actitud amenazadora del tribuno; y puesto en la alternativa de exponerse á ser víctima de Glauco ó de sufrir la persecución y la venganza de dos patricios tan poderosos como Vinicio y Petronio, no titubeó en optar por lo primero, tanto más cuanto que le había de ser relativamente fácil deshacerse del cristiano; por supuesto apelando á las manos de otros, pues aparte de no sobrarle el valor, le repugnaba, como á casi todos los griegos, el derramamiento de sangre.

Pocas dificultades había de ofrecerle el hallazgo de personas que se encargaran de cometer el crimen, porque solía pasar la noche en los bodegones frecuentados por gente desalmada.

Pero como se exponía á que los comprometidos, oliendo la presa, empezaran por despacharle á él, ó á que, recibida una cantidad á cuenta, le obligaran á dar el resto antes de cumplir el encargo con la amenaza de denunciarle á la justicia y, por otra parte, había empezado á sentir profunda aversión por la canalla que hormigueaba en las hediondas madrigueras de la Suburra y del *Transtevere* y, además, era su cicatería extremada y no conocía la moral de los que profesaban la religión de Cristo, concibió el propósito de quedarse con el dinero y de buscar entre los mismos cristianos hombres candorosos y sencillos que se prestasen á perpetrar el homicidio sin estipendio alguno. Puesto que parecen tan buenas personas, pensó, podré servirme de ellos á mi antojo, explotando su fe y ahorrando el dinero que asesinos vulgares me exigirían.

Con este objeto, Quilón, dispuesto á sacar partido de la gratitud, se encaminó á casa de Euricio, no para iniciarle en sus designios, pues no podía escapar á su perspicacia que un exceso de franqueza en este punto había de resultar en mengua de los prestigios y de la veneración que sus fingidas virtudes le conquistaran, sino con el propósito de preparar el terreno para encontrar hombres prontos á complacerle y de entenderse solamente con ellos, á fin de que la imperiosa necesidad de mantener secreto el crimen fuese segura garantía de que no le comprometerían.

Euricio, en cuanto hubo comprado la libertad de su hijo, que se llamaba Quarto, alquiló uno de los innumerables tenduchos de los alrededores del Circo Máximo, en los cuales se vendían aceitunas, habas, pan ázimo y agua endulzada con miel. Hallóle Quilón poniendo en orden las mercancías, y después de haberle saludado en nombre de Cristo empezó á explicarle el objeto de la visita.

Dijole necesitar de dos ó tres hombres fornidos para prevenir un peligro que no sólo le amenazaba á él sino también á muchos cristianos, y que, aunque empobrecido por haber dado á Euricio cuanto poseía, comprometíase á pagar á estos hombres bajo condición de que pusieran en él toda su confianza y cumplieran estrictamente sus órdenes.

Euricio y Quarto escucharon con atención á su bienhechor y le ofrecieron luego sus servicios, en la seguridad de que un santo varón como él nada les exigiría que no estuviese en consonancia con las divinas enseñanzas de Cristo.

Quilón contestó que en este punto no se engañaban, y levantando los ojos al cielo calculó si le convenía aceptar; pero en seguida desechó la idea teniendo en cuenta que Euricio era demasiado viejo, aunque no tanto por los años como á consecuencia de las penas y enfermedades, y que Quarto no pasaba de los diez y seis.

Insistieron los dos cristianos en el ofrecimiento; pero tuvieron que desistir ante la actitud resuelta del griego.

— Señor — dijo entonces Quarto; — en la tahona de un tal Demas trabaja un obrero que tiene la fuerza de dos ó tres hombres. Yo mismo le he visto levantar piedras que cuatro no habrían logrado mover.

— Si es buen cristiano, si tiene el santo temor de Dios y es capaz de sacrificarse por sus hermanos, preséntamelo — dijo Quilón.

— Es cristiano como nosotros — respondió Quarto — y lo son casi todos los esclavos y jornaleros de la tahona de Demas. Forman dos tandas; una trabaja de día; la otra de noche; el hombre á quien me refiero pertenece á la nocturna. Si vamos en seguida probablemente le hallaremos cenando y luego podrás hablarle con entera libertad. La tahona de Demas no está lejos del Emporio (1).

Un momento después tomaron Quilón y Quarto el camino del Emporio, que estaba en la falda del Aventino, cerca del Circo Máximo. Al pasar por el Pórtico de Emilio, dijo el filósofo:

— Soy ya muy viejo y á veces la memoria me flaquea. Cristo, Nuestro Señor, fué vendido por uno de sus discípulos; pero en este momento no me acuerdo del nombre del traidor.

— ¡Judas... que se ahorcó! — contestó Quarto, asombrado de que semejante nombre pudiera olvidarse.

— ¡Ah, si!... Judas. ¡Gracias!

Caminaron en silencio un buen trecho; atravesaron el Emporio, que estaba ya cerrado, y dejaron á un lado los almacenes de trigo en donde se hacían las distribuciones á la plebe; tomaron luego á la izquierda, dirigiéndose hacia las casas que se extendían á lo largo de la vía Ostiense hasta el monte Testacio y el Foro Pistorio. Por fin se detuvieron delante de un edificio de madera, lleno de los ruidos que producían las muelas al triturar el grano sobre las soleras. Entró Quarto sólo, pues

(1) Muelle y almacenes de depósito en la orilla izquierda del Tíber,

Quilón, siempre temeroso de encontrarse con Glauco, quiso quedarse fuera.

— Este Hércules panadero me da mucho en qué pensar — decía para sus adentros, mirando la luna. — Si es hombre astuto me pedirá un ojo de la cara; si, por el contrario, es un cristiano virtuoso, é imbecil por añadidura, de nada me servirá.

El soliloquio fué interrumpido por la reaparición de Quarto que venia acompañado de un soberbio mocetón vestido con túnica sin mangas, abierta por un lado en forma que dejaba al descubierto parte del pecho y de la espalda. Quilón lo midió de pies á cabeza con escrutadora mirada y demostró su satisfacción con ligera sonrisa. En su vida habia visto un brazo y un torso como aquellos.

— Este es, señor, el hermano de quien te he hablado — murmuró Quarto.

— La paz de Cristo sea con vosotros — contestó Quilón. — Tú, Quarto, dile á ese hombre hasta qué punto puede fiar en mí, y luego vuélvete á casa porque no conviene dejar por mucho tiempo solo á tu anciano padre.

— Es un santo varón — manifestó el muchacho, — que dió cuanto poseia para librarme de la esclavitud, no obstante no conocerme siquiera. ¡Qué el Salvador se lo recompense!

El gigante, inclinándose, besó la mano del filósofo.

— ¿Cómo te llamas? — le preguntó éste.

— En la pila bautismal, padre mío, me fué puesto el nombre de Urbano.

— Urbano, hermano mío, ¿dispones de un breve espacio de tiempo para departir conmigo?

— No comenzamos el trabajo hasta la media noche y ahora nos preparan la cena.

— Tenemos, pues, tiempo de sobra. Bajemos á la ribera donde podremos hablar con mayor sosiego.

Enderezaron hacia el Tiber sus pasos, y llegados á la orilla sentáronse sobre una piedra y estuvieron un instante callados. Reinaba allí profundo silencio sólo turbado por el lejano zumbido de la molienda y por el suave rumor de la corriente del agua.

Examinaba el griego atentamente al obrero, quien, á pesar de su expresión un poco dura y triste, muy frecuente en los bárbaros que vivían en Roma, revelaba bondad y franqueza.

— Si — pensó el griego, — éste es un hombre sencillo é ingenuo que me despachará á Glauco de balde.

— ¿Amas á Cristo, Urbano? — le preguntó.

— ¡Con todo mi corazón! — contestó el obrero.

— ¿Y á tus hermanos, á tus hermanas y á cuantos te enseñaron la Verdad y á orar por Cristo?

— También, padre.

— La paz sea contigo.

— Y contigo, padre.

Quilón, mirando siempre la luna, empezó á hablar con voz apagada de la muerte de Cristo. Parecía abstraído, cual si confiara un secreto á la Ciudad dormida. Su acento tenia algo de solemne y conmovedor. Lloraba el obrero silenciosamente cuando Quilón empezó á lamentarse de que nadie hubiese defendido al Salvador contra los soldados y los judíos que le martirizaron. La angustia y la ira crispaban los puños enormes del bárbaro á cada lamentación del filósofo, quien, de pronto, preguntó en tono seco:

— Urbano: ¿sabes tú quién fué Judas?

— ¡Sí, lo sé... y también sé que se ahorcó!

En su voz habia un dejo de amargura, como si le pesara que el traidor se hubiese hecho justicia por mano propia.

Quilón prosiguió, diciendo:

— Y si, no obstante, no se hubiese ahorcado; si algún cristiano le encontrara un día, ¿crees tú que debería vengar la pasión y muerte del Salvador?

— ¡Sí, y mil veces sí! ¿Qué cristiano no las vengaría, padre mío?

— ¡La paz sea contigo, fidelísimo siervo del Cordero! ¡Tienes razón! Se pueden perdonar las propias ofensas; mas ¿quién tiene el derecho de perdonar las que se hacen á Dios?... Pues bien; tal como de la serpiente nace la serpiente y la ira engendra la ira y la traición la traición, así la ponzoña de Judas fecundó otro malvado; y así como aquel vendió al Salvador y lo entregó á los judíos y á los soldados romanos, de la misma manera éste, que mora entre nosotros, quiere entregar el rebaño á los lobos; y si nadie evita la traición, si alguien no aplasta á tiempo la cabeza de la serpiente, todos estamos perdidos y lo está también la fe de Cristo.

El gigante miró á Quilón con estupor, cual si no comprendiese lo que le decía; y el griego, cubriéndose la cabeza con el borde del manto, continuó con voz que parecía salir de lo profundo de la tierra:

— ¡Ay de vosotros, siervos del Dios verdadero! ¡Ay de vosotros, cristianos y cristianas!

Reinó de nuevo el silencio sólo turbado por el zumbido de la molienda, por los lejanos cantos de los tahoneros y por el suave murmullo del agua deslizándose tranquila por el cauce del río.

— Padre, ¿quién es el traidor? — preguntó por fin el obrero.

Quilón inclinando la cabeza, continuó:

— ¿Quién es el traidor?... Es un hijo de Judas, un hijo de aquella víbora... y finje ser cristiano... y frecuenta las casas de oración á fin de expiaros y de encontrar pretextos en vuestras ceremonias para acusaros de incrédulos, de envenenadores de fuentes, de infanticidas y de tener el propósito de destruir la Ciudad hasta que no quede de ella piedra sobre piedra. Dentro de pocos días se ordenará á los pretorianos que encierren en las prisiones á los ancianos de la comunidad, á las mujeres y á los niños, para castigarlos luego como se hizo con los esclavos de Pedanio Segundo. ¡Y la causa de la persecución será la perversidad de ese hombre! Pero ya que el primer Judas no fué castigado, ya que nadie salió en defensa de Cristo en la hora suprema ¿no habrá quién castigue al segundo; quién aplaste la cabeza de la serpiente antes de que el César haya podido oírle? ¿Nadie le matará; nadie salvará á sus hermanos; nadie evitará la ruina de la fe de Cristo?...

Urbano, como movido por un resorte, se alzó diciendo:

— ¡Yo le mataré, padre!

Levantóse también Quilón, y fijando su mirada en la del gigante, cuyo rostro estaba iluminado en aquel momento por la luna, le puso una mano sobre la cabeza y le dijo solemnemente:

— Ve, pues, á las casas de oración; pregunta á nuestros hermanos por el médico Glauco, y en cuanto le conozcas ¡mátalo en nombre de Cristo!

— ¿Glauco?... — repitió el obrero, como si quisiera grabar este nombre en la memoria.

— ¿Le conoces?

— No. ¡Somos tantos los cristianos en Roma!... Pero te juro que aprovecharé la reunión de mañana para conocer al traidor.

— ¿Qué reunión?...

— La que ha de celebrarse por la noche en el Ostriano y á la que acudiremos todos los hermanos y hermanas, sin excepción alguna, porque en ella ha de hablar el gran Apóstol de Cristo que ha llegado recientemente á Roma.

— ¿En el Ostriano? — preguntó Quilón — ¿en el Ostriano... fuera de la Ciudad... no es cierto... todos los hermanos y hermanas... por la noche... en el Ostriano has dicho?...

— Sí, padre. Allí tenemos nuestro cementerio, entre las vías Salaria y Nomentana. Pero ¿cómo ignorabas tú que allí debe hablar el gran Apóstol?

— Hace dos días que no he estado en casa y no he podido recibir las cartas de aviso. No sé tampoco donde está el Ostriano porque no ha mucho llegué de Corinto, en donde soy anciano de la comunidad cristiana. De todas maneras, pues que Cristo te ha enviado esta divina inspiración, vé al Ostriano, hijo mío, haz que te indiquen quien es Glauco y mávalo cuando regrese á la Ciudad. Por esta acción te serán perdonados todos los pecados. Y... ¡la paz sea contigo!

— ¡Padre!...

— Te escucho, siervo del Cordero.

En el semblante del hereúleo cristiano se pintó la indecisión... «No hacia mucho tiempo que había matado á un hombre, tal vez á dos, á pesar de que la doctrina de Cristo prohibía el homicidio. No los mató, es cierto, por afán de lucro... El mismo Obispo le había proporcionado auxiliares; pero vedándole el derramamiento de sangre. Dios, no obstante, dispuso otra cosa, porque, por desgracia, le había dotado de una fuerza extraordinaria. Pero ¡cómo expiaba aquella acción! Sus compañeros cantaban alegremente en la tahona mientras él pensaba siempre en su pecado y en la grave ofensa hecha al Redentor. ¡Cuántas oraciones había elevado al Altísimo! ¡Cuántas lágrimas habían vertido sus ojos! ¡Con qué fervor le pedía á Cristo el perdón de sus pecados! Y he aquí que, cuando aún no consideraba suficiente la penitencia hecha, prometía de nuevo matar.»

— ¡Lo haré, sin embargo — exclamó! — Como has dicho, sólo se deben perdonar las ofensas personales, no las hechas á Dios. Lo mataré á la vista de todos mis hermanos y hermanas, en el Ostriano; pero al menos que sea Glauco condenado por los superiores de la comunidad: por el Obispo, por el Apóstol y por los presbíteros; acaso Glauco no sea culpable y no quiero manchar mi conciencia con un nuevo pecado, con una nueva ofensa al Cordero.

— No hay tiempo para juzgarle, hijo mío; porque Glauco, al salir del Ostriano, se dirigirá inmediatamente á Ancio para

ver al César ó se refugiará en casa de un patricio á quien sirve; pero te voy á dar una señal que mostrarás al Obispo y al Apóstol después de haber matado á Glauco, y no dudes que te bendecirán por tu buena acción.

Dicho esto, sacó un sextercio, trazó con la punta del cuchillo en una de sus caras una cruz, y entregándolo al obrero añadió:

— Esto es la sentencia contra Glauco y al mismo tiempo la señal en virtud de la que obtendrás del Obispo la absolución, no solo de este homicidio, sino de los que antes cometiste involuntariamente.

El obrero, tendiendo la mano, aunque de mal talaante, tomó la moneda, y como la primera muerte le remordia aún vivamente en la conciencia, sintió á su contacto como una sensación de terror.

— ¡Padre! — susurró con voz casi suplicante — ¿Tienes pruebas de la traición de Glauco?

Quilón comprendió entonces que no podía excusarse de darlas y le dijo:

— Escucha, Urbano. Yo vivo habitualmente en Corinto, pero nací en la isla de Cos, y en Roma inicio en la doctrina de Cristo á una esclava de mi país llamada Eunice, *vestiplice* (1) de un tal Petronio, amigo del César. Pues bien; en casa de éste he oído que Glauco se comprometía á vender á todos los cristianos y á poner de su parte los medios necesarios para que otro confidente de Nerón, llamado Vinicio, encontrase á cierta muchacha....

Al llegar á este punto, el griego interrumpió con azoramiento el discurso por haber observado que los ojos del obrero brillaban como los de una fiera acorralada, mientras sus facciones tomaban expresión de ferocidad salvaje.

— ¿Qué te pasa? — preguntóle.

— ¡Nada, padre! ¡Mañana mataré á Glauco! — rugió el obrero.

Quilón estuvo un momento perplejo; pero luego, poniendo sus manos sobre los hombros del gigante, le hizo girar sobre los pies, hasta que la luna le dió de lleno en el rostro, y le miró atentamente un buen rato dudando si le interrogaría para averiguar si eran fundadas las sospechas que acababa de despartarle tan repentina cólera. Venció, sin embargo, su ingénita

(1) Doncella ó camarera que cuidaba de los vestidos.

cautela á la curiosidad; hizo dos profundos suspiros, puso nuevamente la mano sobre la cabeza del obrero y preguntóle con voz clara y solemne:

— ¿Es Urbano el nombre que te pusieron en la fuente bautismal?

— Sí, padre.

— Pues ¡la paz sea contigo, Urbano!

VIII

De Petronio á Vinicio:

«Mal andamos, carísimo. Si el amor no te consume reduciéndote á cenizas, y aciertas un día, más adelante, á leer la carta que me has escrito, te convencerás de que eres insensible á todo cuanto no atañe á tu Ligia. Procura hallarla pronto, pues ¡por Polux! que si no lo consigues, te convertirás en algo así como aquella esfinge egipcia de la cual se cuenta que, ardiendo en amor por la pálida Isis, espera con ansia la noche, sorda é indiferente á cuanto la rodea, para solazarse en la contemplación del objeto adorado.

No me parece mal que en tus excursiones nocturnas recorras las casas de oración de los cristianos, pues cuanto hagas para alimentar tus esperanzas y para distraerte te será beneficioso; mas, por la buena amistad que te profeso, por el cariño que nos une, te suplico que no vayas á dichas casas acompañado solamente del griego, pues siendo Oso, el esclavo de Ligia, hombre de fuerza extraordinaria, aconseja la prudencia que te haga acompañar también por Crotón. Desde el momento en que Pomponia Grecina y Ligia pertenecen á la secta, es indudable que no son unos malvados los cristianos; mas lo acaecido al apoderarse de la muchacha prueba que no se andan con chiquitas cuando se trata de defender á una oveja de su rebaño. Estoy seguro de que, en cuanto veas á tu amada, pretenderás llevártela en seguida, y ¿cómo podrías realizar sin riesgo la hazaña con la sola ayuda de nuestro decrepito filósofo? En cambio Crotón sabrá mantener á raya no sólo á ese ligio sino á otros diez como él.

Aquí nadie se acuerda ya de la difunta hija de Nerón, y únicamente Popea alude una que otra vez al sortilegio. Al César le preocupan otras cosas de mayor importancia. Estamos en Nápoles, ó mejor en Bahía, desde hace algunos días. Si fueras capaz

de atender á cualquiera otra cosa que no fuese la busca de Ligia, habrían llegado á tus oídos noticias de lo que aquí hacemos, pues en Roma son la comidilla de todas las conversaciones. En cuanto llegamos á Bahía, nos sentimos agobiados por la memoria de nuestra buena madre y por los remordimientos. ¿A qué extremos crearás que ha llegado *Barbarroja*? Pues á convertir el asesinato de su madre en asunto de poesía y en pretexto para representaciones cómicas y trágicas. En los primeros meses después de cometido el matricidio, sentía remordimientos, no porque tenga conciencia, sino porque es un cobarde; mas ahora que ya está bien convencido de que es firme la tierra que pisa y de que no venga el crimen ningún dios, los finge para mover á piedad. De noche, á veces salta del lecho y nos despierta á todos asegurando que le persiguen las Furias. Huyendo, vuelve de cuando en cuando, con terror, la cabeza; toma las trágicas actitudes de un histrión interpretando el papel de Orestes; declama versos griegos, y nos observa para ver si nos admiramos de su arte. Y nosotros, en efecto, nos entusiasmos, y en lugar de decirle: «¡Payaso, vete á dormir!», adoptamos también el tono trágico y hacemos como si defendiéramos de las Furias al gran artista.

«Al menos habrás oído referir lo ocurrido con motivo de nuestra pública representación en Nápoles. Se aglomeró en el teatro toda la chusma griega de los alrededores, la cual apeataba con su olor de ajos y de sudor en términos que di con todo mi corazón gracias á los dioses por haberme sido otorgado el honor de permanecer en el escenario al lado de *Barbarroja*, en vez de sentarme en las primeras filas de espectadores con los demás augustales. ¿Crearás, querido Vinicio, que nuestro mico estaba emocionado como un actor novel? Cogíame la mano y la apretaba contra su pecho; el corazón le latía de modo que semejaba un caballo desbocado; era jadeante su respiración, y en el momento de salir á escena palideció y llenóse su frente de sudor, á pesar de que le constaba que en todos los bancos había pretorianos armados de palos y dispuestos á escitar el entusiasmo del público en caso necesario, recurso á que, por fortuna, no hubo necesidad de apelar, pues una mañana de monos de los alrededores de Cartago no habría aullado como aulló aquel mal oliente rebaño al aclamar al César. El hedor de ajo llegaba hasta la escena, pero no debía de sentirlo Nerón, porque saludaba con inclinaciones de cabeza, se oprímia

el pecho con las manos, enviaba con las puntas de los dedos besos á los espectadores y lloraba, pálido de emoción. Después vino á caer como un beodo entre nosotros, gritando: «¿Qué son los triunfos de emperador comparados con estos triunfos de artista?» Y la canalla continuaba aullando y aplaudiendo, bien convencida de que cuanto más ruidosa fuese la ovación, mayores serian las liberalidades del César y mayor la seguridad de obtener una segunda representación del payaso imperial. ¡No, no me causaron asombro aquellos estruendosos aplausos, porque jamás se habia presenciado espectáculo semejante! A cada momento repetía el César: «¡Ved como aplauden los inteligentes griegos!.... ¡Ese es un pueblo de artistas!....»

«Tengo para mí que desde aquella memorable exhibición el odio que siente por Roma ha subido de punto. Sin embargo, fueron enviados inmediatamente correos para anunciar este triunfo, y esperamos de un momento á otro el correspondiente voto de gracias del Senado. Un hecho singular ocurrió después de aquella función y fué que, cuando acababa de salir la chusma griega, se hundió el teatro. Muchas personas han pretendido ver en este acontecimiento una manifestación de la cólera de los dioses, indignados de ver como se profanaba la majestad imperial; pero Nerón afirma que, por el contrario, hay en este hecho una prueba patente de la protección que le dispensan las divinidades, fundándose en que el teatro aguardó para derrumbarse á que él y los espectadores estuvieran fuera. Por este motivo se hicieron sacrificios en todas las basílicas. *Barbarroja* está más dispuesto que nunca á realizar el viaje á Grecia. Me reveló, sin embargo, hace algunos días, que teme que el pueblo romano se le subleve al conocer estos propósitos, no sólo por el cariño que le profesa, sino también por lo que le importa no verse privado, durante su ausencia, de las distribuciones de trigo y de espectáculos públicos. De todas maneras iremos á Benevento para regodearnos con las fiestas zapateriles que Vatinio nos prepara, y de allí, probablemente, bajo la salvaguardia de los divinos hermanos de Elena, nos dirigiremos á Grecia. En cuanto á mí, querido Vinicio, he observado que el hombre que vive entre locos, no sólo se vuelve también demente, sino que llega á descubrir en la insania un lado atractivo. Grecia, el largo viaje, esta especie de marcha triunfal en honor de Baco, los carros tirados por tigres, las flores, las coronas, las guirnaldas, los gritos de ¡*Evohé!*, las músicas, la poesía, los

aplausos de toda la Hélada, son cosas realmente peregrinas; pero nuestros proyectos todavía son más extraordinarios. Queremos crear una especie de imperio fantástico: el imperio oriental de las palmeras, del sol, de la poesía, de la realidad transformada en sueño, de la vida convertida en perpetuo goce. Queremos borrar de nuestra memoria a Roma y colocar el centro del orbe en no se qué punto situado entre Grecia, Asia y Egipto; vivir la vida de los dioses; hender las olas del Archipiélago en naves de oro, a la sombra de velas de púrpura; encarnar en una sola persona a Apolo, a Osiris y a Baal; teñirnos con los colores rosados de la aurora; dorarnos con los rayos del sol; platearnos con los rayos de la luna; reinar, cantar, soñar... Y ¿creerás que yo, que poseo aún un sextercio de buen criterio y un as de sentido común, me dejo arrebatarse en alas de semejantes fantasías?.. Hay que confesar que, si son utópicas, también son bellas y grandiosas... Un día, en las edades futuras, los hombres considerarían este fantástico imperio como vago ensueño de poeta... Sin embargo, *Barbarroja*, yo te lo juro, no llegará a realizar sus concepciones, cuando no por otro motivo, porque de este fabuloso reino oriental de la poesía deberían estar excluidos la traición, la bajeza y el asesinato, y en Nerón, bajo las apariencias de un poeta, hay un mal comediante, un estúpido cochero y un cruel tirano.

«Mientras tanto suprimimos del mundo de los vivos a todos los que nos estorban. El infeliz Torcuato Silano está ya entre las sombras; se abrió las venas hace algunos días. Luceano y Licinio han aceptado con terror la dignidad consular, y el anciano Traseas no escapará a la muerte, pues tiene la osadía de ser virtuoso. Por lo que a mi atañe, Tigelino no ha logrado obtener aún la orden de que me abra las venas, porque se me necesita, no sólo como *Árbitro de las Elegancias*, sino como insustituible organizador del viaje a Acaya; pero más pronto ó más tarde tendré que abrimelas... Lo que más cuidado me da es que puede nuestro mico, en este caso, heredar la hermosa copa murrina (1) que tanto te agrada. Si estás

(1) No se sabe con certeza en qué consistían los vasos murrinos; pero eran más bien objetos de lujo que de arte. Uno fué comprado por cierto varón consular por 70 talentos; por otro dió Nerón 40 millones de sextercios, y el que poseía Petronio no valía menos de 300 talentos. El talento equivalía á unas 6.000 pesetas.

á mi lado en el momento de la muerte, te la daré; si lejos, la romperé. Entre tanto, consolémonos pensando que nos esperan Benevento, su egregio zapatero y la olímpica Grecia, y que el Hado traza á cada mortal su camino en lo desconocido.

«Consérvate bien, y no dejes de hacerte acompañar por Crotón si no quieres que se te escape por segunda vez la presa. No te olvides de mandarme á Quilón cuando no lo necesites. Quizás podré convertirlo en un segundo Vatinió, ante quien temblarán los personajes consulares y los senadores, como tiemblan ahora en presencia del caballero de la lezna. Valdría la pena de vivir todavía algún tiempo para ver semejante espectáculo. En cuanto hayas hallado á Ligia avisame, pues quiero ofrecer á Venus, en acción de gracias, un sacrificio de cisnes y otro de palomas. ¡Que no empañen las nubes tu cielo y, en caso contrario, que tengan el color y el perfume de las rosas!»

IX

Apenas había acabado Vinicio de leer la carta de Petronio cuando Quilón entró en la biblioteca sin ser anunciado, pues la servidumbre tenía orden de dejarle pasar á cualquier hora del día ó de la noche.

— ¡Que la divina madre de Eneas, tu glorioso abuelo — dijo el griego, — te proteja como me ha protegido hoy á mi el divino hijo de Maya! (1).

— ¿Qué quieres decir con esto? — preguntó Vinicio levantándose.

— ¡Eureka!

El joven patricio estuvo un momento sin poder hablar.

— ¿La has visto? — balbuceó al fin.

— He visto á Oso y hasta le he hablado.

— ¿Y sabes dónde están?

— No. Otro en mi lugar habría dado á entender al ligio, por vanidad, que le había reconocido, tratando de sonsacarle para

(1) *Maya*, divinidad india. De ella y de Brama nació la Trimurti ó trinidad india. Los monumentos la representan llevando sobre el seno al niño *Kama*, que equivale al Amor de la mitología griega, y, como éste, va armado de un arco y lleva un carcaj. En el carcaj hay cinco flechas que representan los sentidos corporales. Quilón se refiere á *Kama*.

aplausos de toda la Hélada, son cosas realmente peregrinas; pero nuestros proyectos todavía son más extraordinarios. Queremos crear una especie de imperio fantástico: el imperio oriental de las palmeras, del sol, de la poesía, de la realidad transformada en sueño, de la vida convertida en perpetuo goce. Queremos borrar de nuestra memoria a Roma y colocar el centro del orbe en no se qué punto situado entre Grecia, Asia y Egipto; vivir la vida de los dioses; hender las olas del Archipiélago en naves de oro, a la sombra de velas de púrpura; encarnar en una sola persona a Apolo, a Osiris y a Baal; teñirnos con los colores rosados de la aurora; dorarnos con los rayos del sol; platearnos con los rayos de la luna; reinar, cantar, soñar... Y ¿creerás que yo, que poseo aún un sextercio de buen criterio y un as de sentido común, me dejo arrebatarse en alas de semejantes fantasías?.. Hay que confesar que, si son utópicas, también son bellas y grandiosas... Un día, en las edades futuras, los hombres considerarían este fantástico imperio como vago ensueño de poeta... Sin embargo, *Barbarroja*, yo te lo juro, no llegará a realizar sus concepciones, cuando no por otro motivo, porque de este fabuloso reino oriental de la poesía deberían estar excluidos la traición, la bajeza y el asesinato, y en Nerón, bajo las apariencias de un poeta, hay un mal comediante, un estúpido cochero y un cruel tirano.

«Mientras tanto suprimimos del mundo de los vivos a todos los que nos estorban. El infeliz Torcuato Silano está ya entre las sombras; se abrió las venas hace algunos días. Luceano y Licinio han aceptado con terror la dignidad consular, y el anciano Traseas no escapará a la muerte, pues tiene la osadía de ser virtuoso. Por lo que a mi atañe, Tigelino no ha logrado obtener aún la orden de que me abra las venas, porque se me necesita, no sólo como *Árbitro de las Elegancias*, sino como insustituible organizador del viaje a Acaya; pero más pronto ó más tarde tendré que abrimelas... Lo que más cuidado me da es que puede nuestro mico, en este caso, heredar la hermosa copa murrina (1) que tanto te agrada. Si estás

(1) No se sabe con certeza en qué consistían los vasos murrinos; pero eran más bien objetos de lujo que de arte. Uno fué comprado por cierto varón consular por 70 talentos; por otro dió Nerón 40 millones de sextercios, y el que poseía Petronio no valía menos de 300 talentos. El talento equivalía á unas 6.000 pesetas.

á mi lado en el momento de la muerte, te la daré; si lejos, la romperé. Entre tanto, consolémonos pensando que nos esperan Benevento, su egregio zapatero y la olímpica Grecia, y que el Hado traza á cada mortal su camino en lo desconocido.

«Consérvate bien, y no dejes de hacerte acompañar por Crotón si no quieres que se te escape por segunda vez la presa. No te olvides de mandarme á Quilón cuando no lo necesites. Quizás podré convertirlo en un segundo Vatinió, ante quien temblarán los personajes consulares y los senadores, como tiemblan ahora en presencia del caballero de la lezna. Valdría la pena de vivir todavía algún tiempo para ver semejante espectáculo. En cuanto hayas hallado á Ligia avisame, pues quiero ofrecer á Venus, en acción de gracias, un sacrificio de cisnes y otro de palomas. ¡Que no empañen las nubes tu cielo y, en caso contrario, que tengan el color y el perfume de las rosas!»

IX

Apenas había acabado Vinicio de leer la carta de Petronio cuando Quilón entró en la biblioteca sin ser anunciado, pues la servidumbre tenía orden de dejarle pasar á cualquier hora del día ó de la noche.

— ¡Que la divina madre de Eneas, tu glorioso abuelo — dijo el griego, — te proteja como me ha protegido hoy á mi el divino hijo de Maya! (1).

— ¿Qué quieres decir con esto? — preguntó Vinicio levantándose.

— ¡Eureka!

El joven patricio estuvo un momento sin poder hablar.

— ¿La has visto? — balbuceó al fin.

— He visto á Oso y hasta le he hablado.

— ¿Y sabes dónde están?

— No. Otro en mi lugar habría dado á entender al ligio, por vanidad, que le había reconocido, tratando de sonsacarle para

(1) *Maya*, divinidad india. De ella y de Brama nació la Trimurti ó trinidad india. Los monumentos la representan llevando sobre el seno al niño *Kama*, que equivale al Amor de la mitología griega, y, como éste, va armado de un arco y lleva un carcaj. En el carcaj hay cinco flechas que representan los sentidos corporales. Quilón se refiere á *Kama*.

averiguar el paradero de la doncella, siendo muy posible que en premio de su intempestivo celo hubiese recibido un puñetazo que le dejara para siempre indiferente á todas las cosas de este mundo, ó bien que hubiese despertado las sospechas del gigante moviéndole á cambiar de domicilio esta misma noche. A mi, señor, me ha bastado con saber que Oso trabaja cerca del Emporio, en casa de un tahonero que se llama Demas, como tu liberto. Ahora, uno de tus esclavos de confianza podrá seguirle cuando salga del trabajo por la mañana y descubrir su madriguera. Por lo que á mi concierne, creo haber cumplido mi deber respondiendo de que Ligia está en Roma, y diciéndote que probablemente esta noche irá al Ostriano.

—¿Al Ostriano? Y ¿dónde está el Ostriano?

—Es un antiguo hipogeo situado entre las vías Salaria y Nomentana. El gran Apóstol, de quien te hablé, ha llegado ya, y esta noche administrará el bautismo y predicará en aquel cementerio.

Vinicio, á quien hasta entonces había sostenido la fiebre de la esperanza, en el momento en que parecía que sus ensueños habían de convertirse en realidad se sintió desfallecer, como desfallece un hombre al llegar al término de un viaje en que sus fuerzas se han agotado. Lo advirtió Quilón y decidió aprovecharse de su estado de ánimo.

—En las puertas de la Ciudad hay guardia permanente, —dijo— cosa que no pueden ignorar los cristianos; pero de la misma manera que sale el Tiber, saldrán ellos, dando, si es preciso, un largo rodeo, para ver al gran Apóstol. Lo mismo puedes hacer tú. En el Ostriano verás á Ligia; pero si, contra lo que es de esperar, ella no estuviere, estará con toda seguridad Oso, porque me ha prometido matar allí á Glauco. Tú podrás seguirle y averiguar de este modo el refugio de la doncella ó mandarle prender por tus esclavos, como asesino, obligándole luego á declarar donde la ha ocultado. Yo he cumplido ya la misión que me fué encomendada. Otro te haría creer que se ha bebido, con Oso, diez ánforas del mejor vino antes de arrancarle el secreto, ó que ha perdido mil sextercios jugando con él á las *scriptae duodecim* (1), ó que le

(1) Dos juegos llevaban este nombre: el conocido en Castilla por juego de *alquerque* ó de *tres en raya* y otro en que se usaban doce pedrecitas que representaban los doce meses del año.

ha dado dos mil en pago de sus informes, y no dudo que le entregarías el duplo. Pues bien; por una vez en mi vida... no, quise decir... como he hecho en toda mi vida, prefiero ser honrado, porque tengo la persuasión de que tu generosidad, como dijo el magnánimo Petronio, colmará mis esperanzas.

Vinicio, como buen militar, era rápido en sus resoluciones.

—No lo dudes —contestó;— pero ante todo vendrás conmigo al Ostriano esta noche.

—¡Yo!... ¡Al Ostriano!...—gritó Quilón.—Únicamente prometí indicarte el refugio de Ligia; no ayudarte á que te apoderases de ella. Piensa ¡oh, noble tribuno! lo que sería de mi si á Oso, después de matar á Glauco, se le antojara que lo ha matado injustamente. Si sospechas que te engaño, señor, no me pagues hasta que te haya señalado con precisión la casa en que se oculta la doncella.

Vinicio sacó de un cofrecito que estaba sobre una mesa de mármol una bolsa y la arrojó á los pies de Quilón.

—Son *escrúpulos* (1) —dijo;— pero en cuanto Ligia esté en mi casa te entregaré otro de *áureos*.

—¡Oh, Júpiter! —exclamó el griego.

—Comerás aquí; después podrás descansar, y en cuanto anochezca saldremos juntos para ir al Ostriano.

El terror y la vacilación se pintaron en el semblante del filósofo; mas no tardó en tranquilizarse.

—¿Quién puede resistir tus súplicas, señor? Estos *escrúpulos* —dijo haciendo sonar el dinero en la bolsa— han vencido los míos... Aparte de que tu conversación me es siempre agradable.

Vinicio le interrumpió pidiéndole pormenores de su entrevista con Oso. De las palabras de Quilón dedujo que no le sería difícil descubrir el refugio de Ligia ni apoderarse de ella al volver del Ostriano. Esta esperanza le alborozó en términos que depuso todo odio y olvidó la ofensa y toda idea de venganza. Parecía que Ligia regresaba de un largo viaje, y sentía tentaciones de ordenar á los esclavos que inmediatamente adornaran con follaje toda la casa. Hasta se le disiparon

(1) Moneda de oro, de valor variable. En tiempo de Nerón equivalía á 5'08 pesetas. El *áureo* tampoco tuvo valor fijo, habiendo variado de uno á cinco *escrúpulos*, y, buscando la equivalencia en moneda de nuestros días, de 4'10 á 20'50 pesetas.

la aversión que hacia Oso sentía y la repugnancia que le causaba el griego. La casa tomó á sus ojos un aspecto mucho más alegre. Los sufrimientos no le habían dado la medida exacta del amor que tenía á Ligia, pero se la daba ahora la esperanza de recobrarla.

Animado Quilón por el buen talante de Vinicio se atrevió á darle consejos.

— No hemos ganado aún la partida — le decía — y es necesario andar con pies de plomo para no comprometer el éxito. En modo alguno debemos dar el golpe á la salida del Ostriano. Limitémonos á ir al cementerio, envueltos en mantos, y á observar, desde un ángulo oscuro, lo que ocurra, siguiendo después á Ligia á regular distancia. Sabiendo ya la casa en donde se oculta, podrás hacerla cercar por tus esclavos antes de que amanezca, y llevarte sin peligro y tan campante á la muchacha, pues habiendo sido dada en rehenes, ni siquiera tienes que temer el rigor de las leyes. Caso de que no vaya al Ostriano seguiremos á Oso, y en último resultado el efecto será el mismo. No conviene llevar mucha gente porque esto podría llamar la atención de los cristianos. Es preciso, sin embargo, ir armados y hacernos acompañar por dos hombres de confianza y forzudos, por si acaso conviene utilizarlos.

Vinicio ordenó que se llamase á Crotón, y al oír esto, el griego se decidió definitivamente á acompañar al tribuno, porque bien sabía que contra el famoso atleta, vencedor en cien combates, poco podían los que intentasen agredirles.

Habiéndole advertido el *atriense* que tenía la comida preparada, dejó á Vinicio y se sentó á la mesa de muy buen humor, y mientras comía fué ponderando á los esclavos las virtudes del unguento que, para despistarles, fingía vender al amo.

— Basta — decía — untar con él los cascos de un caballo para que, así sea el más escuálido rocin, venza en la carrera á los demás. Me dió la fórmula para confeccionarlo un cristiano, pues los afiliados á esta secta son más entendidos en achaques de sortilegios que los mismos tesalios, por más que sea considerada la Tesalia como el país clásico de la hechicería. Los cristianos han puesto en mi ciega confianza, cosa muy natural, como se le alcanzará á cualquiera que sepa lo que significa un pez.

Y, así diciendo, fijaba su mirada escrutadora en los esclavos, para ver si descubría entre ellos á alguno que fuese cristiano. Como la inspección no diese resultado favorable, púsose á comer

y á beber desmesuradamente, elogiando al propio tiempo al cocinero y diciéndole que haría proposiciones á Vinicio para comprárselo. Turbábale únicamente de vez en cuando el pensamiento de la expedición nocturna al Ostriano, aunque le tranquilizaba en seguida la convicción de que no tenía nada que temer yendo disfrazado y en compañía de dos hombres, uno de los cuales era atleta temido é idolatrado por todo el pueblo romano, y patricio y jefe militar el otro.

Si reconocen á Vinicio, decía para sus adentros, nadie osará tocarle; en cuanto á mí, les desafío á que me vean siquiera la punta de la nariz.

Entregóse después á profundas reflexiones sobre la conversación que había tenido con Oso, sobre las posibles consecuencias de una lucha entre el gigante ligio y el atleta Crotón y sobre la doctrina de los cristianos. La abundancia de la comida y la frecuencia de las libaciones diéronle sueño. Se extendió cuan largo era encima del banco en que había estado sentado para comer, hizo del manto almohada, y mientras los esclavos levantaban la mesa quedóse profundamente dormido.

Al despertarle, ya Crotón estaba en la casa. Pasó el griego al atrio y se puso á contemplar con viva satisfacción las formas hercúleas del atleta.

Convenido ya el precio del servicio, decía Crotón:

— ¡Voto á Hércules! Bien hiciste, señor, en dirigirte á mí hoy, pues mañana parto para Benevento, llamado por el egregio Vatinio, que quiere hacerme luchar, en presencia del César, con el más corpulento y forzudo negro que haya producido el Africa. ¿No percibes ya, señor, los crugidos de su columna vertebral quebrantada entre mis brazos y el choque de mi puño con sus quijadas?

— ¡Por Polux! — respondió Vinicio; — cierto estoy de que no lo contará.

— ¡Y harás muy bien! — agregó Quilón. — Rómpele las mandíbulas. Mas por de pronto úntate con aceite los miembros, Hércules amigo, porque esta noche tendrás que habértelas con un verdadero Caco. El guardián de la doncella por quien Vinicio se interesa está dotado de una fuerza descomunal.

Con estas palabras Quilón trataba de excitar el amor propio del atleta.

— Si — repuso Vinicio; — se dice que agarra un toro por las astas y lo lleva adonde se le antoja.

Crotón sonrió desdeñosamente.

— Yo me comprometo, noble señor, á coger con una mano á la persona que me indiques y á defenderme con la otra de siete ligios como ese de que me hablas; y á traerte luego á la joven á esta casa, aunque todos los cristianos me persigan como lobos calabreses.

— No se lo consentas, señor — gritó Quilón. — Nos apedrearían, y entonces ¿de qué nos serviría su fuerza? ¿No es preferible que nos apoderemos de la muchacha cuando ya esté en su casa? De esta manera no la expondríamos á ningún peligro ni lo correríamos tampoco nosotros.

— Soy de su parecer, Crotón — dijo Vinicio.

— Está bien; quien paga manda; mas no olvides que mañana he de marchar á Benevento.

— Solamente en la Ciudad tengo quinientos esclavos — repuso Vinicio.

Después ordenó á sus interlocutores, con un ademán, que se retiraran, y entrando en la biblioteca escribió á Petronio:

« El filósofo ha encontrado á Ligia. Esta noche iré con él y con Crotón al Ostriano y hoy mismo ó mañana muy temprano me apoderaré de ella. Que los dioses te colmen de bienandanzas, mi querido amigo. El júbilo no me permite ser más extenso. »

Un momento después entró Quilón y le dijo:

— Acaba de ocurrirseme, señor, que es muy probable que los cristianos usen de contraseñas para entrar en el Ostriano. En algunas casas de oración no se permite entrar sin ellas. Permíteme que vaya á casa de Euricio para procurármelas si son necesarias.

— ¡Muy bien, queridísimo sabio! — respondió alegremente Vinicio. — Hablas como un varón prudente. Vete, pues, á casa de Euricio y adonde quiera que te acomode; mas, para seguridad mía, deja encima de esa mesa la bolsa que te di.

Aunque á Quilón siempre le dolía separarse del dinero, puso la bolsa donde le había ordenado el tribuno, haciendo sólo una mueca de disgusto, y salió. De las Carinas al tenducho de Euricio no era larga la distancia, por lo que estuvo de vuelta antes de anochecer.

— He aquí las contraseñas, señor, — dijo al regresar. — No hubiéramos podido entrar sin ellas.

Llegada la noche, se envolvieron en mantos galos con capucha; el griego se puso una peluca que había adquirido al

regresar de la tienda de Euricio, y, provistos de armas y de linternas, marcharon hacia el Ostriano, apresurando el paso para llegar á la Puerta Nomentana antes de que la cerrasen.

X

Tomaron por la vía Patricia y siguieron luego por el Viminal, hacia la antigua puerta de este nombre, situada cerca de la plaza en que más tarde se levantaron las suntuosas termas de Diocleciano; dejaron á un lado los restos de las murallas de Servio Tulio, y por sitios desolados llegaron á la vía Nomentana; torcieron á la izquierda hacia la Salaria y se encontraron en un terreno ondulante y arenoso, en el cual, de trecho en trecho, aparecían sepulturas. La noche era oscura como boca de lobo y difícilmente habrían hallado el camino del Ostriano á no habérselo señalado, como Quilón previó, los mismos cristianos que allí encaminaban sus pasos. A derecha é izquierda se percibían negras figuras que se deslizaban cautelosamente hacia los arenarios (1). Los escasísimos transeuntes y los campesinos que volvían del trabajo tomaban á los cristianos por obreros que iban á extraer arena ó por miembros de alguna asociación funeraria. A medida que avanzaban, el joven patricio y sus acompañantes veían aumentar el número de cristianos, muchos de los cuales llevaban linternas que escondían á veces entre los pliegues de sus mantos. Algunos grupos cantaban con acento impregnado de profunda melancolía una plegaria de la cual cogía Vinicio de vez en cuando frases sueltas, en las que, generalmente, figuraba el nombre de Cristo.

El tribuno andaba abstraído, pensando siempre en Ligia, y cuando alguna de aquellas misteriosas figuras le murmuraba al oído: « ¡La paz sea con vosotros! », el corazón le saltaba de júbilo en el pecho, por haber creído oír la voz de la virgen cristiana. El camino le parecía interminable. Conocía perfectamente los alrededores de la Ciudad; pero tan espesas eran las tinieblas que no lograba orientarse. Por fin, vieron brillar

(1) Sitios de donde se sacaba una arena volcánica con la cual se fabricaba cierta argamasa muy sólida que servía para las construcciones.

á lo lejos gran número de luces que parecían antorchas ó las hogueras de un campamento. Vinicio se inclinó, cuchicheando al oído de Quilón:

—¿Aquello es el Ostriano?

El griego, á quien tenían amedrentado la obscuridad de la noche y los fantásticos bultos por entre los cuales caminaban, contestó con voz temblorosa:

No lo sé, señor; no he estado nunca allí. — Pero bien podrían adorar á Cristo en un sitio más próximo á la Ciudad.

Mostrando creciente extrañeza de que los cristianos celebraran con tanto misterio sus ceremonias religiosas, continuaron su camino. El miedo de Quilón iba en aumento á medida que se alejaban de Roma, y, como si quisiera infundirse valor, exclamó:

— Con esta peluca y las dos habas que me he metido en las narices no me reconocerán; en caso contrario, tampoco me matarían, porque en el fondo son muy buena gente y yo les tengo verdadero cariño.

— Parécenme prematuras estas adulaciones para desarmar su ira — observó Vinicio.

Y estando en estas razones penetraron en angosto barranco cruzado por un acueducto y en el fondo del cual divisaron un muro cubierto de yedra.

Era el Ostriano.

Dos sepultureros recogían las contraseñas. Vinicio, á quien el corazón le latía con violencia, y sus acompañantes, dieron las suyas, y, entrando, se hallaron de buenas á primeras en un anchuroso espacio amurallado. Ante la puerta de la cripta situada en el centro murmuraba una fuente. Acá y allá veíanse monumentos funerarios, y en todo el recinto hormigueaba la gente, pálidamente iluminada por la luna y por las luces de las linternas. Fuese para evitar el frío, fuese por temor á las asechanzas de los traidores, casi todos los concurrentes llevaban el rostro tapado, lo que puso de muy mal humor á Vinicio, pues pensó que si continuaban de aquella suerte podría verse en apuros para reconocer á Ligia. Con algunas teas encendiése una hoguera, y en seguida los cristianos entonaron á coro, en voz muy baja que fueron elevando por momentos, un extraño canto en el que vibraba profunda emoción y que se extendía por todo el cementerio, por el barranco y las cercanas colinas. Parecía prolongado

grito de angustia entre las tinieblas, como conjunto de voces plañideras que imploraban auxilio y perdón. Con los ojos clavados en el cielo y los brazos abiertos, aquella multitud impetraba de Alguien que moraba en lo Alto que descendiera á consolarla.

En el Asia Menor, en Egipto, en la misma Roma, Vinicio había entrado en muchos templos y conocido buen número de religiones; pero ésta era la primera vez que veía invocar á Dios, no con arreglo á un ritual prefijado, sino poniéndose en comunicación directa el corazón del hombre con su Criador; de una manera sencilla, sincera, obrando los adultos como niños abandonados que llamaran con voz tierna y triste á sus padres. Era innegable que aquella gente no sólo honraba á su Dios, sino que le amaba sobre todas las cosas. Y aunque el deseo de descubrir á Ligia llenaba por entero el entendimiento del tribuno, no pudo menos de maravillarse ante acontecimiento tan extraordinario.

Fué avivada la hoguera echándole algunas teas más, y en todo el cementerio brillaron resplandores rojizos que hicieron palidecer las luces de las linternas, á tiempo que salía de la cripta, con la cabeza descubierta, un venerable anciano, el cual se colocó sobre una piedra situada junto al fuego. La muchedumbre se conmovió al verle. Oyéronse voces que decían: «¡Pedro! ¡Pedro!» y unos caían de hinojos y otros tendían hacia él los brazos, y todos le miraban con viva complacencia.

Después reinó tan profundo silencio que se oía el chisporroteo de las teas encendidas, el rodar de los vehículos en la vía Nomentana y el susurro del viento en las ramas de los pinos cercanos. Quilón cuchicheó al oído de Vinicio:

— Este es el primer discípulo de Cristo, el *Pescador*.

El anciano bendijo á los concurrentes haciendo en el aire la señal de la cruz. Todos doblaron las rodillas. Vinicio y sus acompañantes, para no delatarse, siguieron el ejemplo de los cristianos. El tribuno se fijó entonces atentamente en el Apóstol, y su figura le pareció á un tiempo vulgar y extraordinaria, y advirtió que lo que en ella había de extraordinario provenía de su misma sencillez. Aquel humilde anciano no ceñía con mitra ni con corona de encina sus sienes, ni llevaba palma en las manos, ni racional dorado en el pecho, ni vestiduras blancas esmaltadas de estrellas; nada, en suma, de lo que servía de distintivo á los sacerdotes orientales, á los griegos,

á los egipcios, á los flámines romanos. Bien echó de ver que aquel pescador no tenía las trazas de ser un sacerdote práctico en las ceremonias del culto, sino simplemente un testigo venerable por su ancianidad, que venía de lejanas tierras á predicar la palabra de Verdad y á proclamar en voz alta lo que había visto, oído y tocado; lo que, por tanto, le merecía la fe absoluta que da la evidencia. En el semblante de aquel anciano se reflejaba la persuasión con la energía que solo infunde la fe. Vinicio, como escéptico empedernido, no se hallaba dispuesto á dejarse convencer por la palabra de Pedro; pero al mismo tiempo se sentía presa de una curiosidad anhelante por oír lo que saldría de los labios de aquel compañero del misterioso Cristo y por conocer la doctrina que profesaban Ligia y Pomponia.

Habló el Apóstol, al principio con suma sencillez, como un padre que da consejos á sus hijos sobre la conducta que deben observar. Les recomendaba que renunciásen al lujo y á los placeres; que amasen la pobreza, la verdad y la virtud; que soportasen pacientemente las injusticias y las persecuciones; que obedeciesen á las autoridades y á los superiores; que luchasen intrépidamente contra las pasiones; que evitasen la traición, la hipocresía y la maledicencia; que procurásen, en suma, servir de ejemplo á todos, incluso á los paganos.

Vinicio, á quien le parecía de perlas cuanto pudiera contribuir á conquistarle el corazón de Ligia, se exasperó oyendo algunos de los consejos del Apóstol. Antojábasele que, enaltecendo el triunfo de la virtud sobre las pasiones y recomendando la pureza del alma, el anciano condenaba su amor á Ligia é incitaba á ésta á resistirle.

— ¿Qué novedad hay en todo esto? — pensaba — ¿Esa es la doctrina desconocida?... ¿Quién no ha oído esas antiguallas? También los cínicos aconsejan la pobreza; Sócrates recomendaba la virtud como cosa excelente... aunque vieja; cualquiera de los estoicos, Séneca, pongo por caso, que tiene unas quinientas mesas de cedro, pondera las ventajas de la templanza, encomia el amor á la verdad, la resignación en las adversidades... Todo esto es como pan florecido, bueno á lo más para los ratones, no para los que tienen fino olfato y delicado paladar.

Y en su alma atribulada se mezclaba á la cólera la decepción. Habíase imaginado que oíría la revelación de terribles misterios; que, cuando menos, la elocuencia del orador supliría la novedad de la doctrina, y, sin embargo, solo llegaban á sus

oídos palabras de una sencillez desesperante, admirándose del recogimiento con que las escuchaba la muchedumbre.

El anciano proseguía aconsejando á sus oyentes que fuesen buenos, pacíficos, justos, castos, pobres, no ya para conseguir en esta vida la serenidad y el sosiego que proporciona la virtud, sino para gozar de la eterna gloria en presencia de Jesucristo, después de la muerte.

Por más prevención que Vinicio tuviera contra la nueva doctrina, no pudo menos de observar entonces que entre ella y las de los cínicos, estoicos y otros filósofos, existía una diferencia: éstos recomendaban la virtud como cosa racional y adecuada á la vida, mientras que el Apóstol prometía, en recompensa, á los que la practicaban, la inmortalidad, y no una inmortalidad taciturna, vana y desolada, sino una inmortalidad sublime, gloriosa, semejante á la de los dioses.

Pedro hablaba de la vida futura con tal convicción, que todo lo de este mundo aparecía ante ella como cosa fútil y deleznable. Ofrecer por un instante de dolor la felicidad eterna, es bastante más que recomendar la serenidad ante el sufrimiento, porque éste constituye una de las condiciones naturales de la vida.

Y mientras así discurría, Vinicio, el anciano afirmaba que es preciso amar el bien y la verdad por lo que son en sí, pues la infinita Verdad y el infinito Bien son el mismo Dios, por lo cual, quien ama la verdad y el bien, ama á Dios, y por Él es amado con predilección.

No alcanzaba Vinicio á comprender estas altas verdades. Había oído ya de boca de Pomponia Grecina que este Dios era único y escuchaba ahora que era la suma Verdad y el sumo Bien, y mal de su grado tuvo que reconocer que, en comparación de semejante Dios, Júpiter, Saturno, Apolo, Juno, Vesta y Venus, no eran sino algo así como turba de embaucadores y malandrines que, ya individualmente, ya en cuadrilla, representaban las más abominables farsas.

Pero cuando su asombro subió de punto fué al oír que Dios es todo amor y que quien más ama á sus semejantes mejor cumple el más sublime de sus preceptos. «Pero no basta, escuchaban sus oídos, amar á los hombres que constituyen la propia nación ó raza, porque el Hombre-Dios derramó su sangre para salvarnos á todos, habiendo aceptado discípulos entre los mismos paganos, pues pagano era el centurión Cornelio; ni

basta tampoco amar á nuestros bienhechores, ya que Cristo perdonó á los judíos que lo hicieron condenar á muerte y á los soldados romanos que lo crucificaron. Y no sólo hay que perdonar á quienes nos ofenden, sino que debemos amarles, devolviéndoles bien por mal. Nuestro amor se ha de extender á todos, á los buenos y á los malos, pues, amándoles, vuelven éstos al camino de la virtud...

Al llegar á este punto, Quilón pensó que tenía suficientes motivos para sospechar que había perdido el tiempo tratando de convertir en homicida á Oso; pero le sirvió de consuelo la convicción de que, profesando también Glauco la doctrina de Cristo, que prohibía hacer daño al prójimo, ningún peligro corría de dejar entre sus manos el pellejo.

Por su parte, el joven tribuno había modificado ya su primer juicio respecto á la novedad de la doctrina. «Hay algo nuevo en las palabras de ese hombre, se decía; pero ¿qué Dios es el suyo?; ¿qué doctrina es esa?; ¿á qué pueblo se refiere?» Parecía absurda una religión que ordenaba amar así á los romanos como á los partos, á los egipcios, á los griegos, á los galos y á los bretones; así á los bienhechores como á los enemigos; pero al mismo tiempo comprendía que tal locura tenía una fuerza de expansión que no se hallaba en ningún sistema filosófico. La rechazaba desde el fondo de su corazón, y, sin embargo, sentía que de ella, como de un campo de nardos, se exhalaba embriagadora fragancia, un aroma místico que una vez aspirado debía de hacer olvidar todo lo demás é infundir sed insaciable de lo Infinito... Ante sus atónitos ojos se abrían nuevos caminos, regiones inexploradas, un mundo desconocido. Aquel cementerio trajo á las mientes del joven patricio la idea de un refugio de orates, pero también la de un lugar misterioso é imponente, donde germinaba un nuevo ideal. Las palabras del Apóstol sobre la vida, la verdad y el amor á Dios, que tenía clavadas en el pensamiento, le habían dejado como deslumbrado, de la misma suerte que deslumbró un relampagueo incesante. Mas absorbido todo su ser por la pasión amorosa, á través de esta pasión veía todas las cosas, y de cuanto veía y escuchaba sacó en conclusión que si Ligia se hallaba en el cementerio, si Ligia profesaba tal doctrina, no le amaría jamás. Y sintió por primera vez desde que la vió en casa de Aulo que entre él y su amada se abría un abismo; y se conurbó de tal manera que todas sus ideas y sentimientos dege-

neraron en un odio feroz contra los cristianos, y en especial contra el anciano venerable que les dirigía la palabra y que á Vinicio se le antojaba en aquel momento el Hado terrible trazándole con mano inexorable el camino de su porvenir.

Echaron á la hoguera más teas; el viento quedó dormido y callado entre las ramas de los pinos; la llama ascendía hacia las estrellas que titilaban, y el anciano se puso á explicar la muerte del Redentor. Los fieles contenían la respiración en términos que se percibían los latidos de los corazones. Aquel hombre había visto... y relataba lo que estaba vivo y presente en su memoria.

Explicaba que, muerto Jesús, después de haber abandonado el Santo Madero, estuvieron él y Juan dos días y dos noches sin comer ni dormir, presa de inefable dolor, abatidos y aterrados, no pudiendo convencerse de que hubiese expirado. Al tercer día, después de amanecido, presentóse de improviso María Magdalena casi sin aliento y suelta la cabellera, gritando: «¡Nos han robado al Maestro!» Echaron á correr; Juan, que era el más joven, iba delante y encontró el sepulcro vacío; no se atrevió, sin embargo, á traspasar sus umbrales. Reunidos los tres, entraron. Estaba allí el sudario, sobre la piedra; pero no el cuerpo. Creyeron al principio que los sacerdotes judíos se lo habían llevado y regresaron á casa aún más agobiados por el dolor. Llegaron poco después otros discípulos, y todos á coro unas veces para mejor ser oídos del Rey de los Cielos, cada uno de por sí otras, pusieronse á lamentar amargamente su decepción. Confiaban en que el Divino Maestro rescataría al pueblo de Israel y ¡he aquí que había llegado el tercer día de su muerte y empezaban á perder la esperanza!

El recuerdo de aquellos angustiosos momentos hizo brotar de los ojos del anciano dos lágrimas que brillaron á la luz de la hoguera al deslizarse por su barba gris. Su venerable cabeza calva temblaba sobre los hombros y la voz le expiró en la garganta. Vinicio pensó: «Este hombre dice la verdad.» Los fieles habían oído contar otras veces la Pasión y Muerte de Cristo y no ignoraban que el júbilo seguiría á la tristeza; pero como el que hablaba era un Apóstol, testigo presencial de los hechos, se sentían más hondamente impresionados y se retorcián las manos sollozando ó se golpeaban el pecho.

El anciano cerró un instante los ojos como para ver mejor el pasado impreso en el fondo de su alma, y prosiguió la dra-

mática narración diciendo que mientras de esta suerte lamentábanse, desconsolados, los Apóstoles, reapareció María de Magdala gritando: «¡He visto al Señor!»

Por el pronto, á causa de la gran claridad que le rodeaba, no habia acertado á reconocerle; pero Él dijo: «¡María!» y entonces ella, cayendo á sus pies, exclamó: «¡Rabbi!» El Señor ordenóle entonces que fuera en busca de los discípulos para contarles lo acaecido, y desapareció. Los Apóstoles no dieron crédito á las palabras de María Magdalena, y como la viesen llorar de alegría, la vituperaban unos, mientras pensaban otros que el dolor le habia perturbado la razón, pues además aseguraba haber visto ángeles sobre el sepulcro, y al tornar allá los Apóstoles encontráronlo vacío. Pero, ya anochecido, Cleofás regresó de Emmaüs con otro discípulo, y dijo: «El Señor ha resucitado». Y mientras estaban departiendo y disputando, á puerta cerrada para no ser oídos de los judíos, sin que los goznes de ésta rechinaran, apareció entre ellos Jesús, diciendo: «La paz sea con vosotros.»

Después de larga pausa, Pedro reanudó el discurso con estas palabras:

—Y yo le vi, como le vieron todos los demás discípulos, y nuestros corazones se inundaron de la luz que irradiaba su cuerpo, y tuvimos ya la evidencia de que habia resucitado. Y los mares se secarán, y los montes se desharán convertidos en polvo; pero su gloria resplandecerá por toda la eternidad.

Y continuaba el Apóstol refiriendo aquellos prodigiosos acontecimientos.

—Transcurridos ocho días, Tomás Didimo puso el dedo en las heridas abiertas del Señor, y le tocó el costado, y cayó acto continuo á sus pies, exclamando: «¡Señor! ¡Señor! ¡Dios mío!» y Él le dijo: «Por que has visto, Tomás, has creído; bienaventurados aquellos que han creído sin haber visto.» Y oímos nosotros estas palabras, y vieron nuestros ojos á quien las pronunciaba, porque Él estaba con nosotros.

Escuchábale Vinicio atentamente, y por más que rechazara la doctrina y no diera fe absoluta al relato, no podia menos de reconocer que solo por defecto de ceguera intelectual ó por vanos empeños de contradicción era lícito suponer mentira cuanto aquel hombre venerable decia. La firmeza con que pronunciaba: «he visto», la sinceridad de su honda emoción, sus lágrimas,

el mismo continente de su persona, aun los pormenores del hecho que relatava, eran garantías irrecusables de veracidad.

Momentos hubo en que el tribuno creyó estar soñando; pero desvaneciasele esta ilusión casi repentinamente al ver extendida por el recinto del cementerio la muchedumbre silenciosa, al percibir el tufo de las linternas, al contemplar como brillaban las teas encendidas, y, erguido junto á la hoguera, de pie sobre improvisado y tosco púlpito de piedra, á un anciano digno de respeto y veneración, de cabeza trémula, que atestiguaba hechos, diciendo: «yo los he visto.»

Y entanto, el Apóstol llegó al prodigio de la Ascensión. De cuando en cuando callaba para tomar aliento, pues enriquecía el relato maravilloso con multitud de detalles, todos los cuales estaban grabados en su memoria como en piedra. Los que le escuchaban sentíanse transportados, imaginando que una fuerza sobrehumana les habia llevado á Galilea y que acompañaban á los discípulos á través de los bosques y por encima de los lagos; que el cementerio donde se hallaban habiase transformado en el Mar de Tiberiades y que en la ribera, entre la niebla matinal, estaba de pie Jesús, de la misma manera que cuando Juan, mirándole desde la barca, dijo: «He aquí al Señor», y Pedro púsose á caminar por encima de las aguas para llegar más pronto á sus adorados pies.

Reflejábase en todos los semblantes el éxtasis, el olvido de la existencia terrena, la felicidad, un inmenso amor. Durante la larga narración de Pedro, algunos tuvieron visiones, y al describir la Ascensión del Señor, todos los rostros se volvieron al cielo con la esperanza de que Cristo descendería á contemplar como el Apóstol apacentaba á sus ovejas; á bendecirle á él y á su rebaño. Para toda aquella gente no existían á la sazón ni Roma, ni el César omnipotente y sanguinario, ni los templos con los dioses paganos... Sólo existía Cristo, que llenaba la tierra, el mar, el cielo, el universo entero...

En las casas lejanas esparcidas á lo largo de la vía Nomentana cantaron los gallos. Era media noche. Quilón tirando del manto á Vinicio, cuchicheó:

—Señor, allí, no lejos del anciano, veo á Oso con una joven al lado.

Vinicio se sobresaltó cual si le despertaran repentinamente de profundo sueño, y, mirando en la dirección que le indicaba el griego, vió á Ligia.

XI

El joven patricio se llevó la mano al corazón, adonde había afluído una oleada de sangre. ¡Por fin lograba verla! La muchedumbre y el anciano desaparecieron de su vista; olvidóse de cuantas cosas incomprensibles acababa de oír; absorbióle Ligia inteligencia, sentimientos, voluntad... ¡Después de tantas ansias, de tantos esfuerzos, congojas y sufrimientos, había logrado encontrarla! Por primera vez en su vida se hacia cargo de que el júbilo podía desgarrar el pecho y oprimirlo hasta el punto de causar angustiosa sofocación. ¡El! que había llegado á imaginarse que la Fortuna tenía el deber de servirle satisfaciéndole todos los caprichos, apenas osaba creer ahora en sus propios ojos; dudaba de su dicha. Esta incredulidad impidió que su natural intemperante y fogoso se desbordara llevándole á cometer una imprudencia. Dudando estuvo algunos instantes si era realidad el hallazgo de Ligia ó si, por el contrario, se trataba de una visión, de uno de aquellos prodigios de que le había llenado la cabeza el discurso del venerable anciano. ¡Mas, no! ¡Era Ligia, y de ella le separaban sólo algunos pasos!

La llama de la hoguera la iluminaba por completo; había dejado caer el velo que le cubría la cabeza, y con los cabellos en desorden, los labios entreabiertos, los grandes ojos azules clavados en el Apóstol, tenía la expresión del éxtasis. Vestida con sencillo traje de lana obscuro, cual humilde plebeya, jamás pareció tan hermosa á Vinicio, quien, no obstante su agitación interior, notó con asombro el raro contraste que ofrecía la corrección de líneas de la delicada testa patricia de la muchacha con aquel vestido burdo y pobre que la asemejaba á una esclava. La llamarada de amor corría por todo su cuerpo, amor inmenso, mezcla extraña de tristeza, respeto, adoración y tormento. Mirándola, sentía inefable dulzura y no se saciaba de contemplarla, como el viajero que apaga sed abrasadora, sufrida largo tiempo, en fuente cristalina. Al lado del gigantesco Oso, le pareció á Vinicio más pequeña que antes, casi una niña. Había enflaquecido algo. Su tez tenía una transparencia como espiritual, y su continente le produjo al patricio la singular impresión de una flor que envolviera un alma.

Cuanto más la contemplaba más crecía su deseo de poseerla, pues aquella espiritualidad la diferenciaba principalmente de cuantas mujeres había conocido en Oriente y en Roma; y así habría continuado contemplándola, y en esta contemplación se habría embriagado, si Quilón, temeroso de que una imprudencia del joven patricio despertara sospechas en los que les rodeaban, no le hubiese tirado del manto.

Los cristianos á la sazón cantaban á coro una plegaria. Poco después el Apóstol empezó á bautizar, con el agua de la fuente, á los que le presentaban los presbíteros como dignos de recibir este sacramento. A Vinicio le parecía interminable aquella noche. Por fin, empezaron á salir del cementerio los fieles.

—Vámonos, señor—susurró Quilón.—Sin duda por no habernos descubierto, hay quien nos observa.

Fuera del recinto amurallado, se colocaron en sitio desde donde pudieran ver bien á los que salían, por más que no era difícil descubrir á Oso, dada su gigantesca estatura.

—Siguiéndolos—dijo Quilón—veremos dónde se meten, y mañana .. mejor dicho, hoy, haciendo tomar todas las salidas de la casa por tus esclavos, podrás apoderarte de la muchacha tan guapamente.

—No—contestó Vinicio.—Entraremos tras ella y nos la llevaremos sin demora. Con que ya sabes lo que te toca, Crotón.

—Sí—dijo éste—y consiento en ser tu esclavo si no hundo las costillas á ese búfalo que la custodia.

Quilón trató de disuadirle de este propósito.

—Hemos traído á Crotón—observó—para que nos defienda caso de ser descubiertos y agredidos; mas no para apoderarnos de la muchacha. El intento es arriesgado y puede costaros la vida; además de que os exponéis á que se escape de nuevo la presa y busque otro refugio ó huya de Roma. ¿Por qué no asegurar el golpe?; ¿por qué comprometer tontamente el éxito de la empresa?

Si bien el patricio tuvo que contenerse en el cementerio para no echarse sobre Ligia y llevársela, comprendió que al griego le asistía razón y hubiera seguido acaso su consejo á no intervenir el atleta movido por la codicia de la recompensa.

—Señor—dijo—manda á ese majadero que se calle ó le rompo los hocicos de un puñetazo. Una vez, hallándome en Bussento, para tomar parte en ciertos espectáculos organizados por Lucio Saturnino, cayeron sobre mí juntamente siete gladiado-

res borrachos, y no quedó uno con las costillas sanas. No digo yo que debamos apoderarnos de la chica en seguida, pues la muchedumbre podría rompernos la cabeza á pedradas; pero en cuanto haya entrado en su casa, la cojo sin más contemplaciones y la llevo adonde te plazca.

— Así se hará, ¡voto á Hércules! — exclamó gozoso Vinicio.

— Mañana acaso no la halláramos. Bastaría la sospecha de haber sido expiados para que escondieran á Ligia en sitio más seguro.

— El gigante ese — añadió suspirando el griego — me parece hombre terriblemente forzado.

— Puedes estar tranquilo. No tendrás que sujetarle con tus brazos — replicó Crotón.

Continuaba lentamente el desfile de los cristianos. Los gallos saludaban ya el nuevo día cuando salieron Oso y Ligia acompañados de algunas personas, entre las cuales Quilón reconoció al Apóstol. Iban con éste, además, otro anciano, de estatura mucho más baja, dos mujeres entradas en años y un muchacho que les alumbraba los pasos con una linterna. Este grupo era seguido por unos doscientos cristianos, con los cuales se mezclaron Vinicio, el griego y Crotón.

— Observa, señor — decía el filósofo. — Tu virgen se halla bajo una poderosa protección. Es nada menos que el gran Apóstol quien va á su lado. Mira como se hincan todos de hinojos á su paso.

El patricio, cediendo á las insistentes súplicas de Quilón, le entregó, mientras iban caminando, para animarle á proseguir la empresa, la bolsa que la tarde anterior le había hecho dejar encima de una mesa. Al griego, á quien esto, le produjo el efecto de un cordial, continuó discurrendo alegremente.

— No pierdo la esperanza — decía — porque Hércules y Teseo realizaron mayores proezas y no se puede negar que mi queridísimo amigo Crotón es un verdadero Hércules. A ti, excelso tribuno, no te llamaré semidios porque, á mi entender, eres un dios hecho y derecho, y confío en que tu liberalidad me sacará para siempre de apuros... No es mucho lo que me hace falta puesto que yo, cuando me engolfo en la lectura de mis libros, olvido todo lo demás... Una casita con un reducido pórtico para tomar el fresco en verano y su poco de jardín satisfarían todas mis ambiciones... Mientras vosotros llevaréis á cabo esta singular y atrevida empresa, yo, desde lejos, impetraré la protección de Júpiter, y, caso de que os amenace algún riesgo, gritaré

de manera que acudirá á socorrerlos medio Roma... La verdad es que me siento fatigado... Si Crotón, no menos generoso que atlético, colocándose sobre la planicie de sus hombros, se dignase llevarme á cuestras hasta las puertas de la Ciudad, conseguiría tres cosas: en primer término, tantearía sus fuerzas para averiguar si están en disposición de llevar á la muchacha; en segundo lugar, imitaría á Eneas, y, por último, se captaría la benevolencia de todos los dioses, con lo que podría quedar tranquilo respecto al éxito de la empresa.

— Preferiría llevar una oveja muerta de un mes — contestó el tribuno. — Pero si me das la bolsa que te ha entregado el tribuno, ningún inconveniente tengo en descansar tus piernas.

— ¡Así te rompas el dedo gordo del pie! — exclamó el griego.

— ¿Ese es el fruto que has sacado del sermón de aquel respetable anciano? ¡Pues qué! ¿No te ha probado como dos y tres son cinco que la piedad y la pobreza son virtudes fundamentales? ¿No te ha dicho que tienes el deber de amarme?... Veo que no será posible hacer de ti ni un cristiano á medias, y que antes penetrará el sol por los muros de la cárcel Mamertina que la verdad en tu cráneo de hipopótamo.

El atleta, dotado de enorme fuerza brutal, pero desprovisto de todo sentimiento humano, respondió:

— Ténlo por seguro. ¿Cristiano yo?... ¡jamás! No quiero privarme de los medios de ganarme el pan...

— Si tuvieses un conocimiento meramente superficial de la filosofía, sabrías á estas fechas que el oro es pura vanidad.

— Ponte al alcance de mis puños con tu decantada filosofía, y pronto sabrás, gracias al capirotazo que te daré en el vientre, cual es la mejor.

— No habría contestado con más profundidad el mismísimo Aristóteles — concluyó el griego.

Amanecía. La luz indecisa del alba daba á todos los objetos un tono pálido, y los árboles, los edificios, los monumentos sepulcrales esparcidos á lo largo de la vía, surgían de las sombras, destacándose con limpieza de contornos. Los campesinos conducían en mulos y asnos las hortalizas á la Ciudad; rechinaban las ruedas de los carros en que era transportado el ganado para el abastecimiento público; ligerísima niebla, nuncio de tiempo espléndido, flotaba sobre la campiña, y las figuras humanas, envueltas por esta niebla, ofrecían fantástico aspecto. Vinicio no apartaba la vista de Ligia.

— Señor — le dijo Quilón, estando ya cerca de las murallas — te ofendería si pensase que tu munificencia puede tener límites; mas ahora, después de haberme remunerado, no sospecharás que me incita el interés personal. Oye, pues, mi consejo. En cuanto sepas donde vive la hermosa Ligia, corre á tu casa y vuelve con esclavos; no des oídos á ese mentecato de Crotón, el cual se ha empeñado en robar á la muchacha para tener luego derecho á exprimir tu bolsa, como se exprime la cuajada para la elaboración del queso.

Al llegar á las puertas de Roma presenciaron un hecho asombroso. Dos pretorianos se postraron á los pies del Apóstol y éste les bendijo con la señal de la cruz. A Vinicio ni siquiera se le había venido á las mientes que pudiese haber cristianos entre los soldados; mas entonces tuvo que reconocer que la nueva doctrina se propagaba de día en día, de la misma manera que en una población incendiada las llamas se extienden de un edificio á otro con rapidez portentosa.

Al atravesar los solares contiguos á los muros de la Ciudad los cristianos se dispersaron en varias direcciones, y á Vinicio y sus acompañantes les fué preciso redoblar la cautela para no infundir sospechas. Quilón, quejándose del reuma y de tener llagas en los pies, quedábase á la zaga, sin ninguna oposición por parte del patricio, quien pensaba que de poco les había de servir un ente tan cobarde. Así anduvieron hasta el Tiber.

Estaba á punto de salir el sol cuando se disgregó también el grupo en que iba Ligia. El Apóstol, con una anciana y el muchacho que llevaba la linterna, tomaron por la orilla del río, mientras que el viejo de baja estatura, Oso y Ligia se metían en una callejuela, y, andados un centenar de pasos, entraban en el vestibulo de una casa en la que había dos tiendas: de aceites una y de pájaros la otra.

El griego, que seguía á respetable distancia á Vinicio y á Crotón, paróse de pronto y les llamó; entrambos retrocedieron para ponerse de acuerdo. El patricio ordenó al filósofo que fuese á ver si la casa tenía salida por otro lado, y éste, sin acordarse más del reuma ni de las llagas, echó á correr de manera que parecía llevado por las alas de Mercurio, y estuvo luego de vuelta.

— No — dijo — no hay más puerta que ésta.
Y, juntando las manos en actitud de súplica, añadió:

— En nombre de Júpiter, de Apolo, de Vesta, de Cibeles, de Isis y de Osiris; en nombre de Mitra, de Baal y de todos los dioses del Oriente y del Occidente, yo te conjuro ¡oh señor! á que no llesves á cabo tus descabellados propósitos... Escúchame...

Calló súbitamente, espantado por haber visto relucir los ojos de Vinicio como los de un lobo. Bastaba mirarle para comprender que nadie, ni nada, le detendría ya. Crotón aspiraba el aire á grandes bocanadas, ensanchando hasta lo indecible su pecho hercúleo, y movía á derecha é izquierda, pausadamente, la cabeza, cual oso enjaulado.

— Entraré el primero — dijo.

— ¡Sigüeme! — ordenó Vinicio con voz de mando.

Y desaparecieron en un oscuro corredor.

Quilón no paró hasta la esquina más próxima, donde se puso ansiosamente en acecho.

XII

En cuanto hubieron traspasado los umbrales de la casa comprendió Vinicio todas las dificultades del intento. Era aquel un vasto edificio de varios altos, una de aquellas inmensas construcciones romanas con docenas de chiribitiles destinados á viviendas de familias pobres. Por regla general, construíanse estas casas aprisa y corriendo, y no pasaba año sin que alguna se derrumbase aplastando á los infelices inquilinos.

En una ciudad donde muchas calles no llevaban nombre, no es de extrañar que tales casas no tuviesen número. Sus dueños confiaban á esclavos el cobro de los alquileres, y como no estaban obligados á declarar ante las autoridades los nombres de los inquilinos, era muy frecuente que los ignorasen y difícil averiguarlos, especialmente cuando en la casa no había porteros.

Vinicio y Crotón, después de haber atravesado el oscuro corredor, se encontraron en un patio de no grandes dimensiones, especie de atrio común á todo el edificio, en cuyo centro una fuente arrojaba cristalino chorro de agua en tosca pila. Arrancaban de este patio las escaleras, en parte de piedra, en parte de madera, que conducían á las galerías en que se alineaban los cuartos superiores. En la planta baja había también

numerosas habitaciones, cerradas unas con puertas de madera, otras simplemente con sucias y andrajosas cortinas. Dormían todavía los inquilinos, exceptuando los que acababan de regresar del Ostriano.

— ¿Qué hemos de hacer, señor?— preguntó Crotón parándose.

— Esperemos aquí— contestó Vinicio.— Alguien se dejará ver... y conviene que no nos vea á nosotros.

Al patricio se le alcanzó entonces cuán atinadas eran las advertencias de Quilón. A disponer de unos cincuenta esclavos, habría podido hacer guardar la puerta y registrar todas las habitaciones, mientras que ahora, si no daba en seguida con la de Ligia, exponíase á malograr la empresa, pues no le cabía duda de que al menor grito de alarma saldrían los cristianos, que necesariamente habían de ser numerosos en aquella colmena, é impedirían el rapto, haciéndoles trizas á él y á Crotón en caso necesario. Estaba ya dispuesto á volver sobre sus propios pasos para ir en busca de esclavos, cuando se levantó una cortina, y, con un lebrillo en la mano, apareció Oso que se dirigía á la fuente.

— ¡Es el ligio!— susurró el tribuno.

— ¿He de romperle las costillas en el acto?— preguntó Crotón.

— Espera.

Oso no advirtió su presencia, pues se hallaban en la obscuridad del corredor. Púsose á lavar las hortalizas que llevaba en el lebrillo, y, terminada la faena, volvióse por donde había venido. Vinicio y Crotón se arrojaron tras él, creyendo entrar en la habitación de Ligia; mas ¡cuál no sería su sorpresa al encontrarse en otro corredor, todavía más obscuro, que conducía á un jardín sombreado por mirtos y cipreses, y en el cual se levantaba una casita, arrimada al muro del fondo!

Bien echaron de ver entrambos que favorecía sus intentos esta circunstancia, pues á vivir Ligia en uno de los chiribitiles que daban al atrio común difícilmente hubiesen evitado que los demás inquilinos notaran lo que ocurría. En el jardín contaban con el aislamiento. Nada más sencillo, pues, que desahacerse de Oso, coger á la doncella y salir.

El ligio estaba á punto de entrar en la casita, cuando el ruido de pasos le llamó la atención. Volvióse, y al encontrarse con los dos hombres, se detuvo, dejó el lebrillo en el umbral y preguntó:

— ¿A quién buscáis?

— ¡A ti!— contestó Vinicio.

Y, dirigiéndose á Crotón, añadió:

— ¡Mátalo!

El atleta saltó como un tigre, y sin dejar tiempo al ligio para darse cuenta de la situación, lo estrechó entre sus brazos de acero.

Enteramente confiado Vinicio en la fuerza hercúlea de Crotón, no esperó el resultado de la lucha. Dirigióse casi corriendo á la casita, y, empujando la entornada puerta, hallóse de buenas á primeras con Ligia en una modesta estancia iluminada por los resplandores rojizos del fuego que ardía en el hogar. Estaba con ella el anciano que había venido acompañándoles desde el cementerio. Antes que pudieran reponerse de la sorpresa, el tribuno cogió á la doncella, cual si fuera una pluma, y salió, rechazando violentamente al anciano que trató de oponerse al rapto. Con el movimiento brusco que para esto hizo le cayó la capucha, quedándole enteramente descubierto el rostro. A Ligia se le heló la sangre en las venas al reconocerle; trató de pedir socorro, pero la voz le expiró en la garganta; procuró entonces agarrarse á las jambas, y sus dedos sólo rozaron la piedra; y hubiese perdido los sentidos á no sacudirle violentamente los nervios el horroroso espectáculo que se ofreció á su vista.

Oso apretaba entre sus brazos el cuerpo de un hombre con la cabeza colgante y teñida en sangre la boca. Al ver á Vinicio con Ligia, asestó un último puñetazo al cráneo del atleta y se arrojó, como fiera herida, sobre el segundo enemigo.

— ¡Estoy perdido!— pensó el joven patricio. Luego oyó, como en sueños, una voz que decía: «¡No le mates!» y sintió que le abrían los brazos con los que tenía enlazada á la doncella... Después se le nublaron los ojos y perdió el sentido.

Quilón, agazapado en la esquina, esperaba el resultado de los acontecimientos.

— Si es feliz el éxito— decía para su colete— bueno será que Vinicio no me halle lejos de aquí.

Urbano no le daba que temer, bien seguro de que Crotón lo haría trizas del primer puñetazo.

— Pero si se alarmase la gente y pusieran en aprieto á Vinicio, proseguía diciendo, les dirigiría la palabra, presentándome

como autoridad encargada de cumplir órdenes del César, y excusado es decir como me recompensaría el tribuno este servicio. En último extremo, reclamaría el auxilio de los guardias de seguridad ó de los pretorianos...

Pero el tiempo iba pasando y Quilón empezó á sentir cierta inquietud.

— Si no dan en seguida con el nido — dijo — pondrán sobre aviso á los cristianos y escapará el pájaro.

Esta suposición le halagó, porque echó de ver en seguida que el fracaso de la empresa podría constituir para él nueva fuente de recursos, ya que sería preciso reanudar las pesquisas para encontrar el nuevo refugio de la doncella.

— Ocurra lo que quiera — pensó — esos dos trabajan en beneficio mio, sin que lo sospechen... ¡Oh, dioses!... ¡Concededme nada más!...

No continuó, porque estando en este punto de sus reflexiones vió asomar á la puerta de la casa la cabeza de un hombre que miraba alternativamente á uno y otro lado de la calle. No pudo distinguir su fisonomía.

— ¿Será Vinicio ó Crotón? — discurrió. — Pero si ya se han apoderado de la joven ¿por qué ésta no grita?; ¿y por qué inspeccionan la calle? De todas maneras alguien les ha de ver, puesto que antes de llegar á las Carinas estará despierta toda la Ciudad. ¿Qué pasa, pues? ¡Por los dioses inmortales!...

Súbitamente los pocos pelos que tenía en la cabeza se le erizaron. Acababa de aparecer en la puerta Oso llevando en hombros el cuerpo inerte de Crotón, y después de haber dado otra mirada escrutadora á lo largo de la calle, se dirigió corriendo hacia el río.

Quilón se comprimió contra el muro.

— ¡Si me ve, me mata sin remisión! — dijo para sí.

Pero Oso, sin advertir su presencia, desapareció tras la casa contigua. El griego echando á correr entonces, como alma que lleva el diablo, no paró hasta el fondo de un callejón sin salida.

— Si al volver me descubre y logra darme caza, estoy perdido sin remisión — pensó. — ¡Salvame, oh Júpiter! ¡Venid en mi ayuda Apolo, Mercurio!... ¡Ten piedad de mí, Dios de los cristianos!... ¡Saldre de Roma para siempre! ¡Me iré á Mesambria! Pero libradme de caer en las garras de ese demonio...

Antojábasele que el ligio, por haber dado muerte á Crotón, era un ser sobrenatural, un dios que había tomado la figura de

un bárbaro. Creía en aquel momento en todas las divinidades, y hasta llegó á sospechar que el atleta había sido muerto por el Dios de los cristianos. Sólo después de haber recorrido algunas callejuelas y encontrado á varios obreros que se dirigían al trabajo logró tranquilizarse. Falto de aliento, sentóse en el umbral de una casa y se enjugó con el borde del manto el sudor que le corría por la frente.

— Soy viejo y tengo necesidad de descanso — gimió.

Los obreros, que venían en dirección contraria, torcieron por una calle transversal, y de nuevo el griego se encontró solo. La Ciudad aún dormía. En los barrios aristocráticos, donde los esclavos tenían que levantarse al amanecer, empezaba la animación muy temprano, pero en aquellos otros en que vivía la población libre y ociosa, sustentada á expensas del Estado, la gente despertaba muy tarde, especialmente en invierno.

Quilón, á poco de estar sentado, sintió frío, y asegurándose de que durante la carrera no se le había caído la bolsa que Vinicio le entregara, se levantó y encaminóse derechamente hacia el río.

— Quizás — decía para sus adentros — veré aún el cadáver del atleta. ¡Oh, dioses inmortales! Si aquel ligio es realmente de carne y hueso, podría ganarse en el espacio de un año algunos millones de sextercios. Si ha despanzurrado á Crotón no tiene rival, y por cada victoria en la arena le darían tanto oro como pesa. No se hallaría en todo el orbe mejor Cerbero para guardar á esa muchacha. No quiero habérmelas con él... ¡tiene las manos demasiado duras!... ¿Qué va á ser de ti ahora, Quilón Quilónides?... ¡Qué negra suerte la tuya!... Si ese gigante ha triturado los huesos de Crotón, no hay duda que el alma de Vinicio vaga ya en torno de aquella casa maldita esperando los funerales. Y ¡por Cástor! que el trance es duro, pues se trata de un patricio, de un amigo del César, de un pariente de Petronio, de un hombre conocido en todo Roma, de un tribuno militar. No quedará impune su muerte... ¿Y si fuese á denunciar el hecho á los pretorianos ó á los guardias?... Pero no ¡ay desdichado de mí! ¿Pues quién, si no yo, le condujo á aquella casa? Libertos y esclavos saben cuán á menudo le visitaba, y de muchos es conocido el objeto de mis visitas. ¿Y qué será de mí si sospechan que le he preparado una celada?... Se trata de un patricio, y en modo alguno podré librarme del castigo. Si huyo de Roma no haré más que aumentar las sospechas...

Comprendió el griego que era imprudente llamar la atención de los guardias sobre su persona, y que si desaparecía de la Ciudad, Petronio le haría buscar, si preciso fuere, en los confines del Imperio. Entonces se le ocurrió que el mejor partido era encaminarse á donde se encontraba el *Arbitro* y contarle lo ocurrido, pues estando en antecedentes, daría más fácilmente crédito al relato que los funcionarios públicos. Pero antes de ir en su busca era preciso saber con exactitud lo que le había pasado á Vinicio, y Quilón lo ignoraba. Podía haber sido asesinado el tribuno; pero podía también estar simplemente herido ó cautivo. Y entonces se le ocurrió que los cristianos no habrían llevado su audacia hasta el punto de matar á un personaje tan poderoso, pues con ello se exponían á provocar una persecución general. Lo más probable era que trataran únicamente de retenerle, mientras ocultaban á la virgen cristiana en lugar más seguro.

— Si el terrible dragón ligio — pensaba — no lo ha convertido en picadillo de buenas á primeras, vive; y si vive, él mismo atestiguará que no hubo traición por mi parte, y entonces, no solamente nada tengo que temer, sino que ¡oh, Hermes! te prometo por segunda vez las dos terneras), nuevos horizontes dorados se abrirán ante mí. ¡Bah! Lo que yo debo hacer es dar cuenta de lo ocurrido á Demas, el liberto de Vinicio, y que él se las componga como quiera, refiriendo ó no el hecho á las autoridades. Luego marcharé adonde esté Petronio y aprovecharé la ocasión para obtener una nueva recompensa... He buscado y encontrado á Ligia; ahora le toca el turno á Vinicio, y luego... vuelta á empezar con Ligia... Pero, ante todo, es preciso que sepa si el tribuno está vivo ó muerto.

Cruzóle por la mente la idea de dirigirse al anochecer á la tahona de Demas, á fin de interrogar á Oso; pero la desechó inmediatamente, movido por un muy natural recelo. ¿No era probable que el ligio hubiese confiado á personas de autoridad entre los cristianos su propósito de matar á Glaucó y que éstas, al disuadirle de llevarlo á cabo, le abrieran los ojos respecto á las aviesas intenciones de quien se lo sugirió? Además, el solo recuerdo de Oso llevando en hombros el cadáver de Crotón le hacía temblar como un azogado. Últimamente pensó valerse de Euricio para averiguar lo acontecido; pero como la noche pasada en vela, la expedición al Ostriano y las fatigas de la desenfrenada carrera por callejuelas y callejones le habían rendido y

extenuado, decidió comer, bañarse y descansar antes de poner su plan en práctica.

No obstante sus cuitas, infortunios y espantos, tenía un poderoso motivo para regocijarse: el haberle provisto Vinicio abundantemente de dinero. Así, pues, apenas se abrieron las tabernas, metióse de rondón en una, y comió y bebió tan sin medida que, habiéndole entrado ganas de dormir, fué á su casa ahito y tambaleándose. Abierta la puerta por el esclavo comprado con el dinero de Vinicio, dirigióse al *cubiculo*, y, cayendo como una piedra sobre el lecho, quedóse profundamente dormido.

Despertóle por la tarde el esclavo para decirle que le esperaba un hombre, el cual tenía que hablar con él de un asunto urgente.

El griego se desperezó en seguida, echóse sobre los hombros un manto con capucha, y, dirigiendo una mirada escrutadora á la puerta del *cubiculo*, percibió la figura gigantesca de Oso.

Frio glacial invadióle todo el cuerpo y dejó de latirle el corazón. Durante un buen espacio de tiempo no pudo articular palabra; por fin, castañeteándole los dientes, logró decir:

— ¡Livo!.. no estoy en casa... No conozco á ese hombre...

— Le he dicho ya, señor, que estabas y que dormías — contestó el esclavo — y se ha empeñado en que te despertara.

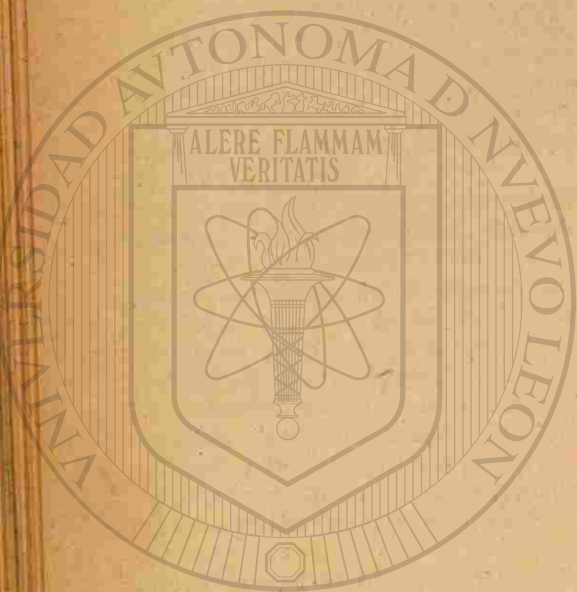
— ¡Oh, dioses! Dile...

Oso, cansado de esperar, se aproximó é inclinándose introdujo la cabeza en el *cubiculo*:

— ¡Quilón Quilónides! — dijo.

— ¡*Pax tecum!* ¡*Pax!* ¡*Pax!* — gritó el filósofo. — ¡Oh, tú, el más virtuoso de los cristianos! Si, si... Soy Quilón, sin duda... Pero has sufrido un error, seguramente... ¡Yo no te conozco!...

— ¡Quilón Quilónides! — repitió Oso. — Vinicio, tu señor, ordena que te vengas conmigo adonde él está.



TERCERA PARTE

I

Terrible punzada hizo volver en sí a Vinicio, quien, al abrir los ojos, se encontró rodeado de tres hombres que sobre él estaban inclinados. En uno reconoció a Oso; en otro al viejo que había querido oponerse al rapto de Ligia; el tercero, que le era desconocido, le palpaba el brazo y le producía tan agudos dolores, que el tribuno, creyéndose víctima de refinada venganza, dijo con los dientes apretados:

—¡Acabadme de matar!

Ninguno de los tres hombres le contestó, sea porque no entendieran estas palabras, sea porque las creyeran hijas del delirio.

Oso, en cuyo semblante bárbaro se reflejaba en aquel instante la piedad, sostenía un paquete de vendas. El viejo preguntó al que reconocía el brazo de Vinicio:

—Glauco, ¿estás seguro de que la herida de la cabeza no es mortal?

—Segurísimo, venerable Crispo. Al ser arrojado contra el muro por nuestro gigante—y mientras esto decía señalaba al ligio—este hombre tendió instintivamente el brazo y se lo rompió; pero la herida de la cabeza es leve.

—He enviado a Oso por ti porque sé que eres médico experto y que has curado a muchos de nuestros hermanos.

—Por cierto que viniendo hacia acá me ha revelado Oso que ayer estaba dispuesto a matarme.

—En efecto; me dió cuenta de sus propósitos, y yo, que te conozco a fondo y sé cuanto amas a Cristo, le disuadi, haciéndole comprender que no eres tú el traidor, sino el infame desconocido que le instigaba al asesinato.

—Por ángel le tomé y es un espíritu diabólico—dijo Oso suspirando.

—Hablaremos de esto, con más calma, otro día—repuso Glauco;—atendamos ahora á nuestro herido.

Y en tanto, le sujetaba el brazo entre dos tablillas ligeramente combadas que ató luego fuertemente á fin de asegurar su inmovilidad.

Vinicio, que á consecuencia del dolor habia perdido de nuevo el sentido, al recobrarlo vió junto á sí á Ligia, que sostenía una jofaina con agua, en la cual Glauco, de cuando en cuando, empapaba una esponja, con la que refrescaba la cabeza del herido.

—¡Ligia!—susurró.

La jofaina osciló entre las manos de la joven, la cual, dirigiendo al tribuno una mirada llena de piadosa ternura, dijo:

—¡La paz sea contigo!

—Ligia—contestó el patricio—tú has impedido que me mataran....

—¡Dios te devuelva la salud!—replicó ella con dulce acento.

Para Vinicio, que tanto daño habia hecho á la doncella, fueron estas palabras bálsamo de consuelo, y como no estaba en disposición de comprender que eran lógica consecuencia de la doctrina profesada por Ligia, solo vió en ellas la ternura infinita de la mujer amante. Y desfalleció ahora de gozo, como antes habia desfallecido de dolor, imaginando que caía en el vacío, pero suave y apaciblemente, cual si un hada bienhechora le sostuviera...

En tanto, Glauco, lavada la herida de la cabeza, la cubrió con salutarífico unguento, y Ligia, entregando á Oso la jofaina, cogió de encima de la mesa vino mezclado con agua y lo acercó á los labios de Vinicio, el cual bebió con avidez. Terminada la cura, el dolor cesó casi por completo.

—Dame otra vez de beber...—dijo el tribuno con voz desfallecida.

Ligia entró en la habitación contigua para llenar de nuevo el vaso, mientras Crispo, después de breve coloquio con Glauco, se aproximaba á la cama y decia de esta manera:

—Vinicio, Dios no ha permitido que realizaras una mala acción; en cambio te ha conservado la vida para que puedas enmendarte. Aquel ante quien los hombres no somos sino polvo

te ha puesto indefenso en nuestras manos; mas como nuestra doctrina nos ordena perdonar y aún amar á los enemigos, te hemos curado las heridas y ahora rogaremos á Dios que te devuelva la salud. Pero no podemos cuidar de ti por más tiempo. Queda en paz, y medita, cuando estés solo, si es justo que continúes persiguiendo á Ligia, á quien has privado de hogar y de protectores, y que nos hagas daño á nosotros que te hemos devuelto bien por mal.

—¿Queréis, pues, echarme?—preguntó Vinicio.

—No. Queremos simplemente dejar esta casa, para sustraernos á la persecución del Prefecto de la Ciudad. Tu compañero ha sido muerto; tú herido. No somos culpables; mas no por esto dejaría de caer sobre nuestras cabezas todo el rigor de la ley.

—No temer las persecuciones. Quedáis bajo mi protección.

Crispo no quiso contestarle que desconfiaban de él, y prosiguió diciendo:

—Señor, tienes sana la mano diestra; he aquí tablillas y estilo; escribe á tus servidores que vengan esta tarde con la litera para trasladarte á tu casa. Ésta es la de una pobre viuda que no tardará en regresar con su hijo y que se encargará de entregar la carta mientras nosotros andamos en busca de nuevo refugio.

El tribuno palideció, pues desde luego se hizo cargo de que si llevaban á cabo su resolución se exponía á perder á Ligia para siempre. Deseaba, además, reconciliarse con ella, pedirle perdón por el daño que le habia causado, y no le dejaban tiempo para hacerlo.

Cual náufrago que se agarra á una tabla, formó súbitamente el propósito de retenerla á su lado, aunque no fuera más que por tres ó cuatro dias.

—Escuchadme cristianos—les dijo.—Ayer estuve en el Ostriano con vosotros y oí la exposición de vuestras doctrinas; pero aunque no las conociera, vuestros actos me habrían convencido de que sois gentes honradas y buenas. Decid á la viuda que permanezca sin temor en esta casa, quedaos vosotros, y permitid que me quede yo también. Que diga ese hombre—y señalaba á Glauco al decir esto—si es prudente sacarme hoy de aquí; si este brazo no exige inmovilidad absoluta durante algunos dias... ¡Vaya, os participo que no saldré, á menos que me echéis á la fuerza!

Al llegar á este punto le faltó el aliento é hizo una pausa, que aprovechó Crispo para decir:

— Nadie, señor, hará uso de la fuerza contra ti; pero nosotros marcharemos para ponernos en salvo.

No acostumbrado Vinicio á que se le contradijera frunció el ceño; mas en el acto repuso:

— Nadie se acordará más del atleta á quien vuestro gigante ha estrangulado porque debía hoy marchar á Benevento y todos creerán que ha partido. Nadie nos ha visto entrar en esta casa, exceptuando un griego que nos acompañó al Ostriano. Os diré donde vive é iréis á buscarle á fin de que yo le pueda ordenar que guarde absoluta reserva. Escribiré luego á mi casa que marche á Benevento. Caso de que el griego hubiese ya dado parte del hecho al Prefecto, declararé que he sido yo el matador de Crotón y que él me ha roto el brazo. ¡Os lo juro por los manes de mi padre y de mi madre! Podéis quedaros, pues, con toda tranquilidad. Hacedme venir al griego en seguida; se llama Quilón Quilónides.

— En este caso, señor — dijo Crispo — Glauco quedará aquí, y él y la viuda te cuidarán.

Vinicio puso hosco el semblante y dijo con tono desabrido:

— Buen viejo: atiende á lo que voy á decirte. Agradezco en el alma cuanto por mí has hecho; mas ¿cómo siendo hombre de nobles y honrados sentimientos no te atreves á decirme con franqueza lo que piensas? Temes que ordene á mis esclavos que vengan y se apoderen de Ligia ¿no es cierto?

— Si — contestó Crispo resueltamente.

— Oye, pues. Hablaré á Quilón en presencia vuestra; ante vosotros escribiré la carta en que participe á los de mi casa que marche á Benevento, y vosotros mismos os encargaréis de llevarla. Reflexiónalo bien y no me apures más la paciencia...

Con el rostro contraído por la cólera, prosiguió:

— No quiero negarte que me mueve á permanecer aquí el deseo de verla. Pero no pretendo quitársela por la fuerza... Y ten por seguro que si ella se va me arrancaré los vendajes, rehusaré todo alimento... y la responsabilidad de mi muerte caerá sobre tu cabeza y las de tus compañeros... ¡Ah! ¿Por qué me habéis curado?; ¿por qué no dejarme morir?; ¿por qué no me asesinastéis?

En su pálido rostro se reflejaban la ira y la angustia.

Ligia, que de la estancia inmediata había oído toda la conversación y estaba bien convencida de que Vinicio cumpliría

sus amenazas si le abandonaban, decidió salvarle la vida á toda costa, tanto más cuanto ningún temor le daba el tribuno, quien, por su estado, infundía más bien compasión que desconfianza. Desde el día en que se fugó, Ligia había vivido absolutamente entregada á la oración y á las obras piadosas y de caridad, con el alma llena de ideas y de sentimientos religiosos, haciendo todo género de sacrificios por amor de Dios y del prójimo, convertida en una de aquellas sublimes vírgenes cristianas que con su heroísmo y ardiente piedad transformaron el mundo. No obstante, jamás olvidó á Vinicio, en quien pensaba melancólicamente, rogando á Dios que le concediese la gracia de poder un día devolverle bien por mal, conquistando su alma generosa y ardiente para la fe de Cristo, salvándole del yugo del pecado. Y ¿no parecía que Dios se lo entregaba enfermo, abandonado en sus manos y en las de los cristianos que la rodeaban, para que pudiera realizar su santa obra? ¡Ah, si! Dios había oído su oración y le concedía la gracia tantas veces impetrada.

Y entrando, aproximóse al anciano y con voz que parecía el eco de otra voz sobrenatural, exclamó:

— ¡Crispo! ¡Que se quede aquí, y nosotros con él para cuidarle hasta que Dios le haya devuelto la salud!

— Sea, pues, como tú quieres — contestó el viejo.

La condescendencia de Crispo impresionó vivamente á Vinicio, pues le hizo suponer que Ligia era considerada por los cristianos como una especie de sibila ó de sacerdotisa á quien todos obedecían. ¿No se sentía él mismo, en presencia de aquella virgen, sumiso y respetuoso, á pesar de su orgullo de patricio romano y de su violencia hereditaria? ¿Qué mucho, pues, que la acataran ciegamente los cristianos? Experimentaba el tribuno ardientes deseos de manifestar á Ligia su gratitud, y, sin embargo, la emoción, el respeto y cierto terror religioso se lo impidieron. No pudo decir palabra y tuvo que contentarse con dar á la castísima doncella las gracias envolviéndola en una dulce mirada.

Desde aquel punto Vinicio no sintió más inquietud que la causada por el temor de que alguien, autoridad, amigo ó liberto, obrando por instigación ó meramente en virtud de simple aviso del griego, viniera á turbar su dicha, sacándole de allí. Ciertamente que la aparición de la fuerza pública, enviada por el Prefecto de la Ciudad, ó de alguno de sus libertos con

esclavos, le proporcionaría medio seguro y expedito de llevarse á Ligia; mas apenas esta idea ruin le hubo penetrado en la mente, la rechazó con noble altivez su corazón generoso. Vinicio era colérico, exigente, y aun brutal y cruel á veces; pero distaba mucho de parecerse á Nerón ó á Tigelino, por ejemplo, pues tenia concepto bastante claro y elevado de la dignidad humana y cierto sentimiento de justicia que le llevaba á mirar con repulsión los actos viles y cobardes, á menos que le cegara la cólera ó alguna otra pasión avasalladora. Por fortuna, á la sazón se inclinaba á la bondad y á la ternura, en parte por debilidad física, en parte porque la conducta y presencia de Ligia ejercían sobre su alma influencia altamente benéfica. En modo alguno hubiera consentido que entre los dos se interpusieran personas extrañas. Por lo demás, estaba maravillado de ver que en cuanto Ligia intercedió en su favor, tanto Crispo como ella obraron como si nada tuvieran que temer, sin exigirle garantía alguna, cual si confiaran en que una fuerza superior les protegería en caso de traición. El relato y las enseñanzas del Apóstol en el Ostriano habian borrado de la mente del tribuno los linderos entre lo posible y lo imposible: Vinicio empezaba á tener fe en una intervención sobrenatural.

Acordóse en esto de la promesa que á los cristianos habia hecho de hablar con el griego para recomendarle la reserva, y suplicó á Ligia y á Crispo que enviasen por él. El anciano, comisionó á Oso para cumplir el encargo. Vinicio trazó algunas palabras sobre una tablilla y dirigiéndose á Crispo, dijo:

—Le he escrito porque Quilón es hombre astuto y desconfiado y hacia responder á mis enviados, siempre que no le convenia recibirles, que no estaba en casa.

—Si ahora está, te prometo traerle de grado ó por fuerza— contestó Oso.

Y, cubriéndose con el manto, salió precipitadamente.

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS II

A pesar de que no era cosa fácil hallar á uno en Roma, aun teniendo las más exactas indicaciones, Oso supo dar pronto con la guarida de Quilón. Pero no le reconoció, pues aparte de no haberle visto sino una sola vez y de noche, poco se parecía

al anciano venerable que le habia incitado á matar á Glauco el griego encorvado y trémulo por el terror que tenia delante.

Quilón, al convencerse de que no era reconocido, recobró la presencia de ánimo; la tablilla que le entregó el gigante le tranquilizó por completo, pues pensó que los cristianos no habrian dado muerte al tribuno por temor á los castigos que se les pudieran infligir por haber osado poner sus manos sobre un personaje tan elevado, y que, cuando menos, nadie podría acusarle ya de haber hecho caer á Vinicio en una celada. «Por consiguiente, pensó, Vinicio se encargará, en caso necesario, de mi defensa, porque no es probable que me llame para hacerme maltratar.»

Alentado con esta esperanza, se volvió á Oso y le dijo:

—Dime, buen hombre, ¿cómo no me ha enviado una litera mi amigo, el noble Vinicio? Tengo hinchadas las piernas y apenas puedo andar...

—Iremos á pie—respondió secamente el ligio.

—¿Y si me negase á seguirte?

—No te niegues... porque... es preciso que te vengas conmigo.

—¡Oh!... no me niego, no; iré, iré; mas porque así me place. Nadie se atreveria á coartar mi libertad, pues á más de que no soy esclavo, el Prefecto de la Ciudad es intimo amigo mio, y poseo el don de sustraerme á toda violencia, metamorfoseando en árboles y en animales á los hombres. ¡Pero iré, iré! Déjame tomar un manto de más abrigo á fin de que los esclavos de este barrio no puedan reconocerme; de lo contrario, nos pararian á cada momento para besarme las manos.

En diciendo esto, se puso otro manto de sobrecuello alto y holgada capucha, con la cual se tapó por completo la cabeza á fin de que Oso no pudiera reconocerle al hallarse en plena luz.

—¿Adonde me llevas?—le preguntó cuando estuvieron en la calle.

—Al *Transtevere*.

—Hace pocos dias que estoy en Roma y no conozco aquella parte de la Ciudad; pero supongo que habrá allí también personas virtuosas.

Como no ignoraba Oso cuanto habia hecho el griego en la noche anterior, por haberlo referido Vinicio, no pudo contentarse al oírle, y, parándose de repente, le dijo con ingenuidad:

— No mientas, buen viejo. Has pasado esta noche con Vinicio en el Ostriano y al amanecer te hallabas en la puerta de casa.

— ¡Ah! ¿De modo que vuestra casa está situada en el *Transtevere*?... ¡Comprendo!.. Como te he dicho, ha poco que estoy en Roma y me hago un lío con los nombres de los barrios y de las calles. Sí, amigo mio, esta mañana he llegado hasta los umbrales de vuestra morada y allí he conjurado á Vinicio, en nombre de la virtud, á que no los traspasara. Estuve también en el Ostriano y, ¿sabes con qué objeto? He acometido la heroica empresa de convertir á Vinicio á la fe de Cristo, y me empené en que oyera al Príncipe de los apóstoles. ¡Quiera Dios que penetre la luz en su alma y... también en la tuya! Aunque tú ya eres cristiano, y, seguramente, no deseas sino el triunfo de la Verdad.

— Sí — respondió humildemente el ligio.

— Vinicio es un muy poderoso amigo del César que, por desdicha, presta todavía acatamiento algunas veces á los dictados del espíritu del mal; pero si se tocase á un solo pelo de su cabeza, Nerón vengaría el ultraje en todos los cristianos.

— Nos protege una fuerza muy superior á la del César.

— ¡Cierto, cierto! Mas ¿qué pensáis hacer de Vinicio?

— No lo sé; pero Cristo, Nuestro Señor, nos ordena que seamos misericordiosos.

— Has hablado con mucha discreción. Acuérdate siempre de esta máxima si no quieres asarte en el infierno como una salchicha sobre las parrillas.

Suspiró Oso profundamente, mientras Quilón pensaba que de aquel hombre, tan terrible en sus arrebatos, podía uno hacer lo que se le antojase. Y, como tenía impaciencia por saber lo ocurrido por la mañana, preguntóle en tono severo:

— ¿Qué ha sido de Crotón?... ¡No mientas!

Por segunda vez suspiró Oso, contestando luego con voz apagada:

— Vinicio te lo dirá.

— ¿Le has herido con un cuchillo ó le has matado á palos?...

— Estaba sin armas.

El griego no pudo reprimir un gesto de admiración.

— ¡Plutón... digo, Cristo te lo perdone!

Caminaron buen trecho en silencio. Al cabo Quilón, dijo:

— Yo no te denunciaré; mas ten cuidado con los guardias.

— Es á Cristo, y no á los guardias, á quien temo.

— Así debe ser. Pero repara que no hay crimen más tremendo que el homicidio. Yo rogaré por ti; mas no confío en que sean oídas, en el cielo, mis oraciones, mientras no hagas el firme propósito de no tocar, en todo el resto de tu vida, ni siquiera con el dedo, á otro semejante tuyo.

— He matado involuntariamente — replicó Oso.

Dispuesto Quilón á prevenir cualquier peligro por parte del ligio, continuó ponderándole la gravedad moral del homicidio, y procuró inducirle á prestar juramento de no agredir á nadie en lo sucesivo.

Discurriendo de esta suerte llegaron á la casa del *Transtevere* término de su viaje. El corazón del griego empezó á latir con violencia. Era tal su espanto que imaginó que Oso le dirigía miradas siniestras.

— Puedo consolarme — dijo para sí — con la esperanza de que me mate involuntariamente. Así les diera un ataque de parálisis á él y á todos los ligios. ¡Oh, Júpiter! ¡Otórgame esta gracia!... te lo ruego.

Y mientras esto decía, se arrebujaba más y más con la capucha del manto galo á pretexto de que le molestaba el frío. Cuando, atravesado el vestibulo y el patio, se hallaron en el corredor que conducía al jardín, detúvose Quilón y dijo:

— Déjame tomar aliento; de lo contrario no podré departir con Vinicio, ni menos darle saludables consejos.

Por más esfuerzos que hacía para persuadirse de que ningún riesgo le amenazaba, las piernas se le doblaban solo al pensar que pronto iba á encontrarse entre la gente misteriosa que había visto en el Ostriano.

Á la sazón se oía un cántico en la casa del jardincillo.

— ¿Qué es esto? — preguntó el griego.

— ¿Afirmas que eres cristiano — contestó Oso — é ignoras que después de cada comida cantamos, en acción de gracias, un himno al Salvador? Miriam habrá vuelto ya con su hijo y es posible que haya venido también el Apóstol, porque todos los días visita á la viuda y á Crispo.

— Llévame en seguida á donde está Vinicio.

— El tribuno se halla con los demás en la única habitación espaciosa que tenemos, pues las otras sirven exclusivamente para dormitorios.

La estancia estaba muy oscura, porque era aquella una tarde realmente invernal con el cielo encapotado, y la luz de

las lámparas apenas bastaba á disipar las tinieblas. En el hombre encapuchado adivinó Vinicio á Quilón y éste, en cuanto divisó el lecho en que yacía el tribuno, fuése rectamente hacia aquel lado, sin fijarse en las otras personas, como buscando la protección del patricio.

— ¡Ah, señor! ¿por qué no seguiste mis consejos? — exclamó, juntando las manos.

— Calla y escucha — dijole Vinicio.

Y con su mirada penetrante fija en el rostro de Quilón, empezó á hablar lentamente, recalcando las palabras, como si quisiera que cada una de por sí constituyese una orden y que todas se grabarían indeleblemente en el cerebro del griego.

— Crotón se ha arrojado sobre mí para asesinarme y robarme... ¿entiendes?... Entonces yo le he matado, y esta gente me ha recogido y curádome las heridas que recibí en la lucha.

Quilón comprendió al instante que Vinicio estaba en inteligencia con los cristianos y que, por consiguiente, quería que se diese crédito á sus palabras. Por esta razón, sin que se le dibujara en el semblante sombra de duda ó de asombro, levantó los ojos al techo y exclamó:

— ¡Ah! ¡Bien te decía yo que Crotón era un malvado! ¡Cuántas veces te aconsejé que desconfiaras de él! Pero de nada sirvieron mis exhortaciones. No se hallará en el infierno suplicio que corresponda á la gravedad de su culpa. ¡Atentar contra la vida de su bienhechor!; ¡contra un patricio tan generoso y magnánimo!... ¡Oh, dioses!...

— Á no tener yo mi euchillo á mano, me hubiese matado — agregó Vinicio.

— Bendigo la hora en que te aconsejé que lo llevaras.

Vinicio, dirigiendo al griego una mirada escudriñadora, le preguntó:

— ¿Y tú, qué has hecho hoy?

— ¿No te dije, señor, que votos por tu salud?

— ¿Y nada más?...

— Estaba á punto de venir á verte cuando se presentó aquel buen hombre á decirme que me llamabas.

— Toma esta tablilla; la llevarás á casa y la entregarás á mi liberto Demas. Digo en ella que he marchado á Benevento. Tú le añadirás de palabra que he recibido una carta urgente de Petronio y que he partido esta mañana.

Y recalcando las palabras agregó:

— He marchado á Benevento... ¿comprendes?

— Si... has partido esta mañana, y yo mismo te he despedido en la Puerta Capena, produciéndome tal tristeza este acontecimiento que si tu generosidad no la desvanece moriré de tanto llorar, como la desdichada esposa de Zetus, después de la muerte de Itylío (1).

Á pesar de la postración y de hallarse acostumbrado á las agudezas del griego, Vinicio no pudo menos de sonreirse. Satisfecho, además, de que Quilón le hubiese comprendido en seguida, dijole:

— Bien; pondré en la tablilla que te enjuguen las lágrimas. Aproxima la luz.

Quilón, ya enteramente tranquilizado, descolgó de la pared el candil, pero con el movimiento que para ello hizo se le cayó el capucho y la luz le dió de lleno en el rostro.

Glauco, que le reconoció en seguida, saltando del asiento gritó con voz estentórea y terrible:

— ¡Céfas! ¿no me conoces?

Quilón levantó la luz á la altura del rostro de Glauco y en el acto la dejó caer, doblando las rodillas y gimiendo:

— No fui yo... no fui yo... ¡Apíadate de mí!...

Pero Glauco, mirando en torno, exclamó:

— ¡Este es el hombre que me vendió, el causante de mi ruina!

Vinicio echó de ver al instante que el médico por quien había sido curado era Glauco, cuya historia conocía, como la conocían los cristianos, aunque por muy distinta boca.

Oso, para quien las palabras de Glauco fueron como relámpago en noche tenebrosa, se arrojó sobre Quilón, y cogiéndole los brazos se los retorció sobre la espalda, gritando:

— ¡Este es el bribón que me sugirió la idea de matar á Glauco!

— ¡Piedad! ¡Misericordia! — gemía el griego. — ¡Señor!... ¡Vinicio!... ¡Sálvame!... Yo confiaba en que tú me defenderías. Llevaré tu carta. ¡Señor! ¡Señor!...

(1) Aedon, esposa de Zetus, celosa de la fecundidad de Niobe, decidió degollar al primogénito de ésta; mas, por error, mató á su propio hijo Itylío. Entregada á las Furias y presa de profunda desesperación se suicidó; pero compadecidos los dioses de su suerte, la convirtieron en el pájaro llamado ruiseñor.

Pero Vinicio, acostumbrado á las añagazas del filósofo é inaccesible á la piedad, contemplaba con indiferencia, sino desdenosamente, aquella escena.

— Enterradlo en el jardín — dijo. — Otro llevará la carta.

Estas palabras sonaron en los oídos de Quilón como sentencia de muerte. Crugíanle los huesos entre las manos férreas de Oso; de los ojos le brotaban abundantes lágrimas.

— Por amor de vuestro Dios, ¡tened misericordia de mí! — decía sollozando. — ¡Soy cristiano!; ¡soy cristiano! La paz sea con vosotros... Os digo que soy cristiano; y si no dáis crédito á mis palabras ¡bautizadme otra vez, tres, quince! ¡Estás en un error, Glauco! Dejad al menos que me explique. Tomadme por esclavo si os place; pero no me matéis; ¡por caridad, no me matéis!

La voz, ahogada por el dolor y por el espanto, expirábale en la garganta, cuando, al otro lado de la mesa, el Apóstol Pedro se levantó y dijo en medio del más profundo silencio:

— El Señor ha dicho: «Si tu hermano te ofendió, pero se arrepiente después, perdónale. Si te ofendió siete veces en un día y siete veces te imploró misericordia, perdónale también.»

El silencio se hizo todavía más profundo. Glauco estuvo largo espacio de tiempo con el rostro oculto entre las manos. Al fin, haciendo un esfuerzo, dijo:

— ¡Dios te perdone, Céfas, como te perdono yo en nombre de Cristo!

El ligio soltó al griego, diciendo:

— ¡El divino Redentor te perdone, como yo también te perdono!

Quilón se hallaba postrado, y con las manos apoyadas en el suelo y moviendo de un lado á otro la cabeza, parecía un animal cogido en una trampa, esperando la muerte. No daba fe ni á sus oídos ni á sus ojos; no osaba creer que se le había perdonado.

Paulatinamente fué recobrando el dominio de sí mismo, sin quedarle al cabo de un rato más huella del terror que la lividez de los labios.

El Apóstol le dijo:

— ¡Vete en paz!

Púsose de pie Quilón; mas no pudo pronunciar palabra. Maquinalmente se acercó á Vinicio, como si esperase de él protección y ayuda, sin comprender, á causa del terror que le em-

bargaba, que precisamente aquél á quien prestara tantos servicios, el cómplice de sus maldades, le había condenado en el instante mismo en que le perdonaban los cristianos, que eran los ofendidos. Y, no obstante tener la convicción de haber sido perdonado, ansiaba hallarse sano y salvo, fuera del alcance de aquellos seres incomprensibles, cuyo comportamiento caritativo le aterraba mucho más de lo que le hubiese amedrentado su crueldad. Llegó á imaginarse que si permanecía allí por más tiempo ocurrirían sucesos prodigiosos y espantables.

— ¡Dame la carta, señor; dame la carta! — dijo con voz angustiada, alargando la mano á Vinicio.

Apenas tuvo la tablilla hizo una inclinación de cabeza á los cristianos, otra á Vinicio, y deslizándose pegado á la pared salió precipitadamente.

Pero en cuanto se encontró solo en el jardín, le asaltó otro temor que le puso los cabellos de punta. ¿No aprovecharía la ocasión el ligio para asesinarle, protegido por las sombras que allí reinaban? De buena gana hubiera echado á correr, pero le paralizaba los miembros el espanto. De pronto vió surgir ante sí la gigantesca y temida figura de Oso, y cayó de bruces, diciendo con voz temblorosa, que parecía un gemido:

— ¡Urbano!... ¡en nombre de Cristo!...

— No temas, contestó cariñosamente Oso. — El Apóstol me ha ordenado acompañarte hasta la puerta de la calle, á fin de que no te extravies en la obscuridad; y si estás falto de fuerzas para andar te llevaré adonde vayas.

Quilón levantó la cabeza, preguntando:

— ¿Es cierto lo que dices?... ¿no me matarás?...

— ¡Ah, no! Y si acaso al cogerte te hice daño, perdóname...

— Dame la mano para levantarme. ¿De veras, no me matarás? Llévame hasta la calle y una vez allí marcharé á pie.

Oso le levantó del suelo como si fuera una pluma. Al hallarse en el patio, pensó Quilón: «Ahora, si, ha llegado mi último momento;» pero con gran sorpresa se encontró en seguida en el otro corredor y luego en la calle.

— Aquí ya puedo andar — exclamó, respirando á sus anchas.

— ¡La paz sea contigo!

— ¡Y contigo también! ¡Contigo también! ¡Ay! ¡Déjame aspirar este aire!...

Oso volvió sobre sus pasos, y Quilón se palpó los costados y la espalda como para cerciorarse de que estaba vivo. Después,

echó á andar. Aún no había dado cien pasos cuando se detuvo y se preguntó:

— Pero ¿por qué no me han matado?

Y, no obstante sus coloquios con Euricio acerca de la doctrina cristiana, no obstante lo que Oso le había dicho á las orillas del Tiber y cuanto la noche anterior oyó en el Ostriano, no atinó con la respuesta.

No menos confuso y asombrado estaba Vinicio. Que á él, en vez de castigarle por su atentado, le trataran con tantas consideraciones, no le admiraba, porque, al fin y á la postre, personaje era de alta alcurnia y de gran influencia social. Además, algo había de influir en que de tal suerte le trataran, aparte las máximas de la doctrina profesada por aquella gente, el cariño que le tenía Ligia. Pero la conducta observada con Quilón le era incomprensible.

— ¿Por qué no le han matado?— se preguntaba.— A fe, lo hubieran podido hacer impunemente, enterrando después el cadáver en el jardín ó echándolo al río.

Y, en efecto, eran tan frecuentes á la sazón los erimenes, cometidos á veces por el mismo Nerón y los augustales en sus nocturnas agresiones, que nadie se cuidaba de averiguar la procedencia de los cadáveres arrastrados por el Tiber.

Cuanto más Vinicio se enfrascaba en sus reflexiones, mayor era su convicción de que los cristianos, no sólo habrían podido matar al griego sin riesgo alguno, sino de que tenían el derecho de matarle. No era, sin embargo, absolutamente desconocido el sentimiento de la piedad en el ambiente social en que vivía el tribuno. Los atenienses le habían consagrado un templo y por mucho tiempo resistieron á la moda de las luchas de gladiadores. Aún en Roma habían sido perdonados alguna que otra vez los vencidos. Ejemplo de ello, Calicrates, rey de Bretaña, hecho prisionero imperando Claudio, de quien había recibido no sólo la merced de vivir en libertad en Roma, sino cuantiosos bienes. Pero la venganza por ofensas personales era un derecho reconocido en las leyes, y á Vinicio, en este caso, la piedad le parecía algo así como una infracción de las mis-

mas. Ciertamente, había oído en el Ostriano que la religión de Cristo ordena amar aun á los mayores enemigos; pero, á su juicio, no pasaba de ser ésta una mera máxima filosófica sin posible aplicación práctica.

Recordando que en algunos pueblos estaba vedado pelear durante determinadas épocas del año, atribuyó la magnanimidad de los cristianos á una prohibición semejante. ¿No era posible que en ciertas fiestas, ó en alguna de las fases de la luna, les estuviese prohibido el derramamiento de sangre? Mas, entonces, ¿por qué no habían entregado al griego á la justicia? ¿por qué el Apóstol dijo que á quién siete veces ha pecado siete veces se le ha de perdonar? ¿por qué Glauco exclamó dirigiéndose á Quilón: « Dios te perdona, como yo te perdono »?

En verdad, el griego había hecho á Glauco la mayor ofensa que un hombre puede hacer á otro, y sólo al pensar Vinicio la venganza que tomara de la persona que, por ejemplo, le matase á Ligia, bulliale en las venas la sangre; habría puesto en tortura el magín para inventar suplicios refinados con que castigarle. Y, sin embargo, ¡Glauco había perdonado! ¡Y había perdonado también Oso, aquel gigante que podía impunemente matar en Roma á quien se le antojase y alcanzar la dignidad de *Rey del bosque de Nemora* (1) que se obtenía haciendo desaparecer del mundo de los vivos al gladiador que lo desempeñaba.

Y de todas estas preguntas y reflexiones sacó en conclusión Vinicio que los cristianos no mataban gracias á una excepcional, á una hasta entonces desconocida bondad; á un ilimitado amor por sus semejantes, que les llevaba á olvidar las ofensas, á sacrificarse, á despreciar su propia felicidad en beneficio de la felicidad ajena. Que recompensa esperasen por su abnegación bien lo había oído en el Ostriano... Pero aquello no podía él comprenderlo. Figurábasele que sería una vida muy mezquina y miserable la que arrastrarían quienes por amor al prójimo renunciaran á riquezas, placeres y hasta á los propios cuidados. Y esta consideración despertaba en su alma un sentimiento de profunda lástima y aún de desprecio á los cristianos. Antojá-

(1) Denominábase así al gladiador más fuerte y valeroso, al que hoy llamaríamos en el lenguaje de *sport*, *primer campeón*. Para obtener esta dignidad había un solo medio: vencer y matar al que la usufructuaba. En otro pasaje de la novela se da á entender con mayor claridad que ese *venturoso* mortal, antes de la tentativa del rapto de Ligia, era Crotón.

echó á andar. Aún no había dado cien pasos cuando se detuvo y se preguntó:

— Pero ¿por qué no me han matado?

Y, no obstante sus coloquios con Euricio acerca de la doctrina cristiana, no obstante lo que Oso le había dicho á las orillas del Tiber y cuanto la noche anterior oyó en el Ostriano, no atinó con la respuesta.

No menos confuso y asombrado estaba Vinicio. Que á él, en vez de castigarle por su atentado, le trataran con tantas consideraciones, no le admiraba, porque, al fin y á la postre, personaje era de alta alcurnia y de gran influencia social. Además, algo había de influir en que de tal suerte le trataran, aparte las máximas de la doctrina profesada por aquella gente, el cariño que le tenía Ligia. Pero la conducta observada con Quilón le era incomprensible.

— ¿Por qué no le han matado?— se preguntaba.— A fe, lo hubieran podido hacer impunemente, enterrando después el cadáver en el jardín ó echándolo al río.

Y, en efecto, eran tan frecuentes á la sazón los erimenes, cometidos á veces por el mismo Nerón y los augustales en sus nocturnas agresiones, que nadie se cuidaba de averiguar la procedencia de los cadáveres arrastrados por el Tiber.

Cuanto más Vinicio se enfrascaba en sus reflexiones, mayor era su convicción de que los cristianos, no sólo habrían podido matar al griego sin riesgo alguno, sino de que tenían el derecho de matarle. No era, sin embargo, absolutamente desconocido el sentimiento de la piedad en el ambiente social en que vivía el tribuno. Los atenienses le habían consagrado un templo y por mucho tiempo resistieron á la moda de las luchas de gladiadores. Aún en Roma habían sido perdonados alguna que otra vez los vencidos. Ejemplo de ello, Calicrates, rey de Bretaña, hecho prisionero imperando Claudio, de quien había recibido no sólo la merced de vivir en libertad en Roma, sino cuantiosos bienes. Pero la venganza por ofensas personales era un derecho reconocido en las leyes, y á Vinicio, en este caso, la piedad le parecía algo así como una infracción de las mis-

mas. Ciertamente, había oído en el Ostriano que la religión de Cristo ordena amar aun á los mayores enemigos; pero, á su juicio, no pasaba de ser ésta una mera máxima filosófica sin posible aplicación práctica.

Recordando que en algunos pueblos estaba vedado pelear durante determinadas épocas del año, atribuyó la magnanimidad de los cristianos á una prohibición semejante. ¿No era posible que en ciertas fiestas, ó en alguna de las fases de la luna, les estuviese prohibido el derramamiento de sangre? Mas, entonces, ¿por qué no habían entregado al griego á la justicia? ¿por qué el Apóstol dijo que á quién siete veces ha pecado siete veces se le ha de perdonar? ¿por qué Glauco exclamó dirigiéndose á Quilón: « Dios te perdona, como yo te perdono »?

En verdad, el griego había hecho á Glauco la mayor ofensa que un hombre puede hacer á otro, y sólo al pensar Vinicio la venganza que tomara de la persona que, por ejemplo, le matase á Ligia, bulliría en las venas la sangre; habría puesto en tortura el magín para inventar suplicios refinados con que castigarle. Y, sin embargo, ¡Glauco había perdonado! ¡Y había perdonado también Oso, aquel gigante que podía impunemente matar en Roma á quien se le antojase y alcanzar la dignidad de *Rey del bosque de Nemora* (1) que se obtenía haciendo desaparecer del mundo de los vivos al gladiador que lo desempeñaba.

Y de todas estas preguntas y reflexiones sacó en conclusión Vinicio que los cristianos no mataban gracias á una excepcional, á una hasta entonces desconocida bondad; á un ilimitado amor por sus semejantes, que les llevaba á olvidar las ofensas, á sacrificarse, á despreciar su propia felicidad en beneficio de la felicidad ajena. Que recompensa esperasen por su abnegación bien lo había oído en el Ostriano... Pero aquello no podía él comprenderlo. Figurábasele que sería una vida muy mezquina y miserable la que arrastrarían quienes por amor al prójimo renunciaran á riquezas, placeres y hasta á los propios cuidados. Y esta consideración despertaba en su alma un sentimiento de profunda lástima y aún de desprecio á los cristianos. Antojá-

(1) Denominábase así al gladiador más fuerte y valeroso, al que hoy llamaríamos en el lenguaje de *sport*, *primer campeón*. Para obtener esta dignidad había un solo medio: vencer y matar al que la usufructuaba. En otro pasaje de la novela se da á entender con mayor claridad que ese *venturoso* mortal, antes de la tentativa del rapto de Ligia, era Crotón.

bansele ovejas que, más pronto ó más tarde, habían de ser devoradas por lobos, y á su naturaleza genuinamente romana le repugnaba que hubiese alguien capaz de dejarse devorar. Pero no le pasó inadvertida la circunstancia de que después de haber marchado Quilón quedaron los semblantes de los que le rodeaban como iluminados por intenso júbilo. Le impresionó, además, profundamente, ver que el Apóstol, poniendo las manos sobre la cabeza de Glauco, le decía: «¡Cristo ha triunfado en tí!» y que Glauco al oírlas quedaba extático, con el rostro resplandeciente de inefable felicidad.

Vinicio, sólo capaz de comprender el goce supremo de la venganza realizada, no pudo menos de pensar si sería un demente Glauco. Y al presenciar, con profundo disgusto, como acto continuo Ligia besaba la mano de aquel viejo, que tenía las trazas de un esclavo, se convenció de que el mundo andaba trastornado.

Volvió Oso al poco rato y explicó que había acompañado al griego hasta la calle y pedidole perdón por el daño que acaso le hubiera hecho. El Apóstol le bendijo y Crispo exclamó que aquél era día de triunfo.

Estas palabras acabaron de confundir y maravillar á Vinicio. Pero cuando Ligia le acercó á los calenturientos labios una bebida refrescante la cogió de la mano, preguntándole:

— También tú me has perdonado, ¿verdad?

— Somos cristianos y no podemos dar cabida al odio en nuestro corazón.

— Ligia — replicó Vinicio; — quien quiera que sea tu Dios, lo venero porque es el tuyo.

Ella contestó:

— Le honrarás de corazón cuando hayas aprendido á amarle.

— Solo porque es el tuyo — repitió Vinicio con voz débil; y desvaneciéndose de nuevo.

Salió Ligia de la estancia; pero volvió en seguida, se acercó al lecho é inclinóse sobre Vinicio para cerciorarse de que dormía. El tribuno, sintiendo la proximidad del ser amado, abrió los ojos y sonrióse.

Entrada ya la noche, aumentóse la fiebre en términos que no lograba conciliar el sueño. Seguía con la vista á Ligia en sus idas y venidas por la estancia, y de tiempo en tiempo caía en somnolencias, tan ligeras, sin embargo, que no dejaba de ver lo que se hacía en la habitación, ni de oír lo que se conversaba, si

bien con las percepciones reales andaban confundidas las fantasías del delirio. Así, encontróse de buenas á primeras en antiguo y abandonado cementerio, con un templo en forma de altísima torre en el centro. Ligia era sacerdotisa de este templo, y veíala Vinicio en lo alto del mismo, con una lira en la mano, bañada por pálida luz, como las sacerdotisas que había visto en Oriente, cantando himnos en honor de la luna, en plena noche. Iba él subiendo con fatiga las tortuosas y empinadas escaleras al objeto de apoderarse de su amada, y subía en pos de él Quilón, jadeante, castañeteándole los dientes de terror, repitiendo con voz lastimera: «¡No lo hagas, señor!; está consagrada al servicio divino y *Él* la vengará.» No atinaba Vinicio en quien pudiera ser este *Él*; pero comprendiendo que era sacrilego su intento, experimentaba inmensa turbación. En lo alto de la torre descubrió, de pronto, al lado de Ligia, al Apóstol, con su barba plateada, el cual le dijo: «No pongas tus manos sobre ella, pues me pertenece.» Y dicho esto, entrambos ascendieron al cielo como absorbidos por los rayos lunares, mientras el tribuno, tendidos los brazos, les suplicaba que lo llevaran consigo.

En aquel instante despertó Vinicio y paseó con intranquilidad la mirada por toda la habitación. Los cristianos estaban agrupados, calentándose, al rededor del brasero, en el cual algunas áscuas difundían amortiguada luz por la estancia. La noche era tan fría que el joven patricio percibía el vaho de su aliento.

En medio del grupo estaba el Apóstol, quien tenía delante, sentada en un taburete, á Ligia, y á los lados á Oso y á Nazario, el hijo de Miriam, mancebo de rubicundo semblante y de largas guedejas negras, que le caían, cual cascada, sobre los hombros. Ligia, como sus compañeros, escuchaba atentamente con los ojos clavados en el rostro del Apóstol lo que éste decía en voz muy queda. Vinicio púsose á observarle con una especie de terror supersticioso, muy semejante al que había experimentado durante el delirio. Asaltóle entonces la idea de que era verdad lo que había visto en su pesadilla y que aquel anciano había venido de luengas tierras para llevarse á Ligia por caminos desconocidos. Además, se le figuró que el anciano hablaba de él y que sugería á su amada la idea de abandonarle. A Vinicio no se le alcanzaba que pudiera hablarse de otra cosa; pero al prestar atención á sus palabras echó de ver bien

presto que se había engañado. El Apóstol continuaba hablando de Cristo.

— No viven sino de este nombre — pensó Vinicio.

Pedro refería como fué preso el Salvador.

— Llegó tropel de gente: soldados y servidores de los sacerdotes. Al preguntarles el Divino Maestro: «¿A quién buscáis?» contestaron: «A Jesús de Nazaret», y al responderles «Yo soy»; todos cayeron. Levantáronse, repitióles la pregunta, contestáronla, y entonces se dejó prender...

Después de breve pausa, tendiendo la mano hacia el fuego, prosiguió:

— La noche era fría como ésta; pero la sangre ardía en mis venas. Desenvainé la espada y de un tajo corté la oreja á uno de los criados del Pontífice... y con mi vida le habria defendido si Él no me hubiese dicho: «Simón, mete la espada en la vaina; ¿piensas quizá que he de apartar de mí el cáliz que me manda mi Padre?...» Entonces los soldados le prendieron y le ataron...

Al decir esto, el Apóstol se pasó la mano por la frente como si quisiera borrar de ella los recuerdos dolorosos. Oso no pudo contenerse, y, después de atizar el fuego, dijo:

— Pues yo le habria...

No continuó, porque Ligia le impuso silencio, colocándose el índice sobre los labios. Durante buen espacio de tiempo no se oyó más que la respiración jadeante del coloso, débil eco de la tempestad desencadenada en su alma, pues aunque tuviese sumo respeto al Apóstol y le venerase humildemente, la conciencia no le consentía aprobar su conducta en aquella noche terrible. «Si en presencia mía, pensaba, hubiese alguien osado poner las manos sobre el Salvador, soldados, ministros y criados de los sacerdotes hubieran rodado por el suelo hechos trizas.» Y las lágrimas se le agolpaban á los ojos al presentarsele, aunque hipotéticamente, el dilema de tener que reprimir sus impetuosos sentimientos ó de desobedecer los mandatos del Divino Maestro.

Pedro reanudó la narración al tiempo de sobrevenirle á Vinicio otro ligero sopor, en virtud del cual confundíanse en su mente las palabras del Apóstol con las imágenes que en ella habia grabado el relato, oído la noche anterior en el Ostriano, de la aparición de Cristo en la ribera del lago de Tiberiades. Hallóse de pronto en un mar inmenso con una embarcación tripulada solamente por Pedro y Ligia. Nadaba él, Vinicio,

haciendo grandes pero vanos esfuerzos por alcanzarla; los dolores del brazo fracturado no le permitian moverse con desvoltura. La tempestad arrojaba á su rostro olas inmensas, y estaba á punto de sumergirse, y pedia socorro con voz suplicante. Arrodillóse entonces la virgen cristiana á los pies del Apóstol, quien hizo virar la embarcación. Vinicio se agarró á un remo, y con la ayuda de Pedro y de Ligia subió; pero apenas estuvo arriba cayó de nuevo, yendo á parar, inerte, al fondo de la nave.

La fantasía le hizo ver entonces una inmensa muchedumbre que nadaba tras la barca de Pedro. Las olas cubrían de espuma la cabeza á muchos. Algunos sólo sacaban fuera los brazos. Pero Pedro salvaba á todos los que estaban á punto de ahogarse y los recogía en la embarcación, que milagrosamente se iba ensanchando. En breve hubo en ella una multitud no menor que la que habia llenado el Ostriano la noche precedente. Preguntábase el tribuno, con estupor, cómo la nave podia, sin naufragar, contener tanta gente. Pero Ligia le tranquilizó, mostrándole sobre una lejana ribera, de pronto aparecida en el horizonte, esplendorosa luz, hacia la cual navegaban.

En este punto el ensueño volvió á confundirse con las cosas oídas en el Ostriano respecto á la aparición de Cristo sobre el lago de Tiberiades. En aquella luz refulgente distinguía Vinicio una figura hacia la cual Pedro dirigía la proa de la nave. Y á medida que se acercaban á la ribera, amortiguábase el viento, calmábase el mar y resplandecía con mayor intensidad la luz misteriosa. La muchedumbre entonaba un himno de esperanza; el ambiente se impregnaba de perfume de nardo; teñíase la superficie de las aguas con los colores del arco iris cual si surgieran de sus profundidades lirios y rosas... Al fin, la embarcación llegó á la orilla. Ligia cogió entonces á Vinicio de la mano, diciéndole:

— Ven; yo te guiaré.

Y enderezó sus pasos hacia la luz.

Despertó de nuevo Vinicio, pero esta vez la visión no se desvaneció de golpe, sino poco á poco. Durante un buen rato creyó encontrarse aún á la orilla del lago, rodeado por la muchedumbre, buscando con ansiedad á Petronio sin lograr hallarlo. La viva llama del brasero, en torno del cual no habia ya nadie, le hizo recobrar por completo el sentido de la reali-

dad. Algunas ramas de pino habían avivado el fuego, y á sus rojizos resplandores pudo ver á Ligia, inmóvil, con los ojos entornados, absorta en sus pensamientos, sentada á la cabecera del lecho.

Esta abnegación le conmovió profundamente. La virgen cristiana, que había pasado la noche anterior en el Ostriano, le velaba mientras los demás dormían; le velaba, á pesar de haberla ofendido gravemente; le velaba, porque su doctrina le imponía este deber.

Al verla con los párpados caídos, las manos cruzadas sobre las rodillas, sintió Vinicio como germinaba en su cerebro de pagano una nueva idea: sobre la belleza griega ó romana levantábase triunfante otra belleza casta, pura y más perfecta: la belleza espiritual. Hubiera deseado, es verdad, que Ligia le cuidara solícitamente, no porque su religión se lo ordenara, sino por amor; pero al pensar esto ocurríasele también que entonces no se hubiera distinguido de tantas otras mujeres, y que él la amaba precisamente por lo que de las demás se distinguía. Esta idea le turbó profundamente, inspirándole sentimientos por completo desconocidos en la sociedad en que hasta entonces había vivido.

Ligia abrió los ojos, y observando que Vinicio la miraba, díjole:

— Estoy contigo.

Vinicio le contestó:

— En sueños he visto tu alma.

IV

Al día siguiente despertó Vinicio muy débil, pero sin fiebre. Parecióle haber oído rumor de voces; pero al abrir los ojos vió que no estaba Ligia á su lado y que Oso, inclinado sobre el brasero, trataba de encender fuego aprovechando el rescoldo, para lo cual soplaba con tanta fuerza como lo hubieran hecho los fuelles de una fragua. Acordándose el tribuno de que aquel hombre había estrangulado á Crotón el día anterior púsose á contemplar con gozo su torso ciclópeo y sus colosales piernas.

— Gracias sean dadas á Mercurio — dijo para sus adentros — que no me ha retorcido el pescuezo ese gigante. ¡Por Polux,

si todos los ligios son como él pondrán más de una vez en aprieto á nuestras legiones danubianas!

Después gritó:

— ¡Hola, esclavo!

Alzó el ligio la cabeza y con apacible sonrisa contestó:

— ¡Dios te conceda muy buen día y te devuelva la salud, señor!; pero te advierto que soy libre y no esclavo.

Vinicio, que deseaba interrogarle acerca de la patria y estirpe de Ligia, sintió viva satisfacción al oír estas palabras, porque consideraba menos denigrante para su dignidad de romano y de patricio departir con un hombre libre, aunque de humilde condición, que con un esclavo.

— ¡Cómo!, ¿no eres esclavo de Aulo?

— No. Estoy al servicio de Calina, como lo estuve antes al de su madre, por mi propia voluntad.

É inclinándose de nuevo sobre el fuego sopló con toda la fuerza de sus pulmones. Alzóse poco después y añadió:

— En nuestro país no hay esclavos.

— ¿Dónde está Ligia? — preguntóle Vinicio.

— Hace un momento que se ha retirado, encargándome que te preparara el almuerzo. Ha velado toda la noche y...

— ¿Por qué no has velado tú en su lugar?

— Porque no lo ha querido, y yo tengo el deber de obedecerla.

Al decir esto, anubló sus ojos la tristeza.

— Si no la obedeciera en todo, tú, señor, ya no vivirías — agregó.

— ¿Te arrepientes de no haberme matado?

— No. Cristo nos veda matar.

— ¿Y Atacino?, ¿y Crotón?

— No pude obrar de otra suerte — balbuceó Oso, mirándose con amargura las manos, aquellas manos que continuaban siendo paganas á pesar del bautismo. ®

Luego, poniendo una olla á la lumbre, se quedó contemplando la llama, en actitud pensativa. Al cabo, rompió el silencio diciendo:

— Tuviste tú la culpa, señor. ¿Por qué osaste poner las manos sobre ella, sobre la hija de un rey?

Estas palabras ofendieron el orgullo de Vinicio. ¿Cómo un plebeyo, un bárbaro, se atrevía á hablarle de aquella manera, á reprochar sus acciones? A las muchas cosas inverosímiles y

peregrinas que la noche anterior presenció, había que agregar ésta. No obstante, el deseo de conocer ciertos pormenores de la vida de Ligia le contuvo en los límites de la prudencia.

Calmada la irritación, hizo contar la guerra de los ligios contra Vannio y los suevos; pero apenas pudo añadir Oso noticia alguna de interés á lo que Aulo Plaucio había referido á Vinicio. Sin embargo, escuchábase éste con suma atención y complacencia, pues no dejaba de ahogar su orgullo de patricio al ver confirmado por ocular testigo el origen real de su amada. Hija de rey, podía ocupar en Roma lugar tan distinguido como las más encumbradas matronas, mayormente no habiendo hecho nunca su pueblo armas contra Roma y siendo, en verdad, temible por poseer numeroso y fortísimo ejército, según testimonio de Atelio Cistero, que corroboró Oso expresándose de esta manera:

— Nuestro país es tan vasto, que nadie conoce sus confines. La población es muy densa, y aunque generalmente vive en ciudades de madera levantadas en medio de los bosques seculares, no nos faltan riquezas porque despojamos á los sennones, marcomanos y cuados de cuanto recogen en sus correrías. Esos son nuestros tradicionales enemigos; pero ceden siempre que invadimos su territorio, sin atreverse á tomar más represalias que la de incendiar nuestros bosques cuando el viento sopla del lado de sus fronteras. Nosotros no les tememos, como tampoco nos infunden ningún temor los emperadores romanos.

— Los dioses han otorgado á Roma el señorío del mundo — observó en tono severo Vinicio.

— Los dioses no pasan de ser unos espíritus malignos — replicó Oso con ingenuidad — y donde los romanos no se bastan á sí mismos no hay soberanía romana.

Y, mientras atizaba el fuego, prosiguió diciendo en voz baja, como si hablase consigo mismo:

— Cuando el César dispuso que mi señora y reina fuese llevada al Palatino, temeroso de que pudiera correr algún grave riesgo, concebí el propósito de marchar á mi país para pedir socorro á los ligios, quienes, sin duda, habrían bajado hacia el Danubio, porque son muy generosos, aunque paganos... si bien ya me habría cuidado yo de llevarles la buena nueva... y quizá aún lo haré en no lejano día... Si Calina llega á ser restituida á Pomponia, me postraré á sus pies y le suplicaré me deje ir allá, porque Cristo nació muy lejos y nada saben de él mis compatriotas... Ciertamente, sabía mejor que yo donde le con-

venia nacer; pero si hubiese venido al mundo en medio de nuestras selvas, no le habríamos martirizado y crucificado... ¡oh, no!... antes bien le habríamos cuidado amorosamente, procurando proveerle en abundancia de caza, setas, pieles de castor y ámbar y entregándole cuanto arrebatáramos á los suevos y á los marcomanos, á fin de que pudiese vivir opulentamente, como un rey.

Cuando la sopa estuvo hervida, la vertió en una escudilla, diciendo al propio tiempo:

— Glauco ha encargado que te muevas lo menos posible y que tengas inmóvil aún el brazo sano; por esta razón Ligia me ha ordenado que yo mismo te lleve á la boca la comida.

Sentóse después al lado de la cama, y, metiendo una tacita en la escudilla, la llenó de sopa y la acercó á los labios del tribuno. Ponía en esta tarea tanta solicitud y dibujábase en sus ojos azules tan apacible sonrisa, que Vinicio apenas podía creer que aquel cariñoso enfermero fuera el terrible gigante estrangulador de Crotón, que le hubiera hecho trizas á él á no interponerse Ligia; y por primera vez el joven patricio pensó que también un hombre vulgar, un criado, un bárbaro, podía poseer alma racional.

Pero el ligio no se mostraba tan mañoso como solícito en su femenil ocupación. Desaparecía la vasija entre sus manazas, de suerte que apenas dejaba espacio para los labios de Vinicio. Después de varias tentativas infructuosas, el titán se dió por vencido y dijo:

— ¡Ah! ¡Más quisiera verme obligado á coger un *auroch* (1) por las astas y derribarlo!

El efecto cómico que producía la situación embarazosa del gigante no fué óbice á que dejara estupefacto á Vinicio esta exclamación. Había visto á menudo, en los circos, ejemplares de aquellos terribles animales traídos de las selvas del Norte, ante

(1) Especie de toro de gran corpulencia y ferocidad, que se distingue, además, por su frente convexa, más ancha que alta, su color negro, sus cuernos dirigidos hacia adelante y luego encorvados hacia arriba, el vello crespado que cubre la cabeza y cuello del macho, su agilidad y su voz, que parece más bien un gruñido que un mugido. Esta especie va desapareciendo lentamente, y apenas si se hallan algunos ejemplares de ella en los grandes bosques de Lituania, en los montes Karpatos y en el Cáucaso.

los cuales temblaban los más valientes y famosos gladiadores, pues solo cedían en tamaño y bravura á los elefantes.

—¿Qué! ¿Acaso has cogido alguno por los cuernos?—le preguntó.

—Hasta que hubieron pasado veinte inviernos sobre mi cabeza, les tuve miedo; pero después medi con algunos mis fuerzas.

De nuevo acercó la taza á los labios de Vinicio, pero con más torpeza.

—Tendré que llamar á Miriam ó á Nazario—dijo suspirando.

Mas en aquel momento, separando la cortina, asomó por la puerta de su *cubiculo* el rostro pálido de Ligia.

—Voy en seguida—manifestó con sencillez.

No tardó en salir la candorosa virgen que sin duda se disponía para descansar, pues llevaba suelta la cabellera y vestía la túnica á que los antiguos daban el nombre de *capitium*. A Vinicio, al verla, le latió con mayor fuerza el corazón. Con todo, la reprendió cariñosamente por no haberse acostado todavía. Ella le contestó:

—Iba á hacerlo en este momento; pero conviene que ahora reemplace á Oso.

Y, cogiendo la vasija, la acercó á los labios de Vinicio, quien á un tiempo se sentía sumiso y feliz. Muy pronto rehusó el alimento, y, por más que la presencia de Ligia era su mayor consuelo, dijole:

—Basta. Ahora vete á dormir, diosa mía.

—No me llames así—contestó ella.—No debo oír estas palabras.

Y, sonriendo, añadió que no tenía sueño ni se iría á descansar hasta la vuelta de Glauco.

Vinicio, con el corazón rebotante de afecto y gratitud, escuchaba sus palabras como si fueran música dulcísima.

—¿Ligia!—le dijo después de breve silencio—no te conocía; pero demasiado he comprendido ya que elegi mal camino para llegar hasta ti. Convencido de mi error, te digo ahora: Vuelve á casa de Pomponia Grecina, en la seguridad de que tu persona será para mí sagrada.

Nube de tristeza obscureció el semblante de Ligia.

—Me alegraría mucho—repuso ella—de verla, aunque fuese desde lejos; pero no puedo volver á su casa.

—¿Por qué?—preguntó Vinicio.

—Los cristianos sabemos por Actea lo que ocurre en el Palatino. ¿Ignoras tú, por ventura, que poco después de mi fuga, estando el César á punto de partir para Nápoles, llamó á Aulo y á Pomponia y les amenazó con terribles castigos por suponerles cómplices míos? Afortunadamente, Aulo pudo responder: «Bien sabes, señor, que jamás mi boca ha mentido. Pues bien: te juro que no hemos favorecido su fuga, ni sabemos dónde se halla.» El César le dió crédito y pocos días después habia olvidado el asunto. Por consejo de los presbiteros nunca he escrito á Pomponia, á fin de que siempre pudiese jurar que nada sabia de mí, pues á los cristianos nos está prohibido mentir. Únicamente por rumores sabe mi madre que me hallo en seguridad.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al pronunciar estas palabras; pero en el acto se tranquilizó y dijo:

—Sé que Pomponia sufre mucho por mí; pero tenemos los cristianos consuelos desconocidos de los demás.

—Lo sé. Vuestro consuelo es Cristo; pero no acierto á comprenderos.

—Fijate bien, Vinicio: para nosotros no existen separaciones, ni torturas, ni sufrimientos, porque las adversidades se nos convierten en manantial de goces. La misma muerte, que á vosotros os parece el término de la vida, no es para nosotros sino el principio de ella, el tránsito de este valle de lágrimas á la felicidad eterna. Piensa cuan fortalecedora y santa ha de ser una doctrina que nos ordena amar á los enemigos, nos prohíbe mentir, nos purifica el alma de odios y rencores y nos promete la felicidad eterna después de la muerte.

—Lo oí en el Ostriano y después he visto que cumplais estas máximas conmigo y con Quilón. Sin embargo, me parece estar soñando y casi no me atrevo á dar fe á mis ojos y á mis oídos. Pero dime: ¿eres así feliz?

—Sí. Quien cree en Cristo no puede ser desgraciado.

Vinicio la miró con extrañeza, como si lo que acababa de decirle estuviese fuera del alcance de la humana razón.

—¿Y no deseas volver al lado de Pomponia?

—Con toda mi alma lo deseo; y volveré, si ésta es la voluntad de Dios.

—Pues vuelve á su casa; te juro por mis lares que no te haré el menor daño.

Ligia estuvo un instante pensativa y al cabo dijo:

— ¡No! En manera alguna debo poner en peligro á mis protectores. Plaucio no es persona grata al César. La noticia de mi regreso se esparciría por toda la Ciudad; sabría Nerón por sus esclavos, y, caso de no castigar severamente á los Aulo, exigiría al menos que yo le fuese de nuevo entregada.

— Si — contestó Vinicio frunciendo el entrecejo; — lo haría, aunque no fuese sino para demostrar que no consiente sean desobedecidos sus mandatos. Pero, indudablemente, no se ha acordado más de ti porque en tu fuga ve más bien una ofensa á mi dignidad que un desacato á sus órdenes, y aun es probable que, apenas en su poder, te pusiera á mi disposición; entonces yo podría devolverte á Pomponia.

— ¡Vinicio! ¿Quisieras verme de nuevo en el Palatino? — le preguntó ella con acento de tristeza.

— ¡No! ¡Tienes razón!... He hablado como un mentecato. ¡No!

En aquel momento le fué dado comprender cuán insensata había sido su anterior conducta, cuán inicuos sus actos de violencia. Á no seguir los consejos de Petronio, á dejarla tranquilamente en casa de Aulo, habría podido casarse con Ligia, sin exponerla á terribles peligros; comprendió también con extraordinaria clarividencia toda la abyección del mundo romano, y no pudo menos de parangonarla con las virtudes cristianas. ¡El! patricio y tribuno militar, hombre autoritario y poderoso, tenía que contar con la aquiescencia de un loco de atar, ante quien todos temblaban, para poder realizar actos de la vida privada, y se sentía infeliz y humillado en medio de la opulencia y de los esplendores del señorío, mientras los cristianos ni temían á Nerón ni de él se curaban para nada, porque los bienes terrenos, las torturas físicas y morales no eran para ellos sino medios de purificarse y ganar la gloria eterna, única cosa que apetecían, norte de sus ilusiones, guía de su conducta.

Dominado por estas reflexiones dijole á su amada:

— Eres mucho más feliz que yo, Ligia. En medio de la pobreza, en esta casucha, entre esas gentes de humilde condición, posees algo que te hace dichosa: la fe en Cristo y su doctrina. Para mí, en el mundo sólo existes tú, y después de haberte perdido me consideraba como un miserable sin pan ni hogar. Te amo con delirio. Te buscaba, robando horas al sueño y privándome de asistir á banquetes y festines, porque la vida, sin ti, me

es odiosa. Á no tener la esperanza de hallarte, me hubiese hundido cien veces la espada en el pecho. Y, sin embargo, temo la muerte, porque la muerte me privaría del goce inefable de contemplarte... ¿Te acuerdas, Ligia, de nuestras pláticas en casa de Aulo? Un día trazaste sobre la arena la imagen de un pez y no comprendí su significado... ¿Recuerdas aquella deliciosa tarde en que jugamos á la pelota? Vino Aulo mientras departíamos junto al surtidor del jardín, é interrumpió nuestra conversación exhortándonos á que nos preserváramos de los peligros de Libitina. Al despedirnos, Pomponia dijo á Petronio que existe un solo Dios omnipotente, justo y misericordioso; no se nos ocurrió entonces que ese Dios era Cristo... ¡Que me conceda la gracia de hacerte mía y le adoraré!, si bien le considero como el Dios de los esclavos, de los extranjeros y de los mendigos... Estás á mi lado y sólo piensas en Él; piensa también en mí, Ligia mía, si no quieres que le deteste... ¡Seas mil veces bendita! ¡Quisiera postrarme ante ti, adorarte como á una diosa, ofrecerte sacrificios!...

Vinicio hablaba con exaltación, pasándose la mano por la frente pálida, entornando los ojos. Ni en el amor, ni en el odio, admitía freno su natural fogoso, arrebatado.

Sus palabras sonaban en los oídos de Ligia como profanación sacrilega. Sin embargo, la ingenua doncella sentía el corazón inundado de tierna piedad por aquel hombre que la amaba con frenesí; y al verle trémulo, angustiado, enfermo, suplicante, rendido, experimentaba emoción inefable. ¡Así hubiera querido verle siempre, así le hubiera amado con toda el alma!

Pero no tardó en darse cuenta de que podía aquel amor profano envolverla y arrastrarla como un torbellino, y su alma retrocedió espantada como si hubiese llegado al borde del abismo. ¿Para acabar cayendo en tan negra sima se habría fugado y sufrido tantas penalidades, se habría ocultado en los barrios más pobres de la Ciudad? Al fin y al cabo, ¿quién era Vinicio?: un augustal, un soldado, un cortesano de Nerón, el hombre beodo que en el banquete imperial gozaba participando de la depravación palatina; un pagano que hacía sacrificios á los falsos dioses en quien no creía. Ciertamente, su carácter había cambiado; pero ¿no le había dicho que si pensaba más en Cristo que en él, detestaría á Cristo? ¡Jamás! La sola idea de un amor que no fuese el amor de Jesús constituía un pecado contra Él y su santa doctrina. Este pensamiento la hizo estremecer de pies

— ¡No! En manera alguna debo poner en peligro á mis protectores. Plaucio no es persona grata al César. La noticia de mi regreso se esparciría por toda la Ciudad; sabría Nerón por sus esclavos, y, caso de no castigar severamente á los Aulo, exigiría al menos que yo le fuese de nuevo entregada.

— Si contestó Vinicio frunciendo el entrecejo; — lo haría, aunque no fuese sino para demostrar que no consiente sean desobedecidos sus mandatos. Pero, indudablemente, no se ha acordado más de ti porque en tu fuga ve más bien una ofensa á mi dignidad que un desacato á sus órdenes, y aun es probable que, apenas en su poder, te pusiera á mi disposición; entonces yo podría devolvarte á Pomponia.

— ¡Vinicio! ¿Quisieras verme de nuevo en el Palatino? — le preguntó ella con acento de tristeza.

— ¡No! ¡Tienes razón!... He hablado como un mentecato. ¡No!

En aquel momento le fué dado comprender cuán insensata había sido su anterior conducta, cuán inicuos sus actos de violencia. Á no seguir los consejos de Petronio, á dejarla tranquilamente en casa de Aulo, habría podido casarse con Ligia, sin exponerla á terribles peligros; comprendió también con extraordinaria clarividencia toda la abyección del mundo romano, y no pudo menos de parangonarla con las virtudes cristianas. ¡El! patricio y tribuno militar, hombre autoritario y poderoso, tenía que contar con la aquiescencia de un loco de atar, ante quien todos temblaban, para poder realizar actos de la vida privada, y se sentía infeliz y humillado en medio de la opulencia y de los esplendores del señorío, mientras los cristianos ni temían á Nerón ni de él se curaban para nada, porque los bienes terrenos, las torturas físicas y morales no eran para ellos sino medios de purificarse y ganar la gloria eterna, única cosa que apetecían, norte de sus ilusiones, guía de su conducta.

Dominado por estas reflexiones díjole á su amada:

— Eres mucho más feliz que yo, Ligia. En medio de la pobreza, en esta casucha, entre esas gentes de humilde condición, posees algo que te hace dichosa: la fe en Cristo y su doctrina. Para mí, en el mundo sólo existes tú, y después de haberte perdido me consideraba como un miserable sin pan ni hogar. Te amo con delirio. Te buscaba, robando horas al sueño y privándome de asistir á banquetes y festines, porque la vida, sin ti, me

es odiosa. Á no tener la esperanza de hallarte, me hubiese hundido cien veces la espada en el pecho. Y, sin embargo, temo la muerte, porque la muerte me privaría del goce inefable de contemplarte... ¿Te acuerdas, Ligia, de nuestras pláticas en casa de Aulo? Un día trazaste sobre la arena la imagen de un pez y no comprendí su significado... ¿Recuerdas aquella deliciosa tarde en que jugamos á la pelota? Vino Aulo mientras departíamos junto al surtidor del jardín, é interrumpió nuestra conversación exhortándonos á que nos preserváramos de los peligros de Libitina. Al despedirnos, Pomponia dijo á Petronio que existe un solo Dios omnipotente, justo y misericordioso; no se nos ocurrió entonces que ese Dios era Cristo... ¿Que me conceda la gracia de hacerte mía y le adoraré!, si bien le considero como el Dios de los esclavos, de los extranjeros y de los mendigos... Estás á mi lado y sólo piensas en Él; piensa también en mí, Ligia mía, si no quieres que le deteste... ¡Seas mil veces bendita! ¡Quisiera postrarme ante tí, adorarte como á una diosa, ofrecerte sacrificios!...

Vinicio hablaba con exaltación, pasándose la mano por la frente pálida, entornando los ojos. Ni en el amor, ni en el odio, admitía freno su natural fogoso, arrebatado.

Sus palabras sonaban en los oídos de Ligia como profanación sacrilega. Sin embargo, la ingenua doncella sentía el corazón inundado de tierna piedad por aquel hombre que la amaba con frenesi; y al verle trémulo, angustiado, enfermo, suplicante, rendido, experimentaba emoción inefable. ¡Así hubiera querido verle siempre, así le hubiera amado con toda el alma!

Pero no tardó en darse cuenta de que podía aquel amor profano envolverla y arrastrarla como un torbellino, y su alma retrocedió espantada como si hubiese llegado al borde del abismo. «¿Para acabar cayendo en tan negra sima se habría fugado y sufrido tantas penalidades, se habría ocultado en los barrios más pobres de la Ciudad? Al fin y al cabo, ¿quién era Vinicio?: un angustal, un soldado, un cortesano de Nerón, el hombre beodo que en el banquete imperial gozaba participando de la depravación palatina; un pagano que hacía sacrificios á los falsos dioses en quien no creía. Cierto, su carácter había cambiado; pero ¿no le había dicho que si pensaba más en Cristo que en él, detestaría á Cristo? ¡Jamás! La sola idea de un amor que no fuese el amor de Jesús constituía un pecado contra Él y su santa doctrina. Este pensamiento la hizo estremecer de pies

á cabeza y mirar con terror lo por venir y las profundidades de su corazón.

Refrenó esta lucha interna la entrada de Glauco, que venia á curar al enfermo. La brusca interrupción del coloquio contrarió de tal manera á Vinicio, que, reflejándosele el disgusto en el semblante, contestó á las preguntas del médico con cierta displicencia; y, aunque recobró presto la calma, á Ligia se le desvaneció la ilusión de que las enseñanzas del Ostriano hubiesen podido modificar aquella naturaleza indomable. En el pecho del tribuno continuaba latiendo un corazón duro y egoísta, un corazón genuinamente romano. Solamente había sufrido variación en lo que á ella afectaba.

Ligia se alejó al cabo, confusa y temblorosa. Hasta entonces, en sus oraciones, había ofrecido á Cristo un corazón inmaculado y puro como una lágrima; ahora la turbación empañaba su espíritu: en el cáliz del blanco lirio había penetrado roedor gusano. No obstante llevar dos noches en vela tuvo el sueño intranquilo, agitado por pesadillas. Soñó que se hallaba en el Ostriano y que de pronto aparecía Nerón al frente de su cortejo de augustales, coribantes y gladiadores, aplastando, bajo las ruedas de su carro adornado de flores, á los cristianos; que Vinicio la cogía del brazo y la subía á su carro susurrándole al oído: «Ven con nosotros.»

V

Desde aquel día Ligia apenas se dejaba ver en la sala común y mucho menos se acercaba al lecho de Vinicio; pero no logró con esto recobrar la calma. El tribuno la seguía siempre con la misma mirada suplicante; aguardaba como especialísima gracia sus palabras; sufría sin atreverse á exhalar queja alguna por temor de desagradarla. Era evidente que sólo de ella esperaba la salud y la alegría. Comprendió Ligia y sentía el corazón inundado de piedad. No tardó en advertir que cuanto más procuraba sustraerse al cariño de aquel hombre, más intensa era la ternura que llenaba su alma y más delicados y dulces todos sus sentimientos. Perdió el sosiego y acabó por persuadirse de que la doctrina de Cristo la obligaba á estar á su lado con mayor asiduidad, fundándose en que, además de mandar Dios que se

devuelva bien por mal, no era imposible conseguir la conversión del tribuno. Pero bien pronto le indicaba la conciencia que éstas no eran sino argucias sugeridas por el amor. La formidable lucha interna, sin tregua ni reposo, se exacerbaba de día en día. Imaginó haber sido cogida en una red y que cuantos más esfuerzos hacía para salir de ella más aprisionada quedaba en sus mallas. Por fin tuvo que confesarse á sí misma que el deseo de ver á Vinicio se acrecentaba por momentos, que la voz de éste le sonaba cada día más dulcemente en el oído y que tenía que esforzarse para conservar la serenidad en su presencia. Una mañana, notando, por huellas de lágrimas recientes, que el tribuno había llorado, se sintió tan profundamente conmovida que la intensidad de este sentimiento la aterrorizó, y dominada por el desprecio de sí misma pasó llorando todo el día.

El carácter del joven patricio se transformaba también visiblemente. En sus conversaciones con Glauco se mostraba menos altanero que antes, y ocurriasele á veces la idea de que aquel pobre médico, esclavo, y Miriam, la anciana extranjera que con tanta solicitud le cuidaba, y Crispo, entregado siempre á la oración, podían ser, no cosas, sino personas dotadas de alma esencialmente igual á la suya. A Oso le había puesto sincero cariño y se complacía en oírle contar curiosos acontecimientos relacionados con la vida de Ligia. Únicamente Nazario le era antipático, porque se le había metido en la cabeza que amaba á Ligia. Por mucho tiempo mantuvo secreta esta aversión; pero un día que el mozo regaló á la virgen dos codornices compradas con dinero ganado trabajando, despertóse dentro del corazón de Vinicio la dormida soberbia del descendiente de los quirites, para quien un extranjero no tenía más valor que un miserable gusano. Al oír á Ligia dar las gracias al adolescente por su regalo, palideció de rabia, y al salir Nazario en busca de agua para los pájaros, la dijo:

— ¿Es posible, Ligia, que admitas presentes de ese joven? ¿Ignoras que á los de su nación les llaman los griegos, perros judíos?

— No sé que nombre les dan los griegos — respondió Ligia; — pero sí que Nazario es cristiano y hermano mío.

Al decir esto contemplaba con tristeza y con asombro al tribuno, pues hacía ya mucho tiempo que no se dejaba arrebatar por accesos de cólera. Vinicio se mordió el labio para no exclamar

que á semejante hermano le condenaría él á morir apaleado ó á cavar en sus viñedos de Sicilia con un cepo en los pies; pero recobrada la calma, dijo:

—Perdóname, Ligia; mas para mí eres de estirpe real é hija adoptiva de Plaucio.

Y, de tal manera aplacó el orgullo, que al volver Nazario á la estancia prometióle regalarle un par de pavos ó faisanes de los que tenía en sus jardines.

Ligia, comprendiendo cuan penosos esfuerzos tenía que hacer el patricio para lograr estas victorias sobre su ingénita soberbia, se los agradecía con alma y vida. Sin embargo, Vinicio en aquella ocasión poco tuvo que violentarse. Nazario no podía producirle sino irritación momentánea, en modo alguno celos, pues aparte de ser aún muy mozo, para el tribuno era simple sumisión de esclavo el cariño que demostraba á Ligia. Mayores repugnancias veíase precisado á vencer para doblegarse ante la veneración continua, ostensible, efusiva, de los que le rodeaban, al nombre y á la doctrina de Cristo. A este respecto sostenía en el entendimiento y en el corazón incesante aunque silenciosa lucha. No dudaba ni de la divinidad de Cristo, ni de su resurrección, ni de los milagros, porque todo era atestiguado por personas dignas del mayor crédito. No obstante, figurábasele esta doctrina opuesta al orden de cosas establecido, impracticable, poco menos que insensata. A su entender, los hombres eran malos así en Roma como en el resto del mundo; pero le parecía excelente la organización del Estado. «Si el César, pensaba, fuese hombre de nobles sentimientos; si el Senado estuviese formado, no por abyectos libertinos, sino por varones como Traseas, nada mejor podría inventarse.» Creía indispensables el imperio romano y la romana soberanía, de igual manera que las diferencias fundamentales entre los hombres. «¿Y á qué se encaminaba la doctrina de Cristo? En primer lugar, á destruir el edificio social; en segundo término, á suprimir toda diferencia y toda jerarquía entre los hombres. Y ¿qué sería del imperio si esta doctrina triunfara? ¿habían de abdicar los romanos el universal dominio y reconocer como iguales á los vencidos?» Esta conclusión repugnaba á su inteligencia patricia.

Lo que pasaba en el alma de Vinicio leíasele la joven en el semblante; vislumbraba á través de la envoltura corpórea la incesante lucha y el triunfo de la incredulidad, ó mejor, de la

repulsión sobre la fe; y esto la entristecía. Pero el respeto tácito del tribuno á Cristo despertaba en el corazón de la virgen piedad y gratitud. Recordando el caso de Pomponia Grecina, el pesar inmenso que ésta sentía por no haber logrado convertir á Plaucio y el temor de no hallarle, después de muerto, en el cielo, Ligia experimentaba parecidos sentimientos; sentíase invadida por amarga tristeza al pensar que ella amaba también á un ser del que probablemente se vería separada en la vida eterna. Sin embargo, de cuando en cuando le penetraba en el corazón angustiado un rayo de esperanza, rayo fugaz que la reanimaba por un instante. Luego volvía á caer en el pesimismo: «¡Cristiano Vinicio! ¿Podían conciliarse estas dos palabras?»

Y notó Ligia con terror que la certidumbre de esta condenación, lejos de infundirle odio, acrecía la piedad y el cariño. Un día quiso persuadir á Vinicio de que fuera de la doctrina de Cristo era la vida mera ilusión. Él contestó: «Mi vida eres tú.» Y ella, aturdida, espantada, huyó, comprendiendo que también tenía necesidad de auxilio para salvarse; y pasó la noche llorando y en oración, convencida de que era indigna de que su voz fuera escuchada del Altísimo. Al día siguiente salió del *cubiculo* muy temprano, y, llamando á Crispo, en el jardín le confesó que amaba á Vinicio, que temía salir vencida en la lucha contra esta pasión y que no hallaba otro medio de sustraerse á ella que abandonar la casa de Miriam.

Crispo era un anciano austero, entregado por completo á la vida ascética, y no supo hallar, no ya palabras de perdón, pero ni siquiera disculpa para aquel amor, según él pecaminoso. Convino con Ligia en que para salvarse debía huir, huir en el acto, para no contaminarse más. Rebosaba de su alma la indignación al considerar que aquella joven fugitiva, colocada bajo su vigilancia, á quien amaba, á quien había confirmado en la fe cultivándola como lirio inmaculado del divino jardín de Cristo, había dado cabida en su corazón á un amor que no era el puro amor de Dios. La decepción le llenaba el alma de amargura y de estupor.

—Vete — le dijo con voz adusta — y ruega á Dios que te perdone los pecados; ponte en salvo antes que el demonio, que te tiene cogida en sus redes infernales, empujándote hacia el abismo, te haga renegar del Salvador. El Hijo de Dios murió en la Cruz y derramó su preciosa sangre para redimirte; mas tu

has preferido al hijo de las tinieblas. ¿Y quién es ese hombre? Un amigo y servidor del Anticristo; su cómplice en la depravación y la iniquidad. Y ¿adonde crees que te conduciría? ¡A los antros de corrupción donde mora y que Dios exterminará con los rayos de su cólera! En verdad te digo: más te valiera haber muerto bajo las ruinas de esta casa derrumbada por la ira celeste que haber consentido que en tu pecho penetrara la serpiente y babeara sobre tu corazón su maldita ponzoña.

El buen anciano exaltábase por momentos. Había soñado en hacer de aquella castísima virgen un ángel, para elevarla á las regiones donde solo se vivía del amor de Cristo, y he aquí que había dado entrada en su corazón al amor profano; que amaba á un augustal. Las palabras le abrasaban los labios como áscuas. No se sentía con valor para perdonarla.

Considerábase culpable Ligia, pero no tanto; y creía que el venerable anciano que desde su fuga del Palatino la había tenido bajo su protección con solicitud paternal, la compadecería al menos, dirigiéndole palabras de consuelo que la fortalecieran para llevar á cabo su resolución.

— Yo ofrezco á Dios — continuó diciendo éste — el desengaño y la pena que me has causado; pero tú has hecho traición al Redentor, y en vez de consagrarle como cáliz precioso tu corazón, diciéndole: «¡Señor, llénalo de tu divina gracia!» has preferido entregarlo á un siervo del espíritu maligno. ¡Dios se apiade de ti y te conceda el perdón! Yo, mientras no arrojes de tu pecho la serpiente venenosa; yo, que te consideraba como una escogida...

Calló súbitamente, porque por entre los sarmientos de las parras y las ramas secas de la yedra vió á dos hombres. Era uno el Apóstol Pedro; al otro no pudo reconocerle á causa de llevar el rostro cubierto con un manto de paño burdo. Atraídos por las voces descompasadas de Crispo se adelantaron y sentáronse en un banco de piedra. Cuando el compañero de Pedro se desembozó, en su semblante ascético, en su espaciosa calva adornada solamente en las sienas por algunos mechones de cabellos ensortijados, en las pobladas y rojizas cejas, en la nariz corva; en suma, en aquella testa no hermosa, pero sí expresiva é inspirada, Crispo reconoció á Pablo de Tarso.

Pedro, dijo:

— ¡La paz sea con vosotros!

Y, después de enterarse de lo ocurrido con todos sus pormenores, puso la mano senil sobre la cabeza de la virgen y mirando al anciano presbítero, añadió:

— ¿No sabes ¡oh, Crispo! que nuestro adorado Maestro estuvo en las bodas de Canaan y bendijo el amor del marido y la esposa?

Crispo dejó caer los brazos, mirando con asombro al Apóstol, y sintió desfallecimiento.

Después de breve pausa prosiguió éste:

— ¿Y crees tú, Crispo, que quien consintió á María de Magdala que se prosternase á sus pies y perdonó á aquella pecadora, apartará los ojos de esta niña pura como el lirio de los valles?

Ligia que, sollozando, había caído arrodillada á los pies de Pedro, se los abrazaba efusivamente, persuadida de que no en vano había confiado en su protección y defensa.

El Apóstol terminó con estas palabras:

— Hasta que los ojos de aquél á quien amas no se hayan abierto á la luz de la verdad, esquivas su presencia para que no te haga caer en pecado. Ruega por él, y ten por cierto que no es culpable tu amor y que te será considerado como mérito el haber querido huir de la tentación. No te descorazonas, no llores; en verdad te digo que no te ha abandonado la gracia del Señor. Tus plegarias serán oídas, y á los días de tristeza seguirán otros de júbilo.

Mientras esto decía su rostro expresaba celestial bondad y ternura.

Crispo tratando de justificarse, objetó:

— He pecado contra la Divina Misericordia; pero creí que al abrir Ligia su corazón á un amor terreno negaba á Cristo...

— Tres veces yo le negué, y, no sólo me perdonó, sino que confiéme el encargo de apacentar su rebaño.

— Además — añadió Crispo — no podía olvidar que Vinicio es un augustal.

— Corazonés más empedernidos ha ablandado Jesús — replicó Pedro.

Pablo de Tarso, que hasta entonces había permanecido en silencio, señalándose con el índice el pecho, dijo:

— Yo fui perseguidor y azote de los siervos de Cristo; yo, mientras lapidaban á Esteban, guardaba los mantos de sus verdugos; yo concebí el propósito de extirpar las raíces de la

verdad de todos los lugares de la tierra; y á mí, sin embargo, me eligió el Señor para sembrar en todas partes la semilla de su santa doctrina. Y la he esparcido por Judea, por Grecia, por el Archipiélago y en esta impia Ciudad, donde estuve preso. Y ahora que me llama Pedro, mi superior, vuelvo para sembrarla en este terreno pedregoso, que Dios, sin duda, fertilizará para que pueda recogerse en él abundante cosecha.

Y se levantó; y aquel hombre de baja estatura y encorvado ofrecióse á los ojos de Crispo como quien realmente era: como un gigante que había de remover los cimientos del mundo y sojuzgar á todos los pueblos de la tierra.

VI

De Petronio á Vinicio.

«Por piedad, carísimo sobrino, no imites en tus cartas á los lacedemonios ni á Julio César. Si al menos hubieses podido escribir como él: ¡*Veni, vidi, vici!* me explicaría tu concisión; pero tu carta solo significa: ¡*Veni, vidi, fugi!* y como semejante desenlace es de todo en todo opuesto á tu carácter, y, además, fuiste herido y te ocurrieron cosas peregrinas, creo indispensable una larga explicación. Me ha sorprendido y maravillado el que ese ligio estrangulara á Crotón como un perro de Caledonia acogota un lobo en las cañadas de Hibernia. Es hombre que vale tanto oro como pesa y en su mano está, sin duda, el convertirse en favorito del César. Cuando me halle de vuelta en Roma, trabaré más íntimo conocimiento con él y haré fundir su estatua en bronce. *Barbarroja* no podrá contener la curiosidad cuando le diga que ha sido tomada del natural, pues las verdaderas formas atléticas van siendo cada día más raras en Italia y en Grecia; del Oriente no hay que hablar siquiera; en cuanto á los germanos, sus músculos desaparecen bajo la grasa, y tienen más corpulencia que fuerza. Pregúntale si es una excepción ó si abundan los hombres como él en su país, pues conviene saber donde están los mejores atletas para cuando se nos encargue organizar juegos en el Circo.

«Demos gracias á los dioses de Oriente y de Occidente por haberte concedido la merced de escapar con vida de sus manos, aunque de algo te habrá valido tu doble calidad de patricio y personaje consular. Tus aventuras me dejan atónito; paré-

cenme cosa de ensueño ó de brujería ese cementerio donde encontraste reunidos á los cristianos, los cristianos mismos, la conducta que han observado contigo, la nueva fuga de Ligia, la tristeza y la inquietud que respira tu breve carta.

«Contéstame pronto, porque ignoro cuando podremos vernos y necesito que me expliques muchas cosas, pues, á decir verdad, ni comprendo á los cristianos, ni á Ligia, ni te comprendo á ti.

«Los deseos, antojos y proyectos varían en la fantasía de *Barbarroja* como los vientos primaverales. Estamos ahora en Benevento y nos proponemos marchar á Grecia antes de volver á Roma, no obstante aconsejarle Tigelino que regrese á la Ciudad, fundado en que el pueblo podría amotinarse á causa de su larga ausencia, ó mejor, á causa de la falta de pan y juegos. Te rogaría que nos acompañases, porque el viaje y las diversiones serían remedio excelente para calmar tu espíritu atribulado, si no temiera que no nos encontraras ya aquí. Lo más prudente es que te vayas á tus propiedades de Sicilia. Háblame extensamente de ti al contestarme. No hago votos sino porque los dioses te conserven la salud, pues, ¡por Polux! te juro que no sé que más desearte.»

Vinicio no se sintió con ganas de contestar; ¿para qué?; Petronio no le comprendería, pues algo había ocurrido desde que se separaron que dejaba abierto un abismo entre los dos.

Sentíase aún muy débil cuando se trasladó del *Transtevere* á su casa de las Carinas, donde, en los primeros días, sintió cierto bienestar en medio del lujo que le rodeaba. Mas no tardó en convertirse de que todo lo que hasta entonces había constituido el interés primordial de su vida no existía ya para él ó había quedado reducido á ínfimas proporciones. La idea de irse á Benevento y á Grecia con Nerón para entregarse á una vida fastuosa y llena de locas aventuras le produjo cierta repugnancia. Por primera vez advirtió que las frases ingeniosas de Petronio, su elegante dición y sus agudezas no le procuraban sino un placer vano.

Mas, por otro lado, la soledad le angustiaba. Todos sus amigos y conocidos estaban con el César en Benevento, mientras que él tenía que permanecer solitario, en su casa, con la cabeza llena de extrañas ideas y el corazón henchido de opuestos sentimientos. A veces se le ocurría que á tener algún amigo á quien comunicar sus impresiones podría tal vez coordinarlas y comprenderlas mejor.

Y esta penosa inquietud le llevó á contestar á Petronio en los siguientes términos:

«Quieres que te escriba más á menudo y lo haré, aunque no te prometo explicarme con mayor claridad, porque tengo lleno el entendimiento de enigmas. Te hablé ya del trato que me dieron los cristianos durante el tiempo que permaneci entre ellos, de sus incomprensibles bondades y de la nueva desaparición de Ligia. No, amigo mio, no me respetaron por ser personaje consular, como supones, pues para ellos no existen tales consideraciones; recuerda que perdonaron también á Quilón, á pesar de que yo mismo les instigué á que lo enterraran en el jardín. Te añadiré que en mi propia casa no me cuidaran con mayor solicitud; que si Ligia hubiese sido mi hermana ó mi esposa no habría tenido para mi mayores atenciones. Más de una vez pensé que tan tiernos desvelos únicamente podían ser hijos del amor, y más de una vez sorprendí la expresión de este amor en su radiante rostro y en sus dulcísimos ojos. Y ¿lo creerás? Entonces me sentía increíblemente dichoso entre aquella humilde gente, en aquel cuartucho miserable, sala, comedor y cocina á un tiempo. No, Petronio; no le era indiferente, y, sin embargo, huyó, muy á pesar mio, de la casa de Miriam. Ahora paso los días con la cabeza entre las manos preguntándome por qué obró de esta suerte. Te escribi, si no me flaquea la memoria, que le habia ofrecido restituirla á casa de los Aulo; pero me contentó con gran cordura que, aparte de hallarse sus protectores en Sicilia, no fuera prudente tal determinación porque con ella se la expondría á que de nuevo el César la reclamara. Ha desaparecido, como ves, no obstante estar bien convencida, no solamente de que en modo alguno tenia que temer de mi nuevas violencias, sino también de que me hallaba dispuesto á dejarla bajo la protección de Pomponia hasta que me la concedieran como esposa.

«La vispera de su desaparición trabé conocimiento con un hombre extraordinario llamado Pablo de Tarso, quien me habló de Cristo y de su doctrina con tan calurosa convicción, que se me antojó que cada una de sus palabras era como formidable golpe de ariete asestado contra los cimientos de nuestro mundo decrepito. Después de noticiarme que Ligia habia salido de aquella casa, añadió: «Cuando Dios haya abierto tus ojos á la luz, rasgando el velo que los cubre, como rasgó el que cubria

los míos, comprenderás cuan acertada ha sido su resolución y hallarás á tu amada.

«Y desde entonces me devano los sesos como si hubiese oído estas palabras de labios de la Pitonisa de Delfos, si bien á veces me parece descubrir su sentido... Los cristianos, por más que amen á los hombres, son enemigos de nuestro género de vida, de nuestros dioses... y de nuestras maldades.

«Yo, sin embargo, no le habria prohibido creer en su dios y hasta le hubiese erigido un altar en el atrio de mi casa. ¿En qué puede perjudicarme tener un dios más, y por qué no habia de creer en él, yo, que casi desprecio á los antiguos? Estoy firmemente convencido de que los cristianos no mienten jamás y todos juran que Cristo resucitó. Pues bien; un hombre no puede resucitar. Por otro lado, Pablo de Tarso, ciudadano romano, pero de raza judia y versado en el estudio de los antiguos libros hebraicos, me ha asegurado que la venida de Jesucristo habia sido profetizada mil años antes.

«Son sobrenaturales éstas cosas, pero ¿no nos envuelve lo sobrenatural por todos lados? ¿no se habla todavía de Apolonio de Tiana? Lo afirmado por Pablo respecto de la existencia de un Dios único me parece lógico. Dicen que Séneca, y antes que él muchos otros, lo han creído así. Cristo ha existido, se ha dejado crucificar para redimir al género humano y ha resucitado: todo esto es absolutamente cierto y no hallo motivo para obstinarme en sostener la opinión contraria. ¿Por qué, pues, no he de levantarle un altar, si no tengo inconveniente en erigirselo á Serapis, pongo por caso? Tampoco he de tener ninguna dificultad en renegar de los otros dioses, puesto que ya ninguna persona razonable cree en ellos.

«Mas tengo para mí que esto no satisface á los cristianos; no se contentan con el respeto á Cristo; precisa practicar su doctrina, lo que equivale á encontrarte en la orilla del mar y á que te impongan la obligación de pasarlo á pie. Si les prometiese simplemente hacerlo, considerarían vanas mis promesas. Pablo así me lo dijo, sin ambajes ni rodeos.

«Bien sabes cuanto amo á Ligia; no hay cosa que no esté dispuesto á hacer por ella; pero si me ordena levantar con los hombros el Soracta ó el Vesubio, llevarle en la palma de la mano las aguas del lago Trasimeno ó cambiar por ojos azules mis ojos negros, tendré que declarar mi impotencia, pese á mi firme voluntad de obedecerla.

«No soy filósofo; pero tampoco es tan supina mi ignorancia como tú á veces te has creído. Pues fijate en lo que voy á decirte: no sé como se las arreglan los cristianos para acomodarse á la vida real; pero es innegable que en donde comienza su doctrina allí acaba la supremacía romana, toda diferencia entre vencedores y vencidos, entre ricos y pobres, entre hombres libres y esclavos; allí termina el poder supremo del César, las leyes y el orden social establecido, y en sustitución aparece Cristo, y con él, el régimen de una misericordia insólita, una extraña bondad de punto en punto contrapuesta á todos los instintos humanos, á todas las pasiones romanas. Y como tengo en más á mi Ligia que á Roma y su imperio, se me importaría un comino el derrumbamiento del mundo entero, con tal de tenerla á ella en mi morada. Pero, según he apuntado antes, no se satisfacen los cristianos con que se acepte como buena su doctrina; exigen, además, la convicción de que es ella la única verdadera.

«No se contentan con palabras. Con todo, hay algo en mi naturaleza que se resiste á aceptar esta doctrina; y, aun cuando mis labios la ensalzaran, aun cuando conformara mi conducta á sus enseñanzas, la razón me diría á cada instante que lo hacía por amor á Ligia y que, á no ser por Ligia, nada en el mundo me sería más aborrecible. ¡Cosa extraña! Pablo de Tarso penetra todo esto, y lo adivina también, á pesar de sus apariencias de hombre rudo y de su humilde origen, Pedro, el viejo teurgo, discípulo de Cristo, á quien consideran como jefe los cristianos. Y, ¿sabes que hacen para convertirme? Pues rezan, pidiendo á su dios que haga descender sobre mi corazón una cosa que llaman *gracia*... y yo me siento cada día más inquieto, y el tedio se apodera de mi espíritu á cada momento con mayor intensidad.

«Te dije que Ligia huyó sin despedirse de mí; pero no que al partir dejome á la cabecera del lecho una cruz construída por ella misma con ramitas de mirto entrelazadas (1). La guardo en el larario, y, sin explicarme el por qué, al acercarme á ella

(1) De los anacronismos en que incurre Stenklewickz, muchos de ellos harto disculpables, en esta novela, es tal vez el de más bulto, é indudablemente el más repetido, el que se refiere al uso de la cruz entre los cristianos. Este uso, tanto en el culto como en la devoción privada, no se introdujo hasta mucho después.

siento respetó y temor, como si realmente fuera cosa divina. Amo esta cruz porque la construyeron sus manos; la odio porque ella nos separa. Se me antoja á veces ver en todo esto artes de brujería; que el teurgo Pedro, aunque se haga pasar por sencillo pescador, es más grande que Apolonio de Tiana y cuantos le precedieron, y que nos ha hechizado á Ligia, á mí y á Pomponia.

«Al regresar á casa, conforme te dije, como nadie me esperaba, pues me suponían en Benevento, lo hallé todo en desorden; los esclavos celebraban un banquete en mi *triclinio* y, no obstante hallarse todos ebrios, la muerte no les habría aterrorizado como les aterrorizó mi aparición. Todos se arrojaron á mis pies; á algunos el espanto les hizo perder el sentido. ¿Pues sabes lo qué hice? Mi primer impulso fué mandarles apalear y martirizar con hierros candentes; mas, bien pronto, me dió como vergüenza de haberme encolerizado y acabé por compadecer á aquellos infelices, entre los cuales hay algunos viejos que mi abuelo Marco Vinicio trajo de las riberas del Rhin, en tiempo de Augusto. Me encerré en la biblioteca y se agolparon á mi mente extrañas ideas: por ejemplo, la de que no debía en adelante tratar á los esclavos como lo había hecho hasta entonces; pues que también eran hombres. Durante dos días estuvieron alocados por el espanto, pues suponían que aplazaba el castigo para inventar refinados suplicios... y, sin embargo, no les castigaba porque no me sentía con valor para ello. Al tercer día los reuní y les dije: «Os perdono: procurad hacerme olvidar vuestras faltas con el esmero en el servicio.» Al oír estas palabras cayeron todos de hinojos, deshechos en llanto, tendiéndome los brazos, llamándome «señor» y «padre.» Yo, me da vergüenza confesártelo, también me conmoví hondamente. Desde entonces me sirven con mayor celo y diligencia; de tal manera, que todos rivalizan en adelantarse á mis deseos. Jamás la severidad les estimuló como les estimula ahora la gratitud. Te cuento esto porque un día, á la objeción de que el triunfo de la doctrina cristiana haría estallar el mundo como tonel repentinamente despojado de sus aros, el Apóstol Pablo me respondió: «El amor es más fuerte que el terrorismo.» Y, en verdad, la observación me ha demostrado que, en ciertas circunstancias, la sentencia es exacta.

«Lo he podido comprobar en las relaciones con mis clientes, los cuales, sabedores de mi regreso, se apresuraron á cumpli-

mentarme. No ignoras que he sido siempre dadivoso con ellos, como mi padre; pero también como mi padre, hasta ahora les había tratado con altanería. Pues bien; al verles con sus rostros demacrados y sus vestidos andrajosos no pude reprimir el sentimiento de la compasión y ordené que les dieran de comer, hablé con algunos, llamé á otros por sus nombres, pregunté á varios por su mujer é hijos, y esta conducta dió por resultado que se inundaran de lágrimas muchos ojos y que á mi me pareciese ver á Ligia sonriendo de satisfacción y confortándose con palabras de alabanza. ¿Empiezo á perder la razón?; ¿transforma el amor mis sentidos?... No lo sé... pero de continuo experimento la alucinación de hallarme bajo las miradas de Ligia y temo realizar actos que puedan ofenderla, ó siquiera afligirla.

«Si, Cayo; mi alma se ha transformado, y esta transformación unas veces me halaga, otras me tortura, pues temo haber perdido el valor, la energía que me caracterizaba, haberme quedado inepto, no solamente para razonar y divertirme, sino también para hacer la guerra. Decididamente hay en todo esto artes de encantamiento. De tal modo he cambiado, que, cuando yacía enfermo, más de una vez se me ocurrió pensar: si Ligia se pareciese á cualquiera de las mujeres romanas, si como ellas fuese depravada, cruel y ligera, no la amaría como la amo. Pero, si precisamenté la amo por el mismo motivo que nos separa, excuso decirte qué caos ha de haber en mi cerebro y en medio de que tinieblas he de vivir.

«No saldré de Roma. Me sería insoportable la compañía de los augustales; el único consuelo á mi dolor es no estar lejos de Ligia y tener la convicción de que, por conducto del médico Glauco, que ha prometido venir á verme, ó de Pablo de Tarso, podré de cuando en cuando tener noticias de ella. No, no saldría de Roma aunque me ofreciesen enviarme de gobernador á Egipto. He ordenado levantar un monumento fúnebre á Gulón, aquel esclavo á quien quité la vida en un acceso de cólera. Demasiado tarde me he acordado de que me llevó en brazos cuando yo era niño; de que me enseñó á poner la flecha en el arco. No alcanzo á comprender porque su recuerdo despierta en mi alma el sentimiento de la piedad, ó, más bien, remordimientos.

«Si lo que te escribo te sorprende, ten por cierto que también me sorprende á mi; pero te digo la verdad escueta.»

VII

Petronio, confiado en que el César daría orden de regresar á Roma de un día á otro, no contestó la carta de Vinicio.

Por fin Elio, liberto de Nerón, anunció al Senado el retorno del César. La noticia se extendió rápidamente por la Ciudad, alborozando á la plebe, aburrída por falta de diversiones y ávida de repartos de trigo y de aceite, substancias acumuladas en cantidades enormes en los depósitos de Ostia.

Pero Nerón no se daba ninguna prisa en volver, y habiendo embarcado con el cortejo imperial cerca del cabo Miseno, se detenía en las ciudades marítimas, ora para descansar, ora para exhibirse en la escena. En Minturno, donde cantó en público, estuvo algunos días dudando si continuaría el viaje ó volvería á Nápoles para esperar allí la primavera que aquel año, á juzgar por algunas señales, se anticipaba.

Entre tanto, Vinicio permanecía encerrado en su casa, pensando siempre en Ligia y sin ver apenas á otra persona que al médico Glauco, quien le visitaba á menudo, con gran contento por parte del tribuno, porque podía discurrir con él acerca de Ligia. Ignoraba el buen médico el nuevo refugio de la doncella; pero sabía que los ancianos de la comunidad la trataban con entrañable solicitud y afecto paternal. Apiadado de la afición de Vinicio, le explicó un día que el Apóstol Pedro había reprendido acerbamente á Crispo por reprochar á Ligia su amor terrenal. Esta noticia hizo palidecer de emoción al joven patricio, pues si bien no pocas veces había sospechado que Ligia le amaba, en el acto la duda desvanecía las esperanzas, mientras que ahora éstas eran fortalecidas por fidedigno testimonio.

«Puesto que Ligia me ama, pensaba, de mi depende hacerla mi esposa, y debo allanar cuantos obstáculos se oponen á ello, reconociendo á su dios, prosternándome ante Jesucristo.» El mismo Glauco le inducía á pedir el bautismo, pero sin asegurarle que con ello recobraría á su amada; advirtiéndole que debía aspirarse á este sacramento por amor á Cristo, no por otras causas. «Es preciso tener el alma cristiana» le decía; y Vinicio, á pesar de que toda contradicción le ponía fuera de

mentarme. No ignoras que he sido siempre dadivoso con ellos, como mi padre; pero también como mi padre, hasta ahora les había tratado con altanería. Pues bien; al verles con sus rostros demacrados y sus vestidos andrajosos no pude reprimir el sentimiento de la compasión y ordené que les dieran de comer, hablé con algunos, llamé á otros por sus nombres, pregunté á varios por su mujer é hijos, y esta conducta dió por resultado que se inundaran de lágrimas muchos ojos y que á mi me pareciese ver á Ligia sonriendo de satisfacción y confortándose con palabras de alabanza. ¿Empiezo á perder la razón?; ¿transforma el amor mis sentidos?... No lo sé... pero de continuo experimento la alucinación de hallarme bajo las miradas de Ligia y temo realizar actos que puedan ofenderla, ó siquiera afligirla.

«Si, Cayo; mi alma se ha transformado, y esta transformación unas veces me halaga, otras me tortura, pues temo haber perdido el valor, la energía que me caracterizaba, haberme quedado inepto, no solamente para razonar y divertirme, sino también para hacer la guerra. Decididamente hay en todo esto artes de encantamiento. De tal modo he cambiado, que, cuando yacía enfermo, más de una vez se me ocurrió pensar: si Ligia se pareciese á cualquiera de las mujeres romanas, si como ellas fuese depravada, cruel y ligera, no la amaría como la amo. Pero, si precisamenté la amo por el mismo motivo que nos separa, excuso decirte qué caos ha de haber en mi cerebro y en medio de que tinieblas he de vivir.

«No saldré de Roma. Me sería insoportable la compañía de los augustales; el único consuelo á mi dolor es no estar lejos de Ligia y tener la convicción de que, por conducto del médico Glauco, que ha prometido venir á verme, ó de Pablo de Tarso, podré de cuando en cuando tener noticias de ella. No, no saldría de Roma aunque me ofreciesen enviarme de gobernador á Egipto. He ordenado levantar un monumento fúnebre á Gulón, aquel esclavo á quien quité la vida en un acceso de cólera. Demasiado tarde me he acordado de que me llevó en brazos cuando yo era niño; de que me enseñó á poner la flecha en el arco. No alcanzo á comprender porque su recuerdo despierta en mi alma el sentimiento de la piedad, ó, más bien, remordimientos.

«Si lo que te escribo te sorprende, ten por cierto que también me sorprende á mi; pero te digo la verdad escueta.»

VII

Petronio, confiado en que el César daría orden de regresar á Roma de un día á otro, no contestó la carta de Vinicio.

Por fin Elio, liberto de Nerón, anunció al Senado el retorno del César. La noticia se extendió rápidamente por la Ciudad, alborozando á la plebe, aburrída por falta de diversiones y ávida de repartos de trigo y de aceite, substancias acumuladas en cantidades enormes en los depósitos de Ostia.

Pero Nerón no se daba ninguna prisa en volver, y habiendo embarcado con el cortejo imperial cerca del cabo Miseno, se detenía en las ciudades marítimas, ora para descansar, ora para exhibirse en la escena. En Minturno, donde cantó en público, estuvo algunos días dudando si continuaría el viaje ó volvería á Nápoles para esperar allí la primavera que aquel año, á juzgar por algunas señales, se anticipaba.

Entre tanto, Vinicio permanecía encerrado en su casa, pensando siempre en Ligia y sin ver apenas á otra persona que al médico Glauco, quien le visitaba á menudo, con gran contento por parte del tribuno, porque podía discurrir con él acerca de Ligia. Ignoraba el buen médico el nuevo refugio de la doncella; pero sabía que los ancianos de la comunidad la trataban con entrañable solicitud y afecto paternal. Apiadado de la afición de Vinicio, le explicó un día que el Apóstol Pedro había reprendido acerbamente á Crispo por reprochar á Ligia su amor terrenal. Esta noticia hizo palidecer de emoción al joven patricio, pues si bien no pocas veces había sospechado que Ligia le amaba, en el acto la duda desvanecía las esperanzas, mientras que ahora éstas eran fortalecidas por fidedigno testimonio.

«Puesto que Ligia me ama, pensaba, de mi depende hacerla mi esposa, y debo allanar cuantos obstáculos se oponen á ello, reconociendo á su dios, prosternándome ante Jesucristo.» El mismo Glauco le inducía á pedir el bautismo, pero sin asegurarle que con ello recobraría á su amada; advirtiéndole que debía aspirarse á este sacramento por amor á Cristo, no por otras causas. «Es preciso tener el alma cristiana» le decía; y Vinicio, á pesar de que toda contradicción le ponía fuera de

si, empezaba á comprender que Glauco, en calidad de cristiano, no podía hablar de otra manera.

A menudo sentía el deseo de ver y oír á Pablo de Tarso, pues sus discursos le interesaban y conmovían hondamente; pero el Apóstol había marchado á Aricia, y como quiera que se hicieran más raras las visitas de Glauco, Vinicio quedó nuevamente en la soledad. Determinó entonces recorrer otra vez las tortuosas calles de la Suburra y los angostos callejones del *Transverere* con la esperanza de ver á Ligia, aunque fuese á distancia. Pero en breve esta última ilusión se le desvaneció y de nuevo se apoderaron de su corazón el hastio y la inquietud.

Peró, recobrando los bríos su primitivo temperamento, reaccionó con la misma fuerza con que se retira una ola para estrellarse luego en el acantilado. Se tuvo por un mentecato, pensó que era insensatez quebrarse la cabeza reflexionando sobre cosas que le conducían á estado semejante y tomó la resolución de olvidar á Ligia y de entregarse con afán á todos los placeres. Presentía que era esta la última prueba, y con el ardimiento que le era congénito se arrojó al torbellino de la vida; mas pronto le hastiaron los gozes, el remordimiento hizo presa en su alma y se dejó dominar por tan profunda apatía, que no logró sacarle de ella ni siquiera la noticia de haber regresado el César. Petronio tuvo que enviarle la propia litera para conseguir que le visitase.

Vinicio correspondió con displicencia á las muestras de afecto y apenas contestó á las preguntas de su tío; pero al fin las ideas y los sentimientos por tanto tiempo contenidos se desbordaron en un torrente de palabras. Le contó de nuevo, con lujo de pormenores, todos los acontecimientos que le habían trastornado la mente y desgarrado el corazón. Le dijo que se hallaba sumido en un caos, que había perdido el sosiego, el discernimiento y la salud. «En nada hallaba atractivos, en nada gusto; no sabía qué hacer, qué camino seguir. Estaba dispuesto á venerar á Cristo; comprendía la elevación de su doctrina; pero al mismo tiempo uno y otra le inspiraban honda repulsión, porque, á su entender, caso de que Ligia hubiese accedido á ser suya no la habría poseído por completo, viéndose obligado á compartir con Cristo su posesión. En suma, su vida era un conjunto de incertidumbres y desilusiones; no tenía esperanzas en el porvenir, ni en la dicha. Andaba á tientas en las tinieblas y en vano buscaba una salida...»

Escuchábale Petronio con atención, fijándose en el rostro desencajado del joven, en el ademán torpe de sus brazos que realmente parecían tantear en la obscuridad.

Terminado el relato, estuvo Petronio un momento pensativo; pero luego se acercó á Vinicio, y señalándole con el dedo la sien dijo:

— ¿Sabes que asoman ya canas en tu cabeza?

— Es posible — contestó Vinicio; — y no me sorprenderá despertar un día con toda la cabeza blanca.

Era Petronio un verdadero pensador y con frecuencia meditaba acerca del alma y de la vida humana; pero se detenía siempre en la superficie, en los accidentes externos venturosos ó desgraciados, sin penetrar nunca en la esencia de la vida. Para él así como el rayo ó el terremoto podían destruir un templo, de la misma manera una desventura podía quebrantar la existencia individual; mas la existencia misma continuaba desenvolviéndose en línea recta, armónicamente bajo los fenómenos exteriores. Las palabras de Vinicio envolvían nuevas ideas, y por primera vez en su vida Petronio se encontraba frente á frente de una serie de misterios que nadie hasta entonces había resuelto. Se hizo cargo de la trascendencia y gravedad de tales dudas; pero, sintiéndose incapaz de hallar á las mismas respuesta satisfactoria, dijo después de larga pausa:

— Por fuerza ha de haber en todo esto artes de hechicería.

— Así lo he creído yo — contestó Vinicio. — Muchas veces he pensado que ambos éramos víctimas de un bebedizo.

— ¿Y si fueras á consultar á los sacerdotes de Serapis? No hay duda que la mayor parte de ellos son unos embaucadores; pero algunos han descubierto impenetrables secretos.

Decía esto Petronio sin convicción, en tono de inseguridad, porque no se le ocultaba que semejante consejo en sus labios había de sonar á mofa.

Vinicio, pasándose la mano por la frente, repuso:

— ¡Hechicerías!... He visto brujas que sabían utilizar las fuerzas subterráneas en provecho propio; otras que las empleaban en daño de personas por ellas odiadas; pero los cristianos viven en la pobreza, perdonan á los enemigos, predicán la resignación, la virtud y la misericordia... ¿Para qué les servirían los hechizos!... ¡Ah, no!...

Petronio, que ya empezaba á irritarse por no saber que contestar á estos razonamientos, exclamó:

—Se trata de una nueva secta...

Después de breve pausa prosiguió:

—Juro por la divina soberana de los bosquecillos de Pafos que las doctrinas cristianas son opuestas á la vida. Tú te asombras de la bondad y de las virtudes de esa gente y yo la creo malvada porque conspira contra la existencia cual las enfermedades y aún la misma muerte. ¡Sólo nos faltaban los cristianos para que nuestra felicidad fuera completa! Cuenta las calamidades que nos afligen: las dolencias, el César, Tigelino, los versos de Nerón, los zapateros que gobiernan á los descendientes de los quirites, los libertos que invaden el Senado. . ¡Por Cástor, que ya teníamos bastantes! ¡Vaya, te repito que es una secta perniciosa, abominable!... ¿No has intentado sacudirte ese negro humor entregándote á los goces de la vida?

—Lo he intentado.

Después de otra pausa continuó Petronio:

—¡Así el Orco se tragara á todos los cristianos! Te han vuelto del revés. Han aniquilado en tu corazón el sentimiento de la vida. Te engañas de medio á medio con suponer esta doctrina bienhechora. Sólo es bueno lo que nos da la felicidad, esto es, la belleza, el amor y la fuerza; esas cosas á las que tus cristianos llaman vanidades. Te engañas también al reputarlos justos. Si devolvemos bien por mal, ¿qué daremos por el bien? Y si en ambos casos es idéntica la sanción, ¿qué ganarán los hombres con ser buenos?

—No, la sanción no es idéntica; pero empieza, según su doctrina, en la vida futura, que es eterna.

—No quiero discutir sobre este punto porque no podremos comprobarlo hasta más adelante, si es que se puede comprobar alguna cosa... cuando no se tienen ya ojos. Pero ten por seguro que tus cristianos no pasan de ser unos majaderos, y el porvenir no ha pertenecido nunca á los imbéciles.

—La vida no comienza para ellos hasta el momento de la muerte.

—Es como si me dijeran que empieza el día al anochecer. ¿Tienes empeño en apoderarte de Ligia?

—No, no puedo devolver mal por bien; he jurado no hacerlo.

—¿Tienes intención de abrazar la doctrina de Cristo?

—Bien lo quisiera; pero mis instintos se oponen á ello.

—¿Y no te sientes capaz de olvidar á Ligia?

—¡No!

—En este caso debes emprender un viaje.

El coloquio fué interrumpido por un esclavo el cual anunció que el almuerzo estaba servido. Petronio, convencido de haber dado en el blanco, agregó al hallarse en el *triclinio*:

—Has viajado mucho, pero como soldado; por los lugares á que te destinaban y sin detenerte apenas. Ven con nosotros á Grecia. El César no ha renunciado todavía á sus propósitos. Se detendrá en todas las ciudades, cantará, recogerá buena cosecha de coronas, saqueará los templos y volverá, en fin, como triunfador. Será este viaje algo así como el triunfo de Baco y Apolo encarnados en una sola persona. ¡Por Cástor! ¡No te niegues á asistir á tamaño espectáculo! No ha visto el mundo todavía nada semejante.

Y, mientras esto manifestaba, un esclavo le ceñía la frente con una corona de anémonas.

—¿Qué has visto—dijo, continuando su discurso—durante el tiempo que has estado al servicio de Corbulón? ¡Nada! ¿Has visitado detenidamente los templos griegos, como lo hice yo durante dos años, ilustrándote con las explicaciones de los guías? ¿Has estado en Rodas, para ver la base del célebre Coloso? ¿Has visto en Panópea de Fócida la arcilla de que se sirvió Prometeo para crear al hombre, y en Atenas la famosa coraza sármata formada de cascos de caballo, y en Eubea la nave de Agamenón? ¿Viste Alejandria, Menfis, las pirámides, los cabellos que Isis se arrancó al llorar la pérdida de Osiris? ¿Has oído los gemidos de Memnón? El mundo es muy vasto; no está reducido á los límites del *Transtevere*. Pienso acompañar al César y á la vuelta detenerme en Chipre para ofrecer en Pafos una ofrenda de palomas á Venus; ven tú también á Chipre, pero acuérdate de que antes debes dejarte ver del César. No has estado allí todavía y esto puede perjudicarte; Tigelino es muy capaz de aprovechar esta circunstancia para indisponer á Nerón contra ti. No creo que personalmente te odie, pero basta que seas mi sobrino para que no te ame. Diremos que has estado enfermo. Es preciso también determinar que se le ha de responder al César si te pregunta por Ligia... Le dirás, encogiéndote de hombros, que no sabes nada de ella. Puedes agregar que la enfermedad te ha retenido en casa; que se exacerbó ésta á consecuencia del disgusto de no poder marchar á Nápoles para oír su canto, y que te ha devuelto la salud la esperanza de oírlo en otra ocasión. Exagera cuanto quieras,

que por ese lado no pecarás. Tigelino ha prometido organizar en honor del César algo, no sólo extraordinario, sino estupendo... Temo siempre de ese hombre alguna traición; pero más me preocupa tu estado de ánimo.

—¿Sabes— dijo Vinicio— que hay hombres que no temen al César y que viven tan tranquilos como si éste no existiera?

—Sé de quien hablas; de los cristianos.

—¡Sí! Únicamente ellos... En cambio nuestra vida es un continuo sobresalto!

—¡Déjame en paz!... No temen al César porque éste hace tanto caso de ellos como de las hojas que el viento arrastra. Te repito que son unos mentecatos; tú mismo lo reconoces y te repugna seguir su doctrina, precisamente por su estolidez; tú eres hombre de otra índole. ¡Vaya, no te acuerdes, no me hables más de esa gente! ¡Nosotros sabemos vivir y morir! Lo que ellos sepan hacer... nadie puede decirlo.

Impresionaron estas palabras a Vinicio, el cual, regresando a casa, se puso a reflexionar si, en efecto, la bondad y la misericordia de los cristianos podrían ser prueba de pobreza de espíritu. Antojósele en aquel momento que los caracteres fuertes, los bien templados no podían perdonar, y se preguntó si no sería éste el motivo de la repulsión que su naturaleza de romano sentía hacia la nueva fe. « ¡Nosotros sabemos vivir y morir! » había dicho Petronio. ¿Y ellos?... Ellos no sabían más que perdonar; pero no sentían ni verdadero amor, ni odio.

PARTE CUARTA

I

Nerón, desde su vuelta a Roma, estaba malhumorado y muy pronto se le renovó el deseo de emprender el viaje a Acaya. Mandó entonces publicar un edicto, en el cual anunciaba que su ausencia no sería de larga duración y que los negocios de Estado no saldrían con ella perjudicados.

Acompañado de los augustales, entre los que figuraba Vinicio, se dirigió después al Capitolio para hacer sacrificios a los dioses é impetrar su protección en el próximo viaje. Pero al día siguiente, hallándose en el templo de Vesta, ocurrió un hecho que le movió a modificar sus planes. Nerón, en el fuero interno se burlaba de los dioses; pero como hombre supersticioso los temía, y al encontrarse ante la misteriosa deidad en cuyo templo ardía siempre el fuego sagrado, se le erizaron los cabellos, se le contrajeron las mandíbulas, estremecióse de pies a cabeza, y cayó desvanecido en los brazos de Vinicio que casualmente se hallaba a su espalda. Fué transportado inmediatamente al Palatino, y, aunque recobró pronto el sentido, quiso guardar cama todo el día.

Los cortesanos quedáronse asombrados al oírle manifestar que aplazaba el viaje porque la diosa le había aconsejado que no se diera prisa en realizarlo. Una hora después se esparcía por Roma la voz de que el César, apesadumbrado por la tristeza que la nueva de la expedición había producido a todos los ciudadanos, determinaba quedarse, para compartir con ellos las alegrías y las tristezas. El pueblo, alborozado por esta resolución, presagio de juegos y repartos de trigo, se aglomeró frente a las puertas del Palatino y aclamó a Nerón. Este se hallaba jugando a los dados cuando oyó el clamoreo.

que por ese lado no pecarás. Tigelino ha prometido organizar en honor del César algo, no sólo extraordinario, sino estupendo... Temo siempre de ese hombre alguna traición; pero más me preocupa tu estado de ánimo.

—¿Sabes— dijo Vinicio— que hay hombres que no temen al César y que viven tan tranquilos como si éste no existiera?

—Sé de quien hablas; de los cristianos.

—¡Sí! Únicamente ellos... En cambio nuestra vida es un continuo sobresalto!

—¡Déjame en paz!... No temen al César porque éste hace tanto caso de ellos como de las hojas que el viento arrastra. Te repito que son unos mentecatos; tú mismo lo reconoces y te repugna seguir su doctrina, precisamente por su estolidez; tú eres hombre de otra índole. ¡Vaya, no te acuerdes, no me hables más de esa gente! ¡Nosotros sabemos vivir y morir! Lo que ellos sepan hacer... nadie puede decirlo.

Impresionaron estas palabras a Vinicio, el cual, regresando a casa, se puso a reflexionar si, en efecto, la bondad y la misericordia de los cristianos podrían ser prueba de pobreza de espíritu. Antojósele en aquel momento que los caracteres fuertes, los bien templados no podían perdonar, y se preguntó si no sería éste el motivo de la repulsión que su naturaleza de romano sentía hacia la nueva fe. « ¡Nosotros sabemos vivir y morir! » había dicho Petronio. « Y ellos?... Ellos no sabían más que perdonar; pero no sentían ni verdadero amor, ni odio.

PARTE CUARTA

I

Nerón, desde su vuelta a Roma, estaba malhumorado y muy pronto se le renovó el deseo de emprender el viaje a Acaya. Mandó entonces publicar un edicto, en el cual anunciaba que su ausencia no sería de larga duración y que los negocios de Estado no saldrían con ella perjudicados.

Acompañado de los augustales, entre los que figuraba Vinicio, se dirigió después al Capitolio para hacer sacrificios a los dioses é impetrar su protección en el próximo viaje. Pero al día siguiente, hallándose en el templo de Vesta, ocurrió un hecho que le movió a modificar sus planes. Nerón, en el fuero interno se burlaba de los dioses; pero como hombre supersticioso los temía, y al encontrarse ante la misteriosa deidad en cuyo templo ardía siempre el fuego sagrado, se le erizaron los cabellos, se le contrajeron las mandíbulas, estremecióse de pies a cabeza, y cayó desvanecido en los brazos de Vinicio que casualmente se hallaba a su espalda. Fué transportado inmediatamente al Palatino, y, aunque recobró pronto el sentido, quiso guardar cama todo el día.

Los cortesanos quedáronse asombrados al oírle manifestar que aplazaba el viaje porque la diosa le había aconsejado que no se diera prisa en realizarlo. Una hora después se esparcía por Roma la voz de que el César, apesadumbrado por la tristeza que la nueva de la expedición había producido a todos los ciudadanos, determinaba quedarse, para compartir con ellos las alegrías y las tristezas. El pueblo, alborozado por esta resolución, presagio de juegos y repartos de trigo, se aglomeró frente a las puertas del Palatino y aclamó a Nerón. Este se hallaba jugando a los dados cuando oyó el clamoreo.

— Si — dijo á los augustales; — ha sido necesario aplazar el viaje, mas no por ello renuncio al imperio oriental forjado por mi fantasía. Haré abrir el istmo de Corinto y en Egipto levantaremos monumentos en comparación de los cuales las pirámides serán bagatelas. Mandaré esculpir una esfinge siete veces mayor que la que cerca de Menfis contempla el desierto, y haré reproducir en ella mis facciones. Las generaciones venideras no hablarán sino de este monumento y de mí.

— Con tus versos, César — le dijo Petronio — te has levantado ya un monumento, no siete, sino tres veces siete veces más alto que la gran pirámide de Cheops.

— ¿Y con mi canto? — preguntó Nerón.

— Si pudiese alguien esculpir una estatua como la de Memnón, que al aparecer el sol en el horizonte dejase oír tu voz, durante millares de siglos llenarian las naves los puertos de Egipto, pues de todos los países del mundo irían allí los hombres para oír tu divino canto.

— ¡Desgraciadamente — repuso Nerón — no hay ningún escultor capaz de labrar esta estatua!

— Pero puedes hacerte reproducir en basalto guiando la cuadriga.

— Es verdad; haré labrar este grupo.

— ¡Qué hermoso presente á la humanidad!

— En Egipto me casaré con la Luna, que está viuda, y seré entonces un verdadero dios.

— Y á nosotros nos concederás estrellas por esposas y formaremos una nueva constelación que llevará tu nombre; desposarás á Vitelio con el Nilo para que engendre hipopótamos; á Tigelino le concederás el desierto: será el rey de los chacales.

— ¿Y qué me destinas á mí? — preguntó Vatinio.

— ¿A ti?... ¡Que te proteja el buey Apis! Nos diste fiestas tan suntuosas en Benevento que ningún mal te puedo desear. Cose un par de zapatos para la esfinge, pues tiene las patas entumecidas por la humedad; luego coserás otros para cuantos colosos se levantan en los bordes de las avenidas que conducen á los templos. Cada cual encontrará allí una ocupación adecuada. A Domicio Afro, por ejemplo, dada su reconocida probidad, se le nombrará tesorero. Me entusiasma, César, que sueñes con Egipto y siento que hayas aplazado la expedición.

— Vuestros ojos mortales — contestó el César — nada vieron, porque la divinidad quedó invisible á los profanos; pero sabed

que la misma Vesta se me acercó, murmurándome al oído: «Aplaza el viaje.» Pasó esto tan rápidamente que me quedé aterrorizado, si bien he de estar agradecido á los dioses por tan evidente protección.

— Todos nos aterrorizamos — dijo Tigelino.

Nerón estuvo un momento pensativo. Después observó:

— Decídmelo: ¿por qué temen los hombres más á Vesta que á las otras divinidades? ¡Yo, Pontífice Supremo, sentí terror en su presencia! Sólo recuerdo que desfallecí y que habría rodado por el suelo á no sostenerme alguien. ¿Quién me sostuvo?

— Yo — contestó Vinicio.

— ¡Ah, tú, terrible Marte! ¿Por qué no fuiste á Benevento? Se me dijo que estabas enfermo, y, en efecto, observo que estás desmejorado. ¡A propósito! Me contaron que Crotón te quiso matar. ¿Es cierto?

— Sí. Me rompió un brazo y yo me defendí.

— ¡Qué!, ¿con el brazo roto?...

— Vino en mi ayuda un bárbaro mucho más forzado que él. El César le miró con asombro.

— ¿Más fuerte que Crotón?... te chaceas, sin duda. Crotón era el más vigoroso de todos los atletas y lo es ahora Stifax, el etiope.

— Te cuento, César, lo que he visto con mis propios ojos.

— ¿Y dónde se halla esa perla? ¿Cómo no es aún Rey del bosque de Nemora?

— No he sabido más de él, César.

— ¿Y no sabes siquiera de qué país es?

— Con el dolor de la fractura no estaba para hacerle preguntas.

— Pues hay que buscarle.

— De esto me cuidaré yo — dijo Tigelino.

Nerón continuó, dirigiéndose á Vinicio:

— Te doy gracias por haberme sostenido; á no ser por tí me hubiese tal vez roto la cabeza. Antes eras un buen camarada; pero desde que serviste á las órdenes de Corbulón estás muy arisco y eres muy caro de ver.

Después de breve pausa añadió:

— ¿Y cómo está aquella muchacha que quité á los Aulo para dártela?

Vinicio se turbó; pero intervino oportunamente Petronio, diciendo:

—Apuesto á que la ha olvidado ya. Castigale, señor, por su versatilidad; no le invites á la fiesta que Tigelino ha prometido darnos, en tu honor, en el lago de Agripa.

—No, no le castigaré— contestó Nerón.

Estuvo un momento callado y luego prosiguió diciendo:

—¡Me consume el tedio!... Quedé en Roma por obedecer el consejo de la diosa; pero me aburro entre esos callejones sucios y angostos, en medio de esas casucas ruinosas... La atmósfera pestilente de los barrios inmundos llega hasta mis jardines... ¡Ah, si un temblor de tierra la destruyese, si la cólera de un dios la arrasara! ¡Ya os enseñaría yo entonces como se ha de construir una ciudad para ser digna capital del mundo y corte mía!

—César— exclamó Tigelino— ¿no dices «si la cólera de un dios la arrasara?»

—Sí ¿y qué?

—¿Pues no eres tú un dios?...

Nerón se encogió de hombros con aire de negligencia y agregó:

—Veremos lo que nos has preparado en el lago de Agripa. Luego partiré para Ancio. Vosotros os contentáis con bagatelas; sois incapaces de comprender mi sed insaciable de sublimidades.

Y cerró los ojos, dando á entender que tenia necesidad de reposo. Los augustales se retiraron.

Petronio salió con Vinicio y al hallarse fuera del Palatino le dijo:

—No puedes ya excusarte de asistir á la fiesta. *Barbarroja* ha renunciado, por ahora, al viaje á Grecia, y en compensación se entregará á todo linaje de locuras, revolcándose en la ciénaga de los vicios á presencia de la Ciudad, como si estuviese en su propia casa. ¡Busca tú la distracción y el olvido! Hemos sojuzgado el mundo: bien nos podemos, pues, arrogar el derecho de divertirnos.

—Me admiro de que esa vida de placeres no te haya hastiado aún— contestó Vinicio.

—¿Quién te ha dicho que no? Me da asco desde hace mucho tiempo; pero como no soy tan joven y tan arrebatado como tú, tomo las cosas con mayor calma. Además me ligan á la vida aficiones que tu no conoces: me gustan los libros, por los cuales no muestras tú ningún interés; me deleita la poesía,

que á ti te hace hostezar; estoy encariñado con las obras de arte, con los jarrones, las piedras preciosas y otros muchos objetos que á ti no te han llamado nunca la atención; tengo dolores en la espina dorsal, que no has sentido tú jamás; vivo á gusto entre mis chucherías artísticas, y de ti no es posible hacer un mediano esteta... Sé á ciencia cierta que en la vida ya no hallaré nada mejor que lo que poseo y tú ignoras lo que te espera y aún lo que deseas. Si la muerte cortase el hilo de tu existencia, á pesar de tu dolor y de tus penas te sorprenderías de que te obligaran á abandonar tan pronto este mundo, y yo acogeria este fin inevitable con la convicción de no dejar en la tierra un género de fruto que no haya saboreado. Sin apresurarme, pero también sin emplear recursos dilatorios, procuraré vivir regocijadamente hasta el último instante. Hay, como ves, escépticos alegres. A los estoicos los reputo simples; pero al menos su doctrina templó los caracteres, mientras que tus cristianos traen al mundo la tristeza, que es en la vida lo que la lluvia en la naturaleza. Gente que tiene por símbolo la cruz no puede menos de ser enemiga de la vida. Oye: Grecia era hermosa y engendró la sabiduría y la belleza; nosotros hemos creado la fuerza; pero esa secta y su doctrina ¿qué pueden crear? Si lo sabes tú, dilo, pues, por Pólux te juro que yo no acierto con ello.

Vinicio, encogiéndose de hombros, le respondió:

—Se diría que sientes el temor de que me haga al fin cristiano.

—Temo simplemente que esterilices tu vida. Ya que no puedes ser griego, sé al menos romano: gobierna y diviértete. Y si al entrar en tu casa hallas á algún adepto de Cristo enseñale la lengua; Glauco, por ser médico, ni siquiera se sorprenderá. ¡Vaya... nos veremos en el lago de Agripa!

II

Los pretorianos habian formado cordón en torno de los bosques que circuían el lago de Agripa, para impedir que la curiosa muchedumbre molestara al César y á los cortesanos durante la fiesta organizada por Tigelino. La flor y nata de la opulencia, del talento y de la belleza asistió á esta diversión sin par en los fastos de la Ciudad. Quería Tigelino resarcir al César del

disgusto de haber tenido que renunciar al viaje á Grecia y superar al mismo tiempo á cuantos habían organizado fiestas en su honor.

Desde Nápoles primero, después desde Benevento, había enviado órdenes á los países más remotos para que le remitiesen cuadrúpedos, pájaros, plantas y peces rarísimos, además de rica vajilla y vistosas telas con que aumentar la esplendidez y suntuosidad del banquete. Estos preparativos consumieron las rentas de varias provincias, cosa de poca monta para el válido, puesto que no había de dar cuenta de su inversión. La privanza de Tigelino se consolidaba de día en día, no obstante ser acaso el augustal menos querido de Nerón, porque su concurso era indispensable á éste. Superábale Petronio en la distinción de los modales, en saber, en ingenio, en la gracia y amenidad de la conversación; mas como precisamente por estas dotes eclipsaba con harta frecuencia al mismo César, especialmente en todo aquello en que debía intervenir el buen gusto, excitábale la envidia, y como, por otro lado, no era instrumento dócil á sus caprichos, le imponía cierto respeto; mientras que al lado de Tigelino, Nerón obraba con absoluta libertad, sin trabas, cortapisas ni consideraciones de ningún género. Hasta el sobrenombre de *Arbitro de las Elegancias*, de que Petronio se ufanaba, hería el amor propio del Emperador, quien en todo lo que á bellas artes tocaba quería ser el primero.

A Tigelino no le faltaba talento para darse cuenta de los propios defectos; y convencido de que no podría nunca superar á Petronio, ni á Lucano, ni á cuantos brillaban en Roma por la prosapia, la inteligencia ó la sabiduría, se propuso eclipsarles á todos por el servilismo y la fastuosidad.

Colocáronse las mesas sobre enorme balsa de tablonés dorados, adornada en los bordes con irisadas conchas traídas del Mar Rojo y del Océano Índico y con grupos de palmas, lotos y rosales floridos, alternados con estatuas de dioses, jaulas de oro ó de plata que contenían aves tornasoladas y surtidores de aguas olorosas. En el centro, para que el sol no hiriera los ojos de los comensales, se extendía un *velarium* de púrpura siria sostenido por columnitas plateadas. En las mesas resplandecía la vajilla: los riquísimos vidrios alejandrinos, los preciosos vasos metálicos robados de los templos de Italia, Asia Menor y Grecia. La balsa, semejante por su verdor á un jardín, estaba unida, por medio de cuerdas de oro y púrpura,

á barquichuelos que afectaban formas de peces, faisanes, gaviotas ó cisnes, y que iban tripulados por esclavos fornidos y esbeltos, con los cabellos trenzados á la moda oriental, los cuales empuñaban remos pintados de múltiples colores.

Cuando Nerón en compañía de Popea y de los augustales estuvo sentado á la sombra del *velarium*, se movieron á compás los remos, deslizaronse los barquichuelos, tendiéronse las cuerdas de púrpura y oro, y la balsa, con todos los invitados, precedida, escoltada y seguida de numerosas lanchitas llenas de citaristas y arpistas, empezó á dar la vuelta al lago.

En pabellones de formas caprichosas ocultos en la arboleda de las orillas, sonaban músicas y cánticos cuyas vibraciones se extendían por todo el lago y sus contornos, mezclándose con los sonidos de las trompas y de los cuernos que los ecos llevaban á gran distancia. El mismo César, de suyo descontentadizo, sentado entre Popea y Pitágoras, admiraba la magnificencia y singularidad del espectáculo.

Sirviéronse manjares tan exquisitos que Apicio los hubiese saboreado con deleite de sibarita y tal variedad de vinos que, á estar presente Otón, en cuyos banquetes no se servían menos de ochenta clases de ellos, se habría escondido, avergonzado, debajo de la mesa.

Entre los augustales estaba sentado Vinicio cuya varonil belleza atraía todas las miradas. Antes, con su marcial continente y adusto semblante, ofrecía el perfecto tipo del soldado rudo y fuerte; mas ahora, á causa de la enfermedad y de los terribles sufrimientos morales, aparecían sus facciones como retocadas por la mano de un escultor de refinado gusto. Su tez había perdido el color bronceado, pero conservaba el brillo del mármol numídico; los ojos, sombreados por la tristeza, parecían más grandes y bellos, y sobre el torso atlético, como esculpido para llevar la coraza, se erguía una testa de dios helénico, de rasgos delicados y nobles.

Los vinos helados subiéronse muy presto á la cabeza de los comensales. De los bosquecillos de las riberas salían á cada instante nuevos barquichuelos dispuestos y adornados de manera que semejaban libélulas y saltamontes. Por encima de ellos revoloteaban millares de mariposas, palomas blancas y pájaros de la India y del África de pintado plumaje, atados con cordones argénteos ó azulados. El sol declinaba ya, y aunque apenas había principiado Mayo, la atmósfera era cálida

y á ratos sofocante. La superficie del agua, cubierta de hojas de rosa, ondulaba suavemente al ser cortada por los remos que á compás se movían. Ni el más tenue soplo turbaba la calma solemne del aire, y las florestas de las orillas permanecían inmóviles, como suspendidas y maravilladas de la magnificencia del espectáculo.

La balsa continuaba describiendo círculos sobre el agua...

Al fin llegó el sol á su ocaso, y, agrandándose, convertido en globo de fuego, ocultóse tras las copas de los árboles, bajo las cuales, entre floridos arbustos, tocaban el caramillo, la flauta del dios Pan y el tamboril centenares de sátiros y faunos. La mayor parte de los invitados estaban beodos. La colosal balsa giraba sobre sí misma junto á la orilla.

El crepúsculo vespertino fué saludado con himnos á la Luna; brillaron luego millares de luces en los bosques y resplandecieron como ascuas los edificios de las orillas en los que se hallaban las principales familias romanas; atracó la balsa, y saliendo de ella Nerón y los augustales se dispersaron por las florestas, en busca unos de nuevas diversiones, de quietud y reposo otros.

Otra vez aquella sociedad abyecta, degradada, disoluta, se revolcaba en la pestilente ciénaga de todas las corrupciones, cubriendo de rosas la superficie para engañar el alma con la fascinación de los sentidos.

Aunque al principio se dejara llevar por el universal desfreno, Vinicio no se embriagó como en el banquete del Palatino; pero, arrastrado con los demás augustales por el oleaje humano hacia donde andaba más desatada la orgía, vió venir, á la cabeza de un grupo de ninfas, á una mujer disfrazada de Diana, cuyas facciones eran parecidas á las de Ligia. En un restregar de ojos el grupo desapareció entre la espesura como manada de ciervas sorprendidas, y el tribuno quedóse clavado allí, transido el corazón de dolor, sin poder descifrar el misterio de aquella semejanza, sin comprender como había podido acudirle á la memoria el recuerdo del semblante adorado, puro como la luz del alba, en semejante lugar y en tan abyecta diversión. Fatigadísimo, hastiado, ávido de reposo, de respirar aires más puros y de ver las estrellas, que la espesura del ramaje ocultaba, disponíase á salir cuando dió de manos á

boca con una velada figura de mujer, la cual le dijo con acento imperioso y extraño:

— ¡Ven conmigo!

Vinicio, como si despertara de un sueño, le contestó:

— ¿Quién eres? No te conozco...

— ¡Adivínalo!... Si lo supieses vendrías sin titubear...

En esto oyóse muy cerca ruido de pisadas, y la misteriosa figura desapareció rápidamente. Vinicio se encontró en frente de Petronio, quien le dijo:

— He visto lo que te ha pasado.

Vinicio se limitó á contestar.

— ¡Vámonos!

Petronio no quiso contrariarle.

Pasando junto á los pabellones que parecían ascuas de oro merced á la profusión de luces, atravesaron la floresta y las filas de pretorianos y se metieron en la litera.

No despegaron los labios durante el camino; pero cuando estuvieron en el atrio de la casa de Vinicio, preguntó Petronio á éste:

— ¿Sabes quién era aquella tapada que habló contigo?

— ¡No! ¡Ni me importa saberlo!

— ¡Pues nada menos que la divina Augusta! Si la hubieses reconocido, tu negativa, tu desdén, nos habría perdido á ti, á Ligia y á mí.

— ¡Oh! ¡Estoy cansado de Roma, del César, de la Augusta, de los festines, de Tigelino y de todos vosotros! ¡Me ahogo! ¡No puedo continuar así! ¡No puedo!... ¿lo oyes?

Pero ¿qué te pasa? ¿eres ya cristiano?

El tribuno se cogió la cabeza con las manos y gritó con acento desesperado:

— ¡Todavía no! ¡Todavía no!

Petronio regresó á su casa de muy mal humor, convencido de que Vinicio y él no llegarían á entenderse porque tenían distintas ideas y hablaban diferente lenguaje.

Antes gozaba de gran autoridad sobre el joven militar y le servía en todo de modelo, bastándole una simple frase irónica

y á ratos sofocante. La superficie del agua, cubierta de hojas de rosa, ondulaba suavemente al ser cortada por los remos que á compás se movían. Ni el más tenue soplo turbaba la calma solemne del aire, y las florestas de las orillas permanecían inmóviles, como suspendidas y maravilladas de la magnificencia del espectáculo.

La balsa continuaba describiendo círculos sobre el agua...

Al fin llegó el sol á su ocaso, y, agrandándose, convertido en globo de fuego, ocultóse tras las copas de los árboles, bajo las cuales, entre floridos arbustos, tocaban el caramillo, la flauta del dios Pan y el tamboril centenares de sátiros y faunos. La mayor parte de los invitados estaban beodos. La colosal balsa giraba sobre sí misma junto á la orilla.

El crepúsculo vespertino fué saludado con himnos á la Luna; brillaron luego millares de luces en los bosques y resplandecieron como ascuas los edificios de las orillas en los que se hallaban las principales familias romanas; atracó la balsa, y saliendo de ella Nerón y los augustales se dispersaron por las florestas, en busca unos de nuevas diversiones, de quietud y reposo otros.

Otra vez aquella sociedad abyecta, degradada, disoluta, se revolcaba en la pestilente ciénaga de todas las corrupciones, cubriendo de rosas la superficie para engañar el alma con la fascinación de los sentidos.

Aunque al principio se dejara llevar por el universal desfreno, Vinicio no se embriagó como en el banquete del Palatino; pero, arrastrado con los demás augustales por el oleaje humano hacia donde andaba más desatada la orgía, vió venir, á la cabeza de un grupo de ninfas, á una mujer disfrazada de Diana, cuyas facciones eran parecidas á las de Ligia. En un restregar de ojos el grupo desapareció entre la espesura como manada de ciervas sorprendidas, y el tribuno quedóse clavado allí, transido el corazón de dolor, sin poder descifrar el misterio de aquella semejanza, sin comprender como había podido acudirle á la memoria el recuerdo del semblante adorado, puro como la luz del alba, en semejante lugar y en tan abyecta diversión. Fatigadísimo, hastiado, ávido de reposo, de respirar aires más puros y de ver las estrellas, que la espesura del ramaje ocultaba, disponíase á salir cuando dió de manos á

boca con una velada figura de mujer, la cual le dijo con acento imperioso y extraño:

— ¡Ven conmigo!

Vinicio, como si despertara de un sueño, le contestó:

— ¿Quién eres? No te conozco...

— ¡Adivínalo!... Si lo supieses vendrías sin titubear...

En esto oyóse muy cerca ruido de pisadas, y la misteriosa figura desapareció rápidamente. Vinicio se encontró en frente de Petronio, quien le dijo:

— He visto lo que te ha pasado.

Vinicio se limitó á contestar.

— ¡Vámonos!

Petronio no quiso contrariarle.

Pasando junto á los pabellones que parecían ascuas de oro merced á la profusión de luces, atravesaron la floresta y las filas de pretorianos y se metieron en la litera.

No despegaron los labios durante el camino; pero cuando estuvieron en el atrio de la casa de Vinicio, preguntó Petronio á éste:

— ¿Sabes quién era aquella tapada que habló contigo?

— ¡No! ¡Ni me importa saberlo!

— ¡Pues nada menos que la divina Augusta! Si la hubieses reconocido, tu negativa, tu desdén, nos habría perdido á ti, á Ligia y á mí.

— ¡Oh! ¡Estoy cansado de Roma, del César, de la Augusta, de los festines, de Tigelino y de todos vosotros! ¡Me ahogo! ¡No puedo continuar así! ¡No puedo!... ¿lo oyes?

Pero ¿qué te pasa? ¿eres ya cristiano?

El tribuno se cogió la cabeza con las manos y gritó con acento desesperado:

— ¡Todavía no! ¡Todavía no!

Petronio regresó á su casa de muy mal humor, convencido de que Vinicio y él no llegarían á entenderse porque tenían distintas ideas y hablaban diferente lenguaje.

Antes gozaba de gran autoridad sobre el joven militar y le servía en todo de modelo, bastándole una simple frase irónica

para disuadirle de realizar un acto ó para inducirle á cometerlo. De aquel predominio nada quedaba ya, y Petronio á la sazón no quería servirse del arma de la ironía porque la consideraba desprovista de toda eficacia para combatir un alma escudada en la doctrina cristiana y en un amor puro y sólidamente arraigado.

Y tanto más sentía haber perdido la influencia sobre su sobrino cuanto los riesgos á que estaba expuesto eran mucho mayores desde el misterioso incidente ocurrido en la fiesta del lago de Agripa, pues si á Popea se le antojaba haber sido reconocida y despreciada por Vinicio, trataría de vengarse, y, en caso contrario, buscaría nuevas ocasiones de comprometerle. Por otro lado, no era de esperar que la venganza de Popea se satisficiera con la perdición del tribuno y de su amada, antes era lógico suponer que empezaría por dirigirse contra él, Petronio, decidiendo en favor de Tigelino la sorda, pero empeñadísima lucha, que sostenían los dos poderosos rivales para obtener la privanza de Nerón; esto en caso de no hacerle pagar con la vida. Verdad que no temía la muerte; pero como no esperaba nada de ella, procuraba retardarla.

Después de larga meditación vino á concluir que el único medio de salvar á Vinicio de los peligros que le amenazaban era hacerle viajar; pero, bien persuadido de que no le sería fácil compelerle á su adopción, pensó en arrancar al César un edicto de expulsión contra los cristianos. De esta manera Ligia se vería obligada á huir y Vinicio la seguiría. Cuando los judíos, pocos años antes, por odio á los cristianos, provocaron desórdenes, Claudio expulsó indistintamente á todos los hebreos. Y ¿por qué Nerón no había de expulsar ahora á los cristianos? Después del famoso festín flotante, Petronio le veía todos los días, ora en el Palatino, ora en otros lugares. Sugerirle tal propósito no era pretensión descabellada, porque el César accedía siempre á cuanto pudiera perjudicar al prójimo. Petronio concibió la idea de invitarle á un banquete y arrancarle durante el mismo el edicto con la orden de ejecutarlo y hacerlo ejecutar. De esta manera obtenía el derecho de enviar á Ligia al punto que se le antojara, por ejemplo á Bahía, donde podría Vinicio arrullarla con entera libertad y sin riesgo alguno. En tanto frecuentaba la casa del tribuno porque éste, fingiéndose enfermo, no se dejaba ver por el Palatino y porque, no obstante su romano egoísmo, le quería entrañablemente y

abrigaba todavía la esperanza de impelerle á emprender el viaje.

Al fin, una mañana Nerón anunció á Petronio que dentro de tres días se partiría para Ancio. Apresuróse éste á participar la noticia á su sobrino, quien, por uno de los libertos del César, había recibido ya la lista de los invitados, en la cual figuraban los nombres de ambos.

— Si mi nombre no estuviera en ella — dijo Petronio — habría llegado mi última hora; pero es de suponer que se me permitirá prolongar la vida hasta después del viaje á Grecia, donde *Barbarroja* no puede prescindir de mí.

Y, dando una mirada desdeñosa á la lista, agregó:

— Apenas estamos de vuelta en Roma y ¡cátate otra vez camino de Ancio! Pero no hay más remedio que obedecer; la invitación es un mandato.

— ¿Y si á alguien le diera el antojo de no obedecerlo?

— Ese alguien recibiría acto seguido cierta orden de muy distinta índole: la de emprender un viaje del que no se regresa. ¡Lástima que no me atendieras cuando te aconsejé partir de Roma! Ahora deberás acompañarnos.

— Deberé acompañaros... ¡En qué tiempos vivimos y qué abyecta esclavitud es la nuestra!

— ¿Ahora lo notas?...

— ¡No! Mas intentaste demostrarme que el Cristianismo es enemigo de la vida humana, porque nos impone ciertas privaciones. Y ahora te pregunto: ¿crées, tú, que existen cadenas más pesadas que las que soportamos? Tú me dijiste: «Grecia engendró la sabiduría y la belleza: Roma, la fuerza.» Pues bien: ¿dónde está nuestra fuerza?

— Llama á Quilón, si quieres disentir; hoy no me siento en vena de filósofo. ¡Por Hércules, que no he sido yo quien he creado esta edad, y menos, por tanto, el responsable de lo que ocurre en ella. Ten en cuenta que correrías inminente peligro si te negaras á acompañarnos. Más te valiera habértelas con Oso, el estrangulador de Crotón.

— ¡Peligro!... — exclamó Vinicio, haciendo un gesto desdeñoso. — Andamos á tientas en las tinieblas de la muerte y cada instante la afilada cuchilla siega en estas tinieblas una cabeza.

— ¿Quieres que te enumere todas las que han tenido un átomo de buen sentido y por ello, pese á Tiberio, Caligula, Claudio y *Barbarroja*, se han conservado firmes sobre los hom-

bro hasta los ochenta y aún hasta los noventa años? ¿Te basta para muestra el ejemplo de Domicio Afro que ha llegado tranquilamente á la senectud no obstante haber sido un bribón toda la vida?

— ¡Precisamente por esto!; ¡precisamente por esto!— gritó Vinicio.

Y, cogiendo la lista de los invitados, leyó:

— Tigelino, Vatinio, Sexto Africano, Aquilio Régulo, Tulio Nerulino, Eprio Marcelo... etcétera. ¡La espuma de la canalla! ¡Y pensar que esa gavilla de facinerosos gobierna el mundo!... ¿No estarían más en carácter recorriendo las ciudades para exhibir alguna divinidad siria ó egipcia, tocando el sistro, ó ganándose el pan con sortilegios ó ejerciendo la noble profesión de saltimbanquis?...

— O más bien exhibiendo monos sabios, perros calculadores y burros flautistas— interrumpió Petronio. — Todo esto es muy cierto... pero hablemos de lo que nos importa... Dije en el Palatino que estabas enfermo y no podías salir de casa, y, sin embargo, figura tu nombre en la lista, lo cual prueba que alguien no ha prestado fe á mis palabras y ha tenido interés en que fueras invitado... ¡Por todos los dioses infernales te conjuro, pues, á que conserves el ápice de razón que los cristianos te han dejado! ¿Es posible que vaciles entre una amenaza hipotética y una amenaza real y positiva? Si odias la vida, ábrete las venas ó arrójate sobre la punta de la espada, pues si desdeñas la invitación no será menos horrible el género de muerte á que serás condenado. Antes eras más razonable... Al fin y al cabo, ¿de qué se trata? ¿Se te quiere humillar? ¿Será obstáculo este viaje para que continúes amando á Ligia?

Vinicio, que le escuchaba con aire distraído, al oír este nombre exclamó:

— Debo verla.

— ¿A quién?, ¿á Ligia?

— Sí, á Ligia.

— ¿Sabes dónde está?

— No.

— De suerte que volverás á vagar por los antiguos cementerios y por las callejuelas del *Transtevere*?...

— No lo sé; mas debo verla.

— Está bien; aunque cristiana, tendrá, de seguro, más juicio que tú y no querrá ser causa de tu desgracia.

Vinicio, encogiéndose de hombros, repuso:

— Ella me salvó de las manos de Oso.

— Date prisa, pues, porque *Barbarroja* no aplazará el viaje y también en Ancio se pueden firmar sentencias de muerte.

Ya no le escuchaba Vinicio. Un solo pensamiento absorbía su atención: ver á Ligia.

Al día siguiente, estando Vinicio en el atrio, reapareció Quilón, hambriento y andrajoso. Los esclavos le dejaron franco el paso porque el amo no había revocado la orden de que le permitiesen entrar á cualquier hora del día ó de la noche.

— ¡Los dioses te concedan la inmortalidad y dividan contigo el imperio del mundo!— dijo en tono humilde.

El primer impulso de Vinicio fué echarlo de casa; pero se contuvo al pensar que tal vez sabría algo de Ligia. La curiosidad se sobrepuso al enojo.

— ¿Eres tú?— preguntóle;— ¿qué se te ofrece?

— Mal andamos ¡oh, hijo de Júpiter!— contestó Quilón. — La virtud es mercancía muy poco apreciada en nuestros mercados, y por el más venturoso de los hombres ha de tenerse el sabio que cada cinco días puede comprar una cabeza de carnero y roerla en un rincón de su tugurio condimentada con lágrimas. ¡Ah, señor! Cuanto me diste lo he gastado en libros que compré en la tienda de Atracto. Después, señor, fui robado, arruinado, y el esclavo que adquirí para que escribiera mis lucubraciones se fugó llevándose el resto de tus donativos. He quedado, pues, en la indigencia; y, ¿á quién dirigirme sino á ti ¡oh, Serapis! á ti, á quien amo, á quien adoro y por quien más de una vez he expuesto la vida?...

— ¿A qué has venido?; ¿qué traes?

— Vengo á implorar tu auxilio ¡oh, Baal! y te traigo mi pobreza, mis lágrimas, mi cariño, y, en fin, noticias que he recogido para ti.

Pero, observando por la contracción del entrecejo de Vinicio que se acercaba la tormenta, se apresuró á añadir:

— Sé en donde se oculta la divina Ligia y te enseñaré, si quieres, la calle y la casa.

Vinicio, reprimiendo la ira, preguntóle:

— ¿Dónde está?

— Está, con Oso, en casa de Lino, un viejo sacerdote cristiano. El gigante continúa trabajando en la tahona de... de aquel que lleva un nombre igual al de tu liberto... Demas, si,

eso es, Demas... Como el terrible ligio sigue formando parte de la tanda nocturna, si de noche haces rodear el edificio, que está aislado, por tus esclavos, fácil te será apoderarte de la doncella. Lino es muy viejo, y en la casa sólo hay otras dos mujeres, ancianas también.

— ¿Y por dónde has sabido todo esto?

— Bien recordarás, señor, que los cristianos pudieron vengar, matándome las ofensas que les hice, y, no obstante, me perdonaron. No debe admirarte, pues, que de mi corazón rebose la gratitud. Hombre chapado á la antigua no olvido nunca los favores ó beneficios recibidos. Luego ¿cómo quieres que dejara de informarme de lo que había sido de mis amigos y bienhechores, del estado de su salud, de la casa adonde se habían trasladado? ¡Ah, no, por Cibele Pesiniútica!... Al principio estuve indeciso y vacilante, temeroso de que pudiesen tomar mi oficiosidad por espionaje; pero me animó el pensamiento de que son muy generosos; de que fácilmente perdonan las ofensas. Sin embargo, ante todo pensaba en tí, señor. Nuestro último intento fracasó; y, ¿cómo un hijo predilecto de la Fortuna podía resignarse á esta decepción? Era preciso acometer de nuevo la empresa; prepararte la victoria... La casa está aislada; de tí depende, pues, ¡oh, señor! que la excelsa hija del rey de los ligios se siente en tu mesa esta noche. Si logras dar feliz término á la aventura no olvides cuanto á ello ha contribuido el pobre, el hambriento hijo de mi padre.

Una oleada de sangre se agolpó á la cabeza de Vinicio: otra vez le incitaba la tentación. «Nada más sencillo que apoderarse de Ligo, y una vez en su poder ¿quién se atrevería á arrebatársela?... ¡Que se fueran noramala todos los cristianos con sus lúgubres doctrinas!... ¿No era aquella ocasión propicia para desprenderse de tan inútil carga y vivir como vivían los demás? ¡Que se las compusiese después Ligo como le viniera en gana para conciliar su nuevo estado con los principios que profesaba! ¡Bah, bah! ¡Aquella misma noche la tendría en casa, sentada á su mesa! Todo lo demás debía importarle muy poco.»

«Por otra parte, no era fácil prever lo que ocurrir pudiera al encontrarse la doncella en un mundo que á la sazón desconocía. ¿Por qué, pues, detenerse ante escrúpulos nimios y pueriles?... ¡Qué vida había llevado hasta entonces!; ¡triste existencia de sinsabores, congojas, deseos no satisfechos, pasiones reprimidas, preguntas no contestadas!; Y era cosa de un instante tro-

carla por otra llena de alegrías y bienandanzas! Cierto que había jurado no atentar contra la libertad de su amada; mas ¿por quién lo había jurado?; no por los dioses, en quienes no creía; tampoco por Cristo, de quien aún dudaba. Además, estaba dispuesto á casarse con Ligo, y esto constituía para ella un honor, no un ultraje.»

Al llegar á este punto de sus reflexiones se acordó del día en que, acompañado de Crotón, penetró en la casa donde la doncella moraba; del puño descomunal de Oso levantado sobre su cabeza; de los gritos que dió Ligo al prohibir al gigante que le matara; de la solicitud tierna, casi maternal, con que le cuidó la castísima virgen, que su imaginación le reproducía en aquel momento inclinada sobre la cabecera del lecho, vestida de esclava. Sus ojos se dirigieron involuntariamente hacia el larario en donde se hallaba la cruz que ella le había dejado al desaparecer de casa de Miriam.

«¿Y le había de recompensar estas inequívocas pruebas de amor con un nuevo atentado? ¡Ah, no! Ligo no podía entrar en su morada como una esclava rebelde, sino por propia voluntad. Traerla por fuerza era acto abominable que en modo alguno podía cometer quién, como él, la amaba por su candor, por sus virtudes.»

Pensó entonces que de nada le serviría tenerla en casa si no poseía su corazón, y, reaccionando contra los primeros impulsos, desplegó las indomables energías de su natural violento en opuesto sentido. Dirigió, pues, á Quilón terrible mirada, primer signo del deseo vehemente que, veloz como el rayo, se había apoderado de él, de aplastar al filósofo como se aplasta un insecto ó una víbora. Este le contemplaba con inquietud, y, con una mano oculta entre los andrajos, se rascaba el pecho.

De pronto oyó el griego estas palabras:

— No seguiré tu consejo; mas no quiero privarte de la recompensa que mereces: voy á ordenar inmediatamente que te den trescientos azotes en mi ergástulo.

Quilón palideció, temblando de pies á cabeza. Conocía demasiado la impetuosidad desenfrenada de Vinicio y los efectos de la crueldad romana para mantener la esperanza de que tal amenaza pudiera dejar de cumplirse. Además, Vinicio expresaba con el semblante de manera tan elocuente la irrevocabilidad de su resolución que el griego desechó en seguida la idea de que pudiera chancearse.

Y, cayendo á los pies del patricio y encorvando las espaldas, empezó á lamentarse de esta manera:

—¿Qué has dicho? ¡oh, rey de Persia!... ¿y por qué?... ¡Oh, pirámide de gracia!; ¡oh, coloso de misericordia!... ¡Soy un pobre viejo, miserable y hambriento!... ¡Bien sabes que te he servido fielmente!... ¿Este es tu agradecimiento?...

—El mismo que tienes tú á los cristianos.

Llamó al mayordomo. Entonces Quilón con un movimiento convulsivo se asió á las rodillas del tribuno, gritando:

—¡Señor! ¡Señor!... ¡sólo cincuenta!... ¡son muchos trescientos!... ¡Soy un pobre viejo! ¡Sólo cincuenta!... ¡cientos! ¡Trescientos no!... ¡Ten piedad de un desdichado!...

Vinicio, rechazándolo con el pie, ordenó que se lo llevaran. En el acto aparecieron dos robustos cuados, los cuales, cogiendo al griego por los pocos cabellos que le quedaban y envolviéndole el rostro con el manto andrajoso, se lo llevaron al ergástulo.

—¡En nombre de Cristo!—gritó Quilón desesperadamente en la puerta de la estancia.

Al quedar sólo Vinicio, animado por la resolución que acababa de tomar, trató de poner en orden sus confusos pensamientos. La victoria alcanzada sobre sí mismo le henchía el corazón de varonil orgullo, pues pensaba haber dado un gran paso para conquistar el corazón de Ligia. No paró mientes, al pronto, en la iniquidad de su conducta respecto de Quilón, á quien mandaba apalearse por el mismo motivo que antes le había movido á recompensarle con largueza. Su alma era aún bastante romana para gozarse en los sufrimientos ajenos y para despreciar á un miserable griego; si bien á reflexionar serenamente sobre el caso no habría dejado de considerar que con el castigo impuesto llevaba aquel bribón su merecido. Pero fijo en su amada el pensamiento, no estaba para tales reflexiones. «No, no te devolveré mal por bien, decía entre sí, y más adelante, cuando sepas como me he portado respecto de quien me excitaba á atentar contra tu libertad, me estarás agradecida.» Preguntóse, sin embargo, si aprobaria Ligia su conducta con respecto al griego. «La doctrina por ella profesada ¿no ordenaba perdonar á los enemigos?; ¿no habian los cristianos perdonado á aquel miserable teniendo mayores agravios que vengar de él?» En aquel momento oyó en el fondo de su alma el eco del grito de Quilón: «¡En nombre de Cristo!», y, recordando que esta invocación habia salvado al griego de las manos del

ligio, decidió perdonarle los azotes que faltaban para la cabal cuenta de los que le habia impuesto.

Disponíase á llamar con tal objeto al mayordomo cuando éste entró.

—Señor—dijo—el viejo se ha desmayado y aun es posible que esté muerto. ¿Hemos de continuar azotándole?

—Hacedle recobrar el sentido, y que entre.

Desapareció el liberto tras la cortina; mas no debió de ser empresa fácil la de volver en sí á Quilón, pues el patricio tuvo que aguardar un buen rato y ya empezaba á impacientarse cuando lo introdujeron en el atrio los esclavos. A una señal del amo, salieron éstos. El filósofo estaba pálido como la cera y corrian por sus escualidas piernas hilillos de sangre que manchaban el mosaico. Cayó de hinojos á los pies de Vinicio exclamando:

—¡Gracias, señor! Eres misericordioso y grande...

—Quiero que sepas—manifestóle Vinicio—que te he perdonado por el amor de Cristo, á quien también yo debo la vida.

—Os serviré á ti y á él ¡oh, señor!

—Calla y escucha. ¡Levántate! Vendrás conmigo y me enseñarás la casa en donde se halla Ligia.

En vano intentó alzarse Quilón. Al cabo, palideciendo aún más, con voz angustiada respondió:

—¡Señor, me estoy muriendo de hambre... Iré contigo, señor, iré... Pero ordena antes que me traigan las sobras de la comida de tus perros...

Vinicio mandó que le dieran de comer y además un manto y dinero. Quilón, extenuado por el largo ayuno y por el vapuleo no pudo andar, ni aún después de haber comido. Se le erizaba el pelo sólo de pensar que Vinicio, tomando por desobediencia la debilidad, pudiese ordenar un suplemento de azotes.

—Haz que me den un vaso de vino—repetía el miserable á quien le castañeteaban los dientes—y te juro me sentiré luego con ánimos de ir á la Magna Grecia.

Humedecido el gáznate, cobró mayores alientos, y partieron. El camino era largo, pues Lino, como la mayor parte de los cristianos, vivía en el *Transtevere*, no lejos de la morada de Miriam, en una casita aislada, circuida por un muro cubierto de yedra.

—Esta es, señor, la casa—dijo Quilón al estar cerca de ella.

—¡Bien!—contestó Vinicio.—Ahora puedes marcharte.

Pero fíjate en lo que voy á decirte: no te acuerdes más de que me has servido; olvida en donde viven Miriam, Pedro y Glauco; olvida también esta casa y á todos los cristianos. Irás mensualmente á la mía, donde mi liberto Demas te entregará dos monedas de oro. Pero si continúas espionando á los cristianos te haré matar á palos ó te entregaré al Prefecto de la Ciudad.

Quilón se inclinó y dijo:

— Lo olvidaré todo.

Pero apenas Vinicio hubo traspuesto la esquina, levantando el puño con ademán amenazador, gritó:

— ¡Juro por Atea y por las Furias que te acordarás de mí!
Y de nuevo se desvaneció.

IV

Encaminóse directamente el tribuno á la casa de Miriam. A la puerta topó de manos á boca con Nazario, quien al verle turbóse en términos que apenas oyó su afable salutación.

En la casa, además de Miriam, encontró á Pedro, á Glauco, á Crispo y á Pablo de Tarso, quien acababa de regresar de Fregela. La sorpresa se pintó en todos los semblantes al aparecer Vinicio, el cual, con voz solemne, dijo:

— ¡Os saludo en nombre de Cristo, á quien veneráis!

— ¡Sea santificado su nombre por los siglos de los siglos!

— He sido objeto de la bondad de vuestras almas y he comprobado vuestras virtudes; he aquí porque vuelvo como amigo.

— Y como amigo te acogemos nosotros — contestó Pedro. — Siéntate, señor, y participa de nuestra comida. Eres nuestro huésped.

— Me sentaré á vuestra mesa; pero antes escuchadme, tu, Pedro, y tu, Pablo de Tarso, pues quiero tengáis una prueba de mi sinceridad. Sé donde está Ligia; vengo de la casa de Lino donde se oculta; bien sabéis que es mía por concesión del César y que poseo quinientos esclavos con los cuales me sería fácil apoderarme de ella. Podría hacerlo sin dificultad alguna, repito, y, sin embargo, no lo he hecho, ni lo haré.

— ¡La bendición de Dios descienda sobre tu cabeza y purifique tu corazón! — repuso Pedro.

— Antes de conoceros, sin consideraciones de ningún género habríame apoderado de ella, y por la fuerza la retendría en

casa; pero vuestras virtudes y vuestra fe, aunque yo no la tenga, me han transmutado el alma de tal suerte que he llegado á detestar toda violencia. Esta es la razón de que me presente ante vosotros, que reemplazáis á los padres de Ligia, y os diga: otorgadme su mano; os juro que no le impediré adorar á Cristo, y yo mismo procuraré penetrarme de su doctrina.

Hablaba resueltamente, pero conmovido. Profundo silencio acogió sus palabras. Para prevenir una respuesta negativa continuó:

— Sé cuales son los obstáculos que se oponen á mi dicha; pero la amo más que á las niñas de mis ojos, y, aunque no soy cristiano, no os aborrezco á vosotros, ni á Cristo. Quiero ser sincero para que no dudéis de mí. En este momento se resuelve el gran problema de mi vida y nada os oculto. Otro os diría: bautizadme; yo me limito á decirlos: iluminadme. Creo que Cristo resucitó porque lo afirman hombres que detestan la mentira y presenciaron el hecho con sus propios ojos. Creo, porque lo he comprobado personalmente, que vuestras doctrinas difunden el bien, la justicia, la misericordia, en vez de inducir á la comisión de los delitos de que se os acusa. Conozco de ellas únicamente lo poco que he oído de vuestros labios, lo que puede colegirse de vuestros actos y lo que he aprendido en las pláticas con Ligia y con vosotros, y, no obstante, os repito que en mi alma se ha verificado profunda transmutación. Antes trataba con dureza á los esclavos; ahora no puedo. Antes me era desconocido el sentimiento de la piedad; ahora lo conozco. Antes me atraían los placeres; ahora los huyo. Antes fiaba en la fuerza; la odio ahora. Los banquetes, el vino, el canto, las cítaras, las coronas de rosas me fastidian, y me fastidia también el Palacio de Nerón. Y cuando pienso que Ligia es más pura que la nieve de las cimas de los montes, la amo más aún; y cuando medito que así la hicieron vuestras doctrinas, las amo también con toda el alma y ansio conocerlas, aunque no sé si podré acomodar á ellas mi vida y si podrá soportarlas mi espíritu, á pesar de que son cada día más terribles las torturas que experimento y de que camino entre tinieblas.

Contrájole el dolor la frente y la sangre le tiñó las mejillas. Su palabra por momentos se hacía más rápida y animada.

— Ya lo véis: sufro porque amo; sufro porque ignoro. Me han dicho que vuestra doctrina es destructora de la vida, de la

felicidad, de las leyes, del régimen político, del poderío romano. ¿Es esto verdad?... Me han asegurado que sois unos dementes... Decídmelo: ¿cuáles son vuestros principios? ¿Es para vosotros pecado el cariño?; ¿lo es la alegría, el andar tras la felicidad? ¿Sois acaso enemigos de la vida humana? ¿He de renunciar á Ligia? ¿En qué consisten, pues, vuestras doctrinas? Vuestras palabras y vuestros actos son transparentes como agua de cristalino manantial; pero ¿qué se esconde en el fondo de esa agua? ¡Disipad las tinieblas que me rodean! Me han objetado: «Grecia creó la sabiduría y la belleza; Roma la fuerza; pero ¿qué pueden crear los cristianos?» Pues bien; decídmelo: ¿qué traéis al mundo vosotros? Si detrás de vuestras puertas hay la luz, abrid-melas de par en par para que yo pueda anegarme en ella.

—Traemos el amor— dijo Pedro con sencillez; —traemos el amor, que se condensa en Dios, y de Él emana y se extiende sobre todos los hombres y todas las cosas; amor que no excluye el que tú sientes; pero si lo purifica y lo santifica.

Pablo de Tarso agregó:

—Aunque hablase todas las lenguas humanas y la de los ángeles, mi voz resonaría hueca como un cimbalo si no la animase el amor.

El corazón del viejo Apóstol estaba profundamente conmovido ante el espectáculo de aquella alma sedienta de luz, que como pájaro escapado de la jaula volaba hacia el sol; y extendiendo sus manos hacia el tribuno exclamó:

—¡Llamad y se os abrirá! La gracia y la misericordia del Señor descienden sobre tí. ¡En nombre de Dios te bendigo, y bendigo tu corazón, y bendigo tu amor purificado!...

Al oír estas palabras, Vinicio, que ya estaba hondamente agitado, corrió hacia Pedro... y acaeció entonces una cosa inaudita y admirable. El descendiente de los antiguos quirites, que pocos meses antes se negaba á reconocer en un extranjero la calidad de hombre, cogió la mano del anciano galileo y la besó efusivamente en un transporte de gratitud.

Pedro se regocijó pensando que la semilla había caído en tierra fecunda y que sus redes de pescador habían cogido otra alma.

Los demás cristianos dijeron á coro:

—¡Gloria á Dios en las alturas!

Vinicio se puso en pie, é, irguiendo la cabeza radiante de alegría, dijo:

—Estoy persuadido de que es posible hallar entre vosotros la felicidad, porque me siento feliz en este instante, y no creo que os sea difícil convencerme de todas las demás verdades que el Divino Maestro os ha enviado á esparcir por la tierra. Pero no puedo recibir vuestras enseñanzas en Roma. El César partirá en breve para Ancio y me ha ordenado que le acompañe. Bien sabéis que desobedecer sus mandatos es entregarse en brazos de la muerte. Si merezco vuestra confianza, acompañadme y me iniciaréis en la doctrina de Cristo. Estaréis allí más seguros que yo; por otro lado, nadie os impedirá propagar la fe de Cristo en el mismo Palacio de Nerón. Se asegura que Actea es cristiana y que tenéis adeptos aun entre los pretorianos. Mis propios ojos vieron como en la Puerta Nomentana dos de ellos se arrodillaron ante tí, Pedro. Poseo en Ancio una casa donde nos podremos reunir sin obstáculos. Glaucos me dijo que por una sola alma estáis dispuestos á correr de uno á otro extremo del mundo. Pues bien; haced por mí lo que por otros hicieréis. La misión que os confió Cristo os trajo de Judea á Roma: venid por mí á Ancio. ¡No abandonéis mi alma!...

Deliberaron los cristianos sobre lo que les convenia hacer pensando con júbilo en el valor de su triunfo y en la resonancia que en el mundo pagano tendria la conversión de un augustal descendiente de una de las familias más ilustres de Roma. A nadie se le ocurrió dar respuesta negativa á la petición de Vinicio. Mas Pedro, pastor de toda la comunidad, no podia partir porque su ministerio sagrado le retenia en Roma; Pablo, por el contrario, acababa de regresar de Aricia y Fregela y disponiase á emprender otro largo viaje á Oriente para visitar aquellas iglesias, y no opuso el menor obstáculo á acompañar al joven tribuno, tanto más cuanto en Ancio podia fácilmente encontrar nave que le condujera á Grecia.

Aunque pesaroso de que Pedro, á quien tanto debia, no le acompañase, Vinicio le expresó su gratitud y le dirigió otro ruego.

—Sé donde está Ligia— dijo— y podria sin vuestra intervención ir á su encuentro para preguntarle si consentirá en ser mi esposa cuando me haya convertido; mas prefiero suplirte á tí, Apóstol, que me consientas verla y aun que me acompañes tú á su casa. Ignoro cuanto tiempo estaremos en Ancio. Por otra parte los cortesanos no tenemos jamás seguro el mañana. Déjame, pues, verla antes de partir, para preguntarle

si olvidará el daño que le he hecho y si está dispuesta á compartir conmigo la dicha y los pesares.

Pedro sonrió con dulzura y dijo:

— Es honesto y justo tu deseo, hijo mío; ¿cómo no hemos de acceder á satisfacerlo?

Vinicio le besó nuevamente la mano, y el Apóstol, poniéndole la diestra sobre la cabeza, le dijo:

— Pero no temas á Nerón. En verdad te digo que no caerá ni un solo cabello de tu cabeza mientras estés en Ancio.

Miriam salió en busca de Ligia y como era corta la distancia bien presto reapareció por entre los mirtos del jardín, llevando de la mano á la virgen.

Quiso correr á su encuentro Vinicio; pero á la vista de aquel ser tan querido la dicha le paralizó las piernas, y quedó inmóvil y suspenso, latándole el corazón con más violencia que cuando por primera vez oyó silbar las flechas de los partos.

Ligia quedóse muy sorprendida, pues nada sabía ni sospechaba de lo ocurrido. Ruborizándose y palideciendo alternativamente, miraba á todos lados con curiosidad y recelo; pero en los circunstantes vió solamente miradas tiernas y bondadosas.

El Apóstol Pedro se acercó á ella y preguntóle:

— Ligia... ¿le amas?...

Hubo un momento de silencio. Los labios de la joven temblaron como los de un niño que rompe á llorar por haber cometido una falta y verse constreñido á confesarla.

— Contesta... — dijo el Apóstol con acento de ternura.

Ligia cayó á sus pies de rodillas y con voz trémula balbuceó:

— ¡Sí!...

Al mismo tiempo dobló á su lado las rodillas Vinicio, y el Apóstol, poniendo las manos sobre sus cabezas, pronunció estas palabras:

— Amaos en Nuestro Señor Jesucristo y para su mayor gloria, que no hay pecado en vuestro amor...

V

Paseando por el jardín, Vinicio, con palabras que le salían del corazón, explicaba á Ligia lo que momentos antes había

confesado á los Apóstoles: la agitación de su alma, el cambio que había experimentado en ideas y sentimientos, la inmensa tristeza que le cubría el corazón desde que ella desapareció de la casa de Miriam. Confesóle que había procurado olvidarla, aunque en vano, pues la ausencia le agigantó el amor y su recuerdo le llenaba noche y día el pensamiento. Mostróse arrepentido del daño que le había hecho, disculpándose, sin embargo, en lo mucho que la había amado. «Nunca, nunca, ni un instante dejo de amarla». La amó desde que tuvo la dicha de verla en casa de los Aulo; la amó en el Palatino; cuando volvió á verla cerca del Apóstol, en el Ostriano; cuando intentó robarla; cuando con tierna solicitud ella le cuidaba á la cabecera del lecho y cuando por segunda vez huyó de él. Quilón había descubierto su nueva morada y aconsejádole el rapto; pero él había castigado al griego, prefiriendo pedir á los Apóstoles la mano de su amada y que le iniciaran en la fe. «¡Bendito el instante, repetía, bendito el instante en que tuve tal inspiración, pues me permite estar á tu lado sin el temor de que huyas de mí, como antes hiciste!»

— No, ahora no huiré — dijo la doncella timidamente.

— ¿Y por qué huiste entonces?...

— Hui del pecado.

Vinicio estuvo un momento silencioso. Después prosiguió diciéndole que paulatinamente se le habían ido abriendo los ojos á la verdad al observar que ella no se parecía á ninguna otra mujer romana, exceptuando á Pomponia; y que á través de su belleza corpórea columbraba la aparición de una belleza hasta entonces desconocida, de una belleza sin formas exteriores: la belleza del alma. Le dijo también, y esto la colmó de gozo, que había contribuido á avivar su cariño el mismo hecho de la fuga y que en el hogar la consideraría como una santa.

Luego, trémulo de emoción, la contempló largo rato, repitiendo á cada instante su nombre como para persuadirse de que la había encontrado y de que la tenía á su vera.

Después le preguntó que pasaba por su alma y ella le dijo que ya le amaba antes de salir de la casa de Aulo y que si desde el Palatino la hubiese restituido á sus protectores ella misma les habría revelado su amor.

— Te juro — dijo Vinicio — que espontáneamente nunca se me habría ocurrido arrebatarte á los Aulo. Ocasión tendrás de oír de labios de Petronio que yo le declaré que deseaba

si olvidará el daño que le he hecho y si está dispuesta á compartir conmigo la dicha y los pesares.

Pedro sonrió con dulzura y dijo:

— Es honesto y justo tu deseo, hijo mío; ¿cómo no hemos de acceder á satisfacerlo?

Vinicio le besó nuevamente la mano, y el Apóstol, poniéndole la diestra sobre la cabeza, le dijo:

— Pero no temas á Nerón. En verdad te digo que no caerá ni un solo cabello de tu cabeza mientras estés en Ancio.

Miriam salió en busca de Ligia y como era corta la distancia bien presto reapareció por entre los mirtos del jardín, llevando de la mano á la virgen.

Quiso correr á su encuentro Vinicio; pero á la vista de aquel ser tan querido la dicha le paralizó las piernas, y quedó inmóvil y suspenso, latíendole el corazón con más violencia que cuando por primera vez oyó silbar las flechas de los partos.

Ligia quedóse muy sorprendida, pues nada sabía ni sospechaba de lo ocurrido. Ruborizándose y palideciendo alternativamente, miraba á todos lados con curiosidad y recelo; pero en los circunstantes vió solamente miradas tiernas y bondadosas.

El Apóstol Pedro se acercó á ella y preguntóle:

— Ligia... ¿le amas?...

Hubo un momento de silencio. Los labios de la joven temblaron como los de un niño que rompe á llorar por haber cometido una falta y verse constreñido á confesarla.

— Contesta... — dijo el Apóstol con acento de ternura.

Ligia cayó á sus pies de rodillas y con voz trémula balbuceó:

— ¡Sí!...

Al mismo tiempo dobló á su lado las rodillas Vinicio, y el Apóstol, poniendo las manos sobre sus cabezas, pronunció estas palabras:

— Amaos en Nuestro Señor Jesucristo y para su mayor gloria, que no hay pecado en vuestro amor...

V

Paseando por el jardín, Vinicio, con palabras que le salían del corazón, explicaba á Ligia lo que momentos antes había

confesado á los Apóstoles: la agitación de su alma, el cambio que había experimentado en ideas y sentimientos, la inmensa tristeza que le cubría el corazón desde que ella desapareció de la casa de Miriam. Confesóle que había procurado olvidarla, aunque en vano, pues la ausencia le agigantó el amor y su recuerdo le llenaba noche y día el pensamiento. Mostróse arrepentido del daño que le había hecho, disculpándose, sin embargo, en lo mucho que la había amado. «Nunca, nunca, ni un instante dejo de amarla». La amó desde que tuvo la dicha de verla en casa de los Aulo; la amó en el Palatino; cuando volvió á verla cerca del Apóstol, en el Ostriano; cuando intentó robarla; cuando con tierna solicitud ella le cuidaba á la cabecera del lecho y cuando por segunda vez huyó de él. Quilón había descubierto su nueva morada y aconsejádole el rapto; pero él había castigado al griego, prefiriendo pedir á los Apóstoles la mano de su amada y que le iniciaran en la fe. «¡Bendito el instante, repetía, bendito el instante en que tuve tal inspiración, pues me permite estar á tu lado sin el temor de que huyas de mí, como antes hiciste!»

— No, ahora no huiré — dijo la doncella timidamente.

— ¿Y por qué huiste entonces?...

— Hui del pecado.

Vinicio estuvo un momento silencioso. Después prosiguió diciéndole que paulatinamente se le habían ido abriendo los ojos á la verdad al observar que ella no se parecía á ninguna otra mujer romana, exceptuando á Pomponia; y que á través de su belleza corpórea columbraba la aparición de una belleza hasta entonces desconocida, de una belleza sin formas exteriores: la belleza del alma. Le dijo también, y esto la colmó de gozo, que había contribuido á avivar su cariño el mismo hecho de la fuga y que en el hogar la consideraría como una santa.

Luego, trémulo de emoción, la contempló largo rato, repitiendo á cada instante su nombre como para persuadirse de que la había encontrado y de que la tenía á su vera.

Después le preguntó que pasaba por su alma y ella le dijo que ya le amaba antes de salir de la casa de Aulo y que si desde el Palatino la hubiese restituido á sus protectores ella misma les habría revelado su amor.

— Te juro — dijo Vinicio — que espontáneamente nunca se me habría ocurrido arrebatarte á los Aulo. Ocasión tendrás de oír de labios de Petronio que yo le declaré que deseaba

hacerte mi esposa. «Unte de grasa de lobo las puertas de mi casa y siéntese en mi hogar,» fueron mis palabras. Mas Petronio sugirió al César la idea de reclamarte en tu calidad de rehén. ¡Cuántas veces le he maldecido! Dios lo ha querido así, acaso para que pudiera conocer á los cristianos y comprenderte.

—Respetemos los designios de Dios—contestó Ligia.

Pasaban á la sazón junto al emparado cubierto de yedra debajo del cual Oso había estrangulado á Crotón y arrojádose después sobre Vinicio.

—Aquí—dijo el tribuno—habría perecido á no interceder tú.

—No me lo recuerdes—contestó Ligia,—y perdona á Oso.

—¿Podría vengarme de él por haberte defendido? Si fuese esclavo le daría inmediatamente la libertad.

—Se te habria anticipado Aulo.

—¿Te acuerdas de cuando quería restituirte á su casa y me respondiste que no querías atraer sobre su cabeza la venganza del César? Ahora podrás verles cuando te plazca, sin riesgo alguno.

—De veras, Marco?

—Digo ahora, pero temo que el peligro no estará conjurado hasta que seas mi esposa. Entonces, cuando el César me pregunte por la joven que me cedió, yo le contestaré: «Me he casado con ella y visita con mi consentimiento á los Aulo.» El César no permanecerá mucho tiempo en Ancio porque arde en deseos de marchar á Grecia. Cuando Pablo de Tarso me habrá iniciado en vuestra doctrina, me haré bautizar, volveré á Roma, procuraré congraciarme de nuevo con los Aulo, que estarán de vuelta dentro de algunos días, y, allanados todos los obstáculos, tú serás mía y nos sentaremos uno al lado del otro en el hogar.

Ligia, mirándole con ternura, exclamó:

—Y entonces yo diré: «Donde tú eres Cayo, yo soy Caya» (1).

Caminaron todavía un buen trecho, contemplándose en silencio; pero al estar cerca de un ciprés que se levantaba junto á la puerta de la casa detuvieron el paso y Vinicio susurró al oído de ella con voz trémula:

—Manda á Oso que vaya á casa de Aulo y traiga á la mía tus muebles y los juguetes que alegraron los años de tu niñez. El rubor tiñó las mejillas de Ligia.

(1) *Ubi tu Catus ibi ego Caya* (donde serás el señor, yo la señora) eran las palabras que pronunciaba la mujer al contraer matrimonio.

—El uso exige proceder de otra suerte—contestó.

—Lo sé. La *pronuba* (1) suele llevarlos detrás de la desposada; pero te lo suplico... Me los llevaré á mi casa de Ancio y hablaránme de tí.

Miriam les anunció que estaba puesta la mesa. Entraron y sentáronse entre los Apóstoles, quienes amorosamente les contemplaban, viendo en ellos á la nueva generación, en la cual, después de su muerte, habia de conservarse y germinar la semilla cristiana. Pedro bendijo y partió el pan. Sobre todos los semblantes difundíase dulce paz y se hubiese dicho que la felicidad llenaba la estancia.

—Mira—dijo Pablo, volviéndose á Vinicio;—¿te parece que somos enemigos de la vida y de la alegría?...

—¡Ah, no! Jamás fui tan feliz como lo soy ahora entre vosotros.

VI

Aquella misma tarde, al pasar por el Foro de regreso á su casa, vió Vinicio, á la entrada del *Vicus Tuscus*, la dorada litera de Petronio, llevada por ocho esclavos bitinios á quien hizo seña de que se detuviesen.

—¡Qué sea reparador tu sueño!—dijo riendo á Petronio que, efectivamente, dormía.

—¡Ah... eres tú! Sí; me habia adormecido porque he pasado la noche en el Palatino. Iba á comprar libros con que distraerme en Ancio ¿Qué novedades hay?

—Según tu costumbre, pues, recorres las librerías?...

—Sí; no quiero desordenar mi biblioteca. Se dice que ha aparecido algo nuevo de Séneca y de Musonio. Estoy buscando, además, la obra de un persa y cierta edición, que no tengo, de las Eglogas de Virgilio. Estoy fatigadísimo y las manos me duelen de revolver tanto libro. Y es que, una vez en las librerías, me entran deseos de verlo todo. He estado en la de Avirano, en la de Atracto, allá en el Argileto, en la de Sosia... ¡y no puedo tenerme de sueño!...

(1) La mujer que acompañaba y asistía á la novia en el acto del matrimonio, ó sea la madrina.

—¿Conque estuviste anoche en el Palatino?... Pues entonces soy yo quien ha de preguntarte qué novedades hay... Oye: podrías enviar los libros á tu casa y venirte conmigo. Hablaremos de Ancio y de algo más que me interesa.

—Bien— contestó Petronio, saliendo de la litera.

Y, cogiendo á Vinicio por el brazo, empezó á hablar de esta suerte:

—Pasado mañana nos pondremos en camino para Ancio. El César está impaciente. Ni las cataplasmas de guisantes con aceite de oliva, ni los pañuelos arrollados á su cuello de toro han servido para curarle el catarro. En tales circunstancias no hay que pensar en el aplazamiento del viaje. Maldice de Roma y del aire que en ella se respira; quisiera arrasarla ó destruirla por el fuego. Dice que los olores que el viento le lleva de las callejuelas sucias y estrechas le conducirán en breve al sepulcro. Hoy se han hecho sacrificios en todos los templos para que se le cure el resfriado... y ¡ay de Roma, particularmente del Senado, si no se le aclara pronto la voz!

—En tal caso sería inútil el viaje á Grecia...

—¿Pero imaginas tú que nuestro divino César posee ese único talento?— replicó Petronio.— Se presentará en los Juegos Olímpicos en calidad de poeta, con su *Toma de Troya*, como auriga, púgil, músico y hasta como bailarín, y arramblará con todas las coronas. ¿Sabes por qué está resfriado nuestro divino mico? Ayer quiso emular á Páris y bailó la Aventura de Leda, lo que le hizo sudar á mares. Estaba calado y viscoso cual anguila recién salida del agua; cambiaba de careta á cada instante; ni un huso daba más vueltas que él; movía los brazos como un marinero borracho, ¡Qué deforme vientre! ¡Qué piernas tan delgadas! ¡Te juro que daba náuseas verle! Páris le da lecciones desde hace quince días. Quiere representar en público esa pantomima; en Ancio primero, después aquí.

—Cuando cantó en público, ya encubiertamente se le censuró; pero que todo un César baile como un mimo... esto es demasiado... ¡No! ¡Roma no lo consentirá!

—Amigo mío, Roma lo tolerará todo, y por añadidura el Senado acordará dar gracias al «padre de la patria.» En cuanto á la plebe, está orgullosa de tener por emperador á un bufón.

—Dime, ¿es posible mayor envilecimiento?
Petronio se encogió de hombros, diciendo:

— Como vives retirado y sumido en hondas meditaciones, ora pensando en Ligia, ora reflexionando sobre las doctrinas cristianas, no te das cuenta de lo que ocurre en la Ciudad. Has de saber, pues, que á más repugnante abyección hemos llegado y que si realmente existieran los dioses ya habrían reducido á cenizas á ese mónstruo; mas Nerón, como yo, no cree en los dioses...

—¿De manera que es dios, pontífice máximo y ateo, todo en una pieza?

—¡Exactamente! ¡Qué trinidad!... y ¡qué mundo!

—Sí; á tal mundo, tal César. Afortunadamente, esto no durará mucho tiempo.

Y, discurriendo de esta suerte, llegaron á casa de Vinicio, quien pidió alegremente la cena.

—Sí, amigo mío—añadió, volviéndose á Petronio;— el mundo tiene que reformarse.

—No seremos nosotros quienes lo reformemos, entre otras razones porque bajo el imperio de *Barbarroja* el hombre se asemeja á las mariposas: vive al sol de su favor y al primer cierzo imperial perece. ¡Voto al hijo de Maya! Me pregunto muchas veces como ese Lucio Saturnino ha podido alcanzar la edad de noventa y tres años y sobrevivir á Tiberio, Caligula y Claudio. Aunque... bien mirado, esto debe importárseme muy poco. Se me ha pasado el sueño y quisiera solazarme ahora oyendo un poco de música. Llama á los citaristas; hablaremos luego de Ancio, pues hay que pensar en todo y evitar tu perdición.

—No quiero quebrarme la cabeza—le contestó Vinicio— pensando en la conducta que he de observar en Ancio. El mundo no está encerrado en el Palatino para los que, como yo, tienen otra cosa en el corazón y en el entendimiento.

Dijo esto con tan expresiva desenvoltura que Petronio no pudo menos de mirarle fijamente y decirle:

—¿Qué te pasa? Estás hoy tan risueño como cuando llevabas al cuello la bula áurea.

—Es que soy feliz, y para explicarte el por qué te he convidado á comer.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Algo que no cambiaría con el Imperio Romano.

Y, con el rostro radiante de júbilo, comenzó á hablar de esta manera:

—¿Te acuerdas del día que fuimos juntos á casa de Aulo Plaucio? Allí viste por primera vez á una joven, que comparaste á la Aurora y á la Primavera.

Petronio le miró con asombro.

—¿Qué significa esto?... Sí, me acuerdo de Ligia—respondió.

—Es mi prometida.

—¿Qué?...

Vinicio sin contestarle llamó al mayordomo y le ordenó:

—Que entren en seguida todos los esclavos, todos sin excepción.

—¿Es tu prometida?—repetía Petronio.

Y antes que pudiera volver de su asombro el atrio se llenó de esclavos.

Vinicio se dirigió á Demas:

—Los que hayan servido en mi casa durante veinte años mañana se presentarán al Pretor, quien les concederá la libertad. Los demás recibirán tres monedas de oro por barba y ración doble durante una semana. Envía orden á los ergástulos del campo para que se quite del cepo á todos los castigados y se les dé abundantemente de comer. Hoy es día de júbilo para mí, y quiero que todos participen de mi felicidad.

Los esclavos, mudos é inmóviles, le miraban con los ojos muy abiertos, llenos de asombro, como si dudaran de sus propios oídos; mas luego, levantando los brazos, gritaron á coro:

—¡Ah..., señor! ¡Aaah!...

Con un ademán les indicó el tribuno que se retirasen. Obedecieron los esclavos sin abrir la boca, por más que deseaban darle las gracias. La casa se llenó de alegría desde las bodegas á los graneros.

—Mañana—dijo Vinicio—los reuniré en el jardín y les mandaré que tracen en la arena un signo cualquiera: á los que dibujen un pez les concederá la libertad Ligia.

Petronio, que no solía asombrarse por nada, recobró pronto su habitual serenidad.

—¿Un pez? ¡Ah, sí! ya recuerdo; Quilón dijo que era el emblema de los cristianos...

Y, estrechando la mano de Vinicio, agregó:

—La felicidad está donde cada cual quiere verla. ¡Que Flora os cubra de rosas durante muchos años el camino de la vida! ¡Te deseo cuantas bienandanzas puedas tú mismo desearte!

—¡Muchas gracias! Creí que tratarías de disuadirme...

—¡Ah, no! Nerón estuvo á punto de casarse con Actea y para justificar su capricho esforzábbase en hacer creer que ésta era de estirpe real; luego la abandonó por Popea, privándose de una buena esposa y privándonos á nosotros de una excelente Augusta... El origen real de tu Ligia es más legítimo y positivo. Pero te aconsejo que andes con tiento, pues ya sabes que hay quien desea tu perdición...

—Nada temo. No caerá un solo cabello de mi cabeza.

—Si crees asombrarme otra vez, te engañas. Pero ¿de donde te viene esta seguridad?

—Me lo ha dicho el Apóstol Pedro.

—¡Ah! ¿El Apóstol Pedro te lo dijo?... Pues no hablemos más de ello... No obstante, me permitirás que tome alguna precaución para el caso de que tu Apóstol Pedro nos resultara un falso profeta, pues si se engañase perderías en el Apóstol Pedro la confianza, de la cual es casi seguro que habrá menester algún día el Apóstol Pedro.

—Haz lo que bien te parezca; pero si crees que me desanimarás con la repetición irónica de su nombre, te equivocas.

—Bien. Entonces te haré otra pregunta: ¿eres ya cristiano?

—Todavía no; pero Pablo de Tarso viene conmigo para iniciarme en la nueva doctrina; después seré bautizado porque cuanto me digiste respecto á la aversión de los adeptos de Cristo á la vida y á la dicha es falso.

—Tanto mejor para tí y para Ligia—replicó Petronio. Luego, encogiéndose de hombros y como hablando consigo mismo, agregó:

—No obstante, es muy singular la facilidad con que esa gente hace prosélitos, la rapidez con que la secta se propaga.

Vinicio contestóle con toda la impetuosidad de un neófito:

—Sí; se cuentan por millares, por docenas de millares los cristianos en Roma, en todas las ciudades de Italia, en Grecia, en Asia. Hay cristianos en las legiones, entre los pretorianos, en el mismo palacio del César. Profesan la nueva fe ciudadanos y esclavos, ricos y pobres, plebeyos y patricios. Tal vez ignoras que es cristiana la familia Cornelia, que es cristiana Pomponia Grecina, que lo fué Octavia y lo es Actea. Sí; es una doctrina que se extiende por todo el mundo y es también la única capaz de regenerarlo. ¡No, no encojas los hombros! ¡Quién sabe si antes de un año la abrazarás tú!...

— ¿Yo? — exclamó Petronio —; Ah, no! te lo juro por el hijo de Leda. No la abrazara así contuviese toda la verdad y toda la sabiduría divina y humana... porque con ella me vería obligado á torcer mis inclinaciones, cosa que no me agrada; á renunciar á los placeres, que constituyen el único aliciente de mi vida. De tu carácter violento, apasionado, puede esperarse cambio tan radical, ¿pero de mí?... Yo tengo mis piedras preciosas, mis camafeos, mis vasos artísticos. En el Olimpo no creo; mas procuro llevar en la tierra tal género de vida que no lo echo de menos, y continuaré cubriendo de flores mi camino hasta que me traspasen las flechas del divino arquero ó hasta que el César me mande la orden de abrirme las venas. Por otro lado, me gusta el perfume de las violetas y solazarme en bien provisto *triclinio*. Venero también á nuestros dioses... en calidad de figuras retóricas, y tengo especial predilección por la poética Acaya adonde me trasladaré en breve con nuestro ventruado, zanquivano, incomparable, divino César, Augusto, Periodoniceo, Hércules, Nerón.

De pronto se echó á reír á mandíbula batiente ante la idea de que él pudiera convertirse á la doctrina de los pescadores de Galilea y canturreó á media voz:

«De verde mirto adornaré la espada
Al par de Armodío y Aristogitón.»

Poco después les fué servida la cena. En tanto el citarista cantó algunas canciones y Vinicio explicó á Petronio que la visita de Quilón le había sugerido la idea de dirigirse á los Apóstoles. Petronio, á quien acometía de nuevo el sueño, se llevó la mano á la frente y dijo:

— Excelente idea si diese buen resultado. Por lo que atañe á Quilón, yo, en tu lugar, le hubiese regalado cinco monedas de oro; mas ya que preferiste hacerle propinar una tanda de azotes, fué grave imprudencia dejarle salir con vida de tu casa, porque no es imposible que con el tiempo se inclinen ante él los senadores, cual ocurre ahora con nuestro héroe zapatearil Vatinio... ¡Vaya, buenas noches!

Depuesta la corona de flores, Petronio se fué á su casa. Vinicio, cogiendo las tablillas y el estilo, escribió á Ligia la siguiente carta:

«Quiero que esta epístola te dé los buenos días al abrir tus bellísimos ojos. Te escribo hoy aunque espero verte mañana. El

César, como sabes, parte para Ancio, y yo, muy á pesar mío, he de acompañarle, pues pondría en peligro la vida si no lo hiciera, y no tengo ahora ningún deseo de perderla. No obstante, si tú quieres que no vaya, bastará una sola palabra tuya para quedarme; ya se cuidará Petronio de conjurar el peligro. En este día de ventura para mí he querido dar una recompensa extraordinaria á todos mis esclavos. A los que han servido en mi casa veinte años mañana los manumitirá el Pretor. Espero que encomiarás mi conducta porque, á mi entender, se armoniza con la religión que profesas. Les diré que te deben á ti la libertad, pues por ti se la doy á fin de que te lo agradezcan y alaben tu nombre. En cambio quedaré esclavo yo, esclavo tuyo y de la dicha, con el deseo de que no venga nunca el día de la libertad. ¡Maldita sea Ancio, malditos los viajes de *Barbarroja!*, y dichoso yo tres veces porque, gracias á mi ignorancia, no me veré obligado, como Petronio, á acompañarle á Grecia! Tu recuerdo mitigará el dolor de la ausencia, y, en cuanto me sea posible, montaré á caballo y volveré á Roma para regalar mis ojos con tu presencia, para deleitar mis oídos con la dulzura de tu voz. Cuando no pueda venir te enviaré cartas por un esclavo con el encargo de traerme noticias de ti.

Salud, divina mía: me postro á tus pies. No te enfades porque te llama divina; si me lo prohibes te obedeceré; hoy no puedo. Desde tu futura morada te saluda con todo el afecto de su alma, Vinicio.»

VII

Era cosa sabida en Roma que el César pasaría por Ostia á fin de ver una nave, la mayor del mundo, llegada de Alejandria con cargamento de trigo, y que desde allí, por el litoral, marcharía á Ancio.

Al amanecer del día de la partida aglomerábase en la puerta de Ostia abigarrada muchedumbre, en la que, con el populacho romano, se mezclaban los más variados tipos de todos los países de la tierra.

Aunque Ancio no distaba mucho de Roma ni fuese difícil hallar en ella cuantas comodidades exigiera el más refinado gusto de la época, el César, según su costumbre, llevóse todos los objetos

de su predilección, desde los instrumentos músicos y los utensilios domésticos hasta los mosaicos y estatuas, pues en cualquier lugar que se detuviese, para descansar ó para comer, quería verse rodeado del lujo y boato á que estaban sus ojos avezados. Por esta razón, en sus viajes debía acompañarle un ejército de sirvientes, sin contar los pretorianos y los augustales, cada uno de los cuales llevaba también numeroso séquito. Desde el alba barrían el suelo y lo alfombraban de flores y de pinocha centenares de esclavos. La plebe repetía con cierto orgullo que aquella alfombra de flores, cogidas en los jardines particulares de los contornos y pagadas á buen precio á las floristas de la Puerta de Ostia, se extendería hasta Ancio.

A medida que el día avanzaba se hacia más denso el gentío. Familias enteras comían, formando corros, junto á los sillares destinados al nuevo templo de Ceres. En la mayor parte de los grupos se hablaba del viaje del Emperador, de los que tenía en proyecto para después, de toda suerte de expediciones. Marineros y veteranos aprovechaban la ocasión para contar maravillas de los países remotos, cuyo nombre apenas conocían, en los cuales no había puesto el pie ningún romano. Los ingenuos ciudadanos que en su vida habían pasado de la Via Apia escuchaban con asombro las fantásticas descripciones de la India y de la Arabia; del islote del archipiélago de la Bretaña, en donde el gigante Briareo encadenó á Saturno mientras dormía; de las regiones hiperbóreas; de los mares glaciales; de los hervores fragorosos de las aguas del Océano cuando en ellas se sumerge el sol á la caída de la tarde. Referíase también que el colosal navío fondeado en el puerto de Ostia había traído trigo para dos años, además de cuatrocientos pasajeros y gran número de fieras destinadas á los juegos del Circo. Estas noticias despertaban el entusiasmo de la plebe por el César, por el generoso César que no sólo alimentaba á su pueblo sino que también le divertía.

De pronto aparecieron los ginetes nómadas de la guardia pretoriana, que constituían la vanguardia del cortejo imperial. Sus cascos relucían al sol, los enormes anillos de oro pendientes de las orejas dorábanles con reflejos los rostros de ébano, y las puntas de sus lanzas brillaban cual ascuas. La multitud avanzó para verles más á su sabor, pero en seguida los pretorianos de infantería se alinearon á lo largo del camino dejando un ancho espacio para la comitiva.

En primer término venían numerosos carros cargados con tiendas de campaña: tiendas de púrpura, de color de rosa, de color violáceo, de batista blanca como la nieve, recamadas de oro, con tapices orientales; artísticas mesas, mosaicos, batería de cocina, jaulas que contenían pájaros de diversos países, cuyos sesos y lenguas habían de ser servidos en la mesa de Nerón con ánforas de vino y cestas de frutas. Los objetos que podían deteriorarse con el traqueteo eran llevados á mano ó en hombros por esclavos. Pasaban centenares de hombres á pie llevando estatuitas de bronce corintio, vasos etruscos y griegos, vajillas de oro, de plata y de cristal alejandrino. Cada grupo de esclavos iba custodiado por capataces armados de varas que terminaban con bolas de hierro ó de plomo y por pretorianos de á pie y de á caballo. Aquel interminable desfile de portadores, en actitud recogida, semejaba solemne procesión religiosa, y la semejanza subió de punto cuando aparecieron los instrumentos de música: liras, arpas, laudes griegos, hebraicos y egipcios, cornamusas, cítaras, flautas y címbalos. Al ver aquella muchedumbre de instrumentos de oro y de bronce, incrustados de piedras preciosas, que relucían á los rayos del sol, se hubiera dicho que Apolo ó Baco se disponían á recorrer el mundo rodeados de toda su pompa.

Seguían, sobre carros espléndidamente decorados, formando caprichosos grupos y empuñando firso, los acróbatas, mimos, danzantes y numerosos esclavos y esclavas adolescentes de Grecia y del Asia Menor, con sus largas cabelleras recogidas en redecillas de oro y cubierto el rostro de una espesa capa de cosméticos, á fin de resguardar de la intemperie la tez fresca y lozana.

Iba á continuación un nuevo cuerpo de pretorianos, compuesto de gigantescos sicambros de rubios cabellos y ojos azules, de paso tardo é igual, de brazos musculosos, ensoberbecidos por la conciencia de su fuerza, y con motivo, pues á resolverla contra el César, á quien servían lealmente, habrían aniquilado su inmenso poder, que miraban con desprecio á la multitud, sin tener en cuenta que muchos habían llegado á Roma arrastrando cadenas. Les precedían los portadores de insignias, los llamados *imaginarij*, con las águilas romanas, las tablas que ostentaban las inscripciones conmemorativas, las estatuas de los dioses romanos y germanos, las estatuitas y bustos del César.

Aparecieron luego los leones y tigres domados para tirar del carro de Nerón en el caso de que á éste se le antojase imitar á Dionisio. Domadores indios y árabes los llevaban sujetos con cadenas recubiertas de flores, de tal suerte que de eslabones de flores parecían únicamente formadas. Las fieras miraban á la muchedumbre con sus verdes ojos soñolientos, y de trecho en trecho, levantando la cabeza, aspiraban con avidez las exhalaciones de los cuerpos humanos, lamiéndose el hocico.

Desfilaron después los carruajes y las literas imperiales, de varias formas y dimensiones, de color de oro ó de púrpura, con adornos de mármol, de piedras preciosas, de perlas. Iba detrás otra sección de pretorianos vestidos á la romana, compuesta exclusivamente de voluntarios de Italia (1) y seguida de otra muchedumbre de esclavos del palacio imperial. A la zaga de éstos venía el César. Su aparición era saludada con aclamaciones por la multitud.

Hallábase en medio de ésta el Apóstol Pedro acompañado de Ligia, que tenía el rostro cubierto con espeso velo, y de Oso, cuya fuerza era para la doncella la más segura defensa contra los desmanes de la licenciosa plebe. El ligio había cogido un bloque de mármol destinado á la construcción del templo de Ceres y llevándolo adonde estaba el Apóstol, quien subió encima para ver mejor el desfile. Al presentarse Pedro con sus dos acompañantes refunfuñó la muchedumbre porque Oso se abrió paso á través de ella como un buque hendiendo las olas; pero al verle levantar el enorme bloque, que cuatro de los más fornidos atletas no habrían logrado mover, la indignación se convirtió en asombro, y se oyeron gritos de ¡Macte! ¡Macte! (2)

A la sazón llegaba el César sobre soberbio carro tirado por cuatro magníficos caballos idumeos con herraduras de oro. Aunque el vehículo era capaz para más personas, con el objeto de que todas las miradas se fijasen exclusivamente en él no admitió en su compañía más que á dos deformes enanos que estaban acurrucados á sus pies. Vestía túnica blanca y la toga

(1) Hasta el tiempo de Augusto los habitantes de Italia estuvieron exentos del servicio militar, y por ello la llamada *Cohors Italica*, que solía estar de guarnición en Asia, se componía exclusivamente de voluntarios.

(2) ¡Bien! ¡Bravo!

de color de amatista, la cual arrojaba sobre su rostro reflejos azulados. Ceñía sus sienes una corona de laurel.

Desde el viaje á Nápoles, el César se había puesto mucho más grueso, y á causa del abotagamiento del rostro y de la opulenta papada que le pendía de la mandíbula inferior, semejaba que su boca, en realidad muy vecina de la nariz, estaba pegada á la nariz misma. Envolvía el enorme cuello con un pañuelo de seda que á cada momento se arreglaba con la mano blanca y gordiflona, de tal guisa cubierta de pelo rojo que parecía manchada de sangre. Como le habían asegurado que el hacerse caer aquellos pelos podría ser causa de que le diese en los dedos un temblor, inutilizándole para tocar el laud, no quiso nunca apelar á los depilatorios. Su rostro expresaba vanidad incommensurable, á la par que cansancio y tedio. Tenía un aspecto á la vez terrorífico y cómico. Miraba á la muchedumbre con los ojos entornados y ponía oído atento á las aclamaciones y aplausos.

«¡Salve, divino César! ¡Salve, triunfador! ¡Salve, incomparable! ¡Hijo de Apolo! ¡Divino Apolo! ¡Salve!» eran los gritos que, generalmente, salían de entre aquellas masas compactas de plebeyos.

Nerón sonreía...

Pero los romanos tenían invencible tendencia á motejar y zaherir, y escuchados en la fuerza que les daba el número, en la irresponsabilidad del anónimo, insultaban con frecuencia hasta á los triunfadores más admirados y queridos. No había de sus traerse Nerón á esta costumbre, por más que su monstruosa vanidad rechazara, no ya los insultos y sarcasmos, sino también las sátiras menos punzantes. Así, de cuando en cuando oíanse, entre las expresiones adulatorias, gritos como estos: «¡Barbarroja!... ¡Barbarroja!... ¿adonde vas con esas estopas encendidas?... ¿no temes prender fuego á Roma?...» Quienes esto proferían estaban tal vez muy lejos de pensar que sus palabras envolverían una terrible predicción. Por lo demás, al César no llegaron á molestarle tales alfilerazos porque había hecho el sacrificio de sus barbas á Júpiter Capitolino.

Al llegar al templo en construcción, individuos ocultos tras los bloques de mármol y las hiladas de sillares clamaron: «¡Matricida! ¡Orestes! ¡Alcmeón!; ¿qué has hecho de Octavia?; ¡depon la toga purpúrea!» Popea, que seguía en litera el carro del César, era blanco también de las invectivas de la muche-

dumbre. No escapaba al oído finísimo del César ninguna de aquellas injurias, y con la esmeralda en el ojo dirigía miradas escrutadoras hacia el punto de donde salían los gritos ofensivos, como para descubrir y reconocer á los temerarios. Así, acertó á ver al Apóstol Pedro de pie sobre el bloque de mármol.

Aquellos dos hombres se contemplaron un instante, sin que ninguna de las personas que formaban el fastuoso cortejo, ni ninguna de las que integraban la enorme multitud de curiosos, atinara en que se miraban dos señores del mundo, uno de los cuales debía desaparecer en breve, como horrible pesadilla, y el otro, el humilde anciano pobremente vestido, sustituirle para siempre en el gobierno de la Ciudad, del mundo entero.

Pasó el César y vino tras él la aborrecida Popea recostada en la litera que llevaban en hombros ocho africanos; vestida, como Nerón, con la túnica de color de amatista, oculta la tez bajo una densa capa de cosméticos. Inmóvil, pensativa, indolente, parecía una diosa, pero una diosa proterva. Iba seguida de la cohorte de sus esclavos y esclavas y de una larga hilera de cochecitos con sus trajes, objetos de tocador y demás utensilios compendiados por los romanos con la denominación de *mundus muliebris*.

Hallábase el sol á la mitad de su carrera cuando comenzó el desfile de los augustales que formaban un cortejo espléndido, interminable, ondulante como una serpiente... El circunspecto Petronio, á quien saludaba jovialmente el pueblo, se hacía llevar en litera. Tigelino iba en coche tirado por lindas jacas y de cuando en cuando estiraba el cuello para ver si Nerón le llamaba á su lado. La multitud acogía con aplausos á Liciniano Pisón, con risotadas á Vitelio, con silbidos á Vatino. Los cónsules Licinio y Lecanio pasaron poco menos que inadvertidos. En cambio, Tulio Senección, ídolo de la plebe, ignórase por qué motivo, fué aclamado con entusiasmo, lo mismo que Vestino.

Se hubiera dicho, al contemplar aquel inacabable séquito, que toda la Roma patricia se trasladaba á Ancio. Nerón, en sus viajes, no llevaba nunca menos de mil carros; las personas que le acompañaban excedían siempre al número de los soldados de una legión. (1) Veíase en el cortejo á Domicio Afro, al

(1) Durante el imperio la legión constaba de más de doce mil hombres.

nonagenario Lucio Saturnino, á Vespasiano con sus hijos, al joven Nerva, al poeta Lucano, á Annio Galón, á Quintiano y á otros muchos patricios y plebeyos acaudalados, con algunos centenares de matronas, renombradas unas por su alcurnia y todas por su lujo y depravación.

Las miradas de la muchedumbre se fijaban sucesivamente en los encumbrados personajes, en sus coches y caballos, en las caprichosas y magníficas vestes de sus servidores; y los ornamentos de oro, la variedad de colores, el centelleo de las piedras preciosas y de la cristalería, el brillo del marfil y de las perlas, deslumbraban los ojos. Parecía que los mismos rayos del sol habían quedado aprisionados en el esplendor del cortejo. Abundaban entre el populacho los miserables de expresión famélica; pero ni un solo romano dejaba de experimentar la sugestión de aquel espectáculo grandioso, y, aunque partícula insignificante de la poderosa Ciudad, de sentir trastornada la cabeza por la satánica soberbia que daba la conciencia de una fuerza ilimitada, suficiente para mantener en todos los pueblos de la tierra la admiración y el respeto; ni uno solo tampoco acertó á sospechar que todo aquel boato, toda aquella grandeza, toda aquella majestad desaparecerían en breve como rama seca consumida por el fuego y que sobre sus cenizas se levantaría un mundo nuevo.

Vinicio era de los últimos en el séquito. Al ver al Apóstol y á Ligia saltó del carro y dijo con tono placentero, rápidamente, como quien tiene contados los minutos:

—¿Has venido?... ¡No sé, Ligia, como agradecértelo! No podía Dios enviarme mejor presagio. ¡Bendita seas! No tardaré en volver. Apostaré en el camino relevos de caballos partos, y vendré á pasar contigo los días que me queden libres, mientras obtengo permiso para regresar definitivamente. ¡Hasta muy pronto, pues!

—¡Hasta luego, Marco!—respondió Ligia. Y añadió acto continuo en voz muy queda:

—¡Cristo guíe tus pasos y abra tu corazón á las palabras de Pablo!

—¡Quiera el cielo colmar tus deseos, amada mía! Pablo ha preferido venir con mis servidores; pero estará conmigo en Ancio y será mi maestro y mi amigo.

Después de haberse levantado el velo Ligia, cediendo á las súplicas del tribuno, besóle éste la mano, con estupefacción de

la plebe, para la que era incomprendible que un augustal descendiera á dar muestra tan significativa de cariñoso respeto á una joven que por la modestia de su porte parecia esclava.

Subió Vinicio á su carro y se alejó con rapidez, porque las últimas filas del séquito se perdian ya á lo lejos, entre nubes de polvo que el sol doraba. Pedro le bendijo haciendo con un movimiento casi imperceptible la señal de la cruz. Se presentó en seguida Demas, el tahonero en cuya casa trabajaba Oso, y, después de besar humildemente la mano al Apóstol, le rogó que fuera con los que le acompañaban á reparar las fuerzas en su domicilio, puesto que lo tenia tan cerca del Emporio.

Accedieron á la súplica. Después de haber comido frugalmente descansaron. A la caída de la tarde se dirigieron al *Trans-tevere*, y, como querian atravesar el río por el Puente Emiliano, tomaron por el *Clivus Publicus*, que pasaba por la cima del Monte Aventino, entre los templos de Diana y de Mercurio. Desde aquella altura, contemplando el Apóstol los innumerables edificios que se extendian á sus pies, meditó sobre el poderio y la grandeza de aquella Ciudad á donde habia venido para predicar la divina palabra. En sus viajes habia encontrado signos evidentes del poderio romano y romanas legiones que lo sostenian; pero unos y otras no eran sino como elementos aislados, como miembros dispersos de la soberbia y descomunal fuerza que aquel día habia visto encarnada en la persona de Nerón. La satánica Ciudad, rapaz, codiciosa, desenfrenada, corrompida hasta el meollo y al mismo tiempo inmovible; aquel César, asesino de su madre, de su hermano, de su esposa, perseguido por un cortejo de espectros sangrientos no menos numeroso que su séquito imperial; aquel libertino, bufón, dueño de treinta legiones y con ellas del mundo entero; aquellos cortesanos con vestidos de seda y adornos áureos, inseguros de la suerte que les podia deparar el mañana, y, sin embargo, más poderosos que muchos reyes, todo aquel conjunto de riquezas y fuerza, de esplendor y corrupción se le apareció como el reino infernal de la iniquidad. Y su corazón sencillo admiró los inexcrutables designios de la Divina Providencia que permitia que Satanás hollara, aplastara, atormentara á la tierra, exprimiéndole las lágrimas y la sangre. Y su alma de Apóstol, atribulada ante aquel misterio, no pudo menos de dirigirse al Maestro exclamando:

— ¡Señor!, ¿qué haré en medio de la Ciudad adonde me has enviado? Dueña es de la tierra y de los mares; suyos son los animales que pueblan los bosques y los que viven en las aguas; suyos los reinos y las demás ciudades; treinta legiones la protegen, y yo, ¡Divino Maestro! soy un simple pescador... ¿Qué puedo hacer?... ¿Cómo abatiré su soberbia é iniquidad?...

La ferviente plegaria fué interrumpida por la voz de Ligia:

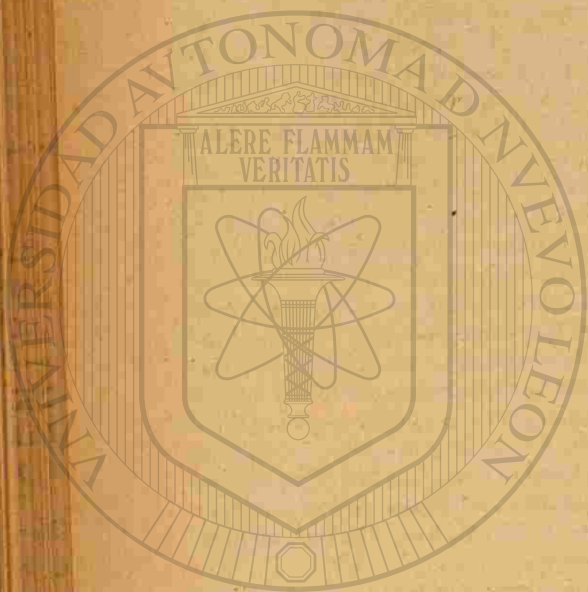
— ¡Parece que la Ciudad está ardiendo!...— dijo.

En efecto, la puesta del sol ofrecia aquella tarde algo de insólito. El astro diurno tenia ya la mitad del disco oculto tras el Janiculo, y toda la bóveda celeste se presentaba con un resplandor rojizo, como de inmensas llamas. Desde el punto en donde se hallaban el Apóstol y sus acompañantes abrazaba la vista extenso panorama. Algo á la derecha se veian los muros del Circo Máximo; más arriba resaltaban las enormes moles de los edificios del Palatino; en frente, más allá del *Boarium* y del *Velabrum* surgía la cima del Capitolio con el templo de Júpiter. Todos los muros, columnas y cornisamentos de los templos estaban como sumergidos en aquel color purpúreo que semejaba sangre. La parte del río, que á lo lejos se divisaba, parecia que llevaba sangre también; á medida que el sol iba desapareciendo tras el Janiculo se hacian más intensos los resplandores rojizos, difundiéndose sobre las siete colinas, dilatándose hasta los últimos confines del horizonte.

— ¡Parece que la Ciudad está ardiendo!...— repetia Ligia.

El Apóstol, al fin, se cubrió con la mano los ojos y dijo:

— ¡Está suspendida encima de ella la ira del Señor!



PARTE QUINTA

I

De Vinicio á Ligia:

«El esclavo Flegonte, por quien te envío esta epístola, es cristiano; uno de los que han de recibir la libertad de tus manos; un antiguo servidor de nuestra casa, en el cual tengo absoluta confianza. Puedo, pues, escribirte con entera libertad, bien seguro de que esta carta no irá á parar á otras manos que á las tuyas. Te escribo desde Laurento, en donde nos hemos detenido á causa del insoportable calor. Popea posee aquí una magnífica villa que le fué donada por Otón, su primer marido, y que ha conservado á pesar del divorcio. En ella hospeda al César. Sigilosamente le había preparado una recepción espléndida. Pocos augustales figuraban entre los invitados; mas Petronio y yo formábamos parte de este reducido número. Después de la comida, en naves doradas, dimos un paseo por el mar, que estaba tranquilo como si durmiese. Remábamos nosotros mismos, porque la vanidad de la Augusta se complace en ser servida por cónsules é hijos de cónsules. El César, de pie junto al timón, revestido con la toga purpúrea, cantaba un himno, compuesto por él la noche precedente en colaboración con Diodoro. En las naves que formaban nuestro séquito iban esclavos indios, diestros en arrancar de las conchas marinas sonidos armoniosos. De las profundidades de Anfritrite emergían, como atraídos por la música, los delfines, y nos seguían luego retozando.

«¿Y sabes que hacia yo en tanto?... Pensaba en ti, suspiraba por tenerte á mi lado, sobre aquel mar azul como tus ojos, por recoger aquella música, aquel cuadro espléndido y

dártelo todo á ti, amada mía. ¿Querrás que un día vayamos á vivir á la orilla del mar, lejos de Roma? Poseo en Sicilia algunas tierras, con un bosque de almendros que en la primavera se cubren de flores, y merced á su peso descienden tanto las ramas que las extremidades se bañan en las aguas.

«Allí te amaré con delirio; allí practicaré la hermosa doctrina que Pablo me va enseñando, pues estoy convencido de que no se opone ni al amor ni á la felicidad... ¿Querrás?... Pero antes que me respondas voy á contarte lo que pasó en la nave.

«Cuando estuvimos á bastante distancia de la costa apareció una vela y entablada discusión acerca de si sería una simple lancha de pesca ó un buque que zarpara del puerto de Ostia, me incliné á creer lo primero. La Augusta, que era de mi dictamen, alabándome por haber yo descubierto la vela antes que los demás la vieran, dijo que nada debía de escapar á mis ojos, y cubriéndose el rostro con el velo me preguntó si sabría reconocerla de aquella manera. Petronio contestó por mí que detrás de las nubes hasta el sol resulta invisible. Mostróse ella muy complacida de la adulación, y, aparentando bromear, dijo que únicamente el amor podía oscurecer una vista tan penetrante como la mía. Después empezó á nombrar damas de la corte para averiguar en cual de ellas había puesto mi pensamiento. Por último pronunció tu nombre, descubriendo al propio tiempo su rostro y clavando en mí una mirada maliciosa y escudriñadora. He de agradecer á Petronio que en aquel instante hiciera inclinar la embarcación en términos que estuvo á punto de zozobrar, con lo cual consiguió apartar de mí la atención de los circunstantes, porque si hubiese oído palabras malévolas ó irónicas acerca de ti, difícilmente habría sabido sustraerme al deseo de romper con mi remo la cabeza de esta perversa mujer... Sin embargo, no temas: nada me ocurrirá que pueda disgustarte. Antes de partir, Pedro me dijo que no caería ni un solo cabello de mi cabeza, y yo tengo fe en el Apóstol. Una voz que sale del fondo de mi corazón me dice que todas y cada una de sus palabras se cumplirán, y puesto que bendijo nuestro amor, ni el César, ni todas las potencias infernales, ni el mismo Hado podrán separarme de ti. Esta convicción me colma de felicidad, de una felicidad eterna, serena, olímpica... ¡Perdona!... siendo cristiana no puede agradarte que hable del Olimpo y del Hado... perdóname, porque peco muy á pesar mío. Todavía no me ha purificado el bau-

tismo; es mi corazón como vaso vacío que Pablo de Tarso ha de llenar de vuestra dulcísima doctrina, que tanto amo porque es la tuya.

«En Ancio pasaré los días y las noches en perenne coloquio con Pablo, el cual desde el comienzo del viaje ha adquirido tal predicamento entre mis servidores que todos buscan su compañía, admirando en él, no ya á un taumaturgo, sino á un ser casi sobrenatural. Ayer ví en su semblante pintada la alegría, y al preguntarle la causa de este estado de ánimo me contestó: «Siembro.» Petronio sabe que viene conmigo y desea conocerle, cosa que también ocurre á Séneca, quien ha oído hablar de él por Galón. Pero palidecen ya las estrellas, amada mía, y el lucero matutino brilla con intensidad. Dentro de breves instantes la aurora teñirá de púrpura las olas... Todo duerme en torno mío; solamente yo velo y pienso en tí. Te saludo con los primeros rayos del alba, desposada mía.»

II

De Vinicio á Ligia:

«¿Has estado alguna vez en Ancio ¡oh, Ligia adorada! en compañía de los Aulo? ¡Qué dicha será para mí traerte á esta ciudad un día y mostrarte sus bellezas si aún no la conoces! Desde Laurento se suceden sin interrupción las villas, que llegan hasta la playa; la misma Ancio no es sino hilera interminable de palacios y de pórticos. Poseo aquí una casa en la misma orilla del mar, con bosques de olivos y de ciprésés; y cuando pienso que esta casa será tuya, me parecen más blancos y esplendentes sus mármoles, más frondosos sus jardines, más azules las olas que la besan. El viejo Menicles, mayordomo de la villa, ha plantado en las praderas, bajo los mirtos, cuadros enteros de lirios, y al verlos me acordé en seguida del *impluvio* de casa de Aulo y del jardín en donde jugamos y paseamos juntos. También á tí te recordarán estos lirios la casa familiar, y por lo mismo estoy seguro de que Ancio y la villa serán de tu gusto.

«Apenas llegados, tuve de sobremesa un largo coloquio con Pablo. Las primeras palabras fueron para tí; luego el Apóstol empezó á instruirme en la santa doctrina. Yo estaba

pendiente de sus labios, y sus palabras eran á un tiempo tan dulces y eficaces que aunque supiera escribir como Petronio no podría explicarte lo que pasó entonces por mi alma. Ni siquiera sospechaba que pudiese existir semejante felicidad; que hubiera una belleza y una paz hasta ahora por nadie gozadas. Dime: ¿cómo es posible que la tierra pueda albergar juntamente á hombres como los apóstoles Pedro y Pablo de Tarso y á monstruos como el César? Te lo pregunto porque después de mi plática con Pablo pasé la tarde en casa de Nerón, y ¿sabes lo que oí? El César leyó su poema sobre el incendio de Troya, y después empezó á lamentarse amargamente de no haber presenciado nunca el espectáculo de una ciudad devorada por las llamas, diciendo que envidiaba á Priamo y dándole el nombre de venturoso mortal por haber visto á su patria destruida por el incendio. Contestóle Tigelino: «Pronuncia una sola palabra, ¡oh, César!, y yo mismo cojo una tea, y antes que termine la noche Ancio será consumida por el fuego.» El Emperador le trató de majadero. «¿Y adonde iría yo después, le dijo, para respirar las auras marinas, para fortalecer esta voz que los dioses me han otorgado como un don precioso que debo conservar para dicha y solaz del género humano? ¿No es por ventura Roma la causa de mis enfermedades? ¿No son los miasmas de la Suburra y del Esquilino el origen de mis ronqueras? ¿Y acaso no sería el incendio de Roma un espectáculo más grandioso y trágico que el de Ancio?» Todos los cortesanos quedaron extasiados ante la ocurrencia de Nerón, conviniendo en que sería proeza singular é inaudita convertir á la Ciudad señora del mundo en montón de cenizas.

«El César, animado por la adulación de los que le rodeaban, añadió que inspirándose en tan colosal incendio podría escribir un poema superior á los cantos de Homero y que, destruida la Ciudad, la reconstruiría de manera que las generaciones futuras la admiraran como una obra en parangón de la cual parecieran miserables y deleznable todas las demás. Los augustales, ebrios de entusiasmo, gritaron: «¡Hazlo, hazlo!»; á lo que replicó Nerón: «Para ello me faltan amigos más fieles y más devotos.» Te confieso que al oír las proposiciones del César y los gritos de los cortesanos me turbé profundamente, porque en Roma estás tú, amada mía. Ahora soy el primero en reirme de mis aprensiones, pues aunque el César y los augustales sean locos de atar, á buen seguro no cometerán semejante atrocidad.

Pero esto demuestra que nos vuelve tímidos el amor. No quiero negarte, sin embargo, que me sentiría más tranquilo si la casa de Lino estuviese lejos del *Transtevere*, muy apartada de esa red de callejuelas sucias, habitadas por pobres y extranjeros, donde correrías mayor peligro en caso de ocurrir cualquier acontecimiento funesto. Ni aún los palacios del Palatino serían, en mi concepto, morada digna de ti; al menos quisiera que no hubieses de experimentar la falta de aquellas comodidades á que te acostumbraste en la niñez. Vete, pues, á casa de Aulo, Ligia mía. He pensado mucho en esto. Oye: si el César estuviese en Roma, la noticia de tu reaparición podría llegar por boca de los esclavos al Palatino y atraer sobre tu cabeza la venganza del Emperador por haberle desobedecido; pero afortunadamente estará mucho tiempo en Ancio y los esclavos ya no hablarán de ti cuando regrese. Podrían ir contigo Lino y Oso. Por lo demás, tengo la esperanza de que antes que Roma vea de nuevo al César estarás ya en tu propia casa: en las Carinas. Desde luego bendigo el día, la hora y el instante en que traspasarás sus umbrales; y si Cristo, á quien aprendo á venerar, lo consiente, sea también bendito por los siglos de los siglos. Le serviré y daré por él, si es preciso, la sangre y la vida... digo mal; le serviremos ambos hasta que sea cortado el hilo de nuestra existencia. Te amo, Ligia, y te envío desde el fondo de mi corazón un cariñoso saludo.»

III

Oso, sacando agua de la cisterna, cantaba á media voz una hermosa canción de su país y dirigía de tiempo en tiempo miradas impregnadas de ternura á Ligia y á Vinicio los cuales se destacaban, cual blancas estatuas, sobre el fondo oscuro de los cipreses en el jardín de Lino. La luz del crepúsculo daba á los objetos tonos de oro y violeta. Los dos enamorados hablaban con voz queda en medio del silencio solemne del ocaso.

—¿No podría ocurrirte algún contratiempo, Marco, por haber marchado de Ancio sin permiso del Emperador?—le preguntó Ligia.

—No, amor mio. Nerón ha anunciado que estaría á solas dos días con Terpnos, para componer nuevos cantos. Además, ¿qué

me importa á mi el César cuando estoy á tu lado? Hacia dos noches que no lograba conciliar el sueño. El cansancio me obligaba de vez en cuando á cerrar los ojos; pero acometíanme en el acto pesadillas terribles, de las cuales despertaba sobresaltado en la persuasión de que corrias algún riesgo grave ó de que me robaban los caballos apostados en el camino de Ancio á Roma. Afortunadamente los he hallado todos en sus puestos y me han traído con una velocidad que jamás alcanzaron los corceles imperiales.

— No dudaba, no, de que vendrias... Oso, á ruegos míos, ha ido dos veces á las Carinas á preguntar por tí. Lino, y también Oso, se burlaban de mis cuitas...

Era evidente que ella le esperaba, porque en vez del vestido obscuro de costumbre se había puesto una estola blanca y llevaba en los cabellos anémonas rosadas.

Sentáronse sobre un banco de piedra.

— ¡Qué paz reina aquí y cuán hermosa es vuestra vida! — dijo Vinicio. — ¡Me siento tan feliz á tu lado! Jamás imaginé que pudiera existir un amor que permitiese querer con alma y vida y al mismo tiempo sentir tan inmenso y dulce sosiego. Ahora comprendo porque tú y Pomponia tenéis una serenidad tan admirable. Si; vuestra dicha es un don de Cristo.

Interrumpió su discurso para gozar un instante en silencio del encanto de la hora y del lugar. La luna, que acababa de aparecer en el horizonte, plateaba con sus rayos las copas de los árboles.

— Ya sé, ya... — dijo luego. — Al entrar he leído la pregunta en tus ojos: quieres saber si profeso ya tu religión, si he recibido el Bautismo... Pues no, amada Ligia, no he sido aún bautizado... ¿Sabes por qué? Porque Pablo me dijo: «Yo te he convencido de que Dios, Nuestro Señor, descendió á la tierra y sufrió pasión y muerte para redimir al género humano; á Pedro le corresponde sumergirte en la fuente de la divina gracia, pues él fué quien puso la mano sobre tu cabeza y te bendijo.» Por mi parte deseo, amada mía, que tú asistas al acto, y, si es posible, que sea mi madrina Pomponia. He aquí porque no he recibido todavía el sacramento del Bautismo, á pesar de que ya creo en el Redentor y en su santa doctrina... Pablo me ha explicado los misterios de ésta y ha guiado mis pasos por el camino de la Verdad... Después de todo, ¿cómo no había de dar fe á que Jesucristo, Hijo de Dios, descendió de los cielos, si lo afirman

Pedro, su discípulo, y Pablo, á quien se apareció?; ¿cómo no he de creer que Cristo era Dios, si lo atestiguan sus milagros y su resurrección? Fué visto en la ciudad, en el lago, en la montaña, y fué visto por personas cuyos labios jamás han sido mancillados por la mentira. Ya lo creía al salir del Ostriano porque pensé: «Podrá otro mentir, mas no este venerable anciano que dice resueltamente: *he visto.*» Con todo, me daba miedo vuestra religión. Antojábaseme que abría entre tú y yo un abismo y que era contraria á la sabiduría, á la belleza y á la felicidad. Mas ahora que la conozco ¿cómo no seguirla? ¿De qué ralea de hombres sería yo si no prefiriese la verdad á la mentira, el amor al odio, el bien al mal, el perdón á la venganza?... Pretenden también establecer acá, en la tierra, el reinado de la justicia otras doctrinas; pero solamente la cristiana vuelve justo al hombre y le purifica el corazón como ha purificado el tuyo y el de Pomponia. Ciego fuera si no lo viese. Y si, después de todo esto, Jesucristo nos ofrece á los que observamos su ley santa la vida eterna y con ella una felicidad infinita, ¿qué más podemos desear? Si preguntáramos á Séneca porque ensalza la virtud, siendo así que el vicio es más agradable, no sabría qué responder. Y, sin embargo, yo, actualmente, sé porque es preciso seguir el camino de la virtud: porque la bondad y el amor derivan de Dios, y porque cuando cierre mis ojos la muerte empezará á vivir, pues si he sido bueno en esta vida de tránsito subiré al cielo y allí te encontraré á ti, amada mía. ¿Cómo no seguir una doctrina que no sólo nos enseña la Verdad, sino que destruye la muerte? El entendimiento nos dice que emana de Dios y el corazón que es la mejor. ¿Es posible resistir á estas dos fuerzas?

Ligia le miraba embebecida con sus ojos azules que á la luz de la luna semejaban dos flores cubiertas de gotas de rocío.

— Si, Marco — le dijo; — has comprendido la esencia del Cristianismo.

En aquel instante, en íntima comunión de sentimientos sus corazones, considerábase inmensamente dichosos, porque sentían la influencia de una fuerza misteriosa que les ligaba con vínculos más estrechos que los del mismo amor; con vínculos suavísimos y al mismo tiempo de una solidez inquebrantable, en virtud de los cuales el mismo amor resultaba imperecedero. Tenían profunda fe en que no dejarían nunca de amarse, nunca de pertenecerse, ni aún después de esta vida. Para Vinicio era

aquel no sólo un amor puro y fuerte, sino un amor nuevo, un amor hasta entonces desconocido en la tierra.

Y, dominado por este sentimiento, Vinicio continuó hablando con voz tierna y temblorosa:

— Tú serás el alma de mi alma; la más amada de las criaturas; latirán al unisono nuestros corazones; juntos elevaremos nuestras plegarias al Señor; juntos le daremos las gracias por los dones que nos otorgue; juntos le contemplaremos luego por los siglos de los siglos. ¡Ah, qué hermoso es todo esto! ¿Sabes lo que pienso? Que nada resistirá á la religión verdadera; que la seguirá todo el mundo dentro de dos ó tres siglos; que caerán Júpiter y los demás dioses y sus templos, y sobre sus ruinas se levantarán los templos cristianos y no se adorará sino al único Dios. ¡Ah! ¿Sabes lo que hubo de contestar Petronio á Pablo después de la larga plática que en mi presencia tuvieron?...

— Explicame, Marco; explicame lo que pasó.

— Petronio, según su costumbre, se chanceaba; mas Pablo le dijo: «¿Cómo te atreves tú, siendo hombre tan despierto y razonable, á negar que Cristo vino al mundo y que resucitó, si á la sazón no habías nacido, y en cambio Pedro y Juan le vieron, y yo mismo le he visto en el camino de Damasco? Demuestra primero tu sabiduría que somos nosotros unos mentirosos y podrá después negar nuestro testimonio.» Mi tio contestó que no lo negaba, puesto que existen muchas cosas incomprendibles, atestiguadas, no obstante, por personas dignas de fe; pero que una cosa es admitir la existencia de un Dios extraordinario único y todopoderoso, y la otra abrazar su doctrina. «Mi naturaleza, añadió, repele cuanto tiende á esterilizar la vida y á desposeerla de sus atractivos. Si existen ó no nuestros dioses es problema que no intento resolver; pero es innegable que son bellos y que bajo su égida se vive alegremente y sin preocupaciones.» Pablo objetó: «Rechazas una religión de amor, de verdad, de perdón, por miedo de amargar con ella tu vida. Pero dime, Petronio: ¿está acaso vuestra vida libre de sinsabores?; ¿estás seguro tú, lo está alguno de los poderosos patricios que forman la corte de Nerón, al cerrar los ojos por la noche, de que no os despertará una sentencia de muerte? Y dime: si el César profesase esta religión de amor y de verdad, ¿no estaría más segura tu vida? Te preocupa el temor de privarte de los goces terrenos; pero ¿no sería entonces más venturosa y alegre tu existencia? En

cuanto á la belleza de la vida, si levantáis tan magníficos templos y tan soberbias estatuas en honor de unos dioses protervos, vengativos, falsos y adúlteros, ¿qué no haríais en honor del Dios de amor y de verdad? Estás contento con tu suerte porque vives en la opulencia y en el lujo, y muy bien podría acontecer que de la noche á la mañana te vieses pobre y desamparado. En este caso; cuánto más no te convendría que los que te rodean profesasen la religión cristiana! En nuestra Ciudad, muchos padres, entre ellos no pocos á quienes la fortuna ha favorecido á manos llenas, abandonan á sus hijos. Muy bien habrías podido ser tú uno de estos niños abandonados, lo que en modo alguno ocurriera siendo cristianos tus padres. Cuando contraigas matrimonio con la mujer á quien ames, sentirás el deseo de que te sea fiel hasta el sepulcro ¡y observa lo que ocurre entre vosotros, los paganos! ¡Cuánta vergüenza! ¡Qué ignominia! ¡Cuán frecuentes perjurios! Y en verdad te digo que las mujeres que llevarán á Cristo en el corazón, jamás faltarán á la fidelidad prometida al marido, como los maridos cristianos nunca harán traición á la mujer. Vosotros no podéis tener confianza ni en vuestros césares, ni en vuestros padres, ni en vuestras mujeres, ni en vuestros hijos, ni en vuestros servidores. Tiembla ante vosotros todo el mundo y vosotros tembláis ante los miseros esclavos, porque sabéis que á cada momento pueden revolverse contra vuestra opresión, como otras veces hicieron. Eres rico; mas ¿quién sabe si mañana serás despojado de tus riquezas? Eres joven; pero ¿puedes asegurar que antes de que amanezca no llamará á las puertas de tu casa un emisario del César llevándote la orden de que te abras las venas? Amas, y la traición del ser amado te amenaza siempre. Eres feliz entre tus vasos preciosos y tus estatuas, y es muy posible que no tardes en ser enviado al desierto de la isla Pandataria. Te rodean millares de sumisos esclavos; mas ¿quién te fía que no te asesinarán antes que salga el sol? Y ¿cómo es posible que en medio de tantos peligros y temores viváis tranquilos y alegres? En cambio, yo predico el amor, predico una doctrina que impone á los reyes el deber de amar á sus vasallos, al patricio el de amar á sus esclavos, y ordena á los esclavos servir por amor á sus señores, y obliga á todos á obrar con justicia y misericordia, y promete, en fin, á los que la siguen, una felicidad sin límites, como un mar sin riberas. ¿Todavía osarás decir, Petronio, que una doctrina semejante

esteriliza la vida? No; la religión verdadera embellece la existencia y tú mismo serías cien veces más feliz si ella dominase el mundo como lo señorea Roma.» Calló Pablo, y Petronio, anonadado por el discurso del Apostol, se encogió de hombros y respondió: «No se ha hecho para mí tal religión». Y, aparentando caerse de sueño, salió, añadiendo: «Prefiero mi doctrina ¡oh, judío!; pero no pretendo medir mis fuerzas con las tuyas en el arte oratoria.»

Yo escuchaba en silencio á Pablo, recogiendo con avidez todas sus palabras; y cuando habló de las mujeres cristianas me adherí con más entusiasmo á una doctrina cuyas máximas nutrieron tu inteligencia en la niñez. Ella fortalece mi amor y por ella tengo la convicción inquebrantable de que no encontrará escollos nuestra felicidad conyugal. ¡Ah, si! nos iremos lejos de Roma para que ni siquiera pueda turbarla el vaho de la corrupción.

— Sí, Marco — exclamó Ligia. — Me escribiste que tenías una propiedad en Sicilia... Los Aulo desean pasar en aquella isla los últimos años de su vida.

— Es verdad, amada mía — interrumpió Vinicio con júbilo. — Nuestras tierras confinan con las de Aulo; la naturaleza tiene allí un encanto indecible; el clima es benigno, las noches serenas; la fragancia de las flores convida á vivir. ¡Ah! Cuán apacible y dichosa se deslizará allá nuestra existencia. Olvidaremos todas nuestras amarguras, iremos juntos á descansar á la sombra de los bosques de olivos. ¡Cuán felices seremos, oh, Ligia! Amarnos, contemplar juntos el mar, el cielo, elevar nuestras plegarias á Dios, dispensar el bien y propagar la verdad: ¿puede gozarse de una dicha mayor sobre la tierra?...

En aquella parte de la población, habitada exclusivamente por obreros, todo dormía ya, y ni el menor ruido turbaba la quietud de la noche.

— ¿Y me permitirás ver á Pomponia? — preguntó Ligia.

— Sí, amada mía. Les invitaremos á venir á nuestra casa é iremos nosotros con frecuencia á la suya. ¡Oh! Y si el Apóstol Pedro quisiera venirse allá, ¡qué dicha oírle todos los días! Acaso lo consiguiéramos con nuestros ruegos, porque el pobre es ya muy viejo y le tienen rendido las fatigas. Pablo podría ir á vernos y conducir también á Aulo Plaucio por el camino de la verdad. Así como los soldados fundan colonias en países lejanos, fundaremos nosotros una colonia cristiana.

De pronto se oyó un espantoso rugido, profundo, cavernoso, que parecía salir de las entrañas de la tierra. Un calofrío recorrió todo el cuerpo de Ligia. Vinicio se levantó y dijo:

— Son los leones que rugen en los *vivarios* (1).

Pusieron oído atento. Al primer rugido respondió otro, y luego otro, y otros cien en diversos puntos de la Ciudad. Había en ésta, á veces, encerrados en las jaulas de los diversos circos, millares de leones que de noche expresaban, con aquella su manera peculiar de lamentarse, la nostalgia del desierto. Esto acontecía á la sazón. En medio de la solemne quietud se transmitían las fieras sus ansias de libertad, llenando de rugidos los ámbitos de Roma.

Ligia escuchaba temblando aquel terrible concierto que había turbado sus ensueños de felicidad y sonaba como una amenaza.

— No temas — le dijo Vinicio. — Se preparan espectáculos circenses y están los *vivarios* llenos de leones.

Entraron en la casa. Los rugidos iban en aumento y á cada instante se hacían más espantosos.

IV

En Ancio, Petronio conseguía diarias victorias sobre los augustales que se disputaban el favor del César. Tigelino había perdido casi por completo su influencia. En Roma, donde era preciso quitar de en medio á las personas por cualquier motivo peligrosas, confiscar sus bienes, resolver asuntos de interés público, organizar espectáculos ó satisfacer los monstruosos caprichos de Nerón, Tigelino, hombre astuto, rastrero, de pocos escrúpulos, era indispensable. Pero en Ancio el César se hallaba entregado á las delicias de una vida puramente helénica. De la mañana á la noche se recitaban versos, discutíase sobre su estructura, admirábanse los de forma más perfecta, se

(1) Lugar donde se guardaban vivos todo género de animales cuadrúpedos ó aves, peces, etc., para recreo ó para vender. Se pudiera haber traducido esta palabra, y en este caso con propiedad, por *leonera* ó por *lago de leones*; pero hemos preferido conservar la latina porque con ella el autor se refiere con frecuencia, no á los lugares donde estaban encerrados únicamente los leones, sino á los en que se guardaban toda clase de animales feroces destinados á los juegos del Circo.

esteriliza la vida? No; la religión verdadera embellece la existencia y tú mismo serías cien veces más feliz si ella dominase el mundo como lo señorea Roma.» Calló Pablo, y Petronio, anonadado por el discurso del Apostol, se encogió de hombros y respondió: «No se ha hecho para mí tal religión». Y, aparentando caerse de sueño, salió, añadiendo: «Prefiero mi doctrina ¡oh, judío!; pero no pretendo medir mis fuerzas con las tuyas en el arte oratoria.»

Yo escuchaba en silencio á Pablo, recogiendo con avidez todas sus palabras; y cuando habló de las mujeres cristianas me adherí con más entusiasmo á una doctrina cuyas máximas nutrieron tu inteligencia en la niñez. Ella fortalece mi amor y por ella tengo la convicción inquebrantable de que no encontrará escollos nuestra felicidad conyugal. ¡Ah, si! nos iremos lejos de Roma para que ni siquiera pueda turbarla el vaho de la corrupción.

—Sí, Marco—exclamó Ligia.—Me escribiste que tenías una propiedad en Sicilia... Los Aulo desean pasar en aquella isla los últimos años de su vida.

—Es verdad, amada mía—interrumpió Vinicio con júbilo.—Nuestras tierras confinan con las de Aulo; la naturaleza tiene allí un encanto indecible; el clima es benigno, las noches serenas; la fragancia de las flores convida á vivir. ¡Ah! Cuán apacible y dichosa se deslizará allá nuestra existencia. Olvidaremos todas nuestras amarguras, iremos juntos á descansar á la sombra de los bosques de olivos. ¡Cuán felices seremos, oh, Ligia! Amarnos, contemplar juntos el mar, el cielo, elevar nuestras plegarias á Dios, dispensar el bien y propagar la verdad: ¿puede gozarse de una dicha mayor sobre la tierra?...

En aquella parte de la población, habitada exclusivamente por obreros, todo dormía ya, y ni el menor ruido turbaba la quietud de la noche.

—¿Y me permitirás ver á Pomponia?—preguntó Ligia.

—Sí, amada mía. Les invitaremos á venir á nuestra casa é iremos nosotros con frecuencia á la suya. ¡Oh! Y si el Apóstol Pedro quisiera venirse allá, ¡qué dicha oírle todos los días! Acaso lo consiguiéramos con nuestros ruegos, porque el pobre es ya muy viejo y le tienen rendido las fatigas. Pablo podría ir á vernos y conducir también á Aulo Plaucio por el camino de la verdad. Así como los soldados fundan colonias en países lejanos, fundaremos nosotros una colonia cristiana.

De pronto se oyó un espantoso rugido, profundo, cavernoso, que parecía salir de las entrañas de la tierra. Un calofrío recorrió todo el cuerpo de Ligia. Vinicio se levantó y dijo:

—Son los leones que rugen en los *vivarios* (1).

Pusieron oído atento. Al primer rugido respondió otro, y luego otro, y otros cien en diversos puntos de la Ciudad. Había en ésta, á veces, encerrados en las jaulas de los diversos circos, millares de leones que de noche expresaban, con aquella su manera peculiar de lamentarse, la nostalgia del desierto. Esto acontecía á la sazón. En medio de la solemne quietud se transmitían las fieras sus ansias de libertad, llenando de rugidos los ámbitos de Roma.

Ligia escuchaba temblando aquel terrible concierto que había turbado sus ensueños de felicidad y sonaba como una amenaza.

—No temas—le dijo Vinicio.—Se preparan espectáculos circenses y están los *vivarios* llenos de leones.

Entraron en la casa. Los rugidos iban en aumento y á cada instante se hacían más espantosos.

IV

En Ancio, Petronio conseguía diarias victorias sobre los augustales que se disputaban el favor del César. Tigelino había perdido casi por completo su influencia. En Roma, donde era preciso quitar de en medio á las personas por cualquier motivo peligrosas, confiscar sus bienes, resolver asuntos de interés público, organizar espectáculos ó satisfacer los monstruosos caprichos de Nerón, Tigelino, hombre astuto, rastrero, de pocos escrúpulos, era indispensable. Pero en Ancio el César se hallaba entregado á las delicias de una vida puramente helénica. De la mañana á la noche se recitaban versos, discutíase sobre su estructura, admirábanse los de forma más perfecta, se

(1) Lugar donde se guardaban vivos todo género de animales cuadrúpedos ó aves, peces, etc., para recreo ó para vender. Se pudiera haber traducido esta palabra, y en este caso con propiedad, por *leonera* ó por *lago de leones*; pero hemos preferido conservar la latina porque con ella el autor se refiere con frecuencia, no á los lugares donde estaban encerrados únicamente los leones, sino á los en que se guardaban toda clase de animales feroces destinados á los juegos del Circo.

rendía tributo á la música, al arte escénico, á cuanto inventó el genio griego para embellecer la existencia. Con tal género de vida, nada tenía de extraño que privara Petronio, mucho más instruido que Tigelino y los demás augustales é incomparablemente superior en agudeza, elocuencia, discreción y buen gusto. Buscaba Nerón con solicitud su compañía, atendía sus consejos en la composición de los versos y recompensábale con una amistad sincera y cordial.

Convencidos los cortesanos de que Petronio había allanado todos los obstáculos para congraciarse con el César y de que su valimiento quedaba asegurado por muchos años, hasta aquellos que habían mostrado su desafecto al elegante epicúreo soliciaban ahora su favor, y muchos manifestaban llanamente su satisfacción de que semejante poder hubiese ido á parar á manos de un hombre que, si bien acogía con sonrisa irónica las adulaciones de sus enemigos de la vispera, por indolencia y por cierta delicadeza de alma, hija de su noble sentimiento estético, era incapaz de apelar á la venganza y hasta de abusar de su influencia en daño ajeno. En ciertos momentos habría podido perder al mismo Tigelino; pero prefería poner en ridículo su ignorancia y su sandez. El Senado respiraba con desahogo porque había transcurrido un mes y medio sin dictar Nerón una sentencia de muerte. En Ancio, lo mismo que en Roma, se referían cosas estupendas acerca de la vida licenciosa del César y su nuevo valido; pero, al fin y al cabo, todos preferían verse gobernados por el Nerón lascivo y encenagado en los vicios, que por el Nerón déspota, sanguinario, brutal de que era genuino representante y hechura Tigelino.

La singular astucia de Petronio constituía á los ojos de los cortesanos segura prenda de que era indestructible su privanza, porque bien se echaba de ver que con ningún otro augustal podía departir Nerón sobre poesía y música; en ninguna otra mirada descubrir si eran sus obras dignas ó indignas de alabanza. Petronio, por su parte, no parecía dar importancia alguna á su privilegiada posición; continuaba mostrándose como siempre, indolente, irónico, escéptico. A veces, los que le rodeaban adquirían la convicción de que se mofaba de ellos, de sí mismo, del César y de todo lo existente. Llegaba su osadía á vituperar, cara á cara, á Nerón, desafiando sus iras; pero cuando los circustantes sospechaban que había traspasado los límites de la prudencia y que su caída era in-

evitable, levantábase con arrogancia, sacaba ingeniosamente partido de las censuras en provecho propio, acabando por obtener en definitiva tan brillante triunfo que ganábase todavía más el afecto del Emperador.

En cierta ocasión, pasados ocho días del regreso de Vinicio, el César leía entre un reducido número de augustales un pasaje de su *Toma de Troya*. Terminada la lectura entre las rumorosas manifestaciones de entusiasmo, Petronio, invitado por una mirada de Nerón á dar su dictamen, dijo:

— Estos versos son muy malos. Hay que arrojarlos al fuego.

Los demás augustales quedaron aterrorizados. Jamás Nerón había oído de boca alguna fallo tan inexorable.

El gozo se pintó en el semblante de Tigelino. En cambio Vinicio palideció, pensando que Petronio, no obstante su sobriedad, se había embriagado. Nerón preguntó con voz dulce, en la cual, sin embargo, vibraba el amor propio ofendido:

— ¿De modo que te parecen malos mis versos?...

— No les hagas caso... — contestó Petronio señalando con un ademán á los demás augustales. — Esos no entienden una palabra en achaques de poesía. ¿Quieres saber por qué son malos tus versos? ¿Quieres que se te diga la verdad?... Pues bien; esos versos son dignos de Virgilio, de Ovidio y hasta de Homero; mas no de tí. Nerón tiene el deber de escribirlos mejores. El incendio que describes no llamea, no arde lo suficiente. No des oídos á los elogios de Lucano. Si fuesen suyos tales versos, diría que es un genio; pero tu eres un ser superior. Cuando se poseen las dotes que los dioses te han concedido á manos llenas, hay derecho á exigir algo más. Te has vuelto perezoso, César, y duermes la siesta cuando debieras trabajar sin tregua ni descanso. Estás en condiciones de producir una obra insólita, una obra que suspenda y maraville á todos los humanos. Por esto, te digo resueltamente: escribe versos mejores ¡oh, César!

Hablaba Petronio cual si no diese importancia á sus palabras, con cierta negligencia zumbona y severa al mismo tiempo. El júbilo humedecía los ojos de Nerón.

— Los dioses — dijo al cabo — me otorgaron algún talento; pero todavía me concedieron un don más precioso: un amigo sincero é inteligente que se atreve á decirme la verdad.

Y, cogiendo con su mano cubierta de vello rojo un candela-bro de oro, hizo ademán de quemar sus versos.

Petronio se apresuró á quitárselos para salvarlos de las llamas.

— ¡No, no! — le dijo; — aunque indignos de ti, estos versos pertenecen á la humanidad. ¡Dámelos!

— Permíteme, pues, que te los regale encerrados en un cofrecito cincelado por mí — dijo Nerón estrechándole contra su pecho.

Después prosiguió:

— Si, tienes razón. Mi incendio de Troya no llamea bastante; no arde como debiera. Imaginé que habia cumplido mi deber rivalizando con Homero. He desconfiado siempre de mi talento. La modestia es uno de mis más graves defectos. Pero tú me has abierto los ojos. ¿Sabes por qué me han salido tan malos estos versos?... Cuando, por ejemplo, un escultor quiere labrar la estatua de un dios, lo primero que hace es procurarse un modelo... ¡yo no tengo este modelo!... no he visto nunca una ciudad devorada por las llamas y, naturalmente, no puede haber fidelidad en la descripción.

— Sin duda hay que ser un gran artista para hacer lo que tú has hecho...

Nerón estuvo un momento pensativo y preguntó al fin:

— Dime, Petronio: ¿te pesa que las llamas destruyeran á Troya?

— ¿Si me pesa?... ¿á mí?... Por el cojo marido de Venus, te juro que no. Ciertamente Troya no hubiese sido devorada por las llamas á no entregar Prometeo el fuego á los mortales y á no haber declarado los griegos la guerra á Priamo. Pero sin el fuego, Esquilo no hubiera escrito su *Prometeo*, y sin la guerra, Homero no nos legara la *Iliada*. Y tengo en más la existencia de la *Iliada* y del *Prometeo* que la de una ciudad, probablemente sucia y miserable, que gobernaría actualmente un delegado imperial, enredado en interminables cuestiones con el Areópago.

— ¡Esto es hablar con discreción! — dijo el César. — Hay que sacrificarlo todo á la poesia y al arte. ¡Dichosos los aqueos que dieron á Homero el asunto de la *Iliada*! y ¡dichoso mil veces Priamo, que consiguió ver la destrucción de su patria! En cambio yo... ¡yo no he visto jamás una ciudad consumida por las llamas!

Tigelino, interrumpiendo el silencio que siguió á las palabras de Nerón, exclamó:

— Varias veces te lo he dicho, César. Ordénamelo y prendo fuego á Ancio en un abrir y cerrar de ojos. Si te ha de pesar la destrucción de estos palacios y de estas quintas, incendiaré los buques anclados en Ostia ó haré construir en los Montes Albanos una ciudad de madera, á la que pegarás fuego con tu propia mano. ¿Quieres?...

Nerón le midió de pies á cabeza con una mirada despreciativa:

— ¿Contemplar yo como arden cuatro barracas de madera?... Tu inteligencia se vá desmedrando, Tigelino, y observo que tienes en poco aprecio mi talento y mi *Toma de Troya*, puesto que los juzgas indignos de un sacrificio mayor.

Tigelino se turbó hondamente, y el César, fingiendo cambiar de conversacion, añadió:

— El verano se nos echa encima... Roma continuará hediendo con su aire emponzoñado, y sin embargo será preciso volver allá para los juegos estivales...

Le interrumpió Tigelino con estas palabras:

— César, cuando hayas despedido á los augustales, concédeme la gracia de quedar un momento á solas contigo.

Una hora después Vinicio, de regreso á su casa en compañía de Petronio, le decia á éste:

— Me has hecho pasar un mal rato. Creí que estabas ebrio y que ibas á perderte irremisiblemente. No te das cuenta de que juegas con la muerte.

— Esta es mi arena — contestó con negligencia Petronio — y me complazco en demostrar que soy el mejor de los gladiadores. Ya has visto el fin de la aventura... Mi influencia se ha consolidado esta noche... Nerón me enviará sus versos en un cofrecito, á buen seguro tan digno de aprecio por su riqueza como detestable por su gusto; diré á mi médico que encierre en él los purgantes... Otro objeto me propuse: en vista del éxito alcanzado querrá imitarme Tigelino, y excuso decirte lo que ocurrirá cuando pretenda distinguirse por la agudeza de ingenio: ¡un oso de los Pirineos bailando! Si yo quisiera podría perder á ese majadero y ocupar su puesto de Prefecto del Pretorio. No he de añadirte que entonces seria dueño del propio *Barbarroja*. Pero no me trae cuenta... Serian demasiados quebraderos de cabeza para mí. Prefiero la vida que llevo... y hasta los versos del César.

— ¡Qué destreza en convertir la chanza en adulación! ¿De veras son malos aquellos versos? Yo no entiendo de eso.

—No son peores que los otros que ha escrito. Ciertamente, Lucano tiene más talento en la uña de su dedo meñique que él en la mollera. Pero no hay duda de que *Barbarroja* posee alguna cualidad poco común. Así, no hay que negarle una desenfadada pasión por la poesía y por la música... Dentro de dos días tendremos que oírle un himno en honor de Afrodita. Está dando ahora la última mano á la música. Seremos pocos los invitados: Tulio Senección, Nerva el joven, tú y yo... En cuanto á los versos... ya te dije que los utilizo para conseguir el mismo objeto que logran algunos, después de un banquete, metiéndose plumas de faisán impregnadas de aceite en la garganta; pero no estuve justo. En algunos hay fluidez... cierta elocuencia... Las lamentaciones de Hécuba, por ejemplo, son realmente conmovedoras... Puedes creer que á veces me da compasión... ¡Qué extraña mezcla de ideas y sentimientos la de ese hombre!... Caligula era un desequilibrado; pero Nerón es un verdadero monstruo.

—¿Quién puede calcular adonde llegará con sus locuras? — exclamó Vinicio.

—Nadie. Puede aún inventar cosas de las que se horripilen las futuras generaciones... Pero después de todo, esto es muy interesante. Aunque á veces me aburra, como Júpiter Ammón en el desierto, pareceme que me fastidiaría aún más con otro César... Tu judío Pablo es elocuente, no lo niego; y si se afilia á la nueva religión muchas personas de su valer, no dudo que nuestros dioses correrán pronto el riesgo de ser relegados al olvido. Hay que confesar asimismo que si Nerón fuese cristiano estaríamos más tranquilos; pero tu profeta de Tarso olvidaba, al hacerme esta consideración, que precisamente en la incertidumbre del porvenir halló yo el goce supremo de la vida. Quien juega á los dados, naturalmente, se expone á perder en este juego su fortuna; y, sin embargo, son muchos los que juegan á los dados. En perder ó en arriesgar aquello que se posee hay también cierto deleite y he conocido hijos de patricios y aún de senadores que voluntariamente, por mero capricho, han adoptado la profesión de gladiador. Dices que juego con la muerte, y es cierto que juego, pues me divierto; mientras que vuestras virtudes cristianas me fastidiarían como me fastidian las disertaciones de Séneca. Por este motivo no produjo ningún efecto en mí la elocuencia de Pablo. Debiera haber comprendido que hombres como yo jamás seguirán su doctrina... Por lo que res-

pecta á ti, ya es otra cosa. Con tu carácter, te hallabas en condiciones, ó de convertirte al Cristianismo, ó de odiar este nombre y lo que representa como la peste. Confieso que tienen razón los cristianos; pero cuando reflexiono sobre su doctrina me entra sueño. Que existe algo ignoto que viene á nuestro encuentro; que algo cruge y se hunde bajo nuestros pies; que corremos al precipicio; que algo muere á nuestro lado... de acuerdo, Vinicio. Pero nosotros sabemos morir, sin que tengamos el triste valor de poner un freno á nuestra vida, ni el de convertirnos en esclavos de la muerte antes que ésta llegue á tocarnos con sus frías manos. La vida subsiste por sí misma, no por virtud de la muerte.

—Te compadezco, Petronio.

—No me compadezcas más de lo que yo mismo me compadezco. No ha mucho que te encontrabas muy bien, participando de nuestro género de vida, y en Armenia echabas de menos á Roma.

—También ahora.

—¡Sí! .. porque estás prendado de una vestal cristiana que se halla al otro lado del Tiber .. Ni me asombro, ni me chanco. Pero si me admira que á pesar de haber abrazado esa doctrina, la cual, según dices, es un mar de felicidad; á pesar del amor que te hinche el corazón y que pronto terminará en boda, tengas siempre fúnebre el semblante. Desde el momento en que te hiciste cristiano dejaste de sonreír. No te empeñes, pues, en convencerme de que es alegre esa religión. De Roma has vuelto aún más triste. Si este es el amor cristiano, juro por la cabellera de Baco que no serán vuestras huellas las que yo siga.

—Es muy otra cosa; y te juro, no por la cabellera de Baco, sino por el alma de mi padre, que jamás he experimentado una felicidad como la que ahora me embarga... Me atormenta, sí, desde que estoy ausente de Ligia, y no atino en la razón, la idea de que la amenaza una inminente desgracia. No sé en que pueda ésta consistir, ni de donde vendrá; pero la presiento como se presiente una tormenta.

—No te apures. Dentro de dos días procuraré obtener la venia del César para que puedas ausentarte de Ancio por el tiempo que bien te parezca.

—Pablo afirma que á veces Dios nos anuncia con inequivocas señales los sucesos favorables ó adversos; mas prohíbe

creer en los presagios. Con todo, en vano trato yo de ahogar el presentimiento que me martiriza desde hace algunos días. Quiero explicarte el hecho, aunque no sea sino para desahogar mi corazón. Estábamos sentados Ligia y yo en el jardín de Lino, en una noche espléndida como ésta, soñando en el porvenir. De pronto rugieron los leones. Ya ves, una cosa tan corriente y natural en Roma... Y, sin embargo, desde aquel instante no vivo tranquilo. Veo en este accidente una amenaza, un augurio de desventuras. Bien sabes tú si yo soy medroso; no obstante, fui entonces presa del terror, y en el fondo de mi corazón siento siempre aquel rugido y tiemblo como si Ligia necesitase de mi protección para defenderse contra un no sé qué horrendo y espantoso... quizás contra aquellos mismos leones. Consígueme, pues, en seguida licencia para partir si no quieres que parta sin ella. ¡No puedo, no puedo permanecer aquí por más tiempo!

—No hemos llegado—dijo Petronio echándose á reir—á tal grado de envilecimiento que sean arrojados á los leones los hijos de los cónsules y sus mujeres. A otro género de muerte se os puede condenar, no hay duda; mas no al de ser despedazados por las fieras. Por otro lado, ¡quién sabe si realmente eran leones! Tienen un rugido muy semejante los búfalos germanos. Por lo que á mí atañe, me río de los presentimientos. La noche de ayer, apacible y tibia, nos ofreció el espectáculo de una lluvia de estrellas. Muchos se conturbaron al contemplarlo. Yo pensé: «Si la mía está entre las que caen iré al menos en buena y numerosa compañía.» Además, si resucitó vuestro Cristo, bien os podrá salvar á los dos de la muerte.

—Puede hacerlo—contestó Vinicio levantando los ojos á la bóveda celeste tachonada de estrellas.

Nerón cantaba, acompañándose con la citara, un himno por él compuesto en honor de Ciprea. Estaba aquel día en voz, y, advirtiéndole que realmente tenía suspenso y fascinado al auditorio con su canto, cobró tales alientos, sintióse tan profundamente conmovido, que vibraba su voz como si realmente estuviese inspirado. Al terminar, palideció, presa de sincera

emoción. Por primera vez en su vida no quiso oír los elogios del concurso. Permaneció sentado un buen rato, absorto, con la mano apoyada en la citara. De repente se levantó y dijo:

—Estoy cansado y tengo necesidad de respirar el aire puro. Templad, mientras tanto, la citara.

Y, arrollándose al cuello un pañuelo de seda, volvióse á Petronio y á Vinicio y les dijo:

—Venid conmigo. Tú, Vinicio, deja que me apoye en tu brazo, pues estoy rendido. Petronio me hablará de música.

Salieron á la terraza del palacio, embaldosada de alabastro.

—Aquí se respira más á gusto...—dijo.—Estoy inquieto y triste, aunque comprendo que bien puedo cantar en público con la seguridad de alcanzar el mayor triunfo que jamás obtuvo romano alguno, á juzgar por lo que os he cantado hoy por vía de ensayo.

—Puedes cantar aquí, en Roma y en Acaya—contestó Petronio.—Yo te he escuchado con verdadero arrobamiento, divino César.

—Lo sé. Eres demasiado perezoso para tomarte la molestia de adular; sincero como Tulio Senección, entiendes más que él en achaques de música. Bien y ¿qué te ha parecido el himno?

—Cuando escucho tus versos, César, cuando te veo guiar un carro en el circo, cuando contemplo una hermosa estatua, un magnífico templo ó un bien pintado cuadro, en mi admiración se encierran todos los goces, siempre limitados, que estas obras artísticas pueden dar de sí. Pero al oír buena música, especialmente la tuya, descubro continuamente nuevas bellezas, saborea mi alma delicias sin cuento, corro tras ellas, las alcanzo, pero apenas me deleito con una, otra arranca el vuelo, y otras cien pasan raudas ante mis sentidos en éxtasis y se persiguen como las olas, hasta el infinito. Para condensar mis ideas en una sola frase, te diré que la música es como el mar: desde una playa contemplamos la inmensa extensión de las aguas, sin que nos sea permitido ver la orilla opuesta...

Pasaron buen trecho en profundo silencio sólo turbado por el levisimo crujir de la alfombra de azafrán bajo la presión de los pies.

—Has interpretado con fidelidad mi pensamiento—dijo al cabo Nerón—y repito que eres la única persona capaz de comprenderme. Sí, esta es mi opinión sobre la música. Cuando toco ó canto percibo cosas cuya existencia en mi imperio, en

el universo, ni siquiera jamás he sospechado. Soy César, es cierto; me pertenece el mundo; todo lo puedo, y, no obstante, la música me hace descubrir regiones ignotas, mares jamás surcados, regiones fantásticas, deleites nunca saboreados; presiento los dioses, subo al Olimpo, un aura no terrena acaricia mi frente... veo como á través de una niebla los vagos contornos de gigantescas figuras serenas y esplendorosas... todas las esferas ruedan en torno mio produciendo suavísima armonía... y te confieso... — aquí su voz sonó trémula como si la moviera profundo estupor — que yo, César y dios, me siento entonces tan deleznable é insignificante como un grano de arena... ¿Querrás creerlo?...

— ¡Y cómo no! Los grandes artistas son precisamente los que se sienten pequeños y anonadados ante las obras de arte.

— Esta es la noche de las confidencias y te abro mi corazón porque eres el mejor de mis amigos. ¿Imaginas, por ventura, que ignoro el contenido de las inscripciones que trazan en los muros de Roma los que me odian? ¿Piensas que no sé que me llaman asesino, matricida, uxoricida (1); que me tienen por un monstruo, por un verdugo, sólo porque Tigelino me ha arrancado algunas sentencias de muerte contra mis enemigos?... Si, Petronio; me creen un monstruo de perversidad y lo sé yo... y hay momentos en que no puedo menos de preguntarme: «¿Acaso no eres realmente cruel?...» Pero es que esas gentes no comprenden que pueden á veces los actos de un hombre ser abominables sin que él lo sea. Y nadie querrá persuadirse, tal vez, ni tú mismo, carísimo amigo, de que á menudo, cuando la música me extasia el alma, me siento bueno como un niño adormecido en la cuna. ¡Te juro, por las estrellas que brillan sobre nuestras cabezas, que no miento! Los hombres ignoran cuanta bondad hay en el fondo de este corazón, en el que yo mismo descubro inapreciables tesoros cuando la música levanta una punta del vélo que lo cubre.

No ponía en duda Petronio que Nerón hablaba sinceramente

(1) Aunque esta palabra no está admitida por el Diccionario de la Academia ni por el uso, pues al que mata á su esposa se le llama *parricida*, la empleamos aquí porque la extensión del significado de esta podría dar margen á confusiones, é indudablemente produciría un extraño efecto. Esto aparte de que, con la introducción de la primera nos parece que la lengua castellana saldría ganando.

y que, en efecto, la música conmovía la parte noble de su alma oculta bajo montones de egoísmo y de perversidad.

— Para apreciarte en tu justo valor fuera preciso que te conocieran como te conozco yo — dijole después de breve pausa. — Jamás Roma sabrá comprenderte.

El César se apoyó con más fuerza en el brazo de Vinicio, como si se doblara al peso de la injusticia, murmurando:

— Me ha dicho Tigelino que en el Senado se pretende que Diodoro y Terpnos tocan la citara mejor que yo. Tú, que siempre me dices la verdad, contéstame con franqueza: ¿tocan mejor que yo... ó siquiera como yo?

— ¡En modo alguno! Tú pulsas las cuerdas con mayor delicadeza y al mismo tiempo con más vigor. En ti se ve al artista; ellos no pasan de ser dos hábiles ejecutantes; basta oír las primeras notas para saber si quien toca eres tú.

— Siendo así... que vivan. Jamás sospecharán el servicio que acabas de prestarles. Después de todo, si les condenase á muerte habria que buscarles sustitutos.

— Y además la gente diría que por amor á la música exterminas á los músicos. No, divino; no mates el arte... por el arte.

— ¡Cuán poco te pareces á Tigelino! — susurró el César. — Pero ya lo ves: soy artista en todo. Y por lo mismo que la música abre á mi imaginación vastos horizontes, y me lleva á regiones cuya existencia nunca han sospechado los hombres, y me proporciona deleites jamás saboreados, no puedo vivir esa vida vulgar y ordinaria que satisface á los demás. La música me revela que existe lo sobrenatural y yo lo persigo con todos los medios del poder que los dioses me han otorgado. A veces me alienta la esperanza de alcanzar glorias inmarcesibles acometiendo altas empresas que á ningún mortal jamás se le ocurrieron. Es preciso traspasar el nivel común... en el bien ó en el mal, poco importa. Sé que me tratan de loco. No, no es locura lo que me impulsa á realizar ciertos actos: es que busco...

Aquí se interrumpió Nerón, y, bajando la voz para que no le oyese Vinicio, murmuró al oído de Petronio:

— ¿Sabes por qué hice matar á mi mujer y á mi madre?... Sobre los umbrales del mundo desconocido quise realizar el mayor sacrificio de que es capaz un hombre, imaginando que después de esto se me abrirían las puertas de lo Ignoto... Poco importa que lo Ignoto sea mejor ó más horrendo de cuanto el

hombre pueda sospechar; lo esencial es que sea nuevo y grande... Hay que despreciar todo lo humano para ser única y exclusivamente poeta... Pero mi sacrificio fué insuficiente. Las puertas del Olimpo sólo se abren ante sacrificios mayores... ¡Acatemos las decisiones del Hado!

— ¿Qué te propones?...

— Ya verás... ya verás... y más pronto de lo que puedes imaginarte. Conténtate ahora con saber que existen dos Neros: aquel á quien el mundo conoce, y el artista, aquel á quien sólo conoces tú, aquel que extermina como la muerte y á veces delira como Baco, porque detesta lo vulgar... ¡Ah!, quiero destruir esa vulgaridad, aunque para ello sea preciso apelar al hierro y al fuego. ¡Qué prosaico será el mundo cuando yo no exista! Nadie tiene conciencia clara, ni tú mismo, amigo mío, de cuán artística es mi naturaleza. Este es el motivo de mis torturas. Puedes creer que á veces mi alma se impregna de melancolía, como aquellos cipreses que se ven en lontananza. Es carga muy pesada la de poseer la más alta facultad creadora unida al más sólido talento...

— Te compadezco ¡oh, César! con toda el alma, y conmigo te compadecen la tierra y los mares, sin excluir á Vinicio, que siente por ti un amor sin límites.

— Siempre he querido á Vinicio — manifestó Nerón — aunque sirve á Marte y no á las Musas.

Petronio aprovechó la ocasión para obtener la licencia que tanto deseaba su sobrino.

— Está enamorado — dijo — como lo estuvo Troilo de Clesidra, y es preciso que le concedas licencia para regresar á Roma si no quieres que se quede en los puros huesos. Has de saber que aquella muchacha que le diste ha sido encontrada y que Vinicio, al venir á Ancio, la confió á un tal Lino. No te hablé de esto antes porque estabas componiendo tu himno, que es lo más importante del mundo. Mi sobrino quiere casarse con ella. Es de regia estirpe y por tanto no puede oponérsele la objeción de la disparidad de condiciones. Mas como Vinicio es un verdadero soldado, suspira, gime, se consume, pero espera, firme en su puesto, el permiso de su Emperador.

— El César no elige las mujeres de sus soldados. ¿Para qué, pues, mi autorización?

— Ya he dicho, señor, que te adora...

— Razón demás para que pueda contar con mi aquiescencia.

Es una muchacha graciosa. Popea la acusó de haber hechizado á nuestra hija.

— Y yo demostré á Tigelino que sobre los dioses no tiene acción la magia. ¿Te acuerdas, divino, de como se turbó al decirle esto? Tú mismo exclamaste: ¡Habet!

— Sí, me acuerdo. Y, ¿es cierto que la amas como dice Petronio? — preguntó Nerón á Vinicio.

— Sí, César; la amo con delirio.

— Pues te ordeno que mañana partas para Roma, te cases con ella y no vuelvas á presentarte ante mi sin el anillo nupcial.

— Con todo mi corazón te doy las gracias.

— ¡Cuán agradable es hacer el bien! Quisiera no tener otra ocupación en la vida...

— Concédenos otra merced ¡oh, César! — añadió Petronio. — Manifiesta tu decisión en presencia de Popea. Vinicio no se atrevería á casarse con una mujer que no fuera del agrado de la Augusta. Y tú, con una sola palabra disiparás cualquiera prevención que contra Ligia pudiera aquella tener.

— Lo haré — contestó Nerón. — Á ti y á Vinicio nada os puedo negar.

Dicho esto entró de nuevo en el palacio seguido de Petronio y del tribuno que estaban alborozados por el éxito de sus gestiones. En el atrio, Nerva el joven y Tulio Senección platicaban con Popea mientras Diodoro y Terpnos acordaban las cítaras.

Nerón se sentó en una silla con incrustaciones de nácar y deslizó algunas palabras en el oído de un mocito griego.

Salió éste, pero á los pocos minutos estuvo de vuelta con un cofrecillo de oro. Abriólo Nerón, y, sacando de él un collar de ópalos de gran tamaño, dijo:

— He aquí una joya digna de una velada como ésta.

— Brilla como la aurora — exclamó Popea bien convencida de que era para ella.

Nerón daba vueltas entre sus manos á las irisadas piedras.

— Vinicio — dijo — ofrecerás de mi parte este collar á la princesa Ligia, con la cual he ordenado que te cases.

Sobrecogida Popea por estas palabras, miró primero al César, luego á Vinicio y por último á Petronio. Este, apoyado el codo en el respaldo de una silla, acariciaba con la mano el armazón de un arpa, como si quisiera estudiar su curvatura. Vinicio, después de haber dado las gracias á Nerón, se acercó á su tío y le dijo:

—¿Cómo podré pagarte lo que has hecho hoy por mí?
—Llevando en ofrenda á Euterpe una pareja de cisnes, extasiándote ante el canto del César y burlándote de los presentimientos. Espero que en lo sucesivo el rugido de los leones no turbará tu sueño, ni el de tu blanca azucena.

—No, no. Ahora estoy completamente tranquilo.
—Que os proteja la Fortuna... Observa: el César coge de nuevo la citara. Contén el aliento, escucha con atención y derrama cuantas lágrimas puedas.

Nerón, en efecto, con la citara en la mano, tenía puestos los ojos en el techo. En la sala reinaba el más profundo silencio. Los oyentes, por su inmovilidad, parecían de piedra. Terpnos y Diodoro cambiaban miradas de inteligencia, pendientes de los labios del cantor, esperando las primeras notas de su voz para acompañarle.

De repente se oyó estruendo de voces en el vestibulo y aparecieron el liberto Faonte y el cónsul Lecanio. Nerón frunció el ceño.

—¡Perdona, divino César!—dijo el primero, con voz anhelosa—Roma está ardiendo. Una gran parte de la Ciudad es ya pasto de las llamas.

Todos los circunstantes se levantaron. Nerón depuso la citara y exclamó:

—¡Oh, dioses!... ¡Podré ver al fin el incendio de una ciudad y terminar mi *Toma de Troya!*

Y, dirigiéndose al cónsul, le preguntó:

—Si parto inmediatamente ¿llegaré á tiempo?

—¡Señor!—contestó el cónsul, blanco como el mármol de la pared—¡la Ciudad está convertida en un océano de fuego! El humo ahoga á los habitantes, que caen asfixiados, ó, locos de terror, se arrojan á las llamas. ¡Roma perece, señor!

Sucedió á estas palabras un silencio sepulcral. De improviso se oyó la voz de Vinicio:

—¡Ay, desdichado de mí!—gritó.

Y, arrojando la toga, cubierto sólo con la túnica, huyó del palacio.

Nerón, levantando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Malaventurada, sacrosanta ciudad de Priamo!

VI

Vinicio, apenas hubo ordenado á algunos de sus esclavos que le siguieran, montó á caballo y se lanzó á galope tendido por las desiertas calles de Ancio y por la ribera, en dirección á Laurento. La terrible noticia le había puesto fuera de sí, frenético, delirante; presa de alucinaciones, creía llevar á la grupa al genio del mal en forma de horrible furia que le gritaba al oído: «Roma está ardiendo» y, fustigándole á él y al caballo, les precipitaba hacia aquel espantoso incendio. Casi tendido sobre la crin, con la cabeza descubierta, corría vertiginosamente, sin cuidarse de evitar los obstáculos contra los cuales hubiera podido estrellarse. En la calma solemne de la noche, caballo y caballero, iluminados por la luz de la luna, pasaban como un fantasma.

El corcel idumeo, disparado cual flecha, hacía saltar chispas de las losas del camino al herirlas con sus herraduras y despertaba á los perros de las quintas, los cuales acompañaban á la extraña visión con sus ladridos, aullando después á la luna. Los esclavos iban en peores monturas y muy pronto quedaron rezagados. Pasó Vinicio como una exhalación por Laurento y se dirigió hacia Ardea, donde, lo mismo que en Aricia, Bovila y Ustrino, tenía caballos de repuesto para poderse trasladar con facilidad á Roma. Más allá de Ardea, observó que entre el Oriente y el Septentrion el cielo presentaba un aspecto tenuemente rojizo. Podía muy bien ser la primera luz del día, porque estando á la sazón en el mes de Julio alboreaba temprano. Pero del pecho del tribuno se escapó un rugido de cólera y de ansia, pues no dudó que aquel resplandor era del incendio. Viniéronle á la memoria las palabras de Lecanio: «La Ciudad está convertida en un océano de fuego.» Y fué tal su desesperación que temió volverse loco, desconfiando de salvar á Ligia y aún de llegar antes que Roma estuviere convertida en un montón de brasas. Sucediáanse rápidos en su mente los pensamientos, como bandadas de pájaros negros, horrendos y monstruosos. Aunque ignorase qué parte de la Ciudad ardía, estaba bien convencido de que era pasto de las llamas el Transtevere con sus casucas

—¿Cómo podré pagarte lo que has hecho hoy por mí?
—Llevando en ofrenda á Euterpe una pareja de cisnes, extasiándote ante el canto del César y burlándote de los presentimientos. Espero que en lo sucesivo el rugido de los leones no turbará tu sueño, ni el de tu blanca azucena.

—No, no. Ahora estoy completamente tranquilo.
—Que os proteja la Fortuna... Observa: el César coge de nuevo la citara. Contén el aliento, escucha con atención y derrama cuantas lágrimas puedas.

Nerón, en efecto, con la citara en la mano, tenía puestos los ojos en el techo. En la sala reinaba el más profundo silencio. Los oyentes, por su inmovilidad, parecían de piedra. Terpnos y Diodoro cambiaban miradas de inteligencia, pendientes de los labios del cantor, esperando las primeras notas de su voz para acompañarle.

De repente se oyó estruendo de voces en el vestibulo y aparecieron el liberto Faonte y el cónsul Lecanio. Nerón frunció el ceño.

—¡Perdona, divino César!—dijo el primero, con voz anhelosa—Roma está ardiendo. Una gran parte de la Ciudad es ya pasto de las llamas.

Todos los circunstantes se levantaron. Nerón depuso la citara y exclamó:

—¡Oh, dioses!... ¡Podré ver al fin el incendio de una ciudad y terminar mi *Toma de Troya!*

Y, dirigiéndose al cónsul, le preguntó:

—Si parto inmediatamente ¿llegaré á tiempo?

—¡Señor!—contestó el cónsul, blanco como el mármol de la pared—¡la Ciudad está convertida en un océano de fuego! El humo ahoga á los habitantes, que caen asfixiados, ó, locos de terror, se arrojan á las llamas. ¡Roma perece, señor!

Sucedió á estas palabras un silencio sepulcral. De improviso se oyó la voz de Vinicio:

—¡Ay, desdichado de mí!—gritó.

Y, arrojando la toga, cubierto sólo con la túnica, huyó del palacio.

Nerón, levantando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Malaventurada, sacrosanta ciudad de Priamo!

VI

Vinicio, apenas hubo ordenado á algunos de sus esclavos que le siguieran, montó á caballo y se lanzó á galope tendido por las desiertas calles de Ancio y por la ribera, en dirección á Laurento. La terrible noticia le había puesto fuera de sí, frenético, delirante; presa de alucinaciones, creía llevar á la grupa al genio del mal en forma de horrible furia que le gritaba al oído: «Roma está ardiendo» y, fustigándole á él y al caballo, les precipitaba hacia aquel espantoso incendio. Casi tendido sobre la crin, con la cabeza descubierta, corría vertiginosamente, sin cuidarse de evitar los obstáculos contra los cuales hubiera podido estrellarse. En la calma solemne de la noche, caballo y caballero, iluminados por la luz de la luna, pasaban como un fantasma.

El corcel idumeo, disparado cual flecha, hacía saltar chispas de las losas del camino al herirlas con sus herraduras y despertaba á los perros de las quintas, los cuales acompañaban á la extraña visión con sus ladridos, aullando después á la luna. Los esclavos iban en peores monturas y muy pronto quedaron rezagados. Pasó Vinicio como una exhalación por Laurento y se dirigió hacia Ardea, donde, lo mismo que en Aricia, Bovila y Ustrino, tenía caballos de repuesto para poderse trasladar con facilidad á Roma. Más allá de Ardea, observó que entre el Oriente y el Septentrión el cielo presentaba un aspecto tenuemente rojizo. Podía muy bien ser la primera luz del día, porque estando á la sazón en el mes de Julio alboreaba temprano. Pero del pecho del tribuno se escapó un rugido de cólera y de ansia, pues no dudó que aquel resplandor era del incendio. Viniéronle á la memoria las palabras de Lecanio: «La Ciudad está convertida en un océano de fuego.» Y fué tal su desesperación que temió volverse loco, desconfiando de salvar á Ligia y aún de llegar antes que Roma estuviere convertida en un montón de brasas. Sucedianse rápidos en su mente los pensamientos, como bandadas de pájaros negros, horrendos y monstruosos. Aunque ignorase qué parte de la Ciudad ardía, estaba bien convencido de que era pasto de las llamas el Transtevere con sus casucas

amontonadas, sus depósitos de maderas y las barracas en donde se vendían los esclavos.

En Roma eran frecuentes los incendios, acompañados no pocas veces de robos y asesinatos, especialmente en los barrios habitados por gente misera y casi salvaje... ¿Cómo no dar, pues, por cierto que las llamas habían invadido el Transtevere, albergue de la población cosmopolita? La esperanza le reanimó por brevísimos instantes al pensar en la fuerza colosal de Oso; mas ¿qué podía, no ya un hombre, sino un titán, contra la furia devastadora del incendio?

La contingencia de una revuelta de los esclavos contra sus opresores preocupaba a los romanos desde hacía muchos años. Decíase que centenares de miles de estos infelices echaban de menos los tiempos de Espartaco y atisbaban el momento oportuno para destruir a sangre y fuego a Roma. «¿Quién sabe, decía para sus adentros Vinicio, si esos miserables habrán empezado ya el exterminio!» Pero en seguida mudó de parecer. «¡No! De seguro eran los pretorianos quienes, por orden del César, recorrían la Ciudad de un extremo a otro incendiándola, saqueándola y acuchillando a sus inermes habitantes.» El terror le erizó los cabellos... Se acordó de la insistencia con que Nerón se lamentaba de no haber visto jamás un incendio de las proporciones necesarias para servirle de modelo en su descripción poética; de la respuesta despreciativa que él mismo dió a Tigelino al proponerle éste prender fuego a Ancio ó a una población de madera construida al efecto, y, por último, de las no menos insistentes quejas del César contra Roma y los pestíferos hedores de sus callejuelas. «Nadie más que Nerón había podido ordenar la ejecución de un crimen semejante; como ningún hombre, salvo Tigelino, era capaz de ejecutarlo. Tal vez había acompañado a tan nefanda orden la de asesinar al pueblo, porque podía esperarse todo de un monstruo como aquél.» ¡Qué angustia la del tribuno! ¡Con cuántos horrores le atormentaba su calenturienta imaginación! ¡El incendio, el levantamiento de los esclavos, la matanza, un horrendo caos en que se confundían las fuerzas destructoras de la naturaleza y de la crueldad humana!... y en medio de ese piélago tormentoso de visiones terroríficas, Ligia, ¡su amada Ligia! El joven dió un nuevo grito que se confundió con los resoplidos del corcel, que ya tenía agotadas las fuerzas... «¿Llegaría a tiempo de salvarla? ¿La salvaría alguien antes de que él llegara?...» Vinicio hundía

sus dedos crispados en las crines de la noble bestia con anhelos de morderle el cuello.

En aquel momento pasó por su lado, con igual velocidad, otro caballero que iba en dirección a Ancio.

—¡Roma está perdida!—gritó.

Otra palabra pudo coger al vuelo Vinicio: *dioses*... El ruido del doble galope y la distancia impidieronle oír las demás. Pero esta palabra le devolvió la serenidad de juicio. ¡Los dioses!... Levantó los ojos y las manos hacia el cielo tachonado de estrellas, y empezó a decir de esta suerte:

—¡No de vosotros, cuyos templos arden, sino de Ti, único Dios, imploro compasión! ¡Tú, porque sufriste, puedes sentir piedad! ¡Solamente Tú eres capaz de comprender el humano dolor! ¡Viniste al mundo para predicar la misericordia a la humanidad! ¡Tenla ahora con Ligia y conmigo! Si eres tal como pretenden tus discípulos, ¡sálvala, tómalas en tus brazos y llévala lejos del fuego! ¡Tú puedes hacerlo! ¡Devuélvemela y en cambio te daré mi sangre y mi vida toda! ¡Si yo no te muevo a piedad, tenla de ella al menos! ¡Ella te ama y cree en Ti! Cierto que ofreces la verdadera vida y la felicidad para después de la muerte; pero ¡ella es joven todavía y no quiere morir! ¡Consérvale la vida! ¡Extiende tu mano y llévala fuera de Roma! ¡Basta que lo quieras para que así suceda!...

De pronto interrumpió la plegaria ante la sospecha de que pudiese envolver una amenaza, temeroso de ofender a Dios en el mismo instante en que imploraba su auxilio. Las murallas de Aricia blanqueaban ante sus ojos a la claridad de la luna. Espoleó al caballo y pasó volando por delante del templo de Mercurio que se encontraba en un bosquecillo inmediato a dicha ciudad. Una extraña agitación le indicó que era conocida allí la terrible desventura. Encontraba al paso grupos de personas que, con antorchas, se encaminaban a implorar la protección del dios, apartándose a la orilla del camino para no ser atropellados por el veloz corcel. De la población se levantaba confuso clamoreo. Al entrar en ella impetuosamente, Vinicio oyó con distinción y por todas partes estas palabras:

—¡Roma está ardiendo! ¡Oh, dioses, salvad a Roma!

El caballo tropezó, pero Vinicio le contuvo con férrea mano, haciéndole caer sobre sus cuartos traseros frente a la casa en donde tenía el relevo que diligentes esclavos ensillaron apresuradamente; mas como acertara a pasar por allí en aquel punto

una decuria de pretorianos á caballo, que sin duda llevaban á Ancio las últimas noticias, corrió Vinicio á su encuentro y les preguntó:

—¿Qué parte de la Ciudad está ardiendo?

—¿Y tú, quién eres? — le contestó el decurión.

—Vinicio, tribuno militar y augustal. ¡Responde, que en ello te va la cabeza!

—El incendio, señor, ha empezado en las barracas inmediatas al Circo Máximo. Cuando salimos, el centro de Roma estaba convertido en colosal hoguera.

—¿Y el Transtevere?

—Todavía no ha llegado allí el fuego; pero se extiende con increíble rapidez. Muchos ciudadanos son devorados por las llamas ó mueren asfixiados. Es imposible socorrer á nadie.

Vinicio saltó sobre el caballo de refresco y se lanzó en dirección á Albano, dejando á la derecha á Albalonga con su magnífico lago. La carretera, más allá de Aricia, subía en rápida pendiente á una colina que cortaba el horizonte. El tribuno sabía que al llegar á la cima, no sólo descubriría á Bovila y Ustrino, en donde tenía otros caballos de repuesto, sino la misma Roma, porque tras Albano se extendía á ambos lados de la vía Appia la vasta llanura cuyos horizontes ningún obstáculo interrumpía.

—Desde aquella altura veré el incendio — pensó Vinicio espoleando de nuevo al caballo.

Pero antes de alcanzarla, el viento, azotándole el rostro, le llevó al olfato el olor acre del humo, mientras en lo alto de la colina aparecían suaves arboles.

—¡Es el incendio! — se dijo Vinicio.

En realidad alboreaba, y la luz rojiza que veía el tribuno sobre las cumbres de los inmediatos montes era más bien producida por la aurora que por los resplandores de la inmensa hoguera.

Llegó, en fin, Vinicio á la suspirada cima, y entonces se ofreció á sus ojos el más horrible y á la vez el más soberbio de los espectáculos. La dilatada llanura se hallaba cubierta por inmensa nube de humo que rastreaba y en la cual desaparecían las poblaciones, los caminos, los acueductos y los árboles: nada más que una enorme sábana gris, inmóvil; y allá, á lo lejos, la Ciudad ardiendo sobre sus siete colinas. Mas no presentaba la forma de una columna de fuego como acontecía en el incendio de un edificio aislado, sino la de una larga

faja de llamas, semejante á la difusa claridad de la aurora, y á la cual se sobreponía otra de humareda, negra á trechos, á trechos rojiza, ora con tintas rosadas, ora con tonos sanguíneos, aquí densísima, allá casi diáfana, en unos puntos inmóvil, en otros retorciéndose en inmensas espirales. La pavorosa franja de humo deprimía á veces la hoguera que afectaba entonces la forma de una cinta; mas de pronto la envolvían de abajo arriba los resplandores del fuego y quedaba convertida en océano de llamas.

Y el fuego y el humo se extendían de uno al otro extremo del horizonte, ocultando los Montes Sabinos.

La primera impresión de Vinicio fué la de que no ardía únicamente la Ciudad, sino el mundo entero, y de que nadie, absolutamente nadie, podría sustraerse á la voracidad del fuego. El viento, que soplabá de la parte de Roma, era cada vez más fuerte y traía pavesas que ennegrecían los objetos, mientras los fulgores del incendio los revestían de un color rojizo. El sol iluminaba ya las cimas de los montes que circundaban el lago Albano, pero con claridad tenue porque sus rayos eran tamizados por la nube de humo que por momentos se iba haciendo más espesa. Vinicio se había ya sumergido en ella, bajando por la ladera de la colina, y notaba que el humo tenía un olor más acre á medida que se acercaba á la pequeña ciudad. Los habitantes de ésta acampaban en las calles, corriendo algunos despavoridos, no ya por la suposición de lo que en Roma ocurría, sino por el temor de que la espantosa catástrofe les alcanzara, pues la respiración se hacía por instantes más difícil.

Vinicio se sintió otra vez abatido por el terror y la desesperación; pero se reanimó muy presto.

—No es admisible — pensaba — que las llamas hayan invadido de una vez toda la Ciudad, y como el viento sopla de la parte del Septentrión, pues arroja el humo hacia este lado, hay que suponer que el Transtevere, situado á la otra parte del río, se halla todavía intacto; sin contar que es muy probable que Oso y Ligia habrían en otro caso logrado ganar á tiempo la Puerta del Janículo, para ponerse á salvo. Por otra parte, no puede admitirse la posibilidad de que toda la población haya sido destruida. Hasta en las ciudades tomadas por asalto, entregadas al fuego, al saqueo y al cuchillo del enemigo, suele salvarse una parte de los habitantes... ¿Por qué, pues, he de empeñarme

en que Ligia ha perecido? ¿No la protege y ampara el Dios que ha triunfado de la muerte?

El joven tribuno se puso á orar con fervor, implorando la protección de Jesucristo.

Después de haber atravesado la ciudad de Albano, cuyos habitantes se hallaban sobre los tejados y en lo alto de los árboles para contemplar el pavoroso incendio, recobró en gran parte su serenidad, recordando que además de Oso y Lino velaba también por Ligia el Apóstol Pedro, aquel hombre misterioso y casi sobrenatural en cuyos labios creía sinceramente que estaba toda verdad desde que le oyó hablar en el Ostriano; convicción que se había afianzado, convirtiéndose en fe indestructible, después de las conversaciones que con él tuvo durante la enfermedad. «Desde el momento en que Pedro, se decía, bendijo nuestro amor y me concedió la mano de Ligia, no es posible que ésta perezca en las llamas. Podrán arder hasta los cimientos de la Ciudad; pero, de seguro, ni una sola chispa del incendio caerá sobre su cabeza.»

Las emociones violentas, la carrera desenfrenada, el insomnio, produjéronle tal exaltación que se borró de su mente la idea de lo imposible. Se le antojó que á un conjuro de Pedro se habrían apagado parte de las llamas para dejarle franco el paso entre dos murallas de fuego. Por otro lado ¿no tenía el Apóstol la intuición de lo futuro, y, por consiguiente, no habría advertido á tiempo á todos los cristianos que debía estallar el incendio, poniéndolos á salvo fuera de la Ciudad, y con ellos á Ligia, á quien Pedro amaba como si fuera su propia hija?... Su esperanza fortaleciase por momentos. Si habían huido de Roma podía encontrarles en Bovila ó tal vez por el camino... ¡Qué agradable sorpresa, si viera de pronto surgir de entre la nube de humo el adorado rostro! Consideraba tanto más probable esta anhelada aparición cuanto que la muchedumbre de fugitivos que se dirigía á los Montes Albanos se hacia cada vez más densa. Antes de llegar á Ustrino se vió obligado á refrenar la carrera á causa de la aglomeración de gente. Entre los innumerables peones, con su hato al hombro, pasaban mulos y caballos cargados de muebles y provisiones, carros con toda clase de objetos y literas llevadas por esclavos en las que iban personas acomodadas. En Ustrino era tan compacto el gentío que resultaba casi imposible abrirse paso. Estaban llenas las plazas, los intercolumnios de los templos, todas las calles. En

muchos puntos se habían levantado tiendas para guarecer á familias enteras; otros acampaban al aire libre, y todos gritaban, invocaban á los dioses, maldecían de su suerte. En medio de aquella confusión era imposible obtener noticias. Las personas á quienes Vinicio se dirigía para interrogarlas, ó no le contestaban, ó se ceñían á mirarle con ojos desmesuradamente abiertos por el terror diciendo que había llegado la última hora de Roma y del mundo. Continuamente aparecían nuevos grupos de hombres, mujeres y niños que aumentaban la confusión y el barullo. Muchos perdían á sus acompañantes, y era frecuente ver como los padres buscaban con ansiedad á sus hijos y oír como éstos llamaban desesperadamente á sus padres. Habían llegado á la pequeña ciudad numerosos pastores, casi salvajes, de la campiña romana, en busca unos de noticias, otros de botín. No pocas casas y villas habían sido asaltadas por esclavos de diversos países y por gladiadores que trababan combates con los soldados que defendían á los habitantes.

El senador Junio, á quien Vinicio encontró cerca de la posada rodeado de un grupo de esclavos bátavos, fué el primero que le dió noticias concretas del incendio. Había empezado en las inmediaciones del Circo Máximo, entre el Palatino y el Monte Celio; pero, propagándose con una rapidez inexplicable, había invadido el centro de la Ciudad. Jamás, desde la época de Breno, había caído sobre Roma azote tan terrible.

— El Circo — dijo — es un montón de cenizas, así como todos los edificios que lo rodeaban. El Aventino y el Celio son pasto de las llamas. El fuego, después de haber dado la vuelta al Palatino, ha tomado la dirección de las Carinas.

Y al decir esto, Junio, que poseía en las Carinas una espléndida casa llena de obras de arte, por las que era muy apasionado, tomó un puñado de polvo, lo esparció sobre su cabeza y dejó escapar un gemido.

Vinicio le puso las manos sobre los hombros y le dijo:

— También está en las Carinas mi casa; mas, si todo ha sido destruido ¿qué me importa que mi casa lo sea también?

Luego, acordándose de que tal vez Ligia, atendiendo á su consejo, se habría trasladado á la casa de Aulo, preguntó:

— Y el *Vicus Patricius*?

— Está ardiendo.

— ¿Y el *Transtevere*?

Junio le miró con estupefacción. En

—¿Y qué nos importa el Transtevere?— exclamó, apretándose la cabeza con las manos.

—¡Me importa más que todo Roma!— gritó Vinicio.

—¡Oh! entonces podrás llegar allí por la vía Portuense. Cerca del Aventino te abrasaría el calor... ¿El Transtevere?... ¡No lo sé! Cuando he salido de Roma estaba aún incólume; pero si arde á esta hora... únicamente los dioses lo saben...

Después de un momento de vacilación Junio prosiguió muy por lo bajo:

—Sé que no me harás traición... Pues bien; ¡el incendio no es fortuito! Se impidió que llegaran auxilios al Circo Máximo para extinguirlo. Cuando las casas empezaron á arder, oí millares de voces que gritaban: «¡Pená de muerte á los que lo apaguen! Hombres desalmados recorren la Ciudad arrojando teas encendidas en las casas... El pueblo se ha amotinado diciendo que se prende fuego á Roma por mandato de alguien. Y no digo más... ¡Desdichada Ciudad! ¡Desdichados de nosotros!... Jamás lengua humana podrá expresar lo que ocurre allí. Mueren unos abrasados y otros degollados en la general batalla que se libra... Este es el último día de Roma.

Y de nuevo gritó Junio:

—¡Desdichada Ciudad! ¡Desdichados de nosotros!

Pero Vinicio estaba ya lejos, corriendo á caballo por la vía Appia. En frente tenía la inmensa, pavorosa hoguera que irradiaba un calor insoportable y con su estruendosa crepitación ahogaba el clamoreo humano.

VII

A medida que Vinicio se aproximaba trabajosamente á la Ciudad, iba convenciéndose de que el penetrar en ella era empresa poco menos que imposible. Las casas, los campos, los cementerios, los templos, estaban transformados en colosal campamento. Durante la noche la muchedumbre habia derribado las puertas del templo de Marte, situado cerca de la Puerta Appia, para convertirlo en albergue. En los cementerios, los fugitivos se disputaban los grandes mausoleos, trabando con frecuencia sangrientos combates. Los desórdenes de

Ustrino eran sólo pálido reflejo de lo que ocurría al pie de las murallas de Roma. Rotos todos los frenos, á nadie contenían ni los prestigios de la autoridad, ni el temor de las leyes, ni los lazos de familia, ni las diferencias en la jerarquía social. Los esclavos apaleaban á los ciudadanos; grupos de gladiadores, embriagados con el vino robado en el Emporio, agredían á la gente indefensa y la despojaban de los objetos de algún valor; muchos bárbaros destinados á la venta, que habian logrado escapar de los barracones en que se hallaban encerrados, acometían también furiosamente á la gente inerme, pues el incendio y la ruina constituían para aquellos infelices el principio de la libertad; y mientras los hombres libres levantaban los brazos al cielo invocando el auxilio de los dioses, aquellos, con aullidos de salvaje alegría, les atacaban, desposeyendo á los hombres hasta de sus vestidos y robando y ultrajando á las mujeres. Uníanseles los esclavos que servían desde hacia mucho tiempo en Roma; bandadas de miserables, cubiertos solamente con una faja de lana arrollada á las caderas; siniestras figuras salidas de los callejones sombríos, jamás vistas por nadie á la plena luz del día y cuya existencia apenas era sospechada; chusma espantable de asiáticos, africanos, griegos, tracios, germanos, bretones, que voceaban en todas las lenguas de la tierra con ferocidad salvaje y desenfadada, viendo llegado el momento de vengar sus largos años de servidumbre y de miseria.

En medio de tan horrenda confusión, á la luz del día y á los resplandores de las llamas, centelleaban los yelmos de los pretorianos, quienes no sólo encontraban dificultades para defender á las personas pacíficas de las agresiones de los esclavos, sino que con frecuencia se veían obligados á cerrar las filas para defenderse á sí mismos de las fieras acometidas de aquella frenética multitud. Vinicio habia presenciado muchas veces asaltos de ciudades; pero jamás se le ofreció un espectáculo en que la desesperación, las lágrimas, los gritos de dolor se confundiesen con la bárbara alegría, la rabia y el libertinaje, como en aquel caos espantoso.

En tanto, con grandes esfuerzos y poniendo de continuo en peligro la vida, llegó el tribuno á la Puerta Appia; pero entonces echó de ver que le seria imposible penetrar en Roma por la Puerta Capena, no sólo por impedirselo la aglomeración de gente, sino también á causa de las llamas que habian invadido

aquel barrio, lamiendo con sus enormes lenguas rojas los muros de la Ciudad. Por otra parte, le hubiera sido necesario, para trasladarse al otro lado del Tiber, pasar por el Puente Sublicio y atravesar el Aventino, la parte de población que estaba materialmente convertida en un océano de fuego. No le quedaba más remedio que retroceder en dirección á Ustrino, dejar la vía Appia, atravesar el río y tomar la vía Portuense que conducía derechamente al Transtevere, empresa tampoco fácil, porque el gentio que llenaba el camino era cada vez más compacto. Le hubiera convenido abrirse paso espada en mano; pero no llevaba arma alguna.

Cerca de la Fuente de Mercurio vió á un centurión que á la cabeza de algunas decurias de pretorianos guardaba la entrada del templo. Ordenóle Vinicio que le siguiera y el centurión no se atrevió á desobedecer á un tribuno militar y augustal.

Al frente de este pelotón de soldados, y olvidando por un momento las enseñanzas de Pablo acerca del amor al prójimo, Vinicio se abrió calle por entre la masa humana, atropellando á cuantos no se apresuraban á apartarse. Caía sobre él una lluvia de maldiciones y de piedras; pero, despreciándola, seguía impertérrito su camino, ansioso de hallarse en espacio más despejado. No obstante, eran casi inútiles sus esfuerzos. La muchedumbre, á cada momento más hostil, maldecía al César y hacía frente á los pretorianos. El vocerío era formidable y á los oídos del tribuno llegaban continuamente los gritos de «¡Muera Nerón! ¡Incendiario! ¡Payaso! ¡Matricida! ¡Muera Popea!» y la amenaza de arrojar al Tiber al causante de aquella inmensa catástrofe. Para que el tumulto se convirtiera en revolución bastara acaso que alguien se pusiese al frente de los amotinados.

No solamente era obstáculo al avance de Vinicio y de los pretorianos la resistencia del gentio; á cada paso encontraban montones de muebles salvados del incendio: cajas, toneles, vestidos, camas, batería de cocina, vajilla, carros, literas, cunas, jarrónes y toda suerte de objetos preciosos.

Cruzando las vías Latina, Ardeatina, Laviniana y Ostiense, á campo traviesa, desviándose con frecuencia por tener que dar la vuelta á los jardines cercados, á las quintas, cementerios y templos que al paso hallaba, llegó, en fin, al *Vicus Alexandri*, más allá del cual pudo atravesar el Tiber. Al otro lado del río no era tan compacta la muchedumbre ni tan densa la humareda.

Por algunos fugitivos supo que del Transtevere solamente ardían algunos callejones; pero que probablemente sería asimismo destruida toda aquella parte de la Ciudad, pues la recorrían infames asalariados que no sólo impedían que fuera sofocado el incendio, sino que lo propagaban arrojando teas en las casas, en cumplimiento de órdenes recibidas, según decían.

No podía ya caberle duda á Vinicio de que Roma era destruida por mandato de Nerón, y consideraba natural y justa la sed de venganza que sentía el pueblo. Ni Mitridates, ni el más feroz enemigo de los romanos se habría mostrado con ellos más cruel. Convencióse el tribuno de que le había llegado al mónstruo su última hora y que las humeantes ruinas de la soberbia Ciudad le aplastarían con todos sus crímenes, si de pronto surgía un hombre audaz que se pusiera al frente de la rebelión. Y ¿por qué el osado no había de ser él? .. Su estirpe, que contaba con una larga lista de cónsules, era muy conocida y estimada de los romanos. ¿No estalló por poco una revolución al ser condenados á muerte los cuatrocientos esclavos del prefecto Pedanio Secundo? Y ¿qué representaba aquella hecatombe humana en comparación del gigantesco incendio, la calamidad más terrible y espantosa de cuantas había sufrido Roma en los ocho siglos de su existencia? «Quien ponga en armas á los quirites, se decía, derribará á *Barbarroja* y vestirá la púrpura. ¿Por qué, pues, no acometer la empresa?... Era Vinicio el más valeroso, el más enérgico, el más joven de los augustales... Ciertamente que el poder de Nerón se hallaba apoyado sobre la fuerza de treinta legiones; pero ¿no se sublevarían éstas al llegarles la noticia de la destrucción de Roma con sus templos?... En este caso Vinicio habría sido Emperador... Susurrábase entre los augustales que un agorero había predicho que Otón vestiría la púrpura. Y ¿en qué le era inferior Vinicio?... Además, ¿no vendría en su auxilio Cristo con toda su omnipotencia divina?; ¿no era tal vez aquello una inspiración suya? «¡Ah, si lo fuese!, pensaba. Si lo fuese, vengaría en Nerón el riesgo que corre Ligia y mis propias angustias... Por otra parte, inauguraría el reinado de la Justicia y de la Verdad, propagaría la doctrina cristiana desde el Eufrates á las brumosas costas de Bretaña, y haría Augusta, y, por tanto dueña del mundo, á mi amada.»

Pero estos pensamientos que le habían brotado del cerebro ardiente, como el chisporroteo de una hoguera, cual chispas se

apagaron y desvanecieron. ¡Lo urgente era salvar á Ligia! Casi en contacto con el pavoroso incendio, ante la enormidad de la catástrofe, sintió flaquear la fe en que el Apóstol hubiera podido librarla del riesgo. La desesperación se apoderó de nuevo de su alma acongojada, y, espoleando al caballo, se lanzó con furia por la vía Portuense, que conducía en línea recta al Transtevere, y no se detuvo hasta la puerta de la Ciudad. Allí se le repitió que gran parte del distrito estaba aún intacto, si bien ardían ya algunas de sus calles.

El humo llenaba también el Transtevere; y como la gente había dispuesto allí de más tiempo que la de otros distritos para dedicarse al salvamento de muebles, puesto que las llamas no lo habían invadido todavía, era más difícil abrirse paso, porque las calles estaban obstruidas con montones de objetos, y las personas ocupadas en la tarea de ponerlos á salvo eran muy numerosas. Cerca de la Naumaquia de Augusto los muebles formaban verdaderas montañas. Era imposible penetrar en las callejuelas, llenas de un humo denso que asfixiaba. Sus habitantes huían á millares, dando el pánico margen á escenas horripilantes. A veces se encontraban en un paso angosto dos corrientes humanas que iban en opuesta dirección. El choque era tremendo. Las primeras filas luchaban desesperadamente, se estrujaban, se aplastaban; los padres perdían á sus hijos; las madres les llamaban con gritos angustiosos. Vinicio se aterrorizó al pensar lo que ocurriría más allá, en los puntos ya invadidos por el fuego. Era inútil, en medio de aquella confusión y estruendo, preguntar á nadie; imposible oír una palabra. De cuando en cuando el viento traía del otro lado del río gruesas nubes de humo densísimo, negro, rastrero, que envolvía edificios, objetos y seres humanos en noche oscura. Pero el mismo viento, á intervalos, lo dispersaba, y entonces Vinicio podía proseguir en dirección á la casa de Lino.

El calor de aquel terrible día de Julio, redoblado por el del fuego, era insoportable. El humo cegaba los ojos é irritaba la garganta, cortando la respiración. Los pretorianos quedaron rezagados. El caballo de Vinicio, herido por un martillazo, se encabritó, negándose á seguir. Por la túnica lujosa se reconoció al augustal y el populacho gritó desaforadamente: «¡Muera Nerón y sus incendiarios!», mientras centenares de brazos se tendían amenazadores hacia Vinicio. El riesgo era inminente;

pero el corcel, espantado, con la cabeza ensangrentada, echó de nuevo á correr, atropellando á los amotinados, mientras otra oleada de humo sumía la calle en profunda oscuridad. Convencido el tribuno de que le sería imposible continuar á caballo, echó pie á tierra y siguió su camino, pegado á las fachadas de las casas, parándose á veces para esperar á que pasaran los grupos de fugitivos y pensando que probablemente resultarían inútiles sus esfuerzos. «Es seguro, se decía, que Ligia no está ya en la Ciudad; que ha podido escapar, y, sin duda, sería más fácil descubrir un alfiler en la playa que á mi amada en este caos.» No obstante, tenía empeño en llegar á la casa de Lino. De vez en cuando se detenía para respirar y restregarse los ojos. De pronto se desgarró un pedazo de túnica y tapóse con él nariz y boca. A medida que se aproximaba al río era el calor más irresistible. Sabiendo que el fuego había empezado junto al Circo Máximo, pensaba que el calor procedía de allí, del *Forum Boarium* y del *Velabrum*, los cuales, por estar en las inmediaciones de aquel, habían de haber sido también pasto de las llamas. Un viejo que andaba con muletas, el último de los fugitivos que encontró Vinicio, le gritó:

— ¡No te acerques al puente Cestio! ¡Arde toda la isla!

Y, en efecto, en la esquina del *Vicus Judeorum*, donde estaba situada la casa de Lino, el tribuno vió surgir grandes llamaradas de entre la espesa humareda. No solamente ardía la isla, sino parte del Transtevere y con ella la extremidad de la callejuela en donde Ligia vivía. Acordóse Vinicio de que la casa de Lino se hallaba rodeada de jardín, detrás del cual, por la parte del Tiber, había un espacio sin edificar. Esto le infundió nuevos alientos, pues pensó que esta solución de continuidad en lo edificado habría acaso contenido por aquel lado la propagación del incendio. Avanzó, pues, sin parar mientes en que cada ráfaga de viento llevaba, no sólo densas nubes de humo, sino millares de chispas que podían prender fuego á la otra extremidad de la callejuela y cortarle la retirada.

A través de la humareda percibió los cipreses del jardín de Lino. Los edificios del otro lado de los solares se hallaban convertidos en gigantesca pira; pero la casita estaba incólume, según Vinicio había supuesto. Dirigió éste al cielo una mirada de gratitud, y, aunque el aire abrasaba, se encaminó hacia la puerta que estaba entornada. La abrió y entró.

En el jardín no había alma viviente y la casa parecía de-

sierta. «Quizás el humo y el calor, pensó Vinicio, le han hecho perder el sentido», y gritó:

—¡Ligia! ¡Ligia!

Silencio absoluto... Solamente se oía la crepitación formidable del incendio.

—¡Ligia!— repitió el joven.

Súbitamente llegó á sus oídos el mismo rugido amenazador que oyera en aquel mismo lugar pocos días antes. Las llamas habían invadido el *vivario* inmediato al templo de Esculapio y las fieras empezaban á expresar su terror. Vinicio se estremeció de pies á cabeza. Por segunda vez, en el instante en que todo su ser estaba concentrado en el pensamiento de Ligia, resonaban aquellos horrendos rugidos como presagio de desventuras.

Peró fué esta una impresión fugaz. El fragor del incendio, mucho más alarmante que el rugir de las fieras, desvaneciéle aquella idea. Ligia no había contestado á sus gritos; pero ¿no podía hallarse desvanecida por el pavor, ó asfixiada por el humo, dentro del edificio? Penetró en él, casi de un salto. El atrio estaba desierto. Buscando á tientas la entrada de los dormitorios vislumbró una luz á través de la espesa humareda: era una lámpara colocada en el larario, donde habían sido sustituidos por una cruz los dioses paganos. Por la mente del catecúmeno pasó como un relámpago el pensamiento de que era la cruz quien le enviaba aquella lámpara para ayudarle á encontrar á Ligia. Cogióla, pues, henchido el corazón de esperanza, y se puso á buscar la entrada de los dormitorios. Entró en uno, levantó la lámpara y miró con atención; no había nadie. E indudablemente era el de Ligia, porque colgaban de clavos fijos en la pared sus vestidos y encima del lecho estaba su *capitium* (1). Lo tomó Vinicio, y, echándose sobre el hombro, continuó el registro. La casa era pequeña y presto hubo recorrido todas las habitaciones, sin excluir la bodega. No halló á nadie. Era evidente que Ligia, Lino, Oso y los demás vecinos habían buscado en la fuga la salvación. «Estará entre la muchedumbre, extramuros», pensó.

Entonces cayó en la cuenta de que habían podido escapar por el lado opuesto, hacia el monte Vaticano, y ya no extrañó no haber topado con ellos en la vía Portuense. De todas maneras estaban á salvo de las llamas, que era en realidad lo que

(1) Especie de camisa de las romanas.

le importaba. Al pensar esto Vinicio sintió que se libraba del enorme peso que le oprimía el corazón. «Ahora, se dijo, es preciso que huya de aquí, pasando por los jardines de Domicia á los de Agripina, donde probablemente los encontraré y donde no hay este asfixiante humo, porque el viento sopla del lado de los Montes Sabinos.»

Y, en efecto, á tardar un momento más, difícilmente habría podido ponerse en salvo, pues las llamas venían aproximándose con rapidez y llenaba la calle densa humareda. El viento apagó la lámpara en las manos del tribuno, y éste echó á correr hacia la vía Portuense como impelido por la corriente del aire abrasado, envuelto de vez en cuando por torbellinos de humo negro, bajo una lluvia de chispas y de pavesas que le caían sobre la cabeza y el vestido. Empezaba á arder lentamente su túnica por diferentes puntos; pero Vinicio, sin curarse de ello, proseguía su carrera desenfrenada, temeroso de quedar asfixiado. Percibía el sabor acre del hollín, el ígneo aire le quemaba la garganta y los pulmones, la sangre le afuía á la cabeza y no sólo tenía el rostro como la púrpura, sino que veía todos los objetos de color rojo. «Es fuego vivo, decía para sí. Vale más que me tienda en el suelo y me deje morir.»

Por momentos se sentía desfallecer. Por el rostro, el cuello y todo el cuerpo le corría en abundancia un sudor que le escaldaba la piel, como agua hirviente. A no sostenerle la esperanza de encontrar á Ligia, cuyo nombre repetía á cada instante, y á no ser por su *capitium*, con el cual se tapaba la boca, sin duda se hubiese desplomado. Enteramente aturdido, corría sin saber ya por qué calle. Iba perdiendo la conciencia; y en su vertiginosa carrera no llevaba más norte que el vehemente deseo de ver á su prometida. Perturbada la razón por una especie de delirio de moribundo, imaginaba encontrar á Ligia, casarse con ella y morir después.

Corría siempre, yendo vacilante de una á otra parte de la calle, como beodo. De repente, el voraz elemento que destruía la Ciudad presentó un nuevo aspecto. Donde hasta entonces las llamas habían estado como en incubación, estallaron formando un océano de fuego. No llevó el viento más nubes de humo, antes por el contrario, con su fuerza dispersó el que poblaba los callejones. Tuvo esto para Vinicio la ventaja de dar cierta diafanidad á la atmósfera, con lo cual pudo orientarse. Pero de la monstruosa hoguera escapaban millones de chispas

que el aire abrasado arrojaba contra el tribuno, de suerte que parecía correr en medio de un torbellino de fuego. Al volver la esquina se encontró en una calle que conducía á la via Portuense y al Campo Codetano y pensó que si lograba ganar aquella via estaba en salvo.

Pero entonces percibió otra nube densísima. « Si es de humo, se dijo, no podré pasar ». Hizo un supremo esfuerzo: se quitó los restos de la túnica que ardían abrasándole el cuerpo, y, tapándose con el *capitium* cabeza y boca, echó á correr desesperadamente. Pronto advirtió que no era de humo la nube, sino de polvo, y que de ella salían gritos humanos. « Es el populacho que saquea las casas, pensó. No importa; siendo seres humanos, me socorrerán... » Y empezó á pedir auxilio con toda la fuerza de sus pulmones.

Fué este su último esfuerzo: se le nublaron los ojos, le faltó la respiración, se le agotaron la fuerzas, se desplomó.

Sus gritos habian sido oídos y dos hombres acudieron con cubos de agua á socorrerle. No habia perdido el sentido. Cogió con entrambas manos uno de los cubos y bebió ávidamente.

— Gracias — balbuceó después. — Llevadme un poco; ya iré luego por mi propio pie.

Uno de los dos hombres le mojó la cabeza; después le cogieron y le llevaron hacia donde estaban los demás, los cuales se agruparon á su alrededor y le reconocieron con solicitud para ver si estaba herido.

— ¿ Quienes sois? — preguntó con estupefacción Vinicio.

— Derribamos las casas para que el fuego no se propague á la via Portuense — contestó una voz.

— Habéis acudido en mi auxilio cuando estaba á punto de perder el sentido. ¡ Muchas gracias!

— A nadie se lo negamos; hay que socorrer al prójimo — observaron varios.

Vinicio, que desde la mañana no habia visto más que gente furiosa y desatentada, luchas y pillaje, miró con mayor atención á los que le rodeaban y en seguida dijo:

— Os lo pague... Cristo.

— ¡ Para siempre sea alabado! — respondieron todos á coro.

— ¡ Lino!... — gritó Vinicio.

No pudo pronunciar otra palabra pues se desmayó falto de fuerzas para resistir la emoción. Al volver en sí, hallóse en un jardín del Campo Codetano, rodeado de hombres y mujeres.

En el acto les preguntó:

— ¿ Dónde está Lino?...

Pasó un momento sin que nadie le respondiera; al cabo, una voz que le era muy conocida, dijo:

— Está en las afueras de la Puerta Nomentana. Marchó al Ostriano hace dos días. ¡ La paz sea contigo... rey de Persia!

Vinicio, como movido por un resorte, levantóse y dió un salto atrás. El que le hablaba era Quilón Quilónides.

El griego prosiguió:

— Tu casa, señor, según todas las probabilidades, es un montón de cenizas, pues las Carinas son pasto de las llamas; pero tú siempre serás rico como un Creso. ¡ Ah, qué espantosa calamidad! Los cristianos ¡ oh, hijo de Serapis! habian profetizado desde hace no poco tiempo que Roma sería destruida por el fuego... Y Lino se halla sin novedad en el Ostriano, con la hija de Júpiter, tu amada... ¡ Ah, qué inmensa desventura!

Vinicio se sintió de nuevo desfallecer.

— ¿ Y les has visto tú? — le preguntó.

— ¡ Les ví, señor!... Sean dadas gracias á Cristo y á todos los dioses por haberme otorgado la dicha de poder pagar tus mercedes con esta buena noticia. Pero pienso demostrarte mi gratitud de más gallarda manera, Osiris... ¡ Lo juro por Roma incendiada!...

Anochece; pero en el jardín la claridad era tan intensa como si estuviera el sol en la mitad de su carrera, porque el incendio tomaba por momentos mayores proporciones. No barrios aislados, sino la Ciudad entera parecía invadida por las llamas. El cielo estaba teñido de color rojo, y rojas eran las sombras de la noche.



PARTE SEXTA

I

De púrpura estaba teñida toda la bóveda celeste. Por las lejanas cumbres asomó la luna llena, como enorme globo de cobre incandescente, y pareció contemplar atónita la ruina de la Ciudad soberana del mundo. En las inmensidades del firmamento destellaban también fulgores rojizos las estrellas; pero á diferencia de las otras noches, la tierra era más luminosa que el cielo. Roma, convertida en colosal hoguera, iluminaba toda la campiña, y á sus resplandores sanguíneos se destacaban las colinas, los poblados, las quintas, los templos, los monumentos, los acueductos que bajaban de las vecinas montañas y en los cuales muchos habían buscado refugio ó sitio adecuado para contemplar el igneo espectáculo.

El incendio devoraba, uno tras otro, todos los barrios de la Ciudad. No podía negarse que manos criminales lo alimentaban, porque á cada momento se le veía estallar en nuevos parajes, muchos de ellos apartados del foco principal. De las siete colinas en que se asentaba Roma descendían las llamas á los valles por donde se extendían las construcciones de cinco y de seis pisos, las barracas portátiles de tablas, los anfiteatros, los depósitos de aceite, de granos, de leña, de avellanas, de piñones, los almacenes de vestidos que la munificencia del César distribuía á veces á los miserables que anidaban en las callejuelas. En tales puntos, como hallaba el incendio materias muy inflamables, señalábase su invasión por una serie de explosiones y con increíble rapidez se propagaba á calles enteras.

La gente acampada fuera de la Ciudad conocía por el color de las llamas la naturaleza del combustible que daba lugar á las explosiones. Ráfagas impetuosas levantaban de pronto del igneo océano millones de avellanas y de almendras encendidas, que subían como enjambres de fulgurantes mariposas, y estallaban crepitando, y caían después cual lluvia de rubies sobre la hoguera, y aún, con frecuencia, en los campos inmediatos.

Parecía descabellado todo propósito de atajar el paso al voraz elemento. La consternación iba creciendo por momentos. Mientras los romanos huían por todas las puertas, muchos habitantes de las poblaciones circunvecinas, los campesinos y los pastores semisalvajes de la campiña, incitados por la codicia del botín, entraban en la Ciudad á millares.

Unicamente porque absorbía la atención general el espectáculo de la horrenda catástrofe no había empezado aún la matanza. Centenares de miles de esclavos, poniendo en olvido que Roma en todos los países por ella dominados tenía legiones prontas á defenderla, parecían dispuestos á renovar los tiempos de Espartaco, y esperaban con impaciencia un caudillo y una señal para comenzar los estragos.

Se daba acogida á los más absurdos rumores. Quien afirmaba que había prendido fuego á Roma Vulcano, por orden de Júpiter; quien decía que Nerón se había vuelto loco y ordenado á los pretorianos y á los gladiadores que acuchillaran al pueblo; y muchos juraban por los dioses que, obedeciendo á un mandato de *Barbarroja*, se había dado suelta á las fieras, y no faltaba quien asegurase haber visto por las calles leones con las melenas inflamadas, elefantes y búfalos enfurecidos que corrían atropellando á la muchedumbre. En realidad, los elefantes de algunos vivarios, conscientes del peligro que les amenazaba, habían destrozado las jaulas y corrían furiosamente, impelidos por el terror, devastándolo todo como un huracán.

Aunque el populacho daba más fácilmente crédito á las patrañas que á las noticias verdícas, hombres despiertos y perspicaces sostenían que era Nerón quien había ordenado que se prendiera fuego á Roma, cansado de sufrir los hedores pestilenciales de la Suburra.

Mientras tanto continuaban pereciendo á millares los ciudadanos: desesperados unos por haber perdido á las personas de su afección y los bienes se arrojaban á las llamas; otros eran víctimas de la asfixia. Entre el Capitolio, de un lado, y el Qui-

rinal, el Viminal y el Esquilino, de otro, así como entre el Palatino y el Monte Celio, donde se hallaban las calles más pobladas, había estallado el incendio en tantos sitios á la vez, que los fugitivos, cualquiera que fuese la dirección que tomaran, topaban con una muralla de llamas é indefectiblemente morían. Los que buscaron refugio en los mercados y en la plaza donde más tarde levantó Flavio un anfiteatro, en las inmediaciones del templo de la Tierra, en el pórtico de Livia y principalmente en los alrededores de los templos de Juno y de Lucina ó entre el *Clivus Virbius* y la antigua Puerta Esquilina, todos murieron abrasados. — En lugares que el fuego respetó se encontraron después centenares de cadáveres carbonizados, pertenecientes á personas que, para sustraerse á la acción de las llamas, habían levantado las losas de la calle y hundido parte del cuerpo en la tierra. — Pocas eran las familias que no hubiesen perdido alguno de sus miembros en la horripilante catástrofe, y á lo largo de las murallas, en frente de todas las puertas, por todos los caminos, llenaban el espacio el llanto y las plañideras voces de las mujeres.

Las plegarias se mezclaban con las blasfemias. Los ancianos tendían las manos hacia el templo de Júpiter *Liberator* gritando: «Si en realidad eres libertador, salva tu templo y salva la Ciudad.» Invocaba principalmente la muchedumbre desesperada á los antiguos dioses romanos, pretendiendo que á ellos les incumbía especialmente la misión de velar por Roma; pero los antiguos dioses se mostraban tan impasibles é impotentes como los otros, y el populacho les apostrofaba con dieterios y sarcasmos. Apareció en la vía Asinaria un grupo de sacerdotes egipcios con la estatua de Isis sacada oportunamente de su templo situado en las inmediaciones de la Puerta *Caelimontana*. Las turbas les corrieron al encuentro y arrastraron el carro en que era llevada la diosa hasta la Puerta Appia, colocándola luego en el templo de Marte y atropellando á los sacerdotes que intentaron oponerse á esta profanación. En algunos puntos se oían plegarias á Serapis, á Baal, á Jehová. Los secuaces de éste, surgiendo á millares de las madrigueras de la Suburra y del Transtevere, llenaban los suburbios con sus gemidos, en los cuales se advertía, no obstante, como un acento de triunfo. Resonaban también en muchos parajes himnos misteriosos y solemnes cantados por hombres en la flor de la edad, por mujeres y por niños; cantos extraños cuyo sen-

tido no penetraba la multitud y en los cuales se repetían con frecuencia las palabras: «¡He aquí que viene el Señor en el día de la ira!» El gentío inmenso que rodeaba la incendiada Ciudad hacía surgir en la mente la imagen de un mar tempestuoso. Ni las plegarias, ni los cánticos, ni las imprecaciones, ni las blasfemias conjuraban el desastre que seguía su curso inexorablemente como el destino.

De pronto ardieron los almacenes de cáñamo, lino y cordelería situados cerca del anfiteatro de Pompeyo y con ellos los depósitos de alquitrán que se utilizaba para untar las cuerdas. Durante muchas horas toda la parte de la Ciudad tras de la cual se extendía el Campo de Marte apareció iluminada con una luz amarillenta tan viva, que los espectadores llegaron a sospechar que por un trastorno general de la naturaleza había desaparecido la sucesión alternada de los días y las noches y estaban contemplando la misma luz del sol. Pero lentamente se fueron sobreponiendo los resplandores rojizos y acabó la inmensa hoguera por presentar un tono sanguíneo. Del océano de llamas se levantaban enormes columnas incandescentes, gigantescos surtidores igneos, los cuales a cierta altura se deshacían en ramilletes de chispas que el viento, haciéndolas semejar unas veces enmarañadas madejas de hilos de oro y otras destrenzadas cabelleras, llevaba lejos, por la campiña, hacia los Montes Albanos.

La atmósfera, clara y transparente, parecía no sólo inundada de luz, sino de llamas. Hubiérase dicho que el río arrastraba metales derretidos. Y el incendio iba adquiriendo por momentos más vastas proporciones, é invadía las colinas, y se propagaba por las llanuras, y sumergía en las llamas los valles, y rugía cada vez más furiosamente, frenético, voraz, insaciable...

DIRECCIÓN II GENERAL DE

El tejedor Macrino, á cuya casa fué transportado Vinicio, le hizo tomar un baño, le vistió y le dió de comer. En cuanto hubo recobrado las fuerzas hizo el joven tribuno el propósito de ir inmediatamente en busca de Lino, pues el tejedor, que era cristiano, confirmó las palabras de Quilón, diciéndole que, el buen viejo había marchado con el presbítero Clemente al

Ostiano donde Pedro debía bautizar á gran número de adeptos. Por otra parte, los cristianos del barrio no ignoraban que Lino había confiado dos días antes la custodia de su casa á un tal Gayo. Estas noticias pusieron á Vinicio de buen talante, pues reforzaron su convicción de que Ligia y Oso no habían corrido ningún peligro y de que se hallaban probablemente en el Ostiano.

Discurriendo sobre lo que pudiera haber acontecido, decíase Vinicio que, como no le permitían á Lino sus muchos años ir todos los días del Transtevere á la Puerta Nomentana y volver, era lo más probable que se hubiese alojado con Ligia y Oso, en casa de uno de sus correligionarios de extramuros, librándose así los tres de los peligros del incendio, el cual no había tomado gran incremento por la opuesta vertiente del Esquilino. Reconoció en esto la intervención de la Divina Providencia, y, en un transporte de fervorosa gratitud, juró que daría la vida por Cristo, si necesario fuese.

No abandonaba el propósito de correr en busca de su amada. «La hallaré con Pedro y con Lino, decía para sus adentros, y como Roma no será en breve más que un informe montón de escombros humeantes y de cenizas, me los llevaré á todos lejos, muy lejos; á una de mis propiedades de Sicilia, donde viviremos tranquilamente, entre servidores sumisos, en medio de la quietud de la campiña, bajo la protección de Cristo y bendecidos por el Apóstol. No es prudente permanecer por más tiempo entre este populacho soez y exasperado. ¡Ah, si pudiese dar con ellos en seguida!» Pero los obstáculos con que había tropezado, primero para ganar por la vía Appia el Transtevere, luego para retroceder, dirigirse á campo traviesa hacia la vía Portuense y penetrar en la Ciudad, dábanle idea de las dificultades de la nueva empresa. Para evitarlas en lo posible, decidió seguir otra dirección. Proponíase tomar por la vía Triunfal y la orilla del río hacia el Puente de Emilio, y desde allí, dejando atrás el Pincio, el Campo de Marte y los jardines de Pompeyo, de Lúculo y de Salustio, ganar la vía Nomentana. Era este el camino más corto; pero ni Macrino ni Quilón fueron de parecer que lo tomara el tribuno, fundándose en que, si bien se hallaban tales sitios libres del fuego, el gentío y los montones de objetos hacían casi imposible el paso por ellos. El griego le aconsejó que se dirigiese por el *Ager Vaticanus* á la Puerta Flaminia, cruzando

luego el río y siguiendo por entre la muralla y el jardín de Acilio hasta encontrar la Puerta Salaria. Después de un instante de vacilación se decidió el tribuno por este itinerario.

Quilón se prestó á acompañarle, y Macrino, que había de quedarse en casa, les proporcionó dos mulos, con la intención de que se utilizaran luego para el viaje á Sicilia. Quiso agregar un esclavo; mas lo rehusó Vinicio, seguro de encontrar en el camino fuerzas de la guardia pretoriana á las cuales poder ordenar que le siguiesen. Pusiéronse, pues, en marcha Vinicio y Quilón, tomando por el *Pagus Janiculensis* hacia la vía Triunfal. También por aquel lado acampaba la gente en los espacios no edificados; pero era más fácil abrirse paso porque la mayor parte de los habitantes de Roma huían en dirección al mar por la vía Portuense. Pasada la Puerta Septimiana siguieron por entre el río y los magníficos jardines de Domicio, cuyos altos cipreses, á los resplandores del incendio, parecían iluminados por el sol poniente. Los obstáculos eran cada vez menores; pero de vez en cuando veíase obligado Vinicio á hostigar al mulo que montaba para abrirse paso por entre las turbas de campesinos que se dirigían á la Ciudad en busca de botín. Quilón iba á la zaga haciéndose estas reflexiones:

— Hétenos aquí, apartados ya del incendio, que sólo nos calienta las espaldas. De noche nunca se vió más claro por este camino. ¡Oh, Zeus! (1) Si no arrojas un diluvio sobre esa hoguera, harás patente que no sientes por Roma cariño alguno... ¡Esta es la Ciudad que hasta hoy ha sido señora de Grecia y del mundo entero!... ¡Pronto un griego cualquiera podrá tostar habas en sus cenizas! ¡Quién lo hubiera dicho!... ¡No existe ya Roma! ¡No existen los opresores romanos!... Sin peligro podrá uno dentro de pocos días pasear por encima de los escombros aún calientes y dar muestras de desagrado y aún silbar. ¡Oh, dioses inmortales!... ¡Silbar sobre la Ciudad que tenía esclavizado al mundo!... ¿Qué griego, qué bárbaro, lo hubiera nunca imaginado? Y, sin embargo, se podrá silbar impunemente sobre la orgullosa Roma, porque un montón de cenizas, sea producto de la humilde hoguera de unos pastores, sea resultado del incendio de una inmensa ciudad, siempre será un montón de cenizas que más pronto ó más tarde esparcirá el viento.

(1) Nombre griego de Júpiter.

De cuando en cuando volvía el rostro con expresión de alegría maligna, para mirar las enormes lenguas de fuego que subían hasta tocar las nubes.

— ¡Continúa ardiendo la Ciudad soberbia! — proseguía. — En breve ni vestigio quedará de ella... Pero, ¿adonde mandará el mundo desde hoy el trigo, las aceitunas y el dinero? ¿Quién le extraerá el oro y le hará brotar las lágrimas? No arde el mármol, es verdad; pero las llamas lo calcinan y pulverizan, y ¡también el Capitolio caerá en ruinas, como el Palatino! ¡Oh, Zeus!... Roma era el pastor; eran sus rebaños los otros pueblos. Cuando el pastor tenía hambre degollaba una de las ovejas, comíase la carne y te ofrecía á ti la piel ¡oh, padre de los dioses! ¿Quién, oh, Júpiter Tonante, degollará ahora las ovejas? ¿A quién confiarás el látigo del pastor? ¡Arde Roma entre tanto, arde casi tan bien como si tú le hubieses prendido fuego con tus rayos!...

— ¿Qué haces ahí tan abstraído? — le gritó Vinicio

— ¡Lloro el fin de Roma, señor!... — respondió Quilón.

Anduvieron aun largo trecho en silencio, escuchando el sordo fragor de la enorme hoguera y el ruido que producían con su aleteo las aves que pasaban por encima de sus cabezas, pues numerosas bandadas de palomas que anidaban en las quintas y en los caseríos de la campiña, así como muchos pájaros de los montes inmediatos y aun no pocas aves marinas, confundiendo los resplandores del incendio con la luz del sol, se precipitaban deslumbrados en las llamas.

Al cabo, Vinicio preguntó:

— ¿Dónde te hallabas al empezar el incendio?

— Me dirigía á casa del amigo Euricio, quien, como tú sabes, posee una tienda junto al Circo Máximo. Iba meditando sobre las excelencias de la doctrina de Cristo cuando me sorprendieron los gritos de: « ¡Fuego! ¡fuego! » y vi correr mucha gente hacia el Circo. Al principio, algunos ciudadanos trataron de apagar el incendio; pero en cuanto vieron que el vasto edificio era por entero presa de las llamas y que éstas se propagaban á las casas vecinas, desistieron de su propósito, y yo, que como otros muchos había ido allí sólo por curiosidad, no pensé ya más que en salvarme.

— ¿Y viste, tú, á los incendiarios?

— ¡Pues no los había de ver, descendiente de Eneas! ¡Vi á los incendiarios, y vi á hombres que para escapar se abrían paso

matando, y presencié luchas sangrientas, y contemplé vísceras humanas llenas de lodo sobre las losas de las calles! ¡Ah, señor! Era tanta la confusión y tan horrible el estrago que no parecía sino que los bárbaros habían asaltado la Ciudad y se entregaban al saqueo y á la matanza. Muchedumbre de infelices gemían tristemente, creyendo llegado el fin del mundo; otros, perdida la razón, esperaban con el semblante descompuesto que el fuego les abrasara... Pero también vi á muchos que aullaban de alegría, por estimar que la ruina de Roma era la aurora de su libertad, pues, aunque parezca mentira, hay seres incapaces de apreciar en su justo valor los beneficios de vuestra supremacía y de las sabias leyes en virtud de las cuales despojáis á los otros de cuanto poseen para apropiároslo. ¡Por desdicha no tienen todos los hombres la virtud de conformarse con la voluntad de los dioses!

Absorto Vinicio en sus reflexiones, no se fijó en la ironía de las palabras de Quilón. Temblaba al pensar que Ligia hubiese podido encontrarse en aquellas horribles escenas en las cuales eran pisoteadas las entrañas humanas, y, aunque ya había interrogado á Quilón varias veces sobre lo mismo, volvió á preguntarle:

—¿De manera que la viste en el Ostriano?

—La vi, en efecto, ¡oh, hijo de Venus! Vi á la muchacha, al bonachón de Oso, al virtuosísimo Lino y al Apóstol Pedro.

—¿Antes del incendio?

—Antes del incendio.

En el alma de Vinicio surgieron dudas respecto á la veracidad del griego, y por ello, parando de repente la caballería, miró con severo semblante á Quilón y le preguntó:

—¿Y qué hacías, tú, allí?

Turbóse Quilón, pues se acordó en aquel momento de que Vinicio le habia prohibido, bajo pena de tremendos castigos, espiar á los cristianos, en especial á Lino y á Ligia.

—¡Señor! — dijo — ¿Por qué ese empeño en creer que no amo á los secuaces de Cristo? Me encontraba allí porque soy á medias cristiano. Enseñóme Pirrón á preferir la virtud á la filosofía, y me ha entrado ahora singular querencia por las personas virtuosas. Además, como sabes, soy pobre, y mientras tú ¡oh, hijo de Júpiter! te solazabas en Ancio, estuve yo muchas veces á punto de morir de hambre sobre mis libros. Por esta causa iba con frecuencia á sentarme bajo los muros que rodean

el Ostriano, seguro de obtener algunas monedas para comprar pan, pues los adeptos de Cristo, aún siendo pobres, dan más limosnas que todos los demás habitantes de Roma juntos.

Parecióle á Vinicio verosímil la explicación, y en tono menos desabrido le preguntó:

—¿Y no atinas en donde pueda haberse albergado Lino estos días?

—¡Cara me hiciste pagar una vez la curiosidad!... — respondió el griego.

Calló Vinicio y siguieron un buen trecho en silencio. Al fin, dijo Quilón:

—Señor, con mi ayuda encontraste otra vez á la muchacha. Si doy ahora nuevamente con ella, ¿te acordarás de este pobre sabio?

—Te regalaré una casa con una viña cerca de Ameria.

—Gracias, ¡oh, Hércules!... ¿Con una viña has dicho?..

¡Mil gracias! ¡Ah, sí! ¡Con una viña!...

Encontrábase á la sazón al pie de la colina Vaticana que aparecía tenuemente enrojecida por los resplandores del incendio. Al llegar á la Naumaquia torcieron á la derecha, con el propósito de pasar por el Campo Vaticano y cruzar luego el río para salir á la Puerta Flaminia. Pero en aquel punto el griego se paró de pronto y dijo:

—¡Señor! Se me ocurre una idea...

—¡Habla! — le contestó Vinicio.

Entre el Janículo y el Vaticano, detrás de los jardines de Agripina, existen unas excavaciones de donde se sacan las piedras y la arena para construir el Circo de Nerón. Pues bien, señor, como tú no ignoras, los judíos que pueblan en gran parte el Transtevere se han dado á perseguir á los cristianos, y, si no recuerdo mal, ya bajo el imperio de Claudio promovieron tales desórdenes que fué preciso expulsarlos de Roma. Pero gracias á la protección de la Augusta han regresado, y tan seguros están ahora de su impunidad que, no guardando respetos ni consideraciones de ningún género, se muestran más exigentes y violentos que antes. Dígolo porque lo he visto con mis propios ojos. No se ha publicado ningún edicto contra los secuaces de Cristo; pero con tal vehemencia les acusan los hebreos de adorar una cabeza de asno, de inmolar niños y de propagar doctrinas no reconocidas por el Senado, y con tal saña les maltratan, invadiendo tumultuosamente sus

casas de oración, que los cristianos se ven poco menos que obligados á esconderse.

— Bien... ¡al grano, al grano!

— Pues quiero decir que mientras á los judíos se les permite celebrar públicamente sus ceremonias religiosas en las sinagogas del Transtevere, los cristianos se ven obligados á reunirse secretamente en casucas destartaladas, fuera de la Ciudad ó en los arenarios. Precisamente los que habitaban en el Transtevere han escogido para ello las excavaciones de donde se sacan los materiales para el Circo de Nerón y para los edificios que se construyen á la orilla del Tiber, y ahora, mientras arde la Ciudad, deben de estar orando. Es casi seguro que los encontraremos en aquellas canteras, y soy de parecer que allí nos encaminemos inmediatamente.

— Pero ¿no me dijiste que Lino se hallaba en el Ostriano? — preguntó Vinicio impaciente.

— Si; pero como me has prometido una casa con un viñedo junto á Ameria, he de mostrarme más diligente buscando á la muchacha dondequiera que pueda hallarse. Y lo más probable es que esté en las excavaciones, orando; en otro caso, habrá allí quien nos diga donde podremos encontrarla.

— Es muy cierto. ¡Vamos, pues, allá!

El griego tomó entonces por la izquierda en dirección á la colina, y como ésta interceptaba los fulgores del incendio, caminaron por un momento en la obscuridad á pesar de hallarse vivamente iluminadas las vecinas cumbres. Pasado el circo, torcieron de nuevo á la izquierda y encontráronse de buenas á primeras en un pasadizo largo y angosto, á manera de callejuela de pronunciado declive, sumido en la obscuridad, si bien en el fondo veíanse brillar algunas luces.

— ¡Son ellos! — murmuró Quilón — Y deben de ser muchos los hoy aquí congregados, porque los otros sitios donde se reunían, ó han sido ya destruidos por las llamas, ó el calor y el humo los han hecho inaccesibles.

— Si, son ellos; se les oye cantar — contestó Vinicio.

En efecto, del fondo de la obscura cavidad salía un canto suave y triste como una salmodia, mientras las luces, una tras otra, se apagaban, y por las aberturas laterales aparecían multitud de sombras, de suerte que muy en breve Vinicio y Quilón se encontraron en medio de un grupo de personas

Descabalgó el griego, y haciendo á un muchacho seña de que se acercara entrególe las riendas de su mulo.

— Soy sacerdote cristiano; más aún: obispo — le dijo. — Cuida de estas bestias hasta que volvamos; en recompensa te daré mi bendición.

Y, sin esperar á que el chico le respondiese, acompañado de Vinicio penetró en las excavaciones, siguiendo por una estrecha galería á la incierta y débil luz de las linternas, hasta encontrar una amplia cavidad donde no eran tan densas las tinieblas por estar alumbradas no sólo con las luces pálidas de las linternas y de los cirios, sino también con algunas teas clavadas en las resquebrajaduras de las peñas. Muchedumbre de fieles oraban, dobladas las rodillas, extática la mirada, tendidos los brazos hacia el cielo, cantando unos pausada y dulcemente, en medio de la pavorosa quietud subterránea, golpeándose otros el pecho, repitiendo todos con fervor el nombre de Jesús. Vinicio buscó en vano, entre ellos, á Ligia, á Lino y á Pedro.

De súbito cesó la salmodia y apareció Crispo, en actitud solemne, absorto, con el rostro pálido y severo, en un hueco, á manera de hornacina, que se había formado al extraer un bloque enorme. Claváronse en él los ojos de todos los cristianos, como si de sus labios esperasen palabras de consuelo. Bendijolos Crispo y empezó á hablar de esta suerte, con voz rápida, enérgica y alta, casi gritando:

— ¡Arrepentíos presto de vuestros pecados y llorad, porque ha llegado la hora suprema de la expiación! Sobre la corrompida y abominable Ciudad, sobre esa maldita Babilonia, ha hecho Hoyer Dios el fuego devastador. ¡Sí!; ¡ha sonado la hora tremenda, la hora del terrible Juicio, en que la criatura habrá de dar cuenta á Dios de sus actos y en que la divina cólera se extenderá por todo el haz de la tierra! Prometiò Cristo volver, y veréisle dentro de breves instantes; pero no como humilde Cordero dispuesto de nuevo á derramar su sangre para redimir nuestros pecados, sino como Juez airado y sañudo, armado con los rayos de su justicia, pronto á arrojar á los abismos infernales á los pecadores y á los enemigos de su santo nombre ¡Ay, de los que no tienen fe!... ¡Ay de vosotros los que obstinadamente permanecéis esclavos del pecado! ¡No habrá para vuestras culpas misericordia!... ¡Yo te contemplo, oh Cristo, en tu resplandeciente gloria! Caen las estrellas, como copiosa lluvia;

se obscurece el sol; se abren las entrañas de la tierra; salen los muertos de sus sepulcros, y apareces Tú, en medio de ellos, precedido del retumbo del trueno y del formidable resonar de trompetas, circundado de legiones de ángeles exterminadores sobre tempestuosas nubes. Sí; ¡yo te veo y te oigo, oh Jesucristo, Dios mío!

Cerró los labios é irguiendo la cabeza pareció contemplar largo espacio de tiempo lejana y amedrentadora aparición. De pronto llegó al subterráneo un rumor sordo, como de trueno, y luego otro, y otro. Era que en la Ciudad se derrumbaban calles enteras. Pero los cristianos, entre los cuales se hallaba muy extendida la creencia del próximo fin del mundo, especialmente desde que estallara el incendio, tomaron tales ruidos por señales evidentes de que se acercaba el tremendo Juicio y muchos quedaron sobrecogidos de espanto.

— ¡Es el día del Juicio!; ¡sin duda!; ¡el día del Juicio! — exclamaban con voz temblorosa los más medrosos.

Otros se cubrían la cara con las manos, bien convencidos de que la tierra se agrietaría y surgirían de sus entrañas las hidras infernales para aprisionar á los pecadores.

Algunos gemían:

— ¡Jesucristo, Dios y Señor nuestro! ¡Tened piedad de nosotros! ¡Misericordia, Redentor nuestro!

Quién confesaba sus pecados en alta voz; quienes se abrazaban estrechamente para que así les sorprendiese el terrible acontecimiento.

Pero también los había que no presentaban en el semblante la menor señal de turbación, antes, por el contrario, parecían poseídos de la más serena alegría, y no pocos, sumidos en profundo éxtasis religioso, murmuraban misteriosas palabras en idiomas incomprensibles.

— ¡Despertad de vuestro sueño los que dormís! — gritó uno desde oscuro rincón.

Pero la voz tonante de Crispo dominaba todas las demás:

— ¡Renunciad á los bienes terrenales — decía, — porque en breve la tierra se hundirá bajo vuestros pies! ¡Despreciad los amores mundanos, porque Dios castigará á los que quieren más á su mujer y á sus hijos que á Él! ¡Ay de los que anteponen las criaturas al Criador! ¡Ay de los ricos! ¡Ay de los que aman el fausto y la opulencia! ¡Ay de los licenciosos! ¡Ay del marido! ¡Ay de la esposa y del hijo!

En aquel momento un estampido formidable hizo retemblar la cavidad. Todos los circunstantes cayeron de bruces, cruzando los brazos como para ahuyentar los espíritus malignos. Era tan profundo el silencio que se oían solamente el susurro de la respiración anhelosa y algunas voces apagadas que murmuraban « ¡Jesús, Jesús, Jesús, Señor nuestro! »

De pronto se levantó una voz serena y apacible que decía:

— ¡La paz sea con vosotros!

Era el Apóstol Pedro que acababa de entrar. De la misma manera que un rebaño disperso y espantado se agrupa y reanima á la aparición del pastor, así recobraron el aliento y la esperanza á la vista de Pedro aquellos éntados, los cuales se apresuraron á levantarse y á rodearle, estrechándose los más próximos contra su persona, como en demanda de amparo y protección.

El Apóstol tendió las manos y habló de esta suerte:

— ¿Por qué ha invadido el temor vuestros corazones, hijos míos? ¿Quién, que no esté inspirado por el Espíritu Santo, puede saber lo que le acontecerá antes de que llegue su última hora? El Señor ha castigado por el fuego á esa impura Babilonia; pero vosotros, purificados por el Bautismo, redimidos con la preciosísima sangre del Cordero, vosotros estáis protegidos por la Misericordia Divina y moriréis con el nombre de Cristo en los labios. ¡La paz sea con vosotros!

Después de las palabras amenazadoras de Crispo, las de Pedro cayeron sobre los congregados como bálsamo de consuelo. El espanto cedió el puesto al amor, y apareció de nuevo en todas las imaginaciones la figura apacible y atractiva de aquel Cristo á quien todos amaban con delirio, gracias á las narraciones de su pasión y muerte hechas por el Apóstol, y, más que Juez inexorable, pacientísimo y humilde Cordero; pero de una bondad infinitamente más fuerte que todas las humanas iniquidades.

Confortados con la esperanza, volviéronse todos á Pedro, henchido el ánimo de gratitud, y gritaron á coro:

— Somos tus ovejas, tú el pastor: apacíentanos.

Los que le estaban más próximos decían:

— No nos abandones en el momento del peligro.

Vinició se acercó al Apóstol, le cogió el borde del vestido, é inclinando la cabeza dijo:

— ¡Apiádate de mí, Señor! La he buscado entre el gentío,

en medio de las llamas, y no he logrado encontrarla; pero confío en que tú me la devolverás.

Pedro le puso la mano sobre la cabeza y dijo:

— Ten fe... y sígueme.

III

La Ciudad continuaba ardiendo. Se había derrumbado el Circo Máximo, arrastrando en su caída toda una red de calles y callejones. A cada nuevo hundimiento se avivaban las llamas, levantándose enorme columna de fuego que se deshacía á una altura inmensa en millones de chispas. El viento había cambiado de dirección y soplabá con impetuosidad del lado del mar, arrojando sobre el Celio, el Esquilino y el Viminal oleadas de llamas, partículas de hollín y ceniza. Por último se adoptaron medidas para preservar del incendio la parte de población todavía intacta. Por orden de Tigelino, que llegó de Ancio al tercer día, fueron derribadas las casas del Esquilino á fin de aislar el fuego privándole de combustible; pero éste era remedio tardío y casi estéril, puesto que no había que pensar en la salvación de lo que ya estaba ardiendo.

A la sazón se habían ya dejado sentir otras consecuencias de la catástrofe. Con Roma fueron destruidas incalculables riquezas y todos los depósitos de viveres. Al rededor de las murallas apiñábanse centenares de miles de personas que desde el segundo día empezaron á sentir el hambre, porque nadie había cuidado de reemplazar las provisiones consumidas por el fuego. Hasta que llegó Tigelino no se enviaron las órdenes oportunas á Ostia para avituallar al pueblo, el cual había empezado á dar muestras ostensibles de descontento.

La casa del *Aqua Appia* en donde se aposentó provisionalmente Tigelino, estaba desde el amanecer á la noche circundada de mujeres que gritaban:

— ¡Pan y albergue!

En vano se esforzaban los pretorianos venidos del campamento situado entre las vías Nomentana y Salaria para restablecer el orden. En algunos puntos se veían obligados á luchar contra el populacho armado; en otros la multitud inerme, señalando la colosal hoguera, les decía:

— ¡Acuchilladnos, si á tanto os atrevéis! ¡Sólo esto nos falta!...

Oíanse por todas partes dicterios y maldiciones contra el César, los augustales y los pretorianos, y la excitación popular iba creciendo en términos que Tigelino, observando por la noche los millares de hogueras que ardian en torno de la Ciudad, se creyó en medio de un campamento enemigo. Cumpliendo sus órdenes, además de trigo y harina, se trajo de Ostia y de todas las poblaciones circunvecinas una cantidad enorme de pan. Pero apenas hubieron llegado al Emporio las primeras remesas, la famélica muchedumbre derribó las puertas del lado del Aventino, se precipitó dentro como impetuosa oleada y apoderóse, en medio de un tumulto espantoso, de todas las provisiones. A la luz rojiza del incendio trabábanse combates parciales para arrebatarse los panes, muchos de los cuales eran aplastados bajo los pies. La harina que rebosaba de los despanzurrados sacos se esparecía por el suelo, cubriendo con una blanca alfombra, como de nieve, el espacio que mediaba entre el Emporio y el arco de Druso y Germánico. Duró el saqueo hasta que los soldados hubieron ocupado el edificio y dispersado con flechas y piedras á los asaltantes.

Desde la invasión de los galos al mando de Breno no había sufrido Roma mayor azote; y aún hay que tener muy en cuenta que entonces restó incólume el Capitolio, mientras que ahora lo rodeaba un círculo de fuego, y de noche, cuando el viento abatía las llamas, veíanse completamente enrojecidas, cual tizones, las marmóreas columnas del templo consagrado á Júpiter. Además, en tiempo de Breno poblaba la Ciudad gente de una sola raza, sobria y austera, respetuosa con las leyes y con las autoridades, refrenada por el amor patrio y la veneración á los dioses, y en aquel momento se hacinaba en derredor de las murallas una muchedumbre heterogénea, turbulenta, licenciosa, sin ley ni freno, pronta á sacudir el yugo romano y á vengar ferozmente el estigma y el tormento de la dominación, conforme lo revelaban sus alaridos y amenazas y sus movimientos desordenados y tumultuosos, como el oleaje de un mar combatido por contrarios vientos. Confundíanse allí con los romanos, los griegos, eslavos, galos, germanos, africanos y asiáticos; con los ciudadanos libres y ociosos, los esclavos, libertos, gladiadores, mercaderes, artesanos, campesinos y soldados.

Las más contradictorias noticias, las más estupidas invenciones agitaban aquel océano humano, en medio del cual surgía, como una isla incandescente, la soberbia Ciudad coronada de llamas. Decíase que habían llegado al Emporio grandes cantidades de trigo y de vestidos para distribuirlos gratuitamente; que por orden del César serían despojadas de sus cuantiosas riquezas las provincias del Asia y del África para repartirlas entre los romanos, á fin de que cada uno pudiera tener casa propia. Pero al mismo tiempo corrían rumores siniestros. Afirmábase que había sido envenenada el agua de todos los acueductos y pozos, que Nerón tenía el intento de arrasar la Ciudad y exterminar á todos sus habitantes, con el objeto de poder trasladarse sin peligro alguno á Grecia ó á Egipto, para establecer en cualquiera de sus ciudades la capital del orbe. Estas voces esparciábase con la rapidez del rayo, despertando en la muchedumbre, ora la esperanza, ora el temor, ora el júbilo, ora la rabia, sentimientos que por fin se aunaron y confundieron para dar la resultante de una fe ciega en que se aproximaba el fin del mundo, creencia que habían difundido los cristianos y que tomaba cuerpo de día en día en la sociedad pagana. Eran muchos los alucinados que imaginaban ver á los dioses sobre las nubes enrojadas por el fuego, impávidos espectadores de la devastación de la tierra, y tendían hacia ellas los brazos, orando ó imprecando.

Entre tanto los soldados, con la ayuda de muchos ciudadanos, continuaban demoliendo largas hileras de edificios en el Esquilino, en el Celio y en el Transtevere, logrando de esta suerte salvar del incendio gran parte del último distrito. Pero el fuego había devorado ya ó estaba devorando inapreciables tesoros con las armas romanas conquistados en el transcurso de los siglos en todas las naciones del mundo conocido; hermosas obras de arte, magníficos templos, los más preciosos recuerdos del pasado glorioso de Roma; y, aunque los barrios extremos fueran sustraídos por medio del aislamiento á la voracidad de las llamas, era evidente que había de quedar sin techo la mayor parte de los habitantes. Además, era tanta la obcecación de éstos que interpretaban el derribo de casas, no como medida de salvamento, sino como propósito deliberado de arrasar la Ciudad por entero.

El semblante hosco y la actitud tumultuosa y amenazadora de la muchedumbre tenían atemorizado á Tigelino, quien no

se cansaba de enviar mensajeros á Nerón para suplicarle que no retardase su venida, pues que se hacía indispensable «aquietar y confortar con su augusta presencia» al exasperado pueblo. Sin embargo, el Emperador no se puso en marcha hasta que las llamas invadieron la *Domus Transitoria*, calculando que de esta manera llegaría á Roma en el momento preciso en que el incendio alcanzara el apogeo de su acción destructora.

IV

Las llamas se extendieron hasta la vía Nomentana; pero, desviadas por el viento que repentinamente mudó de dirección, corrieron hacia la vía Lata y el Tiber, y, arrojadas con ímpetu sobre el Capitolio y el *Forum Boarium*, fueron aproximándose al Palatino, destruyendo cuanto habían respetado en la primera acometida.

Tigelino concentró en las inmediaciones de Roma las cohortes pretorianas, menudeando al mismo tiempo el envío de mensajeros al Emperador con la súplica de que no retardase su venida y la noticia de que era todavía tiempo de poder contemplar el espectáculo en toda su imponente grandiosidad, porque el incendio, lejos de amenguar, iba tomando mayor incremento. Pero Nerón, que ya estaba en camino, con el propósito de llegar por la noche, á fin de obtener de la catástrofe todo el partido posible desde el punto de vista estético, no se daba prisa alguna y aún se detuvo en *Aguæ Albæ* para discutir con el trágico Alituro pormenores referentes á las actitudes, ademanes y gestos más apropiados á cada estrofa y á cada frase del poema que se proponía recitar ante la colosal hoguera. En la exclamación:

¡Oh, sacra Ciudad que eterna parecías

Como el Ida!...

¿debía levantar las dos manos ó solamente una, sosteniendo la cítara con la otra? Esta era en aquellos instantes angustiosos para el pueblo romano la única preocupación de su dueño y señor.

A la caída de la tarde reanudó el viaje; pero antes quiso oír el parecer de Petronio sobre la oportunidad de intercalar

en sus versos algunas imprecaciones contra los dioses, pues estimaba muy natural, aun desde el punto de vista del arte más depurado, que se le escapasen blasfemias de los labios á un hombre que contemplaba como su patria, la ciudad señora del orbe, era devorada por el fuego.

Sería media noche cuando llegó junto á las murallas de Roma con su séquito interminable de cortesanos, senadores, jefes militares, libertos, esclavos, mujeres y niños. Diez y seis mil pretorianos formados en orden de batalla guardaban la persona del Emperador, manteniendo á cierta distancia al pueblo amotinado, el cual, por no atreverse á pasar á vias de hecho, se limitaba á gritar, maldecir y silbar furiosamente. No obstante, en algunos puntos resonaron aplausos nutridos y estruendosos. Eran de la plebe que nada había perdido con la destrucción de Roma porque nada poseía; de la plebe que fundamentalmente confiaba en que la catástrofe sería causa de abundantes reparos de trigo, vestidos y dinero. De repente vibró el aire con los sonidos de las trompetas y los cuernos que Tigelino mandó tocar; cesaron los clamores y silbidos de la muchedumbre, y Nerón, pasada la Puerta Ostiense, se detuvo, exclamando:

— ¡Soberano sin hogar de un pueblo sin techo!... ¿dónde reclinarás esta noche tu cabeza infortunada?

Después pasó el *Clivus Delphinis*, y, por una escalera al efecto construida, subió al acueducto de Appio, seguido de los augustales y de un coro de cantores con cítaras, laúdes y otros instrumentos músicos.

Contentian todos la respiración, aguardando una de aquellas frases solemnes que procuraban retener bien en la memoria cuantos no sentían desprecio por la vida; pero el César permanecía mudo, en actitud majestuosa, vestido con la toga purpúrea, ceñida la frente con una corona de laurel, contemplando con cierta serenidad olímpica el ondulante océano de fuego. Al recibir de manos de Terpnos el laúd de oro, levantó los ojos al cielo en demanda de inspiración...

El pueblo romano veía á su Emperador como envuelto en una luz sanguínea, mientras á lo lejos chirriaba y crepitaba fragorosamente el incendio y las serpientes de fuego destruían los venerables monumentos de la Roma antigua: el templo de Hércules, construido por Evandro; el de Júpiter *Stator*; el consagrado á la Luna, que Servio Tulio hizo edificar; la casa de Numa Pompilio; el templo de Vesta, con los penates del

pueblo romano... Las inconstantes sinuosidades de las llamas ocultaban y permitían ver alternativamente el Capitolio...

Nerón, con el laúd de oro en la mano, en actitud histriónica, indiferente á la ruina de la Ciudad, sólo se preocupaba de sí mismo, de hallar las posturas, los ademanes, el tono de voz, los matices de expresión adecuados á determinadas frases patéticas, más atento á lograr la admiración y el aplauso que á describir la tétrica y horripilante grandiosidad del cuadro.

Como odiaba á Roma y á sus habitantes, en modo alguno podía apesadumbrarle la catástrofe, y como en realidad no sentía amor sincero sino por sus cantos y por sus versos, henchíale el corazón de júbilo el que ante sus ojos se desenvolviera una tragedia real muy semejante á la que había imaginado y descrito en su poema. El versificador se sentía dichoso; el histrión inspirado; el monstruo ávido de emociones fuertes satisfecho y aquietado ante el horrendo é insólito espectáculo, en comparación del cual era á su juicio una bagatela el incendio y ruina de Troya. ¿Qué más podía desear?... A Roma, la invencible señora del mundo, la devoraban las llamas, mientras él, el Emperador fuerte y augusto, el artista incomparable, de pie sobre un arco del acueducto, con el laúd de oro en las manos, gozaba de los horrores del cuadro, iluminado por los resplandores del incendio; admirable, envuelto en su toga de púrpura, majestuoso, magnífico, fantástico, como poética visión. A lo lejos, en la obscuridad de la noche, se agitaba con siniestro rumor la muchedumbre... pero el César no paraba mientes en ello siquiera. « Los siglos serán devorados por los siglos, pensaba; caerán y se levantarán imperios, y las generaciones futuras ensalzarán mi gloria eternamente, recordando que ante la capital del mundo devorada por las llamas canté la ruina y el incendio de Troya. ¡Nadie se acordará más de Homero! El mismo Apolo ¿puede compararse conmigo? »

Levantó los brazos, pulsó las cuerdas del instrumento músico y entonó el adiós postrero con que Priamo, en el poema homérico, se despide de su ciudad natal:

¡Oh cuna de mis padres, patria adorada!...

Al aire libre y ahogada por el ruido bronco del incendio, la voz de Nerón parecía débil y trémula y las cuerdas del laúd sonaban como zumbido de mosca; pero los senadores y augustales escuchaban con la cabeza inclinada, mudos y extáticos.

Cantó el Emperador durante un buen espacio. Cuando se paraba para descansar, el coro repetía los últimos versos, y Nerón, con un gesto que le había enseñado Alituro, se dejaba caer la *syrra* (1) trágica. Luego reanudaba el canto.

Terminado el himno, púsose á improvisar, inventando metáforas y buscando comparaciones relativas al grandioso y horrendo espectáculo que tenía delante. No le había éste conmovido; pero le conmovió su propio canto hasta el punto de hacerle saltar las lágrimas. Por fin, dejando caer el laúd, se envolvió en la *syrra* y quedóse inmóvil, como petrificado, semejante á una de las Nióbides que adornaban el patio del Palatino.

Después de brevisimo instante de profundo silencio estalló una estruendosa tempestad de aplausos, á la que contestó la muchedumbre con formidable alarido. Nadie ponía en duda ya que era Nerón quien había ordenado que se prendiese fuego á Roma para poder gozar del espectáculo y cantar sus versos.

Al oír el clamoreo, volvióse el Emperador á los augustales y les dijo sonriendo melancólicamente:

— ¡Ya véis en que aprecio tienen los quirites á su César y sus poesías!

— ¡Bellacos! — exclamó Vatinio. — ¡Ordena, señor, que los pretorianos carguen sobre esa canalla!

Nerón, dirigiéndose á Tigelino, le preguntó:

— ¿Puedo contar con la fidelidad de los soldados?

— ¡Si, divino César!

Petronio, encogiéndose de hombros, observó:

— Con su fidelidad, indudablemente; mas no con su número.

Te aconsejo que permanezcas aquí por ahora, donde es menor el peligro. Hay que calmar á toda prisa á esa gente.

De su misma opinión fueron Séneca y el cónsul Licinio.

La excitación del pueblo iba en aumento. Se armaban unos con piedras, otros con los palos de las tiendas, éstos con tablas que desclavaban de los carros, aquéllos con objetos de hierro, todos con lo que á mano les venía. Los tribunos (2) de algunas cohortes se presentaron á Tigelino para manifestarle que el

(1) Vestidura talar con cola que usaban los actores trágicos y también los elegantes afeminados.

(2) El tribuno, cargo equivalente al de nuestro coronel, era el jefe de la cohorte, la cual se componía de mil hombres.

pueblo empezaba á atacar á los pretorianos y que éstos se verían arrollados si no hacían uso de las armas para rechazar la agresión.

— ¡Oh, dioses! — exclamó el César. — ¡Qué noche! ¡Por un lado el incendio; por otro el tempestuoso mar del pueblo airado!

Y procuraba encontrar la actitud y el gesto más adecuados á la gravedad de la situación. Pero al advertir que los que le rodeaban tenían pálido el semblante é inquieta la mirada, sintió también miedo.

— ¡Dadme mi manto obscuro con capucha! — gritó — ¿Realmente existe el peligro de una agresión?

— César — le contestó Tigelino con voz poco segura, — de mi parte he puesto todo lo posible para calmar al pueblo; pero es delicada la situación... Conviene que pronuncies un discurso y prometas algo...

— ¡Arengar á la plebe el César!... ¡Jamás! ¡Qué otro lo haga en mi nombre! ¿Quién acepta el encargo?

— Yo — respondió con calma Petronio.

— ¡Ah, sí! ¡Ve tú, el más leal de mis amigos, el que con más fidelidad me sirve en las ocasiones críticas! ¡Y no te muestres tacaño en las promesas!

Petronio, mirando en torno suyo y sonriendo burlonamente, dijo:

— Que me sigan los senadores presentes: Pisón, Seneción, Nerva...

Mientras esto decía, bajaba calmamente del arco del acueducto. Montando en su caballo blanco, atravesó las filas de los pretorianos, á la cabeza de los senadores invitados á seguirle, los cuales, si bien al principio vacilaron, pronto se sintieron animados por la fría serenidad de Petronio, quien se fué derechamente en dirección de la multitud amotinada, sin más arma que el bastoncito de marfil que solía llevar para apoyarse. A la luz del incendio veía millares de puños que le amenazaban, caras inundadas de sudor, ojos enrojecidos y bocas contraídas por la cólera; un océano de cabezas sobre el cual parecía soplar furiosamente el huracán, una muchedumbre frenética que le envolvía rugiendo y tratando de acosarle. A su alrededor agitábanse palos, horcas, cuchillos; manos osadas le cogían las riendas del caballo; mas él, Petronio, seguía su camino indiferente, tranquilo, desdeñoso, golpeando con su bastoncito

de marfil la cabeza de alguno de los más atrevidos, como si se abriese paso por entre un gentío pacífico. Este valor sereno desarmaba á los más desalmados, causando la admiración de todos. Al fin fué reconocido y millares de voces exclamaron:

— ¡Es Petronio! ¡El *Árbitro de las Elegancias!* ¡Petronio! ¡Petronio!

Este nombre, que voló de boca en boca hasta las últimas filas de los amotinados, produjo el efecto mágico de suavizar la expresión feroz de los semblantes y de acallar los salvajes alaridos, porque el elegante patricio, gracias á su fama de espléndido y humano, era muy querido de la plebe, si bien en realidad poco había hecho para captarse su estimación. Particularmente los esclavos, le amaban con aquel amor sin límites que los humildes ponen á quien muestra por ellos un átomo de piedad.

Uníase á este respetuoso cariño la curiosidad de saber que diría el mensajero del César, pues nadie ponía en duda que con tal carácter se presentaba Petronio.

El cual se quitó la blanca toga de franjas purpúreas y la agitó sobre su cabeza en señal de que iba á hablar.

— ¡Silencio! ¡Silencio! — gritaron de todos lados.

Y á los pocos instantes aquel mar alborotado quedaba en sosiego y calma. El *Árbitro de las Elegancias* se puso entonces de pie sobre los estribos y habló con voz vibrante y sonora:

— Ciudadanos: escuchadme, y que los más próximos transmitan mis palabras á los que no pueden oirme, y procurad todos al mismo tiempo portaros como hombres, no como fieras.

— ¡Si, si! ¡Oigámosle, oigámosle!

— ¡Oid, pues!... Será cuanto antes reedificada la Ciudad.

Mientras tanto os alojaréis en los jardines de Lúculo, Mecenas, César y Agripina; y desde mañana se os harán abundantes distribuciones de pan, vino y aceitunas para que podáis hartaros. Además, el César prepara para vuestro solaz y esparcimiento espectáculos tan espléndidos, con el aditamento de banquetes y donativos, que excederán á cuanto podáis apetecer. El incendio, pues, lejos de reducirnos á la miseria, habrá sido para vosotros origen de hartura y bienandanza.

Estas palabras fueron acogidas con atronador y confuso clamoreo, que se extendió por encima de aquella imponente masa humana como las ondas concéntricas que se forman al

caer una piedra en el agua. Unos daban gritos de alegría; otros seguían amenazando y maldiciendo; pero al fin todas las voces se confundieron en una exclamación unánime:

— ¡*Panem et circenses!*

Petronio, poniéndose de nuevo la toga, esperó, inmóvil y tranquilo, que cesaran los clamores, pues aún tenía algo que decir. Con un ademán imperioso logró al cabo restablecer el silencio y añadió:

— Os he prometido pan y juegos; me parece justo y natural, después de ésto, que aclamáis al César que os mantiene y viste. Y luego... márchate á dormir, plebe amadisima; que ya el alba se avecina.

Dichas estas palabras, volvió grupas, y sirviéndose como antes de su bastón de marfil para apartar á los obstinados, se abrió paso por entre la muchedumbre, atravesó las filas de los pretorianos y regresó al acueducto, donde por haberse interpretado como nuevas demostraciones de cólera los gritos de ¡*Panem et circenses!* se había llegado á temer por su vida. De la ansiedad con que era esperado dió patente muestra el mismo Nerón corriéndole al encuentro, pálido y tembloroso y preguntándole:

— ¡Pues qué!; ¿se están batiendo?... ¿Qué ocurre allá abajo?

Petronio respiró con fuerza y contestó:

— ¡Uf! ¡Y como sudan! ¡Por Pólux, te juro que apestan! Si alguien no me da un poco de *epilimma* (1) voy á desvanecerme. Les he prometido pan, vino, aceitunas, juegos y libre acceso á los jardines; de nuevo te idolatran, y, aunque desfallecen de hambre, se desgañitan aclamándote. Pero ¡qué mal huele esa chusma, oh dioses inmortales!

— Mis fieles pretorianos — exclamó Tigelino — estaban dispuestos á arrojarse sobre los revoltosos, y si tú no llegas á aquietarles les hubiesen ellos aquietado para siempre. ¡Lástima, oh, César, que no me hayas permitido darles una lección!

Petronio le miró con desdén, y, encogiéndose de hombros, observó:

— No hay que apurarse... tal vez mañana habrá necesidad de dársela.

— ¡No, no! — dijo Nerón. — Ordenaré que se abran los jardines y que les distribuyan trigo. ¡Gracias, Petronio! También

(1) *Epilimma* ó *epalimma* era un perfume.

organizaré espectáculos y hasta cantaré en público el himno que os he cantado esta noche.

Y poniendo la mano sobre el hombro de Petronio estuvo un instante silencioso. Al fin, como si despertara de un ensueño, le preguntó:

— Dime la verdad: ¿qué te ha parecido mi canto?

— Que era digno del espectáculo, como el espectáculo era digno de ti.

Y, volviendo los ojos hacia el incendio, agregó:

— ¡Contemplémosle una vez más y despedámonos de la Roma antigua!

V

Las palabras del Apóstol reanimaron á los cristianos, persuadiéndoles de que no estaba tan cercano como sospechaban el fin del mundo y de que tal vez antes verían el fin del imperio de Nerón, por todos ellos considerado como tremendo azote de Dios, como el reinado de Satanás. Y alentados de esta suerte, terminadas las oraciones, salieron de las excavaciones y encamináronse unos á sus albergues provisionales, los otros á sus viviendas del Transtevere, distrito ya indemne del fuego por haber mudado la dirección del viento.

El Apóstol salió con Vinicio y seguido del griego, rezando en voz baja, santa ocupación de que no osaba distraerle el tribuno, quien, no obstante, le revelaba el estado de su alma mirándole con ojos suplicantes. Por otra parte, en el angosto sendero que conducía á la cavidad subterránea, Pedro veíase de continuo obligado á detenerse por los fieles que le besaban las manos á el borde del vestido, por las madres que le presentaban á sus hijos, por los que, arrodillándose á sus pies y levantando en alto las hinternas, le pedían que les bendijera; y como además no pocos iban á su lado cantando himnos sagrados, era de todo punto imposible trabar conversación con él.

Pero en cuanto se hallaron en sitio desembarazado, el Apóstol, después de haber bendecido por tres veces á Roma, que perfectamente se veía, poblada de llamas, desde aquella altura, dijo á Vinicio:

— Puedes estar tranquilo. No lejos de aquí, en la cabaña de un cantero, encontraremos á Ligia con Lino y su fiel servidor,

pues Cristo, que te la ha destinado, púsola á salvo del incendio y vela por ella.

Al oír estas palabras, el tribuno se sintió desfallecer; se postró á los pies del Apóstol, abrazóse á sus rodillas, y así permaneció buen espacio de tiempo, mudo é inmóvil.

— ¡No; á mí, no!... ¡á Cristo! — exclamaba el Apóstol, queriendo sustraerse á tan efusivas muestras de veneración y de gratitud.

— ¡El más simpático de todos los dioses! — dijo Quilón, que iba á la zaga, al oír el nombre de Cristo — Pero, ¿qué hago yo ahora de las mulas?

Pedro cogió de la mano al tribuno y le dijo:

— ¡Levántate, y sígueme!

Vinicio obedeció. Tenía inundados de lágrimas los ojos y trémulos los labios, como si rezara.

El griego insistió:

— ¡Señor: ¿qué he de hacer con las mulas? Tal vez prefiera ese honorable profeta montar en una de ellas en vez de ir á pie...

El tribuno no sabía qué responder; pero como el Apóstol le había dicho que no estaba lejos la cabaña del cantero contestó:

— Devuélvelas á Macrino.

— Está bien, señor. Mas permítame que te recuerde la promesa de darme una casa en Ameria. En trances tan terribles como el de este descomunal incendio es muy fácil olvidar cosa tan insignificante.

— ¡Tendrás la casita!

— ¡Oh, excelso nieto de Numa Pompilio! No dudaba, no, de que me la darías; y ahora que ese magnánimo Apóstol ha oído tu promesa, no quiero recordarte siquiera que debe ir unida á la casa una viña... ¡La paz sea con vosotros! ¡Ya iré á buscarte, señor! ¡La paz sea con vosotros!

— ¡Y contigo! — contestaron Pedro y Vinicio mientras torcían hacia la derecha en dirección á las colinas.

Por el camino dijo el tribuno:

— Maestro y señor: pues amo á Cristo con todo mi corazón, lávame ya con el agua del bautismo para que con derecho pueda llamarme cristiano. Pronto estoy á hacer cuanto Él me mande y también cuanto me ordenes tú.

— Yo solo te ordeno que ames al prójimo como á ti mismo, porque únicamente así te harás agradable á los ojos del Redentor.

— ¡Ah, sí! ¡Bien comprendo la verdad de lo que me dices! Cuando era niño creía en los dioses de Roma, pero no los amaba; en cambio, amo tanto ahora al Dios único y verdadero que con gozo daría por Él la vida.

Y, levantando los ojos, quedóse como extático.

— ¡Porque es el único! ¡Porque es bueno y misericordioso! — repetía — ¡Ah! ¡Aunque se hunda el poder de Roma y perezca el mundo entero no adoraré ni serviré á otro Dios!

— Y Él te bendecirá á ti y bendecirá tu casa.

Pasaban á la sazón por una angostura en el extremo de la cual brillaba débilmente una luz que Pedro señaló al joven, mientras decía:

— He aquí la cabaña del cantero en que nos refugiamos cuando al volver del Ostriano con Lino enfermo no pudimos llegar al Transtevere.

Mas bien que cabaña era estrecha gruta, con la entrada protegida por un muro de arcilla y cañas. La puerta estaba cerrada; mas por una hendidura que servía de ventana veíase el interior iluminado por la lumbre del hogar.

Salióles al encuentro una figura colosal que preguntó:

— ¿Quién va?...

— Siervos de Cristo — contestó Pedro. — ¡La paz sea contigo, Urbano!

Este se arrodilló á los pies del Apóstol, y luego, habiendo reconocido á Vinicio, le cogió una mano y se la llevó á los labios.

— ¿Tú también, señor?... — exclamó — ¡Bendito sea el nombre del Cordero por la alegría que tendrá Calina al verte!

Con el semblante demacrado y pálido como el marfil, Lino yacía sobre un montón de paja, y Ligia, sentada cabe el hogar, parecía muy abstraída en la tarea de ir sacando de un cordelito una ristra de pescados que habían de servir para la cena de aquella noche. Creída de que Oso entraba solo, ni siquiera levantó los ojos; pero al oírse llamar por Vinicio, saltó del asiento con el rostro radiante de alegría, y, sin decir una palabra, como niño extraviado que después de muchos días de medrosa ansiedad encuentra repentinamente á sus padres, se echó en brazos del joven.

El tribuno la besó en la frente, y después de repetir con voz trémula de emoción cien veces su nombre, le explicó cuanto había hecho desde que salió de Ancio y cuanto había sufrido antes de que el Apóstol le condujese á la cabaña.

— Mas ahora... — prosiguió — ahora que por fin te he encontrado, no me apartaré ya más de tí, no te abandonaré en medio de tantos y tantos peligros. Esto es un infierno, Ligia mía, pues mientras las llamas devoran la Ciudad, en sus alrededores se libran continuos combates, y se roba, y se asesina... ¡Pero yo te salvaré, amada mía! ¡Quiero salvaros á todos! Marcharemos inmediatamente á Ancio, y allí nos embarcaremos para Sicilia. ¡Son vuestras mis tierras y mi casa! ¡Oye, vida mía! Estando los Aulo en aquella isla podré devolvete á Pomponia y recibirte después de ella como esposa. ¿Verdad que ya no te doy miedo?... No me han lavado todavía con las aguas del bautismo; pero preguntale á Pedro si no le he dicho ha poco que deseaba con toda el alma poderme llamar cristiano; si no le he suplicado que me bautizara, aunque sea en esta humilde choza. ¡Créeme, Ligia! ¡Deseo con ahinco abrazar tu religión! ¡Creedme! ¡Creedme todos!

Escuchábase la ingenua doncella con el rostro resplandeciente de alegría. Era tanta la inquietud y zozobra en que todos vivían, á causa de las persecuciones de los judíos, por un lado; del incendio y los desórdenes que le habían seguido, por otro, que la idea de partir para Sicilia la colmó de júbilo, haciéndole columbrar el término de sus angustias y desventuras y el principio de una nueva vida henchida de felicidad. Si Vinicio hubiese querido llevársela únicamente á ella se habría negado en redondo á seguirle para no separarse de Pedro y de Lino; pero Vinicio acababa de decir: « Venid todos conmigo; vuestras son mis tierras y mi casa, » y por ello Ligia, inclinando la cabeza, le besó la mano para expresarle su consentimiento y respondió:

— Dónde tú eres Cayo, yo soy Caya.

Pero dándose cuenta en seguida de que acababa de pronunciar inconscientemente la frase ritual de las nupcias romanas, se ruborizó y bajó la cabeza temerosa del juicio que de ella pudiesen formar los circunstantes.

Vinicio, después de dirigir á su amada una sonrisa apacible y tierna, manifestación sincera de su respetuoso cariño, se volvió á Pedro y dijo:

— Roma, sin duda alguna, está ardiendo por voluntad del César, pues en Ancio se lamentaba continuamente de no haber visto jamás el incendio de una gran ciudad. Y ¿quién os fía que un hombre capaz de semejante crimen no lo sea también de

ordenar que se pase á cuchillo á todos los habitantes? ¿Quién conoce las órdenes que ha dado á los soldados? ¿No es probable que después del incendio estalle la guerra civil, se cometan horribles actos de venganza y tengamos que sufrir el azote del hambre? Huyamos, pues; preservemos á Ligia de tan terribles calamidades. Aguardaremos en Sicilia el fin de la tormenta, y regresaremos luego, cuando os plazca, á esparcir de nuevo la buena semilla.

Como para corroborar las palabras de Vinicio, oyéronse, á lo lejos, por la parte del Campo Vaticano, gritos de terror y rabia. Y en aquel mismo instante entró el cantero cuya era la cabaña, y cerrando apresuradamente la puerta dijo:

— En las inmediaciones del Circo de Nerón corre á torrentes la sangre de los ciudadanos, á quienes dan caza turbas de gladiadores y de esclavos.

— ¡Ya lo oís! — exclamó Vinicio.

— Se ha colmado la medida — manifestó el Apóstol — y sobrevendrán calamidades inmensas como el mar.

Luego, volviéndose á Vinicio y señalando á Ligia, pronunció estas palabras:

— Llévate á esa inocente criatura que Dios te destinó para esposa y sálvala. Lino, que está enfermo, y Oso, pueden acompañaros.

Pero Vinicio, que había puesto en el Apóstol todo el cañiño de que era capaz su alma vehemente, exclamó:

— ¡No! ¡Jamás consentiré en dejarte aquí, expuesto á perecer!

— Y el Señor te bendecirá por tu buena acción — respondió Pedro — Pero ¿no me has oído explicar que á las orillas del lago de Tiberiades Cristo me dijo tres veces: «Apacienta mi rebaño?» Y si tú, que de nadie has recibido el encargo de velar por mi persona, no quieres abandonarme, ¿cómo quieres que yo abandone mi grey en el día de la aficción y del peligro? ¡Ah! no nos abandonó Él cuando la tempestad rugía sobre el lago y temblábamos nosotros de espanto. ¿Con qué razón, pues, yo, su humilde siervo, podría negarme á seguir el ejemplo del Señor?

Lino, levantando la demacrada faz, dijo:

— ¿Y con qué razón yo, ¡oh Vicario del Señor!, yo, tu siervo humilde, me sustraería á seguir tu ejemplo?

Vinicio se pasó la mano trémula por la frente, como si quisiera poner en orden los confusos pensamientos que á ella se

agolpaban, y cogiendo á Ligia de la mano pronunció con voz clara y distinta, en la que vibraba toda la energía de su corazón de soldado romano, estas palabras:

— ¡Oídme Pedro, Lino, y tú, Ligia! Hasta ahora he hablado conforme á los dictados de la razón humana; pero vosotros os dejáis guiar por una facultad superior que, despreciando los peligros y aficciones, os lleva á cumplir sin vacilación los mandatos de Dios. Por no haber tenido esto en cuenta he caído en el error. Como no se había rasgado todavía el velo que cubría mis ojos, hablaba por esta boca mi antigua naturaleza pagana. Pero amo á Cristo, quiero ser su siervo, y aunque sacrifique algo que tiene más valor y que me es más querido que mi propia existencia, me postro á vuestros pies y os juro que cumpliré yo también la santa ley de amor que ordena que no abandonemos á nuestros hermanos en el día de la aficción y del peligro.

Dicho esto se arrodilló y levantando los brazos y los ojos al cielo exclamó con voz animada por el fervor:

— ¿Te he comprendido ahora, Jesucristo? ¿Soy ahora digno de tí, Dios mío?

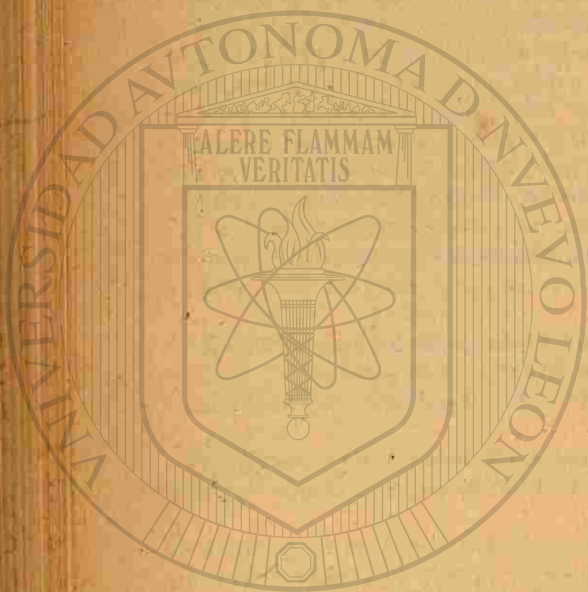
Temblábanle las manos, tenía llenos de lágrimas los ojos y estremeciase todo su ser, invadido por una oleada de amor puro y de fe ardiente.

El Apóstol cogió entonces una vasija de barro llena de agua, y, vertiéndola sobre la cabeza de Vinicio, pronunció solemnemente estas palabras:

— Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Anegada el alma de los presentes en éxtasis religioso, vieron inundarse de luz celeste la humilde cabaña y oyeron resonar en las alturas místicas armonías. La roca combada sobre sus cabezas se abrió, y por la hendidura descendieron del cielo legiones de ángeles alados, y en las profundidades del espacio infinito resplandeció una cruz, y dos manos diáfanas, traspasadas de clavos y teñidas de sangre, se movieron bendiciendo...

Continuaban llegando á la cabaña del cantero los gritos de coraje ó de angustia de los que sañudamente combatían allá abajo y el rumor fragoroso de la insaciable hoguera.



PARTE SÉPTIMA

I

El pueblo romano acampaba en los suntuosos jardines del César, que fueron de Domicio y de Agripina, en los de Pompeyo, de Salustio y de Mecenas, y en el Campo de Marte. Habían sido invadidos por la multitud los pórticos, los juegos de pelota, las magníficas quintas de recreo situadas en las cercanías de Roma y hasta las construcciones en donde se encerraban las fieras destinadas a los espectáculos circenses. Para saciar el hambre, el populacho dió prontamente cuenta de los animales que eran ornamento de los jardines; así de los pavos, cisnes, faisanes, ciervos, gacelas y antilopes, como de los avestruces y camellos. Eran tan abundantes las provisiones que llegaban de Ostia, que se podía ir de una a otra orilla del Tiber, como por un puente colosal, pasando por encima de los buques y barcazas que los transportaban. Vendíase el candel al precio inverosímil de tres sextercios y se repartía gratuitamente a los más pobres. Traíanse al propio tiempo cargamentos de vino, de aceite y de castañas, y llegaban todos los días de los vecinos montes rebaños de bueyes y de ovejas.

No faltaban, pues, provisiones, y sin duda los miserables que al estallar el incendio se hacían en las callejuelas de la Suburra comían ahora muchísimo mejor que antes. Mas si el hambre quedaba saciada y por este lado habíase conseguido conjurar el conflicto, no acontecía lo mismo en lo que atañe a la conservación del orden pues la confusión y el barullo en que estaba el pueblo, el desconcierto de los servicios públicos y la escasez de fuerza armada para contener la licencia, hacían

muy difícil evitar los latrocinios, el saqueo y las fechorías de todo género, tanto más cuanto que los criminales gritaban de continuo: «¡Viva el César!» y aplaudían á éste con frenesí donde quiera que apareciese. Durante la noche librábanse combates encarnizados, cómetíanse asesinatos, eran robados niños y mujeres. Cerca de la Puerta Mugonia, alrededor de un circuito donde se depositaba el ganado que había de sacrificarse para el consumo, se empeñaban verdaderas batallas, en las cuales perecían á centenares los combatientes. Las riberas del Tiber estaban llenas de cadáveres que nadie se cuidaba de enterrar y que, por efecto del calor de la estación y del incendio, se descomponían en seguida infestando la atmósfera de miasmas deletéreos. Las enfermedades iban en aumento; los más timoratos présagiaban una epidemia.

La Ciudad continuaba ardiendo. Hasta el sexto día, en que llegó el fuego á los espacios que para aislarlo se habían abierto derribando gran número de edificios, no empezó á decrecer. Mas era aún tan vivo el resplandor de las brasas que á nadie se le ocurría que estuviera próximo el fin del incendio; y, en efecto, en la séptima noche se avivaron las llamas por haber prendido en las casas de Tigelino; si bien, luego, consumido este combustible, se fueron lentamente extinguiendo.

En diversos puntos derrumbábanse los edificios devorados por el fuego, lanzando al aire enormes columnas de humo y chispas. Poco á poco iba cubriéndose la Ciudad de una capa de ceniza gris que dejaba entrever acá y acullá las enormes ascuas que formaban el rescoldo de la hoguera colosal, y ennegrecíanse las humeantes ruinas que resaltaban como gigantescos tizones. No volvió á teñirse en sangre el cielo después de la puesta de sol, y únicamente en la profunda obscuridad de la noche divisábanse de cuando en cuando azuladas y efímeras llamas que salían como lengüecillas del inmenso montón de cenizas.

De los catorce barrios de Roma sólo cuatro se salvaron, incluyendo entre ellos el Transtevere. Cuando todas las ascuas se hubieron convertido en cenizas, el espacio comprendido entre el Tiber y el Esquilino no fué sino una plaza dilatada, gris, melancólica, muerta, sobre la cual se erguían algunas ruinas que humeaban como antorchas funerarias. De día vagaban por la lúgubre plaza grupos de personas que

removían los escombros en busca de objetos preciosos ó de los restos de algún ser querido; de noche aullaban en ella los perros...

Las liberalidades del César no fueron bastantes á calmar el descontento y la cólera del pueblo. Habían quedado satisfechos solamente los malvados, los ladrones, la gente miserable y sin hogar que, gracias al incendio, se alimentaba bien y cometa impunemente todo linaje de excesos. Pero á los ciudadanos que perdieron familia y bienes en la catástrofe no era posible acallarles la sed de venganza con repartos de trigo y promesas de donativos y espectáculos; y, en lo que concierne á la de reedificar la Ciudad, eran muchos los que, exaltados por el amor patrio, se enfurecían al oír la voz, con insistencia propalada, de que el Emperador, por desprecio al nombre de Roma, quería llamar *Nerópolis* á la nueva capital.

No escapaba á la perspicacia de Nerón, á pesar de las serviles adulaciones de los augustales y de las mentiras de Tigelino, que la actitud airada de la plebe podría serle fatal, no ya por envolver el peligro de una revolución inmediata, sino más bien porque á faltarle el apoyo del pueblo en la guerra sorda, pero tenaz y empeñadísima, que, como sus predecesores, sostenía con los patricios y con el Senado, podía llegar á verse gravemente comprometido.

También temblaban los augustales porque, no menos que Nerón, eran blanco de las iras del pueblo, pues á sus instigaciones se atribuían los crímenes por aquél perpetrados. Tigelino tuvo el intento de hacer venir del Asia Menor algunas legiones, y Vatinió, que reía siempre á mandíbula batiente, hasta cuando le abofeteaban, había perdido por completo el buen humor, como Vitelio el apetito. Consultábanse unos á otros sobre la manera de conjurar el peligro, porque nadie ponía en duda que si la plebe se rebelaba no quedaría un augustal con vida, exceptuando acaso á Petronio.

Tigelino pidió consejo á Domicio Afro y aún á Séneca, á pesar de que le odiaba. Popéa, persuadida de que la caída de Nerón sería su sentencia de muerte, solicitaba también el dictamen de sus confidentes y aún el de los rabinos hebreos, dando con ello pábulo á la extendida creencia de que se había convertido á la religión judaica. Por su parte, el Emperador inventaba los más caprichosos y singulares expedientes, terroríficos algunos, irrisorios los más, y ora temblaba de miedo,

ora se entretenía como un niño, sin dejar nunca de lamentarse.

Un día se celebró consejo en el palacio de Tiberio, respetado por las llamas. Petronio sustentaba la opinión de que sin más dilaciones se debía emprender el viaje á Grecia y trasladarse desde allí á Egipto y al Asia Menor. El César acogió con entusiasmo esta proposición; pero Séneca, después de reflexionar un instante, observó:

—Nada más fácil que partir; pero ¿lo será igualmente volver?

—¡Por Hércules! — replicó Petronio. — Si es necesario, volveremos á la cabeza de las legiones del Asia.

—¡Así lo haré! — exclamó Nerón.

Tigelino manifestó algunas dudas, no porque fuese capaz de concebir otro proyecto más sensato, sino porque en modo alguno quería que Petronio apareciese de nuevo, en momentos críticos, como el único hombre capaz de salvarles á todos.

—Te ruego ¡oh, divino César! que me atiendas un instante — dijo. — El consejo que te da Petronio me parece descabellado y podría sernos funesto, porque es posible que antes de llegar á Ostia estallara la guerra civil y fuese proclamado emperador cualquier descendiente del divino Augusto. Y, ¿qué haríamos nosotros si las legiones se pusieran de su parte?

—Buscaremos la manera — contestó Nerón — de que no se halle ningún descendiente de Augusto. No me parece difícil deshacernos de los pocos que quedan.

—Ciertamente es muy fácil; pero, ¿crees tú que no puede proclamarse emperador á otra persona? Sin ir más lejos, ayer mis soldados oyeron entre el pueblo la voz de que muchos de sean sustituirte por Traseas.

Nerón se mordió los labios, y, alzando los ojos, exclamó:

—¡Oh, pueblo insaciable é ingrato! ¡Pues qué!; ¿no tiene trigo de sobra y fuego suficiente en ese inmenso horno para cocer sus tortas? ¿Qué más quiere?

—¡Venganza! — contestó Tigelino.

Siguió á esta palabra profundo silencio. De pronto el César se puso de pie y tendiendo los brazos, exclamó:

¡Oh grito de venganza, de víctimas sediento!

Y, olvidándose del apurado trance en que se hallaba, con la faz radiante de alegría, dijo:

—¡Pronto! ¡Una tablilla y el estilo! Quiero apuntar este verso. Jamás Lucano hizo otro igual. Como habréis advertido, lo he improvisado en un pestañear de ojos.

—¡Es asombroso! ¡Incomparable! — gritaron algunos.

Nerón, después de haber escrito el verso, murmuró:

—Si, la venganza tiene sed de víctimas...

Y mirando en torno suyo añadió en voz alta:

—¿Y si difundiéramos el rumor de que es Vatinio quien ha pegado fuego á Roma y lo abandonáramos al furor del pueblo?

—¡Oh, divino! ¿Y quién soy yo para representar un papel tan importante? — gimió muerto de miedo el aludido.

—Es verdad. Conviene buscar un personaje de más peso... ¡Ya caigo! ¡Vitelio!

Este se puso amarillo como la cera; pero en seguida, aparentando serenidad, se echó á reír y dijo:

—Mi grasa, señor, sólo serviría para avivar el incendio...

Nerón seguía buscando mentalmente una víctima, aunque no de la calidad de Vitelio, sino de tan elevada posición y tan odiada que pudiera realmente calmar las iras del pueblo. Así es que paseó la mirada por la estancia y de pronto la detuvo sobre el Prefecto del Pretorio, diciendo:

—¡Tigelino: tú eres el incendiario!

Estremeciéronse los augustales al oír estas palabras, porque comprendieron que el César hablaba formalmente entonces y que iban á presenciar una escena terrible.

El rostro de Tigelino se contrajo como el hocico de un perro que va á morder.

—¡Sí, yo soy el incendiario... yo he pegado fuego á Roma... mas por orden tuya! — contestó.

Y estuvieron mirándose fijamente durante un buen espacio. Era tan profundo el silencio en la sala que se hubiera oído el zumbido de una mosca.

—Tigelino — preguntó al fin Nerón: — ¿me quieres?

—¡Bien lo sabes tú, señor!

—Pues bien; ¡sacrificate por mí!

—¡Divino César! ¿Por qué me ofreces tan agradable licor, si sabes que no puedo llevar la copa á los labios? El pueblo está amotinado... ¿Quieres que se subleven también los pretorianos?

Los augustales se estremecieron al oír estas palabras, que constituían una amenaza en boca del Prefecto del Pretorio.

Nerón debió de entenderlo también así, pues su rostro se cubrió de mortal palidez.

En aquel momento entró Epatrodites, liberto del César, y suplicó á Tigelino que fuera en seguida á las habitaciones de la Augusta, donde había algunos hombres que acababan de hacer importantes revelaciones.

El Prefecto del Pretorio, hecha una reverencia al Emperador, salió muy tranquilo, como ufanándose de haberle enseñado los colmillos y bien persuadido de que contra él no se atrevería el cobarde dominador del mundo.

El César permaneció en silencio hasta darse cuenta de que los cortesanos esperaban ansiosamente que despegara los labios.

— ¡He cobijado en mi seno una serpiente! — dijo al fin.

Petronio hizo un ademán para indicar que á una serpiente como aquella no era difícil quebrantarle la cabeza.

— ¿Qué quieres decir?... ¡Habla!; Aconsejame! Únicamente en ti confío, porque aventajas á los demás en talento y me amas con lealtad — dijo Nerón.

El *Arbitro de las Elegancias* estuvo á punto de responder: «Nómbreme á mi Prefecto del Pretorio; para que el pueblo pueda saciar su sed de venganza le entregaré á Tigelino, y en un sólo día apaciguo la Ciudad.» Pero vencióle su natural indolencia y desistió de este propósito. La jefatura de los pretorianos involucraba la necesidad de cargar con las enojosas molestias de los negocios de Estado y con la persona del César, y Petronio prefería dedicarse á la lectura en su espléndida biblioteca, admirar vasos y estatuas, llevar una vida muelle y sibarítica. Así, pues, contestó:

— Insisto en aconsejarte el viaje á Grecia.

— ¡Ah! — replicó Nerón suspirando — Esperaba de ti dictamen más juicioso. Bien sabes que el Senado me odia; si parto, es muy posible que me destituya y proclame emperador á otro. El pueblo antes me era fiel; mas ahora se ha puesto de parte del Senado... ¡Ah! ¡Por el Hades... si Senado y pueblo tuviesen una sola cabeza! ..

— Permíteme observarte, divino César, que si deseas conservar la ciudad de Roma es preciso que conserves también algunos romanos — repuso irónicamente Petronio.

— ¿Y qué me importan á mi Roma y los romanos con tal que en la Hélada quieran oír mis cantos? Aquí estoy siempre

rodeado de traidores. No puedo confiar ni en mis mejores amigos... ¿No estáis vosotros mismos dispuestos á abandonarme?... ¡Ah! sí, sí; bien lo sé. Ni siquiera teméis el fallo de la posteridad, que necesariamente ha de ser severísimo con los que despreciaron á un artista de mi temple.

De súbito interrumpió estas lastimosas quejas, y dándose un golpe en la frente añadió:

— ¡Oh! hago mal en olvidarme de quien soy. El peligro me había hecho perder el sentido de la realidad...

Y, dirigiéndose á Petronio con semblante risueño, agregó:

— ¿No crees tú que de la misma guisa que Orfeo amansaba con la música las fieras, lograría yo calmar el furor del pueblo si cogiera mi laúd, y, plantándome en el Campo de Marte, cantara las estrofas que os canté á vosotros durante el incendio?

Tulio Seneción observó:

— No hay duda, César; calmarías su irritación si te oyera; pero la dificultad está en que te dejen empezar.

— ¡Oh!... entonces... ¡vámonos á Grecia!

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras cuando entró Popea seguida de Tigelino. Todas las miradas se concentraron sobre ellos porque jamás triunfador alguno al subir al Capitolio mostró tanta altivez y orgullo como Tigelino en aquel momento. Erguido con cierta gallardía delante del César, habló sosegadamente, con voz clara y vibrante, si bien á ratos tenía estridores como el hierro mordido por la lima.

— ¡Oye, César! Al fin he encontrado lo que deseabas. Tiene el pueblo sed de venganza y pide víctimas; pero no una, sino centenares, millares de ellas... ¿Has oído hablar, señor, de un tal Cristo que fué crucificado en Judea por Poncio Pilatos? ¿Sabes quienes son los cristianos? ¿No tienes noticia de sus iniquidades, de sus crímenes, de sus repugnantes ceremonias? ¿Ignoras tal vez sus profecías de que el mundo ha de perecer consumido por el fuego? ¡El pueblo les odia y empieza á sospechar de ellos! Nunca se les ha visto en nuestros templos, porque reputan por espíritus malignos á los dioses de Roma; tampoco asisten á los juegos del Circo, porque los menosprecian. Ningún cristiano te aplaudió jamás; ninguno ha querido reconocerte como dios. Son enemigos del género humano y como tales enemigos de la Ciudad y enemigos tuyos. Se ha sublevado el pueblo contra tí sin razón alguna, porque ni tú, César, orde-

naste prender fuego á Roma, ni yo, por consiguiente, pude cumplir el mandato... Pero es preciso dar satisfacción á sus deseos. Tiene sed de sangre y de espectáculos y hay que saciarla. Sospecha de ti y hay que desvanecer la sospecha.

Al principio Nerón escuchó asombrado á Tigelino; pero luego, transmutándosele la faz histriónica, expresó sucesivamente la ira, la piedad y la indignación. De pronto saltó del asiento, dejando caer la toga, tendió las manos al cielo, y así permaneció, en actitud suplicante, un buen rato. Después, con voz trágica, pronunció estas palabras:

— ¡Oh Zeus, Apolo, Hera, Atenea, Proserpina y todos vosotros, dioses inmortales! ¿Por qué no nos distéis á tiempo testimonio de vuestra protección? ¿Qué les habia hecho esta desgraciada Ciudad á esos hombres de corazón perverso? ¿Por qué esos miserables la han maltratado tan cruelmente?

— ¡Son enemigos del género humano y enemigos tuyos! — exclamó Popea.

Algunos de los presentes gritaron:

— ¡Justicia! ¡Castiga sin piedad á los incendiarios! ¡Los dioses claman venganza!

Nerón volvió á sentarse, é inclinando la cabeza sobre el pecho permaneció mudo é inmóvil un instante, como si la noticia del abominable crimen le hubiese anonadado. Pero de repente se levantó, y moviendo los brazos púsose á gritar:

— Pero ¿con qué penas, con qué tormentos puede ser castigada tanta iniquidad?... ¡Ah! Espero que los dioses me inspirarán y que con la ayuda de las potencias infernales podré dar á mi pueblo un espectáculo de tal magnitud que durante siglos los romanos hablarán de mí con agradecimiento y encomio.

Petronio se sobresaltó al oír estas palabras, pues no podía ya caberle duda de que corrían peligro las cabezas de Ligia, de Vinicio y de todos los cristianos. Cierta que no admitía su doctrina; pero, además de estar bien seguro de su inocencia, sospechó que su persecución daría lugar á una de aquellas sanguinarias orgías que tanto repugnaban á su alto sentido estético: «Es preciso que salve á Vinicio, pensó. ¡Desdichado! Perdería el juicio si le matasen á su amada.» Y esta consideración se sobrepuso á todas las demás, aunque estaba bien convencido de que iba á empeñar una partida en que probablemente saldría vencido y descalabrado.

Habló con desenvoltura y negligencia, como solía hacer siempre que criticaba ó ridiculizaba los propósitos descabellados de Nerón ó de alguno de los augustales.

— ¡Conque habéis encontrado víctimas! — dijo. — ¡Perfectamente! Sois muy dueños ahora de arrojarlas á la arena ó de revestirlas con la *túnica molesta* (1) ¡Está bien! ¡Pero antes, oidme! En vuestras manos está la autoridad; en las de los pretorianos la fuerza. No arriesgaréis nada, pues, con ser sinceros, ya que ninguna persona extraña os escucha. Engañad, enhorabuena á la muchedumbre; pero no os engaños á vosotros mismos. Entregad, cuando queráis, á los cristianos al pueblo para que pueda éste saciar su sed de venganza; infigidles horribles tormentos, si os place; pero tened á lo menos el valor de confesar que no son ellos quienes pegaron fuego á Roma... ¡Qué ignominia! Me llamáis *Arbitro de las Elegancias*; reputáisme por hombre de refinado gusto. Pues bien; permitidme que os diga que no puedo soportar comedias tan ridículas. ¡Ah! ¿Sabéis lo que me recuerda todo esto? Pues á los payasos de la Puerta Asinaria, los cuales se visten de dioses y de reyes para divertir á la plebe, y, una vez terminado el espectáculo, cubiertos de harapos se comen un cacho de pan con cebolla, remojado con un vaso de vino acedo, en cualquier tabernucho. ¡Sed vosotros verdaderos dioses y verdaderos reyes, porque, á fe mía, bien podéis permitirlos este placer! En cuanto á ti, César, puesto que has hablado de la posteridad, no olvides que también ésta ha de pronunciar su fallo acerca de tu conducta; y por la divina Clío te juro que no podrá dejar de serte favorable. «¡Nerón, señor del mundo, dirá; Nerón, el divino, incendió á Roma, porque era omnipotente en la tierra, como lo es Júpiter en el Olimpo. Nerón amaba la poesía de tal suerte que á ella sacrificó la patria. Desde la creación del mundo, nadie, absolutamente nadie, se atrevió á acometer tan alta empresa!» ¡Esto dirá la posteridad, César! Yo te conjuro, pues, en nombre de las nueve *libethrides* (2) á que no menosprecies una gloria por virtud de la cual hasta la consumación de los siglos resonarán en el mundo cánticos en tu loor. ¿Qué será Priamo comparado contigo?,

(1) *Túnica molesta* ó *dolorosa* era la que, convenientemente azufrada se ponía á ciertos criminales para quemarlos vivos.

(2) Las musas. Se les dió este nombre por estarles consagrada la fuente de Macedonia llamada *Libethra*.

¿qué Agamenón?, ¿qué Aquiles?, ¿qué los mismos dioses?... Que haya sido el incendio cosa buena ó mala... á nosotros no debe preocuparnos. Bástenos saber que ha resultado un espectáculo bello, grandioso, extraordinario. Por otra parte, yo te fío que el pueblo no te odia ni osará revolverse contra ti. ¡Ten, pues, valor! ¡No realices un acto indigno de ti! ¡Que las generaciones venideras no puedan decir: «Nerón incendió á Roma, sí; pero después, obrando como tímido César y pusilánime poeta, declinó los honores anejos á tan heroica empresa, atribuyéndola á gente misera é inocente!»

Las palabras de Petronio en las ocasiones solemnes causaban generalmente profunda impresión en el ánimo del Emperador; pero esta vez el *Arbitro de las Elegancias* no se forjaba ilusiones, pues demasiado comprendía que el recurso extremo de que acababa de hacer uso para salvar á los cristianos podía fácilmente no producir otro efecto que hacerle caer á él para siempre de la gracia del César.

Con todo, no le preocupó ni un momento esta contingencia, sea porque amaba audazmente el peligro, sea porque andaba de por medio en el asunto Vinicio, á quien tenía entrañable afecto: «Están echados los dados, dijo entre sí, y pronto veremos si en ese mico es más poderoso el miedo de perder el pellejo que el amor á la gloria.» Convencido estaba, no obstante, de que triunfaría el miedo.

Después de su discurso reinó durante largo rato en la estancia sepulcral silencio. Todos miraban con ansiedad al César, quien, como de costumbre en los momentos de irresolución, alargaba los labios, levantándolos al mismo tiempo hasta tocarse con ellos la nariz.

Al cabo, en su rostro se reflejaron la contrariedad y el enojo. Advirtiéndolo Tigelino y apresuróse á decir:

— Señor: permíteme que me aleje, pues no puedo oír sin indignación que se te induzca á desafiar el peligro y que te llamen cobarde César, pusilánime poeta, incendiario é histrión.

— ¡He perdido! — pensó Petronio. Pero, sin inmutarse, se volvió á Tigelino, y midiéndole con una mirada que contenía todo el desprecio que era capaz de sentir un patricio, á la vez hombre culto y elegante, por un bellaco, dijo:

— Tigelino; te he llamado histrión á tí, porque en este momento lo eres.

— ¿Acaso porque no quiero oír tus insolencias?

— Porque muestras ahora por el César ilimitado afecto, á pesar de que un momento antes le has amenazado con sublevar á los pretorianos. Lo hemos entendido todos y lo ha entendido también el Emperador.

No esperaba Tigelino esta salida, que le desconcertó y le hizo palidecer. Pero fué el último triunfo del *Arbitro de las Elegancias* sobre su rival, pues Popea, saliendo en defensa de éste, dijo á Nerón:

— ¡Señor! ¿Cómo permites que germine en tu presencia una sospecha semejante, y, sobre todo, que alguien sea osado á manifestarla?

— ¡Castiga al insolente! — gritó Vitelio.

Nerón, alargando de nuevo los labios hasta tocarse con los bordes de ellos la nariz, miró á Petronio con sus ojos vidriosos:

— ¿Es así como pagas el cariño que siempre te he profesado?... — le dijo con acento melancólico.

— Si me he equivocado, pruébame — contestó Petronio; — mas ten por cierto que cuanto he dicho me lo ha dictado el amor que te profeso.

— ¡Castiga al insolente! — repitió Vitelio.

— ¡Sí, castígale! — exclamaron otros.

Prodújose en el atrio cierta confusión, acompañada de fuertes murmullos. Todos los cortesanos se retiraron del lado de Petronio, incluso Tulio Senección y el joven Nerva que le habían demostrado siempre gran amistad. En un abrir y cerrar de ojos Petronio quedó sólo á la izquierda del atrio. Con la sonrisa en los labios, arreglándose con indolente mano los pliegues de la toga, esperaba la decisión del Emperador.

— Queréis que le castigue — dijo éste; — pero es mi amigo y camarada, y aunque haya herido cruelmente mi corazón quiero que sepa que para los amigos en este corazón no hay sino clemencia.

— ¡He perdido y... estoy perdido! — pensó Petronio.

Nerón se levantó. Había terminado el consejo.

II

Encaminóse Petronio á su casa, mientras Nerón y Tigelino pasaban al atrio de Popea, donde les esperaban los hombres

¿qué Agamenón?, ¿qué Aquiles?, ¿qué los mismos dioses?... Que haya sido el incendio cosa buena ó mala... á nosotros no debe preocuparnos. Bástenos saber que ha resultado un espectáculo bello, grandioso, extraordinario. Por otra parte, yo te fío que el pueblo no te odia ni osará revolverse contra ti. ¡Ten, pues, valor! ¡No realices un acto indigno de ti! ¡Que las generaciones venideras no puedan decir: «Nerón incendió á Roma, sí; pero después, obrando como tímido César y pusilánime poeta, declinó los honores anejos á tan heroica empresa, atribuyéndola á gente misera é inocente!»

Las palabras de Petronio en las ocasiones solemnes causaban generalmente profunda impresión en el ánimo del Emperador; pero esta vez el *Arbitro de las Elegancias* no se forjaba ilusiones, pues demasiado comprendía que el recurso extremo de que acababa de hacer uso para salvar á los cristianos podía fácilmente no producir otro efecto que hacerle caer á él para siempre de la gracia del César.

Con todo, no le preocupó ni un momento esta contingencia, sea porque amaba audazmente el peligro, sea porque andaba de por medio en el asunto Vinicio, á quien tenia entrañable afecto: «Están echados los dados, dijo entre sí, y pronto veremos si en ese mico es más poderoso el miedo de perder el pellejo que el amor á la gloria.» Convencido estaba, no obstante, de que triunfaría el miedo.

Después de su discurso reinó durante largo rato en la estancia sepulcral silencio. Todos miraban con ansiedad al César, quien, como de costumbre en los momentos de irresolución, alargaba los labios, levantándolos al mismo tiempo hasta tocarse con ellos la nariz.

Al cabo, en su rostro se reflejaron la contrariedad y el enojo. Advirtiolo Tigelino y apresuróse á decir:

—Señor: permíteme que me aleje, pues no puedo oír sin indignación que se te induzca á desafiar el peligro y que te llamen cobarde César, pusilánime poeta, incendiario é histrión.

—¡He perdido!—pensó Petronio. Pero, sin inmutarse, se volvió á Tigelino, y midiéndole con una mirada que contenía todo el desprecio que era capaz de sentir un patricio, á la vez hombre culto y elegante, por un bellaco, dijo:

—Tigelino; te he llamado histrión á tí, porque en este momento lo eres.

—¿Acaso porque no quiero oír tus insolencias?

—Porque muestras ahora por el César ilimitado afecto, á pesar de que un momento antes le has amenazado con sublevar á los pretorianos. Lo hemos entendido todos y lo ha entendido también el Emperador.

No esperaba Tigelino esta salida, que le desconcertó y le hizo palidecer. Pero fué el último triunfo del *Arbitro de las Elegancias* sobre su rival, pues Popea, saliendo en defensa de éste, dijo á Nerón:

—¡Señor! ¿Cómo permites que germine en tu presencia una sospecha semejante, y, sobre todo, que alguien sea osado á manifestarla?

—¡Castiga al insolente!—gritó Vitelio.

Nerón, alargando de nuevo los labios hasta tocarse con los bordes de ellos la nariz, miró á Petronio con sus ojos vidriosos:

—¿Es así como pagas el cariño que siempre te he profesado?...—le dijo con acento melancólico.

—Si me he equivocado, pruébame lo—contestó Petronio;—mas ten por cierto que cuanto he dicho me lo ha dictado el amor que te profeso.

—¡Castiga al insolente!—repitió Vitelio.

—¡Si, castigale!—exclamaron otros.

Prodújose en el atrio cierta confusión, acompañada de fuertes murmullos. Todos los cortesanos se retiraron del lado de Petronio, incluso Tulio Senección y el joven Nerva que le habían demostrado siempre gran amistad. En un abrir y cerrar de ojos Petronio quedó sólo á la izquierda del atrio. Con la sonrisa en los labios, arreglándose con indolente mano los pliegues de la toga, esperaba la decisión del Emperador.

—Queréis que le castigue—dijo éste;—pero es mi amigo y camarada, y aunque haya herido cruelmente mi corazón quiero que sepa que para los amigos en este corazón no hay sino clemencia.

—¡He perdido y... estoy perdido!—pensó Petronio.

Nerón se levantó. Había terminado el consejo.

II

Encaminóse Petronio á su casa, mientras Nerón y Tigelino pasaban al atrio de Popea, donde les esperaban los hombres

que antes habían hablado con ésta y con el Prefecto del Pretorio. Eran dos rabinos del Transtevere, envueltos en amplias y ricas vestiduras y cubierta la cabeza con mitra, acompañados de un joven escriba y de Quilón Quilónides. Pálidos de emoción, en cuanto vieron al César levantaron las manos á la altura de los hombros é inclináronse profundamente.

— ¡Salve, rey de los reyes! — dijo el más anciano — ¡Salve, señor del mundo, protector del pueblo escogido! Eres, César, grande y fuerte entre los hombres, como el león entre las fieras. Tu imperio es como la luz del sol, como el cedro del Líbano, como la fuente de agua viva, como la fecunda palmera, como el bálsamo de Jericó...

— Pero... ¿no me dáis el nombre de dios? — preguntó Nerón.

Los rabinos palidieron todavía más, y el que antes había hablado continuó diciendo:

— Es tu palabra ¡oh, señor omnipotente! dulce como la uva y el higo maduro, porque Jehová llenó de bondad tu corazón. Cayo César, uno de tus antecesores, era severo é inflexible; no obstante, nuestros emisarios se negaron á darle el nombre de dios, prefiriendo la muerte á la profanación del nombre del Altísimo y de su santa Ley.

— Pero con seguridad Calígula ordenaría que fuesen arrojados á los leones?...

— No, monarca de los monarcas. Cayo César no se atrevió á desafiar la cólera de Jehová.

Al decir estas palabras irguieron la cabeza y clavaron osadamente los ojos en los del César, como para demostrar que contando con la ayuda y protección de Jehová no les intimidaba la fuerza formidable del Imperio Romano.

Nerón les preguntó:

— ¿Acusáis á los cristianos de haber incendiado á Roma?

— Nosotros ¡oh rey de los reyes! les acusamos solamente de ser enemigos de nuestra santa Ley, enemigos del género humano, enemigos de Roma, y, por tanto, enemigos tuyos, como también de que amenazaban, desde hace largo tiempo, con la destrucción, por el fuego, de la Ciudad y el mundo entero. Lo demás te lo explicará este hombre, cuyos labios jamás han sido mancillados por la mentira, pues por las venas de su madre corría la sangre del pueblo elegido.

El Emperador se volvió á Quilón y le preguntó:

— ¿Y tú, quién eres?

— Un admirador tuyo, Osiris... y un pobre estoico.

— Me enojan los estoicos — repuso Nerón. — Profeso un odio mortal á Traseas, Musonio y Cornuto; me repugnan sus discursos, su desprecio del arte, su afectada pobreza y la suciedad de que hacen gala.

— ¡Oh, señor! Séneca, tu maestro, posee mil mesas de cedro, y cuando á tí te plazca tendré yo el doble, pues real y verdaderamente soy estoico por necesidad. Si tú ¡oh, estrella rutilante! adornases mi estoicismo con una corona de rosas y me pusieras delante un jarro de buen vino, te cantara yo á Anacreonte de manera que el más refinado y alegre de los epicúreos quedarase tamañito.

Nerón, á quien halagó el epíteto de estrella rutilante, dijo sonriendo:

— Eres agudo y me has caído en gracia.

— Vale tanto oro como pesa — observó Tigelino.

— Procura, sin embargo, añadir al mío el peso de tus liberalidades, si no quieres que el viento se me lleve — advirtió Quilón.

— Ciertamente no pesas tanto como Vitelio — repuso el César.

— ¡Por supuesto! Mi espíritu no es de plomo, divino Apolo.

— Veo que tu ley no te prohíbe llamarme dios.

— ¡Oh, inmortal! Mi ley eres tú, y como los cristianos abominan de ella les he tomado ojeriza.

— Bien, ¿y qué sabes de los cristianos?

— ¿Me permites llorar, divino?

— No; el llanto me fastidia.

— Te sobra la razón; porque los ojos que tienen la dicha de contemplarte no deben derramar lágrimas. ¡Defiéndeme, pues, señor, de mis mortales enemigos!

— Cuéntanos lo que sabes de los cristianos — interrumpió Popea, impaciente.

— Voy á obedecerte ¡oh, Isis! — contestó Quilón. — Desde los primeros años de mi existencia estoy consagrado al estudio de la Filosofía, buscando la verdad, así en las obras de los antiguos sabios venerables como en la Academia de Atenas y en el templo de Serapis, de Alejandria. Noticioso de la aparición de los cristianos y creyendo que se trataba de una nueva escuela en la cual pudiera acaso encontrar algunas partículas de la verdad por mí tan ansiosamente buscada, me puse en relación con ellos... por mi desgracia. El primer cristiano á quien mi mala estrella me hizo conocer fué un médico de Nápoles llamado

Glauco. Por él supe, andando el tiempo, que los cristianos adoran á un tal *Chrestos*, el cual les prometió exterminar al linaje humano arrasando todas las ciudades y dejarles á ellos únicos pobladores y dueños de la tierra, á cambio de la ayuda que le prestaran en la nefanda obra de aniquilar á los hijos de Deucalión. He aquí porque odian á los hombres, envenenan el agua de los pozos y dirigen en sus plegarias imprecaciones contra Roma y contra los templos en que son adorados nuestros dioses. Cristo fué crucificado; mas prometió á sus adeptos volver á la tierra luego que Roma hubiese sido devastada por el fuego y dar á los cristianos el señorío del mundo.

—Ahora comprenderá el pueblo porque Roma ha sido devorada por las llamas — interrumpió Tigelino.

—Muchos lo saben ya, señor — continuó Quilón — porque durante estos días he andado por los diversos jardines y por el Campo de Marte explicando á todo el mundo lo que hace al caso. Pero oídme hasta el fin y sabréis los motivos de mi venganza... El médico Glauco tuvo buen cuidado de callar al principio que su doctrina ordenase odiar al género humano; antes, por el contrario, me dijo que Cristo era una divinidad misericordiosa y bienhechora; que el fundamento de su religión consistía en el amor al prójimo, y, como yo tengo el corazón muy sensible, me entregué por entero á Glauco, partiendo con él el último cacho de pan y el último dinero, prestándole fe absoluta y amándole entrañablemente. ¿Y quieres saber ¡oh, señor omnipotente! como me pagó tanta magnanimidad y tantos sacrificios? Pues en ocasión que veníamos de Nápoles á Roma me hirió con un cuchillo, apoderóse de mi mujer y de mi hijo y los vendió á unos traficantes en esclavos. ¡Ah, si Sófoeles hubiese conocido los trágicos sucesos de mi vida!... Mas ¿qué digo? si quien me escucha es un genio muy superior á Sófoeles.

—¡Desdichado! — exclamó Popea.

—Quien tuvo la fortuna de ver siquiera una vez á Afrodita no puede ser desdichado; y yo la veo en este momento... Traté por el pronto de encontrar consuelo á mis pesares en la Filosofía; pero una vez en Roma procuré ponerme en relación con los ancianos de la comunidad cristiana, esperando que me harían justicia y exigirían de Glauco que me devolviese á mi mujer. Por esta razón conocí á su gran sacerdote, y también á un tal Pablo, que había estado algún tiempo en la cárcel, á los hijos del Zebedeo, á Lino, á Cleto y á otros muchos. Sé donde se

reunían antes del incendio, sé donde se reúnen ahora, y podría acompañaros á unas excavaciones de la colina Vaticana y á un cementerio situado más allá de la puerta Nomentana, en donde celebran sus abominables ritos. En aquellos lugares he visto al Apóstol Pedro; he visto también á Glauco que degollaba niños para que el primero pudiese asperjar con su sangre la cabeza de los sectarios que le rodeaban, y, en fin, he visto á Ligia, una jovencita criada en casa de Pomponia Grecina, que se vanagloriaba de haber provocado por medio de sortilegios la muerte de una niña augusta, con lo cual sin duda se refería á tu divina hija, desconsolada Isis.

—¿Has oído, César? — gritó Popea.

—¿Es posible? — gimió Nerón.

—Yo hubiera perdonado las propias ofensas — añadió el griego; — pero al oír las palabras de Ligia á punto estuve de traspasarla con un cuchillo. Por desgracia, el noble Vinicio, que la ama, me lo impidió.

—¡Vinicio! ¿Pero no se le había escapado?

—Sí, se le había escapado; pero el tribuno no paró hasta encontrarla, porque no podía vivir sin ella. Por un miserable estipendio le ayudé á buscarla y logré descubrir su refugio. Entonces fuimos allá, en compañía de tu atleta Crotón, para arrebatársela á los cristianos; pero el atleta fué muerto por Oso, un esclavo de Ligia, hombre de extraordinaria fuerza, que retuerce el pescuezo de un toro con la misma facilidad que otro rompe el tallo de una adormidera. Por esto le tenían en gran aprecio Aulo y Pomponia...

—¡Voto á Hércules! — exclamó el César. — El mortal que estranguló á Crotón bien merece que le levanten una estatua en el Foro. Pero tú, ó te equivococas, ó mientes, porque el atleta murió á manos de Vinicio.

—He aquí como engañan los hombres á los dioses... Con mis propios ojos ¡oh, divino César! vi como se quebrantaban los huesos de Crotón entre los brazos hereúleos del ligio, quien, de un puñetazo, derribó acto continuo á Vinicio y de seguro le habría matado también á no intervenir en su favor Ligia. A consecuencia del golpe, Vinicio estuvo durante mucho tiempo enfermo y los cristianos le atendieron y curaron cuidadosamente, movidos por la esperanza de convertirle. Y, en efecto, se ha hecho cristiano.

—¿Cómo?... ¿Vinicio?

—Sí.

—¿Y acaso, también, Petronio?—preguntó con ansiedad Tigelino.

Quilón, frotándose las manos, respondió:

—Admiro tu perspicacia, señor. ¡Oh!... es muy posible; nada tan fácil.

—Ahora comprendo porque defendía á los cristianos con tanto calor.

Nerón se echó á reír.

—¿Cristiano Petronio?... —exclamó— ¿Petronio enemigo de la vida y de los placeres? ¡Ea! no digáis tonterías ni tratéis de persuadirme de semejante absurdo, pues de lo contrario no daré crédito á ninguna de vuestras palabras.

—Pero que se ha convertido al Cristianismo el noble Vinicio no lo pongas en duda. Te lo juro por la luz que irradias, y ten por cierto que detesto la mentira. Pomponia es cristiana, cristiano el hijo de Aulo, cristianos Ligia y Vinicio. A éste le he servido lealmente, y en recompensa me ha hecho apalear, á instigación del médico Glauco, sin que le movieran á piedad mis años ni el verme enfermo y hambriento. Entonces juré por el Averno no olvidar la ofensa. ¡Ah, señor! Venga las injurias que se me han inferido, y yo te entregaré al Apóstol Pedro, y á Lino, y á Cleto, y á Glauco, y á Crispo, y á todos los ancianos de la comunidad, y con ellos á Ligia y á Oso; los pondré en vuestras manos á centenares, á miles; os llevaré á las casas donde se reúnen para orar, á sus cementerios... Las cárceles de Roma serán insuficientes para contenerlos... Hasta ahora, en vano he buscado consuelo á mis desdichas en la Filosofía; haced que desde este momento lo encuentre en los dones y en los favores que á manos llenas derramáis sobre mí... Soy viejo ya, y aún no he gozado de la vida... ¡Estoy tan necesitado de descanso!...

—A la cuenta tú quieres ser estoico ante bien provista mesa —observó Nerón.

—Natural es que quien te sirve pueda vivir con holgura.

—No andas descaminado.

Popea no cabía en sí de gozo al pensar que al cabo podría vengarse de Vinicio y de Ligia. Al primero guardábale rencor por su frialdad despreciativa en la aventura del lago de Agripa, y odiaba cordialmente á la joven princesa por ver en ella una rival, la única mujer que á la sazón en Roma la superaba en belleza.

—¡César! —exclamó:— ¡venga sin compasión la muerte de nuestra hija!

—¡Sí, sí, apresuraos —añadió Quilón,— no sea que Vinicio entre en sospechas y la esconda. Yo os enseñaré la casa en donde se ha refugiado después del incendio.

—Pondré diez hombres á tus órdenes é irás allá al momento —dijo Tigelino.

—¡Ah, señor! ¡Cómo se conoce que no viste á Crotón entre los brazos de Oso! Si me haces acompañar por cincuenta hombres, desde lejos les indicaré la casa; pero si á la vez no os apoderáis de Vinicio, estoy perdido.

Tigelino miró á Nerón y preguntó:

—¿No sería conveniente acabar de una vez con tío y sobrino?

Nerón, después de reflexionar un momento, dijo:

—No; todavía no. Nadie creería que Petronio, Vinicio y Pomponia Grecina, que tenían casas suntuosas en Roma, son los incendiarios... Ya les llegará el turno. Ahora nos conviene otro género de víctimas.

—Concédeme, pues, una sección de pretorianos para la guarda de mi persona —repuso Quilón.

—Tigelino cuidará de eso.

—En el interin —respondió éste— vivirás en mi casa.

—Y yo os entregaré á todos los cristianos... ¡á todos! Pero no hay que perder tiempo. ¡Apresuraos! —dijo Quilón con voz firme y el rostro radiante de alegría.

III

Petronio, después del consejo, se hizo llevar á su casa, la cual, gracias á hallarse circuida por los lados y la fachada posterior de jardines y á dar la anterior al Foro Ceciliano, había sido respetada por el fuego. Por esta razón, los demás augustales que en el incendio habían perdido vivienda, obras de arte y riquezas, le llamaban hombre de suerte, epíteto que no podía causarle la menor extrañeza, pues hacia tiempo que le daban el de «hijo predilecto de la Fortuna»; y con motivo, ya que el César le distinguía con íntima y cordial amistad. No obstante, el hombre de suerte, el hijo predilecto de la Fortuna, se veía á la sazón precisado á meditar en la inconstancia de su madre ó

—Sí.

—¿Y acaso, también, Petronio?—preguntó con ansiedad Tigelino.

Quilón, frotándose las manos, respondió:

—Admiro tu perspicacia, señor. ¡Oh!... es muy posible; nada tan fácil.

—Ahora comprendo porque defendía á los cristianos con tanto calor.

Nerón se echó á reír.

—¿Cristiano Petronio?... —exclamó— ¿Petronio enemigo de la vida y de los placeres? ¡Ea! no digáis tonterías ni tratéis de persuadirme de semejante absurdo, pues de lo contrario no daré crédito á ninguna de vuestras palabras.

—Pero que se ha convertido al Cristianismo el noble Vinicio no lo pongas en duda. Te lo juro por la luz que irradias, y ten por cierto que detesto la mentira. Pomponia es cristiana, cristiano el hijo de Aulo, cristianos Ligia y Vinicio. A éste le he servido lealmente, y en recompensa me ha hecho apalear, á instigación del médico Glauco, sin que le movieran á piedad mis años ni el verme enfermo y hambriento. Entonces juré por el Averno no olvidar la ofensa. ¡Ah, señor! Venga las injurias que se me han inferido, y yo te entregaré al Apóstol Pedro, y á Lino, y á Cleto, y á Glauco, y á Crispo, y á todos los ancianos de la comunidad, y con ellos á Ligia y á Oso; los pondré en vuestras manos á centenares, á miles; os llevaré á las casas donde se reúnen para orar, á sus cementerios... Las cárceles de Roma serán insuficientes para contenerlos... Hasta ahora, en vano he buscado consuelo á mis desdichas en la Filosofía; haced que desde este momento lo encuentre en los dones y en los favores que á manos llenas derramáis sobre mí... Soy viejo ya, y aún no he gozado de la vida... ¡Estoy tan necesitado de descanso!...

—A la cuenta tú quieres ser estoico ante bien provista mesa —observó Nerón.

—Natural es que quien te sirve pueda vivir con holgura.

—No andas descaminado.

Popea no cabía en sí de gozo al pensar que al cabo podría vengarse de Vinicio y de Ligia. Al primero guardábale rencor por su frialdad despreciativa en la aventura del lago de Agripa, y odiaba cordialmente á la joven princesa por ver en ella una rival, la única mujer que á la sazón en Roma la superaba en belleza.

—¡César!—exclamó:— ¡venga sin compasión la muerte de nuestra hija!

—¡Sí, sí, apresuraos—añadió Quilón,—no sea que Vinicio entre en sospechas y la esconda. Yo os enseñaré la casa en donde se ha refugiado después del incendio.

—Pondré diez hombres á tus órdenes é irás allá al momento —dijo Tigelino.

—¡Ah, señor! ¡Cómo se conoce que no viste á Crotón entre los brazos de Oso! Si me haces acompañar por cincuenta hombres, desde lejos les indicaré la casa; pero si á la vez no os apoderáis de Vinicio, estoy perdido.

Tigelino miró á Nerón y preguntó:

—¿No sería conveniente acabar de una vez con tío y sobrino?

Nerón, después de reflexionar un momento, dijo:

—No; todavía no. Nadie creería que Petronio, Vinicio y Pomponia Grecina, que tenían casas suntuosas en Roma, son los incendiarios... Ya les llegará el turno. Ahora nos conviene otro género de víctimas.

—Concédeme, pues, una sección de pretorianos para la guarda de mi persona—repuso Quilón.

—Tigelino cuidará de eso.

—En el interin—respondió éste—vivirás en mi casa.

—Y yo os entregaré á todos los cristianos... ¡á todos! Pero no hay que perder tiempo. ¡Apresuraos! —dijo Quilón con voz firme y el rostro radiante de alegría.

III

Petronio, después del consejo, se hizo llevar á su casa, la cual, gracias á hallarse circuida por los lados y la fachada posterior de jardines y á dar la anterior al Foro Ceciliano, había sido respetada por el fuego. Por esta razón, los demás augustales que en el incendio habían perdido vivienda, obras de arte y riquezas, le llamaban hombre de suerte, epíteto que no podía causarle la menor extrañeza, pues hacía tiempo que le daban el de «hijo predilecto de la Fortuna»; y con motivo, ya que el César le distinguía con íntima y cordial amistad. No obstante, el hombre de suerte, el hijo predilecto de la Fortuna, se veía á la sazón precisado á meditar en la inconstancia de su madre ó

más bien en la semejanza que tenía con Cronos, la divinidad devoradora de sus propios hijos.

—Si mi casa hubiese sido destruida por el fuego—decía para sus adentros—y con ella las piedras preciosas, los vidrios alejandrinos, los bronceos de Corinto, acaso Nerón olvidara la ofensa... ¡Voto á Pólux! ¡Y qué excelente ocasión he dejado perder de convertirme en Prefecto del Pretorio! ¡Y cuánto bien hubiera podido realizar desde tan elevado puesto! Por primera providencia hubiese condenado á Tigelino como incendiario (pues no hay duda de que es él quien mandó pegar fuego á la Ciudad) á vestir la *túnica molesta*, para que el pueblo pudiera saciar la sed de venganza que le abrasa. Con ello salvara á los cristianos y acaso diera principio á un periodo de paz y tranquilidad para las personas honradas. Después hubiese reconstruido la Ciudad... Realmente, aun cuando no fuera sino por el amor que profesó á Vinicio, debiera haber aconsejado á *Barbarroja* que me concediese el cargo, sin temor á las preocupaciones y tareas que le son anejas, pues en último término me quedaba el recurso de compartirlas con otro... con mi sobrino, por ejemplo, cosa á que Nerón no se habría opuesto. Es posible que á Vinicio, gozando de tan omnimodo poder, se le ocurriera convertir al Cristianismo á todos los pretorianos... quizás bautizar al mismo Nerón. Pero esto, al fin y á la postre, ¿qué daño había de reportarnos?... Por otro lado ¿no fuera espectáculo divertidísimo tener un César piadoso, clemente, dechado de virtudes?...

Petronio, al llegar á este punto de sus reflexiones, se echó á reír á mandíbula batiente; pero de pronto acordóse de las palabras que Pablo de Tarso le había dicho en Ancio: «Nos llamáis enemigos de la vida; pero ¿no llevaríais una existencia más tranquila, sosegada y feliz si el César profesara la religión de Cristo y acomodara á ella sus actos?»

—Sin duda, cuantos más cristianos sean sacrificados mayor será su número—continuó discurrendo Petronio.—Pablo de Tarso no anda deseaminado al decir que el mundo no puede cimentarse sobre la infamia. Pero ¿quién es capaz de saber cuanto tiempo continuará así?... Por lo que á mi atañe... un día ú otro tendré que abrirme las venas... y no me duele... aunque en estos últimos tiempos me haya fastidiado un poco menos que antes; lo sentiré únicamente por Vinicio... y por mi copa *murrina*... Cierto, la vida tiene cosas muy bellas y

agradables; mas como los hombres son tan vulgarotes y abyectos, la amargan y la afean con sus lacerias, y, en realidad, ningún valor positivo puede concedérsele. Además, quien ha sabido gozar de ella, debe saber también perderla, y yo, aunque augustal, y en consecuencia siervo de los caprichos de Nerón, bajo la máscara de la lisonja he conservado un espíritu de independencia y un amor á la libertad de que mis colegas ni siquiera tienen idea... Imaginanse tal vez que me tiemblan ahora las piernas, que se me erizan los cabellos, y, no obstante, al llegar á casa tomaré tranquilamente mi baño con agua perfumada de esencia de violetas y después de la comida haré cantar á Antemio el himno que ha compuesto en honor de Apolo... ¿No he dicho yo en alguna parte: «Es ocioso pensar en la muerte pues ya ella se cuida de pensar en nosotros?...» ¡Fuera bueno que realmente existieran los Campos Eliseos con sus sombras!... Bien que allí podría asimismo divertirme, paseando por entre los asfódelos en compañía de gente noble, inteligente y fina, pues no me cabe duda de que la sociedad de ultratumba, si la hay, será, y con mucho, superior á ésta. ¡Oh, dioses! ¡Cuánto bufón, cuánto bellaco, qué nauseabunda canalla, sin pizca de buen gusto ni de crianza! Diez preceptores de urbanidad no bastaran para convertir á esos viejos Trimalciones en personas decentes. ¡Uf! estoy ya harto de ellos. ¡Por Proserpina!...

Iba advirtiendo Petronio, con cierto asombro, que algo se había interpuesto entre los cortesanos y él. A decir verdad, nunca desconoció su justo valor; mas como ahora los veía moralmente á cierta distancia, le parecían más abyectos y dignos de desprecio. Hechas estas reflexiones, púsose á examinar la situación en que había quedado después del consejo. No podía escapar á su perspicacia que el peligro no era inminente. El César, con sus frases sobre la amistad y sobre el perdón, se había cerrado el camino para poder castigarle en seguida. Tenía que buscar pretextos, y no era fácil que por el momento los encontrara.

—Ahora nos dará espectáculos en el Circo con los cristianos—pensó Petronio—y hasta después no se acordará de mí. Por consiguiente ¿á qué preocuparme?; ¿á qué cambiar de vida? Al fin y al cabo, quien corre verdadero peligro es Vinicio.

Y ya no pensó sino en atender á la salvación de su sobrino.

Andaban á buen paso sobre la gruesa capa de ceniza, aún caliente, y por entre las ruinas humeantes los cuatro robustos esclavos que llevaban la litera; no obstante, Petronio les dió orden de que lo apresuraran todavía más, anheloso de llegar presto á su casa, en la cual Vinicio se alojaba por haber sido destruída la suya. Por fortuna, le encontró en ella.

— ¿Has visto á Ligia? — le preguntó Petronio al entrar.

— Acabo de dejarla.

— Pues bien; oye y no pierdas tiempo en preguntas. Se ha resuelto en el palacio de Nerón imputar á los cristianos el incendio de Roma. Pronto empezarán las persecuciones y los tormentos; tal vez hayan principiado ya. Hay que obrar, pues, con presteza. Ve volando, coge á Ligia, y huye con ella en seguida al otro lado de los Alpes ó al África. Daté prisa, porque la distancia del Palatino al Transtevere es menor que la que hay desde aquí.

Vinicio, como buen militar, no malgastó el tiempo en preguntas superfluas; escuchó con el entrecejo arrugado, con expresión austera, pero impávido, el consejo de Petronio, sintiendo, por virtud del primer impulso de su naturaleza soberbia é impetuosa, el deseo de luchar, de defenderse.

— ¡Voy corriendo! — exclamó.

— ¡Todavía dos palabras! Llévate dinero y armas, además de algunos esclavos cristianos. En último caso, róballa.

El joven patricio se hallaba ya en la calle.

— ¡Mándame noticias por un esclavo! — le gritó Petronio.

El cual púsose luego á pasear de un extremo á otro del atrio, haciendo cálculos sobre lo que podría ocurrir. No ignoraba que Ligia y Lino habían regresado á su casa del Transtevere, respetada por el fuego como la mayor parte de las de aquel distrito, lo que no dejaba de ser una circunstancia desfavorable, porque hubiera sido más difícil encontrarlos entre la muchedumbre. Suponía Petronio, sin embargo, que en el Palatino se ignoraba el domicilio de la doncella, y que debiendo los pretorianos proceder al acaso, podría Ligia ser prevenida á tiempo y escapar. Por otra parte, si Tigelino quería coger en sus redes el mayor número posible de cristianos, tendría que extenderlas á la vez sobre toda la Ciudad, fraccionando á los soldados en pequeñas secciones.

— Y si solamente ha enviado por Ligia á diez — decía entre sí — Oso dará buena cuenta de ellos, aún cuando no llegue á tiempo de auxiliarle Vinicio.

Petronio iba animándose por momentos con esta esperanza. Bien sabía que resistir á mano armada á los pretorianos era hacer abiertamente la guerra al César, y que, aún cuando Vinicio lograra sustraerse á la venganza de éste, no lo conseguiría él. Pero tal eventualidad no le preocupaba lo más mínimo, y como le halagaba la idea de desbaratar los planes de Nerón y de Tigelino resolvió no ahorrar ni hombres ni dinero para este objeto, contando con que sus esclavos, la mayor parte de los cuales habían sido convertidos por Pablo de Tarso mientras estuvo en Ancio, se prestarían gustosos á defender á una cristiana. Trazado su plan, tomó el baño muy sosegadamente, y al cabo de una hora, ceñida la sien con una corona de rosas, se sentó con su esclava Eunice á la mesa, en la cual relucían la espléndida vajilla y los utensilios de oro, y comió alegremente, haciendo frecuentes libaciones de exquisitos vinos, servidos en preciosos vasos adornados de hiedra por muchachos vestidos de amorcillos, mientras un coro dirigido por Antemio cantaba, con acompañamiento de arpa, un himno en honor de Apolo. ¡Ah! ¿Qué le importaba á Petronio en aquel instante que en derredor de su casa, respetada por el incendio, humearan las ruinas y que el viento esparciese las cenizas de la Ciudad devastada? En su bellissimo nido, rodeado de comodidades, de objetos preciosos, pudiendo satisfacer todos sus caprichos de hombre elegante, de refinadísimo artista, ajeno á toda suerte de cuidados y negocios graves, se sentía feliz.

Pero antes que cesara la música entró el esclavo *atriense*, muy azorado, y con voz temblorosa le dijo:

— ¡Señor! á la puerta hay un centurión que viene al frente de una decuria de pretorianos y desea verte por encargo del César.

Enmudecieron los cantores y pusiéronse á temblar todos los circunstantes, porque el César no solía servirse de soldados para comunicarse con sus amigos, á menos que no fuera para darles alguna orden desagradable. Solamente Petronio permaneció tranquilo, sin dar la menor señal de turbación; y, como molesto de que le importunaran, dijo displicentemente:

— ¡Ni comer se puede con sosiego!

Y volviéndose al *atriense*, añadió:

— Que pase.

El esclavo desapareció tras la cortina. Un instante después se oyeron los pasos lentos, pesados, cadenciosos, del centurión,

que era Áspero, muy conocido de Petronio. Iba armado y llevaba cubierta la cabeza con el reluciente casco de acero.

—Noble señor—dijo al entrar,—te traigo una carta del César.

Petronio alargó perezosamente la blanca mano, cogió la tablilla, la leyó de un vistazo y la dejó encima de la mesa, siempre con la misma indiferencia.

—Esta tarde ha de leer un nuevo canto de su «Toma de Troya» y me invita á la audición.—dijo.

—Únicamente me han encargado que te entregue la carta—observó Áspero.

—En efecto, no hay respuesta; pero supongo que no tendrás inconveniente en descansar un rato y en beber una copa de vino.

—Gracias, noble señor. Vaciaré con gusto la copa á tu salud; pero no puedo detenerme, porque estoy de servicio.

—¿Por qué te han dado la carta á tí y no á un esclavo?

—Lo ignoro, noble señor; tal vez porque tenia que venir hacia acá para el cumplimiento de otro encargo.

—Relativo á los cristianos ¿verdad?

—Sí, noble señor.

—¿A qué hora han empezado las prisiones?

—Antes de medio día han sido enviadas al Transtevere unas cuantas decurias.

El centurión apuró el vino de un sólo trago, no sin antes haber dejado caer de él algunas gotas sobre las baldosas en honor de Marte.

—Los dioses te concedan toda suerte de felicidades—dijo.

—Quédate con la copa—contestóle Petronio.

Y, volviéndose á Antemio, le ordenó que reanudase el himno en honor de Apolo.

—*Barbarroja* empieza á divertirse conmigo y con Vinicio—decía para sí mientras sonaban los primeros arpegios.—Su plan es obvio: se ha propuesto intimidarme. Esta noche preguntará al centurión que cara le he puesto al sorprenderme con su visita. ¡Buen chasco se llevará! ¡Ah, no; no te reirás mucho á costa mía, pajarraco rapaz y despiadado! Bien sé que es segura mi muerte; pero si crees que he de mirarte con ojos suplicantes, que has de descubrir en mi rostro asomos de miedo, te equivocas, bribón. Me escribe: «Ven, si quieres.» Pues iré... Estoy de excelente humor y con ánimo hasta de

escuchar sus versos; iré, tanto más cuanto que Vinicio no puede ir...

Acabó de comer sosegadamente, con nó menos sosiego dió el acostumbrado paseo higiénico, se hizo luego rizar la cabellera y disponer artísticamente los pliegues de la toga, y hermoso, olímpico, sereno como un dios, se hizo llevar al Palatino.

Era ya muy tarde; la noche tibia, apacible, tranquila; la luna brillaba con tan intensa claridad que los *lampadarios* que precedían la litera apagaron por innecesarias las antorchas. Por las calles, entre los escombros, caminaban con paso vacilante y tambaleándose plebeyos ebrios, ceñida la frente con coronas de hiedra y madreSelva, llevando en las manos ramas de mirto y de laurel, robadas en los jardines del César. La abundancia de trigo y la promesa de juegos extraordinarios henchían de júbilo el corazón de la muchedumbre, que en algunos sitios cantaba gozosamente himnos en loor de la «divina noche» y en otros bailaba á la luz de la luna. Con frecuencia los esclavos se veían obligados á pedir que se abriera paso á la litera del noble Petronio, y la plebe se apartaba, aclamando á su favorito. Pero él no paraba mientes en estas manifestaciones de simpatía, fijo su pensamiento en Vinicio, de quien no habia recibido noticia alguna. Sin dejar de ser epicúreo y egoísta, á consecuencia de sus largos coloquios con Pablo de Tarso y con Vinicio acerca de la religión cristiana, algo se le habia pegado de ésta, sin que de ello se diera cuenta; y, como impulsados por un hálito benéfico, germinaban en su corazón nobles sentimientos que le llevaban á preocuparse con solicitud del prójimo, en especial de Vinicio, á quien queria sobremanera como habia querido á su hermana, la madre de éste. Sonreíale aún la esperanza de que el tribuno hubiese llegado antes que los pretorianos á la casa en donde vivía su amada ó de que la hubiese arrebatado á éstos por la fuerza. Pero sobre traerle inquieto la ignorancia de lo acontecido, por lo que esto pudiera influir en los destinos de Vinicio, molestábale también por la perplejidad en que á él habia de colocarle en sus conversaciones con Nerón y Tigelino. A tener noticias exactas de aquellos acontecimientos, que para él tenían el interés de un patético drama, habria podido preparar ingeniosamente las respuestas que debia dar á las preguntas probables del Emperador y de su valido.

Frente al Palacio de Tiberio descendió de la litera, y un instante después se hallaba en el atrio, ya lleno de augustales, sus amigos de ayer, los cuales, asombrados de verle allí, procuraban en lo posible evitarle. Pero el *Árbitro de las Elegancias* avanzó por entre ellos con tanta desenvoltura y altivo desdén como si continuara siendo el hijo predilecto de la Fortuna, el dispensador de gracias y favores; y más de uno se sintió arrepentido de haberle vuelto las espaldas tan pronto. El César, aparentando no haberle visto y estar ocupado en platicar animadamente con los que le rodeaban, ni siquiera contestó á su saludo. Pero Tigelino se le aproximó y le dijo:

— ¡Hola, *Árbitro de las Elegancias*! ¿Todavía persistes en sostener que no son los cristianos quienes incendiaron á Roma?

Petronio dejó caer la mano con fuerza sobre el hombro del privado, como hubiera hecho con un liberto, y le contestó:

— Acerca de esto sabes tú más que yo... Podrías haberte ahorrado la pregunta.

— ¡Ah, no! En saber jamás logré aventajarte.

— Tienes razón; y si te diera el antojo de vencerme, por desdicha tuya, cuando el César nos haya leído su nuevo canto, prueba de torturar el magín, á ver si consigues emitir, en vez del acostumbrado graznido de corneja, un juicio que tenga al menos sentido común.

Mordióse Tigelino los labios y no volvió á despegarlos en toda la noche. Ciertamente no podía agradarle que Nerón leyese el nuevo canto de su «Toma de Troya» porque con ello daba pie á su adversario para recobrar en parte el terreno perdido, pues ninguno de los augustales podía rivalizar con él en gusto literario y menos en el arte de exponer juicios lisonjeros con apariencias de imparcialidad. Y, en efecto, durante la lectura, el César, por la fuerza de la costumbre, volvía los ojos hacia Petronio para sorprenderle en el semblante la impresión que cada verso le producía. Este le escuchaba con atención suma, ora frunciendo el entrecejo, ora moviendo la cabeza en señal de aprobación, ora quedándose como pensativo, cual si no hubiese oído bien. Con natural desenfado aplaudía ó censuraba, aconsejando que fuese corregida tal frase, que se atenuara tal otra, que se limase éste ó aquel verso. El mismo Nerón estaba bien persuadido de que los otros, al elogiarle, pensaban exclusivamente en las ventajas que esto podría reportarles, mientras que Petronio se dejaba guiar en sus juicios únicamente por

amor al arte, por el sentimiento sincero de la poesía, y que cuanto él encomiaba era realmente digno de alabanza. Nerón y Petronio se encontraron á lo mejor conversando como dos buenos camaradas, y, sin darse apenas cuenta de ello, pasaron de la plática tranquila á una discusión muy animada, pero amistosa. De pronto Petronio manifestó dudar de la propiedad de un vocablo, y el César le contestó:

— En el último canto comprenderás la razón de haberlo usado.

— ¡Ah!— pensó el *Árbitro*— esto quiere decir que se me perdona la vida hasta el último canto.

Y no pocos cortesanos, al oír las palabras del César, dijeron para sus adentros:

— Si ese hombre gana tiempo recobrará la gracia del Emperador... derribará á Tigelino. ¡Ay de nosotros, si lo consiguen!

Y todos, unos antes, otros después, se fueron acercando al «hijo predilecto de la Fortuna», dándole muestras de consideración y estima. Sin embargo, el fin de la velada fué para el *Árbitro* menos lisonjero. Al despedirse del César, éste le preguntó de improviso, entornando los ojos con expresión de alegría maligna.

— ¿Por qué no ha venido Vinicio?

A tener Petronio la certidumbre de que su sobrino y Ligia habían logrado escapar, respondiera resueltamente: «Con tu permiso se ha casado, y en seguida ha salido de Roma.» Pero le contuvo la maliciosa sonrisa de Nerón y se limitó á responder:

— Á buen seguro... tu invitación no le habrá hallado en casa.

— Pues dile que tendré mucho gusto en verle por aquí, y recomiéndale que no deje de asistir á los espectáculos que en breve nos darán los cristianos.

Estas palabras turbaron profundamente á Petronio porque en ellas le pareció ver una alusión directa á Ligia. Salió, metióse en la litera y ordenó á los esclavos que le llevaran á su casa aún más de prisa que por la mañana. Pero no era cosa fácil cumplir el mandato, porque se había aglomerado delante del palacio de Tiberio un compacto gentío que dificultaba el paso. Formábanlo principalmente los grupos de gente que el *Árbitro*, al dirigirse á la velada, había encontrado bailando y cantando á la luz de la luna sobre los escombros y las cenizas de la Ciudad destruida, los borrachos que, cubiertos de

hiedra, se tambaleaban por entre las ruinas. Cansados de bailar y cantar unos, más beodos los otros, proferían desaforadas voces, que por lo confusas no pudo entender Petronio al principio, pero que poco á poco se convirtieron en un sólo, atronador, formidable grito, á manera de rugido:

— ¡A los leones los cristianos!...

Las magnificas literas de los augustales movíanse dificultosamente en medio de aquella apiñada muchedumbre; y, no obstante, por las calles que daban á la plaza, señaladas aún por los montones de ruinas que se extendían á uno y otro lado, venían de continuo nuevos grupos de gente repitiendo el inhumano grito. Pasando de boca en boca, iban de uno al otro extremo de aquel hormiguero humano, como chispas de un incendio, las noticias referentes á los sucesos del día: que á última hora de la mañana habían empezado las prisiones; que los incendiarios detenidos eran ya muchos; que entre ellos figuraban los más culpables; y, muy presto, por entre los escombros de las antiguas vías y los edificios en construcción de las nuevas, por los alrededores del Palatino, en las colinas y en los jardines; en una palabra, por toda la extensión de la Ciudad resonó estruendoso, unánime, amenazador, el grito:

— ¡A los leones los cristianos!...

— ¡Manada de carneros! ¡Vil rebaño! — repetía Petronio entre dientes, con el más profundo desprecio. — ¡Eres un pueblo digno de tu Emperador!

Y entonces tuvo la evidencia de que una Ciudad semejante, sustentada en la fuerza, en una crueldad de que se avergonzaran los mismos bárbaros, amasada con crímenes, iniquidades y depravaciones, no podía durar mucho tiempo. Roma era la señora del mundo, pero también su gangrena, y éste exhalaba ya olores de cadáver; sus corruptos miembros estaban entumecidos por el hielo de la muerte. Aunque entre los augustales se había hablado muchas veces de la decadencia de Roma, jamás vió Petronio con tanta claridad como en aquel momento que el carro triunfal adornado de laureles y de flores en que iba sentada la Ciudad omnipotente, arrastrando encadenados á los cien pueblos vencidos, se aproximaba al precipicio. Y llevado por estos pensamientos no pudo menos de comparar la vida de Roma á una danza grotesca, á una orgía desenfrenada, á la que había que poner término cuanto antes.

— Únicamente los cristianos — dijo para sí — tienen en su doctrina los cimientos indispensables para construir una nueva sociedad; y de los cristianos en breve no quedará ni rastro si la persecución es general y tenaz. ¿Qué porvenir nos espera, pues?... Muy sencillo: continuará la grotesca danza bajo la despótica dirección del mico que nos gobierna, y en cuanto éste desaparezca, otro como él, ó quizás uno peor que él, le sustituirá, porque pueblos tan abyectos y patricios tan degradados no pueden tener amos menos ruines y despreciables... Cuando esto ocurra se renovará la orgía, á cada momento más monstruosa, más desenfrenada, más repugnante... si bien hay que considerar que no puede ser eterna, y que algún día se aletargará, aunque no sea sino para reparar las fuerzas... También yo me siento extenuado y con ardientes deseos de abandonar la vida... Es real y verdaderamente enojoso vivir en continua y angustiosa incertidumbre sólo por el gusto de contemplar un espectáculo semejante. ¡Ah! Al fin y á la postre, no es menos bello el genio de la muerte que el del amor, y á éste lo representan alado...

Con estas cavilaciones llegó Petronio á la puerta de su casa.

— ¿Ha regresado el noble Vinicio? — preguntó al portero.

— Hace un instante — respondió el esclavo.

Después de quitarse la toga, entró apresuradamente en el atrio, donde estaba Vinicio sentado en un rincón, con la cabeza entre las manos y los codos en las rodillas.

— ¿Habrás llegado demasiado tarde?... — dijole Petronio.

— Sí; la prendieron antes de medio día — contestó el tribuno con voz afligida y alzando el rostro desencajado.

Siguió á estas palabras profundo silencio, que interrumpió Petronio preguntando:

— ¿La viste?

— Sí.

— ¿Dónde?

— En la cárcel Mamertina.

Petronio, agitado todo su cuerpo por intenso escalofrío, dirigió á Vinicio interrogadora mirada.

— No — contestó éste; — no la han metido en el Tuliano (1) ni en los calabozos del centro. Pagando, he logrado que el cus-

(1) Calabozo subterráneo en donde murió de hambre Yugurta.

todo le cediera su propia habitación, y Oso, junto á la puerta, la vigila constantemente.

— ¿Por qué no la ha defendido Oso?

— Porque fueron por ella cincuenta pretorianos y además se lo prohibió Lino.

— Y á Lino, ¿le prendieron?

— No. Está moribundo, y los pretorianos, no sabiendo que hacer con él, optaron por dejarle en la casa.

— Y tú ¿qué piensas hacer?

— Salvarla ó morir con ella. También yo creo en Cristo.

Hablaba con aparente calma; pero en su voz temblorosa se reflejaba tan honda agitación interior, que Petronio no pudo menos de conmoverse, de sentir el corazón inundado de dulce piedad.

— Te comprendo — dijo éste; — pero ¿cómo la salvarás?

— He comprado á todos los carceleros, primero para que la defiendan contra cualquier ultraje; en segundo lugar para que favorezcan su fuga, cuando sea posible.

— ¿De manera qué?...

— Sí. Se han negado á dármela en el acto porque temen por su propia vida. Pero hanme prometido que me la entregarán cuando esté llena la cárcel y no pueda llevarse la cuenta cabal de los presos. Con todo, no pienso apelar á este medio sino en último extremo; porque es muy inseguro y aventurado, como comprenderás. Haz primero por salvarla tú, y ten por cierto que al salvarla á ella, á mi me salvas. Eres amigo del César, y él, precisamente él, me la dió. ¡Ve pronto, pues; corre, sálvala!

Petronio, sin responderle, llamó á un esclavo y ordenóle que trajera dos mantos oscuros y dos espadas.

— Por el camino hablaremos — dijo á Vinicio. — Ahora, ponte el manto, toma la espada, y vamos á la cárcel. Es preciso conseguir de los carceleros que nos la entreguen sin dilación. Más tarde, fuera imposible. Hay que darles cien mil, doscientos mil, quinientos mil sextercios... lo que pidan.

— Vamos, pues, — respondió Vinicio.

— Ahora, atiéndeme — dijo Petronio cuando estuvieron en la calle: — Por haber querido evitar la persecución de los cristianos, ayer caí en desgracia; pende mi vida de un cabello; nada puedo hacer por tí. Es más: tengo la seguridad de que mis súplicas sólo servirían para agravar tu situación. ¿Crees

que á continuar gozando de la confianza del César te habría aconsejado el rapto de Ligia y la fuga de ambos? Ten por cierto que hoy por hoy *Barbarroja* haría más caso de tus ruegos que de los míos. No te forjes, pues, ilusiones: hay que sacarla de la cárcel á toda costa y huir con ella. Si te falla el golpe, tiempo tendremos de pensar en otros medios. Quiero que sepas, para que no alimentes vanas esperanzas, que Ligia ha sido encarcelada no solamente porque es cristiana, sino porque la odia Popea, quien, ya antes, como sabes, intentó perderla, imputándole la muerte de la hija de Nerón. No lo dudes: Popea ha intervenido en el hecho. De otra manera ¿cómo se explicaría que haya sido la de Ligia la primera detención? Sé que con esto te destrozó el alma y te desvaneció la última esperanza; pero he querido decírtelo con el propósito de que te apresures, pues si no consigues la libertad de Ligia antes que puedan infundir sospechas tus tentativas, ambos estáis perdidos.

— Demasiado lo comprendo — respondió Vinicio con voz acongojada.

Era ya muy tarde y las calles estaban desiertas; no obstante, al llegar á este punto interrumpió el coloquio de los dos patricios un gladiador beodo que, inclinándose sobre Petronio y poniéndole una mano en el hombro, gritó con voz ronca:

— ¡A los leones los cristianos!...

— *Mirmilón* (1) — le dijo tranquilamente Petronio: — por tu bien te aconsejo que sigas tu camino.

El gladiador cogió entonces con la otra mano á Petronio por el brazo, y, poniéndosele delante, lo zamarreó un poco, mientras decía:

— Grita conmigo: «¡A los leones los cristianos!» ó te retuerzo el pescuezo.

Mas Petronio, á quien ya tenían exasperado estos gritos, pues desde su salida del Palatino le destrozaban los oídos y le oprimían el pecho, al ver que el atleta, dejándole libre el brazo, levantaba el enorme puño, perdió la paciencia.

— Amigo mío — le dijo, — apestas á vino y me estorbas.

Al decir esto hundió hasta la empuñadura la espada en el pecho del gladiador ebrio, y, cogiendo del brazo á Vinicio, continuó como si nada hubiese ocurrido.

(1) Gladiador armado á la francesa que llevaba la figura de un pez en la cimera del morrión. (Dicc. de Valbuena).

— Esta noche, despues de encargarme Nerón te dijera que tendrá mucho gusto en verte por el Palatino, ha añadido: «Recomiéndale que no deje de asistir á los espectáculos que pronto nos darán los cristianos.» ¿Comprendes el significado de estas palabras? ¡Quiere gozarse en tu dolor!; ¡quieren presenciar tus angustias y torturas! ¡Esto se proponen! He aqui por qué no estamos todavía presos tú y yo. Bien comprenderás, pues, que si no la salvas en seguida se nos cerrarán todos los caminos. Porque, vamos á ver: ¿A quién acudirás?... ¿A Actea?... No se negaría á ayudarte, á buen seguro, pero, ¿corresponderá el éxito á sus buenos deseos?... ¿tal vez á Tigelino?... Es posible que le tentaran tus propiedades de Sicilia... Prueba á ver.

— Estoy dispuesto á cederle todos mis bienes, con tal de salvarla — respondió Vinicio.

Como de las Carinas al Foro no habia gran trecho llegaron pronto. Alboreaba, y á la luz indecisa del naciente día resalataba el edificio de la cárcel.

Doblada la esquina, Petronio se detuvo y exclamó:

— ¡Los pretorianos! Hemos llegado demasiado tarde...

El edificio, en efecto, estaba rodeado por una doble hilera de soldados cuyos cascos y lanzas velanse relucir desde lejos. Vinicio, blanco como el mármol, tuvo aún ánimos para decir:

— ¡Vamos allá!

Un instante después hallábanse junto á los soldados. Petronio, dotado de una memoria extraordinaria, conocia no sólo á los jefes sino á casi todos los pretorianos. Llamó, pues, por su nombre á uno de los primeros y le dijo:

— ¿Qué hay, Niger? ¿Se teme algún golpe de mano? ¿Por qué custodiáis la cárcel con tantas precauciones?

— Sí, noble Petronio. El Prefecto teme alguna tentativa para salvar á los incendiarios.

— ¿Tenéis también orden de no dejar pasar á nadie? — preguntó Vinicio.

— No, señor. Se permite que los presos sean visitados por sus amigos, á fin de que aigan en la trampa otros cristianos.

— Entonces... déjame pasar.

Y estrechando la mano de Petronio añadió:

— Procura ver á Actea; luego iré á saber lo que te haya contestado.

— Te espero, pues, en casa — contestó Petronio.

En aquel momento, de las entrañas de la tierra, á través de los espesos muros de la cárcel, salió un cántico, al principio suave, ahogado; después más alto y más recio. Voces de hombres, de mujeres y de niños, unianse para formar un coro que resonaba solemnemente en la calma matinal, dando á la sombría cárcel las vibraciones de una inmensa y misteriosa arpa. Y no era aquel un canto de tristeza y de desesperación, sino un canto de júbilo y de triunfo.

Los soldados se miraban unos á otros estupefactos. La aurora teñía de rosa y oro el cielo ..

IV

El grito de: «¡A los leones los cristianos!» sonaba sin cesar en todos los ámbitos de la Ciudad. Al principio, no sólo no dudaba nadie de que eran los adeptos de Cristo quienes á ésta habian pegado fuego, sino que nadie queria dudarlo, pues el castigo de los incendiarios prometia una serie de espectáculos grandiosos y espléndidos. Sin embargo, por momentos fué tomando cuerpo la creencia de que en un desastre de tan espantosas proporciones habia de haber intervenido necesariamente la suprema voluntad de los dioses, y para aplacarles se ordenó que en todos los templos se celebraran *piacula*, ó sea sacrificios expiatorios. Consultados los libros sibilinos, el Senado decretó solemnes y públicas rogativas á Vulcano, Ceres y Proserpina. Las matronas llevaron ofrendas á Juno y fueron en procesión solemne hasta las orillas del mar para proveerse de agua salada con que rociar el simulacro de la diosa; las casadas organizaron banquetes (1) en honor de los dioses y velaron algunas noches. Todo Roma quiso purificarse con sacrificios é implorar el perdón de los Inmortales. A la vez se trazaban entre las ruinas de la Ciudad antigua nuevas calles largas y anchas, y con actividad febril se construian millares de casas, palacios suntuosos, templos magníficos. Pero en lo que se ponía especial

(1) Llamábanse estos banquetes *lectisternia* y se celebraban en los templos. En torno de la mesa, sobre los lechos *triclinarios*, eran colocadas las imágenes de los dioses.

— Esta noche, despues de encargarme Nerón te dijera que tendrá mucho gusto en verte por el Palatino, ha añadido: «Recomiéndale que no deje de asistir á los espectáculos que pronto nos darán los cristianos.» ¿Comprendes el significado de estas palabras? ¡Quiere gozarse en tu dolor!; ¡quieren presenciar tus angustias y torturas! ¡Esto se proponen! He aqui por qué no estamos todavía presos tú y yo. Bien comprenderás, pues, que si no la salvas en seguida se nos cerrarán todos los caminos. Porque, vamos á ver: ¿A quién acudirás?... ¿A Actea?... No se negaría á ayudarte, á buen seguro, pero, ¿corresponderá el éxito á sus buenos deseos?... ¿tal vez á Tigelino?... Es posible que le tentaran tus propiedades de Sicilia... Prueba á ver.

— Estoy dispuesto á cederle todos mis bienes, con tal de salvarla — respondió Vinicio.

Como de las Carinas al Foro no habia gran trecho llegaron pronto. Alboreaba, y á la luz indecisa del naciente día resalataba el edificio de la cárcel.

Doblada la esquina, Petronio se detuvo y exclamó:

— ¡Los pretorianos! Hemos llegado demasiado tarde...

El edificio, en efecto, estaba rodeado por una doble hilera de soldados cuyos cascos y lanzas velanse relucir desde lejos. Vinicio, blanco como el mármol, tuvo aún ánimos para decir:

— ¡Vamos allá!

Un instante después hallábanse junto á los soldados. Petronio, dotado de una memoria extraordinaria, conocia no sólo á los jefes sino á casi todos los pretorianos. Llamó, pues, por su nombre á uno de los primeros y le dijo:

— ¿Qué hay, Niger? ¿Se teme algún golpe de mano? ¿Por qué custodiáis la cárcel con tantas precauciones?

— Sí, noble Petronio. El Prefecto teme alguna tentativa para salvar á los incendiarios.

— ¿Tenéis también orden de no dejar pasar á nadie? — preguntó Vinicio.

— No, señor. Se permite que los presos sean visitados por sus amigos, á fin de que aigan en la trampa otros cristianos.

— Entonces... déjame pasar.

Y estrechando la mano de Petronio añadió:

— Procura ver á Actea; luego iré á saber lo que te haya contestado.

— Te espero, pues, en casa — contestó Petronio.

En aquel momento, de las entrañas de la tierra, á través de los espesos muros de la cárcel, salió un cántico, al principio suave, ahogado; después más alto y más recio. Voces de hombres, de mujeres y de niños, unianse para formar un coro que resonaba solemnemente en la calma matinal, dando á la sombría cárcel las vibraciones de una inmensa y misteriosa arpa. Y no era aquel un canto de tristeza y de desesperación, sino un canto de júbilo y de triunfo.

Los soldados se miraban unos á otros estupefactos. La aurora teñía de rosa y oro el cielo ..

IV

El grito de: «¡A los leones los cristianos!» sonaba sin cesar en todos los ámbitos de la Ciudad. Al principio, no sólo no dudaba nadie de que eran los adeptos de Cristo quienes á ésta habian pegado fuego, sino que nadie queria dudarlo, pues el castigo de los incendiarios prometia una serie de espectáculos grandiosos y espléndidos. Sin embargo, por momentos fué tomando cuerpo la creencia de que en un desastre de tan espantosas proporciones habia de haber intervenido necesariamente la suprema voluntad de los dioses, y para aplacarles se ordenó que en todos los templos se celebraran *piacula*, ó sea sacrificios expiatorios. Consultados los libros sibilinos, el Senado decretó solemnes y públicas rogativas á Vulcano, Ceres y Proserpina. Las matronas llevaron ofrendas á Juno y fueron en procesión solemne hasta las orillas del mar para proveerse de agua salada con que rociar el simulacro de la diosa; las casadas organizaron banquetes (1) en honor de los dioses y velaron algunas noches. Todo Roma quiso purificarse con sacrificios é implorar el perdón de los Inmortales. A la vez se trazaban entre las ruinas de la Ciudad antigua nuevas calles largas y anchas, y con actividad febril se construian millares de casas, palacios suntuosos, templos magníficos. Pero en lo que se ponía especial

(1) Llamábanse estos banquetes *lectisternia* y se celebraban en los templos. En torno de la mesa, sobre los lechos *triclinarios*, eran colocadas las imágenes de los dioses.

interés y empeño era en terminar cuanto antes los anfiteatros en que debían perecer los cristianos.

Terminado el consejo que se tuvo en el Palacio de Tiberio y apenas salido Quilón de las habitaciones imperiales, se expidieron las oportunas órdenes á los procónsules de las provincias para que proveyesen de fieras á Roma. En cumplimiento de las disposiciones de Tigelino, fueron remitidos á la capital del mundo los animales que se hallaban encerrados en los vivarios de las demás ciudades de Italia; se organizaron en el África cacerías en las cuales tomó parte toda la población indígena, y trajéronse del Asia elefantes y tigres; del Nilo, hipopótamos y cocodrilos; leones del Atlas; osos y lobos de los Pirineos; perros salvajes de Hibernia; molosos (1) del Epiro; búfalos y *aurochs* de Germania.

La espectación y la impaciencia eran extraordinarias y universales en Roma, pues el número de las víctimas era tan enorme que bien podía predecirse que los próximos juegos sobrepujarían en duración y magnificencia á todos los hasta entonces celebrados. El César quería ahogar en sangre todo recuerdo del incendio y con sangre embriagar á los romanos, haciendo una matanza tan repugnante y grandiosa que jamás pudiesen olvidarla.

El populacho, exaltado por estos preparativos, auxiliaba á los pretorianos y á los guardias en la tarea de cazar á los cristianos; tarea en medio de todo no muy penosa ni difícil porque la mayor parte de ellos estaban acampados en los jardines públicos con el resto de la población y no ponían reparo alguno en confesar públicamente su fe. Cuando se veían cercados por sus perseguidores, lejos de huir, postrábanse de hinojos, entonando himnos y plegarias, y se dejaban prender y conducir á las prisiones sin oponer la menor resistencia. Sin embargo, no lograban con esto sino irritar al pueblo, el cual, como no acertaba á comprender los motivos de tan extraña y estúpida resignación, la atribuía á fanatismo de criminales empedernidos. A veces el populacho, presa de frenesí sanguinario y salvaje, arrancando á los cristianos de manos de los soldados, los descuartizaba, arrastraba por los cabellos á las mujeres hasta las puertas de las cárceles, estrellaba á los niños contra los muros ó contra las piedras de las calles.

(1) Perros procedentes de Molosia.

De día y de noche, á todas horas, corrían por Roma millares de energúmenos lanzando gritos inarticulados y alaridos bestiales para remedar el rugir de las fieras. Perseguíase á los inocentes cristianos por entre las ruinas ennegrecidas, en las vías, en los subterráneos, en los rincones más apartados. En las inmediaciones de las cárceles, á los resplandores de sinietras hogueras, se improvisaban comilonas y danzas báquicas, alrededor de cubas llenas de vino, que no tardaba en vaciar el populacho. Las cárceles estaban ya repletas; pero la gentualla y los pretorianos seguían, incansables, haciendo cada día en ellas nuevas víctimas. Extinguido todo sentimiento de piedad, hubiérase dicho que aquel pueblo desatinado y furioso, pérdida la facultad del habla, únicamente sabía aullar y repetir, como obsesionado, el inhumano grito: «¡A los leones los cristianos!»

Los días eran calurosísimos, las noches sofocantes; el mismo aire parecía impregnado del ansia de exterminio, de las emanaciones del odio y de la violencia.

A esta ferocidad de los perseguidores respondía por parte de los cristianos un anhelo delirante de martirio. Impávidos y serenos, iban á la muerte gozosos, y muchos hasta la buscaban con tal ansiedad que los presbíteros se vieron precisados á dictar órdenes severas para refrenar el excesivo celo. En virtud de estas órdenes reuníanse solamente extramuros: en las catacumbas de la via Appia y en los viñedos de los alrededores de Roma pertenecientes á patricios cristianos.

No se ignoraba en el Palatino que entre los prosélitos del Cristianismo figuraban Flavio Clemente, Domitila, Pomponia Grecina, Cornelio Pudente y Vinicio: mas tampoco se le ocultaba al César que la plebe jamás llegaría á persuadirse de que personajes tan encumbrados y que tanto tenían que perder hubiesen incendiado á Roma. Por este motivo había resuelto aplazar para más adelante su castigo. Muchos suponían equivocadamente que esta resolución era debida á la influencia de Actea. Muy al contrario, la infeliz liberta, cuando Petronio fué á verla para suplicarle que intercediera en favor de Ligia, le contestó que únicamente lágrimas podía ofrecerle, pues era tolerada en el Palatino solo á condición de que nunca se dejara ver de Popea y del César.

No obstante, fué á visitar á Ligia en la cárcel y le llevó vestidos y manjares, adoptando al mismo tiempo prudentes

disposiciones para impedir que fuese maltratada por sus carceleros á quienes ya Vinicio había comprado.

Por otra parte, Petronio, que no podía olvidar que Ligia estaba encarcelada gracias á la estratagema de que se valió para arrebatársela á los Aulo, y dispuesto á ganar la partida empeñada con Tigelino, no escaseaba los esfuerzos ni perdía el tiempo. En pocos días conferenció con Séneca, con Domicio Afro, con Crispinilla, por medio de la cual esperaba ganarse la voluntad de Popea, con Diodoro, con Terpnos, con el bellissimo Pitágoras, con los histriones Alituro y Paris á quienes raras veces el César se negaba á complacer; y hasta imploró la intercesión de Vatínio, sin escatimar, cuando lo consideró oportuno, ni los ofrecimientos de dinero ni las promesas. Pero de nada sirvieron sus tentativas. Séneca, inseguro de su propio porvenir, se esforzó en demostrarle que aun cuando los cristianos no fuesen autores del delito que se les imputaba, debían ser exterminados para bien de la Ciudad, y se extendió en consideraciones para justificar con la suprema razón de Estado las matanzas que iban á realizarse; Terpnos y Diodoro tomaron el dinero que les dió Petronio, pero apenas lo hubieron embolsado no se acordaron más del asunto, y Vatínio delató el hecho al César, quejándose de que se intentara sobornarle. Únicamente Alituro, que al principio se mostró enemigo acérrimo de los cristianos, acabó por compadecerles sinceramente y tuvo el valor de hablar á Nerón en favor de Ligia; mas obtuvo esta respuesta:

—¿Crees, por ventura, que soy yo menos animoso que Bruto, el cual no tuvo reparo en sacrificar á sus propios hijos para la salvación de Roma?...

Cuando Petronio tuvo noticia de esta respuesta dijo:

—¿Se ha comparado con Bruto?... ¡Pues no hay salvación para Ligia, ni para ninguno de los cristianos!

Vinicio ponía inmediatamente por obra cuantos proyectos le sugeria su calenturienta imaginación para salvar á Ligia, y á pesar de su altivez mendigaba el auxilio y la protección de todos los augustales. Ofreció á Tigelino, valiéndose de los buenos oficios de Vitelio, todas sus propiedades de Sicilia y cuanto más pudiera apetecer. Pero el Prefecto del Pretorio rehusó, temeroso de atraer sobre su cabeza la cólera de la Augusta. Acudir al mismo César, prosternarse á sus pies é implorarle misericordia era inútil. Con todo, Vinicio estaba dispuesto

á realizar este propósito, y lo hubiera realizado, sin duda, á no disuadirle de ello Petronio.

—¿Qué harás — le preguntó — si te contesta con un sarcasmo ó con una amenaza?

La angustia y la ira contrajeron de tal modo el rostro del joven; le rechinaron los dientes de manera, que Petronio no pudo menos de decirle:

— ¡Ya tienes, pues, explicado por qué me opongo á que realices tus deseos! No conseguirías sino cerrarte todos los caminos..

Pero Vinicio refrenó su furor, y pasándose la mano por la húmeda frente, dijo:

— ¡No, no! ¡No podría vengarme, pues soy cristiano!

— Lo olvidaría en aquel momento, como lo has olvidado ahora. Y, piensa que si tienes el derecho de perderte á ti mismo, no tienes el de perder á Ligia.

Fueron inútiles todas las tentativas, todos los esfuerzos. Vinicio llevó su humillación al punto de implorar el favor de los libertos y aun de los esclavos de Nerón y de Popea, pagando con espléndidos regalos sus vagas promesas. Obtuvo de Rufio Crispino, hombre en otros días muy influyente con la Augusta, una carta de recomendación; á Rufo, hijo tenido por ésta de su primer matrimonio, le regaló su quinta de Ancio; envió un mensajero á Otón, que se hallaba en España, para suplicarle que interpusiese en su favor la influencia de que gozaba en la corte; pero todos estos intermediarios, personas poco gratas al César, sirvieron únicamente para aumentar su obstinación y su fría cólera. Después de haber disipado tesoros cayó en la cuenta, aunque demasiado tarde, de que había sido juguete, objeto de granjería, en manos de muchos de aquellos cuyo favor había solicitado y de que acaso hubiera sido preferible, para libertar á Ligia, mostrarse indiferente y cruzarse de brazos, esperando los acontecimientos con fingida calma. Petronio era también de este parecer.

En tanto pasaba rápido el tiempo, había llegado á su término la construcción de los anfiteatros y distribuíanse los

billetes de entrada para los espectáculos matinales que, á juzgar por la abundancia de víctimas, habían de durar muchos días, semanas enteras, meses tal vez. No se sabía ya donde meter á los cristianos, pues estaban colmadas y convertidas en focos de infección las cárceles á causa de las fiebres que en ellas se habían desarrollado, y los *puticuli* ó fosas hediondas en que eran sepultados los esclavos estaban de cadáveres hasta los bordes, con gran riesgo para la salud pública de la Ciudad entera. Era necesario, pues, darse mucha prisa.

Estas noticias extinguían en el corazón de Vinicio los últimos rayos de esperanza. El estupor habíasele petrificado en las facciones, de manera que su rostro semejaba una de aquellas máscaras de cera que se guardaban en los lararios. Sus amigos y el mismo Petronio temían que de un día á otro se abriesen para él las puertas del reino de las sombras. Si alguien le dirigía la palabra, el tribuno se llevaba maquinalmente las manos á la cabeza y se oprimía las sienes, fijando los ojos atónitos en el semblante de su interlocutor. Pasaba las noches con Oso, delante de la puerta del tugurio en que Ligia estaba encerrada, y si ésta le exigía que se fuese á descansar, volvía á casa de Petronio y paseaba de un extremo al otro del atrio hasta el amanecer. Con frecuencia los esclavos le sorprendían arrodillado, con las manos tendidas hacia el firmamento en actitud de súplica, ó bien encorvado, con el rostro tocando el suelo: imploraba la protección de Cristo, porque Cristo era su última esperanza. Ligia no podía salvarse sino mediante un milagro, y un milagro pedía al Redentor con todo el ahinco de que era capaz su alma vehemente. A pesar de su alelamiento tuvo todavía bastante lucidez para comprender que la plegaria de Pedro había de ser más eficaz que la propia. Pedro le había prometido á Ligia, Pedro le había bautizado, Pedro tenía el don de obrar milagros. ¿Por qué, pues, no acudir á él, en demanda de protección?

Y una noche salió de su casa dispuesto á encontrar al Apóstol; pero como se temía que alguien, ó por debilidad de carácter, ó por sobra de candor, aún contra sus deseos, le hiciese traición, los presbíteros le tenían oculto y celosamente custodiado, de suerte que solo algunos de los pocos cristianos que conservaban aun la libertad sabían donde se hallaba. Uno de éstos era el cantero en cuya cabaña fué bautizado Vinicio, y á ella se dirigió como obedeciendo á una inspiración divina. Allí

supo que todas las noches los cristianos se reunían cautelosamente en un viñedo de Cornelio Pudente situado fuera de la puerta Salaria. El mismo cantero se brindó á acompañarle. Cerrada ya la noche, entrambos salieron de la Ciudad, y por andurriales y vericuetos, atravesando barrancos y cañaverales, llegaron al viñedo donde, bajo el soportal del lagar, encontraron á unas cuantas personas arrodilladas, las cuales constituían el puñado de cristianos que habían logrado escapar de la persecución. Rezaban una especie de letanía, á la que contestaba el coro de voces masculinas y femeninas repitiendo después de cada invocación: «¡Jesucristo, ten piedad de nosotros!» Aquel canto, impregnado de profunda melancolía, expresaba un dolor acerbo. Pedro estaba allí también, arrodillado, á la cabeza de su esquilmado y reducidísimo rebaño, debajo de una cruz de madera clavada en la pared. Vinicio le reconoció en el acto por sus blancos cabellos y sus manos levantadas hacia el cielo. Su primer impulso fué abrirse paso á través del grupo y gritar, arrojándose á los pies del Apóstol: «¡Sálvala!» Mas sea porque le impusiera respeto la solemnidad de la plegaria, sea porque la debilidad le impidiera avanzar, ello es que no pudo dar un paso, y, doblándosele las rodillas, cayó postrado mientras también decía: «¡Jesucristo, ten piedad de nosotros!»

A no estar Vinicio conturbado por la propia aflicción, notara que también gemían los demás, pues de los cristianos de aquel grupo ni uno solo había dejado de perder en la persecución á seres queridos, y, trastornados por la desdicha, sentían flaquear la fe en sus corazones. «¿Dónde está Cristo?, pensaban. ¿Por qué no viene en nuestra ayuda? ¿Cómo puede consentir que el mal triunfe del poder de Dios?» No obstante su angustia suprema, continuaban implorando misericordia, porque en sus almas quedaba un resto de esperanza, porque confiaban aun en que Cristo descendería del Cielo, y, purificando al mundo de sus iniquidades, abatiría el poder de Nerón y daría principio al reinado de la paz y de la justicia. Y levantaban los ojos al Cielo, y escuchaban atentamente, y, puestos de rodillas, trémulos, seguían orando...

También Vinicio, á medida que iba repitiendo con los demás: «¡Jesucristo, ten piedad de nosotros!» sentíase como transportado, en un arrobamiento semejante al que tuvo en la cabaña del cantero cuando Pedro le administró el Bautismo, y llegó á tener la convicción de que, rasgándose de improviso la bóveda

celeste, aparecería Él, circundado de luz esplendorosa, sobre las estrellas, misericordioso y airado á la vez, para salvar á los que le amaban y precipitar en el abismo á los que les perseguían.

El tribuno, cubierta la faz con las manos, se inclinó hasta el suelo. En torno reinaba profundo silencio, como si el terror hubiese extinguido la palabra en los labios de todos los circunstantes. Creyendo llegado el momento solemne en que habia de obrarse el milagro esperó largo trecho, bien persuadido de que al levantar la cabeza vería una luz jamás columbrada por ojos humanos y oiría una voz jamás percibida por oídos mortales.

Pero interrumpido al fin el silencio por el sollozar de las mujeres, Vinicio se levantó y miró en torno con vista extraviada. En el soportal no brillaba esplendorosa luz celeste, sino la pálida llama de las linternas, al par que los débiles rayos de la luna, los cuales, entrando por la abertura del techado, daban á la estancia y á cuanto contenía un tono argénteo. Los que estaban junto á Vinicio alzaron los ojos arrasados en lágrimas. Acá y acullá se oían gemidos, y fuera hendía el aire el silbido de los hombres que vigilaban. Pedro se levantó, y, dirigiéndose á los congregados, dijo:

— Hijos míos, elevad vuestros corazones al Salvador; ofrecedle vuestras lágrimas.

Y calló.

Oyóse de pronto una voz de mujer, voz llena de amargura y de dolor acerbo:

— Soy viuda, y me han robado á mi hijo único, que era mi sostén. ¡Devuélveme á mi hijo, Señor!

De nuevo reinó sepulcral silencio. Pedro estaba de pie junto á los fieles, inmóvil, encorvado bajo el peso de los años, como la encarnación de la debilidad y de la impotencia humanas.

Se oyó otra voz que decía:

— ¡He quedado sola con mis hijos. También me meterán á mí en la cárcel! Y entonces ¿quién dará de comer á mis hijitos?

Y otra:

— Tenía una hija cándida y pura, y me la han ultrajado.

Y otra:

— ¡Hasta Lino, que habia sido respetado por hallarse enfermo, ha sido después preso, y lo torturan ahora bárbaramente!

Y otra:

— Cuando volvamos á casa nos prenderán los pretorianos. ¡No sabemos ya donde escondernos!

Y otra:

— ¡Pobres de nosotros! ¿Quién nos defenderá?

De esta suerte, en medio del sosiego de la noche, un gemido seguía á otro gemido. El viejo Pescador cerró los ojos y sacudió su nevada cabeza en presencia de aquellas humanas tribulaciones. El silencio se hizo aún más profundo, pues solo era turbado por el silbar quedo de los que vigilaban afuera.

Vinicio intentó de nuevo prosternarse ante el Apóstol para impetrar su auxilio; pero como si á sus plantas se hubiese abierto un abismo, le faltaron las fuerzas y se contuvo. Una duda terrible le atormentaba. ¿Y si el Apóstol se declaraba vencido? ¿Y si afirmaba que el César romano era más fuerte y poderoso que Jesús de Nazaret?... Entonces no solamente se desvanecerían todas sus esperanzas, sino que Ligia y el amor á Cristo, y la fe, y todo cuanto le ligaba á la vida, caería hecho pedazos en la sima abierta á sus pies, y quedaría él sumido en densas tinieblas...

En este punto de sus reflexiones estaba Vinicio cuando comenzó á hablar el Apóstol, al principio con voz tan baja que apenas se le oía:

— Hijos míos: he visto en el Gólgota al Hijo de Dios, al verdadero Dios, injuriado, escarnecido, cubierto todo el cuerpo de sangre, clavado en cruz como un malhechor; oí los martillazos fatales; vi erguir la cruz, vi como moría el Divino Cordero... como de una lanzada traspasaban su corazón al Redentor. Y entonces, transido también de dolor, grité: «¡Señor, Señor! ¿Eres el Dios único, omnipotente y fuerte, y has podido permitir que te ultrajaran de esta manera, que te martirizaran tan sin piedad? ¿Por qué has muerto, Señor, inundando de tristeza nuestra alma, cuando creíamos que iba á empezar tu reinado?...» Pero recordad que Jesucristo, Dios y Señor Nuestro, resucitó al tercer día y estuvo con nosotros hasta que, después de habernos dado su bendición, rodeado de claridad deslumbrante, subió al cielo. Nosotros comprendimos entonces la flaqueza de nuestra fe, y fortalecimos nuestro corazón, y ahora sembramos por todo el mundo la santa semilla.

Luego, volviéndose hacia el punto de donde habían salido las primeras lamentaciones, prosiguió con voz más alta:

—¿De qué os doléis?.. Si el mismo Dios sufrió pasión y muerte para redimirnos á todos ¿con qué derecho pretendéis vosotros sustraeros al martirio? ¡Hombres de poca fe! ¿Es posible que no hayan penetrado en vuestro corazón sus palabras? ¿Acaso es esta la vida que os tiene prometida? He aquí que se llega á vosotros y os dice: «¡Seguidme!» y trata de elevaros hasta Él; pero vosotros, apegados á la tierra, le contestáis gimiendo: «¡Salvados, Señor!...» Comparado con Dios no soy sino un puñado de polvo; pero respecto de vosotros soy Apóstol de Jesucristo y su Vicario en la tierra. Pues yo os digo en verdad: Tras la tortura no os espera la muerte, sino la vida; no el sufrimiento, sino la bienaventuranza eterna; no las lágrimas y los sollozos, sino la más pura alegría; no la esclavitud, sino la gloria. Y yo, Apóstol del Señor, te digo á ti, viuda: El hijo de tus entrañas no morirá, sino que nacerá á la vida eterna, y tú un día estarás con él; y á ti, padre, á quien te han ultrajado la hija, te digo asimismo que la encontrarás más pura que los lirios del valle de Ebrón; y á vosotras, madres que os atormentáis pensando en la suerte que pueda caber á vuestros huérfanos, y á todos los que andáis contristados, y á todos los que tendréis que presenciar la muerte de seres queridos; á vosotros los que desfallecéis y os conturbáis, á vosotros á quienes la muerte os espera, en nombre de Cristo os digo que pasaréis como de un sueño agitado á un despertar alegre y placentero; de las tinieblas á la luz divina. ¡En nombre de Cristo caiga la venda que cubre vuestros ojos é inflámesse vuestro corazón en el santo amor de Dios!

Al decir esto Pedro levantó la mano como si diese una orden y sintieron todos afluir á sus venas una nueva sangre, y temblaron de emoción porque no era ya un decrepito anciano encorvado por el peso de los años el hombre que empuñaba el cayado del Pastor, sino un sér fuerte, alentado por la fe y por la conciencia de su misión, que recogía las almas de entre el polvo del dolor y del espanto para transportarlas á las puras y luminosas regiones de la esperanza.

—¡Amen! — exclamaron algunas voces.

Los ojos del Apóstol adquirieron misterioso brillo, y en toda su persona se transparentaron el poder, la grandeza y la santidad.

Y prosiguió diciendo de esta manera:

— Sembrad con llanto y recogeréis con alegría. ¿Por qué

teméis el poder del mal? Sobre la tierra, sobre Roma, sobre los muros de la Ciudad reina el Señor, que está también dentro de vosotros. Las piedras serán bañadas con vuestras lágrimas, la arena se empapará de vuestra sangre, las fosas se llenarán con vuestros cadáveres; y yo os digo: ¡pues este es vuestro triunfo! El Señor avanza contra esta Ciudad del crimen, de la opresión y de la soberbia; vosotros sois sus legiones, y así como Él con su preciosísima sangre, con su martirio y con su muerte ha redimido los pecados del mundo, así quiere que con vuestra sangre y con vuestro martirio rescatéis los delitos de esta Ciudad.

Pedro alzó las manos y fijó la mirada en el cielo. Todos contenían la respiración, bien seguros de que el Apóstol veía en las alturas algo invisible á los ojos de ellos. Y, en efecto, su semblante se transformaba y se iluminaba. Permaneció en dicha actitud algún tiempo, silencioso, como pasmado por el éxtasis; pero de pronto, en la calma solemne de la noche, vibró de nuevo su voz:

—¡Oh, Señor! Estás aquí y me revelas tus designios; me trazas el camino. ¿No en Jerusalén, sino en esta Ciudad de Satanás, quieres establecer tu sede? ¿Sobre este suelo, de estas lágrimas y de esta sangre quieres que surja tu Iglesia? ¿Aquí donde impera Nerón, has decidido fundar tu reino imperecedero? ¡Ah, Señor, Señor! ¿Y á estos hombres miseros y débiles confías el encargo de que echen con sus huesos los cimientos de la Sión divina?; ¿á mi alma que asuma el gobierno de tu Iglesia y de todos los pueblos del universo? ¡Oh! ¡Viertes en el corazón de los débiles el manantial de la fuerza para que se tornen poderosos, y me ordenas apacentar tu rebaño hasta la consumación de los siglos! Seas para siempre glorificado en tus designios inescrutables, Tú que ordenas luchar y vencer... ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Los pusilánimes se reanimaron, los que dudaban sintieron su alma inundada por la luz de la fe. Algunos repitieron «¡Hosanna!, ¡Hosanna!»; otros exclamaron: «¡Por la fe y por Cristo!» De nuevo reinó profundo silencio. En tanto había aparecido la luz de la aurora é iluminaba suavemente la humilde estancia; las caras de los cristianos aparecían pálidas por la emoción, no por el miedo. Oró Pedro todavía largo trecho. Al cabo, con la faz inspirada y radiante se volvió á sus fieles y les dijo:

— Así como el Señor ha triunfado de vuestra debilidad y de vuestras dudas, id, y triunfad vosotros en su santo nombre del oprobio y la iniquidad.

Pero, aunque estaba bien seguro de la victoria, aunque sabía cuales serian los efectos de aquellas lágrimas y de aquella sangre, les bendijo, diciendo:

— Yo os bendigo, hijos míos, para el martirio, para la muerte, para la eternidad.

Entonces se acercaron todos á él y exclamaron:

— Estamos prontos; pero tú, varón santo, sálvate; porque siendo el Vicario de Cristo has de cumplir la misión que te ha confiado.

Y se asieron á sus vestidos, y él, poniéndoles una mano sobre la cabeza, les bendijo uno á uno, como bendice un padre á sus hijos cuando se disponen á emprender largo viaje.

Después salieron todos del soportal y se dirigieron á sus casas con el deseo de ser llevados á la cárcel y luego á los anfiteatros, porque habian ya renunciado á la tierra y vivian como arrobados, dispuestos á contraponer la fuerza viva que llevaban en su alma á la fuerza brutal de la Bestia.

Por un oculto sendero, á través de la viña, Nereo, esclavo de Pudente, condujo á su propia cabaña al Apóstol.

Vinicio les seguía, y cuando estuvieron cerca del término de su ruta, se arrojó a los pies de Pedro. Este le reconoció en seguida y le preguntó:

— ¿Qué quieres, hijo mío?

Pero Vinicio, después de cuanto habia oído, no osaba formular ruego alguno, y se contentó con abrazar las rodillas del Apóstol y con estrechárselas, sollozando. Este le dijo:

— Ya sé; te han arrebatado á la muchacha que amas; ruega por ella.

— ¡Señor! — gimió Vinicio, oprimiendo con más fuerza las rodillas de Pedro — Señor, yo soy un vil gusano; pero tú, que fuiste discípulo de Cristo, ruégale, intercede en favor de ella.

Temblaba al decir esto como una hoja en el árbol y apoyaba la frente en las rodillas del venerable anciano. Este se conmovió ante aquel inmenso dolor, y recordando que también Ligia, azorada por las palabras de Crispo, habia caído á sus pies para implorar su perdón y que él la habia animado y fortalecido, decidió animar y fortalecer á Vinicio.

— Hijo mío — le dijo — rogaré por ella; pero acuérdate de

lo que he dicho á los otros que, como tú, dudaban: el mismo Dios sufrió pasión y muerte; ésta es sólo vida de tránsito, pues tras ella principia la eterna.

— Lo sé... lo sé... lo he oído — contestó Vinicio — Pero ¡ay, señor!... ¡no puedo! Si debe derramarse sangre, ruega á Cristo que esta sangre sea la mía... ¡Soy soldado! No importa que me hagan sufrir á mi dos, tres veces los tormentos que la esperan á ella; los soportaré impávido, con tal que ella se salve. ¡Es todavía una niña, señor!... ¡Y Cristo es más fuerte y más poderoso que el César!... Tú también la querias, tú nos bendijiste... ¡Es todavía una inocente niña!...

Y, cayendo otra vez de hinojos, repetía:

— Tú conociste á Cristo, señor, si; tú le conociste, y á ti te escuchará; ¡ruega por ella!

El Apóstol cerró los ojos y se puso á orar fervorosamente. A la luz ya bastante clara del alba Vinicio contemplaba los trémulos labios de Pedro, aguardando de ellos la sentencia de vida ó de muerte. En medio de la calma matinal las codornices dejaban oír su canto, llamándose de un extremo á otro del viñado; oíase también el sordo y lejano rumor de los molinos de la via Salaria.

— Vinicio — preguntó al fin el Apóstol: — ¿tienes fe?

— ¡Oh, señor! ¿Habria venido á ti, si hubiese dudado?

— Ten fe, pues, hasta el fin; porque la fe mueve las montañas; y aunque vieses á tu amada bajo la espada del verdugo ó en las fauces de los leones conserva aún la fe, porque Cristo puede salvarla. Cree y ora; yo oraré contigo.

Y levantando los ojos al cielo, el Apóstol oró en alta voz.

— ¡Oh, Jesucristo, fuente de misericordia! ¡Ten piedad de este corazón lacerado y consuélalo! ¡Oh, Cristo, manantial de piedad! ¡Tú que rogaste á tu padre que apartase de tus labios el cáliz de amargura, apártalo ahora de los labios de este siervo tuyo! Amen.

Vinicio, alzando las manos hacia las estrellas que, una á una, iban apagándose en el firmamento, exclamó:

— ¡Jesucristo, Dios mío, yo te pertenezco! ¡Tómame á mí y sálvala á ella!

Sobre el lejano horizonte aparecía el disco incandescente del sol.

VI

Vinicio, fortalecido por la esperanza, como impulsado por una fuerza misteriosa, se dirigió á la Cárcel Mamertina. Mas á pesar de conocerle todos los pretorianos que daban la guardia y de no haberse opuesto nunca á que entrara, aquel día permanecieron firmes en sus puestos, con las filas cerradas. El centurión se adelantó y dijo:

— Perdone, noble tribuno; hoy tenemos orden de no dejar pasar á nadie.

— ¿Orden?... — repitió Vinicio, palideciendo.

El centurión le miró con aire compasivo.

— Sí, noble señor; orden del César. Hay en la cárcel muchos enfermos y se teme que los que vienen á visitarles propaguen la epidemia por la Ciudad.

— Pero la orden será solamente para hoy...

— Por lo que toca á nosotros, sí; pues á medio día nos relevan.

Vinicio se quitó el *pileus* (1) porque le pesaba en la cabeza como si fuera de plomo. Entonces el centurión se le aproximó y le dijo en voz baja:

— No temas, señor; los carceleros y Oso la custodian como es debido.

Al decir esto se inclinó y con la punta de la larga espada gala diseñó rápidamente la figura de un pez sobre una baldosa. Vinicio le miró asombrado.

— ¡Y, no obstante, eres pretoriano!... — le dijo.

— Hasta que me metan ahí dentro — contestó el centurión, señalando la cárcel.

— También yo soy siervo de Cristo.

— ¡Bendito sea su santo nombre! Lo sabía, noble señor... No puedo dejarte pasar; pero si escribes una carta la entregaré á uno de los carceleros, para que la dé á Ligia.

— Gracias, hermano.

Vinicio se alejó. El hecho de que aquel soldado fuese también cristiano fué para él una nueva revelación del poder

(1) Especie de gorra ó casquete que llevaban los hombres.

inmenso de Cristo. De pronto se detuvo y contempló las nubes rosadas que flotaban sobre el Capitolio y el templo de Júpiter *Stator*.

— No la he visto hoy, Señor — dijo entre sí — pero tengo fe en tu infinita misericordia.

En casa le esperaba Petronio, quien, fiel á su costumbre de hacer de la noche día, se había retirado poco antes y disponíase para descansar.

— Tengo que darte algunas noticias antes de acostarme — dijo. — He pasado la noche en casa de Tulio Senección, adonde se han dignado ir también el César y la Augusta. No acierto á explicarme por qué se le ha ocurrido á ésta llevar consigo á su hijo Rufo... Acaso creyera ablandar el corazón del César con la belleza del niño; mas, por su desgracia, éste se durmió durante la lectura, conforme le ocurrió en otra ocasión á Vespasiano, y, advertido esto por *Barbarroja*, le arrojó un vaso de bronce á la cabeza, descalabrándole gravemente. Popea se ha desmayado y todos han oído como el César gritaba: « ¡Estoy harto ya de ese bastardo! » lo que, como tú sabes, equivale á una sentencia de muerte.

— La ira de Dios está suspendida sobre la cabeza de la Augusta — respondió Vinicio. — Mas ¿por qué me cuentas eso?

— Porque es posible que, preocupada con su propio dolor, olvide los propósitos de venganza contra ti y Ligia ó que se vuelva más humana y compasiva. Esta tarde he de verla y procuraré hablarla.

— Gracias; es una buena noticia.

— Toma ahora el baño y vete á descansar; tienes lividos los labios... te vas convirtiendo en la sombra de ti mismo.

Vinicio preguntó:

— ¿No se ha dicho en casa de Tulio cuando empezarán los juegos?

— Dentro de diez días; pero se sacarán primero los cristianos de las otras cárceles. Con ello ganaremos tiempo. No hay que desesperar aún.

Con estas palabras Petronio únicamente trataba de alentar á Vinicio, pues no podía haberle duda de que, después de haberse comparado Nerón á Bruto, para hacer una frase, al contestar á Alituro, estaba Ligia irremisiblemente perdida.

Bien convencido de que Vinicio no sobreviviría á Ligia, procuraba mantener vivas sus esperanzas, no solamente por

piedad, sino más bien porque, en virtud de su refinamiento estético, deseaba que hasta el trance de la muerte conservara su estimado Vinicio la belleza corpórea que iba perdiendo con las angustias, los insomnios y los sufrimientos.

—He aquí—prosiguió Petronio—lo que diré á la Augusta: «Salva tú á Ligia y yo te salvaré á Rufo.» Emplearé todos los recursos de mi inteligencia para convencerla. Ya sabes que con el César basta á veces una sola palabra pronunciada á tiempo para salvar ó perder á una persona.

—Gracias—contestó Vinicio.

—La mejor manera de dárme las consiste en que tomes algún alimento y te vayas luego á descansar. ¡Por Palas Atena! Ulises, nunca, ni en los momentos más críticos de sus aventuras, se olvidó de comer y de dormir. ¿Habrás pasado la noche en la cárcel?...

—No; quise entrar, pero los pretorianos tenían orden de no permitirlo á nadie. Oye: te agradeceré que averigües si la orden es sólo para hoy ó si subsistirá hasta el comienzo de los juegos.

—Lo sabré esta noche, y también por qué se ha dado. Mas ahora, aunque Helio á consecuencia del disgusto se precipite en las regiones cimerianas, yo me voy á descansar... y tú debes hacer lo mismo.

Separáronse. Petronio se fué al *cubiculo*; mas Vinicio se dirigió á la biblioteca y escribió á Ligia una carta que entregó personalmente al centurión cristiano. Este se apresuró á llevarla á su destino. Al regresar dijo:

—Ligia te saluda y ha dicho que hoy mismo te contestará.

Vinicio, sin ganas de volver á su casa, sentóse sobre una piedra para esperar la respuesta de Ligia.

El sol estaba ya muy alto, y, como de costumbre, pasaba mucha gente por allí, atravesando el *clivus Argentarius*, para dirigirse al Foro. Los vendedores ambulantes pregonaban á voz en grito sus mercancías, los adivinos ofrecían sus servicios á los transeúntes, los ciudadanos se encaminaban con paso grave á los Rostros para oír á algún orador ó para cambiar impresiones sobre los acontecimientos del día. A medida que el calor iba en aumento, la muchedumbre ociosa se refugiaba en los peristilos de los templos, de donde salían bandadas de palomas que con rumoroso aleteo hendían el espacio, rompiendo con sus blancas alas la uniformidad del color azul del cielo.

La intensidad de la luz, el calor y el cansancio obligaron á Vinicio á cerrar los párpados. Los gritos, en cierta manera monótonos, de los muchachos que jugaban á la morra no lejos de allí y el paso grave y mesurado de los pretorianos le estimularon el sueño. Muchas veces alzó todavía la cabeza y contempló la cárcel; pero al fin se reclinó sobre una piedra, suspiró como un niño que se duerme después de haber llorado mucho tiempo, y, en efecto, durmióse.

Y empezó á soñar. Soñaba que en medio de la obscuridad de la noche, llevando en brazos á Ligia, caminaba por una viña, precedido de Pomponia con una linterna en la mano. Una voz que tenía el timbre de la de Petronio le gritaba desde lejos: «¡Retrocede!» Pero él, sin hacer caso de la voz, seguía las huellas de Pomponia, la cual se detenía frente á una cabaña en cuyos umbrales se hallaba el Apóstol Pedro. Vinicio le enseñaba á la casta doncella dormida y le decía: «Venimos del Circo, señor; pero no podemos despertarla; despiértala tú.» Y Pedro respondía: «Vendrá el mismo Cristo á despertarla.»

Las imágenes de su ensueño trocáronse por otras más confusas. Vió al César y á Popea. Esta llevaba en brazos al niño Rufo con la frente ensangrentada. Petronio le lavaba la herida. Vió después á Tigelino muy atareado en llenar de ceniza las mesas de un vasto *triclinio* provistas de exquisitos manjares, á Vitelio que los engullía con avidez y á gran número de angustales sentados á dichas mesas. El mismo Vinicio comía al lado de Ligia. Por entre los comensales paseaban majestuosamente espantables leones, erizadas las rubicundas crines y chorreándoles sangre los hocicos. Ligia le suplicaba que la llevara fuera; pero él se hallaba tan extenuado que ni siquiera podía moverse.

Después las visiones se hicieron todavía más confusas, casi caóticas. Finalmente quedó la imaginación de Vinicio sumida en tinieblas.

El ardor del sol y los gritos que de pronto se levantaron á su lado interrumpieronle el sueño. Restregóse los ojos y vió la calle atestada de gente y á dos batidores vestidos con túnica amarilla, que, armados de largos palos, apartaban á la plebe abriendo paso á una espléndida litera llevada en hombros por cuatro gigantescos esclavos egipcios.

Iba en la litera un hombre con vestido blanco y al cual no se le podía ver el rostro porque lo ocultaba tras un rollo de papiro en cuya lectura parecía entretenido.

— ¡Paso á la litera del noble augustal! — gritaban los batidores. Pero era tan compacto el gentío que los esclavos se vieron obligados á detenerse. Entonces el augustal bajó el papiro y sacando afuera la cabeza gritó:

— ¡Dispersad á esa canalla... pronto!

Mas al advertir la presencia de Vinicio retiró inmediatamente la cabeza y levantó el papiro á la altura de los ojos. El tribuno se pasó la mano por la frente, dudando de si soñaba todavía. El hombre que iba en la litera era Quilón Quilónides. Los batidores, entre tanto, habian despejado la vía, y los egipcios disponianse á continuar su camino. Pero el joven tribuno, penetrando repentinamente muchas cosas que habian sido para él hasta entonces incomprensibles, se acercó á la litera y dijo:

— Buenos días, Quilón.

— Buenos días, joven — respondió el griego con enfática altivez, afectando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. — No puedo detenerme porque me urge ver á mi noble amigo Tigelino.

Vinicio, apoyándose con las manos en el borde de la litera inclinó el cuerpo sobre Quilón, y, mirándole fijamente en los ojos, le dijo en voz baja:

— ¿Tú... denunciaste á Ligia?...

— ¡Oh, coloso de Memnón! — exclamó aterrorizado el filósofo.

Pero como en los ojos de Vinicio no se descubría el menor asomo de amenaza, se desvaneció como por encanto el susto del griego. Además éste se acordó de que contaba con la protección de Tigelino y del mismo César, esto es, de dos poderosos ante los cuales todos los hombres temblaban, y que á la sazón se hallaba rodeado de esclavos atléticos y de que Vinicio no iba armado ni parecía en actitud de poder realizar una agresión, á causa de su extrema debilidad. Por todo lo cual recobrando su ingénita insolencia, clavó sus ojos en los de Vinicio y le murmuró al oído:

— Acuérdate de que, estando yo á punto de morir de hambre, me hiciste apalear.

Permanecieron entrambos un momento silenciosos. Al fin Vinicio, siempre en voz baja, dijo:

— Fui injusto contigo, Quilón.

El griego irguió entonces la cabeza y haciendo chasquear los dedos, además con que los romanos manifestaban el desprecio, dijo en voz bastante alta para que todos lo pudieran oír:

— Amigo mio, si quieres algo de mi ve á casa, que la tengo en el Esquilino, por la mañana, después de tomar el baño, que es la hora en que recibo á mis visitas y á los *clientes*.

E hizo con la mano una señal. Los egipcios levantaron la litera mientras los batidores repetían, agitando los palos:

— ¡Paso á la litera del noble augustal! ¡Paso á la litera del noble Quilón Quilónides. ¡Paso! ¡Paso!...

VII

En extensa carta, apresuradamente escrita, Ligia daba el último adiós á Vinicio, le decía que en virtud de la orden por la cual se prohibía visitar á los presos probablemente no le volvería á ver hasta que la llevaran á la arena, y le rogaba que asistiera á los juegos, pues deseaba contemplarle una vez más antes de morir. En todas las palabras de la carta palpitaba el entusiasmo, el amor al martirio, el desapego á la vida y una fe firmísima en que se cumplirían, más allá de la tumba, todas las promesas que habia oído de labios del Apóstol y de los presbiteros. « Importa poco, le escribía, que Jesucristo me salve ahora ó después de la muerte; por boca del Apóstol me ha prometido á ti, y tuya soy, y lo seré siempre. » Al mismo tiempo rogaba á Vinicio que no se desesperase, que no la compadeciese, que no se dejara abatir por el dolor. « La muerte, añadía, no rompe los lazos del juramento. » Con ingenuidad infantil, le aseguraba que inmediatamente después del martirio, en cuanto se hallara en presencia de Jesús, le diría que Marco, su prometido, habia quedado en Roma, y que ella con todo su corazón deseaba tenerle al lado. « Acaso la misericordia de Cristo permitirá, agregaba, que mi alma descienda por breves instantes á la tierra para convencerte de que vivo, de que no me acuerdo del martirio, de que soy dichosa. » Toda la carta respiraba resignación y esperanza. Solamente contenía un ruego relativo á las cosas de este mundo; y era que Vinicio se hiciese cargo de su cuerpo en el *Spoliarium* y le diese cristiana sepultura en la misma tumba en donde un día habian de descansar sus propios huesos.

A Vinicio la lectura de esta carta le desgarró el alma. Sin embargo, no podia llegar á convencerse de que Ligia hubiese

de morir entre las fauces de las fieras, de que Cristo no tuviese misericordia de ella.

Regresado á su casa, le contestó que todos los días iría á ponerse bajo los muros de la cárcel, á esperar el momento en que Cristo los derrumbara á fin de que pudiese recobrarla. Y la exhortó á que no perdiese ni un instante la fe en que Jesús podía salvarla, aún estando entre las garras de las fieras; porque el Apóstol había impetrado el auxilio divino en favor de ella, y, sin duda, la hora de la liberación estaba ya próxima.

Al día siguiente cuando Vinicio fué al encuentro del centurión cristiano que había de llevar la carta á la cárcel, éste le dijo:

— Escucha, señor; Jesucristo, que ha puesto á prueba tu entereza, ha querido también darte una señalada muestra de su protección. La noche pasada han ido á la cárcel los libertos del César á escoger virgenes cristianas destinadas á ser víctimas de la bestialidad de los cortesanos y del mismo César antes de ser llevadas á la muerte. Quisieron llevarse á tu prometida; pero el Señor le ha enviado la fiebre de que mueren tantos y tantos infelices en el Tuliano, lo que les ha obligado á dejarla allí. Ayer tarde había perdido ya el conocimiento. ¡Sea para siempre loado el nombre del Salvador! pues esta enfermedad, que la ha sustraído al ultraje, acaso también la salve del suplicio.

El tribuno se apoyó con una mano en el hombro del militar para no caer. Este siguió diciendo:

— Da gracias á la Misericordia Divina. Habían detenido y atormentado á Lino, pero, en vista de que estaba á punto de agonizar, le pusieron de nuevo en libertad. ¡Sólo Dios sabe si echarán también á Ligia de la cárcel y sanará de la fiebre después!

El tribuno estuvo un momento pensativo. Al fin, con voz dulcisima, dijo:

— Es verdad, centurión. Jesús, que la ha salvado del oprobio, la salvará también de la muerte.

Permaneció junto á los muros de la cárcel hasta la tarde en que volvió á su casa para mandar gente de su servicio á la de Lino con orden de transportarlo á una de sus quintas de la campiña romana.

Petronio, informado de cuanto había acontecido, decidió hacer nuevas gestiones. Había hablado ya con la Augusta;

pero determinó verla de nuevo. Hallóla junto á la cama del niño Rufo, quien, con la cabeza horriblemente destrozada, era presa del delirio. La madre, llena de congoja, lo cuidaba con solicitud y al propio tiempo con profunda desesperación, sospechando que al curarle le preparaba para una muerte mucho más horrenda. Absorta en su dolor, no quería oír hablar de Vinicio ni de Ligia; pero Petronio la aterrorizó.

— Has ofendido — le dijo — á una nueva y misteriosa divinidad. Tú, Augusta, según se dice, adoras á Jehová, el dios de los judíos. Los cristianos aseguran que Cristo es su Hijo... Procura, pues, que no caiga sobre tu cabeza la ira del Padre. ¡Quién sabe si esta desdicha que te affige es una venganza del nuevo Dios y si la vida de Rufo depende de la conducta que observes de hoy en adelante!...

— ¿Y qué debo hacer? — preguntó Popea espantada.

— Aplacar la cólera del dios de los cristianos.

— ¿Cómo?

— Ligia está enferma; logra del César y de Tigelino que la devuelvan á Vinicio.

— ¡Ah! por desgracia, no tengo ya sobre ellos influencia alguna — contestó ella, completamente descorazonada.

— Entonces haz otra cosa. Si Ligia cura de su enfermedad será llevada á la arena. Pues bien: ve tú al templo de Vesta y ordena á la *Virgo Magna* que procure hallarse como por acaso á las puertas de la cárcel en el momento de salir los presos para ser llevados al suplicio y que exija la libertad de la doncella. La Gran Vestal no podrá negarte esta merced.

— Mas ¿y si Ligia muere de la fiebre?...

— Los cristianos afirman que si bien Cristo es severo, no deja de ser también justo, y quizás bastará la sola intención de salvar á Ligia para que te perdone.

— Que me dé, pues, una garantía... una señal de que salvará á Rufo.

Petronio, encogiéndose de hombros, repuso:

— No he venido, Augusta, en calidad de embajador de Cristo. Me limito á exhortarte á que procures estar en paz con todos los dioses romanos y extranjeros.

— Iré en seguida — contestó Popea, con voz ahogada por el llanto.

— Al fin he conseguido algo — pensó Petronio, suspirando; y, en cuanto vió á Vinicio, le dijo:

— Ruega á tu Dios que Ligia no muera de la fiebre, porque, si vive, la *Virgo Magna* exigirá que la pongan en libertad al sacarla de la cárcel. La Augusta ha ido personalmente á rogárselo.

Vinicio le dirigió una mirada febril y contestó:

— La libertará Cristo.

Popea, que para salvar á Rufo hubiera ofrecido hecatombes á todos los dioses del universo, se encaminó poco después á la morada de las vestales, situada en el Foro, confiando el enfermito á los cuidados de la fiel Silvia, que habia sido su propia nodriza. Pero en el Palatino se habia decidido ya de la suerte del inocente Rufo, y, apenas la Augusta hubo pasado el soberbio arco de ingreso del Palacio Imperial, entraron dos libertos del César en la habitación donde el niño yacía. Arrojándose uno sobre la anciana Silvia le tapó la boca, mientras el otro cogía una pequeña esfinge de bronce y con ella le daba un golpe que la dejó exánime. Luego se acercaron entrambos á la cama de la tierna criatura, la cual, sin poder por su estado darse cuenta de lo que acontecía en torno suyo, sonreía, entreabriendo sus hermosos ojos, como si hiciera esfuerzos para reconocer á los libertos. Pero éstos, con el cinturón de la nodriza estrangularon al niño, sin darle tiempo más que para llamar una sola vez á su madre con grito desgarrador. Y acto continuo envolvieron el cadáver en un lienzo, colocáronlo sobre un caballo ya dispuesto al efecto, y á galope tendido lo llevaron á Ostia, donde lo arrojaron al mar.

Popea no encontró á la *Virgo Magna*, porque con las demás vestales se hallaba en un banquete en casa de Vatinio. Regresó al Palatino, y al ver vacío el lecho en donde habia dejado á su hijo y en el suelo el helado cuerpo de Silvia, perdió el sentido. Al recobrarlo púsose á dar estridentes gritos, y así continuó durante la noche y todo el día siguiente. Pero al tercer día le ordenó el César que tomara puesto á su lado, en un banquete, y, vistiéndose ella la túnica de color de amatista, obedeció al orden, y permaneció sentada al lado de Nerón, con el rostro petrificado bajo su hermosa cabellera de oro, muda, misteriosa, siniestra como el ángel de la muerte...

PARTE OCTAVA

I

Antes de la construcción del Coliseo de Flavio, la mayor parte de los anfiteatros de Roma eran de madera, y por este motivo ardieron casi todos durante el incendio. Pero el César previó en seguida á la necesidad que de ellos habia para los juegos prometidos, ordenando que se construyeran varios á toda prisa, uno de los cuales, por sus vastas proporciones y su magnificencia, habia de superar á cuanto hasta entonces se habia visto en este género de construcciones. Fué edificado conforme al proyecto de los célebres arquitectos Severo y Cellere y con la madera que se obtuvo de la tala de muchos bosques seculares de las vertientes del Atlas. Trabajaban en su construcción, día y noche, millares de artesanos.

Contábanse maravillas de lo que sería este colosal anfiteatro. Decíase que abundarian en él los adornos de bronce, las incrustaciones de ámbar, de marfil y de nácar; que anchos canales abiertos en la gradería mantendrían fresca la atmósfera, aún en lo más recio del calor, con el agua casi helada que correría por ellos; que un inmenso *velario* purpúreo resguardaría á los espectadores de los rayos del sol; que, distribuidos por las gradas, colocaríanse grandes pebeteros para perfumar el ambiente con aromas orientales, y que por medio de un aparato ingeniosamente dispuesto se haría caer de tiempo en tiempo sobre los concurrentes finísima lluvia de agua aromatizada con esencias de azafrán y de verbena.

El día en que se dió el primer espectáculo matinal, (*ludus matutinus*) enorme gentío esperaba desde el alba que las

— Ruega á tu Dios que Ligia no muera de la fiebre, porque, si vive, la *Virgo Magna* exigirá que la pongan en libertad al sacarla de la cárcel. La Augusta ha ido personalmente á rogárselo.

Vinicio le dirigió una mirada febril y contestó:

— La libertará Cristo.

Popea, que para salvar á Rufo hubiera ofrecido hecatombes á todos los dioses del universo, se encaminó poco después á la morada de las vestales, situada en el Foro, confiando el enfermito á los cuidados de la fiel Silvia, que habia sido su propia nodriza. Pero en el Palatino se habia decidido ya de la suerte del inocente Rufo, y, apenas la Augusta hubo pasado el soberbio arco de ingreso del Palacio Imperial, entraron dos libertos del César en la habitación donde el niño yacía. Arrojándose uno sobre la anciana Silvia le tapó la boca, mientras el otro cogía una pequeña esfinge de bronce y con ella le daba un golpe que la dejó exánime. Luego se acercaron entrambos á la cama de la tierna criatura, la cual, sin poder por su estado darse cuenta de lo que acontecía en torno suyo, sonreía, entreabriendo sus hermosos ojos, como si hiciera esfuerzos para reconocer á los libertos. Pero éstos, con el cinturón de la nodriza estrangularon al niño, sin darle tiempo más que para llamar una sola vez á su madre con grito desgarrador. Y acto continuo envolvieron el cadáver en un lienzo, colocáronlo sobre un caballo ya dispuesto al efecto, y á galope tendido lo llevaron á Ostia, donde lo arrojaron al mar.

Popea no encontró á la *Virgo Magna*, porque con las demás vestales se hallaba en un banquete en casa de Vatinio. Regresó al Palatino, y al ver vacío el lecho en donde habia dejado á su hijo y en el suelo el helado cuerpo de Silvia, perdió el sentido. Al recobrarlo púsose á dar estridentes gritos, y así continuó durante la noche y todo el día siguiente. Pero al tercer día le ordenó el César que tomara puesto á su lado, en un banquete, y, vistiéndose ella la túnica de color de amatista, obedeció al orden, y permaneció sentada al lado de Nerón, con el rostro petrificado bajo su hermosa cabellera de oro, muda, misteriosa, siniestra como el ángel de la muerte...

PARTE OCTAVA

I

Antes de la construcción del Coliseo de Flavio, la mayor parte de los anfiteatros de Roma eran de madera, y por este motivo ardieron casi todos durante el incendio. Pero el César previó en seguida á la necesidad que de ellos habia para los juegos prometidos, ordenando que se construyeran varios á toda prisa, uno de los cuales, por sus vastas proporciones y su magnificencia, habia de superar á cuanto hasta entonces se habia visto en este género de construcciones. Fué edificado conforme al proyecto de los célebres arquitectos Severo y Cellere y con la madera que se obtuvo de la tala de muchos bosques seculares de las vertientes del Atlas. Trabajaban en su construcción, día y noche, millares de artesanos.

Contábanse maravillas de lo que sería este colosal anfiteatro. Decíase que abundarian en él los adornos de bronce, las incrustaciones de ámbar, de marfil y de nácar; que anchos canales abiertos en la gradería mantendrían fresca la atmósfera, aún en lo más recio del calor, con el agua casi helada que correría por ellos; que un inmenso *velario* purpúreo resguardaría á los espectadores de los rayos del sol; que, distribuidos por las gradas, colocarianse grandes pebeteros para perfumar el ambiente con aromas orientales, y que por medio de un aparato ingeniosamente dispuesto se haría caer de tiempo en tiempo sobre los concurrentes finísima lluvia de agua aromatizada con esencias de azafrán y de verbena.

El día en que se dió el primer espectáculo matinal, (*ludus matutinus*) enorme gentío esperaba desde el alba que las

puertas se abrieran, escuchando con cierta complacencia el rugido de los leones, el mugir ronco de las panteras y los ladridos de los perros. Hacía dos días que no se les daba de comer y al mismo tiempo se les excitaba el hambre pasando por delante de sus jaulas pedazos sanguinolentos de carne. Irritadas las fieras por este martirio daban rugidos y aullidos tan formidables, que á veces no se entendían al hablar las personas que se agrupaban en los alrededores del circo (1) y eran no pocos los que palidecían de terror. Al asomar el sol por Oriente se levantó del anfiteatro un cántico tranquilo, sonoro, vibrante. La muchedumbre al oírlo quedó estupefacta. En todos lados se gritaba:

— ¡Los cristianos!, ¡los cristianos!

Durante la noche anterior habían sido trasladados al anfiteatro gran número de ellos, sacando unos cuantos de cada cárcel, á pesar de que al principio se había pensado sacarlos todos de una. Las voces masculinas, femeninas é infantiles que cantaban el himno matutino eran tan numerosas que los duchos en la materia afirmaban que no era posible «despachar» en un sólo día á tantos cristianos, porque aún cuando se les hiciese salir á la arena por tandas de ciento ó doscientos, á la mitad de la tarea se rendirían los animales, hartos de sangre y cansados de devorar; á lo que añadían que una cantidad tan exorbitante de víctimas había de distraer necesariamente la atención, impidiendo gozar debidamente del espectáculo.

A medida que se acercaba la hora de abrir los vomitorios iban en aumento la animación y el bullicio de la muchedumbre, la cual, con gran algazara, discutía sobre puntos relacionados con el horrendo espectáculo; por ejemplo, sobre si eran más feroces ó más hábiles en el «arte de matar» los tigres ó los leones. Algunos terminaban las disputas con apuestas. En muchos grupos se hablaba de los gladiadores que debían preceder á los cristianos conforme al programa de la función; y también eran tema de acaloradas discusiones y causa de que se formaran bandos, pues unos abogaban por los samnitas, otros defendían á los galos, estos manifestaban su preferencia por los mirmilones, aquellos por los tracios, los de más allá por los

(1) Aunque había no poca diferencia entre los anfiteatros y los circos, no solo por lo que concierne á su forma, sino también por el género de espectáculos que en ellos se daban, en este libro con frecuencia se usa indistintamente de los dos vocablos, para expresar lo que el primero significa.

reciarios. Los gladiadores habían llegado al circo temprano, en grupos, capitaneados por los maestros de esgrima ó *lanistas*. No llevaban armas para no fatigarse antes de tiempo, y muchos iban casi desnudos, coronados de flores ó con ramas verdes en las manos. Sus torsos relucientes, untados de aceites olorosos, podían compararse á bloques de granito, y sus miembros hercúleos, su grave apostura, sus facciones juveniles, en las que rebosaba la vida, eran contemplados con deleite por la plebe, á la que causaban siempre admiración la fuerza y la belleza corpórea. Como la mayor parte eran conocidos de la muchedumbre, al pasar se cambiaban saludos amistosos.

— ¡Buenos días, Furnio!

— ¡Adios, León!

— ¡La Fortuna te sea propicia, Máximo!

— ¡Salud, Diomedes!

Y desaparecían por los corredores oscuros del circo, de donde muchos habían de salir cadáveres.

Detrás de los gladiadores llegaron los *mastigóforos*, provistos de látigos. Su misión en las luchas del circo era azuzar, y, en caso necesario, hostigar á los combatientes que desfallecían ó intentaban retirarse, para obligarles á continuar la lucha. Entró luego en el *Spoliarium* (1) una larga hilera de carros tirados por mulos y llenos de ataúdes. Alborozóse la muchedumbre al verlos, calculando por el número de cajas la duración de los juegos. Tras ellos vinieron los hombres encargados de dar el golpe de gracia á los heridos. Iban disfrazados de Caronte ó de Mercurio. Llegaron después los encargados de mantener el orden en el circo, los acomodadores, los esclavos que habían de servir las viandas y los refrescos, y, por último, los pretorianos.

Abiertos casi simultáneamente todos los vomitorios, la muchedumbre se precipitó en el anfiteatro, y durante algunas horas la corriente fué tan caudalosa que parecía imposible que pudiera aquel contener tanta gente. Las hambrientas fieras, olfateando las emanaciones de la carne humana, atornaban con sus rugidos el circo, y el público se extendía de grada en grada con clamoreo que semejava el fragor de un

(1) Lugar inmediato al circo en que se despojaba á los gladiadores muertos y en que eran rematados los que quedaban sin esperanzas de vida.

mar tempestuoso. Al fin llegó el Prefecto de la Ciudad rodeado de su guardia, y tras él vinieron las literas de los senadores, de los cónsules, de los pretores, de los ediles, de los altos empleados del Palatino y del Estado, de los tribunos ó jefes de la guardia pretoriana, de las damas de alta alcurnia y de los patricios. Algunas iban precedidas de lictores con fasces; otras de esclavos. Los rayos del sol hacían brillar los adornos áureos, las piedras preciosas, las armas bruñidas, las blancas plumas, los vestidos multicolores de aquella aristocracia romana, tan opulenta como cruel y corrompida. En las gradas del anfiteatro la plebe saludaba á alguno de los grandes dignatarios, aclamándole. De cuando en cuando llegaban nuevas secciones de pretorianos. Un poco más tarde entraron los sacerdotes de todos los templos y las vestales, con la *Virgo Magna*, seguidas y precedidas también de lictores.

Para poder dar comienzo al espectáculo sólo faltaba Nerón, quien, deseoso de congraciarse todavía más con el pueblo y no queriendo abusar de su paciencia, no tardó en presentarse, acompañado de Popea y de los augustales, entre quienes se hallaban Petronio y Vinicio.

Como se había cumplido rigurosamente la consigna de no dejar entrar á nadie en la cárcel y había dejado de prestar servicio en la guardia de ésta el centurión cristiano, estaba Vinicio privado de noticias referentes á Ligia, lo que le movió á comprar á los guardias y á los empleados del anfiteatro, en primer lugar para que le avisaran el día en que aquella fuera trasladada allí, y en segundo término para que si, á pesar de su grave enfermedad, era llevada á la arena desde luego, los *bestiarios* la ocultasen en un rincón hasta la noche en que iría por ella un colono de Vinicio con objeto de transportarla á la quinta que poseía éste en los montes Albanos, cosa, aunque no exenta de peligros, muy hacedera, porque se envolvía á las víctimas con pieles de animales que las disfiguraban, y, por tanto, no podían fácilmente ser reconocidas.

Petronio, que estaba en el secreto, aconsejó al tribuno que le acompañara y que al entrar en el anfiteatro, aprovechándose de la confusión, bajara á los subterráneos á fin de cerciorarse de que no estaba allí su prometida ó de señalarla á los empleados en caso contrario, para evitar un error posible.

Los guardias hicieron pasar á Vinicio por una portezuela

reservada, y uno de ellos, Siro, le condujo á donde estaban los cristianos, mientras le decía:

— Señor, no sé si encontrarás aquí lo que buscas. Hemos preguntado por una muchacha llamada Ligia y nadie nos ha respondido. Tal vez no se fíen de nosotros.

— ¿Hay muchos cristianos?

— Muchos, señor; quedará un sobrante para mañana.

— ¿Hay enfermos?

— Enfermos que no puedan tenerse de pie, ninguno.

Al decir esto, Siro abrió la puerta, y ambos entraron en un subterráneo de vasta superficie, pero bajo de techo y muy obscuro á causa de no recibir luz sino por una enrejada abertura que daba á un corredor inmediato á la arena. Al principio no pudo Vinicio ver absolutamente nada y estuvo breves momentos mudo é inmóvil, escuchando el suave rumor de voces que se levantaba á su lado y los clamores de la muchedumbre que entraban amortiguados por el tragaluz. Pero poco á poco se fueron acostumbrando sus ojos á la obscuridad, y pronto empezó á columbrar grupos de seres que semejaban osos y lobos. Eran los cristianos que habían sido envueltos en pieles de estos animales. Muchos permanecían de pie, como petrificados; otros rezaban, postrados de hinojos. Las mujeres se distinguían de los hombres por su larga cabellera. Algunas estrechaban entre los brazos á sus tiernos hijos, también envueltos en pieles de animales feroces. Se hubiera dicho que eran lobas que acariciaban á sus cachorros. Con todo, por encima de las pieles destacábanse semblantes serenos, casi risueños, y ojos en los cuales brillaba una alegría febril. Era evidente que los primeros mártires cristianos, aquellas avanzadas de los combatientes de la Fe, estaban preparándose para la sangrienta batalla, absorbida toda su atención por un pensamiento único, exclusivo, ultraterrreno, que les dejaba indiferentes á cuanto ocurría á su alrededor. Algunos, que fueron interrogados por Vinicio acerca de Ligia, le miraron como alelados, sin responder palabra; otros pusieron el índice sobre los labios; otros, en fin, le señalaron la reja de donde bajaba la luz. Acá y allá lloriqueaban niños, espantados por los rugidos de las fieras y por el extraño efecto que les producían sus propios padres cubiertos con pieles de animales.

Vinicio, andando al lado de Siro, examinaba con atención los semblantes, dirigía á [todos] lados miradas escrutadoras,

preguntaba, á veces tropezaba con los cuerpos de algunos que á causa del calor y de la sofocación se habían desvanecido, é iba avanzando siempre hacia el otro extremo del subterráneo que parecía tan vasto como el anfiteatro. De pronto oyó una voz conocida, y se detuvo como clavado en el suelo. Luego retrocedió hasta hallarse debajo de la reja, y á la luz que por ella penetraba reconoció al inexorable Crispo, el cual, envuelto en una piel de pantera, dirigía con faz adusta la palabra á los que se agrupaban á su alrededor.

— Arrepentios de vuestros pecados — les decía — porque se acerca el momento supremo de la expiación. Si alguien pensase que la muerte por sí sola le redimirá de sus culpas, sepa que con ello pecará de nuevo y será precipitado en el fuego eterno. Con cada uno de vuestros pecados renovásteis los suplicios del Salvador ¿y osáis creer que los tormentos que se os infligirán pueden ser compensación de los sufridos por Cristo? Hoy morirán de una misma muerte los justos y los pecadores; pero el Señor sabrá reconocer á los primeros. Los leones destrozarán vuestros cuerpos; pero no vuestros pecados ni la responsabilidad que por ellos habéis contraído ante Dios. El Señor mostró su infinita misericordia permitiendo que le clavarán en cruz para redimiros de la esclavitud del demonio; mas ahora será para vosotros, los que pecásteis, juez inexorable, no dejando sin el condigno castigo vuestras culpas. Quien osa creer que con solo el martirio purificará su alma, yerra y blasfema además contra la Justicia Divina, y por ello será arrojado á los profundos abismos. ¡No es éste el día de la misericordia, sino el de la cólera y la venganza divinas! Dentro de breves momentos os hallaréis en presencia del inapelable Juez, y únicamente los justos seréis salvos. ¡Arrepentios de vuestros pecados! ¡Arrepentios, sí, porque las puertas del Infierno están abiertas para los impenitentes! ¡Ay de vosotros, maridos y esposas!; ¡ay de vosotros, padres é hijos!

A estas palabras respondieron voces de todos lados que decían:

— ¡Sí, sí; nos arrepentimos de nuestros pecados!

A Vinicio se le heló la sangre en las venas. Había puesto su esperanza en la misericordia del Señor, y escuchaban ahora sus oídos que estaba próximo el día de la ira divina y que ni el martirio era suficiente para aplacarla. Como un relámpago le cruzó por la mente la idea de que Pedro habría hablado muy

de otra manera á los que iban á morir. Pero las terribles amenazas del fanático Crispo, la obscuridad lúgubre de la estancia, la inminencia de los martirios, la vista de las víctimas, le llenaron el corazón de angustia y de terror. El conjunto de aquel cuadro le pareció mil veces más horrible que las sangrientas batallas en que había tomado parte. A punto de desvanecerse á causa de la congoja, del espanto y del calor, bañado todo su cuerpo en sudor frío, temiendo que de un momento á otro se abriera la reja, empezó á llamar en voz alta á Ligia y á Oso, en la persuasión de que alguno que les conociese respondería.

Y, en efecto, un hombre vestido con piel de oso, tirándole de la toga, le dijo:

— Señor, han quedado en la cárcel; he sido el último en salir de allí y la he visto á ella enferma, sobre el lecho.

— ¿Quién eres? — preguntó Vinicio.

— Soy el cantero en cuya cabaña te bautizó el Apóstol. Me prendieron hace tres días, y ya ves... hoy me llevan á la muerte.

El tribuno respiró. Había bajado al subterráneo con vivos deseos de encontrar á Ligia; no obstante, su contento fué tan grande al saber que no estaba allí, que dió de corazón gracias al Señor, bien seguro de que se trataba de una nueva señal de su infinita misericordia.

El cantero le tiró nuevamente de la toga y le preguntó:

— ¿Te acuerdas señor de cuando te acompañé á la viña de Cornelio, donde el Apóstol predicaba?

— Sí — contestó Vinicio.

— Pues le vi más tarde, la vigilia de mi prisión, y me aseguré que vendría al anfiteatro para bendecirnos á todos. Quisiera poderle ver en el trance supremo de la muerte y contemplar como nos bendice. Moriré más tranquilo si le veo. ¿No podrías decirme tú en donde se ha colocado?

Vinicio, bajando la voz, respondió:

— Sé que ha venido con la gente de Petronio, vestido de esclavo; ignoro en que lado del anfiteatro está; pero como ahora vuelvo arriba, me enteraré. Cuando te saquen á la arena, dirige los ojos al sitio de los angustales, entre quienes me hallaré yo. Entonces me levantaré para mirar al punto en que esté Pedro. Sigue tú la dirección de mis ojos y le verás.

— ¡Gracias, señor! ¡La paz sea contigo!

— ¡El Salvador te acoja en su santa gloria!

— ¡Amén!

Vinicio salió del subterráneo, subió á las gradas y tomó asiento al lado de Petronio.

— ¿Está? — preguntó éste.

— No. La han dejado en la cárcel.

— Oye: se me ha ocurrido una idea... Pero, mientras me escuchas, mira... á Nigidia, por ejemplo, con lo cual crearán que hablamos de su tocado, pues Tigelino y Quilón nos observan constantemente... Haz meter á Ligia en un ataúd y que la saquen de la cárcel por la noche como si fuese cadáver. A lo demás, proveeremos luego.

— ¡Me parece bien! — respondió Vinicio.

El diálogo fué interrumpido por Tulio Seneción, el cual, inclinándose hacia los dos interlocutores, preguntó:

— ¿Sabéis si darán armas á los cristianos?

— Lo ignoramos — contestó Petronio.

— Quisiera que se las diesen — prosiguió diciendo Tulio — porque de otra manera presto la arena quedará convertida en un matadero... Pero ¡qué bien está el anfiteatro!... ¿verdad?

Y, en efecto, era magnífico el golpe de vista que presentaba el circo. Las gradas inferiores parecían cubiertas de espesa capa de nieve; tal era la blancura de las togas que las cubrían. En el dorado *podium* (1) estaba sentado el Emperador, quien iba adornado con un collar de diamantes y corona de oro; á su lado se hallaba la Augusta, hermosísima como siempre, pero con expresión de enojo en el semblante, y en torno de los imperiales esposos se habían colocado las vestales, los magistrados, los senadores con sus magníficas togas recamadas, los altos jefes militares con sus bruñidas y relucientes corazas; en suma, cuantas personas sobresalían en Roma por el poder, la alcurnia ó la riqueza. En las gradas inmediatamente superiores se sentaban los caballeros (2) y jefes militares de categoría menos elevada, y más arriba la plebe, compacta muchedumbre semejante á un mar sombrío de cabezas humanas. De trecho en trecho veíanse mástiles de los cuales pendían guirnaldas de rosas, lirios, yedra y pámpanos.

(1) Tribuna ó palco en los teatros y circos destinado al Emperador ó á los cónsules.

(2) Era la segunda de las tres órdenes de la República Romana. Formaban como una clase intermedia entre los patricios y los plebeyos.

Los espectadores charlaban en alta voz, cantaban, gritaban, llamábanse unos á otros por sus nombres ó motes, celebraban con ruidosas carcajadas y se transmitían de una á otra fila las frases chistosas ó picantes, y muchos demostraban pateando su impaciencia por que comenzara el espectáculo. Cuando la pateadura se generalizó, llegando á adquirir por su estruendo honores de tumulto, el Prefecto de la Ciudad, que ya había dado á caballo la acostumbrada vuelta por la arena con su brillante séquito, hizo con el pañuelo la señal de costumbre para indicar que podia darse principio al espectáculo, señal que fué acogida por el público con un formidable: « ¡Aaah!... »

Ordinariamente, los espectáculos del Circo empezaban con la caza de fieras, en la que tomaban parte bárbaros del Norte y del Mediodía, fuertes é intrépidos. Pero como en aquella ocasión los animales feroces habían de llenar la parte principal del espectáculo, se empezó por una lucha de *andábatos*, ó sean gladiadores que, por llevar cubierta la cabeza y el rostro con yelmo sin visera, tenían que combatir á ciegas. Los diez ó doce que salieron á la arena empezaron haciendo molinetes con sus espadas y dando tajos y mandobles á diestro y siniestro, sin acertar á herirse, por más que los *mastigóforos*, provistos de larguísimas horecas, procuraban arrojar á unos contra los otros. Los espectadores más refinados contemplaban con indiferencia, y aun con ostensible fastidio, tal espectáculo; pero la plebe se divertía con los movimientos grotescos de los combatientes, prorrumpiendo á cada instante en estrepitosas carcajadas, especialmente cuando dos luchadores se encontraban de espaldas. Muchos hallaban gusto en desconcertarles y en desviarles del blanco, gritándoles: « ¡A la derecha!; ¡á la izquierda!; ¡no, no, de frente! » Sin embargo, no tardaron en encontrarse algunos, y corrió la sangre. Los luchadores dejaban caer los escudos, y, cogidas ambas manos izquierdas para no separarse, se acuchillaban con la derecha, hasta que uno caía muerto ó mortalmente herido. A veces el vencido levantaba el dedo para implorar clemencia. Pero el público no solía tenerla al principio del espectáculo, y exigía casi siempre la muerte de los heridos, especialmente la de los *andábatos*, pues como llevaban cubierto el rostro, eran desconocidos. Poco á poco fué disminuyendo el número de los combatientes, y cuando sólo quedaron dos, los *mastigóforos* los arrojaron el uno contra el otro con tal impetu que entrambos se atrave-

saron mutuamente con sus espadas y entrambos cayeron muertos sobre la arena. Entonces, entre los gritos de *Peractum est!* los esclavos llevaron los cadáveres, y unos muchachos aplanaron con rastrillos la arena, haciendo desaparecer las manchas de sangre, y la cubrieron luego con una alfombra de azafrán.

La lucha que había de seguir á la de los *andábatos* era ya cosa más seria, por la que se interesaban, no sólo el vulgo, sino también las personas de buen gusto, especialmente los jóvenes patricios que hacían apuestas en las cuales perdían á veces toda su fortuna. Pasaban de mano en mano las tablillas en que los jugadores inscribían los nombres de sus gladiadores favoritos y las cantidades que por ellos apostaban. Naturalmente, tenían mayor número de partidarios los combatientes veteranos que habían vencido en luchas anteriores; pero muchos arriesgaban su dinero apostando en favor de gladiadores noveles y absolutamente desconocidos, con el propósito de obtener ganancias enormes caso de que éstos resultaran vencedores. El mismo César hacía apuestas y le imitaban los sacerdotes, las vestales, los senadores, los militares y el pueblo. Con frecuencia plebeyos que no tenían un sextercio ó que lo habían perdido jugando, apostaban su propia libertad.

Aguardábase, pues, la aparición de los gladiadores con impaciencia febril, con emoción, no faltando espectadores que en alta voz hicieran votos á los dioses para que ganara su gladiador favorito.

De pronto hendió el aire el sonido estridente de las trompas y aplacóse el clamoreo de la muchedumbre. Todas las miradas se concentraron en una puerta, á la cual se acercó con paso grave y rítmico un hombre disfrazado de Caronte; quien en medio de sepulcral silencio, dió tres golpes á la puerta con un martillo, como para invitar á la muerte á los que se hallaban tras ella. Abriéronse luego lentamente las dos pesadas hojas, dejando ver un antro obscuro, del cual salieron á la esplendente arena, en secciones de veinticinco, los gladiadores tracios, los mirmilones, los samnitas, los galos, todos armados con pesadas corazas. Seguíanles los reciarios con la red en una mano y el tridente en la otra. Se desbordaba en aquel momento el entusiasmo: aplaudíase con frenesí; gritábase á voz en cuello; de abajo arriba, en todas las gradas, solamente se veían rostros congestionados, manos levantadas, bocas abiertas

que aullaban, patricios y plebeyos en delirio. En tanto, los gladiadores daban la vuelta á la arena con paso grave y cadencioso, con sus armas y sus corazas relucientes, hasta hallarse frente al *podium* imperial, donde se detuvieron, altivos, gallardos, serenos, espléndidos. El sonido agudo de un cuerno acalló las aclamaciones, y entonces los gladiadores, alzando la mano derecha y con la vista fija en el César, entonaron lenta y cadenciosamente el canto:

¡Ave, Cesar, imperator!

¡Morituri te salutant! (1).

Acto continuo se colocó cada sección en el lugar que tenía designado en la arena. Debían luchar todos á la vez, sección contra sección, como en una batalla; pero se concedió á los más célebres y valerosos el derecho de poder verificar combates singulares, en los cuales les había de ser más fácil hacer alarde de fuerza, de agilidad y de valor. Destacóse del grupo galo un campeón muy conocido de los asiduos concurrentes á las fiestas del Circo. Llamábase Lanio (2) y era famoso por haber salido vencedor en muchos combates. Cubierta con el yelmo la cabeza, ceñido con la coraza el robusto y hereúleo torso, resaltaba sobre la amarilla arena alfombrada de azafrán como enorme y centelleante escarabajo. Salió á su encuentro un reciario no menos famoso, llamado Calendio.

Y empezaron las apuestas.

— ¡Quinientos sextercios por el galo!

— ¡Quinientos por Calendio!

— ¡Voto á Hércules! ¡Mil!

— ¡Dos mil!

Mientras tanto, el galo, que se había colocado en el centro de la liza con la espada en guardia, retrocedió algo, é inclinando la cabeza púsose á espiar atentamente, á través de la visera, los movimientos de su adversario, al tiempo que éste, ágil, esbelto, casi desnudo, pues sólo llevaba una faja, se movía rápidamente alrededor de su pesado enemigo, agitando casi vertiginosamente la red, y ora bajando, ora subiendo el

(1) ¡Ave, César, Emperador! ¡Los que van á morir te saludan!

(2) Carnicero.

tridente, y cantando siempre el estribillo de los reciarios:

*Non te peto, pisces peto
¿Quid me fugis galle? (1)*

Pero el galo no huía: firme en su puesto, giraba de continuo sobre sus talones para tener siempre de frente al adversario. Y en verdad, el soberbio coloso, con su armadura, con aquella cabeza monstruosa, infundía miedo.

Bien se echaba de ver, por otro lado, que aquella mole humana revestida de hierro, que el imponente galo se preparaba para dar de improviso un golpe decisivo, mientras el reciario, acosándole unas veces por la espalda, otras de flanco, intentaba el asalto, moviendo con tanta celeridad el tridente; que vista humana alguna podía seguirle. Tres veces resonó el escudo del galo herido con golpe enérgico por el tridente; pero Lanio ni siquiera se movió, dando con ello prueba de increíble resistencia. Por lo demás, parecía tener toda la atención fija, no en el tridente, sino en la red, que revoloteaba por encima de su cabeza como pájaro de mal agüero.

Conteniendo el aliento, los espectadores seguían con vivo interés los hábiles movimientos de los dos intrépidos campeones. Al fin, Lanio, llegada la ocasión oportuna, se arrojó impetuosamente sobre su enemigo; pero éste, con presteza inverosímil, se agachó, esquivó el golpe, escapó por debajo de la espada que debía atravesarle, é irguiéndose nuevamente detrás del galo le lanzó la red; Lanio dió media vuelta no menos velozmente y tuvo tiempo de rechazar la red con el escudo. Los dos combatientes quedaron frente á frente, retrocediendo. En el anfiteatro resonaron estruendosas aclamaciones.

— ¡Macte! ¡macte! (2) — gritábase de todos lados, mientras en las gradas inferiores se hacían nuevas apuestas, y el César, que desde el comienzo del espectáculo había estado distraído, en animado coloquio con la *Virgo Magna*, se dignó volver los ojos hacia la arena.

Los dos gladiadores reanudaron la lucha, poniendo en ella tal arte, realizando con tanta precisión los movimientos, que hubiera podido creerse que no era aquel un combate en que

(1) No te busco á tí, busco un pez; ¿por qué me huyes galo?

(2) ¡Bien! ¡bravo!

les iba la vida, sino un simulacro para dar muestra de gallardía y destreza. El galo, después de haber rechazado otras dos veces la red, empezó á retroceder. Entonces los que habían apostado contra él, para evitar que se repusiese descansando, le compelió con gritos á proseguir la lucha.

— ¡Animo, ánimo! ¡Dale, dale! — le decían.

Y Lanio, excitado por estas voces, atacó de nuevo al adversario hiriéndole en un brazo. La sangre manaba de la herida en abundancia; Calendio casi dejó caer la red. Entonces el galo convencido de que su enemigo desfallecía, reunió todas sus fuerzas y se lanzó contra él para darle el golpe final. Pero el reciario, que ya se había repuesto, fingiendo haber perdido el tino para manejar la red, esquivó el golpe, y dando un salto se echó á un lado, metió el tridente entre las piernas de Lanio y lo derribó.

El galo trató de levantarse, pero en vano, porque Calendio le había echado la red, en cuyas fatales mallas se enredaban más á cada momento brazos y piernas, y le hería sin compasión con el tridente.

Todavía el galo, concentrando todas sus energías, hizo un supremo esfuerzo para levantarse, para lo cual apoyó el brazo en el suelo, pero inútilmente. De pronto se llevó á la cabeza la mano, ya tan débil que no podía sostener la espada, y se dejó caer de espaldas, como muerto. Calendio puso el tridente en la garganta del vencido, y, apoyadas en él ambas manos, dirigió con aire de triunfador sus ojos al dorado *podium*. El circo retemblaba con los aplausos y los aullidos de la muchedumbre. Para los que habían apostado por Calendio era éste en aquel momento más grande que el mismo César; pero ciertamente no tenían animosidad contra Lanio, el cual, en realidad, á costa de su propia sangre les había hecho ganar. Las opiniones del pueblo andaban divididas y eran tantos los que pedían gracia como los que exigían que fuera rematado el galo; pero el reciario miraba exclusivamente al *podium* del César esperando la sentencia que se dignaran pronunciar las vestales.

Desgraciadamente para Lanio, Nerón no le tenía simpatía alguna, porque en otros juegos anteriores al incendio había apostado con Licinio contra él una suma importante y la había perdido. Por este motivo sacó la mano derecha fuera del *podium* y volvió el pulgar hacia el suelo; las vestales le imitaron, y Calendio, poniendo una rodilla sobre el pecho del ven-

cido, sacó de la cintura el cuchillo, separó un poco la armadura, y hundió hasta el puño la hoja triangular del mismo en la garganta del galo.

— ¡*Peractum est!*— gritó el público.

Lanio se agitó aún en las convulsiones de la agonía como buey degollado, removiendo la arena con los pies. Luego quedó inmóvil, rígido. Mercurio ni siquiera tuvo necesidad de hacer la prueba del hierro candente para saber si estaba muerto. En seguida el cadáver fué sacado de la vista del público.

Se verificaron otros combates singulares y tras ellos vino la lucha por grupos, en la cual tomaba el pueblo tanto interés que bien puede decirse que ponía en ella los ojos, el corazón, el alma, pues aullaba, mugía, aplaudía, silbaba, excitando á los combatientes, azuzándolos á unos contra otros. Divididos en dos bandos se atacaban cual leones, con furia salvaje. Chocaban los torsos, crugían los miembros hercúleos, enlazábanse los cuerpos con los brazos, hundíanse las espadas en los pechos y en los vientres, y corría la sangre á torrentes por la arena. Algunos, por noveles ó por cobardes, huían aterrados; mas no tardaban en acudir á su encuentro los *mastigóforos* y á latigazos les obligaban á volver á su puesto. Formábanse en la arena oscuras manchas; acá y acullá yacían amontonados confusamente los cuerpos, como gavillas en un campo. Y continuaban los vivos la lucha sobre los cadáveres, tropezando con los escudos y las corazas de que estaba llena la liza, hiriéndose piernas y pies con las espadas también por ella esparcidas, cayendo, uno tras otro, sobre los cuerpos muertos para aumentar á su vez los obstáculos de los supervivientes.

El pueblo, en el frenesí del entusiasmo, ebrio de sangre, ávido de estrago, se hartaba con vivo deleite de aquella carnicería inmunda, respirando voluptuosamente sus tibias emanaciones.

Casi todos los vencidos fueron rematados. Algunos, de hinojos y tambaleándose, tendían suplicantes las manos hacia las gradas. A los vencedores se les distribuyeron regalos, coronas, ramos de olivo.

Siguió un descanso, que por orden del omnipotente César se convirtió en festín. Quemáronse aromas en los pebeteros; los vaporizadores esparcieron finísima lluvia de esencias de azafrán y violetas; repartieronse bebidas refrigerantes, carne asa-

da, dulces, vino, aceitunas y frutas. El populacho engullía, charlaba, gritaba y aplaudía al César para estimularle á mostrarse aún más generoso.

Cuando los espectadores hubieron satisfecho el hambre y la sed, aparecieron centenares de esclavos con cestas llenas de regalos, y adolescentes vestidos de amorcillos, metiendo ambas manos en las cestas, las sacaban llenas de objetos que esparcían á granel por encima de la muchedumbre. Al distribuirse los billetes de lotería, las gradas del anfiteatro se convirtieron en campo de batalla. Allí fué el empujarse y el pisotearse; allí el lanzarse unos contra otros abrazándose, dándose de puñetazos, derribándose, amontonándose, aplastándose, asfixiándose. Verdad que quien tenía la suerte de coger un número que saliera premiado obtenía una casa con jardín, un esclavo, un riquísimo vestido ó un animal raro, que podía vender á buen precio en el mismo circo. Á veces la heroica lucha por los billetes de lotería suscitaba tales desórdenes, que exigía la intervención de los pretorianos, y generalmente, después del reparto, eran sacados muchos con las piernas ó los brazos rotos, y aun muertos algunos.

Los patricios, por supuesto, no se mezclaban para nada en esas contiendas de la chusma. Los augustales se hallaban aquel día muy entretenidos bromeando con Quilón acerca de los inútiles esfuerzos que hacía para mostrarse indiferente á los horrores de los combates de gladiadores y al derramamiento de sangre. El desdichado griego en vano arrugaba la frente, se mordía los labios y apretaba los puños hasta meterse las uñas en la palma de la mano: su naturaleza helénica y su ingénita pusilanimidad no le permitían resistir con ánimo sereno aquellas escenas. Tenía el rostro pálido, bañada en sudor frío la frente, lividos los labios; le castañeteaban los dientes, temblaba como un azogado. Al empezar el intermedio logró repenarse algo, y á las burlas contestó muy irritado, con palabras mordaces:

— ¡Hola, griego! — le dijo Vatinio, tirándole de la barba. — Parece que te impresiona desagradablemente el ver la piel agujereada.

Quilón, mostrándole los dos dientes amarillos que le quedaban en la boca, contestó:

— Como mi padre no era zapatero no pudo enseñarme á coserla.

— ¡Macte! ¡Habet! — exclamaron algunos.

Vatinio puso punto en boca; mas otros continuaron chaceándose del filósofo.

— No es culpa suya si en vez de corazón tiene en el pecho un queso — gritó Tulio Seneción.

— Como tampoco es tuya la culpa — respondió el griego — de que lleves en lugar de cabeza una vejiga sobre de los hombros.

— ¿No te gustaría ser gladiador? ¡Qué hermoso estarías en la arena... con una red, por ejemplo!

— Que podría servirme para cogerte a ti... ¡fétida abubilla!

— ¿Qué harás cuando salgan los cristianos? — le preguntó de improviso Festo de Liguria. — ¿Te agradaría ser perro, para devorarlos?

— No; porque en este caso fuera hermano tuyo.

— ¡Anda allá, lepra de Meótides!

— ¡Calla, mulo de Liguria!

— Demasiado se vé, amigo, que te pican las espaldas; pero no te aconsejaría que te las hicieras rascar por mí.

— Ráscate las tuyas, que bien lo necesitas. Pero ten por cierto que si te hacés saltar las pústulas sarnosas, te habrás desprendido de lo mejor que tienes en tu cuerpo.

Y así andaban enzarzados los augustales y Quilón; aquellos zahiriéndole y acompañando sus sangrientas pullas con risotadas; contestándoles éste con frases no menos sangrientas. Como al César le divertía extraordinariamente este pugilato, excitaba á los augustales á continuarlo, y de cuando en cuando gritaba ¡macte!, y reíase á mandíbula batiente...

Petronio se acercó á Quilón, y tocándole friamente en el hombro con su bastoncito de marfil, le dijo:

— Por ahora, todo marcha, filósofo; pero en tus cuentas has olvidado una cosa. Los dioses te hicieron bellaco, y tú has querido representar el papel de demonio. ¡No te saldrás con la tuya!...

El griego clavó sus ojos vulpinos en el semblante del *Arbitro* sin acertar de pronto con la respuesta adecuada. Estuvo un momento así, callado, y al cabo haciendo un esfuerzo exclamó:

— ¡Veremos!

Las trompetas, con su estridente sonido, anunciaron el fin del intermedio, y los espectadores, abandonando los *ambulacri*, (1) adonde habían salido para pasear y charlar, espar-

(1) Galerías cubiertas ó pasillos.

ciéronse de nuevo por las gradas, no sin promover disputas sobre el mayor ó menor derecho que cada uno tenía al asiento que antes ocupaba. Los senadores y los patricios colocáronse también en sus puestos. Poco á poco el rumor de la muchedumbre se fué apagando y el anfiteatro quedó casi en silencio. Bajaron á la liza algunos esclavos que deshicieron con rastrillos los terroncitos formados en la arena por la sangre coagulada.

Había llegado el turno á los cristianos. Roma iba á presenciar un espectáculo completamente nuevo, y como nadie sabía qué actitud adoptarían las víctimas en la arena, la espectación y la curiosidad eran muy grandes. Sin embargo, en casi todos los semblantes leíase el sentimiento de la aversión, pues en el pueblo romano era ya universal la creencia de que los cristianos eran los verdaderos incendiarios, los autores de la destrucción de Roma con sus monumentos y tesoros seculares. Además, nadie ponía en duda que bebiesen sangre de niño, que envenenasen el agua de los pozos, que fuesen enemigos del género humano, que perpetraran los más horrendos delitos. Era tan intenso el odio que la plebe sentía por ellos que los suplicios más atroces le parecían insuficientes para castigarles. Un sólo temor abrigaba: el de que las torturas no correspondiesen á la supuesta perversidad de los malhechores.

El sol, que estaba ya muy alto, filtrando sus rayos á través del rojo *velario*, difundía por el anfiteatro una luz sanguinea. La arena parecía de fuego, y en aquella luz purpúrea, en el rostro de los espectadores, en la liza, á la sazón desierta, pero que á los pocos minutos había de llenarse de humanos sufrimientos y de rabia feroz, había algo de siniestro. Hubiérase dicho que el aire estaba impregnado de efluvios de terror y de muerte. La plebe, generalmente tan alegre y rumorosa, permanecía ahora callada bajo la influencia del odio; la expresión de los rostros era cruel y dura.

En cuanto el Prefecto de la Ciudad hubo hecho la señal correspondiente, presentóse de nuevo el hombre disfrazado de Caronte que antes había llamado á los gladiadores, y, atravesando la arena en medio de sepulcral silencio, dió con el martillo otros tres golpes en la puerta.

Mientras en todo el circo resonaban gritos ensordecedores de: «¡Los cristianos! ¡Los cristianos!», descorriéronse, chillando, los cerrojos; los *mastigóforos* gritaron según su costumbre «¡A la arena! ¡A la arena!», y ésta se llenó como de

un rebaño de *silvanos*, pues no otra cosa parecían, cubiertos con pieles de animales, los hombres, mujeres y niños condenados. Todos salían corriendo, con paso febril, y al llegar al centro de la liza caían de rodillas, unos al lado de los otros, levantados los brazos al cielo. Suponiendo el pueblo que pedían cobardemente clemencia, enojóse de tal manera que empezó á patear, á silbar y á arrojar á las infelices víctimas jarros, vasos y huesos descarnados, rugiendo con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Las fieras!... ¡Las fieras!... ¡Pronto! ¡Que les suelten las fieras!...

Pero en aquel momento ocurrió una cosa inesperada, asombrosa, increíble. Levantóse del grupo un coro de voces, y por primera vez resonó en el Circo la plegaria cristiana:

«¡*Christus regnat!*...»

El pueblo quedóse suspenso y maravillado. Los cristianos, clavados los ojos en el cielo, pálidos, pero con los semblantes inspirados, cantaban tranquilamente. Los espectadores comprendieron entonces que no pedían perdón ni clemencia aquellos sentenciados á muerte y que ni siquiera veían el circo, ni al pueblo, ni al Senado, ni al César... El *Christus regnat* resonaba cada vez más alto y más sonoro, y de abajo arriba de las gradas muchos se preguntaban:

¿Qué significa esto? ¿Quién es ese Cristo que reina en labios de los condenados?

Mas de pronto se abrió otra reja, y saltaron á la arena bandadas de perros hambrientos y feroces: gigantescos molosos del Peloponeso, mastines cebrados de los Pirineos, dogos de Hibernia, todos con las ijadas hundidas y los ojos relucientes. Sus ladridos y aullidos llenaron el anfiteatro.

Los cristianos, terminada la plegaria, continuaron arrodillados, inmóviles, como petrificados, gimiendo á coro: «¡Por Cristo! ¡Por Cristo!»

Los canes se acercaron al grupo olfateando; pero al percibir debajo de las pieles á los hombres, y, sin duda asombrados de su inmovilidad, no se atrevieron á embestirles. Algunos, enderezando el cuerpo, apoyaban las patas delanteras en el muro cual si quisieran subir á la gradería; otros corrían por la arena, ladrando desafortadamente, como persiguiendo invisibles piezas de caza. Impaciente el público, empezó á dar gritos salvajes, imitando unos el rugido de las fieras, otros el ladrido

de los perros, los más azuzando á éstos en todos los idiomas de la tierra para que se arrojaran sobre los cristianos. Parecía que el anfiteatro iba á desmoronarse, por efecto del estruendo. Los perros ora se acercaban á las víctimas, ora retrocedían rechinando los dientes. Al fin, uno de los mastines hizo presa en la nuca de una mujer que estaba arrodillada en la primera fila del grupo, y en el acto otros canes se arrojaron en medio de los cristianos como saltando una brecha. Cesó entonces todo rumor en las gradas; la atención del público se hizo más intensa. Entre los ladridos y los aullidos oíanse solamente voces doloridas que gritaban: «¡Por Cristo! ¡Por Cristo!» y rodaban ya por la arena, confundidos, seres humanos y perros, formando como una sola masa. Los dogos y mastines arrebatábanse unos á otros las sangrientas entrañas, los destrozados miembros humanos. El olor de la sangre y de las vísceras, más intenso que el de los perfumes árabes que ardían en los pebeteros, impregnó todo el ambiente. Quedaban todavía algunas víctimas aisladas acá y allá; pero muy pronto desaparecieron también entre la masa confusa y aullante.

Cuando aparecieron los cristianos, Vinicio, en cumplimiento de la promesa hecha al cantero, se puso de pie y dirigió la vista hacia el punto donde se hallaba el Apóstol. Pero volvió á sentarse en seguida, pálido cual cadáver, y fijó los ojos en el horrendo espectáculo. Al principio le hizo estremecer la sospecha de que el cantero pudiera haberse equivocado, de que Ligia se hallara en el anfiteatro; pero cuando oyó que los cristianos exclamaban con efusión: «¡Por Cristo! ¡Por Cristo!»; cuando contempló los sufrimientos de tantas víctimas que con su muerte serena atestiguaban la verdad de su doctrina y el amor á Dios, invadióle el alma otro sentimiento que le torturaba como el dolor más acerbo y no podía en modo alguno dominar: si el mismo Hijo de Dios había sufrido pasión y muerte, si por él morían millares de hombres, derramando torrentes de sangre, el que se derramara una gota más poco importaba, y era pecado implorar misericordia... Este pensamiento se enseñoreaba de su alma, confundido con los gemidos de los moribundos y con el olor de la sangre. Y, sin embargo, continuaba rezando y repetían sus calenturientos labios: «¡Jesucristo, Dios y Señor mío!... ¡También el Apóstol ruega por ella!»

Pero luego perdió el sentido de la realidad; acabó por no

saber donde se encontraba, y con los ojos de la imaginación vió solamente un lago de sangre que iba subiendo... subiendo como la marea, hasta llenar todo el circo y desbordarse por la Ciudad. No oía absolutamente nada: ni los ladridos de los perros, ni las voces de los augustales, que repetían:

— ¡Quilón se ha desmayado!

— ¡Quilón se ha desmayado! — exclamó también Petronio, volviéndose hacia el griego. El cual, con la cabeza caída sobre el hombro, desencajado, blanco como el mármol, contraída la boca, más bien parecía muerto que vivo.

En aquel momento salían á la arena, envueltas también en pieles de animales, nuevas víctimas que, como las anteriores, corrieron presurosas á colocarse agrupadas y de hinojos en el centro, cantando el « *Christus regnat!*... » pero los perros, saciados ya, se negaron á destrozarlas; solamente algunos embistieron á las más cercanas; la mayor parte echaronse al suelo, y, jadeando, empezaron á bostezar, á estirarse ó á lamerse el hocico que chorreaba sangre.

Pero el pueblo no estaba satisfecho todavía. Inquietos é impacientes, ébrios de sangre, ávidos de presenciar una nueva carnicería, millares de espectadores gritaron:

— ¡Los leones!, ¡Los leones! ¡Que les echen los leones!

En el Circo el pueblo era soberano absoluto é imponía su voluntad al mismo César. Únicamente Caligula, tan osado como veleidoso en sus caprichos, se había atrevido alguna que otra vez á contrariarle, ordenando que se apaleara á los exigentes y revoltosos; y con todo, en más de una ocasión se había visto obligado á ceder. Pero *Barbarroja*, que estimaba sobre todas las cosas el aplauso de la multitud, jamás se negaba á satisfacer sus deseos; y como, además, á la sazón tenía vivo interés en estimular y en satisfacer al mismo tiempo el odio que había él mismo despertado contra los supuestos incendiarios, apresuróse á ordenar, con un ademán, que se diera suelta á los leones, á pesar de que estaban reservados para los juegos del día siguiente. Giraron las pesadas puertas sobre sus rechinas, goznes y apareció abierta la cavidad donde se hallaban las jaulas de los leones.

Á la vista de éstos los perros retrocedieron espantados, con sordo aullido, yendo á agruparse todos á un lado de la arena. Los leones fueron saliendo uno tras otro, lentamente, erguida la enorme y velluda cabeza. El mismo César volvió hacia ellos el

rostro, en el que se dibujaba el fastidio, y se puso á mirarlos atentamente á través de la esmeralda. Los augustales aplaudieron al verles salir; la plebe los contaba con los dedos, observando llena de curiosidad que impresión producía á los cristianos su presencia. Pero éstos no hacían sino repetir las palabras, para muchos incomprensibles, pero que á todos irritaban:

— ¡Por Cristo! ¡Por Cristo!

Las fieras, aunque hambrientas por haber estado, como los perros, tres días sin comer, no se daban prisa en comenzar el horrendo festín. Deslumbrábalas la difusa luz roja, obligándoles á entornar los ojos. Algunos estiraban perezosamente el cuerpo; otros abrían la boca descomunal, bostezando, como para mostrar á los espectadores los afilados colmillos. Pero en breve el olor de la sangre y la vista de los cadáveres destrozados produjeron el natural efecto. Pusiéronse inquietos, agitaron las melenas, y, lanzando sordos rugidos, aspiraron con fuerza el aire. De pronto uno de ellos saltó sobre el cadáver de una mujer con el rostro destrozado por los perros, y poniéndole encima las patas delanteras empezó á lamerle los cuajarones de sangre, mientras otro se acercaba á un hombre que tenía en brazos á su pequeñuelo, envuelto en una piel de gamo. La tierna criatura al ver tan cerca al león, sollozando y prorrumpiendo en estridentes gritos, se abrazaba convulsivamente al cuello de su padre, quien, con el deseo de conservar algunos minutos más la vida de su hijito, se esforzaba en desahorsarlo del cuello para entregarlo á un compañero que estaba más adentro del grupo. Pero los chillidos del niño y los movimientos del padre irritaron á la fiera, la cual, después de dar un breve y ronco rugido, aplastó de un zarpazo al niño y trituró entre sus mandíbulas la cabeza del padre. Como si esto hubiera sido una señal, todos los demás leones se arrojaron sobre los cristianos. Algunas mujeres dieron gritos de espanto; pero enseguida fueron ahogados por los estruendosos aplausos de los demás espectadores. Sin embargo, muy pronto restableció el silencio el ansia de ver. Y, en verdad, pudieron los ojos hartarse de horrores. Las cabezas de las víctimas desaparecían por entero en las enormes bocas de los leones. De un sólo zarpazo eran desgarrados pechos y vientres, y de ellos salían las vísceras, desparramándose por la arena. Los huesos crujián al ser quebrantados por las poderosas mandíbulas. Algunos leones, cogiendo á las víctimas por los costados ó por la espalda, co-

rrían por la arena dando grandes saltos, como si buscaran un rincón obscuro y apartado para devorarlas tranquilamente; otros se disputaban la presa, y, levantándose sobre las patas traseras, reñían como atletas, llenando el Circo con sus espantosos rugidos. Los espectadores, dominados por la curiosidad, se ponían de pie, abandonaban sus asientos, bajaban a las gradas inferiores para ver mejor, se estrujaban sin piedad. No parecía sino que, embriagados por la sangre, estaban dispuestos a arrojarse a la liza para ayudar a los leones a despedazar a los cristianos. Abajo, en la arena, oíanse, de cuando en cuando, ya gritos desesperados que parecían sobrehumanos, ya rugidos, ora crujir de huesos que se rompían, ora aullidos de perro, ora algún gemido...

El César, con la esmeralda al ojo, contemplaba atentamente el espectáculo. El semblante de Petronio expresaba el asco y el desprecio. A Quilón lo habían sacado ya del Circo...

Y del subterráneo continuaban subiendo a la arena nuevas víctimas...

Desde la última fila, de pie, las contemplaba el Apóstol Pedro. Nadie se fijaba en él porque todas las miradas se dirigían a la liza fatal. De la misma suerte que en la viña de Cornelio, algunos días antes, había bendecido a aquellos que se disponían a dejarse encarcelar para arrostrar el martirio, también bendecía ahora, haciendo la señal de la cruz, a los mártires, su bendita sangre, sus tormentos y sus cadáveres, que formaban montones informes de entrañas humeantes, y a sus almas que, volando y acompañadas de legiones de ángeles, se alejaban de la ensangrentada arena. Muchos, antes de morir, levantaron hacia él los ojos, y sus semblantes se animaron, resplandeciendo como si una luz celeste irradiara de ellos, y sonrieron al ver el signo de la cruz en lo más alto del anfiteatro. No obstante, al Apóstol la vista de los tormentos le desgarraba el corazón, y decía:

— ¡Señor, hágase tu santa voluntad! Por tu gloria, para dar testimonio de la verdad de la doctrina que profesan, han sufrido el martirio esas ovejas escogidas de tu rebaño. Me ordenaste que las apacentara, y ahora te las devuelvo, Señor... ¡Cuéntalas tú, Dios mío, acógelas en el Paraíso, cura sus heridas, calma sus penas y concédeles la eterna bienaventuranza para resarcirles con creces de los dolores del martirio!

El César, en tanto, fuese por ferocidad, fuese porque quisiera

que el espectáculo de aquel día sobrepujara a cuanto pudieran apetecer los más exigentes, dió en voz baja una orden al Prefecto. Descendió éste de la tribuna imperial y se dirigió hacia el subterráneo. La misma muchedumbre quedó asombrada al oír rechinar de nuevo los cerrojos y al ver que salían de sus jaulas toda suerte de fieras: tigres del Eufrates, panteras de Numidia, osos, lobos, hienas, chacales... Cubrióse de animales feroces la arena, que tomó el aspecto de un lago ondulante de pieles cebradas, leonadas, amarillentas, oscuras, manchadas, bronceadas. En aquel caos horrendo los ojos no podían distinguir nada concreto; sólo percibían una masa que serpenteaba y se enortijaba, manchándose cada vez más de sangre. El espectáculo perdía toda apariencia de realidad, para convertirse en una orgía cruenta, en pesadilla espantable, en monstruoso delirio de loco. Había sido colmada la medida, aquello era ya demasiado; y entre los rugidos, y el aullar de los animales, oíanse en las filas de los espectadores agudos gritos y risas convulsivas de mujeres cuya resistencia moral se había agotado. En todos los semblantes se pintaba la sensación del cansancio y del horror. Muchos pusieron a gritar:

— ¡Basta, basta!

Pero era más fácil dar suelta a las fieras que hacerlas entrar de nuevo en los *cuniculos*. No obstante, el César había previsto esta dificultad y subvenido a ella inventando un nuevo medio de desembarazar la arena, que al mismo tiempo había de constituir nueva diversión para el pueblo. Pelotones de soldados nómadas, de un negro morado muy hermoso, adornada la cabeza con plumas y las orejas con grandes aretes de oro, armados de arcos y flechas, aparecieron de pronto sobre el parapeto de la liza, en los extremos de los pasillos que cortaban de trecho en trecho perpendicularmente las gradas del anfiteatro. Adivinando el pueblo que objeto llevaban, les saludó con atronadores aplausos y gritos de júbilo. Los nómadas empezaron a arrojar flechas sobre las fieras. Fuertes y ágiles, semejantes a estatuas de mármol negro, inclinaban el cuerpo hacia atrás, tendían el flexible y poderoso arco, disparaban calmamente. El crujir de las cuerdas y los silbidos de los dardos emplumados mezclábase al aullar de las fieras y a las entusiastas aclamaciones de los espectadores. Leones, perros, lobos, osos y panteras, con los pocos cristianos vivos que restaban, caían unos al lado de los otros. A veces, algún león, al sentir en su costado la pun-

zada de la flecha, volvía con movimiento brusco la enorme boca enfurecida, y trataba de arrancársela dando al mismo tiempo espantosos rugidos. Los animales más pequeños corrían azorados, arrojándose de cabeza contra los hierros de las rejas... Continuaron silbando las flechas hasta que cuanto aun tenía vida en la arena estuvo revolcándose en las convulsiones de la agonía. Entonces salieron centenares de esclavos provistos de palas, azadas, escobas, carretones, cestas para transportar las entrañas y sacos llenos de arena. Por grupos y con perfecto orden trabajaron con tan febril actividad, que en un momento desaparecieron de la liza todos los cadáveres, las visceras, las manchas de sangre y las desigualdades que se habían formado. Con el rastrillo se aplanó el terreno; cubrióse después con una capa de arena seca, y unos muchachos vestidos de amorcillos esparcieron por encima pétalos de lirios, de rosas y de otras flores, mientras en los pebeteros de las gradas ardían nuevos perfumes, y se descorría el *velario*, porque el sol ya llegaba al ocaso.

Los espectadores se miraban asombrados, como preguntándose que nueva sorpresa se les preparaba. No tardaron en saberlo, y fué lo que menos podían imaginarse. Sobre la arena alfombrada de flores apareció el Emperador con su veste púrpura, ceñida la cabeza con el áurea corona, seguido de doce cantores con cítaras. Llevaba él en la mano el laúd de plata. Cuando estuvo en el centro de la liza miró en torno, alzó luego los ojos al cielo, y así permaneció un buen espacio, mudo é inmóvil, como esperando el soplo de la inspiración. Pulsó al fin las cuerdas del laúd, y cantó:

¡Oh de Leto doncel resplandeciente
rey de Silene y Tenedo! Ilión, diste
al griego tu favor, y tus altares
rojos se vieron de troyana sangre
que derramó el heleno.
A ti la madre, á ti rindióse el viejo
levantando los brazos, ofreciendo
por los débiles hijos llanto y preces
que partían las piedras — ¿y tú, á todo
fuiste sordo, Sminteo?

Poco á poco el canto tomaba el tono de la elegía, convirtiéndose en piadosa lamentación. En medio de sepulcral silencio,

á pesar de haber allí reunidos tantos millares de espectadores, conmovido el mismo César, prosiguió:

¿Y pudo el son de la divina cítara
sufocar tal dolor? Bãñanse en llanto
todavía los ojos, si alto verso
evoca el día de miseria y ruina
y de espantoso incendio — y tú, ¿do estabas
entonces Sminteo?

Tenia Nerón la voz temblorosa, anegados los ojos en lágrimas; las vestales también lloraban... El pueblo escuchó hasta el fin, mudo é inmóvil, y prorrumpió después en un huracán de aplausos y aclamaciones.

Mientras tanto, por los vomitorios, abiertos para renovar el aire, penetraba en el circo el chirrido de los carros en los cuales eran trasportados á los *puticuli* ó fosas *hediondas* los destrozados cadáveres, las visceras y los miembros sanguinolentos de los cristianos. El Apóstol Pedro, de pie en la última grada, se llevó las manos á la canosa y trémula cabeza, y, gimiendo en lo más profundo del alma, dijo:

— ¡Ah, Señor, Señor! ¡En qué manos pusiste el cetro del mundo! ¿Y sobre este suelo he de levantar tu Ciudad?

II

El sol estaba á punto de ponerse, y hubiérase dicho que se disolvía en la púrpura del ocaso.

Terminado el espectáculo, la muchedumbre, saliendo del circo, se esparcía por la Ciudad. Únicamente los augustales retardaban la salida para librarse de empujones y otras molestias. Abandonaron sus asientos y se agruparon en derredor del *podium*, adonde volvió Nerón para recoger los elogios de sus amigos. Aunque los espectadores no le habían escatimado los aplausos ni las aclamaciones al final de su canto, el César no estaba satisfecho, porque habia soñado con un entusiasmo frenético, delirante. En vano los augustales le adulaban con frases hiperbólicamente entusiastas; en vano le besaban las manos con transportes de admiración las vestales... ¡No, no estaba contento!... El obstinado silencio de Petronio le tenia inquieto

zada de la flecha, volvía con movimiento brusco la enorme boca enfurecida, y trataba de arrancársela dando al mismo tiempo espantosos rugidos. Los animales más pequeños corrían azorados, arrojándose de cabeza contra los hierros de las rejas... Continuaron silbando las flechas hasta que cuanto aun tenía vida en la arena estuvo revolcándose en las convulsiones de la agonía. Entonces salieron centenares de esclavos provistos de palas, azadas, escobas, carretones, cestas para transportar las entrañas y sacos llenos de arena. Por grupos y con perfecto orden trabajaron con tan febril actividad, que en un momento desaparecieron de la liza todos los cadáveres, las visceras, las manchas de sangre y las desigualdades que se habían formado. Con el rastrillo se aplanó el terreno; cubrióse después con una capa de arena seca, y unos muchachos vestidos de amorcillos esparcieron por encima pétalos de lirios, de rosas y de otras flores, mientras en los pebeteros de las gradas ardían nuevos perfumes, y se descorría el *velario*, porque el sol ya llegaba al ocaso.

Los espectadores se miraban asombrados, como preguntándose que nueva sorpresa se les preparaba. No tardaron en saberlo, y fué lo que menos podían imaginarse. Sobre la arena alfombrada de flores apareció el Emperador con su veste púrpura, ceñida la cabeza con el áurea corona, seguido de doce cantores con cítaras. Llevaba él en la mano el laúd de plata. Cuando estuvo en el centro de la liza miró en torno, alzó luego los ojos al cielo, y así permaneció un buen espacio, mudo é inmóvil, como esperando el soplo de la inspiración. Pulsó al fin las cuerdas del laúd, y cantó:

¡Oh de Leto doncel resplandeciente
rey de Silene y Tenedo! Ilión, diste
al griego tu favor, y tus altares
rojos se vieron de troyana sangre
que derramó el heleno.
A ti la madre, á tí rindióse el viejo
levantando los brazos, ofreciendo
por los débiles hijos llanto y preces
que partían las piedras — ¿y tú, á todo
fuiste sordo, Sminteo?

Poco á poco el canto tomaba el tono de la elegía, convirtiéndose en piadosa lamentación. En medio de sepulcral silencio,

á pesar de haber allí reunidos tantos millares de espectadores, conmovido el mismo César, prosiguió:

¿Y pudo el son de la divina cítara
sufocar tal dolor? Bãñanse en llanto
todavía los ojos, si alto verso
evoca el día de miseria y ruina
y de espantoso incendio — y tú, ¿do estabas
entonces Sminteo?

Tenia Nerón la voz temblorosa, anegados los ojos en lágrimas; las vestales también lloraban... El pueblo escuchó hasta el fin, mudo é inmóvil, y prorrumpió después en un huracán de aplausos y aclamaciones.

Mientras tanto, por los vomitorios, abiertos para renovar el aire, penetraba en el circo el chirrido de los carros en los cuales eran trasportados á los *puticuli* ó fosas *hediondas* los destrozados cadáveres, las visceras y los miembros sanguinolentos de los cristianos. El Apóstol Pedro, de pie en la última grada, se llevó las manos á la canosa y trémula cabeza, y, gimiendo en lo más profundo del alma, dijo:

— ¡Ah, Señor, Señor! ¡En qué manos pusiste el cetro del mundo! ¿Y sobre este suelo he de levantar tu Ciudad?

II

El sol estaba á punto de ponerse, y hubiérase dicho que se disolvía en la púrpura del ocaso.

Terminado el espectáculo, la muchedumbre, saliendo del circo, se esparcía por la Ciudad. Únicamente los augustales retardaban la salida para librarse de empujones y otras molestias. Abandonaron sus asientos y se agruparon en derredor del *podium*, adonde volvió Nerón para recoger los elogios de sus amigos. Aunque los espectadores no le habían escatimado los aplausos ni las aclamaciones al final de su canto, el César no estaba satisfecho, porque habia soñado con un entusiasmo frenético, delirante. En vano los augustales le adulaban con frases hiperbólicamente entusiastas; en vano le besaban las manos con transportes de admiración las vestales... ¡No, no estaba contento!... El obstinado silencio de Petronio le tenia inquieto

y conturbado. ¡Ah! ¡Qué inefable consuelo le hubiera producido una sola palabra de elogio del *Árbitro de las Elegancias*! No pudo contenerse; necesitaba conocer su opinión; con un ademán le llamó, y, cuando le tuvo cerca, le dijo:

— ¡Habla!...

— Callo — le contestó friamente Petronio — porque no encuentro palabras para elogiarte; te has sobrepujado á ti mismo.

— Esto me ha parecido á mi; sin embargo, el pueblo...

— ¿Puedes, acaso, exigir que esa chusma iliterata entienda en asuntos de poesía?...

— ¿Entonces tú también te has fijado en que mis méritos no han sido debidamente apreciados?...

— El momento no era oportuno.

— ¿Por qué?

— Porque cuando sofoca el olor de la sangre no es posible escucharse con atención.

El César, apretando los puños y frunciendo el entrecejo, exclamó:

— ¡Ah, malditos cristianos! No contentos con pegar fuego á Roma la emprenden ahora conmigo... ¿Qué nuevos suplicios podría inventar para ellos?...

En cuanto advirtió Petronio que sus palabras producían un efecto absolutamente contrario al que deseaba alcanzar, se apresuró á distraer la atención del César, diciéndole con voz muy queda:

— Tu himno es hermosísimo; mas permíteme que te haga una observación: el tercer verso de la última estrofa es corto.

Nerón se puso rojo de vergüenza, como si hubiese sido sorprendido en flagrante delito. Y, lanzando en torno recelosa mirada, contestó, también muy por lo bajo:

— ¡A ti no se te escapa nada!... Lo sabía... Limaré aquel verso... Pero, ¿no lo habrá notado nadie más?... Por todos los dioses te conjuro á que no lo divulgues si... ¡si en algo estimas la vida!

Petronio, arrugando el entrecejo y como dando rienda suelta á su hastío, replicó:

— Puedes, divino, condenarme á muerte si te estorbo; pero te ruego que no me amenaces; porque bien saben los dioses que no me espanta á mi la muerte.

Y mientras esto decía, miraba á Nerón de hito en hito, como si le desafiara.

— No te enfades, Petronio; ya sabes cuanto te quiero — repuso el César.

— Mala señal — pensó el *Árbitro de las Elegancias*.

— Quería hoy invitaros á todos á un banquete — prosiguió el Emperador; — mas prefiero encerrarme en la biblioteca y corregir aquel maldito verso. Es posible que además de ti haya advertido el defecto Séneca, y acaso también Segundo Carino. Pero de éstos voy á desembarazarme inmediatamente.

Dicho esto, llamó á Séneca y le ordenó que en compañía de Acrato y de Segundo Carino fuese á recorrer las provincias de Italia para recoger cuanto dinero encontrasen en las ciudades, en los pueblos, en los templos y donde quiera que lo hubiese. Pero Séneca, comprendiendo que se le confería un cargo odioso, que se trataba de convertirle en bandido y depredador sacrilego, rehusó sin ambages.

— Me es absolutamente indispensable el descanso porque estoy enfermo de los nervios — dijo. — Permíteme que vaya á una de mis quintas á esperar la muerte.

Los nervios del español Séneca eran bastante más fuertes que los de Quilón Quilónides y no exigían cuidado alguno; pero el gran filósofo tenía indudablemente quebrantada la salud, como era fácil ver por su aspecto cadavérico. Su cabeza había encanecido en poco tiempo.

El César dió una mirada rápida á su antiguo preceptor, y bien pronto echó de ver que, en efecto, no tardaría en desembarazarse de él la muerte.

— No quiero exponerte á las molestias de un viaje si estás enfermo — le dijo; — mas por lo mucho que te amo, tampoco quiero que te alejes de mí. Por consiguiente, no irás al campo; te encerrarás en tu casa y no saldrás de ella hasta nueva orden.

Y sonriendo, agregó:

— Enviar solos á Acrato y á Carino sería como enviar lobos en busca de ovejas. ¿Por quién podría hacerles acompañar?

— ¡Mándame á mi! — exclamó Domicio Afro.

— ¡No!... En modo alguno quiero atraer sobre Roma la cólera de Mercurio, el cual, á buen seguro se escandalizaría de vuestros latrocinios. Quiero confiar el encargo á un estoico como Séneca, ó siquiera como mi nuevo amigo el filósofo Quilón... ¡Cómo! ¿No está aquí? ¿Qué ha sido, pues, de él?...

El griego, que al respirar el aire libre había recobrado el

sentido y vuelto al anfiteatro mientras Nerón cantaba, se acercó en seguida al César y le dijo:

— Estoy aquí, refulgente vástago del Sol y de la Luna. Me puse malo; pero tu himno me ha devuelto la salud.

— Amigo Quilón: deseo enviarte á Acaya — repuso el César — porque tengo para mí que has de conocer aquello muy bien y sabrás encontrar los tesoros de los templos, sin dejarte un sextercio.

— ¡Ah, sí, sí! Enviame allá ¡oh Zens! y te juro que los dioses te ofrecerán un tributo como jamás hayas podido soñar.

— Lo haré... después. No quiero privarte ahora de los espectáculos.

Los augustales, al ver que Nerón se había puesto de más buen humor, se echaron á reír y dieron comienzo de nuevo á las chanzas.

— No, no, divino; no prives de los juegos á ese valeroso heleno.

— Pero privame al menos ¡oh, sacro Emperador! de la vista de todos esos gansos del Capitolio, cuyos cerebros, todos juntos, no llenarían una cáscara de bellota — respondió Quilón. — Tengo deseos de escribir un himno griego en tu honor ¡oh, primogénito de Apolo! y quisiera pasar algunos días en el templo de las Musas á fin de impetrar su inspiración.

— ¡Ah no, no! — exclamó el César — Lo que tú quieres es largarte... y eso, no lo conseguirás.

— Te juro, señor, ser cierto que estoy preparando un himno.

— Bien; lo escribirás por las noches. En cuanto á la inspiración, invoca á Diana que, al fin y al cabo, es hermana de Apolo.

Quilón bajó la cabeza, lanzando furibunda mirada á los augustales que reían á carcajadas mientras el César, volviéndose á Tulio Seneción y á Suilio Nerulino, decía:

— ¿Creeréis que no han podido ser despachados ni la mitad de los cristianos destinados á la función de hoy?

Después de haber reflexionado un instante, contestó á esto el viejo Aquilino Régulo, hombre expertísimo en todo lo relativo á juegos circenses:

— En verdad, esos espectáculos en los cuales toma parte gente *sine armis et sine arte* (1) duran casi tanto como los otros y son menos interesantes.

(1) Desarmada y poco diestra.

— Ordenaré que les den armas — contestó Nerón.

El supersticioso Vestinio, que estaba meditabundo y cabizbajo, saliendo repentinamente de sus cavilaciones, preguntó en tono misterioso:

— ¿No habéis observado como en el momento de morir parece que ven alguna cosa extraña?... Con la mirada fija en el firmamento, se diría que mueren sin dolor. Estoy bien persuadido de que ven algo...

Y al decir esto levantó los ojos hacia la amplia abertura superior del anfiteatro, por encima de la cual la noche extendía ya su inmenso *velario*, esmaltado de estrellas. Pero los demás augustales le contestaron con risas y chanzas, haciendo ingeniosas conjeturas acerca de lo que pudieran ver los cristianos en el momento de morir. En tanto el César hizo una señal á los *lampadarios*, y abandonó el Circo, seguido de las vestales, los senadores, los magistrados y los cortesanos.

La noche era clara y apacible. En frente del anfiteatro había todavía mucha gente esperando la salida del César; pero su aspecto era triste y sombrío. Unos pocos aplaudieron; mas su aplauso no halló eco alguno. Seguían saliendo del *Spoliarium* los rechinantes carros que transportaban los cuerpos de las víctimas. Petronio y Vinicio regresaron á su casa en silencio. Solo cuando estuvieron á punto de llegar preguntó el primero:

— ¿Has pensado en lo que te he dicho?

— Sí.

— ¿Lo creerás?... La salvación de Ligia se ha convertido para mí en cuestión de suma importancia. He de salvarla, pese al César y á Tigelino. Se trata de una batalla en la que he de obtener la victoria; de un juego en el que he de ganar, aunque sea á costa de mi vida... El espectáculo de hoy me ha alentado á realizar mi propósito.

— ¡Dios te lo pague!

— Ya verás como me salgo con la mía.

Platicando de esta suerte llegaron á la puerta de la casa de Petronio, donde se paró la litera. Apenas habían echado pie á tierra cuando vieron acercarse un bulo.

— ¿Vive en esta casa el noble Vinicio? — preguntó.

— Sí — respondió éste — ¿Qué quieres?

— Soy Nazario, el hijo de Miriam. Vengo de la cárcel y te traigo noticias de Ligia.

Vinicio se apoyó en el brazo del mancebo, y á la luz de las linternas se puso á mirarle, asombrado, trémulos los labios, sin poder pronunciar palabra. Pero Nazario adivinó la pregunta que en vano el tribuno intentaba hacerle.

— Si — le dijo; — vive, señor. Y Oso me ha enviado para decirte que en su delirio ruega constantemente á Dios por tí y repite tu nombre.

Vinicio exclamó:

— ¡Sea para siempre glorificado Nuestro Señor Jesucristo! Únicamente él puede devolvérmela.

Entraron en la biblioteca; poco después se les unió Petronio.

— La enfermedad la ha preservado hasta ahora de la muerte y aún de otros riesgos más terribles. Oso y el médico Glauco no se separan ni un momento de su lado.

— Y los carceleros, ¿son los mismos?

— Sí, y Ligia continua en el *cubiculo* de uno de ellos. Los hermanos que estaban en la prisión subterránea han perecido todos á consecuencia de la fiebre ó asfixiados por el aire infecto que allí se respira.

— ¿Quién eres? — preguntó Petronio.

— El noble Vinicio me conoce. Soy hijo de la viuda que dió albergue á Ligia.

— ¿Eres cristiano?

El joven dirigió al tribuno una mirada, como para interrogarle acerca de lo que debía responder, y, al observar que estaba orando, irguió altivamente la cabeza y respondió:

— Sí.

— ¿Y cómo puedes entrar en la cárcel?

— Estoy empleado en el transporte de cadáveres; busqué esta colocación para ayudar á mis hermanos y transmitirles todas las noticias de fuera que puedan interesarles.

Petronio contemplaba el rostro ingenuo y lindo del muchacho, sus ojos azules, sus cabellos negros y ensortijados.

— ¿De qué país eres, muchacho? — le preguntó.

— De Galilea, señor.

— ¿Quisieras que Ligia se salvara?

El mancebo, levantando los ojos al cielo, respondió:

— ¡Oh! aún cuando hubiese de morir yo después.

Vinicio, terminada la plegaria, se volvió al joven y dijo:

— Escucha: dirás á los carceleros que la coloquen en un ataúd, como si estuviese muerta, y busca tú gente de confianza

que te ayude á sacarla de la cárcel. Cerca de las fosas *hediondas* os esperarán con una litera varias personas, á las cuales entregareis el ataúd. Di á los carceleros que les recompensaré dándoles tanto oro como pueda llevar cada uno en su manto.

Mientras esto decía, animábasele el semblante y despertábase en su alma las energías invencibles del soldado.

Nazario, en un transporte de alegría, tendió los brazos al cielo y exclamó:

— ¡Cristo quiera devolverle la salud, pues será libertad!

— ¿Creéis que los carceleros accederán á nuestro deseo? — preguntó Petronio.

— Ellos, señor — respondió Nazario — con tal se les garantice que no serán castigados, á todo se allanarán...

— Es indudable — agregó Vinicio. — Si habian consentido en facilitarle la fuga, con mayor razón accederán á dejarla salir como si estuviera muerta.

— Debo advertiros — prosiguió el mancebo — que un hombre comprueba con un hierro candente la muerte de los que son sacados de la cárcel. Pero con pocos sextercios se le convencerá de que debe aplicar el hierro, no al cuerpo, sino al féretro.

— Entonces prométele una bolsa de monedas de oro — manifestó Petronio. — Pero ¿te será posible encontrar compañeros fieles que te ayuden?

— Conozco á algunos que por dinero serian capaces de vender á su mujer y á sus hijos.

— ¿Y dónde los buscarás?

— En la misma cárcel ó en la Ciudad, porque los carceleros y los guardias, si se les paga bien, dejarán pasar á quien quiera se nos antoje.

— En este caso, llévame con tus hombres — dijo Vinicio.

Petronio se opuso á ello resueltamente.

— Los pretorianos podrían reconocerte aunque fueras disfrazado, y lo echaríamos todo á perder. ¡No, no; en modo alguno!... Ni á la cárcel, ni al cementerio... Es preciso que todo el mundo, especialmente el César y Tigelino, esté bien convencido de que ha muerto; de lo contrario, empezarian de nuevo las pesquisas para dar con ella. Para no alimentar ninguna sospecha conviene que ambos permanezcamos en Roma mientras llevan á Ligia á los montes Albanos ó á un punto más lejano... á Sicilia, por ejemplo. Dentro de una ó dos semanas,

te pones enfermo, llamas al médico de Nerón, te haces recetar los aires de montaña, te reunes con ella, y luego...

Petronio reflexionó un momento, y, acompañando la palabra con un gesto muy significativo, agregó:

— Y luego... es posible que hayan cambiado las cosas.

— ¡Jesucristo tenga piedad de ella! — exclamó Vinicio. — Hablas de llevarla á Sicilia... y está gravemente enferma, y es posible que muera.

— Bien; la ocultaremos por el pronto en un punto más cercano. El aire puro la restablecerá. ¿No tienes en las montañas vecinas algún colono de toda tu confianza?

— Sí; cerca de Coriolos tengo uno, muy leal y honradísimo, que me quiere con toda el alma, porque cuando yo era niño me tuvo muchas veces sobre sus rodillas, jugando conmigo.

— Escríbele, pues, que mañana á primera hora esté en Roma, y le enviaremos al punto un correo — repuso Petronio, poniendo en manos de Vinicio las tablillas.

Pocos momentos después partía para Coriolos un esclavo á caballo, con la carta.

— Quisiera — dijo Vinicio — que Oso no la abandonara... Estaría yo más tranquilo y satisfecho si también le salváramos á él.

— Señor — respondió Nazario; — la cosa no es muy difícil. Oso es hombre de tan extraordinaria fuerza que puede romper las rejas y seguinos. En la fachada posterior de la prisión hay un tragaluz en un muro muy alto y á plomo, al pie del cual no han puesto centinelas. Le llevaré una cuerda, si te parece, y él cuidará de lo demás.

Petronio se opuso resueltamente á ello, fundándose en que la salvación del ligio podría ser obstáculo para la de la doncella.

— Si huye — añadió — que sea dos ó tres días después de haber sacado á Ligia, y que en modo alguno vaya á reunirse con ella, pues acaso le siguieran los pasos, por mandato del César ó de Tigelino, con lo cual descubrirían nuestra estratagemá y perderíamos de nuevo á la muchacha.

Comprendiendo cuan atinadas eran estas observaciones, Vinicio y Nazario acataron la voluntad de Petronio sin replicar.

Nazario se despidió, prometiendo volver á la mañana siguiente muy temprano. Estaba impaciente por ver á su madre (la cual no tenía un momento de tranquilidad, atormentada por el pensamiento de los riesgos que corría su hijo único), y por

andar en busca de los hombres que habian de ayudarle á sacar á Ligia de la cárcel.

Pero antes de salir, llamó aparte á Vinicio y le dijo muy quedo:

— De nuestro proyecto nadie sabrá nada, ni siquiera mi madre; pero al Apóstol, á quien hallaré en casa, porque prometió ir á vernos al salir del anfiteatro, desearía contárselo todo.

— Puedes hablar en voz alta — respondió Vinicio — Pedro estaba en el circo con la gente de Petronio. Pero... aguarda... voy yo contigo.

Se envolvió en un manto de esclavo, y salieron. Petronio, al quedar sólo, exhaló un profundo suspiro y púsose á discurrir de esta suerte:

— Antes deseaba que falleciera Ligia, pues esto, al fin y al cabo, hubiera sido menos doloroso para Vinicio que lo que hoy acontece; mas ahora estoy dispuesto á ofrecer á Esculapio mi tripode de oro para que la cure. ¡Ah, Barbarroja! Quieres solazarte con el espectáculo de las torturas de un amante... ¿no es cierto? Y tú, Augusta, terriblemente enclada de la hermosura de una niña, quisieras tenerla entre tus uñas y devorarla porque te han asesinado á tu Rufo, ¿verdad? Y tú, Tigelino, la quieres matar, sólo para mortificarme á mi... ¡Pues bien; veremos quien puede más!... Petronio os dice que vuestros ojos no la contemplarán en la arena, porque si no perece de muerte natural os la arrebatará de las manos como se arrebata un hueso de entre los colmillos de un perro... Si; yo os la escamotearé con tanta limpieza que no lo echaréis de ver; y luego, siempre que os encuentre á mi paso, diré para mis adentros: «He ahí los imbéciles á quienes ha burlado Cayo Petronio.»

Y con el semblante animado por la satisfacción, pasó al *triclinio* y se sentó á la mesa para cenar. Mientras comía, leíale el lector los idilios de Teócrito. Afuera el viento soplaba con impetuosidad, amontonando sobre Roma las nubes que venían del lado del Soraeta. De pronto una terrible tempestad turbó la calma de aquella espléndida noche estival. Resonaba el ronco ruido del trueno sobre las siete colinas; pero Petronio, indiferente á la tormenta, seguía saboreando las delicadezas del idílico poeta, que en el hermoso dialecto dórico canta la ingenuidad de la vida pastoril. Y, como mecido por la gratísima delicadeza de la poesía, entornaba los ojos, é iba á gustar de

dulcísimo sueño, cuando le anunciaron que había regresado su sobrino. Apresuróse á salirle al encuentro.

—¿Qué noticias traes? ¿Ha ido ya Nazario á la cárcel?—le preguntó.

—Sí —respondió el tribuno, pasándose la mano por los cabellos empapados en agua.— Ha ido allí Nazario para ponerse de acuerdo con los carceleros. He visto á Pedro y me ha recomendado que no dejara de orar, que no perdiese la fe ni un instante.

—Todo va á pedir de boca. Si no topamos con algún obstáculo insuperable, mañana por la noche podrá ser llevada la muchacha á los montes Albanos.

—El colono estará aquí al amanecer con los hombres necesarios.

—Muy bien; vete ahora á dormir.

Pero Vinicio, en cuanto estuvo en el *cubiculo*, se arrodilló y se puso á orar...

III

Como había previsto Vinicio, Nigro, el colono de las cerecias de Coriolos, con cuatro hombres de su confianza escogidos entre sus esclavos bretones, una litera y algunos mulos, llegaba á Roma al amanecer, y, procediendo con la mayor cautela, dejaba en una posada de la Suburra hombres, animales y litera, y se encaminaba sólo á la casa de Petronio. Vinicio, que había pasado la noche en vela, le salió al encuentro. El colono se enterneció al verle, y, besándole las manos, le dijo:

—¡Oh, querido señor! ¿Estás enfermo ó te han demacrado las penas? Apenas podía reconocerte.

Vinicio le hizo entrar en el *sixto* (1) y le dió cuenta de sus propósitos. Nigro le escuchó suspenso y maravillado, sin tratar de ocultar la profunda emoción que se reflejaba en su rostro, curtido por el sol, á medida que Vinicio iba hablando.

—¿Pero... dices que es cristiana?...—preguntó al fin, dando á Vinicio una mirada escrutadora.

Este, adivinando la intención del campesino, contestó:

—También lo soy yo.

(1) Pórtico ó columnata interior.

Brillaron dos lágrimas en los ojos de Nigro, el cual, después de reflexionar un momento, levantando las manos al cielo, exclamó:

—¡Gracias, oh, Jesucristo, Dios mio, por haber rasgado el velo que cubría esos ojos, los que más quiero en el mundo!

Y cogiendo con ambas manos la cabeza de Vinicio y llorando de alegría, le cubrió de besos la frente.

En esto apareció Petronio, seguido de Nazario.

—¡Buenas noticias!—dijo desde lejos.

Y, en efecto, las noticias eran excelentes. En primer término, el médico Glauco aseguraba que Ligia sanaría, aunque estaba atacada de la misma fiebre de que morían centenares de cristianos todos los días en el Tuliano y en las otras prisiones. En cuanto á los carceleros y al hombre que con el hierro candente comprobaba la muerte de los que eran sacados de la prisión, habían consentido de buen grado en coadyuvar á la realización del plan, y además se había encontrado á un hombre, llamado Actis, que estaba dispuesto á auxiliar á Nazario en la tarea de sacar el ataúd.

—Hemos abierto agujeros en la caja—dijo éste—para que la enferma pueda respirar mejor. Lo que realmente podría comprometernos es que ella hablara ó gimiera al pasar por delante de los pretorianos; pero no es fácil, porque está muy abatida y desde esta mañana ni siquiera abre los ojos. Además, Glauco le administrará un narcótico confeccionado con hierbas que yo mismo le he llevado... La cubierta del féretro no estará clavada. Con suma facilidad, pues, podréis poner á Ligia en la litera y sustituirla nosotros con un saco largo, lleno de arena, que conviene tengáis preparado.

Vinicio, pálido como un muerto, escuchaba las palabras de Nazario con tanta atención, que parecía oírlas antes de ser pronunciadas.

—¿Y no serán sacados de la cárcel otros cuerpos?—preguntó Petronio.

—¡Ah, sí! hoy han fallecido una veintena de presos, y antes que anochezca habrán muerto algunos más. Nosotros estamos obligados á seguir en el cortejo; mas procuraremos ser de los últimos en salir, y, cuando estemos á cierta distancia, mi compañero empezará á cojear, á fin de quedarnos más á la zaga. Esperadnos vosotros junto al templo de Libitina. ¡Dios quiera sea obscura la noche!

dulcísimo sueño, cuando le anunciaron que había regresado su sobrino. Apresuróse á salirle al encuentro.

—¿Qué noticias traes? ¿Ha ido ya Nazario á la cárcel?—le preguntó.

—Sí —respondió el tribuno, pasándose la mano por los cabellos empapados en agua.— Ha ido allí Nazario para ponerse de acuerdo con los carceleros. He visto á Pedro y me ha recomendado que no dejara de orar, que no perdiese la fe ni un instante.

—Todo va á pedir de boca. Si no topamos con algún obstáculo insuperable, mañana por la noche podrá ser llevada la muchacha á los montes Albanos.

—El colono estará aquí al amanecer con los hombres necesarios.

—Muy bien; vete ahora á dormir.

Pero Vinicio, en cuanto estuvo en el *cubiculo*, se arrodilló y se puso á orar...

III

Como había previsto Vinicio, Nigro, el colono de las cerecias de Coriolos, con cuatro hombres de su confianza escogidos entre sus esclavos bretones, una litera y algunos mulos, llegaba á Roma al amanecer, y, procediendo con la mayor cautela, dejaba en una posada de la Suburra hombres, animales y litera, y se encaminaba sólo á la casa de Petronio. Vinicio, que había pasado la noche en vela, le salió al encuentro. El colono se enterneció al verle, y, besándole las manos, le dijo:

—¡Oh, querido señor! ¿Estás enfermo ó te han demacrado las penas? Apenas podía reconocerte.

Vinicio le hizo entrar en el *sixto* (1) y le dió cuenta de sus propósitos. Nigro le escuchó suspenso y maravillado, sin tratar de ocultar la profunda emoción que se reflejaba en su rostro, curtido por el sol, á medida que Vinicio iba hablando.

—¿Pero... dices que es cristiana?...—preguntó al fin, dando á Vinicio una mirada escrutadora.

Este, adivinando la intención del campesino, contestó:

—También lo soy yo.

(1) Pórtico ó columnata interior.

Brillaron dos lágrimas en los ojos de Nigro, el cual, después de reflexionar un momento, levantando las manos al cielo, exclamó:

—¡Gracias, oh, Jesucristo, Dios mio, por haber rasgado el velo que cubría esos ojos, los que más quiero en el mundo!

Y cogiendo con ambas manos la cabeza de Vinicio y llorando de alegría, le cubrió de besos la frente.

En esto apareció Petronio, seguido de Nazario.

—¡Buenas noticias!—dijo desde lejos.

Y, en efecto, las noticias eran excelentes. En primer término, el médico Glauco aseguraba que Ligia sanaría, aunque estaba atacada de la misma fiebre de que morían centenares de cristianos todos los días en el Tuliano y en las otras prisiones. En cuanto á los carceleros y al hombre que con el hierro candente comprobaba la muerte de los que eran sacados de la prisión, habían consentido de buen grado en coadyuvar á la realización del plan, y además se había encontrado á un hombre, llamado Actis, que estaba dispuesto á auxiliar á Nazario en la tarea de sacar el ataúd.

—Hemos abierto agujeros en la caja—dijo éste—para que la enferma pueda respirar mejor. Lo que realmente podría comprometernos es que ella hablara ó gimiera al pasar por delante de los pretorianos; pero no es fácil, porque está muy abatida y desde esta mañana ni siquiera abre los ojos. Además, Glauco le administrará un narcótico confeccionado con hierbas que yo mismo le he llevado... La cubierta del féretro no estará clavada. Con suma facilidad, pues, podréis poner á Ligia en la litera y sustituirla nosotros con un saco largo, lleno de arena, que conviene tengáis preparado.

Vinicio, pálido como un muerto, escuchaba las palabras de Nazario con tanta atención, que parecía oírlas antes de ser pronunciadas.

—¿Y no serán sacados de la cárcel otros cuerpos?—preguntó Petronio.

—¡Ah, sí! hoy han fallecido una veintena de presos, y antes que anochezca habrán muerto algunos más. Nosotros estamos obligados á seguir en el cortejo; mas procuraremos ser de los últimos en salir, y, cuando estemos á cierta distancia, mi compañero empezará á cojear, á fin de quedarnos más á la zaga. Esperadnos vosotros junto al templo de Libitina. ¡Dios quiera sea obscura la noche!

—Es muy posible— observó Nigro— porque ayer el cielo estaba sereno, y, sin embargo, estalló de repente una tempestad. Hoy el tiempo es bueno, pero el aire sofocante. Me parece que durante algunas noches tendremos lluvia y tormenta...

—¿No llevaréis antorchas?— preguntó Vinicio.

Las llevan solamente los que van á la cabeza del cortejo. Conviene que vosotros os apostéis en las inmediaciones del templo de Libitina apenas anochezca, aunque no solemos transportar los cadáveres hasta cerca de media noche.

Estuvieron en silencio un buen rato, durante el cual solamente se oía la respiración anhelosa de Vinicio. Petronio fué el primero en hablar.

—Te dije ayer— murmuró al oído de Vinicio— que convenía que ambos nos quedáramos en casa; ahora comprendo que me sería imposible retenerte, y como no se trata de una fuga, sino de sacarla fingiendo que está muerta, no creo que tu presencia despierte en nadie sospechas.

—¡Ah, sí, sí!— contestó el tribuno— quiero estar allí y sacar la del féretro con mis propias manos.

—¡Oh, con tal pueda llegar á Coriolos... á mi casa!... Luego, respondo yo de ella...— exclamó el colono.

Con estas palabras terminó el coloquio. Nigro se fué á la posada de la Suburra donde habia dejado á sus esclavos; y Nazario, con una bolsa llena de oro bajo la túnica, regresó á la cárcel.

Para Vinicio empezó una jornada de fiebre, de inquietud, de espera atormentadora.

—El éxito es indudable— le dijo Petronio en cuanto se quedaron solos— pues se ha previsto todo. Es imposible combinar mejor un plan. Después de realizado, conviene que te presentes en todas partes con semblante taciturno y toga obscura. Pero no dejes de asistir al Circo; procura que se te vea... Hemos tomado tan bien las medidas que no es posible un fracaso... A propósito: ¿estás bien seguro de que no nos hará traición tu colono?

—¡Segurísimo! Es cristiano...

A Petronio esta revelación le dejó atónito. Se encogió de hombros, según su costumbre, y empezó á pasear por la estancia, murmurando como si hablara consigo mismo:

—¡Votó á Pólux, y como se extiende esa doctrina!... ¡Cómo se insinúa en los corazones y echa en ellos inmediata-

mente hondas raíces!... A la vista de los tormentos que se infligen á los cristianos estos días, habrían sido mil veces renegadas todas las divinidades romanas, griegas y egipcias... ¡Es sorprendente!... Te juro que si tuviese un átomo de fe en la intervención de nuestros dioses en las cosas de este mundo, impetraría su auxilio para que tuviera éxito el negocio que llevamos entre manos, prometiendo seis bueyes á cada uno y doce á Júpiter Capitolino... ¡No escatimes tú las promesas á Cristo!...

—¡Le he dado mi alma!— contestó Vinicio.

Después de esto se separaron. Petronio tornó al *cubículo*: Vinicio se fué á contemplar por un momento la cárcel, desde lejos, y luego subió á la cabaña del cantero en donde habia recibido el sacramento del Bautismo, pensando que tal vez en ella Cristo le escucharía más clemente y misericordioso.

Cuando estuvo allí se arrodilló, y, recogiendo todas las energías de su alma transida de dolor, se puso á orar tan fervorosamente, que pronto, en un completo olvido de sus tribulaciones y amarguras, se halló como arrobado. Después de medio día sacóle de su éxtasis el sonido agudo de las trompetas del circo de Nerón. Al salir de la cabaña estuvo un instante como si acabara de despertar de profundo sueño, mirando asombrado en torno suyo. El calor era sofocante; la atmósfera estaba en calma; el chirrido de las cigarras ahogaba todos los demás ruidos, exceptuando el resonar de las trompetas; la bóveda celeste tenia un color azul intensísimo; mas, por encima del horizonte, hacia los montes Sabinos, levantábanse nubarrones densos y sombríos.

Vinicio regresó á su casa, donde ya le esperaba Petronio.

—He estado en el Palatino y aun he jugado á los dados— dijo el segundo.— He querido dejarme ver. Apicio da un banquete esta noche, y he prometido que iríamos los dos... pero después de media noche, porque antes quiero dormir. Iré, y convendría que tú me acompañases.

—¿Han traído noticias de Nigro y de Nazario?— preguntó Vinicio.

—No. No sabremos de ellos hasta que les veamos por la noche. ¿Habrás observado que hay presagios de tormenta?...

—Sí.

—Mañana, en el Circo, para dar variedad al espectáculo, han de ser clavados en cruz algunos cristianos; pero es posible que lo impida la lluvia.

Luego, acercándose á Vinicio, le puso una mano en el hombro, y le dijo:

—Pero tú, carísimo, la verás, no clavada en cruz, sino en Coriolos. ¡Voto á Cástor! ¡No cambiaría el placer de libertarla por cuantas piedras preciosas Roma contiene!... La noche se avecina...

En efecto, la noche venía á más andar sobre la Ciudad y las sombras eran más densas que de costumbre, porque el firmamento estaba cubierto de nubes. Ya anochecido, empezó á llover; pero el agua, al tocar las piedras, ardientes á consecuencia de haber sido caldeadas por el sol durante todo el día, se evaporó, convirtiéndose en densa niebla.

—Vamos allá—dijo Vinicio.—Quizás con motivo de ser el tiempo tan malo comiencen á sacar los cadáveres antes de la hora acostumbrada.

Envueltos en mantos galos de amplia capucha, y armado Petronio con la *sica* ó cuchillo corto romano, que de noche llevaba siempre encima, salieron por la puerta del jardín.

Como de vez en cuando caían nuevos chubascos, las calles estaban poco menos que desiertas. Los rayos rasgaban con frecuencia las nubes, iluminando con su luz cárdena las fachadas de las casas recién construidas ó de las en construcción, y el húmedo empedrado. Al resplandor de un relámpago vieron al fin el cerrillo sobre el cual se levantaba el templo consagrado á la diosa de los funerales y en la falda del mismo un pequeño grupo de hombres, con una litera y algunas mulas.

—¡Nigro!—exclamó por lo bajo Vinicio.

—Estoy aquí, señor—respondió una voz.

—¿Está todo preparado?...

—Todo. No había anochecido aún cuando llegamos... Pero venid á guareceros bajo estas peñas si no queréis calaros hasta los huesos. ¡Qué tormenta! Creo que tendremos granizo...

No eran infundados los temores de Nigro, pues á poco de haberlos manifestado empezó á granizar y no tardó la granizada en convertirse en verdadero pedrisco. Sentados debajo de unas peñas que formaban como un cobertizo, al abrigo del temporal, hablaban con voz queda:

—Si alguien nos viese—decía Nigro—no sospecharía de nosotros, pues sin duda creyera que esperamos aquí á que pase la tempestad; pero es de temer que aplacen para mañana el transporte de los cadáveres.

—La granizada no puede ser duradera—observó Petronio.

—Pero en caso necesario esperaríamos hasta el alba.

Sin decir una palabra más, quedaron aguardando, con el oído muy atento para que no se les escapara ni el más leve rumor de pasos. El pedrisco cesó á los pocos instantes; mas fué seguido de una lluvia torrencial. De los *puticuli*, las violentas ráfagas de viento traían un insoportable hedor de cadáveres en putrefacción. De pronto exclamó Nigro:

—A través de la niebla veo una luz. ¡Si, si, es indudable!... ¡Una luz... otra... otra!... ¡Son ellos!

Y, volviéndose á los esclavos, agregó:

—Cuidado con las mulas, no sea que se espanten.

—Indudablemente son ellos—dijo Petronio.

A medida que se aproximaban, las luces iban adquiriendo mayor intensidad, y muy pronto pudieron distinguirse con precisión las llamas de las antorchas, que vacilaban á causa del viento. Nigro, después de haberse santiguado, empezó á orar, mientras el fúnebre cortejo se avecinaba y hacia alto frente al templo de Libitina. Petronio, Vinicio y el colono, pegados contra el cerrillo, contenían la respiración, no atinando á comprender por qué el cortejo se había parado.

Pero en breve salieron de dudas. Los portadores cubriéronse nariz y boca con un pañuelo para amortignar en lo posible el hedor de los *puticuli*, que era realmente insoportable. Hecha esta sencilla operación, el cortejo se puso de nuevo en marcha. Un sólo ataúd quedó junto al templo. Vinicio corrió hacia allá, seguido de Petronio, Nigro y dos esclavos bretones, con la litera; pero antes de llegar oyó entre las tintieblas de la noche la voz desesperada de Nazario que decía:

—Señor; antes de media noche se la han llevado, junto con Oso, á la cárcel del Esquilino... Nosotros traemos otro cuerpo.

Al regresar á su casa, Petronio, más sombrío y agitado que la tempestad de aquella noche, no trataba siquiera de consolar á Vinicio. Comprendía que era inútil intentar la evasión de Ligia de los subterráneos del Esquilino y que había sido llevada allí á fin de conservarle la vida hasta el momento del suplicio; de donde era lógico inferir que alguien tenía puesta la atención en ella. Compadecía con toda el alma á Vinicio; pero no menos que este sentimiento le turbaba el ánimo el ver

por primera vez en su vida fracasada una empresa en que había puesto empeño.

—La Fortuna me abandona—decía para sí;—pero los dioses se engañan si creen que he de resignarme á llevar una vida igual, por ejemplo, á la de este infeliz...

Y se volvió á Vinicio, quien le estaba mirando con los ojos muy abiertos:

—¿Qué tienes?... ¡Fiebre, sin duda!...—le dijo con afectuosa solicitud.

Vinicio, con voz extraña sorda, balbuciente, como de niño enfermo, contestó:

—Pero no dejo, ni dejaré nunca de creer en que Él puede devolvérmela.

Continuaba relampagueando, y se extinguían sobre la Ciudad los últimos ecos del trueno.

PARTE NOVENA

I

La lluvia, que duró tres días, fenómeno realmente extraño en Roma durante el estío, y las tempestades de granizo, fueron causa de que se interrumpieran los juegos circenses. El pueblo estaba preocupado, con tanto mayor motivo cuanto que corrían noticias no muy lisonjeras: se aseguraba que la cosecha de uva sería muy mala; atribuíanse todas las calamidades á la mano vengadora de los dioses, y cuando, una tarde, el rayo derribó y fundió la estatua de bronce de la diosa Ceres, que se veneraba en el Capitolio, convirtiéndola en lingote, se ordenó celebrar sacrificios solemnes en el templo de Júpiter Liberator. Los sacerdotes de Ceres esparcían el rumor de que los dioses estaban indignados por haberse aplazado el castigo de los cristianos, con lo cual el pueblo empezó á amotinarse, exigiendo que continuasen los juegos á pesar del mal tiempo. Así es que el alborozo fué general cuando se anunció que al día siguiente se reanudarían las inhumanas fiestas circenses.

Por los vomitorios, abiertos desde las primeras horas de la mañana, penetraron millares de espectadores. El César no tardó en llegar, acompañado de las vestales y de numeroso séquito. Por lo demás, había vuelto el buen tiempo.

Intentóse dar principio al espectáculo con un combate entre cristianos, y al efecto muchos de ellos fueron sacados á la arena vestidos de gladiadores y con armas ofensivas y defensivas, es decir, conforme aparecían los lidiadores de profesión. Pero al público le salió mal la cuenta. Los cristianos, apenas se vieron en la liza, arrojaron al suelo redes, tridentes, escudos, lanzas, espadas, y, echándose unos en brazos de los otros, empezaron á animarse para sufrir con serenidad el martirio. La muchedun-

por primera vez en su vida fracasada una empresa en que había puesto empeño.

—La Fortuna me abandona—decía para sí;—pero los dioses se engañan si creen que he de resignarme á llevar una vida igual, por ejemplo, á la de este infeliz...

Y se volvió á Vinicio, quien le estaba mirando con los ojos muy abiertos:

—¿Qué tienes?... ¡Fiebre, sin duda!...—le dijo con afectuosa solicitud.

Vinicio, con voz extraña sorda, balbuciente, como de niño enfermo, contestó:

—Pero no dejo, ni dejaré nunca de creer en que Él puede devolvérmela.

Continuaba relampagueando, y se extinguían sobre la Ciudad los últimos ecos del trueno.

PARTE NOVENA

I

La lluvia, que duró tres días, fenómeno realmente extraño en Roma durante el estío, y las tempestades de granizo, fueron causa de que se interrumpieran los juegos circenses. El pueblo estaba preocupado, con tanto mayor motivo cuanto que corrían noticias no muy lisonjeras: se aseguraba que la cosecha de uva sería muy mala; atribuíanse todas las calamidades á la mano vengadora de los dioses, y cuando, una tarde, el rayo derribó y fundió la estatua de bronce de la diosa Ceres, que se veneraba en el Capitolio, convirtiéndola en lingote, se ordenó celebrar sacrificios solemnes en el templo de Júpiter Liberator. Los sacerdotes de Ceres esparcían el rumor de que los dioses estaban indignados por haberse aplazado el castigo de los cristianos, con lo cual el pueblo empezó á amotinarse, exigiendo que continuasen los juegos á pesar del mal tiempo. Así es que el alborozo fué general cuando se anunció que al día siguiente se reanudarían las inhumanas fiestas circenses.

Por los vomitorios, abiertos desde las primeras horas de la mañana, penetraron millares de espectadores. El César no tardó en llegar, acompañado de las vestales y de numeroso séquito. Por lo demás, había vuelto el buen tiempo.

Intentóse dar principio al espectáculo con un combate entre cristianos, y al efecto muchos de ellos fueron sacados á la arena vestidos de gladiadores y con armas ofensivas y defensivas, es decir, conforme aparecían los lidiadores de profesión. Pero al público le salió mal la cuenta. Los cristianos, apenas se vieron en la liza, arrojaron al suelo redes, tridentes, escudos, lanzas, espadas, y, echándose unos en brazos de los otros, empezaron á animarse para sufrir con serenidad el martirio. La muchedun-

bre fué presa de una indignación sin límites, por considerar la conducta de los cristianos como el mayor de los ultrajes. Unos la achacaban á cobardía, otros al odio contra el pueblo de que los suponían poseídos. «Se niegan á luchar para privarnos del placer que nos proporciona el espectáculo del valor y de la fuerza puestos en acción, exclamaban.»

Al fin el César dió orden de que saliesen á la arena verdaderos gladiadores, los cuales en un instante asesinaron á todos los cristianos, que oraban hincados de rodillas.

Sacados los cadáveres, empezó la representación de los cuadros mitológicos, escogidos y preparados por el mismo César. Se representó al vivo la muerte de Hércules, devorado por las llamas en el monte *Æta*. Al pensar Vinicio que el cristiano destinado á representar el papel de Hércules pudiera ser el gigantesco Oso, sintió un estremecimiento de terror; pero no le había llegado todavía el turno al fiel criado de Ligia. Fué quemado en la hoguera otro cristiano no conocido del tribuno. Mas lo eran ciertamente de Quilón las víctimas del cuadro siguiente. Representóse en él la muerte de Dédalo y de Icaro (1). Fué impuesta la interpretación del primer personaje á Euricio, aquel pobre viejo que al lado de una fuente reveló á Quilón el significado del emblema cristiano, y el del segundo á su hijo Quarto, el muchacho que le acompañó á la tahona de Demas para que pudiese hablar con Oso. Ambos fueron elevados á gran altura, mediante ingenioso aparato, y precipitados luego á la arena. El joven Quarto cayó tan cerca del palco imperial que salpicó de sangre no sólo los ornamentos exteriores, sino la púrpura que cubría el antepecho. Quilón no vió la caída porque cerró á tiempo los ojos; mas no pudo librarse de oír el choque sordo y siniestro del cuerpo, y cuando, un momento después, vió tan cerca de sí la sangre, á punto estuvo de desmayarse.

Los cuadros se sucedían con rapidez. Se vió en la arena á las sacerdotisas de Cibele y de Ceres; á las Danaides (2), á Dirce (3) y á Pasífae. Por último, unas jovencitas fueron descuartiza-

(1) La Mitología griega supone que Dédalo, autor del famoso laberinto de Creta, fué encerrado en éste con su hijo Icaro; pero habiendo salido entrambos de allí con ayuda de unas alas de cera, el segundo se acercó demasiado al sol, las alas se derritieron, y cayóse al mar.

(2) Hijas de Danae que por haber dado muerte á sus esposos fueron condenadas á llenar de agua un tonel sin fondo.

(3) Mujer de Lico, la cual fué arrastrada por sus hijastros.

das por caballos salvajes. El pueblo celebraba las crueles invenciones del César con aplausos estruendosos; y éste, infatuado con las ovaciones, no se quitaba del ojo la esmeralda, contemplando con verdadera fruición los destrozados cuerpos y las convulsiones de las víctimas.

Siguieron á los cuadros mitológicos otros de carácter histórico. Apareció un cristiano destinado á representar al vivo el papel de Mucio Scévola. Por medio de férrea cadena, sujetósele la mano sobre llameante tripode. El olor acre de la carne quemada se difundió por todo el circo; la víctima, como el verdadero Scévola, ni siquiera lanzó un gemido: con los ojos clavados en el cielo, trémulos los labios, murmuraba una plegaria. Después diéronle el golpe de gracia y lo arrastraron al *Sportarium*.

Llegado el mediodía, se anunció el intervalo de descanso. El César, con las vestales y los cortesanos, abandonó el anfiteatro y se dirigió á una tienda purpúrea al efecto levantada, en la cual se sirvió abundantísima comida. Casi todos los demás espectadores, siguiendo su ejemplo, salieron del circo y se desparramaron, formando pintorescos grupos alrededor de la tienda imperial, no sólo para activar la circulación de la sangre en los entumecidos miembros, sino más bien para hartarse con las viandas que centenares de esclavos distribuían por orden del César. Únicamente quedaron en el anfiteatro algunos espectadores que se las echaban de expertísimos en achaques de juegos circenses y, hollando la arena empapada en sangre, discurrían doctamente acerca de lo que hasta entonces habían visto y de lo que esperaban ver después del intermedio y en los días sucesivos. Mas no tardaron en salir también para reparar las fuerzas, y en breve no quedaron allí sino pequeños grupos de hombres que procuraban ocultarse en los pasadizos, no retenidos por la curiosidad, sino por un sentimiento de noble compasión hacia las infelices víctimas. Mientras tanto, en la arena, ya rastrillada, se abrían hoyos á poca distancia unos de otros y en hileras semicirculares y paralelas, la primera de las cuales no distaba sino algunos pasos del palco imperial. Por la parte de afuera se oían los rumores de la muchedumbre, los gritos, las aclamaciones, los aplausos; dentro se continuaba trabajando con actividad febril en la preparación de los nuevos suplicios. De pronto se abrieron las puertas de los *cuniculos* (1) y

(1) Conductos ó pasadizos subterráneos.

de todas ellas salieron á la arena grupos de cristianos casi desnudos, encorvados bajo el peso de enormes cruces: ancianos casi desfallecidos; hombres en la flor de la edad, pero demacrados por los tormentos y penalidades; mujeres con la cabellera suelta, con la cual trataban en vano de cubrir pudorosamente su desnudez; adolescentes, y también niños. La mayor parte de las cruces, como las víctimas, iban adornadas de flores. Los esclavos adscritos al circo, armados de látigos, obligaban á los cristianos á dejar los maderos junto á los hoyos y á permanecer al lado, alineados. En cruz habian de morir los que por saciedad de los perros y de las fieras quedaron en los subterráneos el primer día de los espectáculos. Esclavos negros les tendian sobre los maderos, y con presteza clavábanles pies y manos, á fin de que al regresar al circo los espectadores los encontrasen ya á todos crucificados y enhiestas las cruces. Los martillazos atronaban el anfiteatro, y, repercutidos por las últimas gradas, llegaban á la tienda de campaña en donde Nerón, con las vestales y los cortesanos, se solazaba comiendo exquisitos manjares, haciendo copiosas libaciones y chaceándose de Quilón Quilónides.

Entre los que iban á sufrir el martirio aquel día estaba Crispo, muy contento de que al fin le hubiese llegado su última hora, cosa que siempre habia deseado con anhelo. Llamaba especialmente la atención su figura por lo escualida y demacrada. Exceptuando la cintura, ceñida con una guirnalda de yedra, aparecía completamente desnudo su cuerpo. Llevaba en las sienes una corona de rosas, que no disminuía en un ápice la expresión adusta de su semblante, ni la energía inextinguible de sus ojos. Tampoco habia experimentado su corazón el menor cambio, aparte el júbilo de que se sentía invadido por la proximidad de la muerte, y de la misma manera que en el subterráneo del circo amenazaba con la cólera divina á sus correligionarios, ahora, en la arena, en vez de confortarles con palabras de amor y de esperanza, les aterrorizaba.

— Dad gracias al Redentor — decía — porque se ha dignado concederos la merced de dejaros morir como Él murió. Quizás por ello vuestras culpas os serán perdonadas. No obstante... ¡temblad! porque habiendo de triunfar la justicia, no será igual la sanción para los buenos y para los malos...

Mientras decía estas palabras, resonaban los martillazos y eran traspasados con clavos los pies y las manos de los infelices

condenados á muerte. Cada vez era mayor el número de cruces enhiestas; pero Crispo, dirigiéndose á los aún no crucificados, proseguía diciendo:

— Veo el cielo abierto sobre mi cabeza; pero también veo abiertos á mis pies los profundos abismos... Yo mismo ignoró como podré dar cuenta de mi vida al Señor, por más que he aborrecido siempre la iniquidad. ¡No me espanta la muerte, no; me espanta la resurrección! ¡No temo el martirio, sino el tremendo juicio ante la justicia divina, porque ha llegado el día de la ira!...

Interrumpióle una voz solemne y tranquila, que salió de una de las gradas más inmediatas á la arena:

— ¡No, no es éste el día de la ira, sino el de la misericordia, el de la salvación, el de la felicidad eterna!... Y en verdad os digo que Jesucristo os acogerá en su santa gloria y os consolará, sentándoos á su diestra. ¡Tened fe y no desfallezcáis en la esperanza! que las puertas del Cielo se han abierto ya para vosotros...

Al oír estas palabras todos volvieron los ojos hacia el punto de donde procedían. Hasta los ya crucificados levantaron el desencajado rostro y miraron al que habia hablado. Este les bendijo, y Crispo, que al pronto habia alzado los brazos como para reprobar al interruptor, cayó de rodillas al reconocerle, balbuceando:

— ¡El Apóstol Pablo!...

Con gran sorpresa de los esclavos que prestaban servicio en el circo, los cristianos no clavados todavía, se prosternaron Pablo de Tarso continuó diciendo:

— No les amenazas, Crispo... En verdad, todos estarán hoy contigo en el Paraíso. Temes que puedan ser condenados... mas ¿quién les ha de condenar? ¿Acaso Dios que por ellos dió la Vida de su Unigénito? ¿Tal vez Cristo que murió para redimirles, como mueren ellos ahora para atestiguar la verdad de su Doctrina? ¡Ah, no! ¡Quién ama como Él no puede condenarles! ¿Quién, pues, acusará á los elegidos del Señor? ¿Quién se atreverá á decir á esta sangre: «¡Maldita seas!»?

— ¡Señor, yo he odiado el mal! — respondió el viejo diácono.

— Cristo mandó el amor á los hombres con no menos insistencia y fuerza que el odio al mal; su doctrina es doctrina de amor, en manera alguna de odio.

— ¡He pecado en la hora de la muerte!...—gimió Crispo, golpeándose el pecho.

Uno de los guardias del anfiteatro se acercó en aquel punto al Apóstol, y le preguntó:

— ¿Quién eres tú, y quién te ha dado permiso para hablar con los condenados?

— Soy ciudadano romano—respondió con calma el Apóstol, y, volviéndose de nuevo a Crispo, añadió:

— ¡Ten fe! Este es el día de la misericordia... Siervo del Señor, ¡muere en paz!...

Dos negros se acercaron a Crispo para clavarle en la cruz; éste exclamó, mirando otra vez en torno:

— ¡Hermanos: rogad por mí!...

Y su semblante, depuesta la habitual austeridad, adquirió una expresión serena y apacible. Extendió por sí mismo los brazos sobre la cruz para ahorrar trabajo a los esclavos, y con los ojos puestos en el cielo empezó a orar. Se hubiera dicho que era insensible al dolor. Cuando le hincaron los clavos en las manos no se estremeció siquiera su cuerpo; no apareció en su rostro la menor señal de sufrimiento. Oraba cuando le clavaron los pies; oraba cuando levantaron la cruz; oraba cuando llenaron el hoyo y apisonaron la tierra al rededor del madero. Únicamente cuando la muchedumbre, alborotando y riendo, penetró de nuevo en el circo, el anciano arrugó un poco el entrecejo, como si le ofendiese que los paganos fuesen a turbar el silencio y la calma de su muerte suave y tranquila.

Ya todas las cruces estaban erguidas, y con ellas semejaba la arena espeso bosque de cuyos árboles pendiesen seres humanos. Sobre los brazos de las cruces y las inclinadas cabezas de los mártires caían los rayos del sol casi perpendicularmente, proyectando sobre la liza espesa red de sombras oscuras, por entre cuyas mallas resplandecía, por virtud del contraste, la amarilla arena. Para el pueblo, el atractivo de semejante espectáculo era exclusivamente la lentitud de la agonía, las contracciones y espasmos de los moribundos. Pero el número de cruces y de víctimas era esta vez tan grande como jamás se había visto ni siquiera soñado; tanto que los esclavos al servicio del circo pasaban con dificultad por entre las cruces. Las víctimas más cercanas a las gradas en todo el ruedo eran principalmente mujeres; pero Crispo, por ser uno de los ancianos de la comunidad, había sido colocado casi en frente del *podium*,

en una cruz enorme festoneada en su base con ramas de madre-selva. Ninguno de los crucificados había entregado todavía su alma al Criador; pero algunos, ó por haber sido clavados más pronto, ó por ser más débiles, estaban sin sentido. Unos tenían la cabeza inclinada sobre el hombro ó sobre el pecho, como si durmiesen; otros, con los ojos fijos en el cielo, murmuraban plegarias; pero ninguno gemía, ninguno imploraba piedad. La muchedumbre que, ahita, ebria, alborozada, había vuelto al anfiteatro voceando alegremente, ante aquella horrenda selva de cruces, ante tantas víctimas en ellas clavadas, ante el silencio de los moribundos, ante aquel espectáculo realmente siniestro, no sabiendo siquiera adonde dirigir la mirada, permanecía silenciosa y como atónita. No se apostaba sobre quien moriría primero, como solía hacerse cuando era menor el número de los crucificados. El mismo César parecía fastidiado del espectáculo, pues volvía a uno y otro lado la cabeza, y se arreglaba el collar con una expresión muy marcada de cansancio y somnolencia.

Crispo, que estaba también como desvanecido y tenía cerrados los ojos, abriólos súbitamente y los fijó en el César. De nuevo adquirió su semblante el habitual aspecto rígido y severo, y brilló en las pupilas un fuego tan vivo que los augustales no pudieron menos de hablarse al oído, señalándolo con el dedo. El mismo César fijó en él la atención, y con olímpica indolencia se aplicó la esmeralda al ojo para ver mejor a Crispo, sobre el cual se concentraron todas las miradas de los espectadores, en medio del más profundo silencio. El austero diácono hizo un brusco movimiento, como si quisiera arrancar de la cruz la mano derecha; después, a causa de una profunda inspiración se le hinchó el pecho, delineándosele con precisión las costillas, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Ay de ti, matricida!...

Los augustales al oír el terrible ultraje, lanzado al señor del mundo en presencia del pueblo, se estremecieron; Quilón estuvo a punto de desvanecerse; al César, del sobresalto, se le cayó la esmeralda; la muchedumbre contenía el aliento.

La voz de Crispo resonaba cada vez más formidable en todo el anfiteatro:

— ¡Ay de ti, asesino de tu mujer y de tu hermano! ¡Ay de ti, Antieristo! ¡El abismo está abierto a tus plantas; la muerte extiende sus brazos para apoderarse de ti, y la tumba aguarda

con impaciencia tu cuerpo! ¡Cadáver viviente, acabarás abandonado de todos, y serás maldecido por los siglos de los siglos!

Entre tanto se esforzaba en desclavar la mano, sin duda á fin de acompañar con el ademán su amenaza; pero como no podía lograrlo, estiraba en un esfuerzo supremo todo el cuerpo, verdadero esqueleto viviente, é, inexorable como el destino, agitaba la blanca barba sobre el palco imperial, alfombrándolo con los pétalos desprendidos de la corona de rosas que le ceñía las sienes.

— ¡Ay de ti, asesino! ¡Has colmado la medida, y está próxima tu última hora!

A veces parecía que habian de tener éxito sus tentativas para desclavar la mano y extenderla amenazadora sobre la cabeza del César... Pero, de pronto, el cuerpo extenuado desfalleció, los brazos pusiéronse rígidos, la cabeza inclinóse sobre el pecho...

Había entregado su alma al Criador.

Lentamente, en el bosque de cruces, iban las victimas una tras otra cerrando los ojos para dormirse en la paz del Señor.

II

— Señor — decía Quilón; — el mar está en calma, como una balsa de aceite... Diríase que las olas dormitan... ¡Vámonos, pues, á la Hélada! Te espera allí la gloria de Apolo, triunfos y coronas; el pueblo te deificará; los dioses te recibirán en el Olimpo como un igual, mientras que aquí...

Al decir esto la mandíbula inferior le temblaba de tal suerte que salían las palabras de sus labios como sonidos inarticulados.

— En cuanto hayan terminado los espectáculos iremos allá — respondió Nerón. — He sabido que se murmura de mí y que algunos llaman á los cristianos *innocia corpora* (1). ¡Figúrate, pues, lo que sucedería si yo me marchase!... Pero ¿de qué tienes miedo, viejo chocho?...

Y arrugando el entrecejo clavaba en el griego una mirada escrutadora, como para penetrar la razón de su pavor; pero

(1) Víctimas inocentes.

en realidad, aunque afectase indiferencia, también Nerón estaba desasosegado é inquieto desde los apóstrofes de Crispo, y en toda la noche, después del espectáculo, no pudo pegar los ojos, atormentado por la rabia, la vergüenza y el miedo.

El supersticioso Vestinio, que oyó el diálogo entre el César y Quilón, mirando recelosamente á su alrededor, con aire misterioso murmuró:

— ¡Señor, no dejes de dar oídos á lo que te dice este viejo. Hay en los cristianos algo de extraordinario y sorprendente... Su dios les hace morir con serenidad, y, ¿quién te fía que no sea el suyo un dios vengativo?

— No soy yo, sino Tigelino, quien organiza los espectáculos — respondió Nerón.

— ¡Si; yo soy quien los organiza! — exclamó el valido, que habia oído las anteriores palabras — ¡Yo!... y me río de todos los dioses cristianos. Vestinio, señor, no pasa de ser una vejiga llena de supersticiones, y ese intrépido griego se moriria de espanto con solo ver una gallina dispuesta á defender sus polluelos.

— Es muy cierto — repuso Nerón — mas procura que de hoy en adelante los cristianos lleven mordaza ó les arranquen previamente la lengua.

— De esto se encargará el fuego, ¡oh divino!

— ¡Ay de mí! — gimió Quilón.

El filósofo, desde que comenzaron los juegos circenses, ofrecía lastimoso aspecto. Los pocos mechones de cabellos que le quedaban se le volvieron completamente blancos, y su rostro reflejaba, ora el abatimiento, ora terrible agitación interior. A veces parecía imbécil, inconsciente y no respondía á las preguntas que le eran dirigidas; otras tenia arrebatos de cólera, y en sus contestaciones y réplicas llegaba á la temeridad, en términos que los augustales no se atrevían á zaherirle.

Preso á la sazón de uno de esos accesos de furor, púsose á gritar, juntando las manos:

— ¡Haced de mí lo que se os antoje; pero os juro que no me veréis más en los espectáculos!

Nerón le estuvo mirando un buen rato en silencio. Al cabo, volviéndose á Tigelino, dijo:

— Procura que en los jardines esté á mi lado ese estoico; quiero ver que impresión le causan nuestras luminarias.

Al griego le aterrorizó la amenaza que vibraba en el acento del Emperador.

— Señor — balbuceó — no veré nada... no veo nada de noche...

— Alumbrarán nuestras antorchas de manera que será claro como si fuese de día — respondió Nerón, sonriendo malignamente.

Y volvióse á los augustales y empezó á platicar con ellos acerca de las carreras que deseaba organizar como remate de los juegos.

Petronio se acercó entonces á Quilón, y, dándole con la mano un golpe en el hombro, murmuró á su oído:

— ¿No te lo dije yo?... ¡No te saldrás con la tuya!...

— ¡Quiero emborracharme! — contestó Quilón, cogiendo una copa de vino. Pero no pudo llevarla á los labios.

Vestinio, para impedir que se le cayera al suelo, quitósele de las manos, y en seguida, inclinando hacia el cuitado el rostro, en el que se leían la curiosidad y el miedo, le preguntó:

— ¿Qué tienes?... Te persiguen las Furias, ¿no es cierto?...

El viejo estuvo mirándole un momento con la boca abierta, como si no hubiese comprendido la pregunta. Luego púsose á parpadear.

Vestinio repitió:

— ¿Te persiguen las Furias?...

— No — respondió Quilón; — pero ante mis ojos veo siempre la noche...

— ¿Cómo, la noche?... ¿Qué quieres decir con eso? ¡Los dioses se apiaden de ti! Pero explicame: ¿qué noche es esa, desgraciado?

— ¡Una noche horrenda, impenetrable, en el fondo de la cual se agita algo que viene hacia mí, y no sé lo que es... y me da pavor!

— ¡Siempre he creído que esos cristianos son brujos! Dime: ¿y no tienes ensueños?

— Mal puedo soñar, si no duermo siquiera... ¡Ah! jamás creí que les castigaran tan cruelmente...

— ¿Les compadeces?...

— ¿Por qué derramar tanta sangre?... ¿No oíste lo que dijo aquel viejo, en la cruz? ¡Ay de nosotros!

— Si, lo oí — respondió por lo bajo Vestinio — pero, al fin y al cabo, se trata de incendiarios...

— ¡Mentira!

— De enemigos del género humano...

— ¡Mentira!

— De malvados que envenenan el agua de los pozos...

— ¡Mentira!

— Y degüellan criaturas...

— ¡Mentira!

— ¿Cómo se entiende?... ¡Tú mismo los denunciaste!; ¡tú los pusiste en manos de Tigelino!...

— Y por esto me envuelve la horrenda noche y viene en mi busca la muerte... Hay momentos en que me parece ser ya cadáver... y que cadáveres sois también vosotros.

— ¡Ah, no! ellos mueren... y nosotros continuamos viviendo. Pero dime: ¿qué ven los cristianos en el momento de morir?

— ¡Ven á Cristo!

— ¿Es su dios?... ¿tal vez un dios muy poderoso?...

Mas Quilón, sin contestarle, preguntóle á su vez:

— ¿Qué luminarias son esas de que hablaba el César? ¿Has oído sus palabras?...

— ¡Toma! Le he oído y sé de que se trata... Son los llamados *sarmentitii* y *semacii*. Los cristianos condenados á este suplicio serán vestidos con túnicas oscuras impregnadas de resina, atados luego á sendos palos, y quemados vivos... ¡Con tal que su dios no castigue á Roma con alguna plaga devastadora!... ¡*Semacii!* ¡Oh! ¡es un martirio horripilante!...

— Lo prefiero al de las fieras, porque, en medio de todo, no se derramará sangre — respondió Quilón. — Dí á un esclavo que acerque la copa á mis labios. Tengo sed; pero como me tiembla la mano, á causa de los años, derramo el vino...

Los demás augustales hablaban también de los cristianos. El viejo Domicio Afro se burlaba de ellos.

— Son tantos — decía — que sin disputa hubieran podido llevar á cabo una revolución, y bien recordaréis que llegamos á temer que se defendieran; pero el hecho es que mueren como mansos corderos.

— Esto hubiera yo deseado: que opusieran resistencia — manifestó Tigelino.

— Os engañáis — observó Petronio; — tienen armas y se defienden admirablemente.

— ¿Se defienden?... ¿cómo?...

— Con la paciencia.

— ¡Valiente manera de defenderse!

* — ¡No digo yo que no! Pero ¿os atreveríais á sostener que mueren como malhechores vulgares? Podría decirse, al verles

morir, que los criminales somos nosotros y todo el pueblo romano...

— ¡Qué estupidez! — exclamó Tigelino.

— ¡*Hic Abdera!* (1) — le contestó Petronio.

No obstante, á los demás les impresionó la exactitud de la observación, y se miraron unos á otros con asombro.

— Es indudable que hay algo de singular y extraño en su muerte — dijo uno.

— Os he dicho ya, y ahora os lo repito, que al morir ven á su dios.

Algunos augustales se volvieron hacia Quilón:

— Oye, viejo, tú que les conoces á fondo: ¿quieres explicarnos lo que ven?...

El griego, derramando por encima de su túnica el vino de la copa que en la mano tenía, respondió:

— ¡La resurrección!

Y al decir esto púsose á temblar de manera que los que estaban sentados junto á él se echaron á reír á carcajadas.

III

Como hacia algunos días que Vinicio pasaba las noches fuera de casa, pensó Petronio que habría concebido algún nuevo plan para salvar á Ligia y lo estaría tal vez realizando; pero no se atrevió á dirigirle ninguna pregunta por el temor de que su intervención, aún en forma tan vaga, pudiese serle funesta, pues el escéptico elegante se sentía en cierto modo inclinado á la superstición, ó, para hablar con más exactitud, había perdido por completo la fe en su estrella desde el fracaso de su tentativa para sacar á Ligia de la cárcel Mamertina. Tampoco tenía confianza en el éxito de los esfuerzos de Vinicio, porque, si bien la prisión del Esquilino, improvisada poniendo en comunicación los subterráneos de las casas derruidas para atajar el incendio, era menos horrible que el vetusto Tuliano, situado cerca del Capitolio, estaba, en cambio, más severamente guar-

(1) Equivale á «¡Tú sí que eres un estúpido!». — Los habitantes de Abdera, antigua ciudad de Tracia, eran tenidos por imbéciles.

dada, y porque no podía escapar á su perspicacia que Ligia había sido trasladada allí para evitar que muriese de la fiebre, esto es, de que escapase al martirio.

— Es evidente — pensaba — que el César y Tigelino la reservan para servir de protagonista en algún horrendo y singular espectáculo, y Vinicio, con sus esfuerzos, sin salvar la vida de su amada, pondrá en riesgo la propia.

También el tribuno había perdido toda esperanza en los medios humanos. «Solamente Cristo puede salvarla» concluyó después de haber meditado hondamente sobre ello; y desde entonces ya no pensó sino en inventar un ardid para ver á su prometida. El procedimiento seguido por Nazario para comunicarse con los cristianos de la cárcel Mamertina le sugirió la idea de entrar en la del Esquilino valiéndose de la misma estratagemata. Por una suma considerable, el inspector del servicio de enterramientos en las fosas comunes consintió en alistarse accidentalmente á la brigada de jornaleros que todas las noches enviaba á las cárceles para transportar los cadáveres. De noche, vestido de esclavo, á la débil luz que mezquinamente alumbraba la cárcel, había de ser casi imposible reconocerle; y además, ¿á quién podría ocurrirle que un patricio, descendiente de cónsules, se vistiese tan humildemente y anduviese entre mozos del servicio de enterramientos expuesto á los peligros de los insoportables miasmas de la cárcel y de los *puticuli*, ejerciendo un oficio que solamente aceptaban las personas á ello constreñidas por la esclavitud ó la extrema miseria?

Vinicio, en cuanto llegó la suspirada noche, vistiéndose con verdadero júbilo la tosca almilla, se puso encima de la cabeza el paño impregnado de aceite de trementina, á manera de rodete, que llevaban los transportadores de cadáveres, y, latándole con fuerza el corazón, encaminóse con sus compañeros de oficio á la cárcel del Esquilino, donde la guardia pretoriana les dejó pasar sin dificultad, después de haber examinado el centurión á la luz de la linterna, una por una, las contraseñas que llevaban los enterradores.

Abriéronse las enormes puertas de hierro, y á los pocos pasos Vinicio se encontró en un vasto subterráneo abovedado, del cual, por aberturas angostas, se pasaba á otros semejantes. La pálida luz de una linterna, suspendida de la bóveda, alumbraba apenas el interior, lleno de presos. Unos yacían arrimados á las paredes, al parecer dormidos, quizás muertos; otros se agru-

morir, que los criminales somos nosotros y todo el pueblo romano...

— ¡Qué estupidez! — exclamó Tigelino.

— ¡*Hic Abdera!* (1) — le contestó Petronio.

No obstante, á los demás les impresionó la exactitud de la observación, y se miraron unos á otros con asombro.

— Es indudable que hay algo de singular y extraño en su muerte — dijo uno.

— Os he dicho ya, y ahora os lo repito, que al morir ven á su dios.

Algunos augustales se volvieron hacia Quilón:

— Oye, viejo, tú que les conoces á fondo: ¿quieres explicarnos lo que ven?...

El griego, derramando por encima de su túnica el vino de la copa que en la mano tenía, respondió:

— ¡La resurrección!

Y al decir esto púsose á temblar de manera que los que estaban sentados junto á él se echaron á reír á carcajadas.

III

Como hacia algunos días que Vinicio pasaba las noches fuera de casa, pensó Petronio que habría concebido algún nuevo plan para salvar á Ligia y lo estaría tal vez realizando; pero no se atrevió á dirigirle ninguna pregunta por el temor de que su intervención, aún en forma tan vaga, pudiese serle funesta, pues el escéptico elegante se sentía en cierto modo inclinado á la superstición, ó, para hablar con más exactitud, había perdido por completo la fe en su estrella desde el fracaso de su tentativa para sacar á Ligia de la cárcel Mamertina. Tampoco tenía confianza en el éxito de los esfuerzos de Vinicio, porque, si bien la prisión del Esquilino, improvisada poniendo en comunicación los subterráneos de las casas derruidas para atajar el incendio, era menos horrible que el vetusto Tuliano, situado cerca del Capitolio, estaba, en cambio, más severamente guar-

(1) Equivale á «¡Tú sí que eres un estúpido!». — Los habitantes de Abdera, antigua ciudad de Tracia, eran tenidos por imbéciles.

dada, y porque no podía escapar á su perspicacia que Ligia había sido trasladada allí para evitar que muriese de la fiebre, esto es, de que escapase al martirio.

— Es evidente — pensaba — que el César y Tigelino la reservan para servir de protagonista en algún horrendo y singular espectáculo, y Vinicio, con sus esfuerzos, sin salvar la vida de su amada, pondrá en riesgo la propia.

También el tribuno había perdido toda esperanza en los medios humanos. «Solamente Cristo puede salvarla» concluyó después de haber meditado hondamente sobre ello; y desde entonces ya no pensó sino en inventar un ardid para ver á su prometida. El procedimiento seguido por Nazario para comunicarse con los cristianos de la cárcel Mamertina le sugirió la idea de entrar en la del Esquilino valiéndose de la misma estratagemata. Por una suma considerable, el inspector del servicio de enterramientos en las fosas comunes consintió en alistarse accidentalmente á la brigada de jornaleros que todas las noches enviaba á las cárceles para transportar los cadáveres. De noche, vestido de esclavo, á la débil luz que mezquinamente alumbraba la cárcel, había de ser casi imposible reconocerle; y además, ¿á quién podría ocurrirle que un patricio, descendiente de cónsules, se vistiese tan humildemente y anduviese entre mozos del servicio de enterramientos expuesto á los peligros de los insoportables miasmas de la cárcel y de los *puticuli*, ejerciendo un oficio que solamente aceptaban las personas á ello constreñidas por la esclavitud ó la extrema miseria?

Vinicio, en cuanto llegó la suspirada noche, vistiéndose con verdadero júbilo la tosca almilla, se puso encima de la cabeza el paño impregnado de aceite de trementina, á manera de rodete, que llevaban los transportadores de cadáveres, y, latándole con fuerza el corazón, encaminóse con sus compañeros de oficio á la cárcel del Esquilino, donde la guardia pretoriana les dejó pasar sin dificultad, después de haber examinado el centurión á la luz de la linterna, una por una, las contraseñas que llevaban los enterradores.

Abriéronse las enormes puertas de hierro, y á los pocos pasos Vinicio se encontró en un vasto subterráneo abovedado, del cual, por aberturas angostas, se pasaba á otros semejantes. La pálida luz de una linterna, suspendida de la bóveda, alumbraba apenas el interior, lleno de presos. Unos yacían arrimados á las paredes, al parecer dormidos, quizás muertos; otros se agru-

paban al rededor de una tinaja llena de agua, que estaba en medio de la estancia, y bebían con avidez para calmar el ardor de la fiebre; otros, en fin, se hallaban sentados en el suelo, con los codos en la rodilla y la cara entre las manos. Acá y allá veíanse niños que dormían, apretándose contra el seno de sus madres. Por todos lados oíanse gemidos, sollozos, murmurio de plegarias, suaves cantos, la respiración jadeante y anhelosa de los enfermos, y, de cuando en cuando, las horribles blasfemias de los carceleros. El ambiente estaba impregnado de un hedor fétido, cadavérico. Sombrias y extrañas figuras se movían en los oscuros ángulos del fondo; más cerca, á la débil y trémula luz de la linterna, distinguíanse rostros pálidos, desencajados, famélicos, con los ojos apagados y febriles, lividos los labios, inundada de sudor la frente, en desorden y aglutinados los cabellos. Muchos enfermos, presa del delirio, pedían por caridad que se les diese un poco de agua; otros, con lastimeros quejidos, expresaban la intensidad de sus sufrimientos y pedían que se les llevara inmediatamente al suplicio. Y, no obstante, esta cárcel era menos horrenda que el Tulliano. A Vinicio, ante aquel espectáculo, le flaquearon las piernas, se le oprimió la garganta; y al pensar que Ligia, ¡su adorada Ligia! se hallaba en aquel antro horrendo, se le erizaron los cabellos y por poco dió un grito de desesperación. El circo, las garras de las fieras, las cruces, todo era preferible á aquellos inmundos y espantosos subterráneos, de ambiente corrompido por los miasmas y en los cuales resonaba continuamente la desgarradora súplica:

— ¡Llebadnos al suplicio!

Exasperado Vinicio, apretando los puños se clavaba las uñas en las palmas de las manos. Todo cuanto había sufrido hasta entonces, su inmenso amor, sus terribles angustias, se convirtieron súbitamente en un deseo vehemente de morir.

— ¿Cuántos muertos hay esta noche? — preguntó el inspector del servicio de enterramientos.

— Una docena — contestó uno de los carceleros; — pero antes que amanezca habrá muchos más, porque son en gran número los que están agonizando allá, en el fondo, arrimados á las paredes.

Y empezó á lamentarse de que las mujeres ocultaran los cadáveres de sus pequeñuelos para retenerlos todo el tiempo posible á su lado,

— Con frecuencia hay que descubrirlos por el hedor que exhalan — añadió. — Preferiría ser esclavo en un ergástulo del campo á guardar esos perros, que hieden y se pudren, aún antes de morir.

Vinicio, en tanto, repuesto de su turbación, buscaba ansiosamente á Ligia, temblando ante la sospecha de no hallarla entre los vivos. Los subterráneos eran muchos, y los enterradores sólo entraban en aquellos en que había cadáveres que sacar. El tribuno estremeciéndose, pensó que acaso sus esfuerzos no le habrían servido de nada. Afortunadamente, vino en su ayuda el inspector, diciendo:

— Es preciso llevarse á los muertos en seguida, pues de lo contrario se extenderá rápidamente la infección y los carceleros correréis el riesgo de fallecer con los presos.

— Sí, no hay duda. Pero no somos sino diez para todos los subterráneos — contestó el carcelero — y... bien hemos de dormir... ¡me parece!

— Entonces voy á dejarte á cuatro de mis hombres para que recorran los subterráneos, y, en cuanto fallezca un cristiano, lo saquen inmediatamente.

— ¡Está bien, y muchas gracias! Mañana te convidaré á unos vasos de lo tinto para agradecerte el servicio que con ello nos prestas; pero que se cercioren bien de que han muerto, pues hay orden de atravesarles el cuello antes de sacarlos.

— ¡Está muy bien... y acepto la convidada!

Dicho esto, designó á los cuatro hombres que habían de quedarse. Uno de ellos fué Vinicio, quien inmediatamente empezó á recorrer los subterráneos, inspeccionando con suma atención todos los semblantes, todos los rincones, todos los grupos. Ni en el primer subterráneo, ni en el segundo, ni el tercero dió resultado alguno su escrupulosa inspección.

Era ya muy avanzada la noche; habían sido sacados todos los cadáveres; los carceleros, distribuidos convenientemente por los corredores, dormían; los niños, cansados de llorar, se habían callado; no se oía en los subterráneos sino la respiración anhelosa de los enfermos, el estertor de los agonizantes y el susurro de alguna oración. Vinicio penetró en el cuarto subterráneo, bastante más reducido que los otros; y, levantando la linterna que llevaba en la mano, miró en torno. De pronto vió, debajo de una ventana con reja de gruesos barrotes, una gigan-

tesca figura de hombre, que le pareció ser la de Oso. Apagó en seguida la linterna, y, avanzando, dijo:

—¿Eres tú, Oso?

El gigante volvió la cabeza y preguntó:

—¿Y tú, quién eres?

—¿No me reconoces?

—¿Cómo quieres que te reconozca si has apagado la luz?

En aquel momento Vinicio divisó á Ligia, que yacía junto á la pared, sobre un manto, y cayó de hinojos á su lado, sin pronunciar palabra.

Entonces Oso le reconoció.

—¡Glorificado sea Cristo!... —dijo— Pero no la despiertes... señor...

Vinicio ni siquiera le oía. Derramando copiosas lágrimas, contemplaba embelesado y al mismo tiempo transido de dolor á su amada; y, á pesar de la obscuridad, distinguía perfectamente su rostro pálido como el alabastro, sus manos casi diáfanas. En un transporte de amor, de un amor que le desgarraba el alma, mezcla de piedad, de respeto, de cariño y de adoración, cogió el borde del manto en que descansaba la doncella y lo cubrió de besos.

Oso le contemplaba en silencio. Al cabo decidióse á tirarle suavemente de la túnica y á preguntarle:

—Señor: ¿cómo has logrado llegar hasta aquí? ¿Vienes para salvarla?

Vinicio se levantó, mirando con estupor al gigante. La emoción le ahogaba. Al fin dijo:

—¿Cómo?, ¿de qué modo? ¡Dime tú un medio!

—¡Ah! ¡Crei que tú lo habías hallado!... Yo no sé más que uno.

Y al decir esto miró la reja de la ventana. Luego, como si hablara consigo mismo, añadió:

—¡Si!... pero tras ella están los soldados...

—Un centenar de pretorianos —afirmó Vinicio.

—¿De suerte que fuera imposible pasar?... —

—¡Imposible!

El ligio se rascó la cabeza con la enorme mano y repitió:

—Pero tú, ¿cómo has logrado entrar?

—Tengo una tésera del inspector de las fosas comunes.

Apenas había dicho estas palabras cuando, como iluminado por una idea súbita, añadió:

—¡Por la pasión del Salvador! Me quedo aquí. Ella tomará mi contraseña, se pondrá en la cabeza este paño impregnado de trementina, se envolverá en el manto y saldrá: como entre los transportadores hay algunos jovencitos, los pretorianos no la reconocerán; irá á casa de Petronio y éste proveerá á lo demás.

Oso, bajando la cabeza, respondió:

—No lo consentirá, señor, porque te ama; además, está enferma y no puede andar sin apoyarse en alguien... ¡Ay! Si tú, señor, y el noble Petronio no tenéis medios de conseguir su libertad, ¿quién podrá salvarla?

—¡Únicamente Cristo!

Entrambos permanecieron mudos un buen rato.

—Él podría salvarnos á todos, no hay duda —pensaba el ligio, en su ingenua simplicidad;— y si no lo hace es porque ha llegado el día de las torturas y del martirio.

Por su parte, no le arredraba el morir; pero desde lo más hondo de su alma sentía piedad por aquella niña que puede decirse había crecido entre sus brazos y á quien amaba más que á su propia vida.

Vinicio se arrodilló de nuevo al lado de Ligia. Por la angosta ventana penetraba en la estancia la luz de la luna. La tierna doncella abrió de pronto los ojos, y al ver junto á sí á su prometido, le tendió las manos ardorosas por la fiebre y le dijo:

—¡Ah, por fin vuelvo á verte! ¡Bien sabía yo que vendrías!

—¡Si, amada mía; he venido! —murmuró Vinicio estrechándole las manos— ¡Cristo, nuestro Señor, te tome bajo su salvaguardia y te devuelva la salud!... ¡Ligia de mi alma!..

No dijo una palabra más porque se lo impidió la congoja. Por otro lado, no quería agravar las penas de la infeliz muchacha, poniéndole de manifiesto las propias.

—Estoy enferma, Marco —murmuró Ligia;— y, bien en el Circo, bien en la cárcel, que al fin y al cabo todo es uno, he de morir... ¡Rogaba á Cristo continuamente que me concediese la gracia de verte una vez más, y Cristo me ha oído!..

Vinicio seguía acongojado y se limitó á estrecharle nuevamente las manos. Ella prosiguió diciendo:

—Una vez te vi de lejos, desde una ventana de la cárcel Mamertina, y sabía que con toda el alma deseabas venir á verme; ahora el Redentor te ha permitido entrar y me ha

devuelto el sentido para que pueda decirte adios. ¡Para siempre sea alabado! Voy ya hacia El, Marco; pero te quiero y te querré siempre...

Vinicio procuró hacerse dueño de sí mismo, reprimiendo la angustia que le dominaba, y, dando á su voz acento de tranquilidad y entereza, empezó á hablar de esta manera:

— ¡No, amada mía; tú no morirás! El Apóstol me ordenó que tuviese fe y prometiome rogar por ti... y él, como sabes, conoció á Cristo. Cristo le amaba, y ten por cierto que no le negará la gracia que ahora por ti le pide. Si tú hubieses de morir, no me habría dicho el Apóstol que tuviese fe y, sin embargo, me dijo estas palabras: «Ten fe». ¡No, Ligia! Cristo se compadecerá de mí; no quiere, no, que tú mueras; no lo permitirá... ¡Te lo juro en nombre del Redentor! Pedro ruega por ti.

Permanecieron un buen rato callados. La luz de la única linterna que alumbraba la estancia se había extinguido; pero penetraba en ésta la luna. En el ángulo opuesto empezó á lloriquear un niño; mas luego también calló, y todo quedó en silencio. Únicamente se oían, de tiempo en tiempo, las voces de los pretorianos que no estaban de centinela, los cuales entretenían los ocios jugando en el exterior, bajo los muros de la cárcel, á las *scripta duodecim*. Ligia rompió el silencio:

— Marco: también Jesús rogó al Padre, diciéndole: «Aparta de mí este cáliz de amargura». Y no obstante ¡se consumó el sacrificio!... Si; Jesús murió crucificado, y ahora mueren por él á millares los que profesan su santa doctrina. ¿Por qué, pues, he de pretender sustraerme al martirio? ¿Después de todo, quién soy yo? ¿Por qué ha de salvarme á mí sola? El mismo Pedro, según de sus labios he oído, ha de morir clavado en cruz. ¿Y quién soy yo, repito, comparada con el Vicario de Cristo? Cuando fueron los pretorianos á prendernos tuve miedo de los tormentos y de morir; mas ya no tiemblo. Piensa cuán horrenda es esta cárcel y que pronto la dejaré para volar al Paraíso. ¡Ah! Para sentir anhelos de muerte basta considerar que aquí, en la tierra, impera el César, mientras en el cielo está el Redentor del mundo, todo bondad y misericordia, y de que, por tanto, en realidad no es la muerte lo que me espera, sino la vida, la felicidad eterna. Si me amas de veras, piensa únicamente en el bien que la muerte me reportará, y piensa, además, Marco mío, que tú asimismo alcanzarás esta dicha y que moraremos un día juntos en el cielo.

Calló un instante para tomar aliento. Después, llevándose á los labios la mano de Vinicio, le llamó con voz dulce y cariñosa:

— ¡Marco!...

— ¿Qué quieres, amada mía?

— No me llores. Piensa que cuando mueras vendrás á unirme conmigo en el cielo. Mi vida ha sido breve; pero Dios me ha concedido en ella bastante, pues me ha otorgado la gracia de darme tu alma. Y yo se lo diré al Señor, y le añadiré que aún cuando presenciaste mi muerte y el dolor te desgarró el corazón, nunca te rebelaste contra su santa voluntad, nunca dejaste de amarle con ahinco, con toda la efusión de tu ser. ¿Verdad, Marco, que le amarás siempre, siempre, y sabrás resignarte á que yo muera? ¡Ah, si, si! tú lo harás. Y entonces, Él, que es bueno y misericordioso, nos unirá en su reino... porque yo te amo, Marco, y quiero estar siempre unida á ti.

Tomó de nuevo aliento, y con voz dulcísima y apenas perceptible, añadió:

— ¿Me lo prometes, Marco mío?...

Vinicio, estrechándole las temblorosas manos, respondió:

— ¡Lo juro por tu sagrada cabeza!... ¡Lo juro!...

A la pálida claridad de la luna vió Vinicio como el rostro de Ligia se transfiguraba, cual si irradiase luz intensísima. En tanto, ella volvió á llevar la mano de él á los labios, mientras murmuraba:

— ¡Soy tu desposada!...

Los pretorianos que estaban jugando fuera de la cárcel acabaron por disputar con voces alborotadas. Vinicio y Ligia no se acordaban de los horrores de aquellos lúgubres subterráneos, ni de los soldados, ni de este miserable mundo... Convertidos casi en espíritus angélicos, oraban fervorosamente.

DE BIBLIOTECAS

Durante los tres días, mejor dicho, las tres noches siguientes, nada turbó su inefable felicidad. Cuando, terminada la tarea de separar los cuerpos muertos de los vivos y á los enfermos graves de los enfermos leves y de los sanos, los carceleros, rendidos de cansancio, se dormían en los corredores, Vinicio

entraba en el subterráneo de Ligia y allí permanecía hasta el alba, en dulce coloquio sobre los temas de su eterna unión y de la muerte. En sus pensamientos, en sus pláticas, hasta en sus deseos y esperanzas, se alejaban entrambos cada día más de la tierra, de esta vida mísera, sin conciencia apenas de la tremenda realidad, como dos marineros que, habiendo dejado muy atrás la inhospitalaria playa, navegasen por un mar inmenso: almas encendidas en el cariño recíproco y en el amor de Cristo, que esperaban el momento oportuno para emprender el vuelo... De cuando en cuando estallaba en el corazón de Vinicio, cual tormenta, la agitación del dolor; otras veces relampagueaba en su mente la esperanza, nacida de la fe en la infinita misericordia de Jesucristo; pero esto no era óbice para que de día en día se desprendiese más de la tierra y se familiarizase con el pensamiento de la muerte. Por la mañana, al salir de la cárcel, veía como en sueños todas las cosas terrenas: el mundo, la Ciudad, la gente que por las calles transitaba... Todo le parecía extraño, lejano, fugaz, fátuo, misterioso. Ni siquiera la inminencia de los tormentos le espantaba ya, bien persuadido de que se podía pasar por ellos sin sentirlos, con el ánimo absorto en otras ideas, con los ojos vueltos hacia otro lado...

Ambos experimentaban la sensación de haber traspasado los umbrales de la vida eterna, y hablaban, como de cosa presente, de su amor ultraterreno, de la felicidad de vivir perpetuamente juntos en el cielo; y si alguna vez descendían con el pensamiento a la tierra era para departir en términos que no parecía sino que se pusiesen de acuerdo respecto a los preparativos de un largo viaje. Y así vivían: tranquilos, serenos, imperturbables, como dos columnas abandonadas en medio del desierto, sin más deseo que el de no verse jamás separados; y como no dudaban de que Cristo les concedería esta gracia, amaban a Cristo, considerándole como el vínculo que los unía, como la felicidad sin límites, como la paz eterna. Antes de abandonar este mundo se habían desprendido ya del miserable barro, de las ataduras terrenales. Sus almas tenían la pureza de una lágrima. Ante la inminencia del martirio, en medio de las miserias y de los sufrimientos, en aquella hedionda y húgubre cárcel, gozaban de antemano las inefables delicias del Paraíso, y él imaginaba que Ligia, ya bienaventurada y santa, le llevaba de la mano, guiándole hacia la inagotable Fuente de Vida.

Petronio, asombrado de la creciente serenidad que en el semblante de Vinicio se notaba, sospechó que al cabo había dado el joven tribuno con un medio seguro para salvar a Ligia; y, ofendido de que no se lo hubiese dado a conocer, se decidió un día a interrogarle:

—Vinicio, en tu semblante leo que has experimentado una profunda transformación; no tengas secretos para mí, pues bien sabes cuanto deseo poder serte útil. ¿Tienes un nuevo plan?

—Si —respondió Vinicio;— pero no podrías tú ayudarme a realizarlo... Cuando Ligia haya sufrido el martirio, yo confesaré públicamente mi fe, para seguir su suerte.

—Entonces... ¿has perdido toda esperanza?

—Al contrario, ahora la tengo más firme que nunca, pues Cristo me la devolverá en el cielo y nunca más volveré a separarme de ella.

Petronio empezó a pasear por el atrio, con la expresión del desengaño y la impaciencia en el semblante.

—Para esto —dijo— no necesito de vuestro Cristo; podría prestarte el mismo servicio Tánatos (1).

Vinicio le contestó, sonriendo melancólicamente:

—No, queridísimo... Pero tú no puedes comprender estas cosas.

—¿No puedo, ni quiero! —replicó Petronio.— No es ocasión esta de disputas; pero acuérdate de tus palabras al fracasar nuestro plan para sacarla del Tulliano: había yo perdido toda esperanza, y tú me dijiste: «Pues yo tengo fe en que Cristo me la devolverá...»; que te la devuelva, pues! Si yo arrojo al mar una copa preciosa, pongo por caso, ni uno sólo de nuestros dioses será capaz de restituírmela; y si el vuestro no tiene más poder, entonces no comprendo por qué le habéis de adorar con preferencia a los demás que, al fin y a la postre, sobre ser más antiguos, son, además, romanos.

Vinicio se limitó a responder:

—Te repito que estoy bien seguro de que me la devolverá.

—Otra cosa. ¿Sabes que mañana por la noche los jardines del César serán iluminados con cristianos?

—¿Mañana?... —exclamó Vinicio.

El anuncio de estos nuevos é inminentes martirios le trajo

(1) El genio de la muerte.

otra vez á la realidad. Estremeci6se su coraz6n de angustia y de espanto; y pensando que muy bien pudiera ser aqu6lla la 6ltima noche en que le fuera dado ver á Ligia, se dirigi6 apresuradamente á casa del inspector de las fosas *hediondas* para que le diera la contraseña. Pero 6ste se neg6 en redondo á complacerle.

— Perdon, se6or — le dijo; — he hecho por t6 cuanto estaba en mi mano; pero no quiero ni debo poner en riesgo la vida. Esta noche ser6n sacados de la c6rcel los cristianos para llevarlos á los jardines del C6sar; con este motivo entrar6n en los subterráneos muchos soldados. Si alguno de 6stos te reconociese me perderia yo y perderia á mis hijos.

Vinicio comprendi6 que era in6til insistir; pero con la esperanza de que los pretorianos, ya acostumbrados á verle entrar en la c6rcel, le dejarian pasar sin la contraseña, al caer la tarde, vestido como de costumbre, se dirigi6 al Esquilino. Por su desgracia, aquel dia el examen de las t6seras era mucho m6s escrupuloso, y el centuri6n Scevino, hombre muy severo y devoto del C6sar, encargado de esta tarea, le reconoci6. No obstante, dentro de aquel pecho cubierto de hierro quedaba una chispa de compasi6n por las desventuras humanas, y, en vez de dar la se6al de alarma golpeando con la lanza el escudo, llam6 aparte á Vinicio y le dijo:

— Vu6lvete á tu casa, se6or. Te he reconocido; pero callar6, porque de lo contrario fuera causante de tu desgracia. No puedo dejarte entrar; m6rchate, y; quieran los dioses concederte la paz del alma!

— Si no puedes permitirme el paso — respondi6 Vinicio — consi6nteme al menos que permanezca aqui para ver á los prisioneros cuando salgan.

— No me impide acceder á esto la consigna — respondi6 Scevino.

Qued6se el tribuno en la puerta, esperando á que salieran los condenados. La media noche seria cuando se abrieron las puertas, y en seguida aparecieron largas hileras de prisioneros, en las que iban hombres, mujeres y ni6os, escoltados por pretorianos. La noche era serena y la claridad de la luna permitia ver no s6lo la figura, sino tambi6n el semblante de los que salian, formados de dos en dos, en medio del solemne silencio de la noche, turbado 6nicamente por el ruido de las armaduras. Eran tan largas las hileras, que Vinicio pudo muy bien creer

que los subterráneos habian quedado vacios. Distingui6 al m6dico Glauco entre las victimas que salieron en 6ltimo t6rmino; pero no vi6 á Ligia ni á Oso.

V

No habian descendido a6n sobre Roma las sombras de la noche y ya la multitud aflua á grandes oleadas á los jardines del C6sar. Con el traje de los dias de fiesta, coronado de flores, alborozado, ebrio en su mayor parte, el pueblo romano iba á presenciar un nuevo y *magnifico* espect6culo. En la via *Tetta*, en el puente de Emilio, m6s all6 del Tiber, en la via Triunfal, en las inmediaciones del circo de Ner6n y hasta en la colina Vaticana resonaban de continuo los gritos: ¡*Semaxii!* ¡*Sarmentitii!* Ya otras veces los romanos habian visto arder, atados á sendos postes, vestidos con la t6nica *molesta*, á hombres condenados á muerte, pero jam6s un espect6culo semejante, en que fueran tantas las victimas. El C6sar y Tigelino, para acabar con los cristianos y atajar el paso á la propagaci6n de la peste carcelaria, habian ordenado que se evacuaran todas las prisiones, sin dejar en ellas m6s que á algunas docenas de cristianos destinados á los 6ltimos juegos.

La primera impresi6n de la gente, al entrar en los jardines, era de estupor. A lo largo de todas las calles principales y transversales, en las plazoletas, en medio de la espesura de los 6rboles, al rededor de los prados cubiertos de c6sped, de los lagos, de los estanques, de los bosquecillos, de los cuadros llenos de flores, se levantaban postes untados de resina, con cristianos atados en la parte superior. Desde lo alto de los c6rrillos, en que la vista no era interceptada por los 6rboles, veianse largas filas de palos, cada uno con un cristiano, adornados de flores, de yedra y de mirto; interminables hileras que seguian las sinuosidades del terreno, subiendo á los monticulos, bajando á las hondonadas, y prolong6ndose en t6rminos que, mientras los m6s pr6ximos parecian m6stiles de navio, los m6s lejanos daban la idea de lanzas clavadas en el suelo.

El n6mero de victimas superaba á cuanto podian apetecer los amantes de la grandiosidad en los espect6culos. Hubi6rase dicho que un pueblo entero, que toda una raza era sacrificada

otra vez á la realidad. Estremeci6se su coraz6n de angustia y de espanto; y pensando que muy bien pudiera ser aqu6lla la 6ltima noche en que le fuera dado ver á Ligia, se dirigi6 apresuradamente á casa del inspector de las fosas *hediondas* para que le diera la contraseña. Pero 6ste se neg6 en redondo á complacerle.

— Perdon, se6or — le dijo; — he hecho por t6 cuanto estaba en mi mano; pero no quiero ni debo poner en riesgo la vida. Esta noche ser6n sacados de la c6rcel los cristianos para llevarlos á los jardines del C6sar; con este motivo entrar6n en los subterráneos muchos soldados. Si alguno de 6stos te reconociese me perderia yo y perderia á mis hijos.

Vinicio comprendi6 que era in6til insistir; pero con la esperanza de que los pretorianos, ya acostumbrados á verle entrar en la c6rcel, le dejarian pasar sin la contraseña, al caer la tarde, vestido como de costumbre, se dirigi6 al Esquilino. Por su desgracia, aquel dia el examen de las t6seras era mucho m6s escrupuloso, y el centuri6n Scevino, hombre muy severo y devoto del C6sar, encargado de esta tarea, le reconoci6. No obstante, dentro de aquel pecho cubierto de hierro quedaba una chispa de compasi6n por las desventuras humanas, y, en vez de dar la se6al de alarma golpeando con la lanza el escudo, llam6 aparte á Vinicio y le dijo:

— Vu6lvete á tu casa, se6or. Te he reconocido; pero callar6, porque de lo contrario fuera causante de tu desgracia. No puedo dejarte entrar; m6rchate, y; quieran los dioses concederte la paz del alma!

— Si no puedes permitirme el paso — respondi6 Vinicio — consi6nteme al menos que permanezca aqui para ver á los prisioneros cuando salgan.

— No me impide acceder á esto la consigna — respondi6 Scevino.

Qued6se el tribuno en la puerta, esperando á que salieran los condenados. La media noche seria cuando se abrieron las puertas, y en seguida aparecieron largas hileras de prisioneros, en las que iban hombres, mujeres y ni6os, escoltados por pretorianos. La noche era serena y la claridad de la luna permitia ver no s6lo la figura, sino tambi6n el semblante de los que salian, formados de dos en dos, en medio del solemne silencio de la noche, turbado 6nicamente por el ruido de las armaduras. Eran tan largas las hileras, que Vinicio pudo muy bien creer

que los subterráneos habian quedado vacios. Distingui6 al m6dico Glauco entre las victimas que salieron en 6ltimo t6rmino; pero no vi6 á Ligia ni á Oso.

V

No habian descendido a6n sobre Roma las sombras de la noche y ya la multitud aflua á grandes oleadas á los jardines del C6sar. Con el traje de los dias de fiesta, coronado de flores, alborozado, ebrio en su mayor parte, el pueblo romano iba á presenciar un nuevo y *magnifico* espect6culo. En la via *Tetta*, en el puente de Emilio, m6s all6 del Tiber, en la via Triunfal, en las inmediaciones del circo de Ner6n y hasta en la colina Vaticana resonaban de continuo los gritos: ¡*Semaxii!* ¡*Sarmentitii!* Ya otras veces los romanos habian visto arder, atados á sendos postes, vestidos con la t6nica *molesta*, á hombres condenados á muerte, pero jam6s un espect6culo semejante, en que fueran tantas las victimas. El C6sar y Tigelino, para acabar con los cristianos y atajar el paso á la propagaci6n de la peste carcelaria, habian ordenado que se evacuaran todas las prisiones, sin dejar en ellas m6s que á algunas docenas de cristianos destinados á los 6ltimos juegos.

La primera impresi6n de la gente, al entrar en los jardines, era de estupor. A lo largo de todas las calles principales y transversales, en las plazoletas, en medio de la espesura de los 6rboles, al rededor de los prados cubiertos de c6sped, de los lagos, de los estanques, de los bosquecillos, de los cuadros llenos de flores, se levantaban postes untados de resina, con cristianos atados en la parte superior. Desde lo alto de los c6rrillos, en que la vista no era interceptada por los 6rboles, veianse largas filas de palos, cada uno con un cristiano, adornados de flores, de yedra y de mirto; interminables hileras que seguian las sinuosidades del terreno, subiendo á los monticulos, bajando á las hondonadas, y prolong6ndose en t6rminos que, mientras los m6s pr6ximos parecian m6stiles de navio, los m6s lejanos daban la idea de lanzas clavadas en el suelo.

El n6mero de victimas superaba á cuanto podian apetecer los amantes de la grandiosidad en los espect6culos. Hubi6rase dicho que un pueblo entero, que toda una raza era sacrificada

inhumanamente para divertir á Roma y al César. En torno de los cristianos que llamaban la atención ó por su aspecto, ó por su edad, ó por su sexo, formábanse grupos que contemplaban los semblantes, las coronas de rosas, los festones de yedra; y, por doquiera, las personas con un átomo de buen sentido ó de piedad preguntábanse maravilladas: «¿Es posible que sean tantos los culpables?... ¿Quién va á creer que prendieran fuego á Roma tiernas criaturas que apenas pueden andar por sí solas?», y la duda, y el asombro cedían el puesto al horror.

La noche extendía su negro manto sobre los jardines y empezaban á brillar en el firmamento las primeras estrellas cuando se acercó á cada condenado un esclavo con una antorcha encendida. Poco después resonaron en varios puntos de los jardines los sonidos de las bocinas para anunciar el comienzo del espectáculo. Los esclavos prendieron fuego á la paja, impregnada de pez y cubierta de flores, puesta en la parte baja de los postes, y la llama se propagó con rapidez, serpenteando con claridad vivísima, por las ramas de yedra y de mirto, y prendió en los postes empezando á lamér los pies de las víctimas. La muchedumbre enmudeció, y al cesar sus confusos rumores oyóse un alarido angustioso, formidable, formado por millares de gritos de dolor. Sin embargo, algunas de las víctimas, alzando los ojos al cielo tachonado de estrellas, entonaron serenamente himnos en loor de Cristo. El pueblo escuchaba en silencio, y cuando se unieron á los cánticos los gritos desgarradores de los niños que, desde lo alto de los palos, decían: «¡Mamá! ¡Mamá!» el horror y el espanto helaron hasta los corazones más endurecidos. Todos los espectadores, aún los beodos, se estremecieron y conturbaron á la vista de aquellas cabezas, de aquellos rostros infantiles contraídos por el dolor ó velados por el humo que había ya empezado á sofocar á las víctimas. Las llamas iban ascendiendo siempre, devorando una á una las guirnaldas de yedra y de rosas. Ardían los caminos, los bosquecillos, los prados cubiertos de césped, los cuadros esmaltados de flores; despedían reflejos de fuego los lagos y los estanques; estaban teñidas de púrpura las temblorosas copas de los árboles, y era tan grande la claridad, que hubiera podido creerse que procedía del sol y no de las antorchas.

Los hedores acres de la carne quemada llenaron el ambiente; pero los esclavos se apresuraron á echar mirra y áloes en los pebeteros colocados entre los postes. De la enorme y compacta

multitud salieron diversos gritos: ya de asombro, ya de salvaje alegría, ya de compasión; gritos que iban en aumento y acabaron por generalizarse, convirtiéndose en clamoreo, mientras las llamas envolvían codiciosamente los postes, y lamían con sus voraces lenguas el pecho de las víctimas, y ensortijábanles los cabellos con su soplo ardiente, y velaban los semblantes ennegrecidos, y, por último, se elevaban á considerable altura, para dar testimonio del triunfo de la fuerza que había ordenado encenderlas.

Apenas principiado el espectáculo, se presentó el César en una espléndida cuadriga circense tirada por caballos blancos. Llevaba un traje de anruga, de color verde, que era el del partido de Nerón y toda su corte en las carreras. Seguíanle magníficos carros llenos de angustales lujosamente ataviados, de senadores, de sacerdotes, de bacantes ebrias, coronadas de rosas, con ánforas llenas de vino, y que daban continuamente agudos gritos de loca alegría, y escoltábanle grupos de faunos y sátiros, tocando cítaras, laúdes, flautas y bocinas. Venían después en otros carros las matronas y las jóvenes pertenecientes á las familias patricias. A ambos lados de este cortejo danzaban *efebos* (1) agitando tirsos adornados con cintas, mientras otros tocaban cítaras, y otros esparcían flores bajo los pies de los caballos.

Todo este magnífico cortejo avanzó por la calle principal del jardín, infestado de humo acre y espeso, gritando alborozadamente ¡*Evohé!* ¡*Evohé!* Al lado del César iba, además de Tigelino, el flamante augustal Quilón Quilónides, cuyo terror, expresado con muecas ridículas, divertía sobremedera al primero. Mas no era éste el único solaz del dueño del mundo: llevaba los caballos al paso para deleitarse en la contemplación de los cuerpos que ardían, y complaciáse también en escuchar las aclamaciones estruendosas de la plebe. De pie sobre la dorada cuadriga, que por sí mismo guiaba, rodeado de la rumorosa muchedumbre, que se inclinaba ante él á su paso, entre los fulgores de las llamas siniestras, ceñida la frente por la áurea corona del vencedor en los juegos del Circo, dominando como un gigante á los cortesanos y á la plebe, con las manos monstruosas tendidas para sostener las riendas, parecía bendecir á la multitud, humildemente postrada. En su

(1) Adolescentes.

rostro de luna llena, en sus ojos vivos y pequenuelos, vagaba una sonrisa, y, refulgente como el sol ó como un dios, proseguía su camino, horrendo, pero grandioso é imponente.

De cuando en cuando paraba los caballos para contemplar más á su sabor alguna víctima, ora á una jovencita de miembros delicados y tiernos, horriblemente devorados por las llamas, ora á un niño que, lamido por las lenguas de fuego, contraía espantosamente el rostro angelical. Y continuaba luego su camino con el magnífico, ebrio, tumultuoso, desenfrenado cortejo, ya saludando á la multitud, ya hablando con Tigelino.

Así llegó á la fuente monumental, situada en el cruce de las dos calles principales del jardín. Después de hacer una seña al séquito bajó de la cuadriga y se mezcló con la muchedumbre, que le acogió con aclamaciones y frenéticos aplausos. Los senadores, augustales, sacerdotes, bacantes, sátiros, faunos y buen número de soldados le rodearon como para defender su persona. Y él, llevando á un lado á Tigelino, al otro á Quilón, dió la vuelta á la fuente, alrededor de la cual llameaban unas cien antorchas. Parábase ante las víctimas, emitía sobre ellas juicios y observaciones, mofábase del griego, en cuyo semblante se reflejaba el terror.

De esta suerte llegaron á un poste más alto que los otros, adornado aún de yedra y mirto. Las llamas apenas llegaban á las rodillas del mártir; pero no se le podía ver el rostro porque lo envolvía en densa nube el humo de las ramas verdes, que empezaban á arder. Un ligero soplo de aire dispersó de pronto el humo, y apareció ante los ojos de los espectadores la faz severa de un viejo de barba plateada. Al verla, á Quilón se le contrajo el cuerpo, como serpiente herida, y dió un grito ronco, profundo, más semejante á graznido de cuervo que á voz humana:

— ¡Glauco! ¡Glauco!

En efecto, era el médico Glauco quien ardía en lo alto del mástil.

Vivía aún, y con el rostro inclinado, contraído por el dolor, contemplaba fijamente á su verdugo, al miserable que, no contento con robarle mujer é hijos, con venderle á unos bandoleros, y á pesar de haberle sido todo esto perdonado en nombre de Cristo, le había denunciado y puesto en poder de los pretorianos. Jamás hombre alguno pudo hacer á otro injuria más cruel y sangrienta y ¡he aquí que la infeliz víctima

estaba ardiendo, y el verdugo á sus plantas, mirándole con terror!

Tenia Glauco los ojos clavados en Quilón. A veces el humo velaba el rostro del anciano médico; mas, al menor soplo de aire, el griego veía de nuevo aquella mirada fija, penetrante, obstinada. Quiso huir; pero no pudo.

Las piernas le pesaban como si fueran de plomo, y una mano invisible, una fuerza sobrenatural, le retenía, inerte cual piedra, al pie del mástil inflamado. Experimentaba la rara sensación de que algo se agrandaba dentro de su ser, y le oprimía el pecho, y le desgarraba alguna entraña; sentía como que la sangre derramada le ahogara; cual si las torturas por su culpa sufridas le destrozaran el cuerpo; un desfallecimiento como precursor de la muerte; y el César, la corte, el pueblo, desaparecieron de sus ojos, y vió sólo las densas é impenetrables tinieblas de una noche espantosa, sin esperanza, sin luz, desde el fondo de la cual le miraban los ojos del moribundo, invitándole á comparecer ante el Juez Supremo...

Inclinando cada vez más la cabeza, Glauco seguía mirando fijamente á Quilón. Todos los circustantes comprendieron que entre aquellos dos hombres se había entablado un diálogo mudo, pero terrible; y las sonrisas se extinguieron en los labios cuando se vió el semblante de Quilón desfigurado de suerte que no parecía sino que el fuego ardiese en su cuerpo. De pronto vaciló, y tendiendo los brazos, gritó con voz terrible, desgarradora:

— ¡Glauco!... ¡En nombre de Cristo, perdóname!

Reinó en torno profundo silencio.

Los circustantes, estremecidos por el terror, volvieron los ojos hacia el moribundo, el cual movió ligeramente la cabeza en señal de asentimiento y con voz muy apagada, que parecía un gemido, dijo:

— ¡Te perdono!...

Quilón se arrojó al suelo, prorrumpió en alaridos, como fiera herida, y cogiendo con ambas manos puñados de arena empezó á echárselos á la cabeza para expresar su desesperación. En tanto, la llama subió más arriba, envolvió el pecho y el rostro de Glauco, le deshizo la corona de mirto ceñida á las sienes y prendió en las cintas que adornaban el remate del palo, el cual fulguró con luz deslumbrante.

De pronto Quilón se puso de pie. Tan desfigurada estaba su cara que los augustales creyeron tener delante á otro hom-

bre. Brillaban sus ojos de extraña manera, ofrecía su arrugada frente insólita serenidad. El hombre flojo, cobarde, abatido un minuto antes, pareciale ahora un sacerdote inspirado por dios, que iba á revelar verdades arcanas.

— ¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto loco? — preguntábanse unos á otros.

Quilón, volviendo el rostro hacia el pueblo, levantó la diestra, y habló, mejor dicho, gritó con voz tan robusta y vibrante, que no solamente los augustales, sino toda la multitud pudo oírla:

— ¡Pueblo de Roma! ¡Juro por mi cabeza que cuantos mueren aquí son inocentes; que no ha habido más incendiario que ese!...

Y con el brazo tendido señalaba á Nerón.

Siguió á estas palabras sepulcral silencio. Los cortesanos parecían petrificados, y el griego, con la mano temblorosa, continuaba señalando al César. Mas de repente se produjo un tumulto espantoso. La muchedumbre, como ola impelida por ráfaga violenta de aire, se adelantó hacia el viejo para verle mejor. Oyéronse algunas voces que gritaban:

— ¡Prendedle!

Y otras que decían:

— ¡Ay de nosotros!

Pero en breve se sobrepusieron á estas voces las imprecaciones y silbidos, que resonaron con fragor de huracán.

— ¡Barbarroja! ¡Matricida! ¡Incendiario!

El tumulto se hacía cada vez más formidable. Algunos de los mástiles llameantes se rompieron, cayendo al suelo y despidiendo en torno millares de chispas. La ciega y furiosa muchedumbre se apoderó de Quilón y lo empujó hacia el fondo del jardín.

Extinguiáanse las llamas, y caían los postes convertidos en tizones en medio de las calles, llenándolas de pavesas, de humo y de olor de leña y de carne quemadas. Se apagaron al fin todas las luces, así las próximas como las lejanas, y las tinieblas poblaron el jardín. Oleadas de gente ansiosa, inquieta, taciturna, agitada, se agolpaban á las puertas, apresurándose á salir. La noticia de lo ocurrido pasaba de boca en boca, exagerándose y deformándose. Algunos afirmaban que el César había perdido el sentido; otros que se había confesado autor del incendio; otros que había contraído súbitamente grave en-

fermedad, y no faltaba quien dijera que había sido sacado de los jardines, sobre su carro, ya cadáver. Acá y acullá se oían palabras de conmiseración para los cristianos. «Si no eran ellos los incendiarios, ¿por qué tan injusta efusión de sangre? ¡Ah! ¿No vengarían los dioses la muerte de tantos inocentes? ¿Con qué *piacula* podría calmarse su enojo?» Las palabras *innocia corpora* eran repetidas con insistencia; las mujeres lloraban por la suerte de los infelices niños arrojados á las fieras, crucificados ó quemados; y muy pronto á los sentimientos de piedad para los cristianos se sobrepusieron los de odio contra el César y Tigelino. También había personas que decían para sí ó preguntaban á otras:

— «Pero ¿quién es ese Dios que tales alientos infunde á esos hombres para soportar el martirio y la muerte?» Y entraban pensativos en sus casas.

Quilón, sin saber á donde dirigirse ni qué hacer, vagó por el jardín durante un buen espacio de tiempo. Sentía de nuevo la debilidad de su vejez decrepita. A cada punto tropezaba con cadáveres no carbonizados del todo y con postes que ardían aún y le arrojaban nubes de pavesas al rostro. Cuando se le agotaban las fuerzas sentábase, mirando con inquietud á uno y otro lado. La obscuridad era profunda; mas por entre las ramas de los árboles se filtraban los rayos de la luna, que acababa de salir, iluminando apenas los senderos, los palos ennegrecidos que habían caído y los informes cuerpos de los mártires. Pero á Quilón le pareció que la luna le miraba fijamente con los ojos de Glauco, y esquivó la luz. Por último, salió de las tinieblas, y, mal de su grado, como atraído por una fuerza sobrenatural, enderezó sus pasos hacia la fuente junto á la cual Glauco había entregado su alma á Dios.

De pronto sintió que le tocaban en el brazo. Volvióse sobresaltado, y se encontró delante de un desconocido. No pudo reprimir un grito de espanto.

— ¿Quién va?... ¿Quién eres?...

— El Apóstol Pablo de Tarso.

— ¡Estoy maldito!... ¿Qué quieres de mí?...

— Quiero salvarte...

Quilón se apoyó contra un árbol, pues le temblaban las piernas.

— ¡No hay salvación para mí! — dijo con voz sorda.

— ¿Ignoras acaso que Cristo perdonó al ladrón arrepentido

cuando estaba ya en la cruz? Yo presencié tu arrepentimiento y te oí atestiguar la verdad...

— ¡Oh, señor!

— Y si un siervo de Cristo te ha perdonado en el momento de sufrir el martirio ¿cómo quieres que no te perdone el mismo Cristo, la Infinita Bondad?

Quilón se cogió la cabeza entre ambas manos, y dijo:

— ¿Perdonarme?... ¿á mi?... ¿á mi perdonarme?...

— Te he dicho que Dios es la Infinita Misericordia...

— ¿Á mi?... ¿á mi perdonarme?... — repetía Quilón gimiendo, como un hombre á quien se le han acabado las fuerzas y no puede luchar ya con su dolor.

Pablo añadió:

— Apóyate en mi brazo y ven conmigo.

Obedeció el griego, y el Apóstol le llevó al cruce de las dos grandes calles del jardín, donde se hallaba la fuente, la cual, con su murmullo, parecía llorar á las víctimas en la quietud solemne de la noche.

— ¡Si! — repetía Pablo — Nuestro Dios, el Dios único, es la Infinita Misericordia. Si tú, desde la orilla del mar, fueras arrojando piedras en el agua, ¿crees que llegarías á llenarlo? Pues en verdad te digo que la Misericordia Divina es inmensa como el mar, y los pecados de los hombres se sumergen en ella como las piedras en los abismos del océano. Es como la bóveda del firmamento extendida por encima de los montes y los valles y los collados y las aguas, porque donde quiera está presente y no tiene límites. Tú has sufrido, has llorado delante de Glauco moribundo y el Redentor ha visto tus sufrimientos, ha contado tus lágrimas. Sin tener para nada en cuenta lo que mañana te espera, has dicho: «Los que mueren son inocentes; ¡éste es el incendiario!» y Cristo se acuerda ahora de tus palabras. No anidan ya en tu corazón la iniquidad y la mentira, porque de él han sido expulsadas por el arrepentimiento. Escucha bien lo que ahora voy á decirte: también yo le odié, también yo perseguí con saña á sus elegidos; ni le amaba ni creía en Él; pero vino un día en que se me apareció y me llamó hacia Si. Desde entonces es mi amor... Y á ti también ahora te ha visitado con los remordimientos, las angustias, las penas, para que vayas á Él. Tú le odiabas y Él, sin embargo, te amaba; tú entregaste su rebaño á los lobos, y, no obstante, Él te perdona y te salva.

El llanto destrozaba el pecho del infeliz, y Pablo poco á poco se enseñoreaba de su corazón y le guiaba como un soldado que conduce un prisionero.

— ¡Sigueme, y yo te llevaré hacia Él! ¿Con qué otro fin habria yo venido á encontrarte? Él me confió la santa tarea de recoger almas en nombre del Amor, y cumplo su voluntad. Piensas estar maldecido, y yo te digo: cree en Él y serás salvo. Imaginas que Él te odia, y yo repito que te ama. ¡Mirame á mi! Antes que Él me poseyera, mi corazón era esclavo de la iniquidad y con la iniquidad se alimentaba; mas ahora su Amor está dentro de mi alma y ha reemplazado á mi padre, á mi madre y la ambición de riquezas y de poder. Unicamente Él es refugio seguro de los hombres; Él el único capaz de comprender tu dolor, de subvenir á tu miseria, de consolarte, de atraerte con piedad inagotable hacia Si.

Y hablando de esta suerte, Pablo llevó á Quilón á la fuente central, cuyos surtidores argénteos brillaban á la luz de la luna. El silencio era profundísimo. Los esclavos habian sacado ya los cadáveres y hecho desaparecer todo vestigio de las siniestras antorchas.

Quilón dió un gemido, cayó de rodillas y ocultó el rostro entre las manos, mientras Pablo, levantando los ojos al cielo, decía así:

— ¡Señor! mira á este desdichado arrepentido y contrito... ¡Dios misericordioso, que derramaste tu preciosísima sangre para redimirnos del pecado, por tu pasión y muerte, por tu resurrección, perdónale!...

Calló, sin dejar de mirar al cielo esmaltado de estrellas y de orar mentalmente, con fervor. Al fin oyó á sus pies una voz débil, como un quejido, que decía:

— ¡Cristo, Señor... perdóname!

Entonces Pablo se acercó á la taza de la fuente, y cogiendo agua con el hueco de la mano, la derramó sobre la cabeza del griego, que continuaba arrodillado.

— Quilón: yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén — dijo solemnemente el Apóstol.

El filósofo levantó la cabeza, tendió los brazos, y así permaneció un buen rato. La luna brillaba sobre sus grises cabellos y sobre su blanco rostro, inmóvil, como esculpido en piedra. Cantaron los gallos encerrados en las jaulas del jardín de Domicia, y Quilón continuaba en la misma actitud, cual estatua de un monumento funerario.

Al cabo volvió de su recogimiento, púsose de pie, y preguntó al Apóstol:

—¿Qué debo hacer antes de morir, señor?

Absortó Pablo en la contemplación de aquella fuerza sobrehumana, que se imponía aún á almas como las del griego, respondió:

—Tener fe y dar testimonio de la verdad.

Llegaron juntos hasta la puerta del jardín; mas allí, después de bendecido nuevamente Quilón por el Apóstol, se separaron, conforme á los deseos del primero, quien sospechaba, no sin fundamento, que el César y Tigelino habrían dado orden de prenderle. En efecto, Quilón, al llegar á su casa, la halló rodeada de pretorianos al mando de Scevino, y fué detenido al ir á entrar en ella.

El César se había retirado ya á descansar; pero el Prefecto del Pretorio estaba aguardando al griego en el Palatino.

—Has ultrajado al César — le dijo, dándole una mirada fría y siniestra — y no podrás sustraerte al castigo. Pero si la próxima noche, en el anfiteatro, declaras en alta voz, para ser de todos oído, que anoche estabas beodo hasta el punto de no saber lo que te decías, y que los cristianos son los verdaderos autores del incendio, se te impondrá solamente una pena corporal y el destierro.

—¡No puedo, señor! — respondió Quilón en voz baja.

Tigelino se fué aproximando á él lentamente, con ademán amenazador, y gritó:

—¿No puedes?... ¡Perro griego!... ¿De suerte que no estabas ebrio?... ¿Tal vez ignoras lo que te aguarda?... ¡Mira!...

Y al decir esto, Tigelino tendió la mano hacia un rincón de la estancia, donde Quilón vió, en la penumbra, á cuatro esclavos tracios armados de cuerdas y tenazas, alineados ó inmóviles detrás de un banco de madera.

—¡No puedo, señor!... — contestó.

Tigelino bramaba de coraje; pero supo aún contenerse y dijo:

—¿Has visto cómo mueren los cristianos?... ¿Quieres acaso acabar de la misma manera?

Irguió Quilón el pálido rostro, tembláronle un instante los labios, y respondió:

—¡También yo creo en Cristo!...

—¡Ah, perro! ¡Indudablemente te has vuelto loco!

Y repentinamente le subió del pecho á los labios y á los ojos el comprimido furor. De un salto se arrojó sobre el griego, le cogió con ambas manos la barba, lo derribó y, pateándole, empezó á gritar, echando espumarajos de rabia:

—¡Has de retractarte! ¡Has de retractarte!... ¡sí!

—¡No puedo! — respondía, rodando por el suelo, Quilón.

—¡Al tormento! ¡Dadle tormento!

Los tracios cogieron al viejo, tendiéronle sobre el banco, atáronle. Después empezaron á atenacearle las escuálidas piernas. Quilón, lejos de quejarse, de pedir clemencia, mientras los esclavos le ataban besábales las manos con transportes de gratitud; después, cerrando los ojos, quedó como muerto.

Pero vivía; y cuando Tigelino se inclinó sobre él y tornó á decirle: «Has de retractarte» tembláronle los lividos labios y salió de ellos un débil murmullo:

—¡No puedo!...

Tigelino ordenó á los esclavos suspender la tortura y púsose á pasear por el atrio. De pronto se detuvo y dijo:

—¡Arracadle la lengua!

VI

La representación del drama *Aureolus* exigía dos escenarios, y, en su consecuencia, que los teatros y anfiteatros se dispusieran de un modo especial, lo que obligaba á restringir el espacio destinado al público. Pero después de la fiesta en los jardines del César, que tan mal había acabado para la altivez de éste, se dejó el anfiteatro tal como estaba, á fin de que pudiese contemplar la escena en que un esclavo crucificado era devorado por un oso el mayor número posible de espectadores, porque tal escena, por disposición de Tigelino, había de representarse esta vez al vivo, no como de costumbre, es decir, figurando ser el oso un actor cubierto con una piel de dicho animal.

El César había anunciado que no asistiría al espectáculo; pero Tigelino le hizo mudar de resolución, dándole á entender que después de lo acaecido en los jardines le convenía presentarse ante el pueblo, y asegurándole al mismo tiempo que el esclavo crucificado no le ultrajaría como le ultrajó Crispo. Los romanos, hartos de sangre, empezaban á sentir náuseas; y

para acallar sus murmuraciones y aplacar su hostilidad fue preciso prometerles otra distribución de billetes de lotería y de regalos, amén de una orgía nocturna para después de la representación. Esta debía verificarse de noche en el anfiteatro profusamente iluminado.

Al anoecer, la muchedumbre llenaba por completo el grandioso circo. Los augustales, con Tigelino á la cabeza, comparecieron todos, no tanto por gustar del deleite que el espectáculo les proporcionara como para demostrar su inquebrantable adhesión al César, protestando implícitamente contra el acto *desatentado* del griego. En verdad, no se hablaba de otra cosa en Roma. Decían unos que Nerón, al volver de los jardines, tuvo un acceso de cólera y no logró conciliar el sueño en toda la noche, atormentado por espantables visiones, lo cual le había decidido á emprender inmediatamente el tantas veces aplazado viaje á Acaya. Pero otros calificaban de falsos estos rumores y sostenían que el César estaba dispuesto á mostrarse aun más inexorable con los cristianos.

Sin embargo, algunos pusilánimes profetizaban que la acusación lanzada por el griego al rostro del Emperador en presencia de todo el pueblo, podría traer fatales consecuencias; y no faltaban hombres compasivos que rogaban á Tigelino, movidos por sentimientos de humanidad, que pusiera término á la persecución de los cristianos.

—Observad los resultados de vuestra conducta—decía Barco Sorano.—Queríais saciar la sed de venganza del pueblo y convencerle de que los adeptos de Cristo eran los verdaderos culpables, y habéis obtenido un efecto enteramente opuesto.

—Es muy cierto—añadió Antistio Vero.—Ahora la plebe sostiene que los cristianos son inocentes. Si á esto llamáis habilidad, no andaba desacertado Quilón al decir que todos vuestros cerebros no llenarían la cáscara de una bellota.

Tigelino se revolvió airado contra los censores, diciendo:

—No me extrañan vuestras censuras, pues también susurra el pueblo que tu hija Servilia ¡oh, Barco Sorano! y que tu mujer ¡oh, amigo Antistio! han logrado sustraer sus esclavos cristianos á la justicia del César.

—¡Mentira!—gritó Barco, presa del terror.

—Mi mujer—exclamó Antistio, no menos espantado—es blanco de las calumnias de vuestras mujeres divorciadas, que envidian sus virtudes.

En tanto, otros augustales hablaban de Quilón.

—No se explica lo ocurrido—decía Eprio Marcelo. Él fué quien los vendió á Tigelino, quien descubrió sus madrigueras; de la noche á la mañana pasó de la mendicidad á la opulencia; tenía asegurado el porvenir, y hubiera podido terminar sus días felizmente. Muerto, le habrían honrado con espléndidos funerales y hasta con un lujoso mausoleo. Pero cádate que le da por echar al suelo toda esta fortuna, sin saber por qué ni para qué. ¡Vaya! innegablemente ha enloquecido.

—Te equivocas—observó Tigelino;—no se ha vuelto loco; se ha convertido al cristianismo.

—No es posible—exclamó Vitelio.

—¿No os lo había dicho yo?—murmuró Vestinio con su habitual tono misterioso.—Matad á los cristianos, si queréis, pero, creedme, no es prudente entablar una lucha con su dios... ¡Ah, sí, sí; es muy arriesgado chancearse con él! ¡Ya lo veréis!... Aunque no sea yo quien ha prendido fuego á Roma, si el César me lo permitiese, procuraría aplacar á su dios con una hecatombe, y debieráis vosotros obrar de la misma manera; porque las burlas con esa divinidad pueden costarnos caras. ¡Acordaos de que ya os lo advertí!

—Y yo os dije otra cosa—interrumpió Petronio.—Tigelino se echó á reír cuando afirmé que los cristianos se defendían. Pues bien; ahora os añado que los cristianos vencen.

—¿Cómo?... ¿de qué manera?—preguntaron muchas voces.

—¡Por Polux! Si han logrado fascinar á Quilón, ¿quién queréis que les resista? Si acaso pensáis que después de los espectáculos no crecerá como la espuma el número de los cristianos no conocéis á Roma y obraríais cuerdamente convirtiéndolos en barberos; porque entonces sabríais mejor lo que piensa el pueblo y lo que ocurre en la Ciudad.

—¡Por las sagradas vestiduras de Diana! ¡Tienes razón!—exclamó Vestinio.

—¿Qué pretendes decir con esto?—preguntó Barco á Petronio.

—Terminaré con las palabras con que vosotros habéis empezado: ¡Basta de sangre!

Tigelino le miró con sonrisa irónica, y dijo:

—¡No! una gotita más todavía...

—¡Ah! sí; y si no te basta una cabeza, hallarás otra en el pomo de tu bastón—replicó Petronio desdenosamente.

El diálogo fué interrumpido por la aparición del César, que venía en compañía de Pitágoras. En cuanto se hubo sentado, empezó la representación del drama, el cual no logró despertar ningún interés. Acostumbrado el pueblo á la efusión de sangre y á los martirios, fastidiábase con las escenas relativamente apacibles del drama, y con silbidos y gritos, no muy lisonjeros para la corte del Emperador, exigía que se pasara inmediatamente á la escena del oso, la única que le interesaba.

Al fin llegó el ansiado momento. Los esclavos del circo sacaron una cruz de madera bastante baja á fin de que el oso, apoyándose en las patas posteriores, pudiese alcanzar el pecho de la víctima; después salió Quilón, conducido, ó mejor, transportado por dos hombres, pues al torturarle le habían triturado las tibias. Tendiéronle apresuradamente sobre el madero y con igual rapidez lo clavaron en él: los augustales apenas pudieron verle el rostro antes de que se levantara la cruz. Cuando estuvo enhiesta, todos los ojos se fijaron en el semblante del crucificado; pero casi ninguno de los espectadores pudo reconocer en él á Quilón. Después del tormento no le había quedado en el rostro ni una gota de sangre; en cambio conservaba de ella una mancha sobre la barba gris, producida al arrancarle la lengua. Parecía mucho más viejo, decrepito. Antes echaban sus ojos miradas llenas de inquietud y de malignidad; antes se reflejaba de continuo en su rostro medrosa vacilación; ahora, por el contrario, aunque expresaba por modo indudable el interno sufrimiento, tenía sereno y dulce el semblante, como si durmiese. Y esta expresión era el reflejo fiel del estado de su alma. Consolábase el recuerdo del ladrón perdonado por Cristo en la cruz, y oraba con fervor.

— ¡Señor! — decía mentalmente — cierto, mi mordedura fué como de serpiente venenosa; pero durante toda la vida sufrí la indigencia y el hambre, y mis semejantes se mofaban de mí, me pegaban, me vilipendiaban... Fui, Señor, muy desdichado, y ahora me han dado tormento, y me han clavado en esta cruz; pero Tú, ¡Señor misericordioso!, Tú no me abandonarás en el trance supremo de mi muerte.

Y la paz descendía suavemente sobre aquel corazón contrito.

No apareció sobre los labios de ningún espectador la más leve sonrisa. Era tanta la humildad de aquel hombre crucificado, parecía tan viejo y tan débil, que provocaba en los

menos crueles un sentimiento de piedad, impulsándoles á preguntarse por qué eran torturados y clavados en cruz hombres casi moribundos. Reinaba en el anfiteatro silencio sepulcral. Vestinio, volviéndose á uno y otro lado, murmuraba al oído de los que le estaban más inmediatos:

— ¡Observad como mueren!...

Todos deseaban que saliera el oso y pusiera fin á la escena.

Por último, la fiera entró con paso tardo en la liza, y, moviendo acompasadamente la cabeza, miró en torno, como si reflexionara ó buscara algo. Luego se acercó á la cruz, levantóse sobre las patas traseras y tocó con el hocico el pecho de Quilón; pero en seguida se dejó caer, y, acurrucándose al pie del madero, empezó á gruñir cual si en su corazón hubiese hallado cabida un sentimiento de piedad por aquel despojo humano. Los esclavos del anfiteatro lo azuzaron con sus gritos; pero la muchedumbre permaneció callada.

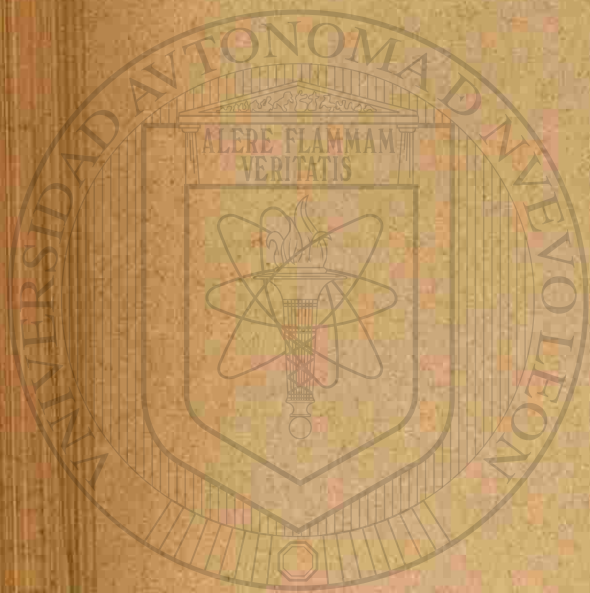
Quilón, en tanto, levantando los ojos, esparció la mirada por el circo, y la fijó después en un punto de la última grada, suspirando profundamente. Y entonces ocurrió una cosa que dejó suspensos y maravillados á los espectadores: leve sonrisa animó el semblante del crucificado, mientras en derredor de su cabeza brillaba como una aureola; luego levantó al cielo los ojos, de los cuales brotaron dos gruesas lágrimas que le rodaron por las mejillas.

Había muerto.

En el mismo instante, en las últimas filas sonó una voz varonil, que dijo:

— ¡Paz á los mártires!

En el grandioso anfiteatro reinaba ábrumador silencio.



PARTE DÉCIMA

I'

Después de la terrible quema de cristianos en los jardines del César, las cárceles quedaron casi vacías, y, si bien se continuó cazando a los sospechosos de profesar la *superstición oriental*, su número era ya tan exiguo que apenas podía ser suficiente para los sucesivos espectáculos, no obstante tocar éstos a su término. El pueblo, ahito de sangre, mostrábase indiferente a la matanza, é inquieto a consecuencia de la extraña y singular manera como los condenados morían. De los temores del supersticioso Vestinio participaban muchos ciudadanos, y entre la gente del pueblo se referían cosas realmente extraordinarias y hacíanse vaticinios terroríficos. Contribuía al malestar general la propágación de la fiebre carcelaria. De trecho en trecho se encontraban por las calles cortejos fúnebres, y el número de defunciones aumentaba de tal suerte que se llegó a creer que habían empezado a cumplirse los augurios siniestros, y en voz baja hablaban los más medrosos de ofrecer sacrificios expiatorios para aplacar la cólera del nuevo y desconocido Dios. En tanto se llevaban millares de ofrendas a los templos de Júpiter y de Libitina... A pesar de los esfuerzos de Tigelino y sus cómplices, tomaba mayor cuerpo cada día la creencia de que se había pegado fuego a Roma por orden del César y de que los cristianos eran inocentes.

Y por esta razón precisamente, el Emperador y Tigelino prefirieron continuar las ejecuciones, procurando calmar la cólera y la agitación del pueblo con nuevos repartos de trigo, vino y aceite, y atraerse la voluntad de los ciudadanos acomodo-

dados, promulgando disposiciones en virtud de las cuales se facilitaba la reedificación, no sin acompañarlas de algunas reglas respecto á la longitud de las calles y á los materiales que deberían emplearse en los nuevos edificios, á fin de dificultar en lo porvenir que los incendios se propagasen, adquiriendo las vastas proporciones del que meses antes había asolado la Ciudad. El César tomó parte directa en las deliberaciones de los *padres conscriptos* (1) con el objeto de dar á entender que se interesaba en todo lo concerniente al bienestar del pueblo y á la reconstrucción de la Ciudad. Mas no otorgó gracia alguna, ni tuvo una sola palabra de conmiseración para los infelices condenados, cual si temiese que el menor indicio de clemencia pudiera dar pábulo á la sospecha de que no eran ellos los incendiarios. Tampoco se levantó en el Senado en su defensa ni una sola voz, pues unos temían las consecuencias de atraer sobre su cabeza la venganza del Emperador, y otros estaban bien convencidos de que la nueva doctrina minaría los cimientos en que se asentaba la dominación romana.

Vinicio había perdido en absoluto toda esperanza de salvar á Ligia de la muerte; y, por lo que toca á las cosas terrenas, su única aspiración estribaba en poder enterrar el cuerpo de su amada en el sepulcro de familia, aspiración que no dudaba podría satisfacer, porque la ley romana, respetuosa con los muertos, entregaba los cadáveres á los parientes. Desligado de cuantos lazos le mantenían sujeto á este mundo, absorto, preocupado exclusivamente con la idea de la eternidad y el amor de Cristo, solo soñaba en unirse á Ligia en la mansión celestial. Tenía profundamente arraigada la fe, hasta el punto de reputar por más verdadera la eternidad que esta misera vida de tránsito, y anhelaba como el mayor bien la liberación de su alma, así como la de otra alma amada, de todo vínculo terreno; únicamente impetraba de Cristo que librase á Ligia del martirio y le concediese la gracia de dormirse para siempre en la misma cárcel. En presencia de aquel mar de sangre derramada, estimaba como un pecado implorar la misericordia divina para la salvación de Ligia, pues hasta los Apóstoles Pedro y Pablo, según sus propios vaticinios, debían sufrir el martirio. Además, la muerte de Quilón le había enseñado que aun en el suplicio de la cruz podía hallarse inefable dulzura.

(1) Senadores.

Y únicamente suspiraba por que la muerte llegara presto para entrambos, como el término de una realidad triste y dolorosa. Ya no luchaba contra las encespadas olas, ya no sufría; dejábase llevar por la corriente, bien persuadido de que ella le conduciría á la perenne felicidad, sospechando que también Ligia se preparaba para emprender el vuelo hacia el Paraíso, y que, si bien separados por los muros de la cárcel, en realidad iban juntos hacia la muerte; y esto le llenaba de júbilo y de consuelo.

En efecto, marchaban juntos; y con tanta armonía en los deseos, como si todos los días se hubiesen comunicado sus pensamientos. Ligia no sentía otras aspiraciones ni abrigaba otras esperanzas que las del más allá; consideraba la muerte no sólo como una liberación de la cárcel, de las manos del César y de Tigelino, no sólo como el medio de entrar en la vida eterna, sino como el feliz momento de reunirse para siempre con Vinicio. Por virtud de esta fe profunda, todo lo demás era para ella cosa deleznable y baladí. Con la muerte empezaba la felicidad; una felicidad que algo conservaba de terrena, en sentir de Ligia, porque la esperaba como la desposada espera el banquete nupcial.

Aquella caudalosa corriente de fe, que arrancaba de la tierra y llevaba á la otra vida á tantos y tantos cristianos de los primeros siglos de la Iglesia, invadió también el alma ingenua y sencilla de Oso. Al principio no podía resignarse á ver morir á su reina y señora; pero cuando llegaron á la cárcel las noticias de lo que ocurría en el anfiteatro y en los jardines cesáreos, cuando el martirio fué considerado como suerte común é inevitable de todos los cristianos y al mismo tiempo como el mayor bien apetecible, no se atrevió ya á impetrar de Cristo que salvara á Ligia, por no privarla de aquel bien superior á cuanto la mente humana podía concebir. Aunque le habían enseñado que delante de Dios todos los seres humanos son iguales, su inteligencia tosca y sencilla de bárbaro no podía concebir que á la hija de un rey, y de un rey de todos los ligios por añadidura, no se le habían de conceder mayores bienes celestiales que á la gente de más infima categoría, y que en la gloria eterna no se hubiese de sentar más cerca del Cordero que los demás. Confiaba también en que Cristo le permitiría en la otra vida continuar siendo servidor de Ligia. Con respecto á sí, solamente alimentaba en su corazón un secreto deseo: el de

morir crucificado como el Divino Cordero. Pero como este género de muerte le parecía la suprema felicidad, aunque en Roma eran condenados al suplicio de la cruz los más empedernidos criminales, no osaba pedir semejante gracia. No obstante, le angustiaba la idea de tener que morir entre las garras de las fieras. Siendo todavía niño, era su diversión favorita la caza de los animales feroces en los bosques vírgenes de su país, y gracias á su extraordinaria fuerza había adquirido celebridad entre los ligios antes de llegar á la edad viril. En Roma sentía la nostalgia de esta arriesgada ocupación, y la vista de las fieras en las jaulas ó en los anfiteatros le estimulaba el deseo casi irresistible de entablar con ellas sangrientas luchas. Por este motivo surgía en su alma el temor de que al encontrarse en frente de las del circo le acometiesen pensamientos y deseos indignos de un cristiano.

El ligio pasaba la mayor parte del día orando, prestaba diferentes servicios á los demás presos, auxiliaba á los carceleros en sus tareas, y dirigía palabras de consuelo á su señora cuando ésta se lamentaba de no haber podido realizar en el breve curso de su vida tantas buenas obras como Tabita, venerable mujer cristiana (1), cuya vida le había relatado el Apóstol Pedro. Los carceleros, á quienes imponía respeto la fuerza descomunal del gigante, llegaron á amarle por su mansedumbre. Alguna vez, admirados de su docilidad, le preguntaban el por qué de ella, y hablábales Oso con tan profunda convicción de la felicidad que le esperaba en la vida futura, que aquéllos le escuchaban asombrados, pues por primera vez les acontecía oír que se considerase feliz un hombre encerrado en tan repugnantes subterráneos. Escuchándole, muchos de aquellos hombres pensaban cuán abyecta era su condición de esclavos, cuán misera y triste su vida, y cuánto más apetecible era la muerte; pero la muerte les llenaba de espanto porque no vislumbraban tras ella bien alguno, en tanto que aquel coloso y aquella virgen semejante á una flor echada sobre el montón de paja que le servía de lecho, iban á su encuentro con alegría, como al encuentro del supremo goce.

(1) Citada en los *Hechos de los Apóstoles*, IX, 36 á 40.

II

Una tarde Petronio recibió la visita del senador Scevino, con el cual tuvo una larga conversación acerca del César y de los calamitosos tiempos que Roma atravesaba. Hacia alarde Scevino de tanta franqueza, que el *Arbitro* consideró prudente ponerse en guardia, no obstante alejar de su alma toda sospecha de traición la antigua amistad entre ambos existente. Deploraba Scevino que todo anduviese de mal en peor; que la iniquidad triunfara de la honradez, y en fin, que las cosas tomaran tal sesgo, que Roma estaba amenazada de un desastre todavía más terrible que el incendio. Agregaba que entre los augustales cundía el descontento; que Fenio Rufo, segundo jefe de los pretorianos, soportaba con poca resignación la odiosa supremacía de Tigelino; que todos los parientes de Séneca estaban alarmados por la conducta del César respecto del viejo filósofo, conducta no muy diferente de la observada con Lucano, y que no sólo había trascendido al pueblo el descontento, sino también á los pretorianos, muchos de los cuales habían demostrado especial predilección por Fenio Rufo.

—¿Y por qué me dices todo eso?— preguntóle Petronio.

—Por el afecto que profeso al César— respondió el otro.— Uno de mis parientes, el cual lleva mi propio nombre, sirve entre los pretorianos, y él me tiene al corriente de lo que éstos piensan y desean... El disgusto se extiende á todas las filas... Calígula era también un loco, y mira lo que ocurrió: surgió un Casio Quereas... (1). Fué un crimen espantoso; no creo que entre nosotros haya quien lo apruebe... mas no puede negarse que Casio libró al mundo de un monstruo.

—En otros términos— contestó Petronio, — tú quieres decir: «No elogio á Quereas; pero Quereas fué un hombre que nos vino como llovido del cielo, y ¡ojalá nos concedan los dioses otro como él!...» ¿No es esto?

Cambiando de tema, Scevino empezó á elogiar, sin ambages ni rodeos, al senador Pisón, hablando con encomio de su prosapia, de su nobleza, de su fidelidad conyugal, de su talento

(1) Tribuno que asesinó á Calígula.

y del admirable tacto que siempre había demostrado para captarse las simpatías de los que le rodeaban.

—El César—añadió—no tiene hijos, y todos consideran á Pisón como su natural heredero. Indudablemente, pocos se negarian á ayudarle á conquistar el poder; cuenta con la adhesión incondicional de Rufo; Plaucio Laterano y Tulio Senección están prontos á sacrificarse por él, y lo mismo puede decirse de Natalio, de Subrio Flavio, de Sulpicio Aspero, de Afranio Quinciano y también de Vestinio.

—En cuanto á éste—observó Petronio—de poco puede servirle á Pisón, pues tiene miedo hasta de su sombra.

—Vestinio es supersticioso y teme los sueños y los fantasmas; pero en lo demás es hombre animoso, y no me parecería mal que se le nombrase cónsul. Ciertamente, no aprueba la persecución de los cristianos; pero no creo que tengas tú derecho á hacerle cargos por ello, pues también estás interesado en que se ponga fin á estas atrocidades.

—No por mí, sino por Vinicio—respondió Petronio.—Quisiera salvar á una muchacha cristiana á quien mi sobrino ama con delirio; mas no puedo, porque he caído de la gracia de *Barbarroja*.

—Pero... ¿no has observado que el César busca de nuevo tu amistad? No es difícil adivinar el motivo... Como se dispone á emprender el tantas veces anunciado viaje á Grecia, necesita quien le aconseje, y no se le oculta que únicamente tú tienes las cualidades para ello necesarias. Este es el motivo de que te devuelva su amistad y su favor.

—Podría servirle para esto Lucano.

—*Barbarroja* le odia, y estoy bien seguro de que en su fuero interno ha decidido ya deshacerse de él. Le falta únicamente el pretexto, pues ya sabes que Nerón no comete ningún crimen sin fundamento real ó ficticio. Lucano lo sabe, y comprende la necesidad de apresurarse.

—¡Voté á Cástor!—exclamó Petronio.—Es muy posible. Pero yo tengo otro medio de conquistar el favor de *Barbarroja*.

—¿Cuál?

—Referirle todo cuanto me acabas de decir.

—¡Yo no he dicho nada!—exclamó, turbado, Scevino.

Petronio le puso una mano en el hombro.

—Has dicho que el César estaba loco, has dejado entretener el propósito de reemplazarlo por Pisón, y, finalmente, has ma-

nifestado que Lucano comprende la necesidad de... apresurarse... ¿Qué significa esto, carísimo?

Scevino palideció. Estuvieron ambos interlocutores mirándose un momento de hito en hito, en silencio.

—Tú no me harás traición—dijo al cabo Scevino.

—¡Lo juro por Ciprea!... Poco me conoces si sospechas que yo he de venderte. No, no te haré traición... Nada he oído; pero nada quiero oír tampoco... ¿comprendes?... La vida es demasiado breve para emprender negocios que nos absorban la atención y nos den quebraderos de cabeza. ¡No, no! ¡Dejadme en paz! Solamente voy á hacerte un ruego, y es que sin pérdida de tiempo te dirijas á casa de Tigelino y te estés hablando con él un espacio de tiempo exactamente igual al que has estado hablando conmigo... por supuesto, de lo que te acomode.

—¿Con qué objeto?

—Para que, cuando me diga: «Scevino estuvo en tu casa», pueda yo responderle: «El mismo día estuvo en la tuya.»

Al oír esto Scevino rompió el bastón de marfil que llevaba en las manos, exclamando:

—¡Este bastón conjure el peligro! Iré en seguida á casa de Tigelino y después al banquete que da Nerva. Irás tú también, ¿verdad?... En otro caso nos veremos pasado mañana en el anfiteatro, donde se dará muerte á los pocos cristianos que quedan en las cárceles. ¡Hasta la vista!

—¡Pasado mañana!—repitió Petronio cuando estuvo sólo.—No hay tiempo que perder... *Barbarroja* necesita de mis consejos en el viaje á Grecia. Es posible, pues, que se avenga á pactar conmigo.

Y decidió hacer la última tentativa.

En casa de Nerva, el mismo César exigió que Petronio se sentara á su lado, porque deseaba consultarle acerca de cuales eran las ciudades en donde podría cantar en público con más seguridades de éxito. Nerón temía especialmente á los atenienses. Los augustales escuchaban con suma atención, para coger al vuelo alguna idea de Petronio y repetirla después como propia.

—Páreceme como si hasta hoy realmente no hubiese vivido y que he de venir al mundo en Grecia—dijo el Emperador.

—Vendrás al mundo para conquistar nueva é inmarcesible gloria: la inmortalidad—respondió Petronio.

— Así lo creo yo, y creo también que Apolo no se me mostrará envidioso; pues si regreso coronado de laurel le ofreceré una hecatombe como jamás se ha ofrecido á ningún dios.

Scevino declamó los versos de Horacio:

Sic te diva potens Cypri,
Sic fratres Hælenæ, Lucida siderat,
Ventorumque regat Pater,

— La nave me espera en Nápoles — añadió el César. — Quisiera marchar mañana mismo.

Entonces Petronio, con los ojos fijos en el rostro de Nerón, dijo:

— Permíteme, ¡oh, divino! que antes de partir celebre un banquete nupcial, al que, en primer término, te invito á ti.

— ¿Un banquete nupcial?... ¿un banquete nupcial? — preguntó, azorado, Nerón.

— El de Vinicio con la hija del rey de los ligios. Verdad que en este momento se halla encarcelada; pero no lo es menos que por su calidad de rehén no debiera estarlo; que tú mismo ordenaste á Vinicio casarse con ella y que tus órdenes, como las de Júpiter, son irrevocables. Manda, pues, ponerla en libertad, y yo en seguida la devolveré al esposo.

La fría tranquilidad de Petronio turbó á Nerón, como le ocurría siempre que alguien le hablaba de semejante manera.

— Lo sé — respondió el César, bajando los ojos — y he pensado en ella y en el gigante matador de Crotón.

— Entonces ambos deben quedar en libertad — concluyó tranquilamente Petronio.

Pero Tigelino acudió en auxilio del César:

— Esa muchacha está encarcelada por orden del Emperador, y tú mismo, Petronio, acabas de decir que sus órdenes son irrevocables.

La historia de Ligia y de Vinicio era bien conocida de todos los presentes, y no hay que decir cuánto interés pondrían en saber como terminaría el diálogo.

— Está en la cárcel por un error tuyo, por efecto de tu ignorancia del derecho de gentes; pero contra la voluntad del César — contestó Petronio, recalcando las palabras. — Tú, Tigelino, las más de las veces eres un cándido; pero no creo que ahora pongas empeño en afirmar que esa muchacha incendió á Roma, pues el César no daría crédito á tus palabras.

El Emperador había logrado vencer su turbación y entornaba los ojos miopes con una expresión de perversidad inconfundible.

— Petronio está en lo cierto — dijo —; y como Tigelino le mirara estupefacto, repitió:

— Petronio está en lo cierto. Mañana se abrirán para esa muchacha las puertas de la cárcel; por lo que respecta al banquete nupcial, hablaremos de ello pasado mañana en el anfiteatro.

— También he perdido esta vez — pensó Petronio.

Y en cuanto llegó á su casa, bien convencido de que la muerte de Ligia era inevitable, ordenó á un liberto de su confianza que fuera al anfiteatro para ponerse de acuerdo con los esclavos encargados del servicio del *Spoliarium* respecto al cadáver de Ligia, pues deseaba entregarlo á Vinicio.

III

En la época de Nerón se pusieron en moda las representaciones nocturnas en los anfiteatros, antes muy raras y reservadas para casos excepcionales. Los cortesanos gustaban de ellas porque generalmente iban seguidas de banquetes y orgias que se prolongaban hasta el amanecer.

Si bien el pueblo estaba ahito de sangre, bastó la noticia de hallarse los espectáculos circenses próximos á su fin y de que serían ejecutados en el de aquella noche los últimos cristianos, para que un gentío enorme invadiese las gradas. De los augustales no dejó de concurrir ni uno solo, sospechando que el espectáculo sería extraordinario é interesantísimo, pues además de lo que ocurriera en la arena, podrían presenciar la tragedia de la desesperación de Vinicio. Tigelino mantenía en secreto el género de martirio reservado á la desposada del noble tribuno, y esto contribuía á excitar la curiosidad universal. Cuantos habían visto á Ligia en casa de los Aulo se hacían lenguas de su belleza. Muchos dudaban de su aparición en la arena porque la respuesta del César á Petronio en el festín de Nerva era interpretada de dos maneras muy distintas, y algunos recordaban la libertad otorgada á los rehenes de adorar á la divinidad que se les antojase y la prohibición de castigar-

— Así lo creo yo, y creo también que Apolo no se me mostrará envidioso; pues si regreso coronado de laurel le ofreceré una hecatombe como jamás se ha ofrecido á ningún dios.

Scevino declamó los versos de Horacio:

Sic te diva potens Cypri,
Sic fratres Hælenæ, Lucida siderat,
Ventorumque regat Pater,

— La nave me espera en Nápoles — añadió el César. — Quisiera marchar mañana mismo.

Entonces Petronio, con los ojos fijos en el rostro de Nerón, dijo:

— Permíteme, ¡oh, divino! que antes de partir celebre un banquete nupcial, al que, en primer término, te invito á tí.

— ¿Un banquete nupcial?... ¿un banquete nupcial? — preguntó, azorado, Nerón.

— El de Vinicio con la hija del rey de los ligios. Verdad que en este momento se halla encarcelada; pero no lo es menos que por su calidad de rehén no debiera estarlo; que tú mismo ordenaste á Vinicio casarse con ella y que tus órdenes, como las de Júpiter, son irrevocables. Manda, pues, ponerla en libertad, y yo en seguida la devolveré al esposo.

La fría tranquilidad de Petronio turbó á Nerón, como le ocurría siempre que alguien le hablaba de semejante manera.

— Lo sé — respondió el César, bajando los ojos — y he pensado en ella y en el gigante matador de Crotón.

— Entonces ambos deben quedar en libertad — concluyó tranquilamente Petronio.

Pero Tigelino acudió en auxilio del César:

— Esa muchacha está encarcelada por orden del Emperador, y tú mismo, Petronio, acabas de decir que sus órdenes son irrevocables.

La historia de Ligia y de Vinicio era bien conocida de todos los presentes, y no hay que decir cuánto interés pondrían en saber como terminaría el diálogo.

— Está en la cárcel por un error tuyo, por efecto de tu ignorancia del derecho de gentes; pero contra la voluntad del César — contestó Petronio, recalcando las palabras. — Tú, Tigelino, las más de las veces eres un cándido; pero no creo que ahora pongas empeño en afirmar que esa muchacha incendió á Roma, pues el César no daría crédito á tus palabras.

El Emperador había logrado vencer su turbación y entornaba los ojos miopes con una expresión de perversidad inconfundible.

— Petronio está en lo cierto — dijo —; y como Tigelino le mirara estupefacto, repitió:

— Petronio está en lo cierto. Mañana se abrirán para esa muchacha las puertas de la cárcel; por lo que respecta al banquete nupcial, hablaremos de ello pasado mañana en el anfiteatro.

— También he perdido esta vez — pensó Petronio.

Y en cuanto llegó á su casa, bien convencido de que la muerte de Ligia era inevitable, ordenó á un liberto de su confianza que fuera al anfiteatro para ponerse de acuerdo con los esclavos encargados del servicio del *Spoliarium* respecto al cadáver de Ligia, pues deseaba entregarlo á Vinicio.

III

En la época de Nerón se pusieron en moda las representaciones nocturnas en los anfiteatros, antes muy raras y reservadas para casos excepcionales. Los cortesanos gustaban de ellas porque generalmente iban seguidas de banquetes y orgias que se prolongaban hasta el amanecer.

Si bien el pueblo estaba ahito de sangre, bastó la noticia de hallarse los espectáculos circenses próximos á su fin y de que serían ejecutados en el de aquella noche los últimos cristianos, para que un gentío enorme invadiese las gradas. De los augustales no dejó de concurrir ni uno solo, sospechando que el espectáculo sería extraordinario é interesantísimo, pues además de lo que ocurriera en la arena, podrían presenciar la tragedia de la desesperación de Vinicio. Tigelino mantenía en secreto el género de martirio reservado á la desposada del noble tribuno, y esto contribuía á excitar la curiosidad universal. Cuantos habían visto á Ligia en casa de los Aulo se hacían lenguas de su belleza. Muchos dudaban de su aparición en la arena porque la respuesta del César á Petronio en el festín de Nerva era interpretada de dos maneras muy distintas, y algunos recordaban la libertad otorgada á los rehenes de adorar á la divinidad que se les antojase y la prohibición de castigar-

les por motivos religiosos, establecida en el derecho de gentes. La incertidumbre, la impaciencia y la curiosidad, pues, eran causa de extraordinaria agitación entre los espectadores; y esta agitación subió de punto al ver llegar al César más pronto que de costumbre y acompañado, no solamente de Tigelino y de Valinio, sino también del centurión Casio, hombre de estatura y fuerza descomunales, á quien Nerón llevaba consigo solamente cuando necesitaba de una persona que le defendiese contra probables agresiones, como ocurría, por ejemplo, en las expediciones nocturnas llevadas á cabo en compañía de los augustales (1). Observaron, además, los concurrentes, que se habían tomado en el anfiteatro ciertas medidas de precaución; entre ellas la de aumentar el número de pretorianos y la de confiar su mando, no á un centurión, sino al tribuno Subrio Flavio, conocido por su inquebrantable adhesión y fidelidad al César. Era evidente que éste había querido prevenirse contra los efectos violentos de la desesperación del infortunado Vinicio, en quien se fijaban por esta misma razón con mayor interés y curiosidad todas las miradas. Palidez mortal cubría el rostro del joven patricio; copioso sudor inundaba su frente; mas tampoco era sabedor del género de martirio reservado á su amada, y esta incertidumbre le causaba terrible ansiedad.

Ni siquiera Petronio tenía la menor idea de lo que ocurriría en la arena. Al regresar del banquete de Nerva preguntó á su sobrino si estaba preparado para cualquiera contingencia y si asistiría al espectáculo nocturno del día siguiente. Y á las dos preguntas contestó Vinicio con un sí muy seco, mientras recorría todo su cuerpo terrible calofrío, pues había adivinado el sentido de las palabras de Petronio.

Cierto, se había resignado ya á la muerte de Ligia, convencido de que era una liberación de sus sufrimientos y el principio de la gloria eterna; pero ante la inminencia del terrible acontecimiento se sobresaltó y atribuló de nuevo, y otra vez sintió el deseo irrefrenable de salvar á Ligia á costa de cualquier sacrificio.

Por la mañana había intentado penetrar en el subterráneo del Circo para cerciorarse de que Ligia estaba allí; pero los pretorianos guardaban todas las puertas y la consigna era tan rígida que ni con halagos, ni con súplicas, ni con oro logró

(1) Véase página 70.

ablandarles. La incertidumbre le desgarraba el alma; pero al mismo tiempo le permitía mantener la esperanza de que Ligia no hubiera sido llevada al anfiteatro, de que Cristo le hubiese concedido la gracia, con tanto fervor impetrada, de hacerla morir en la cárcel. Su mente rechazaba la idea de que el Señor permitiera torturar á Ligia en la arena; y no obstante haberse resignado antes á que se cumplieran sus designios, al verse rechazado de todas las puertas de los *cuniculos*, al comprender por las curiosas miradas de los espectadores, cuando tomó asiento en el anfiteatro, que podían muy bien realizarse sus espantosos presentimientos, empezó á rogar mentalmente á Cristo con vehemencia rayana en amenaza.

— ¡Tú puedes salvarla! — decía, apretando los puños convulsivamente — ¡Sí! ¡Tú puedes!...

No había presentado siquiera los atroces padecimientos que le atormentarían al hallarse con la realidad del martirio de su amada, y experimentaba ahora el temor de que al verla en la arena, si no le alentaba la gracia divina, se derrumbase en su alma todo el edificio de aquella fe que le sostenía la vida, de que se convirtiese en odio su sentimiento religioso y su esperanza en desesperación; y por esto, principalmente, impetraba de Cristo un milagro: no el de salvar á Ligia de la muerte, sino el de que muriese antes de salir á la liza fatal.

— ¡No me niegues esta gracia, Jesucristo, Dios mío! ¡Concedeme al menos esta muestra de tu infinita bondad — repeta, — y te amaré, y te adoraré con toda la efusión de mi alma!

Asaltáronle la mente nuevos pensamientos, como encrespadas olas de un mar tempestuoso. Sintióse repentinamente presa del deseo de venganza, y á punto estuvo de arrojarle sobre Nerón con el propósito de estrangularle. Pero se contuvo al pensar que con este deseo ofendía á Cristo y hollaba sus santos mandamientos. A veces cruzaba por su mente, como estrella fugaz, la idea de que la mano potente y misericordiosa de Dios destruiría de un solo golpe todas aquellas cosas que le oprimían y amedrentaban; pero muy pronto recobraba su puesto la aflicción, é imaginaba el tribuno que Aquél que con una sola palabra podía convertir en polvo el anfiteatro le había abandonado, sin embargo de creer en Él firmemente y de amarle con todo su corazón. Luego la fantasía le representaba á Ligia yaciendo en el obscuro subterráneo, enferma, indefensa, abandonada, á merced de los brutales carceleros, tal vez

moribunda... mientras él se veía obligado á esperar, abatido é impotente, en las gradas, sin saber siquiera á qué clase de torturas sería sometida.

Mas, al fin, de la misma suerte que un hombre precipitado al abismo se agarra á cuanto halla á mano, Vinicio se asió de un solo pensamiento: ¡únicamente la fe podía salvarla! Este era el último recurso. ¿Por ventura no había afirmado Pedro que la fe mueve las montañas?... Abogó, pues, todas las dudas; concentró todas sus potencias; todo su ser se transformó en esta palabra: «¡creo!...», y esperó el milagro.

Pero como se rompe una cuerda demasiado tirante, así se rompieron en su alma las energías que le quedaban. Cubriósele el rostro de mortal palidez, y á punto estuvo de perder el sentido. Entonces pensó que acaso habían sido escuchados sus ruegos, y él estaba agonizando, también moría Ligia, y Cristo les llamaba por fin al Paraíso. La arena, las blancas togas de las primeras filas de espectadores, el brillo de los millares de luces esparcidas por el anfiteatro, todo desapareció de su vista... Pero el delirio fué de corta duración. Volvió en sí, ó mejor, le despertó la estruendosa pateadura con que el público demostraba su impaciencia.

— ¿Te sientes mal? — le dijo Petronio. — Hazte llevar á casa. Y se levantó para darle el brazo, sin curarse de lo que el César podría pensar acerca de aquel acto, pues, además de moverle un sentimiento de compasión por los sufrimientos de su desdichado sobrino, indignábale ver al César observando á Vinicio á través de su esmeralda y estudiando con refinado deleite la expresión de sus angustias y dolores, quizás para describirla luego patéticamente y arrancar aplausos con su lectura. Vinicio hizo una señal negativa con la cabeza. Morir en el anfiteatro no le importaba; pero jamás hubiera salido de allí, con mayor motivo estando á punto de dar comienzo el espectáculo.

Efectivamente; en aquel instante el Prefecto de la Ciudad arrojó á la arena su pañuelo de color púrpureo, rechinaron sobre sus goznes las puertas opuestas al *podium*, y del fondo obscuro del corredor surgió la gigantesca figura de Oso.

Deslumbrado por la intensidad de la luz, el ligio parpadeó un instante junto á la puerta; pero después avanzó hacia el centro y miró en torno como para averiguar con quien tenía que habérselas. Aunque de los augustales y de la mayor parte

del público era ya sabido que aquel hombre había estrangulado á Crotón, su presencia fué saludada en todas las filas de espectadores con murmullos de asombro.

Los atletas de estatura superior á la común eran no pocos en Roma; pero jamás los quirites habían visto en la arena un coloso como aquél. Casio, el centurión encargado de defender en caso necesario la persona del César, no pasaba de ser un enano al lado de Oso.

Los senadores, las vestales, los cortesanos, el mismo César, el pueblo, contemplaban con admiración y entusiasmo de inteligentes en la materia las piernas robustas, macizas como troncos de árbol, el pecho semejante á dos escudos soldados, los brazos y las manos descomunales de aquel Hércules; pues para el pueblo romano el colmo de la voluptuosidad consistía en ver los músculos poderosos en tensión durante la lucha.

Pero Oso, muy ajeno á la admiración que despertaba, permanecía inmóvil en el centro de la liza, semejante á un coloso de granito, absorto y triste, mirando con sus ojos azules, como niño asombrado, ora á los espectadores, ora al César, ora á las puertas de los *cuniculos* de donde suponía que habían de salir sus verdugos.

Abrigaba todavía la esperanza, en el momento de salir á la arena, de que se le crucificaría; pero al ver que en ésta no había cruz, ni hoyo donde plantarla, se resignó pensando que no era digno de tal género de muerte. «Acaso seré despedazado por las fieras» dijo para sí. Y disponiéndose á morir como correspondía á un cristiano, tranquila y pacientemente, cayó de hinojos, cruzó los brazos sobre el pecho, y, dirigiendo la mirada hacia el cielo tachonado de estrellas, se puso á orar.

Esta resolución desagradó á la muchedumbre, fastidiada ya de ver morir á los cristianos como corderos. En verdad, si tampoco aquel gigante se defendía, el espectáculo iba á resultar muy aburrido. Algunos silbaron, otros pidieron la inmediata salida de los *mastigóforos* que, como es sabido, tenían la misión de hostigar á los infelices condenados para obligarles á combatir. Pero pronto se restableció la calma, porque todos ignoraban á qué linaje de suplicio se había condenado al gigante, y á todos quedábales la duda de si se defendería al hallarse cara á cara con la muerte.

La espera no fué larga. Conmovieron el aire los agudos y estridentes sonidos de las trompetas de cobre; abriéronse otra

vez las puertas del lado opuesto al *podium*, y saltó á la arena, entre los gritos salvajes de los bestiarios, un enorme *auroch* que llevaba á una mujer atada sobre el testuz.

— ¡Ligia! ¡Ligia! — gimió Vinicio.

Luego, apretándose las sienes con ambas manos y encogiendo el cuerpo violentamente, como herido por invisible flecha, gritó con voz ronca, semejante á un estertor:

— ¡Creo, Dios mio! ¡Oh, sí! ¡Creo! ¡Creo! ¡Jesucristo, Señor! ¡Un milagro! ¡Creo!

No advirtió siquiera que Petronio le cubría piadosamente la cabeza con la toga, é imaginó ser producida por la muerte ó por la inmensidad del dolor la obscuridad que envolvía sus ojos. Completamente insensible y ajeno á cuanto le rodeaba, sólo repetía, balbuceando, como en delirio:

— ¡Creo!... ¡creo!... ¡creo!...

Mientras tanto en la arena ocurría un hecho extraordinario, conmovedor, patético. El ligio, á pesar de haberse resignado á morir tranquila y pacientemente, como buen cristiano, al ver á su señora y princesa sobre los cuernos del *auroch* saltó como si le hubiesen aplicado á la piel un hierro candente, y, echando á correr con el cuerpo arqueado, se arrojó sobre la fiera y la cogió por los cuernos. El primer movimiento del ligio fué acogido con atronador clamoreo; pero en seguida callaron todos los espectadores.

— ¡Mira! — exclamó Petronio, apartando la toga que cubría la cabeza de Vinicio.

Este, levantándose de su asiento, volvió hacia la arena el semblante, pálido como el de un cadáver. Todos los augustales estaban de pie, y tanto ellos como los demás espectadores contenían el aliento. Era tan profundo el silencio en el anfiteatro que se habría oído el zumbido de una mosca. La multitud no daba crédito á lo que veían sus ojos... ¡Jamás se había visto nada semejante en Roma!

El ligio, con los pies hundidos en la arena hasta los tobillos, con el cuerpo combado como un arco á punto de disparar la flecha, con la cabeza casi oculta entre los descomunales hombros, y tensos y tan furgentes los músculos que no parecía sino que por su presión iban á rasgar la piel y á estallar, sujetaba al monstruoso animal por los cuernos, manteniéndolo como clavado en el suelo. La inmovilidad de uno y otro era tan absoluta, que muchos espectadores imaginaron hallarse delante

de un grupo escultórico en que se representara alguno de los famosos trabajos de Hércules ó de Teseo (1). Pero bajo aquella aparente quietud se movían y luchaban dos terribles fuerzas contrarias. También el *auroch* tenía las extremidades hundidas en la arena, y su cuerpo obscuro y veloso estaba encogido de suerte que semejaba descomunal pelota. ¿Cuál de las dos fuerzas cedería primero? ¿Cuál resultaría vencida? Este era el problema que tenía en tensión todos los espíritus, lo único que interesaba entonces á aquellos espectadores fanáticos por semejantes espectáculos. ¿Qué representaban la grandeza de Roma y el dominio del mundo en parangón de tan conmovedora lucha?... El ligio, para el pueblo romano, era en aquel momento un semidios, un héroe digno de ser deificado y de que se le erigieran estatuas.

Hasta el César se levantó de su asiento. Al preparar el espectáculo, burlándose de la extraordinaria fuerza del ligio, se habían dicho riendo, Nerón y Tigelino: « ¡Á ver si el matador de Crotón despachará con igual facilidad al animal que le soltaremos! » Y ahora miraban estupefactos, sin dar apenas crédito á la realidad, el cuadro estupendo que á sus ojos se ofrecía.

Muchos espectadores habían alzado los brazos, y así permanecían, como petrificados, de pie sobre las gradas. El sudor inundaba el rostro de otros, como si ellos, y no el ligio, sostuvieran la lucha con la fiera. En el anfiteatro solamente se oía el chisporrotear de las luces y el caer de las ascuas desprendidas de las teas. Pero si los labios callaban, los corazones, en cambio, latían con tal violencia, que no parecía sino que iban á saltar de los pechos. A todos les parecía que la sorda, pero formidable lucha, duraba siglos.

Y el hombre y la fiera, sin moverse del mismo sitio, en tensión increíble los músculos, parecían clavados en el suelo.

De pronto se oyó en la liza sordo rugido, semejante á un lamento, que arrancó á los espectadores un grito involuntario; pero en seguida se restableció el silencio. Todos creían estar

(1) Héroe griego considerado por muchos como fundador del Estado ateniense. Las proezas que se le atribuyen (haber limpiado el país de monstruos y ladrones, haberle libertado de un tributo de manebos y doncellas que pagaba á Creta, etc.) tienen mucha semejanza con las que se atribuyen á Hércules, semidios de quién, como de muchos dioses y héroes griegos, no damos noticia alguna, por ser conocidos de las personas algo instruidas.

soñando. La cabeza monstruosa de la fiera empezaba á torcerse bajo la presión de los brazos hercúleos del bárbaro. Tenia éste el rostro, la nuca, los hombros, la espalda enrojecidos por la sangre; aún había encorvado más el cuerpo, y era evidente que recogía y concentraba todas sus energías para hacer un esfuerzo supremo.

El mugido del *auroch* era cada vez más sordo, más ronco y angustioso y mezclábase con el jadear penoso del ligio. La cabeza de la fiera iba torciéndose por momentos, y de súbito viósele sacar, colgando, la lengua llena de espuma.

Pasó un instante más, los espectadores de las primeras filas percibieron un crujido de huesos que se descoyuntaban, y la fiera se desplomó con el cuello quebrantado.

El gigante, en un abrir y cerrar de ojos rompió las ligaduras que tenían sujeta á Ligia sobre los cuernos, y cogiéndola entre los brazos estuvo un instante inmóvil, como si hubiese perdido el sentido, jadeando, pálido el semblante, con los cabellos en desorden, sudando copiosamente; mas no tardó en levantar la mirada y en pasearla por las gradas, que retemblaban, por efecto de los aplausos y de las aclamaciones. Jamás en los juegos circenses se había presenciado una ovación como aquella.

Los espectadores de las últimas filas descendían en tropel, estrujándose en los pasillos, para ver mejor al nuevo Hércules. De todos lados se pedía clemencia para el gigante. «¡Gracia! ¡Gracia!» gritaban millares de voces, y pronto el clamoreo se convirtió en una especie de atronador alarido. Oso, para la muchedumbre, era en aquel instante el primer personaje de Roma.

El ligio, comprendiendo que se pedía el perdón y la libertad para él, avanzó en dirección al *podium*, y con Ligia sobre los brazos tendidos, alzó los suplicantes ojos, como si quisiera decir:

— ¡No! ¡Para mí no!... ¡Para ella el perdón... pues por ella he hecho todo esto!

Los espectadores comprendieron su deseo; y á la vista de la hermosa muchacha desvanecida, que en los brazos del coloso parecía una niña, se conmovieron hondamente plebeyos, jefes militares y senadores.

Aquella linda criatura, blanca como el alabastro; su desmayo; el peligro horrendo que acababa de correr, tan prodigiosa-

mente vencido; la atlética belleza y la fidelidad increíble del gigante enternecieron los corazones. Muchos creyeron que se trataba de un padre que impetraba gracia para su hija. El sentimiento de piedad se propagó con rapidez extraordinaria por las filas de la muchedumbre ahita de sangre, de martirios y de matanza; y entre sollozos y lágrimas, millares de voces pidieron perdón para entrambos.

Oso, en tanto, daba la vuelta á la arena, siempre con el cuerpo desmayado de Ligia sobre los brazos tendidos, implorando con el gesto y con la mirada gracia para ella.

De repente Vinicio saltó á la liza, y corriendo hacia su amada cubrióle el cuerpo con la toga. Después se desabrochó la túnica, enseñó al pueblo las heridas del pecho recibidas en la guerra de Armenia, y tendió los brazos en actitud suplicante.

El frenesí de la muchedumbre traspasó entonces los límites de lo verosímil. Los aplausos, los alaridos, los sollozos, el pateo, se confundían como en un trueno ensordecedor é interminable. Las voces de los que pedían gracia no tenían el acento de la súplica, sino el de la amenaza. El pueblo no abogaba ya únicamente por el gigante, sino también por la muchacha, por el guerrero, por el amor de entrambos. Docenas de millares de espectadores miraban al César con ojos encendidos en cólera y levantaban los apretados puños.

Mas Nerón vacilaba, pues aunque en realidad no sentía el menor odio contra Vinicio y ningún interés le impulsaba á querer la muerte de Ligia, hubiera preferido ver como el *auroch* destrozaba con sus cuernos á la infeliz muchacha, ó como otras fieras la despedazaban entre sus garras, porque su naturaleza cruel y sanguinaria, su morbosa fantasía, su perversión de sentimientos, le hacían hallar deleitosos semejantes espectáculos. Aquel súbito acceso de piedad, aquel delirante entusiasmo de la muchedumbre, no tenían para él otra significación que la de un capricho en virtud del cual se le privaba de la voluptuosidad que había de proporcionarle la muerte de Ligia. El amor propio, pues, le inducía á la resistencia; pero al mismo tiempo su innata pusilanimidad le impulsaba á ceder.

Miró á los angustales para ver si alguno tenía el pulgar en dirección al suelo, en señal de pedir la muerte; mas Petronio alzó ambas manos y le clavó los ojos en el rostro como desafiándole; y Vestinio que, si bien por virtud de incurable superstición tenía miedo á los fantasmas, no temblaba ante los hom-

bres, pedía asimismo clemencia con signos inequívocos, lo mismo que los senadores Scevino, Nerva, Tulio Seneción, el viejo y famoso capitán Ostorio, Scapula, Antistio, Pison, Veto, Crispino, Minucio Termo, Poncio Telestino y el austero Tra-seas, á quien el pueblo veneraba. Al ver esto, el Emperador se quitó del ojo la esmeralda con expresión de despecho. Pero Tigelino, en su afán de molestar á su rival, se inclinó y dijo al César por lo bajo:

— ¡No cedas, divino; tenemos á los pretorianos de nuestra parte!

Entonces Nerón se volvió hacia el punto en donde estaba el tribuno Subrio Flavio, á quien aquel día se había confiado el mando de los pretorianos, y advirtió una cosa realmente inconcebible: el rostro del viejo y fidelísimo tribuno no había perdido su habitual austeridad, pero se deslizaban por sus mejillas gruesas lágrimas. Además, tenía Flavio alta la mano, en señal de pedir clemencia.

El pueblo, en tanto, se impacientaba. Á consecuencia del pateo habíase levantado densa nube de polvo que llenaba el anfiteatro, y en medio del tumulto general oíanse distintamente los gritos de:

— ¡Barbarroja! ¡Matricida! ¡Incendiario!

El Emperador se asustó, porque el pueblo en el Circo era rey absoluto. Los predecesores de Nerón, especialmente Caligula, habían osado alguna vez oponerse á la voluntad de los espectadores, aunque no sin provocar desórdenes y represiones violentas, con efusión de sangre. Pero *Barbarroja* se hallaba en una situación excepcional. Primeramente, en su calidad de histrión y de cantante, no podía prescindir del aura popular; en segundo lugar, necesitaba tener al pueblo de su parte en la lucha con el Senado y los patricios; por último, después del incendio de Roma le convenía muy mucho no concitarse el odio de la plebe porque cada día tomaban mayor cuerpo los rumores de que los verdaderos incendiarios no eran los cristianos. Echó de ver, pues, que una prolongada resistencia podría acarrearle serios disgustos, ya que la agitación del Circo estaba á punto de trascender fuera y extenderse por toda la Ciudad. Miró otra vez á Subrio Flavio, al centurión Scevino, á los pretorianos, y no hallando á su alrededor sino entrecejos arrugados, semblantes conmovidos, miradas provocativas, hizo también el signo de gracia.

En toda la extensión del Circo resonó fragoroso, imponente, frenético, un huracán de aplausos, pues el pueblo sabía que la vida de los indultados estaba ya asegurada, porque desde aquel momento quedaban bajo su formidable protección, y nadie, ni el mismo César, se hubiera atrevido á atentar contra ellos.

IV

Cuatro bitinios transportaron cuidadosamente á Ligia á casa de Petronio. Escoltando la litera iban Oso y Vinicio, que andaban en silencio, ansiosos de llegar presto para confiar la enferma á un médico griego. Vinicio permanecía aun en estado de relativa inconsciencia; repetíase mentalmente que Ligia estaba en salvo; que no la amenazaban ya ni la prisión ni la muerte; que se habían acabado ya todas las desventuras; que en breve la llevaría á su casa para no separarse jamás de ella; y se le antojaba que esto era el principio de otra vida y no un hecho real en la presente. A cada momento se inclinaba sobre la litera para mirar el rostro de su amada, que á la claridad de la luna parecía dormida, y repetía de continuo para sí: «¡Es á Él, á Cristo, á quien debo su salvación!» Acordábase de que al transportarla, ayudado de Oso, al *Spoliarium*, presentóse un médico desconocido y le aseguró que la doncella vivía y continuaría viviendo. Esta afirmación le llenó el pecho de una felicidad tan grande, que de vez en cuando se sentía presa de delirios y tenía que apoyarse en el brazo de Oso, el cual, con los ojos clavados en el cielo esmaltado de estrellas, oraba. Caminaban apresuradamente por entre las casas recién construidas, cuya blancura resplandecía á la claridad de la luna. La Ciudad estaba desierta. Sólo de trecho en trecho veíanse grupos de personas coronadas de yedra que cantaban y bailaban delante de los pórticos, al compás de la flauta, aprovechando la calma y apacibilidad de la noche y los últimos días de fiestas populares que acompañaban siempre á los espectáculos. Cuando estuvieron cerca de la morada de Petronio Oso dejó de rezar, y dirigiéndose á Vinicio dijo en voz muy baja, como si temiera despertar á Ligia:

— Señor: es Cristo quien la ha salvado. Al verla sobre los cuernos de la fiera oí una voz interna que me decía: «Defiénd-

dela. Y esta voz era, no me cabe la menor duda, la voz del Cordero. Las penalidades de la cárcel me habían debilitado las fuerzas; pero Él me las devolvió en aquel instante, é hizo descender luego la piedad sobre los corazones de la cruel muchedumbre.

Vinicio respondió:

— ¡Sea para siempre glorificado su santo nombre!

No pudo proseguir, porque las lágrimas y los sollózos se lo impidieron. Sentía anhelos de arrodillarse y dar humildemente gracias al Salvador por el milagro realizado, por tan evidente testimonio de su infinita misericordia. Los esclavos de Petronio, sabedores de lo ocurrido, salieron en tropel á su encuentro. Pablo, en Ancio, había convertido al Cristianismo á la mayor parte de ellos, y ninguno ignoraba las adversidades de Vinicio. Su alegría fué, pues, muy grande al ver á las nobles víctimas salvadas de la ferocidad de Nerón; y su regocijo subió de punto cuando el médico Teocles, después de haber examinado á Ligia, afirmó que no estaba lesionada y que curaría en cuanto cesara la depresión de fuerzas producida por la fiebre carcelaria.

Ligia volvió en sí aquella misma noche, y al encontrarse en el suntuoso *cubículo*, iluminado con lámparas corintias y con el ambiente impregnado de los perfumes de verbena y nardo, no acertó á comprender donde se hallaba ni lo que le ocurría. Acordábase únicamente de que la habían atado á los cuernos del *auroch*, y al ver ahora el semblante de Vinicio que se inclinaba sobre ella, bañado por suavísima luz rosada, imaginó que se había desprendido ya de la tierra; y como en su débil cabecita se confundían aún todas las ideas, antojósele que se habían detenido en alguna espléndida y suntuosa posada del camino del cielo, para descansar de las fatigas del viaje. No sentía ningún dolor; sonreíase dulcemente. Quiso preguntar al amado donde se hallaban, pero brotó de sus labios solamente un murmullo, en el cual Vinicio pudo percibir el propio nombre. Entonces el dichoso joven se arrodilló al lado de su desposada, y, poniéndole la mano sobre la frente, dijo:

— Cristo te ha salvado y te ha devuelto á mí...

De nuevo los labios de la doncella murmuraron algo ininteligible; pero luego se le cerraron los ojos y quedóse dormida, con gran contento del médico, que consideraba este sueño como excelente síntoma. Vinicio continuó arrodillado al lado

del lecho, orando, hasta que cayó en un suave y dulce deliquio. Muchas veces entró Teocles en el *cubículo*; cantaron al fin las grullas en el jardín, saludando el alba; Vinicio continuaba mentalmente abrazado á los pies de Cristo, sin ver ni oír lo que en torno suyo ocurría. Su corazón era llama viva de amor divino; sentíase como en éxtasis, y pareciale que saboreaba de antemano la bienaventuranza eterna...

V

Después de la liberación de Ligia, Petronio, para no irritar á Nerón, se dirigió con los demás augustales al Palatino. Deseaba oír las conversaciones á que sin duda había de dar margen el extraordinario acontecimiento y husmear si Tigelino preparaba algún nuevo lazo para perder á la muchacha; pues aunque tanto ella como Oso se hallaban en cierto modo bajo la protección del pueblo y no era fácil que se atentara contra su vida sin provocar graves desórdenes, como sabía hasta donde llegaba la ruindad y bajeza de sentimientos del jefe de los pretorianos, conjeturaba que trataría de desahogar el despecho y la cólera dañando nuevamente á su sobrino.

El Emperador, enfurecido por no haber terminado el espectáculo según deseaba, ni siquiera se dignó volver el rostro cuando entró Petronio; pero éste, sin desconcertarse, con desenvoltura de verdadero *Arbiter Elegantiarum*, se adelantó y le dijo:

— ¿Sabes, divino, lo que se me ha ocurrido?... Que podrias escribir un poema tomando por asunto una muchacha librada piadosamente por el señor del mundo, de los cuernos de un *auroch*, para devolverla á su amante. Los griegos tienen sensible el corazón, y el poema les enternecería de suerte que te harían una ovación delirante: ténlo por seguro.

Agradó la idea al César por dos motivos: primero por la belleza del asunto; segundo porque le prestaba ocasión de cantar su propia clemencia. Miró un instante á Petronio y respondió:

— Si; acaso tengas razón... pero ¿te parece prudente que yo cante mi propia magnanimidad?

— No tienes precisión de poner tu nombre. Aun así, en Roma todo el mundo adivinará de quien se trata y bien sabes que las noticias de Roma se esparcen por todo el mundo.

—¿Estás bien seguro de que en Acaya gustará?

—¡Lo juro por Pólux! — exclamó Petronio.

Y salió del Palatino muy satisfecho, bien convencido de que el César, cuya vida era una continua adaptación de la realidad á la poesía, tendría buen cuidado de no desperdiciar aquel asunto, con lo cual Tigelino quedaba atado de pies y manos. Sin embargo, esta circunstancia no le hizo modificar su resolución de hacer salir á Vinicio de Roma en cuanto la salud de Ligia lo consintiera. Al ver, pues, á Vinicio, le dijo:

—Vete á Sicilia con ella lo más pronto posible. Nada tenéis que temer por ahora de parte de Nerón; pero Tigelino es muy capaz de recurrir al veneno, no porque os odie á vosotros, sino para vengarse de mí.

Vinicio, sonriendo, contestó:

—Ligia estaba entre los cuernos del *auroch*, y, no obstante, la salvó Cristo.

—Ofrécele, pues, una hecatombe — exclamó Petronio algo ofendido; — mas procura no ponerle en situación de tener que salvarla otra vez... Recuerda como Eolo recibió á Ulises cuando éste volvió á pedirle vientos favorables. Los dioses no gustan de repetir sus actos.

—Cuando haya recobrado la salud, la devolveré á Pomponia Grecina.

—Y harás muy bien, pues Pomponia está enferma, según me ha dicho Antístio, el pariente de Aulo. En tanto, ocurrirán aquí tales hechos que pronto todo el mundo os olvidará, lo cual no deja de ser gran ventaja, pues hoy en día son los más felices aquellos de quienes nadie se acuerda. ; La Fortuna os sea siempre propicia y os de sol en invierno y sombra en verano!

Petronio, dejando á Vinicio anegado en el piélagos de su felicidad, se fué á ver á Teocles, para informarse del estado de Ligia.

Se hallaba ésta fuera de peligro. El aire puro y los solícitos cuidados iban restableciéndola paulatinamente. Dos días después ordenó el médico que la sacaran al jardín, y como le probara la prescripción, pasaba allí horas enteras. Vinicio le adornó de anémonas y lirios la litera, para recordarle el atrio de la casa de Aulo; y á la protectora sombra de los árboles, cogidos de la mano, platicaban á menudo los dos enamorados acerca de las angustias y de los sobresaltos pasados. Decíale Ligia que Cristo les había enviado aquellos sufrimientos para

transmudarle y purificarle el corazón á él y atraerlo hacia Sí. Vinicio convenía en que esto era verdad, y, contemplándose por dentro, bien echaba de ver que no le quedaba en el alma ni sombra del orgulloso y egoísta patricio de un tiempo, sin más ley que la satisfacción de sus concupiscencias. A entrambos les parecía que en pocos meses habían transcurrido años y años y que el azaroso y horrendo pasado se hallaba á millares de leguas en el camino de su existencia. Vivían en una serenidad jamás gustada: una nueva vida, feliz, hasta entonces ignota, que derramaba sobre su corazón la suave y santa paz del alma. Podía agravarse la insania de Nerón y llenar la tierra de espanto; pero ellos, como si el monstruo hubiese dejado de ser el señor de sus vidas, no le temían, porque se consideraban protegidos por una fuerza incomparablemente más poderosa.

Una tarde, á la hora del ocaso, oyeron el rugido de los leones y de otras fieras en los lejanos *vivarios*; aquel mismo rugido que en otra ocasión conmovió hondamente á Vinicio, como un funesto presagio; ahora los dos amantes se miraron sonriendo, y levantaron sus ojos al cielo. A veces Ligia, aun muy débil, se adormecía en el silencioso jardín, y Vinicio la contemplaba con ojos extáticos; no dejando de observar, sin embargo, que sus facciones diferían, y no poco, de las de aquella Ligia fresca y sonrosada que había conocido en casa de Aulo. En efecto, las torturas sufridas en la cárcel y la enfermedad habían ajado su singular belleza; tenía el rostro diáfano, escuálidas las manos, adelgazado el cuerpo, pálidos los labios, y hasta los ojos parecían menos azules que antes. Petronio pensaba muchas veces al verla que, después de todo, aquella «sombra de los Campos Eliseos» no valía los sinsabores, los esfuerzos, las congojas y las ansias que habían estado á punto de matar á Vinicio; pero como éste no amaba ahora el cuerpo, sino el alma de la doncella, la amaba con más ardor que antes. ®

VI

La nueva de la milagrosa liberación de Ligia se difundió con rapidez entre los cristianos que habían escapado á las persecuciones, y fueron no pocos los que quisieron ver á la joven

—¿Estás bien seguro de que en Acaya gustará?

—¡Lo juro por Pólux! — exclamó Petronio.

Y salió del Palatino muy satisfecho, bien convencido de que el César, cuya vida era una continua adaptación de la realidad á la poesía, tendría buen cuidado de no desperdiciar aquel asunto, con lo cual Tigelino quedaba atado de pies y manos. Sin embargo, esta circunstancia no le hizo modificar su resolución de hacer salir á Vinicio de Roma en cuanto la salud de Ligia lo consintiera. Al ver, pues, á Vinicio, le dijo:

—Vete á Sicilia con ella lo más pronto posible. Nada tenéis que temer por ahora de parte de Nerón; pero Tigelino es muy capaz de recurrir al veneno, no porque os odie á vosotros, sino para vengarse de mí.

Vinicio, sonriendo, contestó:

—Ligia estaba entre los cuernos del *auroch*, y, no obstante, la salvó Cristo.

—Ofrécele, pues, una hecatombe — exclamó Petronio algo ofendido; — mas procura no ponerle en situación de tener que salvarla otra vez... Recuerda como Eolo recibió á Ulises cuando éste volvió á pedirle vientos favorables. Los dioses no gustan de repetir sus actos.

—Cuando haya recobrado la salud, la devolveré á Pomponia Grecina.

—Y harás muy bien, pues Pomponia está enferma, según me ha dicho Antístio, el pariente de Aulo. En tanto, ocurrirán aquí tales hechos que pronto todo el mundo os olvidará, lo cual no deja de ser gran ventaja, pues hoy en día son los más felices aquellos de quienes nadie se acuerda. ; La Fortuna os sea siempre propicia y os de sol en invierno y sombra en verano!

Petronio, dejando á Vinicio anegado en el piélagos de su felicidad, se fué á ver á Teocles, para informarse del estado de Ligia.

Se hallaba ésta fuera de peligro. El aire puro y los solícitos cuidados iban restableciéndola paulatinamente. Dos días después ordenó el médico que la sacaran al jardín, y como le probara la prescripción, pasaba allí horas enteras. Vinicio le adornó de anémonas y lirios la litera, para recordarle el atrio de la casa de Aulo; y á la protectora sombra de los árboles, cogidos de la mano, platicaban á menudo los dos enamorados acerca de las angustias y de los sobresaltos pasados. Decíale Ligia que Cristo les había enviado aquellos sufrimientos para

transmudarle y purificarle el corazón á él y atraerlo hacia Sí. Vinicio convenia en que esto era verdad, y, contemplándose por dentro, bien echaba de ver que no le quedaba en el alma ni sombra del orgulloso y egoísta patricio de un tiempo, sin más ley que la satisfacción de sus concupiscencias. A entrambos les parecía que en pocos meses habian transcurrido años y años y que el azaroso y horrendo pasado se hallaba á millares de leguas en el camino de su existencia. Vivian en una serenidad jamás gustada: una nueva vida, feliz, hasta entonces ignota, que derramaba sobre su corazón la suave y santa paz del alma. Podía agravarse la insania de Nerón y llenar la tierra de espanto; pero ellos, como si el monstruo hubiese dejado de ser el señor de sus vidas, no le temian, porque se consideraban protegidos por una fuerza incomparablemente más poderosa.

Una tarde, á la hora del ocaso, oyeron el rugido de los leones y de otras fieras en los lejanos *vivarios*; aquel mismo rugido que en otra ocasión conmovió hondamente á Vinicio, como un funesto presagio; ahora los dos amantes se miraron sonriendo, y levantaron sus ojos al cielo. A veces Ligia, aun muy débil, se adormecía en el silencioso jardín, y Vinicio la contemplaba con ojos extáticos; no dejando de observar, sin embargo, que sus facciones diferian, y no poco, de las de aquella Ligia fresca y sonrosada que habia conocido en casa de Aulo. En efecto, las torturas sufridas en la cárcel y la enfermedad habian ajado su singular belleza; tenia el rostro diáfano, escuálidas las manos, adelgazado el cuerpo, pálidos los labios, y hasta los ojos parecian menos azules que antes. Petronio pensaba muchas veces al verla que, después de todo, aquella «sombra de los Campos Eliseos» no valia los sinsabores, los esfuerzos, las congojas y las ansias que habian estado á punto de matar á Vinicio; pero como éste no amaba ahora el cuerpo, sino el alma de la doncella, la amaba con más ardor que antes. ®

VI

La nueva de la milagrosa liberación de Ligia se difundió con rapidez entre los cristianos que habian escapado á las persecuciones, y fueron no pocos los que quisieron ver á la joven

á quien Cristo había dado prueba tan fehaciente de su infinita misericordia. Los primeros en visitarla fueron Miriam y su hijo Nazario, en cuya casa había estado hasta entonces oculto el Apóstol Pedro. Los visitantes escuchaban llenos de asombro el relato que del prodigio hacia Oso, en especial la parte relativa á la voz interior que le había ordenado luchar con la fiera, y todos se alejaban esperanzados de que Cristo no permitiría el exterminio de sus adeptos antes de aparecer de nuevo sobre la tierra para el Juicio Final. Y era muy consoladora para ellos esta esperanza, porque la persecución no llevaba trazas de terminar y bastaba que la opinión pública señalara á alguien como secuaz de Cristo para que fuese inmediatamente preso. De día en día iba decreciendo el número de las víctimas, porque la mayor parte de los cristianos habían ya sufrido el martirio, y de los pocos que quedaban, unos habían abandonado á Roma para aguardar en lejanas tierras á que pasara la tormenta y otros se ocultaban cuidadosamente sin osar reunirse para las oraciones en común, como no fuera en los *arenarios*. Los romanos ya no prestaban fe á la acusación de que los adeptos de Cristo fueran los incendiarios de Roma; pero se les declaró enemigos del género humano y del Estado, y el edicto promulgado contra ellos continuó en vigor y aplicándose rigurosamente.

Durante largo tiempo no se atrevió el Apóstol Pedro á presentarse en casa de Petronio; pero al cabo Nazario anunció su visita. Ligia, que ya podía andar sin apoyarse, salió con Vinicio á su encuentro, y ambos se arrodillaron á sus pies y pidieronle la bendición. El Apóstol les saludó muy conmovido porque, aún prescindiendo del afecto que les tenía, ¡le quedaban tan pocas ovejas del numeroso rebaño que le había confiado Cristo!... Así es que cuando Vinicio le dijo:

— ¡Señor, gracias á tí Jesús me la ha devuelto!... — le respondió Pedro:

— No; te la ha devuelto gracias á tu fe y para que no emudezcan todos los labios que alaban su santo nombre.

Y pensó con honda tristeza, al decir esto, en sus innumerables hijos despedazados por las fieras, en el bosque de cruces plantado en la arena del Circo, en las siniestras antorchas de los jardines de la *Bestia*.

Fijáronse entonces Vinicio y Ligia en la decrepitud del Apóstol: en sus cabellos completamente blancos, en su cuerpo

encorvado, en las profundas huellas marcadas en su rostro por la aflicción y los sufrimientos, como si hubiera padecido él solo todos los martirios infligidos á las víctimas de la feroz perversidad de Nerón. Bien se les alcanzaba que si el mismo Cristo había sufrido pasión y muerte para redimir de la esclavitud al género humano, ninguno de sus discípulos podía, en rigor, sustraerse al martirio. Pero á la vista de aquel venerable anciano á quien tanto reverenciaban y querían, combado bajo el peso de los años, de las fatigas, de los padecimientos, sintieron que se les oprimía el corazón; y Vinicio, que se disponía á conducir á Ligia á Nápoles, donde debía esperarles Pomponia Grecina, con objeto de embarcarse luego juntos para Sicilia, suplicó al Apóstol que fuera con ellos.

Mas Pedro, poniéndole una mano sobre la cabeza, respondió:

— Estoy oyendo aun dentro del alma las palabras que me dijo el Señor en las orillas del lago de Tiberiadas: « Cuando eras joven, te ceñías tu mismo é ibas adonde se te antojaba; pero cuando seas viejo tenderás las manos, y otro te ceñirá, y te llevará adonde tú no quieras. » Debo, pues, seguir la suerte de mi rebaño.

Ellos permanecieron mudos, porque no entendían el alcance de las palabras del Apóstol, quien prosiguió diciendo:

— Se acerca el término de mis fatigas; y no puedo hallar ya el reposo y la paz sino en la casa del Señor... No os olvidéis de mí; acordaos de que os he amado como un padre ama á sus hijos... y vivid para la gloria de Dios.

Y dicho esto, Pedro tendió sobre ellos las escualidas y trémulas manos y les bendijo. Vinicio y Ligia le estrecharon los pies, pensando que aquella era acaso la última bendición que de él recibían.

Pero estaba dispuesto que habían de verle otra vez.

Pasados algunos días, Petronio trajo del Palatino graves noticias. Se había descubierto que uno de los libertos del César era cristiano; y, practicado un registro en su casa, le hallaron las epístolas de Pedro y de Pablo, así como algunas de Jaime, de Judas y de Juan. Suponia Tigelino que Pedro no había escapado á la persecución, que había perecido entre los millares de cristianos martirizados, cuando le informaron de que no solamente él, sino además el Apóstol Pablo, es decir, los dos principales propagadores de la nueva doctrina, vivían y se hallaban en Roma. Esta noticia produjo en el Palatino mucha

inquietud y, por consecuencia, el recrudecimiento del odio que se profesaba allí á los cristianos. Vestinio dijo á Petronio que el mismo César había dado orden de que Pedro y Pablo de Tarso fuesen encerrados en la cárcel Mamertina dentro de tres días, y con este objeto numerosas fuerzas de pretorianos registraban las casas del Transtevere. Se querían arrancar hasta las últimas raíces de la « aborrecida secta » y no se consideraba esto posible sin matar á Pedro y á Pablo.

Vinicio resolvió advertir al Apóstol; y al llegar la noche, él y Oso, envueltos en mantos galos, se encaminaron hacia el límite extremo del Transtevere, situado á la falda del Janículo, donde estaba la casa de Miriam, en que Pedro se alojaba. Por el camino vieron cómo los pretorianos, acompañados de algunas personas conocidas, circundaban y registraban las casas. Todo el distrito estaba alarmado; en algunos puntos se aglomeraban los curiosos, y, en tanto, los soldados interrogaban astutamente á los detenidos acerca del paradero de Pedro Simón y Pablo de Tarso. Vinicio y Oso, esquivando á los soldados, llegaron sin novedad á la casa de Miriam en donde encontraron, en medio de un pequeño grupo de fieles, al Apóstol Pedro, á Timoteo, discípulo y compañero de Pablo, y á Lino.

La noticia del inminente peligro les indujo á tomar algunas medidas de precaución. Guiados por Nazario, salieron por la puerta del jardín y se dirigieron á una cueva que distaba unos trescientos pasos de la puerta del Janículo, llevando Oso del brazo á Lino, quien apenas podía andar, por no habérsele soldado todavía las tibias que le quebraron en el tormento. Cuando estuvieron en el subterráneo, considerándose ya más seguros, á la débil luz de una linterna que encendió Nazario, empezaron á discurrir en voz baja sobre los medios de salvar la preciosa vida del Apóstol.

— Mañana al apuntar el alba — dijo Vinicio — Nazario te conducirá á los montes Albanos; iremos á buscarte allí nosotros, para marchar juntos á Ancio, donde nos aguarda una nave que nos llevará á Nápoles y de allí á Sicilia. Día de felicidad será aquel en que pisarás los umbrales de mi casa y bendecirás mi hogar. Plugo á todos el consejo y trataron de compeler al Apóstol con sus súplicas á que lo siguiera.

— Si, vete, santo Padre; no conviene en modo alguno que permanezcas en Roma, porque á ti te fué confiada la misión de conservar la « Verdad viva », de la que eres maestro, y es pre-

ciso que no perezca con nosotros y contigo. Escucha nuestros ruegos, Padre; oye las súplicas de tus hijos.

— Házlo en nombre de Cristo — dijeron otros, asiéndose del borde de su vestido.

Él respondió:

— Hijos míos ¿quién puede saber la hora que Dios le ha señalado para la muerte?

Pero no se negó en redondo á salir de Roma, pues desde algún tiempo también él estaba indeciso y perplejo, sin saber á punto fijo qué hacer. Su rebaño estaba maltrecho y disperso; derrocada su obra santa; aquella Iglesia de sólidos cimientos, que empezaba ya á elevarse como árbol robusto y frondoso, convertida en polvo por la fuerza brutal, enorme y despiadada de la *Bestia*. Por doquiera no quedaban sino lágrimas y recuerdos de martirios y de muerte; la semilla había dado ópimos frutos; pero diríase que Satanás la había hollado y destruido con sus inmundos pies, y que Jesús había abandonado á sus ovejas, sin enviarles las legiones de ángeles que esperaban para la destrucción del poder ominoso de la iniquidad... Y Nerón, glorioso y triunfante, continuaba imperando sobre el mundo, más terrible y potente que antes, como señor de la tierra y de los mares. Más de una vez el santo Pescador había alzado las manos y los ojos al cielo, preguntando: « ¡Oh, Señor, Señor! ¿qué debo hacer?... ¿He de continuar aquí? ¿No descenderás del cielo ¡oh, Dios mío! para defender tu herencia santa, para socorrer á este pobre viejo, dándole fuerzas con que combatir á las potencias infernales, á las que Tú, en tus inescrutables designios, permites vencer y triunfar? » Y desde el fondo de su alma angustiada repetía á menudo: « Las ovejas que me ordenaste apacentar, no existen ya; la Iglesia que quisiste fundar aquí, se halla demolida; solamente ruina y desolación hallanse en tu Ciudad. ¿Qué me ordenas, Señor? ¿Que me quede aquí, ó que vaya á apacentar en otros prados las pocas ovejitas que me quedan, para que en algún remoto lugar tu nombre sea para siempre alabado? »

Y titubeaba. No que no tuviese fe arraigada y firme en que la Verdad triunfaría á despecho de todos los poderes terrenales; mas pensaba á veces que acaso no era llegada la madurez de los tiempos y que quizás no se alcanzaría la victoria hasta que Cristo descendiera de nuevo rodeado de su majestad y de su omnipotencia, para abatir el orgullo y la fuerza del César.

Tal vez acariciaba la idea de que, dejando á Roma, todos los fieles le seguirían, y él los conduciría á su país natal, á los umbrosos bosques de Galilea, á las riberas del lago de Tiberiades, tranquilo y terso como un espejo, para que morasen entre pastores sencillos cual palomas y dóciles como las ovejas que apacentaban por prados cubiertos de nardos y tomillos; y en su corazón iba creciendo un deseo vehemente de soledad y de descanso; la nostalgia de la Galilea, el anhelo de ver otra vez aquel lago de Tiberiades que tan dulces y sagrados recuerdos escondía; y el santo y venerable anciano lloraba, lloraba siempre más copiosa y amargamente... Pero en cuanto se decidía á salir de Roma, sentíase profundamente conturbado y vacilaba de nuevo. ¿Podía sin faltar á los sacratísimos deberes de su divina misión abandonar aquel suelo regado con tanta sangre de mártires, aquel lugar donde tantos moribundos habían dado testimonio de la Verdad? Y ¿por qué únicamente él había de sustraerse á la muerte? ¿Qué le contestaría al Señor cuando éste le dijese: «A los que murieron por la fe, tú les abandonaste?»

Y así, entre dudas, angustias y lágrimas, transcurrían para Pedro los días y las noches. Los otros, los despedazados por las fieras, los clavados en cruz, los quemados vivos, después de algunas horas de horribles sufrimientos se habían dormido en el Señor; pero el Apóstol no lograba conciliar el sueño, y sufría los martirios más atroces que los verdugos inventaran para tormento de los condenados. Y á menudo doraba ya el alba los tejados de los edificios, y Pedro aún invocaba á Jesús desde lo más profundo de su corazón acogojado.

— ¡Señor! ¡Señor! — decía — ¿Por qué me has enviado aquí? ¿Por qué has querido que fundase tu Santa Iglesia en el mismo cubil de la *Bestia*?

¡Treinta y tres años, desde la muerte del Redentor, sin gozar un instante de reposo. Con el bordón, había recorrido todo el mundo anunciando la «buena nueva.» Los viajes y las fatigas, su ardiente celo, habíante agotado las fuerzas, y cuando por fin creía haber hecho arraigar en aquella Ciudad, capital del mundo, la doctrina de Cristo, el soplo abrasado de la iniquidad desmoronaba y destruía su obra santa, obligándole á empezar de nuevo la lucha. ¡Y qué lucha! De un lado el César, el Senado, el pueblo, las potentes legiones que tenían la tierra como aprisionado entre círculos de hierro, innumerables y populosas ciudades, regiones sin límites, fuerzas incon-

mensurables, como jamás las había visto el mundo, y de otro lado sólo él, agobiado por los años y las fatigas, únicamente él! que apenas podía sostener en sus trémulas manos el bordón apostólico...

¡Cuántas veces había pensado que eran fuerzas muy débiles las suyas, aun cuando le inspirase y protegiese Dios, para luchar contra el César, y que solamente Cristo en persona podía vencer á éste!

Y ahora, al oír los ruegos de aquel puñado de fieles, de nuevo germinaban en su alma angustiada tales pensamientos. Y los que le rodeaban, á cada momento más persuasivos, repetían:

— ¡Si, aléjate *Rabbi*; sálvate tú y sálvanos á nosotros de la ferocidad de la *Bestia*!

Lino, que todo aquel tiempo había estado callado, levantó al fin su cabeza trémula, y dijo:

— ¡Señor! Cierto que Jesús te confió la misión de apacentar su rebaño; pero aquí no quedan ya ovejas, ni las habrá mañana. Debes ir, pues, adonde las hay todavía: á Jerusalén, á Antioquia, á Efeso, á las demás ciudades ó regiones en que la palabra de Dios germina, y florece, y da frutos abundantísimos y sabrosos. ¿Qué conseguirás permaneciendo en Roma? Con tu muerte harás aún más completo el triunfo de la *Bestia*. Pablo es ciudadano romano y no puede ser condenado sin previo juicio; pero si la saña del Infierno descarga sobre tu cabeza, ¡oh, Maestro!, todos aquellos que andan ahora vacilantes por no haber aun arraigado la fe en su alma, preguntarán llenos de turbación: «¿Quién puede medir ahora sus fuerzas con el César?» Tú eres la piedra sobre la cual está edificada la Iglesia del Señor. Que perezcamos nosotros poco importa; pero en manera alguna debe consentirse que el Anticristo abata al Vicario de Cristo y tú no debes ceder hasta que Dios haya convertido en pavesas al que tanta sangre inocente ha derramado.

— ¿No te persuaden nuestras lágrimas? — le repetían todos.

También Pedro lloraba copiosamente. Estuvo un instante silencioso, y luego, tendiendo las manos sobre los circunstantes, dijo:

— ¡Sea para siempre alabado el santo nombre del Señor y hágase su voluntad!

VII

Al rayar el alba del siguiente día caminaban dos hombres por la vía Appia, de espaldas á la Ciudad dormida, en dirección á los montes Albanos. Era el uno Nazario; el otro el Apóstol Pedro, que abandonaba á Roma y á los que en Roma eran martirizados por profesar la fe de Cristo.

Por el lado de Levante el cielo se teñía de suavísimo color verdoso, con una franja azafranada sobre la línea del horizonte. Los árboles de hojas argentadas, las quintas de blancos mármoles, los arcos de los acueductos surgían de entre las sombras. La luz naciente, trémula é indecisa, transformaba poco á poco las tintas verdosas del cielo en sutil y flotante polvo de oro, mientras asomaba por Oriente la rosada Aurora, envuelta en arborescencias é iluminando los montes Albanos, cuya masa violácea se destacaba como envuelta por refulgente aureola. Brillaban las gotas de rocío sobre las trémulas hojas, y disipábase la niebla, ensanchando por momentos el panorama de la vasta llanura con sus casas, cementerios, poblados y bosquecillos, en los cuales blanqueaban las columnas de los templos.

La calzada estaba desierta, pues los labriegos que llevaban hortalizas á la Ciudad aun no se habían puesto en camino; y en el silencio y quietud del amanecer resonaban las sandalias con suela de madera de los dos viandantes sobre las anchas losas de que estaba empedrada la vía hasta los vecinos montes.

En esto apareció el sol, y al mismo tiempo pasmó á Pedro un fenómeno extraño y maravilloso. El disco de oro candente, en vez de seguir su acostumbrada carrera por el firmamento, descendió por las laderas de los montes y se fué aproximando horizontalmente, por el camino.

Pedro se detuvo y preguntó á Nazario:

— ¿Ves la luz esa que por la vía se va acercando á nosotros?

— No; nada veo — respondió el mancebo.

El Apóstol, para ver mejor, hizo pantalla de la mano, poniéndosela tendida sobre las cejas, y al poco rato añadió:

— Alguien se acerca á nosotros en la luz del sol...

No se oía rumor de pasos; profunda quietud continuaba reinando en torno; pero Nazario vió que, á pesar de no sentirse

ni el más leve soplo de aire, los árboles se balanceaban á lo lejos, como si una mano invisible los moviera y que se difundía vivísima luz por el ambiente y la vasta llanura. Sobrecogido y lleno de estupor, el mancebo se volvió al Apóstol, diciendo con voz ansiosa:

— ¡Rabbi! ¿qué tienes?

Había caído el bordón de las manos de Pedro, y éste, con los ojos muy abiertos é inmóviles, miraba delante de sí. En su boca entreabierta, en su rostro beatífico, se reflejaban la maravilla, la alegría más intensa y un éxtasis inefable. De súbito cayó de hinojos, tendió los brazos, y gritó:

— ¡Cristo!... ¡Cristo!...

Y postrado, con la cara casi tocando el suelo, parecía besar los pies de alguien.

Volvió á reinar profundo silencio; al cabo de un buen espacio de tiempo, con voz entrecortada por los sollozos, dijo el anciano:

— ¿*Quo vadis, Domine?* (1)

Nazario no oyó ninguna respuesta; pero á los oídos del Apóstol llegó una voz dulce, suave y melancólica, que decía:

— Puesto que tú la abandonas, voy yo á Roma para que me crucifiquen otra vez.

El Apóstol permaneció inmóvil sobre la calzada, con el semblante casi hundido en las piedras; Nazario llegó á sospechar que se había desmayado ó que estaba muerto... Pero al fin se levantó, y recogiendo silenciosamente con sus trémulas manos el bordón, volvióse hacia las siete colinas donde se asentaba la Ciudad y hacia ella enderezó sus pasos. Entonces su joven acompañante repitió como un eco:

— ¿*Quo vadis, Domine?*

— A Roma — contestó con voz suave el Apóstol.

Pablo, Juan, Lino y todos los demás fieles quedaron sorprendidos y llenos de ansiedad al ver retornar al Apóstol, tanto más cuanto que después del alba, luego de haberse marchado, los pretorianos que andaban en su busca habían rodeado y registrado la casa de Miriam. Pero á todas las preguntas Pedro contestaba con sereno júbilo:

(1) ¿Adónde vas, Señor?

— ¡He visto al Señor!

Y á la caída de la tarde de aquel mismo día se encaminó al cementerio del Ostriano para catequizar y bautizar á cuantos querían purificarse con el *agua de vida*. Y lo mismo hizo en los días sucesivos, siempre seguido de una muchedumbre que iba en aumento, como si cada lágrima derramada por los mártires hiciese germinar nuevos prosélitos, cual si cada gemido exhalado en la arena repercutiera en millares de corazones.

El César se bañaba en sangre, y Roma, y aquel putrefacto mundo pagano, eran presa de furiosa locura; pero cuantos estaban cansados ó indignados de tanta demencia y tantas infamias, cuantos se consideraban víctimas de la prepotencia romana, todos aquellos para quienes la vida no era más que una cadena continuada de angustias y de sufrimientos, todos los oprimidos, todos los afligidos, todos los infelices, corrían presurosos á escuchar el estupendo relato de un Dios que por amor á los hombres se había dejado clavar en una cruz, rescatando con el precio de su inocente sangre los pecados del mundo.

Y hallando á un Dios á quien poder amar, hallaban lo que el mundo hasta entonces no había podido darles: la felicidad fundada en el amor.

Pedro comprendió entonces que ni el César, ni todas sus legiones lograrían nunca arrancar de cuajo la Verdad; que ni las lágrimas ni la sangre la anegarian jamás; que en aquel punto empezaba su triunfo. Y entonces comprendió también porque el Señor le había ordenado retroceder: la Ciudad de la soberbia y del crimen, de la depravación y de la fuerza, era ya su Ciudad, la Ciudad destinada á ejercer en el mundo un doble magisterio: el de la fe divina y el de la civilización.

VIII

Llegó al fin para los dos Apóstoles la hora suprema. Como digno coronamiento de su misión terrenal le fué concedida al Pescador la divina gracia de coger dos almas más en sus redes, cuando se hallaba en la cárcel. Los pretorianos Proceso y Martiriano, á quienes se había confiado la guarda del Apóstol, recibieron de manos de éste el bautismo. Vino después el acto del

martirio. Como Nerón no estaba en Roma fué firmada la sentencia por sus libertos Helio y Policteto, á quienes había confiado el gobierno de la Ciudad durante su ausencia. A Pedro le fué infligida antes, conforme á la ley romana, la pena de azotes; y al día siguiente fué conducido á la colina Vaticana, lugar del suplicio.

El asombro de los pretorianos fué muy grande cuando vieron el gentío que aguardaba la salida del Apóstol á las puertas de la cárcel. «¿Cómo despierta tanta curiosidad, preguntábase, la muerte de un hombre vulgar, y extranjero por añadidura?» Ignoraban aquellos soldados que no era de curiosos la multitud, sino de correligionarios que se habían congregado para acompañar al Vicario de Cristo al suplicio.

Rechinaron sobre sus goznes las puertas de la cárcel, y apareció Pedro en medio de la escolta. El sol descendía ya por el firmamento en dirección á Ostia; la tarde era tranquila y serena. En atención á sus muchos años y por temor de que se le agotaran las fuerzas, no se obligó á Pedro á llevar la cruz; tampoco le sujetaron el pescuezo con la horca (1), á fin de no dificultar su marcha. Caminaba, pues, sin trabas de ningún género, y los fieles podían verle perfectamente. En el instante de aparecer entre los relucientes yelmos de los soldados la nevada cabeza del Apóstol, la muchedumbre prorrumpió en llanto; pero no tardó en serenarse, porque el semblante del anciano estaba tan lleno de majestad, lo animaba la alegría de tal modo, que ninguno dejó de comprender que no era aquella una víctima que iba camino del suplicio, sino un vencedor que celebraba su triunfo.

Y en efecto, el *Pescador*, cuyo continente había sido siempre humilde, y que en los últimos meses andaba muy encorvado, iba ahora derecho, más erguido que los mismos pretorianos, digno, grave, como un monarca rodeado de sus soldados y de su pueblo.

De cuando en cuando oíase alguna voz que decía: «¡Es Pedro que se va á ver al Señor!» Hubiérase creído que de la conciencia de todos los fieles que le acompañaban se había borrado la idea de que el Apóstol iba camino del martirio y de la muer-

(1) Era costumbre en Roma, como en otros pueblos de la antigüedad, pasear por las calles á los condenados, cuando eran conducidos al suplicio, sujetos por el pezcuezo con una horca.

te. Andaban en actitud grave, recogida, solemne, tranquila, pensando que desde la muerte de Jesús en el Gólgota, nada tan grandioso había acaecido en la tierra, y que si la primera había redimido al mundo, la de Pedro redimiría la Ciudad.

Los transeuntes deteníanse asombrados al ver la noble apostura de aquel anciano. Los creyentes, poniéndose unos á otros amigablemente la mano sobre el hombro, decían: «¡Mirad como va á morir un justo... el que conoció á Jesús y ha predicado al mundo la doctrina de la Caridad!» Y los paganos, después de haberle contemplado un instante, seguían su camino pensando: «Indudablemente, ese hombre no es un delincuente ni un impostor.»

Al acercarse el cortejo, cesaba en las calles todo grito, apagábase todo rumor. Desfilaban soldados y cristianos por entre las hileras de los edificios recién construídos, por entre las blancas columnas de los templos, bajo el cielo esplendente, de un color azul vivísimo, no empañado por la más tenue gasa. El silencio era únicamente interrumpido de vez en cuando por el resonar de las armas ó por el murmullo de las plegarias; plegarias que llenaban de santa alegría el corazón de Pedro, pues apenas podía abarcar con la vista los millares de cristianos que le seguían, y esto le consolaba muy mucho, pues le permitía experimentar la satisfacción del deber cumplido y le daba como una garantía humana de lo que por revelación divina no podía poner en duda, esto es, de que la Verdad por él predicada durante toda la vida después de la muerte de Jesús, sería como ola que todo lo arrasa, sin que nadie ni nada pueda detenerla.

Esta reflexión le hizo levantar los ojos al Cielo y exclamar:

— ¡Señor! Me ordenaste conquistar para Ti esta Ciudad, señora del mundo, y la he conquistado; me mandaste fundar aquí tu Iglesia, y aquí la he fundado. Esta es ahora tu Ciudad, ¡oh, Señor!, y yo voy hacia Ti porque están agotadas mis fuerzas.

Al pasar por delante de los Templos decía:

— ¡Seréis templos de Cristo!

Y mirando á la muchedumbre:

— ¡Serán siervos de Cristo vuestros hijos!

Seguía su camino con el semblante tranquilo y sereno, satisfecho por haber terminado su obra santa, con la majestad del que está seguro de su fuerza. Los pretorianos lo llevaron por el puente Triunfal, reconociendo así, inconsciente é impli-

citamente, su triunfo, y por la Naumaquia y el Circo. Los cristianos del Transtevere se unieron á la comitiva, con lo que se hizo tan compacto el gentío que el centurión jefe de los pretorianos se convenció de que llevaba al suplicio á un alto sacerdote seguido de sus fieles, y se turbó al pensar que era tan escasa la escolta.

Pero ni una amenaza, ni una exclamación de odio salió de entre la muchedumbre que seguía á Pedro. Iban todos los cristianos en actitud recogida, como avasallados por la solemnidad del momento; y algunos, siempre con la idea fija de la proximidad del juicio final, y recordando que á la muerte del Señor tembló la tierra, chocaron las piedras unas contra otras y se abrieron las tumbas, pensaban que acaso la muerte del Apóstol iría también acompañada de terribles señales, ó que ella sería la hora escogida por el Redentor para descender á la tierra y juzgar á los vivos y á los muertos— y oraban con gran fervor, arrepintiéndose de sus pecados.

El cortejo hizo alto entre el Circo y la colina Vaticana. Mientras algunos soldados abrían el hoyo, otros colocaron en el suelo la cruz, los martillos y los clavos, esperando que aquéllos terminaran su faena. La calma era solemne; las colinas y cerros parecían calentarse, sesteando, al sol; la muchedumbre, muda y en actitud recogida, postrábase de hinojos.

El Apóstol, besado por los rayos solares, que formaban en torno de su cabeza como un nimbo de oro, miró por última vez la Ciudad. Allá, á lo lejos, serpenteaba el Tiber, cual ancha cinta de plata; al otro lado se extendía el Campo de Marte, señoreado por el Mausoleo de Augusto; veíanse más abajo los soberbios baños construídos por orden de Nerón; más allá se levantaba el teatro de Pompeyo y detrás de estas grandiosas construcciones una selva de edificios, visibles por completo unos, ocultos en parte otros: pórticos, templos, columnas, y, por último, en lontananza, colinas pobladas de casas: enorme colmena humana que se perdía entre los tonos grises y azulados de la niebla; asiento de la iniquidad, mas también del poderío; de la locura, pero asimismo del orden; que dominaba el mundo con el yugo de la violencia y al mismo tiempo con la majestad del derecho y con la paz; omnipotente, invencible, perpetua...

Pedro, rodeado de pretorianos, contemplaba como rey y señor su reino, y mentalmente decía: «Estás rescatado y eres

mio. Pero ninguno de los soldados que cavaban el hoyo para plantar en él la cruz, como tampoco ninguno de los cristianos allí presentes, se daba cuenta de que á su lado se hallaba el verdadero soberano de la Ciudad: de que pasarían los céasares; pasarían los bárbaros como huracán devastador, destruyendo el Imperio; pasarían los siglos... mientras que la soberanía de aquel anciano sobre la Ciudad sería perpetua.

El sol, ya próximo á su ocaso, semejava enorme disco de fuego. Por el Occidente, el cielo se había cubierto de púrpura y oro.

Los pretorianos se acercaron al Apóstol para desnudarle; mas él, que estaba en oración, enderezó el cuerpo y tendió la mano derecha en forma que los verdugos, como intimidados por su ademán, parárouse, permaneciendo un instante inmóviles. Los fieles contuvieron la respiración, convencidos de que Pedro iba á hablar.

Y el Apóstol, de pie sobre la colina, en el momento supremo del martirio, dió su bendición *urbi et orbi* (1).

En aquella misma espléndida tarde, otra sección de pretorianos conducía por la vía Ostiense á la plazuela de las *Aquæ Salvæ* á Pablo de Tarso. Iba también seguido de muchedumbre de conversos, á los cuales dirigía la palabra, hablando amigablemente con los más conocidos, sin oposición de los soldados, pues por ser ciudadano romano debían guardársele mayores miramientos. Más allá de la puerta *Trigémina* Pablo encontró á Plautila, hija del prefecto Flavio Sabino, y al verle el rostro surcado de lágrimas, le dijo:

— Plautila, hija de la salvación eterna, la paz sea contigo. Dame tu velo para vendarme con él los ojos en el momento de ir hacia el Señor.

Y tomándolo de manos de Plautila, prosiguió su camino, alegre y placentero, cual labriego que de vuelta del trabajo se encamina al hogar. Sus pensamientos, al igual que los de Pedro, eran serenos y apacibles como el cielo de aquella hermosa tarde. Su mirada pensativa recorría los montes Albanos, inundados de viva luz, y la amplia llanura que ante él se extendía. Recordaba sus viajes, sus fatigas, los combates de que había salido siempre victorioso, las iglesias por él fundadas en todos los países de la tierra, y pensaba que ya era hora de des-

(1) A la Ciudad y al universo.

cansar, que ya su misión estaba cumplida. Persuadido de que la semilla por él sembrada no sería destruida por los vientos de la perversidad, iba á la muerte con la fe indestructible de que en la lucha de la Verdad con el mundo, la Verdad debía triunfar. Y una paz serena, infinita, llenaba su alma...

El camino era largo; descendían ya sobre la tierra las sombras de la tarde, envolviendo las faldas de los montes, cuyas cimas resaltaban, teñidas de púrpura; volvían los rebaños á sus apriscos; de trecho en trecho veíanse campesinos que regresaban del trabajo, con los aperos de labranza al hombro; los chiquillos que jugaban alborozadamente delante de las casas suspendían sus juegos para mirar con curiosidad á los soldados y al grupo de personas que les seguían. La tarde quieta y tranquila, el ambiente diáfano, el cielo puro, ofrecían no sólo la paz y la serenidad de la naturaleza en calma, sino también una misteriosa mística armonía, que hablaba de Dios al alma extasiada de Pablo, cuyo corazón se henchía de gozo al pensar que á aquella armonía del universo él había añadido una nota sublime, antes jamás oída, la más suave, aquella sin la cual el mundo no era sino «bronce sonoro y cimbalo resonante.»

Recordaba que siempre había enseñado á los hombres la doctrina de la Caridad, del Amor: que les había dicho que, aun cuando hubiese repartido entre los pobres su fortuna, aun cuando hubiese hablado todas las lenguas, comprendido todos los misterios, sabido todas las ciencias, nada en realidad habría sido sin el amor; porque la Caridad es bienhechora, sufrida, sin envidia ni ambición, desinteresada, no vana; lo cree todo, todo lo espera, todo lo soporta (1).

Había dedicado toda su vida á inculcar esta verdad. Y ahora decia para sí: «¿Qué fuerza podrá abatirla? ¿Cuál con ella parangonarse? ¿Podría vencerla el César aunque tuviese doble número de legiones, de pueblos y de mares de los que contiene hoy su imperio?» É iba á recoger el premio de sus afanes y fatigas como un conquistador.

El cortejo dejó al cabo la vía principal y tomó hacia el Oriente, por un sendero que en breve le condujo á las *Aquæ Salvæ*. El sol se había puesto. Al llegar á este punto el centurión hizo alto con la escolta. Eran aquellos el lugar y la hora del martirio.

(1) Ep. I ad. Cor. XIII, 1-7.

Pablo cogió el velo de Plantila para vendarse los ojos; pero antes los levantó al cielo, tranquilamente, y oró. Si; era llegada la hora suprema para el Apóstol; pero ante su vista no había sino un anchuroso camino de luz esplendorosa que llevaba al cielo; y en lo más íntimo de su alma repetía aquellas palabras que había escrito con la conciencia del deber cumplido y el presentimiento de su próximo fin.

— He combatido por el bien; he custodiado la fe, he cumplido mi deber y no me queda ya sino aguardar la corona de justicia que me está reservada (1).

IX

Roma continuaba delirando. Hubiérase dicho que la capital del orbe, por falta de dirección, empezaba á aniquilarse. Antes del suplicio de los Apóstoles fué descubierta la conjura de Pisón, á la cual signieron tantas condenas de personajes conspicuos de la Ciudad que aún aquellos que de buena fe tenían por dios á Nerón hubieron de confesarse que era el dios de la muerte.... El luto y el terror se enseñoreaban de todos los corazones, de todos los hogares; mas los peristilos seguían adornados de yedra y de flores, porque estaban prohibidas las manifestaciones de duelo. Todas las mañanas preguntábase los romanos: «¿A quién le llegará hoy su vez?» Los sangrientos espectros del cortejo de Nerón aumentaban de día en día.

Pisón pagó con la cabeza, y en pos de él fueron Séneca y Lucano, Fenio Rufo, Plaucio Laterano, Flavio Scevino, Afranio Quinciano, y el disoluto compañero del César en sus mayores depravaciones, Tulio Senección, y Próculo, y Ararico, y Tugurino, y Grato, y Silano, y Próximo, y Subrio Flavio, en otros días muy afecto á la persona de Nerón, y Sulpicio Áspero. Unos fueron condenados por su propia ignominia, otros por sus riquezas, éstos por su cobardía, aquéllos por su valor. El César, aterrado por el número de los conspiradores, rodeó de soldados la Ciudad, manteniéndola como en asedio y enviando todos los días centuriones con sentencias de

(1) Ep. a Tim. IV, 7-8.

muerte á las personas sospechosas. Por su parte, los condenados escribían al César cartas serviles, en las que, después de adularle y agradecerle la condena, testaban á su favor de parte de los bienes para conservar el resto á sus hijos. Parecía, en suma, que el César colmase de propósito la medida para saber en qué grado de abyección y de vileza habían caído los romanos y hasta cuando soportarian el yugo de su dominación despótica y sanguinaria. Tras de los conspiradores fueron exterminados sus parientes, sus amigos y aún muchos de sus conocidos. Los habitantes de los suntuosos palacios construidos después del incendio estaban seguros de que al poner el pie en la calle se encontrarían con una serie no interrumpida de fúnebres cortejos.

Pompeyo, Cornelio, Marcial, Flavio Nepote y Estacio Domicio perecieron por habérseles acusado de falta de devoción al César; Novio Prisco fué condenado por ser amigo de Séneca; á Rufo Crispo le fueron negados el agua y el fuego por haber sido marido de Popea; al gran Traseas le perdió su propia virtud; muchos pagaron con la vida el lustre de su prosapia, y aún la misma Popea fué víctima de un arrebato de Nerón.

El Senado, en tanto, se prosternaba ante el terrible dueño del mundo, erigia templos en su honor, llevaba á los dioses ofrendas votivas para la conservación de su voz, ornaba con coronas sus estatuas y consagraba sacerdotes á su culto, considerándole como un verdadero dios. Los senadores, con el corazón lleno de espanto, iban al Palatino para ensalzar el canto del monstruo y para entregarse con él á los placeres abyectos de inmundas orgías.

Pero poco á poco, sobre la tierra empapada en sangre y en lágrimas, germinaba silenciosamente, cada día con más vigor, la semilla sembrada por Pedro.

X

De Vinicio á Petronio:

«También llegan hasta nosotros, carísimo, las noticias de cuanto ocurre en Roma, noticias que tus cartas han completado. De la misma manera que cuando se arroja una piedra en el agua se forman círculos concéntricos cada vez más anchos,

así los círculos que forman las locuras y la crueldad de Nerón llegan hasta nosotros. De paso para Grecia, adonde le ha enviado el César, se halla aquí Carino, el cual se dedica á saquear ciudades y templos para reponer el exhausto tesoro imperial. La *domus aurea*, que se hace construir el Emperador en el Palatino, en realidad será de gotas de sudor y de lágrimas. Es posible que el mundo no haya visto jamás una construcción semejante; pero tampoco presencié nunca tamaña violencia. Ya conoces á Carino: Quilón, antes de convertirse, se le parecía mucho. Hasta ahora sus sabuesos no han venido por estos contornos, sin duda porque en ellos no hay templos ni riquezas.

«Me preguntas si vivimos seguros, y á esto te contestaré sencillamente que permanecemos olvidados; creo que con esto tendrás bastante. En este momento, desde el peristilo, donde estoy escribiendo, veo la tersa superficie de nuestro golfo, y en ella á Oso, que echa las redes. Mi esposa está hilando junto á mí, y en el jardín, á la sombra de los almendros, cantan gozosamente los esclavos. ¡Oh, qué dulce paz, amigo mío, y cuán lejanos los dolores y las angustias de otros días! Pero no son, no, las Parcas, como tu supones, las que nos hilan el estambre de la vida apacible. La causa de nuestra felicidad es Cristo, Dios y Redentor nuestro, que nos bendice. También nosotros conocemos la aflicción y el llanto, porque nuestra fe nos ordena llorar las desventuras ajenas; pero hay en estas lágrimas una dulzura misteriosa, un consuelo inefable: la confianza en que terminada nuestra peregrinación sobre la tierra hallaremos en el Paraíso á cuantos mueren por la fe. Para nosotros, Pedro y Pablo no han muerto, sino que han renacido en la gloria. Nuestras almas les ven, y si les lloran nuestros ojos, en cambio nuestros corazones se regocijan con su alegría. ¡Oh, sí, queridísimo amigo! Gozamos de una felicidad que nadie puede turbar, porque la misma muerte, que para vosotros representa el término de todas las cosas, no es para nosotros, los cristianos, sino el tránsito á una paz más grande, á un amor más intenso, á la bienaventuranza eterna. Y así pasan los días y los meses, sin que se altere nunca la tranquilidad de nuestro espíritu. Nuestros criados, nuestros esclavos, adoran también á Cristo, y como Cristo nos ordena que amemos á todos los hombres, les amamos como á hermanos.

«A menudo, á la hora del ocaso ó cuando riela la luna sobre las olas, Ligia y yo discurrimos sobre el pasado, que nos parece

como un sueño muy lejano, y al pensar que esta linda criatura estuvo tan cerca de la muerte, no ceso de alabar al Señor, pues únicamente Él podía salvarla y devolvérmela. ¡Ah, Petronio! ¡Tú has visto ya cuánta resignación en las adversidades, cuántos consuelos en las aflicciones, qué inefable serenidad en el trance supremo de la muerte da la doctrina de Cristo!... ¡Ven aquí, ahora, y verás cuán dulce calma nos concede en la vida cotidiana!...

«Hasta hoy, como los hombres no conocían á un Dios á quien poder amar, no se amaban los unos á los otros, y precisamente en el amor consiste la felicidad, porque ésta proviene del amor, como la luz procede del sol. Esta verdad no fué enseñada á los hombres ni por los legisladores, ni por los filósofos; no fué conocida ni en Grecia, ni en Roma; y claro es que al decir Roma, me refiero á todo el mundo. La fría y árida doctrina de los estoicos, seguida por los hombres virtuosos, templó los corazones como el acero; pero también los forja impasibles é indiferentes á todo, sin hacerlos mejores. Pero ¿á que hablarte á ti de estas cosas, si las sabes mejor que yo?

«Trataste también á Pablo de Tarso, y discurriste largo y tendido con él, y no ignoras que en comparación de la Verdad por él predicada, todos los sistemas de los filósofos y retóricos no son sino palabras vanas, voces desprovistas de sentido. Recordarás seguramente la pregunta que te hizo: «Si el César fuese cristiano, ¿no os sentiríais todos más señores de vuestra vida y de vuestra hacienda, más tranquilos y felices?» Me decías que nuestra fe es enemiga de la vida. Pues ahora te respondo que si desde el principio de esta carta no hubiera hecho otra cosa que repetir: «¡Soy feliz!» no habría expresado, ni con mucho, toda la felicidad que experimento. Acaso me objetes que mi dicha está en Ligia. No lo niego, amigo mío; pero es porque amo su alma inmortal, porque ambos nos amamos en Cristo y en este amor no hay separaciones, ni infidelidades, ni mudanzas, ni vejez, ni muerte; porque, cuando hayan pasado la juventud y la belleza, cuando nuestros cuerpos estén decrepitos, cuando llegue la hora de nuestra muerte, el amor que nos une ahora subsistirá, pues son inmortales nuestras almas. Mientras no penetró en mi corazón la luz de la Verdad, si bien estaba dispuesto á prender fuego á mi propia casa por Ligia, en realidad no la amaba, pues Cristo es quien me ha enseñado á amar, ¡Él! que es manantial inagotable de paz y

de amor. No pretendo que prestes fe ciega á mis palabras, sino que compruebes la verdad con los hechos.

« Compara vuestros placeres llenos de inquietudes, vuestras embriagueces sin objeto, vuestras orgias semejantes á banquetes fúnebres, con la vida tranquila y sosegada de los cristianos. Mas, para que puedas hacer mejor la comparación, ven á nuestras montañas perfumadas por el tomillo, á nuestros umbrios bosques de olivos, á nuestras costas cubiertas de yedra. Aquí hallarás una quietud, una calma, que nunca has experimentado en otra parte; aquí te esperan corazones que sinceramente te aman. Eres bueno y noble, y debes ser feliz; tu inteligencia perspicaz está en aptitud de conocer la Verdad; y, en cuanto la conozcas, la amarás, porque si puede haber seres que la odien, como Nerón y Tigelino, nadie puede ser indiferente á ella. ¡Oh, queridísimo Petronio! Tanto á Ligia como á mi nos consuela la esperanza de verte pronto. ¡Consérvate bueno, sé dichoso, y ven! »

Petronio recibió esta carta en Cumas, donde se hallaba de paso, con otros augustales que debían acompañar al César á Grecia. La enconada y larga pero silenciosa lucha con Tigelino tocaba á su término. Petronio comprendía que en ella había de salir vencido y se le alcanzaba también el por qué. A medida que Nerón descendía á más bajo nivel en su calidad de payaso, de histrion y de auriga; á compás que se hundía en la charca de la vida abyecta y vulgar, de su depravación morbosa, el *Arbitro de las Elegancias* iba convirtiéndose para él en fardo inútil, del que indefectiblemente había de desprenderse. Interpretaba como censura el silencio de Petronio, como sátira sus alabanzas; la mera presencia del elegante patricio ofendía el amor propio del César, al par que excitaba su envidia. Sus riquezas, sus magníficas obras de arte hacia tiempo que tentaban la codicia de Nerón y de Tigelino, los cuales le habían respetado hasta entonces en atención á su gusto exquisito y á sus conocimientos relativos á Grecia que tan buenos servicios podían prestar al primero durante el viaje á aquella provincia. Pero Tigelino no cejaba en su empeño de convencer á Nerón de que Carino superaba al *Arbiter Elegantiarum* en buen gusto y cultura y, sobre todo, de que era más apto para organizar en Grecia la recepción, los espectáculos, las ovaciones.

El Emperador al fin le dió crédito, y desde aquel instante fueron contados los días de Petronio. Pero tanto Nerón como Tigelino recordaban, no sin recelo, que aquel hombre á la sazón tan muelle y afeminado, que hacia del día noche, á quien preocupaban exclusivamente las cosas de arte, los banquetes, los festines, fué un tiempo procónsul en Betania y más tarde cónsul en Roma, cargos en los cuales había dado pruebas de admirable sagacidad y energía, y no se atrevieron á enviarle una sentencia de muerte en la misma Roma. Le creían capaz de todo, pues sabían que gozaba no solo del favor del pueblo, sino también del de los pretorianos. Ninguno de los confidentes del César podía prever que actitud tomaría Petronio en caso extremo, y por esto se estimó prudente alejarle de la Ciudad para condenarle.

He aquí la razón de que Petronio fuera invitado á trasladarse á Cumas, con otros cortesanos. Aunque desde luego vislumbró los motivos secretos de la invitación no dejó de ir, sea para no resistirse abiertamente, sea porque quisiera presentarse por última vez con rostro alegre y placentero ante los demás augustales y obtener otra victoria sobre Tigelino. Éste, en tanto, acusaba á Petronio de amistosas relaciones con Scevino, alma de la conjura de Pisón. Los esclavos que había dejado en Roma fueron detenidos, y rodeada de pretorianos su casa. Cuando el *Arbitro* lo supo no mostró la menor turbación, antes, por el contrario, á los cortesanos que tenía de visita en su espléndida villa de Cumas, les dijo, sonriendo:

— A *Barbarroja* no le gusta que le hagan preguntas inesperadas: ya veréis como se aturde cuando le pregunte si ha partido de él la orden de poner presa á mi servidumbre, en Roma.

Poco tiempo después convidó á los augustales á un banquete que se proponía dar antes de partir para « un largo viaje ».

La carta de Vinicio llegó á sus manos cuando más atareado estaba en los preparativos de este « viaje ». Terminada su lectura, estuvo un rato pensativo; pero no tardó en recobrar su habitual expresión de calma, y la misma noche respondió á Vinicio en los siguientes términos:

« Me alegro de que seáis felices, y agradezco vuestras bondades, con mayor razón cuanto que jamás llegué á creer que los enamorados pudieran pensar en otras personas. Pero vosotros, no sólo no me habéis olvidado, sino que deseáis atraerme

á Sicilia para partir conmigo vuestro pan y vuestro Cristo, quien, como me escribes, os colma de dichas y bienandanzas.

«Si es así, adoradle con fervor. Opino, queridísimo amigo, que Ligia te fué devuelta en parte por Oso, en parte por la plebe romana; mas si crees que fué Cristo quien te la devolvió, de poco serviría que yo te contradijese. ¡No le escatiméis los sacrificios! También Prometeo padeció para redimir al género humano...; si bien, según parece, el tal Prometeo es una mera invención de los poetas, mientras que hombres dignos de fe me han asegurado haber visto con sus propios ojos á Cristo en persona. Y convengo con vosotros en que es el mejor de todos los dioses.

«Me acuerdo muy bien de la pregunta de Pablo, y no niego que si *Barbarroja*, por ejemplo, profesase la doctrina de Cristo... me quedaría aún tiempo para haceros una visita en Sicilia, y ahí, á la sombra de los árboles, podríamos discurrir sobre todos los dioses y sobre todas las doctrinas, como en otro tiempo hacían los filósofos griegos. Pero no puedo darte sino una respuesta breve y concisa.

«No admito sino dos filósofos; uno se llama Pirrón; el otro... Anacreonte. A todos los demás, con la escuela de los estoicos griegos y romanos al frente, te los cedo de balde. La verdad, queidísimo Vinicio, se halla en lugar tan elevado que ni los mismos dioses pueden columbrarla desde la cima del Olimpo. A tí te parece que vuestro Olimpo está aun más alto, y desde su cumbre me llamas, diciéndome: «Ven y gozarás de una vista deliciosa, como no la has gozado nunca desde otro lugar.» Y será cierto, no lo niego; mas yo te respondo: «No me siento con ánimos de emprender este viaje.» Cuando llegues al término de esta carta comprenderás el motivo.

«¡No, consorte feliz de la princesa Aurora! Vuestra doctrina no se hizo para mí. ¿Cómo he de amar yo á los bitinios que llevan en hombros mi litera, á los egipcios que me calientan el agua para el baño, á *Barbarroja*... á Tigelino?... ¡Por las Gracias! Aunque me empeñara, no lo conseguiría!... Hay en Roma cien mil sujetos, y me quedo corto, ó con giba, ó con las rodillas hinchadas por la gota, ó con las piernas extremadamente delgadas, ó con los ojos redondos, ó con la cabeza descomunal, y ¿les he de amar también?... ¿Dónde quieres que halle yo ese amor, si no lo siento dentro de mi corazón? Si vuestro Dios pretende que los ame ¿por qué no les dotó de la belleza de

los hijos de Niobe, pongo por caso, cuyas estatuas has visto en el Palatino? Quien ama lo Bello, sólo por esta razón no puede amar lo Feo. Se puede no creer en nuestros dioses y, con todo, amarles, como les amaron Fidias, Praxiteles, Escopas, Mirón, Lissias...

«Aun cuando quisiera seguirte adonde tu quieres conducirme, créeme, no podría. Y como, además, no quiero, hemos de inferir que la imposibilidad es doble. Tú, como Pablo, estás convencido de que un día u otro veréis en no sé qué Campos Eliseos de allende la Estigia á vuestro Cristo. ¡Perfectamente! Pregúntale en cuanto le veas si me habria admitido á mi en su morada, con mis piedras preciosas, con mis vasos murrinos, con las ediciones de los hermanos Sosia... Esta idea me provoca la risa, estimado amigo. Pablo me dijo asimismo que por el amor de Cristo precisa renunciar á las guirnaldas de rosas, á los banquetes, á todas las comodidades. Verdad que en recompensa me prometía otra felicidad; pero le respondí que para esta nueva felicidad era ya demasiado viejo, que las rosas serian siempre una caricia para mis ojos y la fragancia de las violetas más apetecida por mi olfato que las exhalaciones de uno de mis hermanos de la Suburra.

«He aquí las causas de que vuestra felicidad no se haya hecho para mí. Pero aun hay otra, que he querido reservarte para el final. Tanatos me llama. Para vosotros apunta ahora el alba de la vida, mientras que mi sol se halla ya en el ocaso y me envuelven las sombras. En otros términos: debo morir, carísimo.

«No hablemos más de esto; así tenia que acabar; conoces á *Barbarroja*, y bien comprenderás lo ocurrido. Tigelino al fin ha triunfado, ó, si mejor te parece, he llegado al término de mis victorias. He vivido como se me ha antojado, y muerdo como me da la gana.

«No os aflijáis por ello; no me horéis. Como ningún dios me habia prometido la inmortalidad, no me coge de sorpresa la muerte. Agrega á esto, Vinicio, que yerras al afirmar que sólo vuestra doctrina concede á los hombres la serenidad ante la muerte. ¡No! Nuestro mundo sabia, mucho antes de que tu nacieras, que apurada la copa de la vida hay que descansar, procurando cumplir este deber tranquilamente. Platón dice que la virtud es una música y la vida del sabio una armonía. Si es así, yo moriré como he vivido: virtuosamente.

«Quiero despedirme de tu esposa con las mismas palabras con que la saludé al verla por vez primera en casa de Aulo: «He recorrido muchos pueblos y he visto muchas gentes; pero jamás logré ver criatura humana que se te pareciera».

«Si el alma es algo más que lo supuesto por Pirrón, la mía irá volando á las playas de vuestro mar, y se posará junto á vuestra casa en forma de mariposa, ó, como creen los egipcios, de gavilán..... No me es posible ir á visitaros de otra suerte.

«Entre tanto, que Sicilia se transforme para vosotros en el Jardín de las Hespérides, las deidades de los bosques y los campos alfombren de flores el camino de vuestra vida, y aniden blancas palomas en todos los acantos de vuestros peristilos.»

XI

Petronio no se había engañado. A los dos días recibió en Cumas la visita de un liberto, enviado por su leal y devotísimo amigo el joven Nerva, para participarle la última resolución del César.

Estaba decretada la muerte del *Árbitro de las Elegancias*. El Emperador había decidido enviarle un centurión á la noche siguiente con la orden de que no se moviese de Cumas. Algunos días después otro centurión debía llevarle la sentencia de muerte. Petronio escuchó con la mayor impasibilidad al liberto de Nerva.

— Llevarás á tu señor—le respondió—uno de mis vasos preciosos, que te entregaré antes de partir, y le dirás que le estoy cordialmente reconocido por la noticia, pues me pone en condiciones de poder prevenir la sentencia.

Dicho esto soltó una sonora carcajada, como hombre á quien se le ocurre una idea graciosa y feliz, y saborea de antemano el deleite de su realización.

El mismo día, varios esclavos fueron á invitar á los augustales que se hallaban de paso en Cumas, á un banquete que había de celebrarse por la noche en la villa del *Árbitro de las Elegancias*.

Las primeras horas de la tarde las pasó Petronio escribiendo en su biblioteca; después tomó el baño, se hizo vestir mag-

nífico traje, entró en el *triclinio* para dar una mirada de hombre previsor á los preparativos del banquete, y salió al jardín donde muchachos y jovencitas griegas tejían guirnaldas para los convidados.

No se leía en su rostro la menor turbación. Que el festín tendría carácter extraordinario lo adivinó la servidumbre única y exclusivamente porque el amo hizo espléndidos donativos á los esclavos de quienes había quedado satisfecho y castigó con azotes á los que habían trabajado de mala gana ó enojádole por cualquier motivo. Ordenó que se pagase por anticipado y espléndidamente á los citaristas y cantores. Después de esto, para esperar la hora del banquete, sentóse en el jardín, debajo de una haya á través de cuyo follaje el sol se filtraba dibujando en el suelo caprichosas y movedizas manchas de luz.

Como los convidados sabían por experiencia que en comparación de los festines de Petronio los del César resultaban mezquinos y de pésimo gusto, acudieron en gran número á la villa del *Árbitro*, apenas hubo llegado la hora señalada. A nadie se le ocurrió que fuese aquel el último banquete del refinado y elegante patricio. Ciertamente, eran pocos los ignorantes de que vagaban por encima de la cabeza del *Árbitro de las Elegancias* las nubes de la ira imperial, pero había ocurrido esto tantas veces y logrado siempre Petronio dispararlas con un golpe de habilidad, con una frase audaz, que á ninguno le asaltó la sospecha de que le amenazara entonces un serio peligro. Por lo demás, su buen talante, su sonrisa apacible, hubieran desvanecido en el ánimo de los invitados cualquier temor que pudiesen abrigar.

A la puerta del *triclinio*, muchachos con los cabellos recogidos en redecillas de oro, ceñían la frente de los convidados con guirnaldas de rosas, encargándoles al mismo tiempo, según la costumbre establecida, que traspasasen el umbral con el pie derecho.

El ambiente estaba impregnado de esencia de violetas; muchedumbre de luces ardían en vidrios alejandrinos de diversos matices; arimados á la pared se hallaban los cantores y los músicos atenienses, esperando la señal de empezar. La mesa ofrecía aspecto magnífico, espléndido; pero aquel lujo no ofendía, no molestaba á nadie, pues era producto natural del ambiente. Así es que la cordialidad franca, la alegría expansiva, difundíase por el *triclinio* como la fragancia de las violetas.

Verdad que los convidados, al entrar, inmediatamente advertían que allí no había de amargarles el placer ninguna amenaza, encogimiento alguno, al revés de lo que acontecía en los banquetes neronianos, donde una manifestación de entusiasmo no bastante expresiva ó estruendosa acarrea á veces sentencias de muerte.

La vista de las ánforas de vino puesto á helar en la nieve cubierta de yedra, de las copas incrustadas de piedras preciosas, de las lámparas multicolores, de los exquisitos manjares, despertaron el buen humor, la alegría jovial de los comensales, quienes pusieron á conversar sobre diversos asuntos con rumor semejante al de un enjambre de abejas que revolotease en torno de un ramo de flores, rumor solamente interrumpido de cuando en cuando por sonoras carcajadas ó exclamaciones admirativas.

Los convidados, antes de beber, derramaban algunas gotas de vino en honor de los «dioses inmortales» para impetrar su protección en favor del dueño de la casa. Poco importaba que muchos no tuvieran fe en los dioses: ésta era la costumbre, ésta la preocupación.

Petronio, sentado con indolencia, platicaba regocijadamente sobre las últimas noticias de Roma, sobre las carreras, sobre Espicuro, el gladiador á la sazón en moda, sobre los libros nuevos puestos á la venta por Atracto y los hermanos Sosia. Y hacia también sus libaciones; pero exclusivamente en honor de la diosa de Chipre, «la más antigua y más excelsa de todas las deidades, la única realmente inmortal, aquella cuyo imperio sobre los hombres sería eterno». Su conversación era como rayo de sol que pasase, rápido, de uno á otro objeto, iluminándolos momentáneamente; como levisimo soplo de brisa que agítase suavemente los pétalos de las flores. Al cabo hizo una señal, y sonaron las cítaras y las voces de los cantores con dulcísima armonía. Luego, un adivino egipcio, tomando en la mano una copa de cristal en que nadaban doradas de colores muy vivos, predijo á los convidados el porvenir mediante la observación del movimiento de los peces.

Cuando los augustales empezaban á cansarse de estos pasatiempos, Petronio se incorporó en su almohadón siriaco, y dijo:

—Perdonad, amigos míos, que en medio de la animación de este banquete, os dirija un ruego: deseo que cada uno de vos-

otros acepte en calidad de regalo la copa con que ha hecho sus libaciones á mi salud y en honor de los dioses...

Las copas de Petronio, de oro primorosamente cincelado, estaban incrustadas de riquísima pedrería; y, si bien en los festines de los romanos eran frecuentes los donativos de objetos preciosos, los comensales no pudieron contener la admiración y el entusiasmo. Algunos le dieron las gracias con sincera efusión y ponderaron su generosidad; otros manifestaron que ni el mismo Júpiter había hecho nunca regalos tan espléndidos á los dioses del Olimpo, y aún hubo algunos que dudaron si debían aceptar: tanto excedía el obsequio á lo usual y corriente en Roma.

Petronio, en tanto, levantó su copa murrina (1), cuajada de piedras preciosas, de un valor extraordinario y de no menos extraordinario brillo, y dijo:

—He aquí la copa con que he hecho las libaciones en honor de la diosa de Chipre... ¡No la tocarán otros labios; no se derramará el vino de ella en honor de otra divinidad!

Y, en diciendo esto, arrojó el preciosísimo vaso sobre el pavimento alfombrado de flores, donde se hizo añicos. Y como se dibujara el asombro en todos los semblantes, Petronio se apresuró á añadir:

—¡Regocijaos, amigos míos! La vejez y las enfermedades son las tristes y obligadas compañeras de los últimos años de la vida. Pero quiero daros un sabio consejo y un buen ejemplo: puede uno evitarlas, marchándose espontáneamente de este mundo antes que lleguen, como hago yo.

—¿Qué es lo que piensas hacer?—le preguntaron algunos con inquietud.

—Gozar, beber, oír música, y dormirme después con la cabeza coronada de rosas... Me he despedido ya del César... ¿Queréis oír lo que le he escrito?

Al decir esto sacó de debajo del almohadón de púrpura una carta, que leyó. Decía así:

«Bien sé ¡oh, César divino! que aguardas con impaciencia mi llegada; que tu corazón de amigo leal se consume día y noche por mí. Sé también que tienes el propósito de colmarme de dones, de nombrarme Prefecto del Pretorio, y de ordenar á

(1) Véase la nota de la pág. 122.

Tigelino que vaya á ejercer el oficio á que los dioses le destinaron, es decir, de enviarle á guardar mulas en las tierras que heredaste envenenando á Domicio. Mas ¡ay! tendrás que dispensarme, pues te juro por el Averno y por las sombras de tu madre, de tu mujer, de tu hermano y de Séneca, que me es imposible ir á tu lado. La vida es un gran tesoro y me glorio de haber sabido sacar de ella las joyas más preciadas; pero en la misma vida hay cosas que no puedo soportar por más tiempo.

«No vayas á creer, te lo ruego, que me haya disgustado que asesinaras á tu madre, á tu esposa, á tu hermano; que incendiases á Roma; que mandases al Erebo á todas las personas honradas de tu imperio. ¡No, queridísimo descendiente de Cronos! (1) La muerte, al fin y al cabo, es herencia natural y común de todos los hombres, y, por otra parte, no podía esperarse de ti otra cosa. Pero consentir que durante años y años me desgarras los oídos con tu canto y me obligues á ver tu vientre domiciano, zarandeado en una especie de danza pirrica sobre esos zancos que te pusieron por piernas, á oír tu música, tu declamación, tus versos, infeliz poeta de enervada... ¡ah, no, no, por todos los dioses! Eso es superior á mis fuerzas; ¡prefiero la muerte! Roma, para no oírte, se tapa los oídos; todo el mundo se burla de tí; no quiero sonrojarme más por tu cuenta. Los ladridos de Cerbero, aunque muy parecidos á tu canto, me serán menos ingratos, pues como no he sido nunca su amigo, no tengo por que avergonzarme con respecto á él.

«Consérvate bueno, pero no cantes; asesina, más no escribas versos; envenena, pero no bailes; incendia, más no toques la citara. Tal es el último deseo y el último amigable consejo del ÁRBITRO DE LAS ELEGANCIAS.»

Los convidados quedaron estupefactos, mudos de espanto, pues la pérdida del imperio habría sido un golpe menos cruel para Nerón, y bien echaron de ver en seguida que el autor de semejante carta había de morir. Muchos hasta temblaron por haberla oído.

Mas Petronio reíase con risa sincera y jovial, como si se tratase de un pasatiempo inocente. Y, envolviendo á todos los comensales en una mirada, dijo:

(1) Saturno, dios del tiempo, que, según la Mitología, devora á sus propios hijos.

—No hay que asustarse, amigos míos. Al fin y á la postre, nadie tiene necesidad de vanagloriarse de haber oído leer esta epístola. Por lo que á mi concierne... únicamente podré hablar de ella con Caronte, cuando me lleve en su barca.

Dicho esto hizo seña á su médico, y le tendió el brazo. El hábil griego, después de ceñirse fuertemente con un arete de oro, le abrió una vena. La sangre saltó sobre el almohadón y el pavimento.

Sonrióse Petronio, hizo otra seña, y sonaron de nuevo las cítaras y las voces de los cantores. Cantaron primero el *Harmodio* y luego aquella oda de Anacreonte, donde el poeta refiere que habiendo hallado un día en el umbral de su casa al hijo de Afrodita, aterido y lloroso, le cogió, le llevó adentro, le hizo entrar en calor, secó sus alas... y, en recompensa, el ingrato rapaz le traspasó el corazón con una flecha, merced á la cual huyó la tranquilidad de su alma.

Petronio escuchaba con la sonrisa en los labios, y palidecía. Terminado el canto, ordenó que trajesen otros manjares, exquisitos vinos, y empezó á discurrir sobre diversos asuntos superficiales, pero interesantes, adecuados á un festín, derrochando las sales de su ingenio.

Después llamó al médico para que le vendase la herida: sentía sueño y quiso entregarse todavía un momento en brazos de Hipnos antes de que Tánatos le durmiese para siempre. Y, en efecto, adormecióse. Al despertar, ordenó que le quitasen de nuevo la venda, y á una seña que hizo, los cantores, acompañados por las cítaras con dulce suavidad, á fin de no ahogar las palabras, cantaron otra oda de Anacreonte. Petronio iba palideciendo por momentos. Cuando se extinguieron las últimas notas del canto, se volvió á los convidados y les dijo:

—¡Amigos! convenid en que conmigo perece...

No pudo terminar la frase. Hizo un último ademán, inclinó la cabeza sobre el almohadón... y murió.

EPÍLOGO

La rebelión de las legiones de la Galia, capitaneadas por Vindex, no fué considerada por el pronto peligrosa. Nerón sólo tenía treinta y dos años, y nadie esperaba que el mundo pudiera librarse tan presto del monstruo que lo oprimía, tanto más cuanto que las legiones se habían ya sublevado otras veces durante el imperio de los césares precedentes sin conseguir la deposición del tirano. Así, por ejemplo, imperando Tiberio, Druso tuvo que sofocar la rebelión de las legiones de la Panonia.

—Y después de todo—preguntaban algunos—¿quién podrá empuñar las riendas del gobierno cuando sea destronado Nerón, si durante el imperio de éste han desaparecido todos los descendientes del divino Augusto?

Otros, contemplando las estatuas gigantescas del César imperante en las cuales se le representaba en figura de Hércules, mal de su grado venían á parar á la conclusión de que no existía en el universo fuerza capaz de abatirle. Y, en fin, eran no pocos los que deseaban su pronto regreso, porque Helio y Policteto, á quienes el Emperador había confiado el gobierno de la Ciudad y de Italia durante su ausencia, ejercían el poder aún con mayor crueldad y despotismo.

Nadie estaba seguro de su vida ni de su hacienda. Menospreciada la ley, escarnecidas la virtud y la dignidad humanas, relajados los vínculos de familia, ni esperanzas de mejora le era dado concebir á aquella raza envilecida y degenerada.

Llegaban en tanto de Grecia las noticias de los triunfos inauditos alcanzados por el César, de los millares de coronas ganadas, de la muchedumbre de adversarios vencidos. El mundo entero parecía transformado en una orgía sangrienta y grotesca y en todas partes abríase paso la convicción de que

era llegado el término de la justicia, de la virtud, de la honradez, de que habían cedido el puesto á la danza, á la música, á la depravación, al derramamiento de sangre... y de que este sería el curso y el carácter de la vida desde entonces. Nadie se preocupaba de la sublevación de Vindex, ni aún el mismo César, quien, convirtiéndola en pretexto para nuevos latrocinios, se mostraba satisfecho de que hubiese estallado.

No había medio de sacarle de Acaya, y solamente cuando Helio le manifestó que la prolongación de su estancia allí podría costarle la dignidad imperial, se dirigió apresuradamente á Nápoles.

Pero también allí quiso cantar y representar, sin hacer caso apenas de las noticias sobre el mal cariz que la rebelión tomaba. En vano Tigelino le repetía que las anteriores revueltas habían fracasado por falta de un jefe hábil, mientras que aquella estaba capitaneada por un descendiente de los antiguos reyes de Aquitania, famoso y expertísimo guerrero.

—Aquí—respondía Nerón, sin hacer caso de los recelos de su valido—los griegos me escuchan, y los griegos son el único pueblo que sabe escuchar, el único digno de mis cantos.

Añadía que sus principales deberes eran cultivar el arte y acrecer su gloria. Al cabo le dijeron que Vindex le había calificado de artista detestable, y partió apresuradamente para Roma.

La sangrienta, la inaudita injuria abrió de nuevo las heridas que le había inferido Petronio, cicatrizadas en parte con los triunfos de Grecia, y corrió á pedir al Senado que le vengase.

Por el camino vió un grupo en bronce que representaba á un galo vencido por un guerrero romano; y reputándolo por halagüeño presagio, no habló ya de la rebelión de Vindex y sus legiones sino en son de burla.

Su entrada en Roma superó en esplendor y grandiosidad á cuanto se había visto. Iba Nerón en el mismo magnífico carro que sirvió para el triunfo de Augusto. Para que pudiese pasar el cortejo fué derribado uno de los arcos del Circo; salieron á su encuentro el Senado, los jefes militares, una muchedumbre inmensa; los muros retemblaban con los estruendosos aplausos y las formidables aclamaciones. «¡Salve, Augusto! ¡Salve, Nerón-Hércules! ¡Salve, divino, incomparable, olimpico, pítico, inmortal!»: tales eran los gritos de la frenética multitud. De-

trás del carro del César iban las coronas que éste había ganado en Acaya y tablas con los nombres de las ciudades donde había triunfado y de los rivales vencidos. Nerón, loco de alegría, como embriagado por su propia vanidad, volvíase de cuando en cuando á los augustales que le rodeaban, y les decía:

— ¡Qué fué el triunfo de Julio César comparado con el mío!...

Le parecía imposible, absurdo, que un mortal cualquiera se atreviese á poner la mano sobre un artista semi-dios de su grandeza y poderío. Se reputaba invulnerable, olímpico, y esta convicción era reforzada por el delirante entusiasmo de la muchedumbre.

Hubiérase dicho que en aquel día de triunfo, no sólo estaban locos el César y Roma, sino el mundo entero.

Las flores, los montones de coronas, impedían ver el abismo. Pero aquella misma noche las columnas y los muros de los templos se llenaron de inscripciones en las cuales se enumeraban las infamias de Nerón, se le amenazaba con la muerte próxima y se ponían en ridículo sus facultades artísticas. Pasaba de boca en boca el dicho: «Tanto cantó que al fin se han despertado los galos» (1). En tanto, corrían por la ciudad rumores alarmantes, exagerados hasta adquirir proporciones monstruosas; y las gentes, inciertas del porvenir, no osaban expresar sus deseos, ni apenas respirar.

El César, con todo, vivía en apariencia muy tranquilo, sin pensar más que en cosas de teatro y de música. Ocupábase en probar instrumentos de nueva invención, particularmente un órgano hidráulico que, á juzgar por los ensayos hechos, había de ser una maravilla. Su inteligencia infantil, incapaz de trazar un plan racional para la defensa, imaginaba que con prometer nuevos y grandiosos espectáculos circenses conjuraría todo peligro. Los cortesanos quedábanse asombrados al ver que lejos de organizar un ejército para sofocar la rebelión, se entretenía en hacer frases, si bien algunos sospechaban que era este un recurso para ahogar el propio miedo y el que iba apoderándose de cuantos le rodeaban. En realidad, se hallaba como en delirio. De repente se enfurecía, mostrábase dispuesto á afrontar el riesgo, y ordenaba, en un acceso de heroísmo cómico, que se cargaran los carros de cítaras y laudes, que se

(1) Juego de palabras con los vocablos *gallos* y *galos*.

formasen con sus esclavas jóvenes legiones de amazonas, que se hicieran venir soldados de las provincias orientales; pero en seguida manifestaba que, no con la guerra, sino con el canto, quería dominar la sublevación, y se alborozaba pensando en el cuadro sublime que ofrecerían las legiones de la Galia, conmovidas por su voz, deponiendo las armas... Los buenos legionarios le rodearían con los ojos anegados en lágrimas, mientras él cantaría un epinicio compuesto expresamente para el caso, y comenzaría para Roma una nueva edad de oro... Ya experimentaba sed de sangre y de venganza; ya decía plácidamente no quedarle otro camino que resignarse á reinar en Egipto; ora se acordaba de los presagios según los cuales había de morir siendo rey de Jerusalem; ora se enternecía con el pensamiento de tener que ganarse el pan cotidiano, cual cantor errante, é imaginaba que las naciones le honraban, no en su calidad de César, dueño del mundo, sino como artista de voz incomparable.

De esta suerte se agitaba, deliraba, cantaba, mudando á cada momento de plan, transformando su propia vida y la del universo en asunto de un drama á la vez ridículo y terrible, en montón de frases huecas, de versos vulgares, de lamentaciones, de lágrimas, de sangre... mientras la tempestad avanzaba amenazadora por el Occidente, y, colmada la medida, precipitábase la catástrofe de la innoble farsa.

Cuando llegó la noticia de que las legiones de España, capitaneadas por Sulpicio Galba, se unían á los rebeldes, el furor del tirano excedió á toda medida. Rompió las copas, derribó la mesa del festín, y dió tales órdenes que ni Helio, ni Tigelino osaron ponerlas en ejecución. Exterminar á todos los galos residentes en Roma, incendiar de nuevo la Ciudad, abrir las puertas de los *vicarios*, trasladar la capital del imperio á Alejandría, parecíanle empresas fáciles, heroicas, maravillosas. Pero la época de su esplendor y de su poderío se hallaba en el ocaso, y sus cómplices de ayer le consideraron como un loco.

La muerte de Vindex, con las consiguientes disensiones de los rebeldes, parecieron al pronto inclinar otra vez la balanza en favor de Nerón. Y se renovaron los banquetes, los triunfos, las sentencias de muerte. Pero una noche llegó del campamento de los pretorianos, á galope tendido sobre un caballo cubierto de espuma, un mensajero con la noticia de que en la misma Ciudad los soldados se habían sublevado, proclamando emperador á Galba.

El César dormía cuando llegó este correo. Levantóse, y llamó á los hombres que debían hallarse de guardia á la puerta de su habitación; pero inútilmente: el palacio estaba desierto. Únicamente en las estancias más apartadas, en los ángulos oscuros, algunos esclavos se apoderaban apresuradamente de cuanto hallaban á mano. Mas la presencia de Nerón les llenó de terror, y también huyeron. Éste quedó solo, vagando por las vastísimas habitaciones, en las cuales resonaban sus gritos desesperados.

Al fin acudieron en su auxilio los libertos Faonte, Esporo y Epafrodites, quienes le indujeron á huir, diciéndole que no había un momento que perder... Pero él se resistía, forjándose aún ilusiones... «¿Y si, vistiéndose de luto, se presentase ante el Senado? ¿Podrían los senadores contener las lágrimas? ¿Había acaso en el mundo quien resistiera á su elocuencia, quien no se sintiese conmovido por su declamación, por sus gestos trágicos? ¿Es posible que se negasen á concederle al menos la prefectura de Egipto?...» Acostumbrados á la adulación, los libertos no se atrevieron á contradecirle; mas le advirtieron que si determinaba ir al Senado, antes de llegar al Foro le haría pedazos el pueblo. De pronto le amenazaron con abandonarle si no montaba al instante á caballo, y Faonte le ofreció asilo en una quinta que poseía entre las vías Nomentana y Salaria.

Embozados en mantos negros, se dirigieron al galope hacia las afueras de la Ciudad. Aún no había amanecido; y, sin embargo, las calles estaban muy animadas, prueba evidente de la gravedad de las circunstancias. De trecho en trecho hallaban soldados en grupos, ó solos, todos al parecer animados de un mismo sentimiento. Cerca de la puerta Nomentana, á la vista de un cadáver, se encabritó el caballo de Nerón y á éste se le cayó el manto. En aquel momento pasaba un pretoriano, quien, al reconocer al Emperador, turbóse, y le hizo el saludo militar.

Poco después oyeron á los pretorianos que en su campamento aclamaban á Galba, y el César por fin comprendió que había llegado su última hora. Invasión su espíritu el terror y los remordimientos, y vió ante sus ojos una nube muy oscura, desde la cual, según manifestó, le miraban su madre, su esposa y su hermano. Temblaba, castañeteábanle los dientes, y sin embargo, su alma de histrión hallaba cierta voluptuosidad en aquel desenlace terrible. Ser dueño omnipotente del mundo y

perderlo todo en un momento, le parecía la situación culminante de la tragedia, y, fiel á sí mismo, seguía representando el papel de protagonista.

Acometióle cierto prurito de emitir sentencias, á fin de que sus acompañantes las transmitiesen á la posteridad. Ya invocaba al famoso gladiador Espiculo para que le matase; ya le daba por declamar:

—¡Me llaman mi madre, mi esposa, mi padre!...

De cuando en cuando renacía en su corazón la esperanza, pero una esperanza vana, infantil. No podía dudar de que había llegado para él la hora suprema; y, sin embargo, se obstinaba en no creerlo.

La puerta Nomentana estaba abierta. Pasaron por el lado del Ostriano, en donde Pedro había enseñado la Verdad y administrado el Bautismo. Llegaron á la villa de Faonte al amanecer. Una vez allí, los libertos dijeron sin ambages ni rodeos al Emperador que era preciso morir. Éste, en apariencia resignado, ordenó que le abriesen la fosa y hasta se tendió en el suelo para que le tomasen la medida exacta; pero al ver la tierra removida con las palas, sintióse presa del espanto. El rostro abotagado cubrióse de mortal palidez, y helado sudor bañó su frente como de gotas de rocío. Con voz temblorosa, á la que procuraba dar acentos trágicos, manifestó que aún no había llegado su última hora; siguió luego declamando, y pidió, en fin, que su cuerpo fuese quemado.

—¡Qué artista pierde el mundo!—repetía como en desvarío.

En esto llegó un servidor de Faonte con la noticia de que el Senado había dictado ya la sentencia contra el *matricida*, el cual había de ser castigado según la antigua costumbre.

—¿Y qué costumbre es esa?—preguntó Nerón, pálido como un cadáver.

—Se sujeta al reo por el pescuezo con una horca, se le azota hasta que expira, y se arroja al Tiber su cadáver—respondió cínicamente Epafrodites.

Nerón se descubrió el pecho, y exclamó, alzando los ojos al cielo:

—¡Ha llegado, pues, la hora de mi muerte!

Una vez más repitió:

—¡Qué artista pierde el mundo!

Oyóse en aquel momento galope de caballos. Era un centu-

rión que, al frente de un grupo de pretorianos, venia por la cabeza del señor del mundo.

— ¡Date prisa! — gritaron los libertos.

Nerón acercó el cuchillo á la garganta; pero su mano cobarde y temblorosa no acertaba sino á rasgar la piel. La convicción de que no tendria valor para hundir la hoja, movió á Eparodites á darle un golpe en la mano: el cuchillo penetró hasta el mango. *Barbarroja* miró en torno con ojos extraviados, horribles, llenos de terror...

— ¡Te traigo la vida! — gritó el centurión al entrar.

— ¡Es demasiado tarde! — contestó Nerón, en el estertor de la agonía.

Y tras breve pausa añadió:

— ¡Qué fidelidad!...

La muerte fué casi instantánea. Del obeso cuello le salia un torrente de sangre que salpicaba las flores del jardín; sus pies, en la última convulsión, escarbaron el suelo...

Al día siguiente la fiel Actea envolvió el cadáver en un lienzo precioso y lo quemó en una hoguera.

Así pasó Nerón; como pasan el torbellino, el huracán, el incendio, la guerra, la peste. En cambio, la Basilica de Pedro, en la colina Vaticana, señorea la Ciudad Eterna y el mundo.

No lejos de la antigua puerta Capena se levanta una capillita, en la cual se lee esta inscripción, casi borrada por el tiempo:

QUO VADIS, DOMINE?

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIN



18